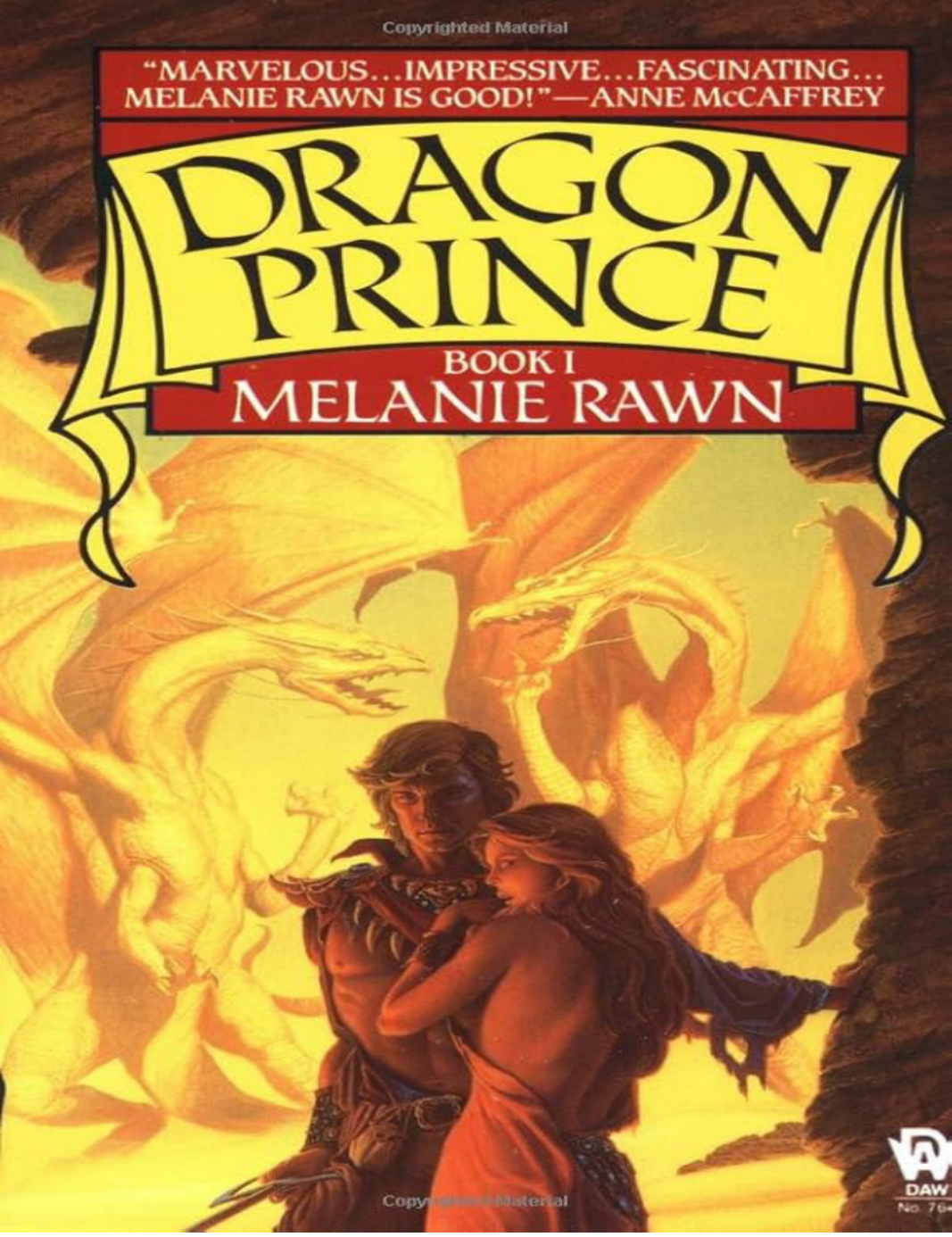
Copyrighted Material

"MARVELOUS...IMPRESSIVE...FASCINATING...
MELANIE RAWN IS GOOD!"—ANNE McCAFFREY

DRAGON PRINCE

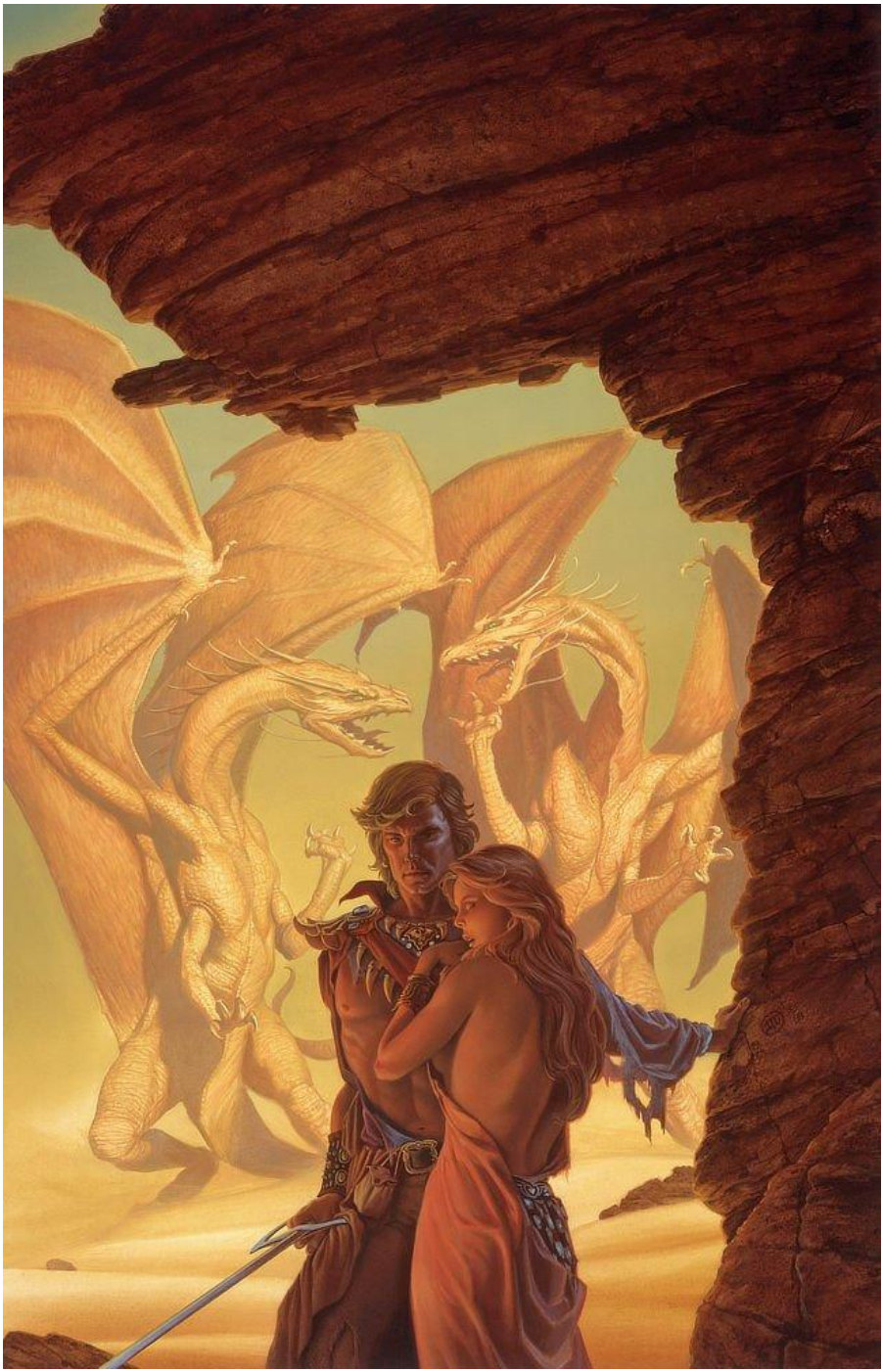
BOOK I

MELANIE RAWN



Copyrighted Material

DAW
No. 76



Sobre Melanie Rawn.

Melanie Rawn (nacida en 1954) es una autora estadounidense de literatura fantástica. Se licenció en Historia en Scripps College y trabajó como profesora y editora antes de convertirse en escritora. Ha sido nominada a los premios Locus en tres ocasiones: en 1989 por Dragon Prince en la categoría de primer novela, en 1994 por Skybowl en la categoría de novela fantástica, y de nuevo en 1995 por The Ruins of Ambrai en la misma categoría. La tercera novela de la trilogía "Exile" está en proceso de publicación desde finales de los 90 debido a que la autora sufre depresión clínica y ha comenzando otros proyectos para facilitar su recuperación. En 2014, Rawn declaró a través del blog de Kate Elliot, autora y amiga junto a la cual escribió Golden Key, que tenía la intención de completar la trilogía tras terminar el quinto libro de la serie Glass Thorns.

Obras de Melanie Rawn.

Dragon Prince

Dragon Prince (1988)
The Star Scroll (1989)
Sunrunner's Fire (1990)

Dragon Star

Stronghold (1991)
Dragon Token (1992)
Skybowl (1993)

Exile

The Ruins of Ambrai (1994)
The Mageborn Traitor (1997)
The Captal's Tower (aún sin publicar)

Glass Thorns

Touchstone (2012)
Elsewhens (2012)
Thornlost (2014)
Window Wall (2015)
Playing to the Gods (2017)

Otras Obras

The Golden Key (1996)
Spellbinder (2006)
The Diviner (2011)
Fire Raiser (2009)

Notas del traductor.

Sobre el carácter de esta traducción.

Soy E. R. Brian, escritor novel aún sin publicar, amante del medio literario y, más específicamente, de la fantasía. Un año atrás leí Dragon Prince tras enterarme de la larga espera detrás de la conclusión de la saga Exile de Melanie Rawn (llevan veintinueve años de espera), y me maravillé con esta autora.

Debo admitir que no soy el fan más acérrimo ni de esta novela ni de esta autora, pues he criticado bastante algunas decisiones creativas detrás de las tres partes que componen esta saga, pero aún así no podía descansar a sabiendas que Melanie Rawn es una autora que no logró trascender al ámbito hispanohablante. Sí, en 1999 esta novela, Dragon Prince, recibió una traducción al españo titulada El Príncipe Dragón, pero la misma me ha eludido en cada ocasión que traté de dar con ella. Ese es uno de los motivos por lo que hago esta traducción, además de que si mis planes son traducir no solo la trilogía entera, sino al menos las tres sagas principales de esta autora (Dragon Prince, Dragon Star, Exile), de todas formas me sentía obligado a empezar por su primer novela publicada.

Agradezco a mi novia Megan por apoyarme tanto en este proyecto, además de escucharme atentamente mientras descubría detalles que, al leerlo en inglés, no noté. Y le pido por favor a los fans; no presionen a Melanie Rawn. Captal's Tower saldrá algún día o no saldrá, pero lo importante es la sanidad mental de la autora.

Esta traducción no tiene fines de lucro. Está hecha por y para fans, a falta de una versión oficial en español de la saga completa. Si quieren apoyar a la autora, pueden buscar una tienda online y comprar una copia física (desconozco si ha sido descatalogada).

Espero que la disfruten.

—E. R. Brian, mes de mayo del 2025.

Lista de nombres y sus adaptaciones.

Stronghold
Skybow
Celestial
Rivearock
Hendida
Aiyeas
Burnces
Castillo

Crag
Peñasco
Goddess
Keep
la
Diosa
Messengers
del
Sol
Marcamarch
del
Príncipe
Lang
Sand

En memoria de mis padres.
Robert Dawson Rawn
Agosto 24, 1921 —
Febrero 24, 1987.
Alma Lucile Fisk
Agosto 24, 1928 —
Junio 19, 2002.

Rostros en Llamas.

Capítulo Uno

El principe Zehava entrecerró los ojos ante la luz del sol y sonrió con satisfacción. Hoy todas las señales eran buenas para la cacería: marcas de garras en los acantilados, el trazo de las alas en la arena y el recorte de las plantas agridulces a lo largo de las crestas del cañón. Pero la percepción del principe era más sutil y no necesitaba de esas pistas tan obvias. Él podía sentir la presencia de su presa a través de su propia piel, percibirla en el aire, sentirla con cada nervio. Sus admiradores decían que podía saber cuándo la temporada de caza había madurado solo con mirar el cielo. Sus enemigos decían que no era una sorpresa que pudiera sentir tales cosas, porque él mismo había sido Engendrado por Dragones.

A decir verdad, lucía como una versión humana del dragón que hoy cazaba. Una naríz larga y orgullosa sobresalía de un rostro delgado de depredador, salvado de la crueldad únicamente por el humor que acechaba en las comisuras de su boca. Casi sesenta inviernos habían enmarcado sus ojos con profundas líneas, pero su cuerpo seguía siendo rudo y flexible, su pose en la montura tranquila, su espalda recta como su espada. El más orgulloso de los viejos dragones era Zehava; una capa tan negra como sus ojos ondeaba detrás de él como alas mientras cabalgaba un negro y alto caballo de guerra por las tierras que había gobernado por treinta y cuatro inviernos.

—¿Avanzamos, mi príncipe?

Zehava miró a su yerno.

—Avanzamos —respondió de forma tradicional, y luego sonrió—. Ciertamente, avanzamos, Chay, a menos que se te haya cansado el brazo de la espada.

El joven le devolvió la sonrisa.

—La única vez que eso pasó fue cuando peleamos en Mérida, y entonces solo un poco, y solo porque seguías lanzándolos en mi dirección.

—Tobin quería jactarse de tu destreza, y nunca he podido negarle nada a mi hija. —Apretó las espuelas contra las costillas del caballo y la tropa avanzó hacia el desierto detrás de él. Bridas amortiguadas y sillas desprovistas de las habituales cubiertas que podrían significar una advertencia para el dragón.

—Otros diez kilómetros, ¡lo tengo! —dijo Chaynal.

—Cinco.

—¡Diez! Ese maldito hijo del Demonio de la Tormenta estará atrincherado en las colinas para atacar desde ahí.

—Cinco —repitió Zehava—. Y estará internado en la boca del cañón de Roca Hendida, como el príncipe Roelstra en el Castillo del

Peñasco.

El bello rostro de Chaynal se tornó en una mueca.

—Y yo que me la estaba pasando bien. ¿Por qué tuviste que mencionarla?

Zehava se rió. Interiormente, sin embargo, deseaba que este buen joven fuera verdaderamente el hijo de su cuerpo, su heredero. Se sintió mucho más cerca de Chay que de su hijo de sangre, el Príncipe Rohan, más joven y tranquilo, más dado al estudio y las consideraciones que a las artes varoniles. Rohan era un espadachín creíble, un excelente cazador de todo menos dragones, y un torbellino astuto en una pelea de cuchillos, pero Zehava encontró incomprensible que estas cosas no fueran la finalidad y el objetivo de la vida de su hijo. El gusto por los libros y la discusión de Rohan estuvo completamente más allá de la comprensión de Zehava. La honestidad lo obligó a admitir que Chaynal tenía intereses más que la caza y la escaramuza, pero al menos no prefería esas otras cosas a todo lo demás. Sin embargo, cuando Zehava intentó presionar a Rohan en otras actividades, su propia esposa y su hija volaron hacia él como unas dragonas furiosas.

Zehava sonrió para sí mismo mientras cabalgaba hacia el cañón de Roca Hendida bajo el calor abrasador. Tobin debería haber nacido varón. De niña, había sido capaz de superar en cabalgada y duelo a cuchillo a cualquier chico de su edad. El matrimonio y la maternidad la habían calmado, pero aún era capaz de arrebatos de ira tan intensos como los de Zehava. Parte del contrato matrimonial de Chaynal estipulaba que tenía prohibido llevar una daga a su dormitorio. La broma de Chay, por supuesto, había provocado carcajadas de todos, incluida Tobin. Pero eso contribuía a la leyenda familiar, algo que Zehava dudaba que Rohan hiciera alguna vez.

No es que a Tobin le faltara feminidad, reflexionó, mirando de nuevo a Chaynal. Solo una mujer absolutamente encantadora podría haber capturado y retenido al joven y fogoso señor del Fuerte de Radzyn. Tras seis años de matrimonio y el nacimiento de gemelos, la princesa y su señor estaban tan enamorados el uno del otro como siempre. Una lástima que Rohan aún no hubiera encontrado una chica que enalteciera y fortaleciera su hombría. No había nada como el deseo de impresionar a una chica guapa para convertir a un chico en hombre.

La predicción de Zehava resultó acertada: el dragón había elegido la torre de vigilancia en la boca del cañón como refugio. La cacería se detuvo a un paso para admirar a la bestia, de un dorado oscuro como las arenas que la habían engendrado, con una envergadura superior a la altura de tres hombres altos. Su mirada maligna se percibía incluso a esa distancia.

—Una auténtica bestia veterana —murmuró Chay con aprecio—. Ten cuidado, mi príncipe —Zehava se tomó la advertencia como era debido, no como una advertencia de que podría perder esta contienda, sino como un recordatorio para no hacerse daño durante ella. Si volvía a casa con más que unos pocos rasguños, su esposa alternaría entre mimar sus heridas y enfurecerse por su torpeza al hacérselas. La princesa Milar era tan legendaria por su temperamento como por la belleza dorada, tan rara aquí en el desierto, que había heredado a su hijo.

Los veinte jinetes se desplegaron, ocupando posiciones según las normas del juego, y Zehava avanzó solo. El dragón lo miró con fiereza y el príncipe sonrió. Era una bestia profundamente furiosa. El hedor a aceite impregnaba el aire caliente, emanando de las glándulas en la base de su larga cola puntiaguda. Estaba listo para aparearse con las hembras ocultas en sus cuevas, y cualquiera que lo distrajera de su propósito estaba condenado a una muerte dolorosa.

—¿Tienes ganas, verdad, Mandíbulas Diabólicas? —canturreó Zehava en voz baja. Cabalgaba a paso firme, con la capa ondeando hacia atrás, y se detuvo a medio paso de la torre rocosa. Arenisca estriada en una docena de tonos ámbar y granate se alzaba como la Torre de la Llama en el castillo de Zehava, Stronghold. El dragón se aferraba a la piedra con garras tan gruesas como la muñeca de un hombre, manteniendo el equilibrio con facilidad a pesar de los repetidos latigazos de la cola con escamas doradas y negras. Los dos gobernantes del Desierto se midieron mutuamente. A primera vista, era una contienda ridículamente desigual: el enorme dragón con dientes de daga contra un hombre a caballo. Pero Zehava tenía una ventaja que lo había convertido en el campeón en tales encuentros nueve veces antes, más que cualquier hombre vivo y parte de la leyenda familiar. Zehava entendía a los dragones.

Este ardía por llenar su docena o más de hembras, pero estaba envejeciendo y lo sabía. Había cicatrices de batalla en la piel dorada y oscura, y una garra colgaba en un ángulo antinatural, dañada en algún combate anterior. Mientras las grandes alas se desplegaban amenazadoramente, mostrando la parte inferior negra y aterciopelada, se veían desgarros mal curados, así como huesos de alas torcidos que no se habían soldado correctamente tras romperse. Este podría ser el último apareamiento del dragón, y Zehava sospechaba que la bestia lo sabía.

Sin embargo, era capaz de darle al príncipe una larga batalla. Pero Zehava entendía algo más sobre los dragones. Aunque notoriamente astutos, eran completamente obstinados. Este quería aparearse. Su estilo de lucha sería, por lo tanto, directo, sin los trucos que usaba un dragón una vez finalizada la época de apareamiento, tras la cual debía

esperar durante tres años más. Ya había estado inhalando el hedor de su propia sexualidad durante días durante las vísperas del apareamiento: la danza en la arena y la danza en el acantilado que habían atraído a sus hembras. Su cerebro estaba drogado ahora y su ingenio combativo estaría embotado, pues su único propósito era sembrar a sus hembras, lo que lo hacía a la vez más feroz y vulnerable. Aunque Zehava sentía un profundo respeto por esas garras y dientes, también podía sonreír con la anticipación de un décimo triunfo. Iba a superar en astucia al abuelo dragón, y lo disfrutaría.

A cincuenta kilómetros de distancia, en una fortaleza excavada en la roca sólida por sucesivas generaciones de la familia de Zehava, la princesa Milar estaba sentada con su hermana, Lady Andrade. Ambas guardaron silencio por el momento; la entrada de un sirviente al solar con bebidas frías y fruta había interrumpido una conversación agitada entre las hermanas gemelas sobre el príncipe Rohan.

Cuando el sirviente hizo una reverencia y se marchó, Lady Andrade se echó hacia atrás su larga trenza rubia y miró a su hermana con enojo.

—¡Deja de molestar al chico! ¡Se están gestando cosas en la corte de Roelstra que Zehava no puede ni pensar en entender, pero Rohan sí!

—¿Estás llamando tonto a mi marido? —espetó Milar.

—Ahórrate tus dramatismo, Mila. Es un soldado brillante y un hombre excelente, pero si crees que el conflicto que se avecina será de armas, piénsalo dos veces. Solo el Dios de la Tormenta sabe lo que Roelstra planea, pero no será algo contra lo que se pueda marchar con un ejército. —Se acercó y cogió un racimo de uvas de un cuenco, examinando su brillo rubí con ojo crítico—. Puede que pienses que tu principado es demasiado rico y poderoso para ser amenazado. Pero el Alto Príncipe es, por naturaleza, incapaz de tolerar a nadie más rico que él. Y Zehava no ha sido precisamente sutil con su riqueza. Oí hablar del regalo de cumpleaños que le envió a Roelstra.

—Era totalmente acorde con...

—¡Con la presunción de Zehava! Dos caballos, o incluso cuatro, bien enjaezados, habrían estado bien. ¡Pero veinte! ¡Y todos en plata! Está haciendo alarde de sus riquezas, Mila, y eso es peligroso, como esta estúpida cacería de dragones de hoy. Ha matado a nueve monstruos, ¿para qué necesita un décimo?

La expresión de la princesa Milar había acobardado a decenas de nobles; su rostro, no obstante, era encantador a pesar de su gélida altivez.

—Es su deber librar al Desierto de dragones. También demuestra

la astucia y la fuerza que son tan importantes en la guerra. Eso es política.

—Eso es una estupidez. Mejor debería haber enviado a Rohan a matar a este dragón, para que la astucia y la fuerza de su heredero queden claras —Andrade se metió una uva en la boca y le partió la piel con los dientes, extrayendo el dulce jugo antes de escupir los restos en un cuenco de plata provisto para tal fin.

—Rohan no tiene corazón para luchar contra dragones —admitió Milar con tristeza.

—Pero es lo suficientemente guerrero y tiene buen corazón —señaló Andrade—. Vestido con el uniforme de soldado raso en la última campaña contra los Mérida, cuando le prohibiste salir de Stronghold…

—Nunca nos hemos preocupado por su espíritu. Pero sabes que pasa demasiado tiempo leyendo y hablando con la gente más insólita. Lo he defendido en el pasado, pero ahora empiezo a estar de acuerdo con Zehava. Rohan debería aprender a ser el tipo de príncipe que fueron sus antepasados.

—¡Eso es precisamente lo que no necesita aprender! Construir un principado es un buen trabajo para un soldado, y Zehava lo ha hecho muy bien. Consolidó lo que su abuelo comenzó, fortaleció su control sobre lo que su padre arrebató a los Mérida y amplió todo con su propio esfuerzo. De hecho —dijo Andrade pensativo—, no se le puede culpar por querer presumir. Ha hecho maravillas, sobre todo contra los Mérida.

—¡Si necesitara una lección de historia, mandaría a buscar a mi bardo! —espetó Milar.

Andrade ignoró su comentario.

—El problema de Zehava es que se ha quedado sin cosas que hacer. Solo piensa en gastar dinero en ti, Tobin y este montón de rocas donde estamos sentados, y en perder el tiempo matando dragones. Créeme, querida hermana, a Roelstra se le ocurren muchas ocupaciones para su tiempo libre, y ninguna de ellas es saludable para ti.

—No lo veo…

—Normalmente lo ves —interrumpió Andrade—. Que Rohan lea sus libros y hable con los embajadores... sí, ¡e incluso con los sirvientes de los embajadores! Aprenderá cosas que Zehava jamás podría enseñarle.

—¿Por qué no vuelves a tus deberes en esa vieja y mohosa fortaleza tuya y dejas el trabajo a quienes sí pueden hacerlo?

—¿Qué crees que hago en mi vieja y mohosa fortaleza? ¿Tejer? —Andrade resopló y cogió otra uva gorda—. Mientras entreno a niños y niñas tontos para que sean buenos faradh'im, los escucho. Y lo que

oigo últimamente no es agradable, Mila. —Empezó a contar puntos con sus largos y delgados dedos, cada uno rodeado por un anillo de oro o plata con una gema diferente. Los anillos estaban unidos por pequeñas cadenas en el dorso de sus palmas a los brazaletes de su cargo como Señora de la Fortaleza de la Diosa—. Uno, Roelstra no planea declarar la guerra a nadie, así que la demostración de fuerza y habilidad de Zehava cazando dragones no cuenta para nada. Dos, el Alto Príncipe tiene agentes en todas las cortes, incluida la tuya.

—¡Imposible! —se mofó Milar.

—Tu mayordomo tiene mala cara, y tampoco puedo garantizar la suerte de tu ayudante de caballería. En tercer lugar, el Alto Príncipe tiene diecisiete hijas, algunas legítimas del pobre y difunto Lallante. Todas necesitan marido. ¿Dónde encontrará Roelstra hombres adecuados para ellas? Te diré dónde: de las cortes más importantes, incluso para las bastardas.

La princesa se incorporó en el diván de terciopelo azul.

—¿Quieres decir que podría llegar una oferta para Rohan?

—¡Bien por ti! —exclamó Andrade con una voz que destilaba sarcasmo—. Sí, se hará una oferta. ¿Se te ocurre un joven más atractivo que tu hijo? Es rico, de la más noble sangre, algún día gobernará este páramo, lo que, aunque no es una recomendación en sí mismo, sí implica cierto poder. Y no está falto de atractivo.

—¡Mi hijo es el joven más apuesto del continente! —defendió Milar —. Es perfectamente hermoso y yo…

—¿Y un perfecto virgen?

Milar se encogió de hombros.

—Zehava dice que se puede distinguir a una mujer de una doncella solo por su forma de caminar, pero nunca he oído hablar de una prueba similar para chicos. ¿Pero qué importa? Es la novia del príncipe quien debe llegar virgen al lecho nupcial, no el propio príncipe.

—Solo quería saber si es sincero. No es de los que abren cada par de piernas femeninas solo por diversión. Rohan es romántico, pobre de él. —Reflexionó un momento y luego suspiró—. En cualquier caso, se hará una oferta por una de las princesas legítimas, porque una bastarda sería un insulto para tu casa, y...

—¡Pero eso es maravilloso! —Los ojos azules de Milar brillaron bajo la seda de su cabello—. ¡El honor... y la dote! Debemos asegurarnos de pedir el Castillo de Feruche. ¡Rohan no podría encontrar nada mejor que una hija del Alto Príncipe!

—Mila, piensa. Estarás vinculada con Roelstra a través de este matrimonio…

—¡Lo he pensado! ¡Difícilmente atacaría al marido de su hija!

—¡Escúchame! Rohan y su princesa tendrán hijos que algún día

gobernarán el Desierto. ¿Qué sería más natural que el nieto del Alto Príncipe anexionara sus posesiones a las de su amado abuelo?

—¡Jamás! El Tratado de Linse otorga el Desierto a la familia de Zehava mientras las arenas generen fuego.

—Muy bonito. ¿Una cita textual, supongo? Pero el Desierto seguirá perteneciendo a la familia de Zehava a través de Rohan. También pertenecerá a la de Roelstra, a través de la hija que envíe como esposa de Rohan. El Alto Príncipe solo cumple cuarenta y cinco años este año, Mila. Déjame conjurarte una visión.

Los ojos de la princesa se abrieron de par en par.

—¡No! ¡Andrade, no debes! ¡Aquí no!

—Solo con palabras, hermana. Digamos que Rohan se casa con esta chica, sea cual sea. Nunca puedo recordarlas a todas. Digamos que tienen un hijo dentro de dos años. Roelstra tendrá cuarenta y siete. Digamos que vive hasta los ochenta. No es improbable. Su abuelo tenía noventa y tres años cuando murió…

—Y su padre apenas veintiocho.

—Qué edad tan patética. Siempre sospeché de esa botella de brandy malo que se dice que causó su muerte. ¿Pero dónde estaba yo? Ah, sí. Zehava cumple sesenta este año y no proviene de un clan longevo. Ay, no te pongas tan triste, Mila. Probablemente me demuestre que soy una mentirosa solo por despecho y viva hasta los ciento treinta y cinco. Pero digamos que algo le sucede antes de que sus nietos crezcan. Rohan se convierte en príncipe. Digamos, además, que algo le sucede a Rohan, y créeme, querida, cuando sus hijos hayan superado las enfermedades infantiles habituales, Rohan será prescindible. Esto nos deja a la princesa viuda, a sus hijos con diez o doce inviernos, y a Roelstra sano y salvo, ni siquiera con la edad que Zehava tiene ahora mismo.

—¡Una fantasía ridícula! —exclamó Milar, pero tenía los ojos ensombrecidos.

—Si así lo quieres… Otro conjuro con palabras. Rohan se vuelve realmente innecesario una vez que ha engendrado uno o dos hijos con esta chica. Con él fuera del camino y Zehava cuidando de los niños hasta que alcancen la mayoría de edad, Roelstra podría dejar que tu esposo muera en su cama y seguir haciendo lo que quiera una vez que el nieto herede —Lady Andrade se dedicó a las uvas y esperó a que su gemela asimilara las implicaciones. En realidad, Andrade no tenía ni idea de por qué se molestaba con esta encantadora y descerebrada hermana suya. Milar había heredado toda la belleza de la familia, dejando a Andrade que se las arreglara con la inteligencia y la energía. Lo que era oro delicado en Milar era rubicunda en Andrade; el temperamento por el que ambas mujeres eran bien conocidas era una furia repentina en Milar, pero cuidadosamente

calculada en Andrade. Milar era perfectamente feliz siendo la esposa de un hombre bastante extraordinario (Andrade podía admitir las virtudes de Zehava, pero solo en privado), madre de sus hijos y dirigiendo su fortaleza. Andrade nunca se habría conformado con esa vida. Podría haberse casado con un hombre a través del cual podría haber controlado vastas extensiones del continente, pero como Señora de la Fortaleza de la Diosa, gobernaba indirectamente más tierras que incluso Roelstra. Sus faradh'im, comúnmente llamados Mensajeros del Sol, estaban por todas partes, y a través de ellos influía o controlaba directamente a todos los príncipes y señores entre las Aguas Oscuras y las del Amanecer.

Supuso que se molestaba con Milar por Rohan. No se parecía a ninguno de sus padres en personalidad, ni tampoco a Andrade, así que no era a ella misma en su aspecto masculino lo que veía en él. Era único, y lo valoraba por eso. Milar amaba al chico con devoción, y Zehava sentía el mismo cariño por Rohan, aunque le desconcertaba. Solo Andrade lo comprendía y había vislumbrado en qué podría convertirse.

—Entiendo lo que quieres decir, Andri —dijo Milar lentamente—. Ojalá lo hubieras explicado todo con claridad desde el principio. Simplemente tendremos que rechazar la oferta del Alto Príncipe cuando llegue.

Lady Andrade suspiró.

—¿Cómo? —preguntó sucintamente, cuestionando si su hermana era tan tonta como a veces se comportaba.

El rostro de la princesa, apenas surcado por las arrugas incluso después de casi treinta años en la crudeza del desierto, se arrugó alarmado.

—¡Una negativa abierta sería un insulto terrible! ¡Roelstra se nos echaría encima como un dragón a un potro! —Se inquietó en silencio por un momento, luego sonrió—. Zehava puede ganar cualquier batalla. Si Roelstra se atreve a atacar, ¡lo hará volver a Castillo del Peñasco derrotado!

—¡Idiota! —gruñó Andrade, totalmente impaciente—. ¿No has oído nada de lo que te he dicho? ¿No escuchaste los puntos cuatro, cinco y seis?

—¡No te escuché porque no me lo dijiste! —exclamó Milar— ¿Cómo esperas que tome una decisión si me ocultas información?

—Lo siento —murmuró Andrade—. Muy bien, punto cuatro: el príncipe Chale de Ossetia está del lado de Roelstra con un acuerdo comercial que harán público en el Rialla de este año. Cinco: Lord Daar de Gilad Seahold necesita una esposa y quiere una princesa. Punto seis, y por las mismas razones, esa bazofia, el príncipe Vissarion de Grib, también está del lado de Roelstra. ¿De verdad crees que Zehava

puede enfrentarse a todos ellos, además de a los aliados que Roelstra admite abiertamente tener? Todos han visto lo que tú y Zehava han construido aquí. El Desierto nunca será un jardín, pero has convertido partes de él en casi eso. Esta fortaleza, el Radzyn de Chaynal, Tiglath y Tuath y la Mansión Whitecliff: todo el trabajo realizado por los antepasados de Zehava finalmente está dando sus frutos. ¿No crees que a todos les encantaría una excusa para arrancar el árbol? Un insulto a la hija de un Alto Príncipe les daría una buena razón para vengar su honor, especialmente si algunos de ellas están casadas o comprometidas con sus hermanas —se detuvo al ver en el rostro afligido de su gemela Milar que por fin comprendía la gravedad de su posición, o, más concretamente, la de Rohan.

—Andri —suspiró—, si todo esto es como dices, ¿qué podemos hacer? No puedo dejar que Rohan se case con una de las hijas de Roelstra; ¡le estaría prendiendo fuego a mi propio hijo! Y si nos negamos...

—Oh, Rohan se casará, y pronto —dijo Andrade, por fin había llevado a su hermana justo donde ella quería—. Tengo a la chica perfecta para él. Roelstra no puede empujar al matrimonio a un hombre que ya está casado, ¿verdad? La princesa se recostó en su silla.

—¿Es bonita? —preguntó con tristeza—. ¿Cómo es su familia?

—Muy bonita —la tranquilizó Andrade—, y de muy buena cuna. Pero, aunque fuera fea como una dragona y nacida de una prostituta, sería perfecta para Rohan —Andrade echó el raspón de uva en un cuenco y sonrió—. Mi querida Mila, esa chica tiene cerebro.

El calor del mediodía era sofocante. Lord Chaynal observó a su suegro luchar contra el dragón, se secó el sudor de la frente y se preguntó cuánto tardaría. La sangre manaba de las heridas en la piel dorada del dragón, y un largo tajo le había cortado una ala; con sus espasmos, también había tocado un nervio. El dragón gruñó con furia mientras Zehava jugueteaba con él. Pero estaba tardando mucho en dominar a la bestia, y Chay comenzaba a preocuparse.

Los demás jinetes también estaban inquietos. Seguían en formación semicircular, tras haber retrocedido solo un poco cuando el dragón saltó para atacar a Zehava sobre la arena de la boca del cañón. La decisión de cargar o no era de Chaynal, y tenía órdenes de no hacerlo a menos que no hubiera otra opción. Todos los hombres y mujeres presentes tenían práctica con dragones menores, pues Zehava era un príncipe generoso y le gustaba que todos salieran con un diente o una garra como recuerdo de las cacerías. Pero el propio príncipe era el único autorizado para matar sementales de apareamiento como este, y nadie interfería sin una buena razón.

Chay empezó a inquietarse, deseando los frescos vientos marinos

del Fuerte de Radzyn. El aire se arremolinaba a su alrededor con cada furioso aleteo del dragón, pero el calor le absorbía el sudor y lo secaba al instante en su piel, sin darle oportunidad de enfriarlo. Entrecerró los ojos hacia el cañón, donde la implacable luz del sol se reflejaba en las rocas. Luego apartó la vista, cerrando los ojos unos instantes para aliviar el dolor del resplandor. Removiéndose en la silla, sintió que su inquietud se pasaba a su caballo. Las orejas plateadas se aplanaron hacia atrás y los temblores se produjeron entre los músculos sedosos bajo una piel negra brillante.

—Paciencia, Akkal —murmuró Chay—. Sabe lo que hace.

Chay así lo esperaba, al menos. Había pasado mucho tiempo desde que el dragón eligió su territorio y Zehava derramó la primera sangre. Los movimientos del príncipe eran más lentos y las curvas de su gran semental de guerra se volvían fatigosas. A Chay le pareció que los dos viejos guerreros, dragón y príncipe, estaban ahora en igualdad de condiciones.

El dragón rugió y atacó a Zehava, cuyo caballo apenas lo apartó a tiempo. Las rocas resonaron en las cuevas del cañón, y los quejidos de las hembras que esperaban se convirtieron en gemidos. Cada una estaba a salvo, nerviosa y ansiosa por estar a solas con su compañero elegido, llamándolo con una quejumbrosa exigencia de su presencia. Akkal volvió a temblar y Chay calmó al caballo. Para distraerse de la creciente preocupación, mientras Zehava esquivaba por poco las garras y los dientes, Chay empezó a calcular cuántas hembras morirían sin aparearse en las cuevas y cuántos huevos quedarían sin fertilizar una vez muerto el dragón. Quince hembras, quizá, con unos veinte huevos cada una, de los cuales cinco o seis como máximo podrían sobrevivir para volar. Multiplicando esta cifra por los otros nueve machos que Zehava había matado en años de apareamiento, más sus hembras, el total era asombroso. Sin embargo, siempre había más dragones. Cada tres veranos el Desierto daba a luz cientos de crías que vagaban por los principados, devastando cultivos y rebaños. Matar a los machos reproductores era la forma más eficiente de reducir la población, pues las hembras sin aparearse y los huevos sin fertilizar también se perdían. Pero incluso esto era una apuesta perdida al final. Siempre había más dragones.

Chaynal suspiró y acarició el cuello de Akkal. El poder de Zehava residía en parte en su capacidad para reducir la población de dragones. ¿Sería Rohan capaz de hacer lo mismo cuando le llegara el turno? No era una idea muy alentadora. A pesar del cariño que sentía por el hermano de su esposa, y por mucho que respetara sinceramente los dones de Rohan, sabía que el joven príncipe no tenía agallas para matar dragones. La fuerza en la batalla, demostrada en estas cacerías, era parte integral del poder del

Desierto. ¿Qué otra base para gobernar podía haber que la victoria militar?

La propia familia de Chay había custodiado el único puerto seguro del Desierto durante generaciones, y su prestigio se basaba firmemente en la provisión y protección del comercio. Era lo suficientemente honesto —y tenía suficiente sentido del humor— para reconocer que el poder original de sus antepasados provenía de la piratería descarada; el dinero para construir el Fuerte en Radzyn no provenía de tasas portuarias legítimamente recaudadas. En aquellos tiempos civilizados, los rápidos barcos con el estandarte rojiblanco de Radzyn ya no surcaban las Islas Pequeñas ni se ocultaban en calas a la espera de ricos mercantes. Ahora, sus barcos patrullaban las aguas para protegerlas. Pero la guerra y el robo persistían en su linaje, se recordó con una sonrisa caprichosa. Había luchado con gran placer como comandante de batalla de Zehava, y cada tres años en el Rialla se entretenía con el robo legal al vender sus caballos. Librar batallas y ser más astuto que sus socios comerciales: estas eran excelentes bases para el poder. Rohan había demostrado ser un guerrero capaz aquel memorable día contra los Mérida —aunque casi les provocó un ataque de apoplejía a sus padres al descubrir su presencia no autorizada— y era lo suficientemente astuto cuando quería serlo. Pero Rohan no era un guerrero por elección propia, ni un negociador instintivo.

La atención de Chay volvió a la batalla que tenía ante sí cuando las alas del dragón se extendieron y proyectaron una sombra sobre el sol. Voló en círculos hacia arriba y bramó con furia, para luego precipitarse con las garras extendidas hacia Zehava. El príncipe calculó el salto con precisión, esperando hasta el último instante antes de sacar a su indignado semental de su alcance. Al hacerlo, su espada abrió un sangriento corte en la piel del dragón. La bestia gritó de dolor y una ovación apagada se elevó entre los demás jinetes cuando las patas traseras del dragón se hundieron en la arena blanda, batiendo las alas mientras luchaba por agarrarse. Zehava giró su caballo y apuñaló al dragón en el flanco justo detrás del ala izquierda. Las hembras en sus cuevas aullaron en respuesta al grito de su compañero.

Chay empezó a sentirse mejor. Zehava seguía siendo el príncipe de siempre, con sus habilidades y astucia intactas. El dragón sangraba ahora, sus movimientos y respiración eran dificultosos. Pero el fuego en sus ojos no se extinguía, y al recuperar el equilibrio, giró bruscamente con la muerte en su ardiente mirada.

La princesa Tobin amaba entrañablemente a sus hijos, pero no se sentía obligada a dedicar su tiempo a cuidarlos. En la fortaleza de su esposo había suficientes sirvientes para asegurarse de que los gemelos recibieran comida, educación y se mantuvieran alejados de

los problemas graves mientras sus padres administraban las vastas propiedades. Aquí, en Stronghold, en su visita anual, había aún más sirvientes felices de atender a los jóvenes señores. Así que, al oír risas provenientes del patio principal, tras sus ventanas, supuso que los niños estaban entretenidos por alguno de los mozos de cuadra. Miró hacia afuera y vio a Jahni a lomos de un poni moteado y a Maarken montando un caballo bayo. Cada niño blandía una espada de madera ante un joven que alzaba una capa carmesí que parecía alas de dragón. Pero el compañero de juegos de los gemelos, sin duda, no era ninguno de los mozos de cuadra.

—¡Rohan! —gritó desde el patio—. ¿Qué haces?

—¡Dragón, mamá! —gritó Jahni, blandiendo su espada—. ¡Mírame!

Mientras los gemelos intentaban abatir al heredero del Principado del Desierto, Tobin negó con la cabeza con exasperación. Despidió a su secretaria y corrió hacia la escalera, murmurando para sí misma:

—¡De verdad! ¡Enredados en sus manos! ¡Un príncipe en su posición, haciendo de dragón para un par de niños de cinco años! —Pero había cariño en su voz y, al salir del vestíbulo al patio, rió mientras Rohan, tras recibir un golpe de refilón en su ala con la espada de Maarken, agitaba la capa y se desplomaba en el suelo como un dragón moribundo.

Tobin contempló a su triunfante retoño con un suspiro, luego se volvió hacia su hermano.

—Levántate de ahí y deja de hacerte el tonto —lo regañó. Él la miró con ojos brillantes por debajo de la capa—. Y ustedes —les dijo a sus hijos—, lleven esos ponis a sus establos y no regresen hasta que se hayan asegurado de que estén bien. Su abuelo no se los dio para que los descuiden.

—Maté al dragón, mamá, ¿lo viste? —exclamó Maarken con júbilo.

—Sí, cariño, lo vi, y además eres un muy buen guerrero. Ahora, disculpa al dragón mientras habla conmigo un rato, ¿verdad?

El dragón se levantó y se sacudió la tierra del patio de la ropa.

—He oído decir que a los dragones les gusta engullir princesas; cuanto más guapas, mejor.

—A esta princesa no —dijo Tobin con firmeza, y luego rió cuando Rohan empezó a acecharla, con la capa ondeando—. ¡Ni se te ocurra!

Los gemelos chillaron de alegría cuando él corrió hacia ella y la envolvió en su capa. Ignorando sus gritos de protesta, la arrojó sin contemplaciones al abrevadero. Tobin farfulló, escupió agua y miró a su hermano con enojo.

—Hace un calor sofocante hoy —observó con indiferencia, y se metió a su lado. Ella le barrió los pies de con una patada certera, causando que él se hunda en el agua hasta las rodillas, gritando de indignación.

—¿Alguna vez has visto un dragón ahogarse? —preguntó con dulzura, y retrocedió rápidamente cuando él intentó agarrarla.

—¡Casi ahogas a un príncipe! —sonrió, alisándole el pelo mojado.

Tobin se recogió las faldas empapadas y salió del abrevadero.

—Si no quieren correr la misma suerte… —advirtió a sus hijos juguetonamente.

Era una invitación suficiente. Saltaron de sus ponis y entraron al abrevadero para una guerra de agua. Ella se unió alegremente, ayudando a los chicos a mojar a Rohan por completo. Por fin, sin aliento, empapados y victoriosos, los chicos se fueron a cuidar de sus ponis. Rohan se incorporó, salió del abrevadero y le sonrió a Tobin.

—¡Listo! Te has visto demasiado majestuoso y serio estos últimos días. Ahora pareces humano otra vez.

Tobin palpó su húmeda cabellera rubia.

—¡Imbécil! Rápido, vamos a secarnos al jardín donde nadie nos vea. Mamá nos despellejará si mojamos sus nuevas alfombras cunaxanas.

Rohan la rodeó con un brazo compasivo mientras caminaban por el patio hacia las puertas del jardín. Las flores estaban en su máximo esplendor a finales de primavera y, una vez más, Tobin se maravilló del milagro que había traído rosas al Desierto. La transformación había comenzado cuando era niña, y ahora apenas podía recordar un tiempo en que Stronghold no fuera tan elegante y cómoda como ahora. Los lujos de Radzyn la fascinaban, pero su alma seguía perteneciendo al Stronghold de sus antepasados, y se regocijaba en la belleza que su madre había traído a ese lugar.

Eligió un banco de piedra a plena luz del sol y extendió sus faldas para que se secaran. Rohan la complació deshaciéndole sus largas trenzas negras y ayudándola a peinarse con los dedos.

—¿Recuerdas cuando papá jugaba al dragón con nosotros? —preguntó.

—Siempre me dejabas tener la mejor oportunidad con él —respondió ella con cariño—. Aunque papá no igualaba tu talento con la capa. Eres un actor nato.

—Eso espero —respondió, sombrío.

—Jahni y Maarken te adoran —continuó Tobin, fingiendo no haber notado su tono de voz—. Serás un padre maravilloso para tus propios hijos.

—No tú también… —murmuró— Mamá no ha hablado de otra cosa en toda la primavera. En el Rialla me encontrará a alguna noble fecunda y tonta con la que tener hijos.

—Nadie te obligará a casarte con una chica a la que no puedas amar. Podrás elegir entre todas las mujeres.

—Tengo veintiún años y no he encontrado a una sola chica con la

que pasar dos días, y mucho menos en mi vida. Chay y tú tuvisteis suerte de encontraros tan jóvenes.

—Bendición de la diosa —dijo Tobin—. Y la verdad es que aún no has salido a buscarla, ¿sabes?

—Mamá y papá piensan hacerlo por mí —suspiró—. Y ese es el problema. Mamá busca a alguien de tan alta cuna que probablemente no sepa vestirse sin la ayuda de tres criadas. Y papá quiere a alguien guapa y fértil; dice que quiere nietos guapos —Rohan rió con tristeza —. Y en cuanto a lo que yo quiero…

—No te atrevas a ser dócil y obediente conmigo —le dijo con severidad—. Te conozco, hermanito. Si no quieres casarte con una chica en particular, no lo harás, digan lo que digan papá y mamá.

—Pero tarde o temprano tendré que hacer de semental con alguna chica. ¿Ya se te secó la ropa? Papá volverá con su dragón.

—Este debería haber sido tuyo.

—No, gracias. Prefiero verlos que matarlos. Hay algo en su vuelo, Tobin, y en escucharlos rugir cuando cazan... —Se encogió de hombros—. Oh, sé que son una molestia. Pero el Desierto sería más pobre sin ellos.

Tobin frunció el ceño. Todos sabían que había que exterminar a los dragones. Eran más que una molestia; eran una amenaza. Radzyn había perdido seis buenas yeguas y ocho prometedores potros esta primavera a causa de los dragones, y las caravanas que cruzaban el Desierto nunca estaban a salvo. Las alas de los dragones habían lanzado vientos destructivos desde Gilad a las montañas Veresch durante siglos, devorando el ganado y los cultivos.

—Sé que no estás de acuerdo conmigo —dijo Rohan con una sonrisa, interpretando correctamente su expresión—. Pero nunca te ha interesado ver sus bailes ni saber más sobre ellos. Son tan hermosos, Tobin: orgullosos, fuertes y libres…

—Eres un romántico —dijo ella, y le apartó el pelo seco de los ojos —. Hay que exterminar a los dragones, y ambos lo sabemos. Chay dice que una vez que reduzcan su población a cierta cantidad, la naturaleza hará el resto del trabajo por nosotros. No habrá suficientes dragones para repoblar los vuelos.

—Espero que eso nunca pase —se puso de pie y se dio unas palmaditas en la tela húmeda de la camisa—. No creo que gotee demasiado. Deberíamos volver adentro y prepararnos para el festín de bienvenida.

—Y a coser las rasgaduras en la piel de Chay —Tobin hizo una mueca.

—Solo traerá unos pocos rasguños para que tengas algo de qué gritarle. ¡Nunca vi a un hombre más dispuesto a adaptarse al temperamento de su esposa!

—Tengo un carácter muy dulce, dócil y tranquilo —protestó ella sentenciosamente.

Él asintió, con sus ojos azules brillando.

—Igual que el resto de la familia.

Justo a tiempo, los gemelos entraron peleando por la puerta del jardín, llamando a su madre para que resolviera una discusión. Tobin suspiró, Rohan le guiñó un ojo y fueron a poner orden a su rebelde retoño.

Lady Andrade, tras calmar los temores que le había provocado a propósito a su hermana, sugirió una partida de ajedrez para pasar el rato hasta el regreso de Zehava. Las dos mujeres abandonaron el solar para dirigirse a la amplia habitación privada de la familia, elegantemente amueblada y decorada con los juguetes de Jahni y Maarken. A pesar de que se decía que la fortaleza había sido excavada por dragones en épocas pasadas, Stronghold era notablemente civilizada, incluso hermosa. Andrade sabía que esto era obra de Milar. Las ventanas, que antes tenían un tosco cristal ahumado, ahora estaban cubiertas de finos paneles biselados y transparentes. Los suelos, que antes estaban desnudos o cubiertos de alfombras deshilachadas, ahora lucían alfombras lo suficientemente gruesas como para dormir. La madera tallada estaba por todas partes, con su fragancia natural realzada por los aceites utilizados para mantenerla brillante y protegida de los estragos del clima. Abundaban las decoraciones de oro, cristal y cerámica, y los objetos más preciados se exhibían en vitrinas. Milar disfrutaba de la riqueza de Zehava a su antojo y siempre recibía mercaderes deseosos de venderle aún más lujos; estos mercaderes contaban historias sobre la magnificencia de una fortaleza antaño incómoda. Sin duda, no sería difícil para la futura esposa de Rohan vivir allí.

Andrade estaba enfrascada en una discreta derrota contra su hermana al ajedrez cuando unos gritos afuera la desviaron de la partida.

—¿Qué es todo ese alboroto?

—Zehava ha vuelto con su dragón —respondió Milar emocionada, poniéndose de pie, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes como los de una niña.

—Se deshizo de la bestia enseguida. No esperaba que volviera hasta el anochecer.

Andrade se reunió con su gemela en las ventanas.

—Si arrastra la cosa al patio principal como la última vez, el hedor invadirá los pasillos durante semanas —se quejó Milar—. Pero no veo ningún dragón, ni a Zehava.

Stronghold estaba construida en una hondonada de las colinas, a la que se accedía por un largo túnel que atravesaba los acantilados.

Jinetes salían del pasadizo hacia el patio exterior, y las puertas se habían abierto de par en par en la muralla que custodiaba el patio principal. Al ver la cabeza oscura y la túnica roja de Chaynal, Andrade se preguntó si Zehava y su dragón los seguían más despacio.

_Bajemos a saludarlos —dijo.

—¡Alteza! ¡Alteza! —El chambelán de Milar los abordó en las escaleras; su voz aguda irritaba a Andrade—. ¡Oh, venga de inmediato, por favor, por favor!

—¿El príncipe resultó herido al matar a su dragón? —preguntó Milar. Apresuró el paso, pero no se alarmó demasiado. Habría sido un milagro que Zehava hubiera escapado ileso.

—Creo que sí, su excelencia, yo...

—¡Andrade! —bramó la voz de Chay desde el vestíbulo—. ¡Maldita sea, encuéntrenla de inmediato!

Milar apartó al chambelán de su camino y bajó corriendo las escaleras. Andrade estaba justo detrás de ella. Agarró el brazo de Chay mientras Milar salía corriendo al patio.

—¿Qué tan grave? —preguntó secamente.

—Bastante grave.

Él no la miró a los ojos. Andrade contuvo la respiración.

—Entonces, llévenlo arriba. Con cuidado. Luego busquen a Tobin y Rohan.

Se apresuró a regresar a la habitación de Zehava y se dedicó a preparar la cama para recibirlo. Moriría en ella, se dijo con tristeza. Chay no era tonto; había participado en suficientes batallas como para reconocer una herida mortal al verla. Pero quizás con atención, Zehava podría sobrevivir. Andrade intentó abrigar esperanzas, pero cuando subieron al príncipe y lo colocaron sobre las sábanas de seda blanca, supo que Chay tenía razón. Quitó la ropa y las vendas improvisadas del enorme cuerpo, incapaz de contener una exclamación ante la horrible herida en el vientre de Zehava. Apenas era consciente de Tobin a su lado, y de Milar, de pie, silenciosa y afligida, a los pies de la cama. Trabajó frenéticamente con agua, toallas limpias, ungüentos analgésicos y agujas enhebradas con seda. Pero sabía que todo era en vano.

—Pensábamos que el dragón estaba casi derrotado —decía Chay con voz ronca—. Lo había golpeado muchas veces; había sangre por todas partes. Lo atacó con el golpe mortal, o eso pensamos, pero entre los dientes que destrozaron a su caballo y las garras que lo desgarraron… —Chay se detuvo y se oyó el sonido de un líquido al ser tragado. Andrade esperaba que el vino fuera fuerte—. Fue todo lo que pudimos hacer para alejar al dragón de él. Lo subimos a mi caballo y, después de tres medidas, tuvimos que parar. Se había estado sujetando las tripas con las manos, fingiendo que no estaba

muy herido.

Andrade limpió y cosió la herida, sabiendo que sus acciones eran inútiles. Ahora que la sangre había sido lavada, podía ver el temible trabajo de las garras del dragón: atravesando la piel y la carne hasta el músculo y las gruesas hebras de las propias tripas, que no solo estaban expuestas, sino que las habían cortado limpiamente en algunos puntos. Podía hacer que Zehava se sintiera cómodo y aliviarlo de gran parte del dolor, pero Rohan se convertiría en príncipe gobernante en cuestión de días, como máximo. Miró a su alrededor al pensar en él, notando que aún no había llegado.

—Lo limpiamos y lo vendamos lo mejor que pudimos —continuó Chaynal—. Luego regresamos tan rápido como nos fue posible. No ha hablado ni abierto los ojos ni una sola vez —Finalmente, la voz del joven señor se quebró de dolor—. Tobin, perdóname…

La princesa miró brevemente a su alrededor, desde su lugar junto a Andrade.

—Hiciste todo lo que pudiste, amado —se frotó los ojos con una mano manchada de sangre.

Andrade casi había terminado de coser la piel. Lo hizo muy rápido, sin pensar en cómo sanaría, pues sabía que a Zehava no le importaría cómo sanara. Le aplicaron vendajes empapados en una solución analgésica y, por último, envolvió el abdomen del príncipe con vendas limpias. Le dolía la espalda y le escocían los ojos por el esfuerzo de tanto trabajo fino hecho tan rápido. Se enderezó y se giró hacia su hermana. Los ojos azules no vieron nada más que el rostro ceniciento de Zehava. Andrade se lavó las manos en una palangana con agua turbia, se las secó y se echó la larga trenza hacia atrás.

—Mila —empezó.

—No —susurró su gemela—. Déjame sola con él.

Andrade asintió y, con una mirada, ordenó a todos que salieran. En la antesala, cerró la puerta e hizo un gesto a los sirvientes asustados, quienes se escabulleron.

—¿Va a morir, verdad? —preguntó Tobin en voz baja, mientras las lágrimas rodaban lentamente por sus mejillas. Se las secó, dejando finas manchas en su rostro.

Chaynal emitió un sonido ahogado y se alejó por el pasillo. Andrade dijo:

—Sí.

—Pobre madre. Y pobre Rohan.

—Necesito tu ayuda, Tobin. El dolor debe esperar. Sabes que lo que yo poseo, tu madre no. Estas cosas a veces se saltan generaciones, igual que tú diste a luz gemelos, pero Mila no. Lo que hay en mí también está en ti.

Los ojos de la princesa se abrieron de par en par, conmocionada.

—¿Quieres decir que yo…?

—Sí. Estoy cansada y necesito la fuerza que tienes, pero que nunca te enseñaron a usar. —Llevó a Tobin por el largo pasillo hasta las habitaciones reservadas para ella y cerró la puerta con llave. La luz del sol se filtraba, dorando los muebles y las cortinas de la cama. Andrade estaba con su sobrina junto a las ventanas que daban al sol que se apagaba lentamente—. Quizás debería haberte dicho, haberte enseñado a usar lo que la Diosa te dio. Pero estabas contenta como estabas, y los poderes faradhi no se enseñan a quienes no los necesitan.

—Vas a usarme, como usas a todos —dijo Tobin, pero sin resentimiento—. ¿Qué quieres que haga?

—Escúchame. No mires directamente al sol, niña, te quemarás los ojos. Mira mejor lo que le hace a la tierra: los huecos que se llenan de luz, como el Agua llena las piedras huecas, el Aire llena las cuevas huecas del dragón y el Fuego llena el hogar hueco. La luz se mueve —susurró—, acaricia la Tierra como un amante, calienta el Aire, brilla en el Agua, encuentra a su pareja en el Fuego. De estas cuatro cosas, todo está hecho. Toca la luz del sol conmigo, Tobin; siente sus hebras tejiéndose entre tus dedos, sus colores como hilos de seda hechos de joyas... sí, eso es. Ahora síguela conmigo. Conviértete en la luz del sol, esparcida por la tierra…

Capítulo Dos

Cuando Sioned tenía tres años, la muerte de sus padres dejó a su hermano Davvi, doce inviernos mayor que ella, como Señor de Aguasdulces. A los pocos años se casó. Su esposa fue una joven cuyo padre no tenía otros herederos, y al morir el hombre, todo lo suyo pasó a ser de su hija. Davvi se convirtió en el athri de dos magníficas fortalezas y tierras que se extendían veinte metros a lo largo del río Catha. Pero la nueva Señora de Aguasdulces era posesiva, y le envidiaba a Sioned no solo la parte de la riqueza que habría sido su dote, sino incluso el cariño entre hermanos. Así, compró —a un precio mucho menor que el matrimonio con un señor adecuado— la entrada de Sioned en la Fortaleza de la Diosa. Infeliz en casa, Sioned, de doce años, se había marchado con alegría al gran castillo al borde del acantilado en Ossetia. Allí encontró compañía entre los demás estudiantes y suficiente conocimiento para saciar su voraz apetito por el conocimiento. Las pequeñas rarezas que su cuñada ridiculizaba llamándolas fey resultaron ser indicios de que ella tenía el don faradhi y podía convertirse en una Mensajera del Sol.

No todos los que iban a la Fortaleza de la Diosa se convertían en faradhi, y Lady Andrade no toleraba la arrogancia entre quienes podían ni la envidia entre quienes no. Pero convertirse en Mensajera del Sol implicaba ciertas distinciones: los anillos de rango ganado y las visitas periódicas al pinar cercano a la fortaleza. En el año seiscientos noventa y tres, cuando Sioned tenía dieciséis años y había obtenido el primer círculo de plata en su dedo corazón derecho, fue a este lugar donde, si sus talentos eran fuertes y la Diosa estaba dispuesta a las revelaciones, podría vislumbrar su futuro.

Tras una larga caminata por el bosque, emergió a la brillante luz del sol que calentaba su cuerpo y danzaba sobre las olas a lo lejos. Los imponentes pinos costeros formaban un anillo alrededor de un pequeño montículo de rocas del que brotaba agua que salpicaba hasta el mar. Sioned se detuvo fuera del círculo, se quitó toda la ropa y caminó con agilidad sobre la alfombra de flores azules y púrpuras.

Cada uno de los cinco pinos tenía un nombre: Árbol Niño, Árbol Doncella, Árbol Mujer, Árbol Madre y Árbol Brujo. Vestida solo con el manto de su larga cabellera rojiza, Sioned se arrodilló junto al túmulo y recogió agua con las manos, derramando unas gotas para los dos primeros árboles antes de volverse hacia el Árbol Mujer. Había acudido allí dos veces: la primera de niña para ofrecer agua y un mechón de su cabello, y un año después, cuando su primer sangrado significó que ya no era una niña. Ahora estaba lista para el siguiente paso: declararse mujer. La noche anterior había conocido por primera

vez el abrazo de un hombre. Regresó al manantial y se arrodilló frente al Árbol Mujer. El mar susurraba contra los acantilados con la marea baja, recordándole los suaves sonidos de carne contra carne la noche anterior. No se había pronunciado ninguna palabra y, en la oscuridad total, no supo quién era el hombre, ni le importó. Ninguna niña lo supo jamás, pues el hechizo tejido era poderoso. También se tuvo cuidado de que no nacieran niños de la noche en que se hacía la mujer; cuando Sioned eligiera a su marido, entonces vendría al bosque y pediría a la Árbol Madre un vistazo de los hijos que podría tener.

Echándose el pelo hacia atrás, contempló el árbol y se preguntó qué sentían los niños y jóvenes de la Fortaleza durante sus rituales. Para ellos, los árboles tenían nombres diferentes: Niño, Joven, Hombre, Padre y Barba Gris. Nadie hablaba nunca de lo que ocurría en esos momentos, pero esperaba que otros oyeran el canto del agua y sus nombres susurrando entre los pinos. Sonrió al escuchar y luego levantó ambas manos.

Su primer anillo le había sido entregado el día anterior, cuando demostró formalmente su capacidad para invocar el Fuego, y pequeñas llamas ardían a su llamada en lo alto del montículo de rocas. El Aire de su propio aliento las avivaba, haciéndolas más brillantes, hasta que se reflejaron claramente en el Agua. Se arrancó un solo cabello de la cabeza para representar las partes especiales de la Tierra de las que había sido creada y lo dejó flotar en el agua quieta. Su propio rostro se reflejaba allí: pálido, de ojos grandes, suave por la juventud, enmarcado por una cascada de cabello brillante. Metió las manos en el agua y miró fijamente al Árbol Mujer, conteniendo la respiración.

El Fuego saltó más alto sobre las rocas, sobresaltándola, y sus dedos se apretaron alrededor del agua sedosa. Su rostro había cambiado: sus mejillas eran más delgadas, los huesos altos y la delicada mandíbula se destacaban con orgullo. Los ojos verdes eran más oscuros, su expresión más seria, y su boca había perdido su curva infantil. Esta era la mujer en la que se convertiría, y su vanidad se complacía incluso mientras se reprendía por ella. Sioned memorizó el rostro que algún día luciría, ansiosa por convertirse en esta mujer de mirada segura y rasgos serenos. Pero mientras contemplaba el reflejo de su futuro, el Fuego volvió a encenderse. Otro rostro estaba junto al suyo en el agua, ardiendo con una luz propia a través del reflejo de las llamas. Era un rostro de hombre, con el cabello rubio cayendo sobre una frente ancha que ocultaba unos ojos azul río, un rostro de huesos fuertes y una boca seria. Sin embargo, había ternura en la curva de los labios, dulzura que equilibraba la línea obstinada de la mandíbula.

El fuego se deslizó por las rocas, encendiendo el estanque, y

Sioned retiró las manos con un grito de miedo. El único cabello rojizo que flotaba en el agua se retorció, convirtiéndose en un fino riachuelo de llamas que atravesó la frente del hombre como los anillos que usan los príncipes, y luego se extendió para formar la misma corona real para ella.

Pasó mucho tiempo antes de que Sioned se levantara. Incluso después de que el Fuego se extinguiera y la imagen en el Agua se desvaneciera, después de que el Aire dejara de cantar en los pinos y la Tierra estuviera en calma bajo el estanque, contempló con los ojos abiertos el túmulo y el manantial. Por fin, el frío de la noche inminente envolvió su cuerpo desnudo y se estremeció; el hechizo finalmente se rompió.

Al día siguiente, buscó a Lady Andrade, preocupada por lo que había visto.

—¿Fue cierto? —preguntó con urgencia— ¿Se hará realidad lo que vi ayer?

—Quizás. Si la visión te perturbó, se puede cambiar. Nada está escrito en piedra, hija. Incluso si lo estuviera, las piedras pueden romperse —la Dama miró pensativa la brillante luz del sol afuera.

—Cuando tenía más o menos tu edad, miré al Agua y vi el rostro de mi esposo. No era el hombre que yo hubiera elegido, así que hice todo lo posible para que la visión cambiara. Ahora sé que lo que la Diosa me mostró fue una advertencia, no una promesa. Quizás hizo lo mismo contigo.

—No —murmuró Sioned—. Esta vez, fue una promesa.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de la Dama.

—Así es. Pero recuerda que un hombre es más que un rostro, un cuerpo y un nombre. A veces es todo un mundo dentro de sí mismo, incluso si no es un gran señor o un príncipe.

—Creo que vi el mundo entero en sus ojos —admitió Sioned, frunciendo el ceño. ¿Te refieres a eso?

—¡Qué joven eres! —dijo Lady Andrade con indulgencia, y la chica se sonrojó.

Ahora, cinco años después, Sioned sabía que su propio rostro había cambiado hasta ser casi la versión de sí misma que había visto ese día. Solo faltaba el círculo real, y su primera visión real del hombre. Había pasado los últimos años observando atentamente a cada hombre rubio de ojos azules que llegaba a la Fortaleza de la Diosa, pero no había encontrado a nadie como él. ¿Quién era?

La respuesta le llegó de repente mientras ayudaba a Lady Andrade a empacar para su viaje a Stronghold. Cabello rubio, ojos azules, ciertos ángulos en los huesos; Sioned se había sorprendido y horrorizado de no haberlo visto antes. Entonces se dio cuenta de que antes no había sido el momento adecuado, no para un conocimiento

como este. Por fin vio el eco de ese rostro masculino en el de Lady Andrade, recordando el círculo real y que su sobrino era un príncipe. Aunque no había dicho nada, Andrade vio la sorpresa en sus ojos y asintió en silencio, reconociendo la verdad.

Una cosa aún desconcertaba a Sioned. El círculo se había formado con ella misma, el cabello flotando en el agua. Sin embargo, él ya era real, ya era el heredero; ¿cómo podía tener algo que ver con ella que se convirtiera en Príncipe del Desierto? Pensaba en ello mientras caminaba por las almenas bañadas por el sol de la Fortaleza de la Diosa una tarde. El mar era de un azul plácido bajo un cielo sin nubes, la luz del sol se adentraba en el agua para calentar la nueva vida allí, y alrededor de los acantilados las nutrias reían a carcajadas mientras jugaban con sus crías. Sioned estaba fascinada por el agua, ya fuera por el océano bajo la Fortaleza de la Diosa o el río Catha, donde había pasado su infancia. Pero también sentía la cautela de un Mensajero del Sol, pues pocos faradh'im eran capaces de poner un pie en algo que flotara sin marearse como un dragón hambriento.

Sioned se destrenzó el pelo y se pasó los dedos por él, sintiendo la luz del sol calentar cada mechón. Pronto tendría que volver adentro y ayudar con la cena; nadie la dejaba acercarse a las ollas, salvo para probar su contenido. Era una completa inepta en las habilidades que Camigwen practicaba con gran talento, y ni siquiera había aprendido a mezclar hierbas y clavo para preparar una buena taza de té. Sioned rió con tristeza para sí misma, con la caprichosa esperanza de casarse con el príncipe, pues entonces nunca tendría que preocuparse por su total falta de habilidades prácticas. Sus sirvientes se encargarían de todo, y...

Sioned.

Se giró, mirando hacia el este, de donde provenía la llamada. Automáticamente se abrió a los colores que rozaban su mente. Siempre había un Mensajero del Sol de guardia para recibir los mensajes enviados por la luz, pero hoy no era el turno de Sioned. Alguien la llamaba específicamente.

Tejió rayos de luz a través de campos y valles, sobre ríos y el vasto mar herboso de Meadowlord. Los hilos se encontraron y sus propios colores se entrelazaron con los de Lady Andrade. Había una segunda presencia, parecida pero distinta, extrañamente familiar en algunos de sus matices y fuerte de maneras muy diferentes a la de Andrade. A veces, cuando la luz era inestable, especialmente al atardecer o al amanecer, los farad-h'im se entrelazaban. Pero Sioned estaba segura de que la persona que acompañaba a Andrade no estaba entrenada, aunque había dones inconfundibles en los brillantes colores del ámbar, la amatista y el zafiro que se arremolinaban con el patrón de una mente poderosa.

Gracias por venir a mí, niña. Pero necesito que vayas aún más lejos, en persona. Organiza una escolta de veinte, Sioned. Este no será un viaje de placer. Debes estar aquí dentro de seis días. Pero antes de entrar en Stronghold, ponte majestuosa y hermosa. Vienes aquí como novia.

Aunque llevaba cinco años esperándolo, la conmoción fue profunda. Solo se le ocurrió preguntar:

—¿Lo sabe?

Todavía no, pero lo hará en cuanto te vea. Ven aquí, Sioned. Ven a él.

Andrade y la otra misteriosa presencia se retiraron bajo los titubeantes rayos del sol, y Sioned corrió por su propio camino de regreso a la Fortaleza de la Diosa, sin detenerse, como solía hacer, para apreciar la belleza de las tierras que se extendían a sus pies. Se encontró de repente de vuelta en las almenas, y recuperó el equilibrio mental y físicamente. Abajo, en los campos, alces de anchos hombros estaban siendo desenganchados de los arados y el sol casi había desaparecido en el mar. Sioned tembló, sabiendo que si hubiera retrasado su regreso, podría haberse perdido en la sombra, cayendo al Agua Oscura junto con el sol.

—¿Sioned? ¿Qué haces aquí arriba? ¿Y qué ocurre?

Camigwen se acercó desde la escalera, frunciendo el ceño ante lo que Sioned sabía que debía de estar reflejado en su rostro. Habían llegado a la Fortaleza de la Diosa al mismo tiempo, solo se llevaban un año y se habían hecho amigas desde el primer día. Camigwen era la única, además de Andrade, que sabía lo que Sioned había visto en el Agua y el Fuego, así que la explicación que dio fue sencilla.

—Es hora, Cami. Debo ir con él.

Un rubor oscureció la piel morena de la chica mayor. Sus ojos, grandes, oscuros y ligeramente rasgados en su bonito rostro, albergaban un sinfín de preguntas. Pero lo único que hizo fue estrechar las manos de Sioned.

—¿Vendrán conmigo, tú y Ostvel? —suplicó Sioned—. Los necesito a ambos. No sé qué hacer ni qué decir…

—¡No podrían impedirme ver a este hombre ni aunque hubiera mil dragones en mi camino!

Sioned soltó una risa nerviosa.

—Bueno, tienes razón con lo del dragón.

—¿El Desierto? ¿Pero quién…?

—El joven príncipe —respondió Sioned, extrañamente incapaz de pronunciar su nombre.

Camigwen la miró fijamente un rato, incapaz de pronunciar una sola palabra. Pero cuando por fin recuperó la voz, fue para emitir un gemido de consternación.

—¡Oh, Diosa! ¡Y no hay ni una sola puntada cosida de tu vestido de novia!

La tensión se disolvió en risas y Sioned abrazó a su amiga.

—¡Solo tú podías ser tan práctica en un momento como este!

—¡Alguien tiene que serlo, contigo ahí parada como una almeja! ¡Oh, Sioned! ¡Es maravilloso! —Camigwen se apartó y miró a su amiga con atención—. Crees que es maravilloso, ¿verdad?

—Sí —susurró Sioned.

—Oh, sí —Camigwen asintió, satisfecha—. Le diré a Ostvel enseguida que organice la escolta. ¿Cuántos crees que necesitaremos?

—Lady Andrade dijo veinte. Y tenemos que estar allí en seis días.

—¿Seis? —Gruñó y negó con la cabeza—. Nunca lo lograremos. Pero debemos hacerlo, y a tiempo, ¡o nunca conseguiré mi sexto anillo y Ostvel será degradado de nuevo a mozo de cuadra en lugar de Segundo Mayordomo de la Fortaleza! ¡Saldremos mañana al amanecer! ¡Puedo cortar tela esta noche y coser por el camino!

Entre la eficiencia de Camigwen y la autoridad de Ostvel, todo se organizó tan rápido que a Sioned le dio vueltas la cabeza. Se encontró a caballo antes del amanecer del día siguiente, cabalgando hacia el este, rumbo al Desierto. Solo se giró una vez para mirar atrás, al castillo en los acantilados. Velos de niebla azul grisácea se arremolinaban a su alrededor, y el cielo aún estaba oscuro como la noche sobre el mar. Sabía que debería haberse tomado el tiempo para preguntarle al Árbol Madre sobre su futuro, pero no había tenido oportunidad. Sin embargo, solo sentía un ligero arrepentimiento; los asuntos de la Fortaleza de la Diosa ya habían pasado, y ella cabalgaba hacia su futuro.

Un futuro con un hombre que ni siquiera conocía.

La primera noche se detuvieron antes del anochecer junto a un brazo del río Kadar, tras haber avanzado mucho durante una dura jornada de cabalgata. Con Sioned estaban amigos de toda la vida: Antoun, Meath, Mardeem, Palevna, Hildreth, todos de su misma edad y con quienes había recibido entrenamiento faradhi, así como varios otros con parientes faradhi en el camino que se alegrarían de poder verlos, y quienes les darían cobijo por una noche. Había hombres y mujeres jóvenes responsables de los caballos y las provisiones, lo que sumaba un total de veinte. Sioned se asombró de que tanta gente hubiera estado dispuesta a cabalgar tan lejos por ella con tan ridícula notificación.

La mayoría se sentaron alrededor del fuego después de comer; Mardeem cantaba distraídamente una canción de amor y miraba a Sioned con picardía cada vez que llegaba a una letra particularmente sugerente. Camigwen se sentó bajo la seguridad del brazo de Ostvel y

se inquietó porque no quedaba suficiente luz para seguir cosiendo el vestido de novia. Sioned se unió a las risas mientras Ostvel bromeaba con ella, preguntándose si la misma clase de relación amorosa y juguetona la esperaba con él. No lo conocía, solo había visto su rostro años atrás en el Fuego. Seguía siendo una chica fascinada por los ojos azules y sus propias fantasías sobre lo que creía encontrar en ellos. ¿Por qué estaba dando tantos pasos para casarse con un hombre al que no conocía?

—¿Estás cansada o solo estás pensando? —preguntó Ostvel con una sonrisa amable

—Un poco de ambas cosas —respondió Sioned—. Y temiendo la idea de cruzar el Faolain en unos días.

—Es el último río que tendrás que cruzar en mucho tiempo —le recordó, y la diversión hizo que sus ojos grises brillaran a la luz del fuego—. El Desierto es el lugar perfecto para ustedes, los Mensajeros del Sol. Dime, Sioned, ¿eres como Camigwen, que se marea mirando una bañera?

Cami le dio un puñetazo en las costillas.

—¡Cuidado con lo que dices o te vomitaré encima cuando crucemos!

Gruñendo, Ostvel juntó sus largas piernas y se puso de pie.

—Vamos, Meath, Antoun, vamos a revisar los caballos antes de que mi delicado y gentil amado decida romperme el brazo.

Mardeem, incapaz de provocar más que un rubor en Sioned con sus canciones, declaró que estaba sin voz y que necesitaba dormir. La mayoría de los demás siguieron su ejemplo y se envolvieron en mantas en el suelo cercano, discretamente lejos, donde no oirían el fuego junto al que Sioned y Camigwen se quedaban. Estaba demasiado silencioso sin música. Sioned tomó una ramita, la arrancó del fuego y observó la pequeña llama con aire melancólico.

—Cami, ¿se quedarán Ostvel y tú conmigo allí un rato? Después de que ya esté… —No se atrevió a decir *casada*, y la palabra *princesa* se refería a la mujer que había visto en el Fuego años atrás—. Creo que voy a necesitar a alguien con quien hablar —terminó con voz débil.

—Nos quedaremos todo el tiempo que quieras. Pero no nos necesitarás, Sioned. Lo tendrás a él.

—Eso es lo que temo —murmuró.

—¿Cuál es el problema? Llevas años deseando que esto sucediera, y has estado tan feliz todo el día de hoy.

—¿Y si no podemos hablarnos? —estalló Sioned—. ¿Y si descubrimos que no tenemos nada que decir? Cami, mírame. No soy nada. ¡Una Corredora Solar de seis anillos que apenas conoce su oficio, nacida en un hogar del que nadie ha oído hablar! ¿De verdad

me ves como una princesa?

—Tienes miedo de las sombras, Mensajera del Sol —dijo Camigwen con vehemencia—. Deja de hacer tonterías. Claro que se van a amar.

—¿Pero y si no podemos? No lo conozco, y él desde luego no me conoce a mí. No quiero atarme a un hombre al que no puedo amar.

—Escúchame, Sioned. Mira hacia el Fuego. No hay sombras en las que perderse y no salir jamás. Solo existe la luz.

Ante la insistencia de su amiga, Sioned dejó caer la ramita de nuevo al fuego y se enfrentó a las llamas, y en ellas estaba su rostro. Se estremeció ante el dolor que nublaba sus ojos y marcaba su sensible boca. Sus manos se extendieron involuntariamente y gritó mientras el fuego quemaba sus dedos y su mente.

—¡Sioned!

Apenas era consciente del agua fría que Camigwen le vertía sobre los dedos quemados ni de las voces preocupadas a su alrededor. El dolor le había subido por las manos y los brazos hasta el corazón, y se había adentrado en esa parte de su cerebro que sabía cómo surcar los hilos tejidos de la luz del sol. Se mecía adelante y atrás, jadeando ante la agonía hasta que esta comenzó a desvanecerse gradualmente y pudo volver a ver con claridad. Sus amigos se habían reunido en un círculo, preocupados.

—Lo siento —murmuró, avergonzada, e inclinó la cabeza, acunando sus dedos quemados en su regazo.

—El fuego echó chispas, eso es todo —les dijo Camigwen a los demás.

—Ten más cuidado, Sioned —le advirtió Meath, dándole una palmadita en el hombro con áspera ternura.

Ella asintió sin decir palabra, incapaz de mirar a ninguno de sus amigos.

—Sí —dijo Ostvel arrastrando las palabras—. Le debemos al príncipe una novia que no se estremezca de dolor cuando él le bese las manos. Que todos duerman un poco. Mañana tenemos un largo camino por recorrer.

Cuando se fueron, se agachó junto a Sioned, inclinándole la cara hacia él con un dedo insistente bajo la barbilla.

—Lo siento —repitió ella.

—No, soy yo quien lo siente —dijo Camigwen—. Solo quería que lo volvieras a mirar y te dieras cuenta de que no tienes por qué tener miedo.

—¿Perdiste el control de un conjuro de Fuego?, preguntó Ostvel, y cuando Sioned asintió con tristeza, silbó.

—Estoy deseando conocer a ese príncipe tuyo. Cualquier hombre que haga que un Mensajero del Sol de tu rango cometa un error como

ese…

—No fue él, fui yo —le dijo Sioned, y luego estalló:— ¡Y Cami me dice que no tengo nada que temer!

—Si es así —murmuró Ostvel—, es miedo a un brillo excesivo. A demasiado Fuego. No a las sombras, Sioned, nunca a esas.

—Podría perderme tan fácilmente en una como en la otra —susurró, mirándose las manos.

Rohan logró eludir a su tía con éxito hasta la noche posterior a la cacería del dragón. Andrade, tras enviar a Tobin a descansar y recuperarse del agotamiento, buscó al joven príncipe, pero no lo encontró. Su dignidad le impedía preguntar a nadie sobre su paradero. Tenía una reputación que mantener, después de todo, y se negaba a admitir que era incapaz de encontrar a un hombre en un territorio limitado. Irritada por su capacidad de desaparecer cuando quería —y totalmente familiarizada con ello desde su infancia—, decidió serle testaruda, sabiendo perfectamente que él elegiría el momento y el lugar de su encuentro.

Pasó parte del día con Tobin, dándole a su sobrina una merecida explicación. Chay dormía del agotamiento físico y emocional —y de todo el vino que había bebido con el estómago vacío, intentando olvidar la imagen de Zehava siendo corneado por el dragón— cuando Andrade apareció en la puerta de los aposentos de Tobin a última hora de la mañana. Las dos mujeres bajaron a los jardines para una conversación privada.

—Fue muy extraño —admitió Tobin cuando Andrade le preguntó su reacción a lo que habían hecho la noche anterior—. Siempre me he preguntado cómo funcionaban los faradh'im con la luz del sol.

—No creas que porque me ayudaste una vez podrás hacerlo sola —advirtió Andrade—. El equilibrio es delicado, y controlarlo requiere mucho entrenamiento —hizo una pausa cuando un jardinero se marchó con una reverencia cerca de las rosas—. Pero creo que le pediré a Sioned que te enseñe algo al respecto cuando llegue.

—¿Se llama así? ¿Sioned?

—Sí, pero acentúa más la segunda sílaba. «Sh-ned» —repitió ella.

—Es un nombre precioso —reflexionó Tobin—. ¿Sabe ya Rohan que debe añadirle «princesa»?

—Pensé que lo descubrirías. Sí, va a ser su esposa. Aún no lo sabe, pero pronto lo sabrá.

—Ella me agradó. Es como si, de alguna forma, la hubiera tocado. Había... colores, casi como si pudiera sostenerlos en mis manos. Colores preciosos.

—No creo que este tipo de contacto sea completamente nuevo para ti. —Le arqueó una ceja a la princesa.

—A veces con Chay siento algo parecido —dijo Tobin lentamente

—. Casi como si lo mirara y fuera de todos los colores. ¿Significa eso que puedo aprender a ser faradhi?

—Sioned puede enseñarte un poco, pero no más. Es peligroso.

—Recuerdo cuando Kessel se perdió en la sombra —respondió en voz baja—. Madre y yo lo cuidamos hasta que murió.

Andrade apartó la mirada, recordando al apuesto joven Mensajero del Sol que había estado destinado allí un tiempo. Había calculado mal la luz al final del día. Perderse en la sombra era el riesgo más temible que un farad-h'im podía correr, pues los pensamientos desenredados en la oscuridad nunca se rehacen de nuevo, y los colores olvidados en la noche nunca volverán a ver la luz del sol. El cuerpo sin mente muere pronto, tras haber seguido su esencia al sol hacia el Agua Oscura.

—Entonces conoces las consecuencias del exceso de confianza —dijo Andrade— Y hablando de arrogancia, Rohan se las ha ingeniado para evitarme.

—Mamá dice que anoche estuvo un rato en la habitación de papá. Pero no sé dónde ha estado esta mañana —se dejó caer en un banco a la sombra—. Y antes de que preguntes… sí, conozco casi todos sus sitios y no te los voy a decir. Aparecerá cuando esté listo. No lo presiones, tía. Ahora no. Estoy preocupada por él.

Andrade se sentó a su lado, encogiéndose de hombros con irritación. Era probable que Rohan no estuviera en condiciones de hablar con nadie, ni siquiera con su familia, y mucho menos con Andrade.

—Tendrá que enfrentarse a mí algún día.

—¡No te atrevas a insinuar que es un cobarde!

—No lo hice. ¿Pero por qué no está con Zehava?

Tobin suspiró. Supongo que es como yo y no puede creer que papá se esté muriendo. No tan rápido, ni tan despacio. ¿Tiene sentido?

Andrade lo comprendió. Un hombre fuerte y vigoroso un día, Zehava moría al siguiente. Sin embargo, la vida persistía dolorosamente en el cuerpo destrozado, negándose a soltar su apego a la carne.

—En cualquier caso, está prohibido que el próximo príncipe vea morir a su padre —continuó Tobin.

—Esa es una pésima idea. Rohan debe observar o la imagen de Zehava permanecerá ante él toda su vida, nunca muerta y consumida.

Los ojos negros de Tobin brillaron plateados por las lágrimas, como lluvia a medianoche.

—Eres la mujer más cruel que he conocido —susurró. Andrade se mordió el labio y luego tomó la mano de su sobrina. Nunca creas que no lamento la pérdida de tu padre. Zehava es un buen hombre. Me dio a ti y a Rohan para amarlos como yo habría amado a mis propios

hijos. Pero soy lo que soy, Tobin. Y tú y yo somos mujeres importantes con responsabilidades. Cuando tenemos tiempo, lo sentimos. Pero no hay tiempo. Hay que decírselo a Rohan.

Sin embargo, la eludió durante el resto de la mañana y la tarde. Andrade se enfureció con el baile en él la dirigía a ella y se vio reducida a la humillación de enviar a uno de sus Mensajeros del Sol a la puerta de su habitación, con órdenes de informar de inmediato si el joven príncipe aparecía. Apostó a sus otros faradh'im en varios puntos de la fortaleza con instrucciones idénticas. Pero ninguno trajo noticias en todo el día.

Al caer la noche, Andrade estaba agotada. Había atendido a Zehava dos veces, con la esperanza, aunque sin la certeza, de que despertara, y había velado con Milar durante varias horas bajo el calor sofocante. Al anochecer, decidió subir a la Torre de la Llama, donde podría haber un soplo de aire fresco. Abrió la puerta de la cámara superior, jadeando tras la subida, y maldijo con saña, pues Rohan estaba solo en la enorme cámara circular.

La luz del pequeño fuego en el centro de la habitación tiñó su cabello de un dorado intenso y relucía en el sudor que le perlaba la frente y el hueco de la garganta. Cuando entró Andrade, él levantó la vista sin curiosidad desde su asiento ante la pequeña llama.

—Te costó mucho encontrarme —observó.

Ella resistió el impulso de quemarle los oídos con su respuesta. Escogió una silla de las pocas apiladas contra la pared del fondo, la colocó frente a la suya junto al fuego y contempló las llamas.

—Qué amable de tu parte desear por fin ser encontrado —le dijo con voz rígida y controlada—. Aunque este no es el lugar más agradable para una conversación, ni el más cómodo. —Señaló el fuego que ardía durante todo el año.

—¿Cómodo? —Rohan se encogió de hombros—. Quizás no. Sigo viendo a mi padre entre las llamas.

—Un poco prematuro. Aún no ha muerto.

—No. Pero cuando no veo a mi padre, me veo a mí mismo. —Se levantó y se acercó a las ventanas, cuyos arcos apuntando se dejaban abiertos al viento que soplaba. Daban vueltas a la habitación a intervalos regulares, cada una coronada por un dragón dormido tallado en la piedra. Rohan recorrió el círculo lentamente, mientras las ráfagas de brisa ardiente le alborotaban el pelo húmedo de sudor.

—Desde aquí anunciarán su muerte —dijo, pensativo—. Encenderán el fuego tan alto y caliente que esta habitación se convertirá en puras llamas. Todavía se puede ver el hollín de cuando murió mi abuelo, y todos los demás príncipes de nuestro linaje, hace unos trescientos años… —Pasó los dedos por las paredes—. Y entonces tomaré de aquí la chispa que encenderá su pira, y este

fuego que fue suyo se apagará. Madre y Tobin limpiarán el suelo ellas mismas, ¿lo sabías? Debería ser mi esposa, pero no tengo esposa. Subiré aquí y encenderé nuevas llamas que con el tiempo se convertirán en mi pira.

Las sombras lamían su rostro mientras hablaba, un rostro orgulloso y esquivo, difícil de reconocer. Pero Andrade lo reconoció y guardó silencio.

—Algún día mi hijo hará por mí lo que yo haré por mi padre en unos días. Y así seguirá, por generaciones. Solo queda esto. —Levantó las yemas de los dedos ennegrecidos con una sonrisa desagradable—. ¡Diosa, qué pensamiento tan morboso! —La sonrisa se arrugó al susurrar—: ¿Por qué tiene que morir?

Era el llanto de un niño por la pérdida de un padre amado, pero también un gemido de terror. Andrade también había vivido un momento así, hacía más de veinte años, cuando el Señor de la Fortaleza de la Diosa murió y ella fue elegida para llevar los anillos en su lugar. Había estado sola.

Pero había alguien a quien Rohan podía recurrir en su necesidad. Ella captó su mirada y la atrajo hacia las llamas con la fuerza de su poderosa voluntad. Extendiendo una mano hacia el fuego, susurró el nombre de Sioned.

Rohan se tensó, el pulso latía más rápido en el hueco de su garganta. Un rostro se fundió en las llamas brillantes, un pálido óvalo de huesos finos y ojos verdes enmarcados por un cabello rojizo. Andrade sostuvo el conjuro unos instantes, lo dejó desvanecerse y se recostó con cansancio en su silla.

—¿Quién es ella? —susurró el joven.

Andrade no dijo nada, casi demasiado cansado como para preocuparse por si tenía algún instinto para leer en su propio corazón. Pasó un buen rato antes de que volviera a hablar, y cuando lo hizo, su tono fue deliberadamente despreocupado.

—No te he visto hacer un conjuro desde que tenía once años. Lo hiciste entonces para complacer a una niña. Creo que lo hiciste ahora para prometerme algo. ¿Qué será ella para mí, Andrade?

Qué extraño que hubiera usado la palabra de Sioned: promesa.

—Ya lo sabes.

—¿Quieres que me case con una bruja Mensajera del Sol?

—¿Te asusta la idea de una bruja Mensajera del Sol como yo, muchacho? —espetó.

—Tú no me asustas, ni los de tu especie tampoco. Pero no puedo casarme con una mujer faradhi.

—¿No es su sangre lo suficientemente pura para ti, príncipe?

Los labios de Rohan se curvaron en una sonrisa feroz que ella nunca antes había visto.

—Primero aclaremos algo. No soy ni un *chico* ni un *príncipe*. Te honro como mi tía y por tu posición, pero recordarás quién soy.

Ella le dedicó una pequeña reverencia irónica.

—Y olvida a quién le limpié la nariz y a quién le vendé las rodillas desolladas. —De repente, él rió.

—Oh, Diosa, me lo merecía, ¿no? —se sentó y apoyó los codos en las rodillas, con las manos entrelazadas—. Muy bien, Andrade, hablemos de esto como personas racionales en lugar de como príncipes arrogantes y Señora de la Fortaleza de la Diosa. Necesito una alianza, además de una esposa, cuando me case. ¿Qué gano con tomar a uno de tus faradh'im?

—Podrías hacerlo peor. Mucho peor. —Ocultó su placer por lo que acababa de pasar entre ellos. Nunca lo había sospechado capaz de tal altivez, y se alegró de que no solo pudiera usarla, sino reírse de ella. La arrogancia —o su apariencia— lo ayudaría a gobernar, pero la risa lo mantendría cuerdo mientras lo hacía—. ¿No tienes a otras mujeres en mente, verdad?

—Ayer mismo me lamentaba por ello. —Se encogió de hombros de nuevo—. Sabes, no estoy muy seguro de qué sentir. No quiero que mi padre muera. Sé que debería estar aterrorizado de convertirme en príncipe gobernante, pero no es así. Que la Diosa me ayude, Andrade, quiero el poder. Hay tanto que quiero lograr. ¿Pero por qué tiene que morir mi padre para que yo pueda hacerlo?

—Estás cansado de estar a un paso del poder que es tu derecho. Es natural, Rohan, sobre todo cuando tienes sueños. Un fuego se apaga y otro se enciende. Estás deseando probar tus alas, y esa es una cualidad muy valiosa…

—¿En el hijo de un dragón? —interrumpió. Ella gruñó, apreciando el comentario.

—Dejémoslos al margen por ahora, ¿vale? Lo que quería decir es que la precaución al volar también es buena idea. —Hizo una pausa y luego espetó:— ¿Te repugna la chica?

—¡No! —fue su rápida respuesta—. ¡Es hermosa! —Luego se sonrojó—. Cualquier tonto lo vería. Los hombres de mi edad suelen ser tontos con las mujeres.

—Así que no te desagrada físicamente. Es un comienzo —dijo Andrade con ironía—. Ahora que la hemos establecido como mujer y no como bruja…

—¿De verdad? —Le dedicó una leve sonrisa—. Tengo tu palabra, pero el rostro en llamas decía lo contrario. Si no es una bruja, sin duda es algo encantado. ¿Qué sale de la Fortaleza de la Diosa que no lo sea?

—Oh, muy bonito —se burló ella, conteniendo la risa con dificultad, cada vez más complacida con él—. ¿Has estudiado frases

encantadoras o te salen de forma natural? En cuanto a la chica, es una compañera ideal para el hijo de un dragón. Tus hijos deberían ser las maravillas del mundo.

El rubor regresó a sus mejillas; la vista fue una lección para Andrade. Se levantó y se acercó de nuevo a las ventanas, diciendo con un intento de despreocupación:

—Te daremos a una de ellas por hacer de casamentera.

—No seas bromista. —Esperando a que la mirara de nuevo, ella continuó:— Que menciones una alianza es algo que esperaba. Pero eres tan rico que muy pocos podrían aspirar a tu mano y tu lecho —no se sonrojó ante la referencia al sexo, y Andrade concluyó acertadamente que el príncipe podía considerar esas cosas, pero el hombre se mostraba tímido al respecto—. De los grandes señores y príncipes, solo unos pocos tienen hijas en edad de casarse. La mayoría son impensables, ya sea porque están prometidas o porque son demasiado feas o estúpidas para ser consideradas. Ninguno de nosotros quiere que te aten a una necia.

—¿Es esa una forma educada de decir que voy a necesitar toda la ayuda posible?

—De pequeño te sentías solo —dijo con una dulzura que la sorprendió—. No quiero que vivas tu virilidad solo también. —Para disimular la emoción, continuó con más brío:— De las pocas damas elegibles, la mayoría son hijas del Alto Príncipe.

El rostro de Rohan se contrajo en una mueca.

—Gracias, pero no. El hijo del dragón no desea casarse con la hija del lagarto. Con gusto viviría mi virilidad en soledad, como tú dices, a cambio de la seguridad de vivirla.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó, preguntándose si él lo había averiguado por sí mismo.

Le dio un razonamiento muy parecido al que ella le había dado a Milar, y Andrade envió un sincero agradecimiento a la Diosa. Rohan no lo tendría fácil como príncipe gobernante, pero tampoco sería víctima de aquellos más astutos que él. No serían muchos. Cuando terminó de resumir brevemente por qué su vida valdría menos que nada después de heredar a una de las hijas de Roelstra, Andrade sonrió con aprobación.

—De todos modos, estás en tus cabales —fue todo el elogio verbal que le dedicó—. Ahora que lo has pensado, dime por qué deberías casarte con mi bruja faradhi.

Rohan tardó un rato en responder, pero cuando lo hizo fue con creciente entusiasmo.

—Información, para empezar. Una red de faradh'im por todos los principados sería muy útil.

¿Y qué te hace pensar que te permitiría usarlos?

—Lo mismo que me hace pensar que tienes un plan más ambicioso para mí que no excluye usar a cualquiera ni a cualquier cosa que puedas conseguir. Sé por qué presionaste a tu hermana para que se casara con mi padre, y lo sé todo sobre tus espías; y no me refiero a los Mensajeros del Sol oficiales, Andrade —su mandíbula se tensó—. ¿Qué es lo que realmente quieres? ¿Por qué mostrarme esa cara, sabiendo que la encontraría hermosa? ¿Cómo planeas usarnos?

—Si vivo lo suficiente, y si tú vives lo suficiente, puede que todos lo descubramos. Solo hago lo que me manda la Diosa.

—Mierda de dragón —dijo Rohan en tono amable, con los ojos azules como el hielo—. Te dice lo que te apetece oír. Me estás poniendo en contra de Roelstra. ¿Por qué?

—¿Quieres decir que con todos tus estudios y tus profundos pensamientos, aún no lo has visto? —se burló ella, enfadada y un poco asustada por sus percepciones.

Él dio un paso hacia ella, el fuego entre ellos, y ya no había nada infantil ni tierno en él.

—¿Qué planeas para mí, Andrade?

—Años y responsabilidades, viejos odios y esperanzas, e incluso algunos sueños, se posaron sobre ella como una capa de hierro.

—Rohan, es todo como dijiste sobre las hijas de Roelstra. Temía que la oferta llegara antes de poder hablar contigo. Tu padre nunca escucharía ni una palabra de lo que dijera. No confía del todo en mí.

—¿Y yo debería? —preguntó con voz fría.

—Si no soy yo, entonces Sioned.

—Así que tiene un nombre. Me lo preguntaba.

—La quiero mucho, Rohan. Lo que yo quiera no importa. Ella fue quien te vio hace años en el Fuego.

—¿En serio?

—¿No sentiste nada al verla esta noche?

—Lo que yo sienta no te incumbe. ¿La has mandado a buscar?

—Llegará pronto.

—¡Y me llamas arrogante! Es cosa de sangre, como los dones faradhi que Tobin tiene y yo no. Eso era lo que querías de mis padres, ¿verdad? Un príncipe faradhi. Siento haberte decepcionado. Pero ahora estás a punto de intentar lo mismo, ¿verdad? Me pregunto si Sioned lo sabe.

Andrade sostuvo su mirada estoicamente, sin reaccionar a su sarcasmo, pues oyó cómo saboreaba el nombre de la chica como si estuviera aprendiendo a pronunciar las sílabas y a oír el sonido.

—No tienes por qué casarte con ella si no te complace. Cuando llegue, ambos lo sabrán de una forma u otra.

—¿No lo tienes todo planeado? —pero al instante siguiente su expresión cambió y murmuró:— Lo siento.

Ella lo observó, a este niño varón de ojos engañosamente tiernos, a este príncipe que pronto gobernaría la inmensidad del Desierto, y tal vez algún día, si sus visiones borrosas eran ciertas y la Diosa no la había provocado con mentiras... Bastaría con que Rohan y Sioned pudieran estar juntos. Eran el uno para el otro; lo sabía.

—Te pido disculpas por mi brusquedad —dijo— Tienes razón; de verdad debería tener presente quién eres.

—No, fue la manera correcta de hacerlo. No puedo sentarme aquí arriba compadeciéndome de mí mismo. Pero es incómodo, ¿sabes? Esperar a que mi padre muera. Tener miedo y tener que ocultarlo. Estar... solo. Realmente no puedo admitirle nada a nadie más que a ti. ¿Entiendes?

Ella asintió, pensando que el día en que pudiera confesárselo todo a Sioned sería el día en que dejara de estar solo.

—Baja y duerme un poco. Zehava vivirá algunos días más. Es demasiado testarudo para dejar que la muerte se lo lleve tan pronto. Tu madre necesitará que seas fuerte.

Rohan sonrió con tristeza.

—Nadie me necesitará para nada hasta que llegue el momento de reconocerme como príncipe. Y entonces necesitarán aún más de lo que puedo dar. Lo que tengo que ofrecerles no les parecerá gran cosa. No comparado con mi padre.

Capítulo Tres

Los picos más altos del Veresch estaban cubiertos de blanco, coronando las alturas sobre el Castillo del Peñasco, y permanecerían así hasta bien entrado el verano. La torre del homenaje se encontraba más abajo en las colinas, encaramada en la ladera de un aterrador desfiladero como un dragón con las garras hundidas en los acantilados. La tierra a ambos lados del cañón excavado por el río Faolain era verde estival, densa de árboles y brillante de flores bajo un cielo atravesado en la distancia por la cordillera más alta de montañas nevadas.

Lady Palila no tenía el menor interés en ninguna belleza que no fuera la suya. De pie en los escalones sobre el espeso césped del jardín enrejado, frunciendo el ceño con fastidio porque los jardineros habían podado su rosal favorito, el que producía flores del mismo color que sus mejillas. Al instante, recordó que las arrugas eran el resultado de emociones desagradables y se alisó el rostro. Su poder, por el momento, residía en su belleza, y la poseía en abundancia, empezando por, entre otros, su abundante cabello castaño rojizo, sujeto por una fina cadena de oro con ágatas marrones que hacían juego con sus ojos. Piel color miel pálido; una estructura ósea con la que los escultores soñaban y a la que habían rendido homenaje en plata, bronce, mármol e incluso oro; cejas delicadamente arqueadas y una boca apasionada y finamente tallada: Palila era la mujer más hermosa de su generación, y era lógico que el Alto Príncipe la hubiera elegido como su amante. Había tenido cuidado de no permitir que sus cuatro embarazos arruinaran la perfección de su cuerpo, y pretendía que este quinto hijo —*Un niño, un niño al fin*, cantaba en silencio— tampoco le dejara huella. El corte de su vestido violeta oscuro ocultaba su creciente cintura por el momento. Por mucho que Roelstra deseara un hijo, el embarazo le repugnaba. Pero Palila sabía que tendría que seguir quedándose embarazada hasta que le diera un heredero varón. Y entonces ya no sería amante, sino esposa. Princesa. Alta Princesa.

Había princesas esparcidas por los jardines esa tarde. Cuatro de ellas, además de otras trece hijas, dignificadas con el título de «Lady»; *diecisiete niñas*, pensó con disgusto. Con seis mujeres diferentes, Roelstra solo había tenido niñas y más niñas. Su única esposa legal, Lallante, había dado a luz a tres niños que murieron en pocos días. Tras la muerte de su esposa, la búsqueda del Alto Príncipe de un único hijo varón lo había llevado a tener cinco amantes, todas de noble cuna y todas ya fallecidas, con la excepción de Palila. Ella se había tomado muchas molestias para asegurarse de ser la excepción.

Castillo del Peñasco rebosaba de mujeres, y el exceso la ponía nerviosa. Detestaba a las de su propio sexo por principio, considerando a todas las mujeres rivales por la atención de Roelstra. Les tenía mucho cariño a sus propias hijas, pero ni siquiera ellas escapaban a esta sospecha básica. Palila apoyó una mano en su vientre y juró que esta vez tendría un hijo.

Bajó los cortos escalones, irritada de nuevo porque Roelstra estaba ocupada en otra parte de la fortaleza, pues los jardines eran un marco encantador para su belleza y para el pequeño juego que había perfeccionado en los últimos años. El lugar era una gran cuenca hundida en la roca, llena de enredaderas florecientes y sus hijas vestidas con brillantes sedas de verano. Palila visitaba a cada grupito, deteniéndose para sonreír y charlar, manteniendo su papel de solícita madre adoptiva con todos. Su posición como única amante de su padre durante los últimos cuatro años le había ganado su respeto, si no su simpatía. Le importaba poco si la querían o no, siempre y cuando todas se comportaran como si estuvieran terriblemente apegadas a las demás, sin importar cuánto se odiaran.

Las cuatro princesas estaban sentadas bajo un enrejado, jugando a las cartas. Chicas altas, morenas y fornidas; de las cuatro, solo Ianthe había heredado la astuta mente de su padre. Naydra era plácida y dócil, Lenala era simplemente estúpida, y Pandsala tenía una forma de mirar de reojo a la gente que Palila creía que podía ser señal de astucia, inteligencia o ambas. Pero Ianthe, de veintidós años, la menor de las cuatro, era aguda y nunca se molestaba en ocultarlo.

Las cuatro hijas de Lady Vamana eran simples y aburridas. El aspecto de su madre se había perdido en algún lugar; Vamana también lo había perdido, por una enfermedad que podría haberse curado si Palila no hubiera cambiado los frascos de medicina. No había pretendido que Vamana muriera, pero tampoco había llorado en su pira. Las hijas de Lady Karayan estaban junto al muro de rosas, lanzándose solemnemente una pelota. Palila despidió a las pequeñas Kiele y Lamia con un encogimiento de hombros, igual que había despedido a su madre del servicio de Roelstra con una gota de veneno en el vino del desayuno.

Las hijas de Lady Surya, Moria y Cipris, eran casi mayores que las hijas mayores de Palila y competían con ellas por la atención de Roelstra, igual que Palila con su madre hasta que un resbalón en las baldosas mojadas junto a la piscina le partió la rubia cabeza a Surya. Palila ni siquiera tuvo que presionarla mucho.

Sin embargo, tras librarse de tres rivales, pronto se le presentó una cuarta. El encaprichamiento de Roelstra con la encantadora y tonta Lady Aladra duró dos años miserables. Todas las hijas la querían de verdad; a Palila se le revolvía el estómago cada vez que la hermosa

idiota abría la boca. Su muerte en el parto, al dar a luz a otra hija, sumió al castillo en un luto sincero. Palila, aunque inocente en este caso, había hecho una importante donación de vino a la Fortaleza de la Diosa, supuestamente en memoria de Aladra, pero en realidad en agradecimiento por su liberación.

No había tenido nuevas amantes desde entonces. Palila reinaba suprema. Aunque no era ninguna novedad para él, su influencia sobre Roelstra seguía siendo fuerte y el bebé en camino la había acrecentado. Sin embargo, a pesar del cariño que sentía por las hijas que ella le había dado —sus «florecitas», como las llamaba— y de no mostrar signos de aburrimiento con Palila, ella sabía que ni el sentimentalismo por sus hijos ni la sensualidad en su lecho serían inmunes a una mujer capaz de darle un hijo varón. Por lo tanto, pretendía proporcionar ella misma al tan esperado heredero varón, convertirse en su esposa legítima y presidir los matrimonios de sus diecisiete hijas.

Su comercialización era su única ventaja. En el futuro previsible, podrían repartirse como monedas de oro para recompensar a hombres útiles. Roelstra estaría encantado de que Palila se encargara de las tediosas negociaciones, y aún más encantado cuando sus arreglos aumentaran su poder. Ella se volvería esencial para él políticamente y obtendría una ganancia considerable mediante sobornos exigidos a los príncipes y señores que desearan casarse con las hijas del Alto Príncipe, que de otro modo serían inútiles.

Fue con sus hijas y las abrazó, riendo a carcajadas, anticipando el momento en que les encontraría a los hombres más ricos e importantes de todos los principados. Pero eran muy jóvenes y aún no tenía que preocuparse por su futuro. En ese momento, buscaba hombres para casar a las hijas legítimas, y su principal presa era el príncipe Rohan. Se rumoreaba que era estudioso, así que la tranquilidad de Naydra podría atraerlo; también se decía que a veces era bastante inexpresivo, así que tal vez la estupidez de Lenala le convenía. Palila se prometió a sí misma que ni la astuta Ianthe ni la astuta Pandsala lo querrían, pues la idea de que alguna de ellas se casara con semejante poder era intolerable.

—Mírala —le susurró Pandsala a Ianthe—. ¡Esa zorra¡

Ianthe sonrió con dulzura.

—Lenala, no puedes hacer de caballo sobre jinete, querida. Naydra, explícale las reglas otra vez, ¿quieres? Sala y yo vamos a dar un paseo.

La pareja más joven dejó a la mayor y deambularon por el césped. Las enredaderas extendían destellos de color sobre los muros de piedra toscamente labrados, que se elevaban el doble de la altura de las princesas y sellaban el jardín enrejado, al igual que el resto del

Castillo del Peñasco y, por lo tanto, su mundo. Pero podían sentir la abrupta caída de los acantilados más allá del muro, y el fluir libre y veloz del Faolain allá abajo, igual que sin mirarlo podían percibir la silenciosa mole del castillo a sus espaldas. Generaciones de sus antepasados lo habían convertido en la fortaleza más imponente de todos los principados. El laberinto de habitaciones y pasillos, antecámaras y escaleras estaba salpicado de torres y atalayas que sobresalían allí donde los constructores habían encontrado respiro, con el resultado de que no había respiro en ningún lugar entre las pilas de piedra gris y negra. Se decía que, antaño, los dragones habían preferido los acantilados como residencia de verano durante los años de no apareamiento, y varios cientos habían volado por el cielo, bloqueando el sol.

Ianthe y Pandsala querían huir desesperadamente de ese lugar, como lo habían hecho los dragones hacía mucho tiempo. Pandsala arrancó una rosa de la pared y se la puso en el pelo.

—¿Cuándo vamos a hacer algo con Palila?

—Lo he estado pensando —los ojos oscuros de Ianthe brillaron con alegría—. ¿Te has fijado alguna vez en cuántas mujeres hay en el Castillo del Peñasco y cuántas están embarazadas en un momento dado?

—Debe estar en el aire —respondió Pandsala, haciendo una mueca—. Las mujeres se reproducen, y tienen hijas.

—No todas.

Pandsala frunció el ceño y luego se quedó mirando. Ianthe rió.

—Si Palila tiene un hijo, (lo cual no es probable, aunque todo es posible), ahora mismo tengo puesta la mira en varias chicas que están tan avanzadas como ella.

—¿Por qué no hacerle lo que le hizo a la pobre Surya?

—Lo he considerado —admitió Ianthe—. Pero sus sirvientes personales son absolutamente leales, ¡solo la Diosa sabe por qué! Duerme con Padre o con guardias afuera de su puerta y dos mujeres en el suelo de su habitación. No sale a cabalgar, no sale de los terrenos, no se baña con nosotros y nunca come nada que no hayan preparado sus propios sirvientes. ¡Si encuentras una oportunidad en esas cosas, adelante!

—Siempre pensé que su *estómago delicado* era una excusa endeble.

—Ella no confía en nosotras como nosotros en ella. ¡Ay, nos mira con dulzura y finge que somos las mejores amigas! ¡No sé a quién cree que engaña! ¡Y desde luego que sí funciona con mi padre!

—Le importamos un bledo, excepto cuando podemos divertirlo. ¡Ianthe, estoy harta de divertirlo! Dime qué tienes planeado. Si queremos librarnos de ella, tendremos que ser aún más astutas.

Sabes que planea vendernos al mejor postor. ¡Me vendría bien un marido! ¡Me sacaría de este vivero! —señaló el césped donde sus hermanastras jugaban al sol.

Ianthe se paseó por el muro del jardín hasta que encontró una rosa violeta perfecta. La arrancó y se frotó los suaves pétalos por las mejillas y los labios.

—No hay nada de malo en elegir un marido. Pero ¿recuerdas quién envió emisarios últimamente? El príncipe Vissarion... vaya, vaya, ese es un buen ejemplar, si te gustan los libertinos. Y luego está ese idiota ceceante enviado por el príncipe Ajit. ¿Te gustaría unirte a la lista de esposas que ha enterrado? Cuatro ya, ¿verdad?

—Cinco... no es peor que mi padre —replicó Pandsala, pero ahora había miedo en sus ojos oscuros—. Muy bien. Así que la idea es que si Palila tiene un hijo, encontraremos la manera de cambiarlo por una niña.

—Si Padre tiene un heredero, ya no le serviremos de nada.

—Lo sé —Pandsala frotó la punta de su zapatilla contra un terrón de tierra recién removida—. Pero, Ianthe, estamos hablando de nuestro hermano.

—Y si crece como hijo de un sirviente en lugar de un príncipe, ¿qué importa? ¡Nos preocupa nuestro futuro, Sala! Que Padre divida su riqueza en diecisiete partes ya es bastante malo, pero si hay un hijo, en lugar de una decimoséptima parte, con suerte recibiríamos una centésima. Tú, yo, Naydra y esa imbécil de Lenala recibiremos una porción mayor, por supuesto, al ser princesas. Pero cinco centésimas no es nada multiplicado por cinco. —Aplastó la rosa en la palma de su mano—. Si no hay ningún hijo barón, Padre tendrá que elegir al próximo Alto Príncipe de entre nuestros hijos.

Pandsala entrecerró los ojos por un instante, pero luego suavizó su expresión rápidamente.

—Otra mujer que no sea Palila podría darle un niño. Sabes, Ianthe, sería mejor que lo castráramos. La joven se echó a reír.

—¡Y me llamas malintencionada!

Pandsala rió con ella.

—Yo diría que ambas somos prácticas, ¿no?

Pero mientras caminaban, conversando en perfecta armonía, ninguno habló de los hijos que esperaban tener, ni del esposo que cada uno esperaba que los engendrara.

El Alto Príncipe, que no era tan ignorante de sus hijas como creían, estaba sentado tras el escritorio de su estudio privado, en lo alto de los jardines. Los cuarenta y cinco inviernos de Roelstra se transparentaban en una o dos canas en su cabello oscuro, una o dos líneas alrededor de sus ojos verde pálido, una o dos muescas en su cinturón. Había sido un joven extraordinariamente hermoso y se había

convertido en un hombre apuesto; la edad no hacía más que realzar su atractivo. Pero muchos años de dominio absoluto habían infundido en sus ojos ciertas cosas: arrogancia, cinismo, desprecio. Todo esto se hacía evidente al mirar a su sirviente más valioso, aunque no el más confiable.

—Entonces. El viejo dragón se está muriendo. ¿Es cierto, Crigo?

—Sí, su excelencia. Fue corneado horriblemente y ahora yace en su cama, de la que no se levantará.

—Mmm —Roelstra se dio unos golpecitos con el dedo índice en los labios y miró a Crigo—. Pareces cansado. ¿Has estado disfrutando demasiado o demasiado poco? El hombre inclinó la cabeza rubia.

—Le... pido disculpas por mi estado, su excelencia.

—Ve a dormir. Vuelve cuando salga la luna, porque quiero enviar un mensaje a nuestro contacto en Stronghold. Y debes cuidarte mejor, Crigo —le advirtió, sonriendo sin humor—. No todos los príncipes tienen su propio Mensajero del Sol renegado.

Los delgados hombros de Crigo se encogieron al recordar lo que era. Roelstra lo observó unos instantes más, pensando que pronto podría ser necesario adquirir un nuevo faradhi. Crigo empezaba a verse agotado.

—Déjame —ordenó, y se levantó para mirar por la ventana. El pestillo de la puerta hizo un suave clic, y Roelstra se quedó solo. Miró a sus hijas, vio el cabello castaño rojizo de Palila brillando a la luz del sol, y se preguntó qué tramas estarían dando vueltas en sus cabezas ese día. Las princesas estaban llegando a una edad peligrosa, reflexionó; demasiado viejas para ser apaciguadas con juguetes y juegos, lo suficientemente mayores como para querer las sedas y joyas que eran los juguetes de una mujer ociosa. Ianthe y Pandsala, en particular, merecerían ser vigiladas, pues eran inteligentes. Una mujer con cerebro no era algo para disfrutar.

Se preguntó si el joven príncipe tendría cerebro. Hijo del viejo dragón y sobrino de la formidable Lady Andrade; tal vez podría pensar. Roelstra así lo esperaba. Haría la vida mucho más interesante. También se preguntaba si Andrade conocía a Crigo o al dranath. Una plantita tan humilde, que solo crecía en las partes más altas del Veresch, pero increíblemente potente al hervirse, secarse y refinarse en polvo. Crigo era su esclavo, y como Roelstra era el amo de su suministro de dranath, el Mensajero del Sol también era esclavo de Roelstra. Era una lástima que una herramienta tan útil se estuviera desgastando.

Inhalando profundamente la húmeda brisa del río, pensó en el calor seco del desierto y sonrió. Una de sus hijas pronto descubriría cómo la gente sobrevivía allí. La Diosa no lo había maldecido con tantas hijas en vano. El príncipe Zehava moriría pronto; a finales del verano,

cuando terminara la Caza de la Eclosión, el nuevo príncipe sería visto como el debilucho que era. En otoño, en el Rialla, Rohan se encontraría emparejado con una de las princesas y superado en sus tratos con su padre.

Roelstra estiró sus poderosos hombros y sonrió; pensar en el Rialla le trajo a la mente la playa de la bahía de Brochwel y el amor que le haría a Palila allí. Pero se recordó que para entonces el embarazo la habría hinchado hasta alcanzar proporciones grotescas. Roelstra prefería a las mujeres muy delgadas. Pero si su belleza se perdía por tener un hijo... Se mordió el labio ante una esperanza que seguramente debería haber muerto después de diecisiete hijas.

¿Cuál debería ser la novia de Rohan? Naydra podría servir; Lenala era imposible. Pandsala o Ianthe... Algo se le ocurrió. La hermosa y brillante Ianthe. Pero ¿llegaría a disfrutar del poder y olvidaría quién se lo había dado al convertirla en la esposa de Rohan? Intentó identificar los rostros y rasgos de sus otras chicas, y no pudo; eran muchísimas. Aun así, el hecho de que rara vez las hubiera llamado la atención lo llevó a creer que podrían ser más confiables que Ianthe. Las mujeres que deseaban su atención inevitablemente querían algo más: vestidos, joyas, baratijas para contentarse un rato antes de desear más. Esas cosas eran fáciles comparadas con repartir poder. Ningún hijo suyo se conformaría con menos.

¿Cuál de ellas comprendería sus objetivos y jugaría con entusiasmo para igualarlos? ¿En cuál de ellas sería más útil y en cuál confiaría más? Era un problema complicado, y le dio vueltas mientras miraba a sus hijas. Una lástima que Kiele fuera demasiado joven; aparte de Ianthe y Pandsala, era la que mostraba más brío. Pero quizá alguna de las otras lo sorprendiera. Tendría que vigilarlas durante el resto del verano. Fuera quien fuese, tendría que proveerle generosamente. Una dote generosa, y el castillo fronterizo de Feruche incluido, nada de lo cual sería difícil desprenderse porque en diez años lo recuperaría todo, y, además, el propio Desierto. Toda la riqueza de las minas, la sal, los caballos y el comercio de la seda sería suya. Lo tendría todo.

Excepto un hijo.

Crigo temblaba con el calor del día mientras se deslizaba entre las sábanas. Le dolía la cabeza terriblemente, tenía la lengua espesa por la falta de dranath, y le temblaban los dedos al apretar las mantas en los puños. Pero estaba acostumbrado a la incomodidad física y sabía cuánto podía soportarla. A lo que nunca se había acostumbrado era a la traición de todo lo que era.

Cinco años atrás, se dirigía al norte, a Fessenden, asignado por Lady Andrade para reemplazar a un faradhi que había muerto en un accidente de escalada. Crigo estaba emocionado por el honor y

encantado por el largo viaje por tierra, pues aparte de la Fortaleza de la Diosa y su granja en Grib, nunca había estado en ningún otro lugar en su vida. Envió sus impresiones mediante la luz del sol a sus amigos de la Fortaleza de la Diosa, manteniéndolos entretenidos y envidiosos durante muchos días. Pero justo al entrar en Marca del Príncipe, había sido necesario cruzar un brazo del río Faolain, e incluso ese corto paseo sobre aguas tranquilas lo había dejado inconsciente. Y fue entonces cuando los hombres del Alto Príncipe lo capturaron.

Crigo no había sido atado; no había sido necesario. Solo tuvieron que mantenerlo en el río. Técnicamente, era libre de irse en cualquier momento, pero enfermo, tembloroso, incapaz de pensar más allá de su sufrimiento físico, apenas había sido consciente del viaje río arriba hasta el Castillo del Peñasco. Cuando por fin recuperó el conocimiento, se encontró recostado en una cama blanda en una habitación lujosa. Esta cámara, con sus tapices de brocado y vistas a las montañas, se había convertido en su prisión, pues contenía una jarra de vino con dranath.

Al principio, no lo supo. La propia Lady Palila le había traído el vino, y el honor de que ella lo sirviera no le había parecido inusual a un Mensajero del Sol acostumbrado al respeto y la hospitalidad inmediatos dondequiera que fuera. Ella le había dicho que se había enviado un mensaje a la Fortaleza de la Diosa de que estaba a salvo y que no debía preocuparse. Ella había sido toda sonrisas y atención. Él no había sospechado nada.

Pero el vino había cambiado. Cruzar el agua no había sido nada comparado con la pérdida de dranath durante aquellos días lluviosos de finales de otoño, cuando el sol se le negaba y las lunas se desvanecían tras las nubes. Su agonía física se agravó aún más por el hecho de que esta vez estaba completamente despierto. Por fin, el Alto Príncipe en persona acudió a él una noche después de una especie de celebración, envuelto en una capa de tela dorada que brillaba a la luz del fuego. Su brillo abrasó los ojos de Crigo y envió espadas de fuego gélido a su cerebro. Después de beber el vino que Roelstra le ofreció, escuchó con creciente horror cómo el Alto Príncipe explicaba exactamente por qué Crigo se sentía mejor ahora.

Mil veces desde esa noche se había preguntado por qué no había elegido morir. Había respuestas fáciles: era joven, amaba la vida, había pensado en dejar la droga, tenía la intención de informar a Lady Andrade en secreto. Hacía tiempo que había reconocido que todas esas respuestas eran mentiras. Temblando entre las mantas, se preguntó con amargura por qué aún sentía tanta vergüenza, y cerró los ojos ante la fría jarra de plata sobre la mesa. La odiaba, la ansiaba, la bendecía, la maldecía. Lo poseía tan firmemente como Roelstra. Y

esa era la única respuesta que importaba.

Mil veces desde aquella noche, había cabalgado la luz para el Alto Príncipe, usando sus habilidades de faradhi para comunicarse con los espías de Roelstra en las cortes principales. Hoy había establecido su contacto habitual con el mayordomo de vinos de Stronghold, preparándose para resistir la mordedura de esa mente rapaz y obtener la información que el Alto Príncipe deseaba. Esa noche usaría la luz de la luna para contactar de nuevo con el mayordomo, esta vez para transmitirle el mensaje que Roelstra deseara. Crigo casi sollozó mientras su cuerpo dolorido clamaba por la droga. Lady Andrade tenía lazos especiales con los de Stronghold, lazos de parentesco y afecto. Traicionar al joven príncipe era condenarse doble y triplemente. Inútil a sus propios ojos, valía muchísimo para Roelstra. Era el diferente precio que cada uno le había puesto a su alma.

Lenta y dolorosamente, Crigo se incorporó. Se apartó el fino cabello rubio de los ojos, respiró hondo y se sirvió una medida de vino con droga.

Palila se encontraba en los aposentos de Roelstra cuando el renegado Mensajero del Sol fue admitida. Siempre se ponía nerviosa en presencia de Crigo, pues le recordaba a la extraña y vieja bruja que le había proporcionado el dranath años atrás. Había oído hablar de una hechicera en las montañas que garantizaba todo tipo de hechizos y encantamientos. Desesperada por un hijo varón —y necesitando algo para añadir al vino de Lady Surya que no pudiera ser rastreado ni sospechado—, Palila había convocado a la anciana en secreto al Castillo del Peñasco. No había nacido ningún hijo varón, aunque Palila había hecho todo lo necesario. Pero Surya había muerto de algo que la vieja afirmaba que era sangre de dragón, y además Palila había aprendido el secreto del dranath. Hubiera preferido tener al hijo varón antes que la presencia de este pálido y demacrado Mensajero del Sol en el Castillo del Peñasco Lady Andrade le había prohibido a Roelstra un faradhi oficial por ofensas que ni siquiera los rumores podían adivinar, y a Palila no le importaba la ausencia. Los Corredores Solares hacían cosas que ella temía, y en los cinco años que Roelstra llevaba usando a Crigo, nunca había superado la sospecha de que algún día llegaría a su límite. ¿Quién sabía lo que podría hacer alguien entrenado por esa bruja Andrade? Pero Palila fue lo suficientemente sabia como para sentarse tranquilamente en su diván y ocultar su cautela, pues Roelstra quería que presenciara lo que sucedería esa noche.

—Pasa, Crigo —dijo el Alto Príncipe—. Siéntate.

Habían colocado una silla a la luz de la luna llena. Se acurrucó en ella, envuelto en una gruesa capa, aunque la habitación aún estaba cálida por la luz del sol, temblando, con los ojos ligeramente vidriosos

por los efectos de la droga. Las tres pequeñas lunas estaban muy separadas en el cielo, proyectando una serie de sombras borrosas y haciendo que la palidez habitual de Crigo pareciera casi verdosa.

—Antes de que se envíe el mensaje, harás algo por mí, Crigo —dijo Roelstra. Sacó una vela de un bolsillo de su túnica y Crigo se estremeció—. Tengo el capricho de ver a este joven príncipe. Conjuramelo.

Palila contuvo el aliento y Roelstra la miró por encima del hombro. Rápidamente dijo:

—Perdóneme, mi señor, pero nunca he visto…

—Estoy seguro de que le resultará interesante —Le ofreció la vela al faradhi—. Enciéndela —ordenó en voz baja—. Muéstrame al principito, Crigo. Quiero ver qué clase de niño insensato me encontraré en el Rialla.

Crigo alzó las delgadas manos; los seis anillos de su rango brillaron a la luz de la luna. La mecha cobró vida. Crigo miró a Roelstra con una mirada apagada; sus ojos reflejaban la diminuta llama. Palila se contuvo para no encogerse mientras el Mensajero del Sol contemplaba el Fuego de su llamada.

La llama creció y un rostro comenzó a formarse. Palila se sintió atraída hacia adelante a pesar de sí misma, fascinada. Primero el vago óvalo del rostro, coronado por cabello rubio; luego las líneas de la mandíbula, la frente, la nariz; por fin, los rasgos se definieron y la curva de la boca y el color de los ojos se vislumbraron con claridad. Un rostro orgulloso, y muy joven; inexperto, inmaduro, e inconsciente de las sutiles maniobras de poder de Roelstra.

—¿Y bien? —preguntó de repente el Alto Príncipe— ¿Cuál de mis hijas le servirá, Palila? Valoro tu consejo.

Ella lo miró conmocionada, distraída del rostro en llamas. *Así que por eso había hablado durante la cena de esta noche con sus hijas mayores*, pensó. Normalmente las ignoraba, prefiriendo concentrarse en las pequeñas y su divertida charla. Pero esta noche las había puesto a prueba a todas, y ahora la estaba poniendo a prueba a ella. Con la mente trabajando furiosamente, intentó adivinarlo. Él ya había decidido qué hija se casaría con Rohan, por supuesto. Tendría que anticipar esa decisión. Sus ojos verdes, fríamente divertidos, la observaban durante los pocos segundos que tenía para pensar.

—Ianthe —dijo.

Él frunció el ceño y ella supo que no era la respuesta correcta.

—¿Por qué ella?

—Es la más bonita de tus hijas legítimas, y casi de la misma edad que este chico. Es sensual, y este hombre aniñado es obviamente virgen. Cualquiera que lo mirara podría notarlo. Ianthe podrá dominarlo a través de sus sentidos si es lo suficientemente inteligente.

Y la Diosa sabe que la chica es inteligente. —Hizo una pausa y se obligó a mirar la llama de nuevo.

—¿Por qué debería darle una de mis hijas legítimas?

—¿Un hombre de su riqueza, familia y posición aceptaría a una bastarda? —preguntó sin rodeos.

—Cualquier hija mía sería un honor, pero supongo que tienes razón. Hay un gran orgullo en esa cara, y su madre es aún peor. Continúa.

—Ianthe también es inteligente. Entenderá dónde reside su ventaja. Supongo que tengo razón en que esta ventaja no será con su nuevo marido. —Sonrió, más segura a medida que se le ocurrían las ideas —. Y es ambiciosa.

—¿De qué me serviría eso si se casa con este joven y poderoso príncipe?

—¿Cuánto tiempo podrá conservar ese poder por sí solo? —replicó ella—. Nunca he oído hablar de él, salvo que es tranquilo y estudioso. Nunca malgastarías a una hija con un hombre que deja que el poder se le escape entre las manos. Ianthe lo guardará para él y para ti. Los Mérida aún se encuentran en Cunaxa, al norte de la frontera del desierto. ¿Permitiría Ianthe que le pusieran un solo pie en algo que ella poseyera?

—Tiene instintos bastante codiciosos. Pero no veo cómo puedo asegurarme de mantenerla a raya.

—Es ambiciosa e inteligente, pero ella no es estúpida de una forma que haya visto antes. Claro que no puedes confiar en ella. Pero al menos conoces sus cualidades. ¿Puedes decir lo mismo de Naydra, que apenas puede hilvanar dos frases, o de Pandsala, que nunca dice lo que piensa, si es que piensa algo? En cuanto a Lenala, todos sabemos muy bien que no puede pensar. Pero conoces a Ianthe. E Ianthe lo sabe. —Aparte de todo eso, pensó en silencio lo maravilloso que sería deshacerse de la chica que era la razón principal por la que Palila vivía con tanta cautela.

Como si Roelstra hubiera oído su pensamiento, sonrió y dijo:

—La ventaja para ti es que se vaya del Castillo del Peñasco.

Palila le devolvió la sonrisa, maldiciendo para sus adentros tal perspicacia.

—Su ascenso aumentará tu poder y tus honores.

—Entonces podría ser Ianthe —reflexionó.

Crigo emitió un suave sonido y el rostro del joven príncipe desapareció de la llama. Roelstra se giró, frunciendo el ceño.

—Contrólate, Mensajero del Sol. Aún no has terminado por esta noche.

—Lo... lo siento, su gracia… —murmuró, agarrando la vela con ambas manos.

—Ianthe es una chica muy lista —le dijo Roelstra a Palila—. Pero me preocupa que quizá sea demasiado lista.

—Ella gobernará a su marido, y tú la gobernarás a ella —Palila se encogió de hombros—. Tienes suficientes espías en Stronghold, mi señor, para vigilarla eficazmente en todo momento. Lo único que ella necesita es tener un par de hijos, nietos para que protejas.

Roelstra rió.

—Debemos asegurarnos de que no se le ocurra esa idea, ni de que sepa nada de sus futuros honores hasta la Rialla en Waes. Te necesitaré allí, querida.

—Estoy a tus órdenes —dijo formalmente, pero con una sonrisa que invitaba a dar órdenes sobre la cama. Su expresión ocultaba alivio por haber escapado de un peligro potencial.

Roelstra volvió a reír y puso las manos sobre el hombro de Crigo.

—Puedes apagar el Fuego ahora y prepararte para cabalgar bajo la luz de la luna hacia Stronghold.

Pero Crigo gritó de repente y la llama de la vela se elevó, convirtiéndose en una columna de Fuego retorcido de la que crecieron garras, dientes y alas de dragón. Palila gritó mientras rostros se formaban y desaparecían en la brillantez: Roelstra, Ianthe, Pandsala, ella misma, el Príncipe Rohan, Zehava y el rostro de una niña rodeado por una nube de cabello que parecía de fuego. El dragón se irguió, gruñendo, y las llamas se prendieron en las mangas de Crigo. Este cayó al suelo, con las manos arañando el aire, sus visiones escupiendo a la luz del fuego salvaje.

Roelstra arrancó las cortinas de la ventana y ahogó el faradhi con ellas, maldiciendo. Dragón y Fuego desaparecieron. El Alto Príncipe levantó el cuerpo inerte de Crigo y fue a abrir la puerta de una patada. Arrojando al Mensajero del Sol inconsciente a la antecámara, gritó a los sirvientes:

—¡Saquenlo de aquí! —Cerró la puerta de golpe y se secó el sudor de la frente.

Palila cerró los ojos y tembló. Temía poco en la vida más allá de perder su belleza, pero el fuego la paralizó por completo. Su mente se llenó de imágenes de toda la habitación envuelta en llamas que lamían los tapices y los paneles de madera, devorando su cabello y su carne y huesos mientras aún vivía. Gimió y se abrazó, sintiendo al bebé en su vientre sacudirse y estremecerse en respuesta a su terror.

—No corrías peligro —dijo Roelstra por encima de ella—. Palila, detente. Podrías hacerle daño al niño.

Ella lo miró, tan alto y poderoso. Sus dedos se clavaron en su túnica y gimió cuando él la abrazó para llevarla a la cama.

—Palila, cálmate —dijo.

Ella le arañó el pecho con las uñas, rasgando la túnica de seda, y

él pareció asombrado por un instante antes de estallar en carcajadas. Las llamas aún ardían en su imaginación, ahora dentro de su cuerpo, consumiéndola por dentro. Roelstra retorció un mechón de su largo cabello en una cuerda y se la enrolló alrededor del cuello mientras la desnudaba.

—Así que tu miedo al fuego te hace arder, ¿verdad? Recuérdame que cambie mi método de ejecución —canturreó—. Estoy deseando descubrir qué te hará ver a alguien quemarse vivo. ¿Te gustaría ver eso, querida? Imagínate las llamas devorando a un hombre o una mujer indefensos. ¡Qué ardiente puede ser el fuego, querida mía! —Susurró mientras le echaba la cabeza hacia atrás y le apretaba la cuerda alrededor del cuello. Sus labios rozaron su boca, ardientemente húmedos, y ella agotó el último aliento de sus pulmones en un grito que lo hizo reír de alegría—. Piensa en las llamas, Palila…

Capítulo Cuatro

El príncipe Zehava recuperó la consciencia la mañana del tercer día. Era un guerrero demasiado experimentado como para no saber, al despertar, que sus heridas eran mortales. Andrade, sentada junto a su cama mientras Milar cerraba los ojos para descansar, vio en sus negros ojos que sabía que estaba muriendo.

—Así que —susurró, arqueando una ceja casi con picardía— el matadragones ha sido abatido por dragones. Mejor así, Andrade, que por una enfermedad o por la espada de un enemigo.

—Como digas, Zehava. Si sientes dolor, dímelo. Puedo aliviarlo.

—No, no duele. Al menos no a mí. —Cerró los ojos de nuevo y asintió—. Sé que es una buena poción que adormece las heridas y deja la mente despejada. Pero no gracias, Andrade. Dudo que tengas algo que alivie el dolor de Mila.

—Ni siquiera el tiempo cura a una mujer que pierde a un hombre como tú, Zehava.

Levantó la vista, sorprendido. Una sonrisa se dibujó en su rostro por un instante. Pero lo que dijo fue:

—Quiero ver a mi hijo.

—Lo mandaré a buscar.

—Quiero estar a solas con él. ¿Me oyes, Andrade? A solas.

Rohan llegó rápidamente, con ojeras y la incertidumbre tensando sus facciones. Andrade se quedó lo suficiente para verlo sentarse y tomar la mano de su padre, y luego los dejó solos. Rohan apretó los dedos fríos entre los suyos.

—Estoy aquí, padre.

La mano de Zehava se curvó alrededor de la suya.

—Hay cosas que debo decirte. ¿Me escucharás al fin?

—Siempre te he escuchado.

—Y luego te ibas por dónde querías. Bueno, no estaré aquí para ser escuchado por mucho más tiempo, así que presta atención —Zehava se humedeció los labios e hizo una mueca—. No serán las garras del dragón atravesando mis entrañas las que me maten. Moriré de sed y hambre. Dame algo de beber.

Rohan tomó un paño de seda blanca empapado en agua y lo presionó contra los labios de su padre. Era lo único que se le permitía; cualquier cosa que Zehava tragara solo empeoraría el dolor. Andrade había ordenado que no se le diera al príncipe nada más que sus propios brebajes, que matarían el dolor antes de que lo causaran.

Zehava sorbió la humedad, volvió a hacer una mueca y cerró los ojos.

—Nunca confíes en nadie, Rohan. Y menos en los Mérida, y mucho

menos en el Alto Príncipe. Los primeros se escabullirán al Desierto para atacar cuando menos te lo esperes, y al segundo le encantará que eso pase.

—En realidad —respondió Rohan—, los Mérida probablemente intentarán ponerme a prueba la próxima primavera. Pensé que sería interesante luchar contra ellos un tiempo y luego sobornarlos. Ah, ya sé que es arriesgado —admitió al ver cómo los ojos de su padre se agrandaban de indignación—. Comprarán armas y apoyo que dificultará su aplastamiento cuando se vuelvan lo suficientemente arrogantes como para atacar con todas sus fuerzas. Pero si no pueden derrotarnos después de que les dé el dinero para hacerlo —y no lo harán, te lo prometo—, sus fuentes se agotarán. Aun así, me temo que tendré que gastar mucho dinero para convencerlos de que hagan lo que quiero.

—¡Sobornarlos! ¡De todos los...! —pero entonces soltó una breve carcajada— ¡Como si tuviera algo que decir al respecto! Mi orgullo jamás lo habría permitido. Pero tengo que confiar en ti, ¿verdad, Rohan? Ríe por mí cuando se vean obligados a claudicar.

—Lo haré.

Zehava asintió y cambió de tema.

—Pronto necesitarás una esposa.

Rohan sonrió levemente.

—Te prometo que será bonita y tendrás nietos guapos.

Zehava sonrió con aprecio, sus dientes blancos brillando entre una barba negra que parecía haber adquirido canas de repente.

—Bella o no, trata a tu esposa como tratarías a un dragón. Prepárate con cuidado para conocerla y acércate con respeto y admiración. Siempre preserva su orgullo dejándola mostrar su fuerza, y luego enséñale quién es exactamente su amo.

Rohan pensó en el rostro en llamas y no dijo nada.

—Las promesas de un príncipe mueren con él —continuó Zehava, moviéndose ligeramente en la cama—. Tendrás que ocuparte de las tierras y las posesiones pronto. Envía a Chay a los menores como tu lugarteniente, pero ve tú a los mayores. Deben sentir tu mano como han sentido la mía. No intentes sobornarlos.

—No. No lo haré.

—Ojalá hubiera podido ver a tu esposa —se inquietó—. Asegúrate de que no sea demasiado hermosa. Una mujer hermosa es su propia tentación. Pensará más en sí misma que en ti. La única excepción que conocí fue tu madre.

—Sí, padre.

—Tu verdadera riqueza reside en tus hijos, Rohan. —La feroz mirada negra se deslizó hacia un rincón de la habitación—. La mía así lo ha sido.

Los ojos de Rohan escocieron ante las escasas palabras de ternura.

—¿De verdad? —preguntó con un nudo en la garganta— No soy el hijo que querías. Te habría ido mejor con alguien como Chay.

—Lo habría conocido mejor —reconoció Zehava—. No te conozco muy bien, ¿verdad? Y temo por ti por eso. Te dejo un fuerte principado construido durante cuatro generaciones. Consérvalo, Rohan.

—Mis caminos no son tuyos, padre. Pero te prometo que conservaré lo que es nuestro.

—Ahora es tuyo —dijo Zehava con brusquedad—. Te lo doy todo a ti. Recuérdalo. Ni un grano de arena ni una brisa sobre las dunas es de nadie más que de ti. Tendrás tus batallas para conservarlas. Ojalá pudiera verlas también. —Hizo una pausa, levantó la vista y le dedicó a su hijo una leve sonrisa—. Nunca te dije lo orgulloso que estaba, ¿verdad? Mi hijo, un idiota erudito, con un arnés de soldado raso, cubierto de sangre Mérida…

—No me lo dijiste, pero lo sabía.

—Tendrás que aprender a mentir mejor —observó Zehava con ironía.

—No con quienes amo —respondió Rohan con firmeza.

—¿Seguro?

Se aferró con más fuerza a la mano de su padre.

—Sí. Yo tampoco te conocí de verdad. Y lo siento. Pero te quiero.

La luz del sol se deslizó apenas un dedo sobre la cama antes de que el viejo príncipe volviera a hablar.

—Es una pena que nunca hayamos hablado de verdad hasta ahora.

—Pero estamos hablando, y eso es lo importante. —Rohan intentó creerlo, intentó olvidar todos los años en que uno se acercó al otro y solo encontró incomprensión.

—Si tienes hijas, y espero que las tengas, porque no hay mayor placer en la vida de un hombre que una hija… —tosió y de nuevo Rohan le aplicó el paño de seda húmeda. Zehava asintió en agradecimiento y continuó:— Consiente a tus hijas tan vergonzosamente como yo lo hice con Tobin. Es el deber de un esposo domar a una mujer, no el de un padre.

Rohan rió entre dientes.

—¡Chay no ha tenido mucha suerte, por lo que veo!

Zehava le sonrió.

—¡Recuerda eso con tu propia esposa! No la desanimes, pero hazle saber quién manda en tu cama. ¿Alguna vez has estado con una mujer?

Rohan se maldijo por sonrojarse.

—No soy del todo ignorante.

—Una respuesta amable y evasiva. Tienes talento para ellas. Ojalá pudiera conocer a la chica que te convierta en un hombre. Pero recuerda, al mismo tiempo, convertirla en una mujer. Tu mujer.

De nuevo pensó en el rostro serio y serio enmarcado por un cabello dorado como el fuego, y no dijo nada.

—Sé comprensivo con los sentimientos de tu madre, pero no dejes que se entrometa. Tu esposa será la princesa aquí, y no debes permitir que Milar la pisotee.

—Estoy seguro de que Madre lo entenderá.

—Tu madre no entiende nada, excepto que me estoy muriendo.

—Te quiere mucho —susurró Rohan—. Espero tener la misma suerte con mi esposa.

Zehava suspiró en voz baja.

—Lleva mis cenizas a Roca Hendida y sóplalas en la cara del maldito anciano que me mató.

—Haré algo mejor que eso —prometió Rohan—. Mezclaré sus cenizas con las tuyas y dejaré que el viento las lleve a lo largo y ancho del desierto.

Sus ojos negros brillaron.

—¡Si no eres el hijo más perverso que un hombre haya tenido jamás! Sí, hazlo. Me encantaría. Dos dragones viejos.

—Exactamente —respondió Rohan con una sonrisa, asombrado y agradecido de que su padre no hubiera cuestionado su capacidad para matar al dragón.

—Déjame dormir un rato y luego envíame a tu madre. Te necesitará, Rohan. Tobin tiene a Chay, y tú tendrás tus deberes. Pero Mila no tendrá a nadie. —Se hundió más en las almohadas—. Pobre Mila. Mi pobre querida… —hizo una pausa y repitió:— Tendrás tus deberes. Es bueno que los cumplas solo. Es cruel, pero necesario. Tendrás que hacerlo solo, hijo mío. Hazlo con orgullo. Ni siquiera tu esposa puede compartirlo todo. Encuentra a alguien que lo entienda

Rohan dudó, pero luego decidió decírselo.

—Ya he encontrado esposa.

Zehava luchó un momento para incorporarse, con los ojos encendidos, y luego se desplomó sobre las almohadas con un gruñido. Rohan no le prestó demasiada atención, pues sabía que solo lo irritaría.

—¿Quién es? —preguntó el anciano príncipe— ¿Cómo se llama?

—Sioned —murmuró.

—¿Lo sabe tu madre?

—Nadie lo sabe excepto Andrade.

Otra breve carcajada escapó de sus labios.

—Andrade, ¿eh? Bueno. La bruja de la familia. No dejes que te engañe. Es astuta y hace lo que le place por sus propios motivos.

—Lo sé. He aprendido algunas cosas de ella a lo largo de los años —le sonrió a su padre.

Zehava volvió a ahogarse en la risa, obligándose a calmarse al sentir un espasmo de dolor.

—¡Ay, por el Demonio de la Tormenta, ojalá pudiera ver en qué príncipe te convertirás! Nunca te conocí, Rohan. Prométeme que hablarás con tus propios hijos más de lo que yo hablé contigo.

No se le ocurrió ninguna respuesta, así que simplemente asintió. Luego se inclinó y presionó sus labios contra la mano de su padre en señal de homenaje y amor. Antes de que el escozor en sus ojos se convirtiera en lágrimas, dijo:

—Descansa ahora. Te enviaré a Madre dentro de un rato.

Entonces, salió de la cámara. En sus aposentos, despidió a su escudero y se quedó de pie ante las ventanas abiertas, contemplando los jardines de su madre. Había cumplido lo que se había prometido: aliviar las preocupaciones de su padre para que pudiera morir en paz. Zehava ya no temía por su hijo ni por sus tierras. Pasaría mucho tiempo antes de que su hijo dejara de temer por sí mismo.

Stronghold estaba en silencio, y así permanecería hasta que Zehava muriera y su pira se extinguiera. Rohan sentía que vivía en un mundo de sombras; silencioso, solo y no del todo real. La única realidad estaba en el fuego: el resplandor moribundo de la vida de su padre, las llamas que envolverían los restos de Zehava, la luz en la Torre de la Llama que se apagaría y luego volvería a encenderse, y el rostro que había visto enmarcado por un cabello rojizo y dorado. Siendo él mismo un espectro envuelto en sombras, podía pensar en esos fuegos, pero no ser iluminado por ellos. Las llamas lo convertirían en príncipe, esposo y —eso esperaba— amante. Pero ahora mismo no tenían el poder de iluminar a esos futuros yo.

Escuchó el silencio y observó los patrones de sombras que se dibujaban sobre los árboles. Debería estar pensando en el momento en que su propia luz se encendería y se extendería por el desierto con un resplandor muy diferente al de su padre. Debería estar pensando en la llegada de su novia, la angustia de su madre, las herencias de Zehava de su hermana y sus sobrinos. Los cientos de detalles de la muerte y el millón de la vida en curso deberían estar ocupando su mente. Pero Rohan habitaba en las sombras de Stronghold, esperando el fuego.

Cuenta la leyenda que hace mucho tiempo, cuando el mundo era muy joven, los primeros Mensajeros del Sol habían aprendido de la Diosa a tejer luz. El Fuego, complacido de ser la fuente de sus tejidos, llegó a un acuerdo con sus hermanos Tierra y Aire para que los faradh'im pudieran ejercer su magia sin ser molestados. Pero su hermana Agua se mostró recalcitrante, siendo enemiga natural del

Fuego; aunque no podía interferir con los Mensajeros del Sol que se deslizaban sobre ella en luz, demostró ser notablemente ingeniosa cuando intentaron cruzarla en persona. A la plácida Tierra no le importaba mucho lo que sucediera sobre ella, pues estaba constantemente ocupada con sus propios asuntos, pero el caprichoso Aire a veces le daba un poco de ayuda al Agua, lanzando ráfagas temibles cada vez que un faradhi era lo suficientemente insensato como para navegar en mar abierto. Ayuda o no, el Agua disfrutaba cada vez que un Mensajero del Sol cruzaba un arroyo remando.

Así, los diez Mensajeros del Sol del cortejo nupcial de Sioned contemplaron consternados la amplia extensión del río Faolain y tragaron saliva. Camigwen frenó su caballo, mirando el río caudaloso.

—No tengo ganas de esto —declaró.

Ostvel se rió de ella.

—Solo es un pequeño río.

—¿Pequeño?

—Nos desviamos muchísimo para evitar los cruces más anchos —le recordó.

Sioned suspiró.

—Menos mal, o habría llegado a Stronghold sin poder hablar.

Cuando Ostvel volvió a reír, Cami lo reprendió:

—¡Ay, basta! ¡No sabes lo que es mirar ese río y saber que vas a enfermar mortalmente!

—Ah, pero no sabes lo que es zarpar hacia Kierst-Isel, con el sol en lo alto y el viento a favor, las velas tensas y la cubierta meciéndose bajo los pies…

—¡Ostvel, por favor! —suplicó Sioned.

Le guiñó un ojo en respuesta.

—Sin duda vas al país indicado —bromeó, luego le lanzó las riendas a Cami y se bajó del caballo—. Toma, agárrate a esto mientras negocio con el ribereño un precio decente para el pasaje.

Camigwen volvió a mirar el agua con nerviosismo y murmuró:

—¿Por qué no construyen un puente?

—Demasiado fácil —respondió Sioned con otro suspiro—. Ostvel dice que nos enviará primero al otro lado y dejará el equipaje para el final. Qué amable de su parte darnos tiempo para recuperarnos.

—Y hay que cruzar de nuevo a este monstruo al volver —gimió Cami—. ¡Podría quedarme contigo en el desierto para siempre! ¡Mira qué balsa tan frágil!

—No tiene tan mala pinta —respondió Sioned, intentando parecer segura, pero sin depositar demasiada confianza en el cómo cruzarían. Desmontó, queriendo tener suelo firme y agradable bajo sus pies el mayor tiempo posible, y ayudó a Meath a organizar la fila de caballos para cargar. Todos los faradh'im ya estaban verdes bajo sus

bronceados.

Cuando Ostvel regresó con el ribereño, Cami le preguntó:

—¿Por qué no hay un puente?

—¿A lo largo de estas aguas, señora? ¿Cómo propone que lo hagamos? —Señaló el río con orgullo—. En primavera, crece como una cierva preñada hasta las mismas paredes de mi casa. Mi abuelo construyó un puente un otoño, y funcionó bien hasta la primavera, cuando la Señora Río[1] decidió que no le gustaba y se lo llevó, y a mi abuelo con él.

—Oh —dijo Cami, observando la superficie engañosamente lisa del agua—. Bueno, ahora no parece tan enfadada —añadió.

—¿Ves esa pequeña ondulación a mitad de camino? —Señaló un punto donde la luz del sol se reflejaba en un bulto pulsante en el agua —. La corriente allí corre más rápido que los caballos de mejor sangre que jamás haya criado Lord Chaynal del Fuerte de Radzyn. ¡Llevé a su señoría al otro lado hace unos años y él mismo me lo dijo!

Sioned ansiaba hacer preguntas sobre Lord Chaynal, quien, según sabía, era cuñado del príncipe. Pero se mordió la lengua, pues no sería apropiado que una futura princesa fuera sorprendida cotilleando.

—No teman, damas —terminó el ribereño alegremente—. Eldskon es el nombre que me puso mi madre, y, como toda la gente buena, yo tengo uno de esos nombres que significan algo en la antigua lengua, y es un buen nombre para mi oficio porque significa *paso suave*. Y eso es lo que les prometo —terminó con una floritura.

—Diosa, eso espero —murmuró Camigwen.

La balsa era lo suficientemente grande como para albergar doce caballos atados a la barandilla, troncos robustos atados con cuerdas del grosor de una muñeca. Pero en cuanto Sioned puso un pie en las tablas de madera planas, sintió un vuelco en el estómago y le dolieron los ojos con el inicio de la habitual reacción faradhi al agua. Tragó saliva con dificultad. Y apenas estaban en las aguas poco profundas, donde la balsa flotaba suavemente en aguas tranquilas sin corrientes. Recordándose a sí misma que tenía que mantener su dignidad, juró permanecer impasible y en posesión de su desayuno.

Sería un gran problema si los caballos o los Mensajeros del Sol observaban el río que tenían delante con mayor inquietud. La balsa avanzaba a toda velocidad, guiada por dos enormes cables anclados en la orilla opuesta. Ostvel no apartaba la vista de los caballos, Eldskon de las pesadas anillas de hierro por donde pasaban los cables. La balsa aprovechaba la velocidad del río para cruzar, con los cables inclinados río abajo para aprovechar al máximo las corrientes. Había un cruce similar río arriba, inclinado para los viajeros de este a oeste. Sioned había examinado cuidadosamente los preparativos y, aunque su mente racional le decía que el sistema era seguro, sus

sentidos se paralizaron cuando la balsa chocó contra la corriente y se dio cuenta de que estaba confiando su vida a unas pocas tablas, unas barandillas y un par de cables tejidos. La idea no le tranquilizaba.

Camigwen estaba acurrucada de rodillas, agarrando las barandillas inferiores con ambas manos. Sioned era la única faradhi que seguía de pie. Los caballos se revolvían nerviosos y relinchaban a sus compañeros en la orilla oeste mientras la balsa se balanceaba y golpeaba con la corriente principal. Sioned logró mantenerse en pie, pero al chocar con el bulto de agua rápida a mitad de la marcha, ya no pudo retener el desayuno. Agarrada a la barandilla, se dobló y vomitó de forma poco elegante.

Poco después, fue vagamente consciente de que alguien la llevaba a tierra firme. La colocaron sobre un césped cálido y soleado, y oyó a alguien decir con voz divertida que pronto se sentiría mejor. Quiso decirle que era un maldito mentiroso, pero no tuvo fuerzas. Fue un error abrir los ojos; la luz del sol la golpeó como una espada en el cráneo. Graznando una débil maldición, se desmayó.

Unos gritos la despertaron. Sentándose con ojos legañosos, se agarró la cabeza con ambas manos y contuvo las náuseas, preguntándose con tristeza por qué su estómago creía que aún quedaba algo que expulsar. La luz del sol volvió a clavarse en sus ojos, pero al menos era soportable. A diferencia de la confusión de su visión. Los caballos atados cerca eran muy grandes, luego muy pequeños, luego brumosos, como si las brumas invernales de la Fortaleza de la Diosa los hubieran envuelto. La orilla del río se perdió en la distancia, y luego retrocedió tan repentinamente que se cubrió con las manos para protegerse. Sioned estuvo muy tentada a relajarse y sentirse miserable durante unos días, pues parecía que realmente iba a sobrevivir a esto. Esperaba que el príncipe lo apreciara.

Pero alguien seguía gritando, y a pesar de la confusión de sus sentidos, se obligó a ponerse de rodillas. Entrecerró los ojos, intentando enfocar la balsa. A mitad del río, parecía estar a mitad del mundo. Y los caballos que deberían haber estado en ella habían desaparecido.

—Dulce Diosa —susurró.

Río abajo, vislumbró a los animales aterrorizados que intentaban desesperadamente luchar contra la corriente. Su propia yegua color crema se sumergió y no reapareció. Sioned, imprudentemente, intentó ponerse de pie, fracasó, y lo intentó de nuevo con furia. Esta vez se puso de pie y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Tambaleándose hasta la orilla, cayó; el impacto helado del agua y el corte de las piedras en sus rodillas y manos se combinaron para despejar su mente. Tragó agua, se atragantó, y levantó la cabeza hacia el río.

Vio de inmediato lo que había sucedido. Los cables de la orilla opuesta se habían roto, y al romperse, la balsa quedó a merced del río. La sacudida había lanzado a los caballos contra las barandillas, rompiendo la madera con su peso. Los cables de este lado eran la única razón por la que la balsa no se había precipitado río abajo, pues quienes estaban a bordo se aferraban con fuerza, intentando tirar de ella hasta un lugar seguro. Sioned gritó mientras miraba las amarras. Los cables, tensando contra los cuatro enormes postes que los anclaban, habían empezado a deshilacharse.

Sioned se incorporó y se tambaleó hasta donde Mardeem yacía boca abajo en la hierba. Lo giró y le dio una bofetada, gritando su nombre, luego lo arrastró por los tobillos río abajo. Repitió este tratamiento con Meath y Antoun, y el agua helada hizo su efecto.

—¡Mardeem! —gritó Sioned, y se estremeció al oír su voz—. ¡Despierten a los demás, rápido! Antoun, Meath, levántense y vengan conmigo. ¡Rápido!

Tiró de los dos hombres para que se pusieran de pie y los condujo hasta los cables, donde se agarraron a las cuerdas tensas y empezaron a tirar. El esfuerzo de tres personas contra el río embravecido era inútil, y Sioned lo sabía. El dolor le desgarraba los músculos del hombro y gruñó de esfuerzo al oír las maldiciones de Mardeem justo detrás de ella. Una parte de ella quería reír histéricamente, pues era tan poética en sus juramentos como en sus canciones.

Eldskon y Ostvel ataron los cables alrededor de la anilla de hierro, pues tirar sería frustrar el plan de Sioned. Ahora había más ayuda. Miró a su alrededor y vio a Camigwen trayendo dos caballos. Ostvel gritó palabras de aliento mientras las cuerdas se aseguraban en las sillas, y con la fuerza adicional, la balsa comenzó a moverse con más seguridad hacia la orilla. Pero a medida que la distancia se acortaba, Sioned vio que la anilla se desprendía de las tablas astilladas que la rodeaban. Los que estaban a bordo se agarraron a los cables para aliviar la tensión.

Finalmente, el río soltó la balsa y esta fue arrastrada hasta las aguas poco profundas. Sus ocupantes, conmocionados, saltaron mientras los faradh'im se desplomaban como árboles talados. Sioned no recordaba haber caído en la arena ni haber sido arrastrada de nuevo a la suave y cálida hierba. Pasó el mediodía cuando supo algo, y sus primeras sensaciones fueron decididamente placenteras. Yacía envuelta en un manto de sombras y sol, y notaba un sabor a bayas frescas en los labios, dulce y picante. Suspiró con deleite, girando la cabeza para mirar los sonrientes ojos azules que sabía que la estarían observando, enmarcados por un cabello sedoso.

—Bueno —dijo una voz cercana—. Qué amable de tu parte

despertar para que podamos agradecerte, Sioned.

La decepción la atravesó. No era la voz que había creído oír. El recuerdo la invadió y abrió los ojos, apoyándose en los codos para mirar a Ostvel. Al instante siguiente, todos los músculos de su cuerpo parecieron contraerse y se dejó caer de nuevo en la hierba con el labio inferior mordido. El príncipe no apreciaría recibir a una inválida.

—Quédate ahí. Todo está bien ahora, o al menos casi bien. —Ostvel le acercó una taza a los labios—. Toma un poco de agua. Es un dedal comparado con lo que habría tragado si tú y Cami no hubieran pensado tan rápido. Estoy en deuda contigo, Sioned.

El agua sabía a moras de musgo, y el arrepentimiento la atravesó de nuevo.

—¿Qué pasó? —masculló.

—Nada que parezca trágico, salvo la pérdida de los caballos. Los veinte estamos a salvo de este lado. Pero solo nos quedan doce monturas. Un equilibrio un tanto desigual, podría decirse.

Se incorporó de nuevo, se estiró con cuidado e hizo una mueca.

—Así que doce tendremos que seguir. El resto puede quedarse aquí con nuestro amigo del *cruce suave* —dijo con una leve sonrisa—. Espero que piense seriamente en construir un puente.

—Dudo que pueda pensar en absoluto ahora mismo. Está muerto de miedo por lo que Andrade le habría hecho si nos hubiera perdido, o por lo que cree que le haría la todopoderosa Señora —Ostvel se sentó sobre sus talones y se encogió de hombros—. Pero él no es nuestro problema. Tú sí.

—¿Yo?

—Sioned, no puedo llevarte a Stronghold con solo once acompañantes. ¡Vas a ser una princesa!

—Una princesa sin vestido de novia —le recordó—. Todas mis cosas estaban en los otros caballos. Ostvel, tenemos que seguir como estamos. Me dijo que llegara en seis días.

—Se supone que debes llegar en un estado digno de la novia de un príncipe —dijo con terquedad, con su rostro amable y rudo surcado por la preocupación.

Sonrió con cariño.

—Tendré suerte si llego a este paso. ¿Cómo está Cami?

—Sigue inconsciente, pobrecita. Me sorprende que haya podido levantarse, y pensar en los caballos, ni más ni menos. Me sorprende que alguno de ustedes se haya movido tan rápido. Les debemos la vida, Mensajeros del Sol.

—Recuérdenlo la próxima vez que nos tomen el pelo por no querer cruzar el agua —Sioned se pasó las manos por el pelo húmedo—. Estamos perdiendo el día, Ostvel. Sujeten a Cami a su caballo. Átenla a la silla si es necesario, pero tenemos que ponernos en marcha.

Camigwen se recuperó lo suficiente como para montar sin las medidas que Sioned sugirió, y se preocupó el resto de la tarde por la pérdida de la ropa de Sioned y las consecuencias. Ninguna palabra de consuelo la convenció de que a Sioned no le importaba mucho. En realidad, se sentía aliviada de ir a Stronghold con sencillez en lugar de con pompa. Ella aún no era una princesa y todavía no podía creer que lo sería.

Para cuando se detuvieron para pasar la noche, todos estaban exhaustos. Los músculos acostumbrados a montar no estaban acostumbrados a tirar de cables, y se oyeron gemidos apagados cuando los doce desmontaron. Pasaron la noche en una granja del tío materno de Palevna, pero los faradh'im no pudieron hacer justicia a la espléndida comida de su esposa y, después de cenar, se arrastraron hasta el granero para desplomarse sobre mantas en el suave heno.

—Piénsalo —dijo Ostvel con entusiasmo, con sus ojos grises brillando—, ¡tendremos que cruzar el Faolain de vuelta a casa!

Camigwen lo fulminó con la mirada.

—Piénsalo bien —dijo con tono sombrío—. Haré que Mardeem construya un puente si es necesario, pero no voy a cruzar esa agua con nada más que mis propios pies. —Abrazó a su Elegido y hundió el rostro en la curva de su cuello—. ¡Casi te pierdo en ese maldito río!

Sioned lo observó mientras la calmaba y sonrió. La bendición de la Diosa sin duda recaía sobre esta pareja. Su sonrisa se desvaneció al comprender que, cuando se casaran, ella misma estaría lejos, sin poder unirse a las celebraciones.

¿Y su propia boda? No podía visualizarla ni creerla. Al hombre, sí; podía verlo en cada color del cielo y en cada destello del sol. Pero el príncipe era un desconocido. ¿Quién era? ¿Tendría una mente que igualara esos hermosos y brillantes ojos?

Permaneció despierta mucho después de que los demás durmieran, contemplando las estrellas a través de las puertas del desván abiertas a la suave noche. Una luz tan clara y dulce; cabalgar sobre ella sería toda una hazaña. Si se pudiera hacer, incluso en las noches en que las lunas no salieran, se podría ir adonde fuera necesario bailando por esos pálidos y ardientes rastros de luz. Pero el resplandor de las estrellas estaba prohibido para los Mensajeros del Sol. Quizás la protección de la Diosa no se extendía a esos lejanos puntos de luz. El Fuego del sol y las lunas estaba bajo su bendición, pero ¿y las estrellas? Proyectaban sombras susurrantes sobre los prados y las montañas, misteriosas y oníricas. ¿Qué colores se escondían en ellas? Sioned, con seis anillos rodeando sus dedos, era capaz de cabalgar tanto sobre el sol como sobre la luna. Contó esos anillos a la luz de las estrellas, cuatro de oro y dos de plata, círculos lisos que en la Fortaleza de la Diosa no la distinguían, pero que en el

mundo la marcaban como alguien diferente. Recordó cómo había sido en Aguas Dulces durante su infancia, cuando su cuñada la miraba con recelo y le hablaba de ella en voz baja a su hermano Davvi. En su madurez, Sioned podía pensar en Lady Wisla con algo parecido a la gratitud, pues si no hubiera estado tan ansiosa por ser la única dueña de las Propiedades y sus riquezas, Sioned nunca habría sido enviado a la Fortaleza de la Diosa.

Y ahora no estaría cabalgando para convertirse en la esposa de un príncipe.

¿Por qué Andrade hacía esto? se preguntó. La última faradhi entrenada en casarse con un miembro de la nobleza había sido la abuela de Sioned, quien, aunque no era de alta cuna, se había casado con un príncipe de Kierst. Su hija se había casado con el padre de Sioned y Davvi, sin haber mostrado indicios de los dones. Los hijos e hijas menores de la alta cuna a veces se convertían en Mensajeros del Sol, pero por lo general permanecían sin entrenar a pesar de las evidencias de talento, casándose en lugar de acudir a la Fortaleza de la Diosa para recibir instrucción. Un príncipe o señor que llevara anillos faradhi era inaudito. Sioned no se interesaba demasiado por los asuntos de los principados, pero sabía lo suficiente como para comprender que un príncipe Mensajero del Sol sería percibido como una amenaza. Pero era muy probable que uno de sus hijos lo fuera. Aunque la princesa Milar no poseía los dones, se sabía que se saltaban varias generaciones antes de reaparecer.

De repente, Sioned comprendió que el hijo que le diera al príncipe reinaría después de él. Maldijo su estupidez por no haberlo considerado antes, por estar tan absorta en sus pensamientos sobre él que no había pensado en tener hijos en absoluto. Y supo lo que Andrade quería de ella por fin: un príncipe faradhi que gobernara el Desierto, usando todo el poder de su posición y sus dones para... ¿hacer qué? Eso era lo que no podía entender. O, mejor dicho, esperaba no entender.

Capítulo Cinco

El príncipe Zehava murió antes del amanecer del sexto día, acompañado por su familia. Había perdido la consciencia durante todo el día y la noche anteriores, con la muerte inminente embotando su mente y dificultando su habla. Pero murió sin dolor y sin temor por el futuro de su hijo, quien se convirtió en príncipe gobernante cuando Zehava exhaló su último aliento. Ignorando la tradición que le prohibía estar en la cámara de la muerte, Rohan estuvo con su padre cuando murió. Milar cerró los ojos de su esposo; Tobin le acarició la frente con suavidad para suavizar las arrugas de la tensión. Rohan se inclinó y besó a su padre, luego se dio la vuelta y salió de la cámara.

Andrade esperó un momento y luego fue tras él. Estaba donde ella sabía que estaría: en la Torre de la Llama, ayudando a los sirvientes a encender una hoguera lo suficientemente alta como para iluminar el desierto e informar al pueblo de Zehava de su fallecimiento. El resplandor se vería desde colinas lejanas, donde otras hogueras se encenderían en una cadena de luz que, al anochecer, se extendería a lo largo y ancho del principado.

La humedad se había convertido en un desagradable reguero por su espalda y entre sus pechos antes de que Rohan se convenciera de que el fuego brillaba lo suficiente. De todos modos, no estaba de muy buen humor, y el calor empeoraba su temperamento. Aunque nunca había estado muy unida a Zehava, lo apreciaba y sabía que el mundo sería más pobre tras su muerte. Pero ahora tenía un nuevo príncipe con el que lidiar, y al dejar atrás el infierno, su voz sonó quizás más aguda de lo debido.

—No se ha hecho ningún preparativo para la llegada de Sioned. ¿Por qué le niegas a tu novia los honores que le corresponden? Me niego a que la chica entre aquí como una invitada común, ¡y una no muy importante, además!

—Tranquila, Andrade —dijo Rohan con cansancio—. Ha sido una noche larga, y tengo un día aún más largo por delante.

—¡Me responderás antes de que se alargue más, muchacho!

Una mirada brillante se cruzó con la suya, feroz como un dragón a la caza.

—La chica viene a mi fortaleza, Andrade, no a la tuya. Su bienvenida, o la falta de ella, se decidirá según mis órdenes.

—¡Rohan!

Pero él bajó las escaleras, sus ágiles extremidades marcando un ritmo que sus huesos, ya mayores, no podían igualar. Escupió una serie de juramentos que habrían impactado incluso a quienes mejor la conocían, y luego se dirigió a sus aposentos para, en vano, intentar

dormir.

Las señales de fuego ardieron durante todo el día, pero Rohan no estaba en Stronghold para sentir cómo el calor se derretía lentamente a través de la fortaleza. Al amanecer, cabalgó desde los patios a través del túnel excavado en la roca sólida hacia el desierto. Con Chaynal a su lado y su comandante de guardias, Maeta, supervisando a nueve soldados más, cabalgó hacia el cañón Roca Hendida.

El sol salió, abrasando el aire, pequeñas corrientes ascendentes rozando su ropa y la crin de su caballo. El cabello rubio de Rohan pronto se oscureció por el sudor y la fina seda gris de su túnica se adhirió en manchas húmedas a su pecho y espalda. Se dijo a sí mismo que el escozor salado en sus ojos era sudor y que el vacío en su cuerpo era solo el gruñido de un estómago vacío. Más de cuarenta compases transcurrieron en silencio. El aire sofocante mantenía a todos los animales en sus refugios, con apenas energía para quejarse. Algunas aves volaban rumbo a otro lugar, como siempre en el desierto. A veces se oía el suave susurro de la arena al moverse o el resoplido de un caballo al refregar su morro. Pero ninguno de los hombres ni las mujeres habló durante un largo y tenso rato.

Finalmente, Chay, que había dejado su caballo rezagado tras el de Rohan para darle al joven algo de privacidad, lo alcanzó. Cabalgaron delante de las tropas, fuera del alcance del oído incluso en el profundo silencio. Rohan lo miró de reojo.

—¿Sí? —lo animó.

—Nunca has cazado un dragón. Ya pasó la etapa de apareamiento y será aún más feroz.

—Se lo prometí a mi padre.

—Rohan, ojalá me dejaras…

—No. Este dragón es mío.

Chay apartó la mirada.

—Como desees, mi príncipe —dijo con rigidez.

—¡No! ¡Chay, no lo hagas eso! ¡No quiero eso de ti! —el grito del corazón ablandó a Chaynal.

Tendré que llamarte así delante de los demás, ¿sabes? Pero nos mantendremos unidos como siempre, si eso es lo que quieres.

Rohan asintió en señal de gratitud.

—Lo necesito, Chay. Voy a necesitar tu ayuda.

—La tienes. No hace falta que me la pidas. —Chay se encogió de hombros para protegerse del calor—. Casi puedo oír a los Mérida preparándose. Habrán visto los incendios al anochecer y sabrán que Zehava ha muerto. Habrá problemas, Rohan.

—Tengo algunas ideas —respondió el joven príncipe—. Y no solo para ellos.

—¿Roelstra? —adivinó Chay, y vio la confirmación en la expresión

de Rohan— Más te vale estar en una posición segura para el Rialla.

—Estaré en lo que él considerará una posición insostenible. Le gustará. Pensará que estoy listo para conseguir todo el apoyo posible, incluso de él. Y ese apoyo vendrá en forma de una de sus, sin duda encantadoras, hijas. Como esposa mía.

—Pero Tobin dijo que Andrade…

—No te creas todo lo que oyes.

—¿Vas a desobedecer a la Señora de la Fortaleza de la Diosa? —silbó Chay suavemente entre dientes.

—Estoy muerto de miedo, si quieres saberlo —confesó—. Se cernía sobre Tobin y sobre mí como una dragona cuando éramos pequeños, y el sentimiento persiste un poco. Pero voy a vivir mi propia vida, no su versión. Y por eso voy a necesitar tu apoyo, especialmente en el Rialla.

—Haré lo que quieras, por supuesto. ¿Pero sabes lo que estás haciendo?

—Sí —dijo Rohan rotundamente—. Voy a construir un principado que no dependa de mi espada. Padre decía que las promesas de un príncipe mueren con él. ¡Pero no con este príncipe, Chay! Cuando yo muera, mis hijos heredarán la paz, no solo la ausencia de guerra durante unas temporadas o años mientras los enemigos idean nuevas formas de atacar —hizo una pausa esperando la reacción de Chay, y al no verla, comentó:— No te estás mostrando muy entusiasta.

—Es una buena idea —dijo Chaynal con cautela—. Pero no creo que sea muy práctica.

—La haré funcionar. Ya verás.

Roca Hendida se alzaba ante ellos. Las estrías rojizas en la piedra podrían haber sido sangre seca, de dragón o humana. Rohan tiró de las riendas, contemplando la boca del cañón con su gran aguja.

—Sigue aquí —Rohan señaló las oscuras manchas de plantas—. ¿Ves la dulcamara junto al acantilado? La ha estado cortando para conservar fuerzas, porque aún no ha terminado de aparearse. Normalmente vuelve a crecer casi de la noche a la mañana, pero esta se la comió hasta el suelo.

—Un dragón no tarda seis días en aparearse con sus hembras —protestó Chay.

—Padre lo hirió gravemente. ¿No sientes que sigue ahí atrás, en el cañón?

Chay no vio ni oyó nada, y así lo dijo. Rohan se limitó a sonreír. De repente, un grito resonó en las paredes del cañón, y su fuerza hizo que las piedras sueltas cayeran al barranco.

—Está aquí —repitió Rohan, y avanzó. A medio paso del cañón, desmontó y desenvainó la espada, indicándole a Chaynal que hiciera lo mismo.

—Maeta —le dijo al comandante—. Mantén a todos atrás. Estás aquí para ayudarme a arrastrar a este monstruo a casa, y eso es todo. Chay, ven conmigo.

—Su Gracia —empezó Maeta, entrecerrando los ojos por la preocupación; ojos negros como los de Zehava, producto de alguna herencia paterna, según el rumor familiar al que uno creyera. Rohan la miró fijamente y ella se aquietó con un obediente asentimiento.

Rohan y Chaynal treparon por la estrecha plataforma que hacía las veces de sendero a lo largo de la pared del cañón. El acre olor del apareamiento de dragones flotaba en el aire. Cuevas bordeaban los acantilados, muchas de ellas tapiadas por hembras que ya habían puesto sus huevos. Al otro lado del cañón ocho estaban selladas, y Rohan se preguntó cuántos dragones se acurrucaban allí dentro de los cascarones, cociéndose en un calor abrasador hasta la madurez. Dragones, con alas anchas y gráciles para volar, largas gargantas para llamarse entre sí con el viento, y garras mortales que desgarraban la carne. Rohan tenía que pensar en los dragones como asesinos hoy, no como las criaturas imponentes y hermosas que lo habían cautivado desde la infancia.

Había estado seguro de que el anciano seguiría allí. Zehava había mutilado al dragón y le había impedido atender a sus hembras. Dos cuevas aún estaban abiertas en la pared opuesta, y el movimiento de las piedras en su interior le indicó que había dragonas hembras esperando con impaciencia a su señor. Una hembra no apareada, demasiado pesada por los huevos para volar, moriría rápidamente; los esqueletos desmenuzados de quienes habían intentado volar cubrían el barranco inferior. Rohan había cabalgado hasta allí a menudo, recolectando garras, dientes y algún que otro hueso de ala o fémur para estudiar. Sabía cómo encajaban los esqueletos y cómo se disponían los músculos a lo largo de ellos, y cómo el conjunto se convertía en un animal de rara belleza, al menos para él. Pero ahora iba a matar a un dragón, a terminar la obra que su padre había comenzado antes de empezar la suya.

Subió más rápido. No era recomendable trepar por un acantilado con la espada desenvainada en la mano, pero no se atrevió a envainarla por si el dragón lo sorprendía. Incluso el instante o dos que tardaría en desenvainar podría costarle la vida a él o a Chay. Era lo suficientemente arriesgado como para hacer que las rocas cayeran por las paredes mientras subían, pero esperaba que el dragón pensara que solo era el sonido de las piedra preparándose para el verano. Por fin llegaron a la caverna que había visto desde abajo. Tras recuperar el aliento, le dijo a Chay que buscara un buen lugar donde esconderse.

—Rohan, ¿me perdonas si te digo que estás loco? Todo esto es

muy divertido, pero me sentiría mucho mejor si supiera lo que hacemos

—Echa un vistazo a esta cueva. Está tapiada, los huevos ya están puestos y la dragona ha desaparecido. Si fueras el padre y hubieras pasado por un infierno para aparearte este año, y vieras a dos criaturas insignificantes a punto de atacar el fruto de tu trabajo…

Chay resopló de risa.

—Estás loco. Bien, ¿qué quieres que haga?

—Nada grave, a menos que me maten. Si me matan, sal corriendo como un demonio. Y dile a mi madre que me perdone.

—Si supiera esto, te mataría ella misma y le ahorraría problemas al dragón —Chay negó con la cabeza y se dirigió al otro extremo de la cornisa, donde una considerable pila de rocas le proporcionaba suficiente protección.

Rohan se secó el sudor de la frente y se giró para observar la pared opuesta, donde unas cuevas vacías se abrían, provocativas. ¿De cuál emergería el dragón? ¿O estaría en una cueva de este lado? El instinto le decía que no. Rohan se negó a contemplar la locura de esta empresa y se deslizó tras un afloramiento rocoso a esperar. La cornisa tenía aproximadamente la altura de un hombre de ancho y el doble de largo; espacio de sobra para maniobrar, pero difícil para un dragón. Rohan así lo esperaba, al menos.

Las sombras se acortaban hacia el mediodía cuando el dragón salió cojeando de una cueva frente a Rohan. Repleto tras una mañana de atención incondicional a una de sus damas, bostezó ampliamente y estiró primero una pata trasera, luego la otra. Rohan oyó la risa apagada de Chay cerca. Era realmente gracioso ver a esta vieja y lujuriosa bestia anciana adormecerse con sus deseos sexuales. Pero Rohan perdió todo impulso de alegría al notar los numerosos desgarros en la piel del dragón que aún rezumaban sangre. Mientras las grandes alas se desplegaban para prepararse para el vuelo, Rohan también vio la rigidez con la que se movía el dragón. Había una gran mancha de sangre coagulada en la parte inferior de un ala y una mancha más pequeña en un flanco. Rohan se recompuso y salió a la luz del sol, lanzando un desafío burlón al dragón que había matado a su padre.

Como el sol estaba sobre Rohan y su posición era más alta a ese lado del cañón, el dragón tuvo que entrecerrar los ojos para verlo. En otras circunstancias, también habría sido divertido ver cómo los grandes ojos siniestros se entrecerraban mientras buscaban el origen de la llamada. Rohan envió una plegaria de agradecimiento a la Diosa por haber dispuesto las cosas así; el dragón tendría que batir con fuerza sus alas heridas para alcanzar la posición de Rohan. Entre sus heridas y los excesos del apareamiento, el dragón estaba tan

exhausto que el esfuerzo sería inmenso.

La euforia lo invadió cuando las alas batieron una y dos veces, inseguro de su fuerza. El dragón gruñó de fastidio y dolor, y luego se tambaleó en el aire. Por un instante, su capacidad para volar estuvo en duda. Pero con tres poderosos aleteos, estaba en el aire, dirigiéndose directamente hacia Rohan.

El príncipe se tragó sus miedos, alzó su espada y se mantuvo firme. El dragón se cernía sobre él, la luz del sol se reflejaba en su piel dorada. Las mandíbulas se abrieron, revelando dientes rotos, y Rohan sintió el calor del aliento del dragón en el rostro. De repente, tuvo una imagen mental de su propia cabeza siendo tragada por esa garganta abierta. Nunca antes había estado tan cerca de un dragón, y lo que más deseaba era esconderse hasta que la terrible bestia volara.

En cambio, saltó a un lado, asestando un tajo con todas sus fuerzas. Por la distancia de uno de sus dedos, evitó ser cortado por la mitad por las fauces del dragón. La bestia aulló al estrellarse contra la cornisa, con un ala doblada contra su cuerpo y la sangre manando del golpe de Rohan. Al intentar extender el ala de nuevo, los huesos crujieron como relámpagos en el cielo. Perdido el equilibrio y el vuelo, el dragón arañó el borde del acantilado con las patas traseras, mientras que las delanteras arañaban el aire intentando agarrarse, preferiblemente alrededor de Rohan.

Al mirar esos ojos enrojecidos y furiosos, Rohan sintió que le hervía la sangre. Este era su enemigo. Algo muy antiguo y feroz brotó en su interior y atacó la pata delantera más cercana, riendo mientras el dragón gritaba. Un ala se movía frenéticamente, la otra inservible. Rohan hundió su espada en el largo y retorcido cuello. La sangre brotó a borbotones al sacar el filo y volver a clavarlo. La cabeza del dragón se echó hacia atrás con un rugido agonizante y luego cayó hacia adelante. Rohan alzó la espada por última vez y la hundió en el ojo del dragón.

Sintió una sensación ardiente y desgarradora en el brazo al apartarse. La espada, que hacía apenas un instante había sido tan ligera, ahora parecía increíblemente pesada al intentar arrancarla de la cuenca del ojo, donde se había enganchado en el hueso superciliar. Rohan gritó con fuerza por el esfuerzo y el repentino ardor en el hombro. La cabeza del dragón salió despedida hacia el cielo, con la espada aún asomando por el agujero ensangrentado que había sido su ojo. Arañó las rocas, pero no encontró asidero. Su ala se movía de un lado a otro, el instinto le exigía volar, la cola golpeando la pared del cañón. El dragón moribundo lanzó un último grito terrible y se deslizó por el acantilado, estrellándose contra las piedras irregulares.

Rohan se miró el brazo, donde una garra había arañado carne y músculo. La consideró una herida leve mientras se la limpiaba, sin

saber cuál era su propia sangre y cuál la del dragón. Se preguntó con vago interés si los cuentos sobre el veneno de la sangre de dragón serían ciertos.

De repente, dejó de sentir calor. El sol no calentaba, el aire se convirtió en agua gélida por la que se movía con dolorosa lentitud. La brisa abrasadora le congeló el sudor del cuerpo y condensó las manchas de sangre. Miró por encima del borde al dragón que había matado. Aturdido, tambaleándose, se apartó del borde, cayó de rodillas y vomitó.

El cañón y el cielo aún daban vueltas a su alrededor cuando sintió agua fría goteando sobre su rostro. Sacudió la cabeza, irritado, y gimió.

—Muerde esto —le ordenó la voz de Chay, y Rohan saboreó algo amargamente salado que le provocó arcadas. Tragó saliva convulsivamente y se incorporó—. Dale un momento para que haga efecto —dijo Chay. La pequeña oblea de hierbas y sal le llegó al estómago como una copa de vino fuerte antes del desayuno. El brazo empezó a dolerle con fuerza e hizo una mueca. Chay se sentó sobre sus talones—. Por un tiempo pensé que tendría que zarpar hacia las Islas Lejanas y no volver jamás. Si morías, Tobin no me habría dejado vivir más de lo que me tardaría en explicar lo que pasó. Pero lo mataste, Rohan... ¡Diosa, cómo lo mataste! ¡Fue hermoso! Todos lo vieron. Tu primer dragón

—Primero y último. Nunca más, Chay. No quiero volver a hacer eso nunca más.

Aceptó la ayuda de su amigo para ponerse de pie. Empezaron a descender lentamente por el sendero rocoso, deslizándose con incertidumbre sobre las piedras sueltas. A Rohan le fallaron las rodillas, pero apenas.

Maeta tenía los caballos listos cuando llegaron abajo, y Chay dedicó un rato a calmar al frenético Akkal, que nunca antes había estado sin jinete en una cacería de dragones. Luego se unió a Rohan y a los demás junto al enorme cadáver. Rohan necesitó todas sus fuerzas para arrancar su espada del ojo del dragón. Se quitó la túnica y la usó para limpiar la hoja, instruyendo a Maeta que solo se llevara las garras y los dientes por ahora.

—Mañana enviaremos a alguien a por el resto.

—Sí, mi señor. —Maeta hizo una profunda reverencia. Le había enseñado arquería y equitación, había jugado con ella de niño y ocultado sus aventuras a sus padres. Y ahora se inclinaba ante él.

Rohan se bebió medio odre de agua, deseando que fuera brandy. Chay lo ayudó a lavarse la sangre de la cara y el pecho, exclamando sorprendido al ver la larga marca de la garra que le llegaba desde el hombro derecho hasta el codo. La herida estaba limpia, vendada con

los restos de la túnica de Rohan, y el príncipe se contuvo para no estremecerse ante el manejo brusco y experto de su cuñado.

De repente, se oyó un estruendo sordo en el cañón: siniestro, aterrador. Se giró sobre sí mismo, con una mano en la espada. Los demás dejaron de trabajar y se quedaron paralizados, mirando fijamente el desfiladero vacío. El sonido se hizo más denso, más intenso, una docena de notas diferentes, todas tan espeluznantes que le erizaron los pelos de la nuca a Rohan.

—Lloran por él —dijo Chay, rompiendo el terrible murmullo de las voces de dragón—. Démonos prisa y vayamos a casa.

El lamento subía y bajaba mientras trabajaban. Las dragonas lloraban a sus muertos igual que Rohan y su familia llorarían mañana por la noche cuando prendieran la antorcha en la pira de Zehava. Por fin, las garras y los dientes estaban en grandes bolsas de terciopelo, resonando suavemente al ritmo de la música de réquiem que siguió a Rohan y su gente al desierto. Se estremeció bajo la luz del sol abrasador y repitió en silencio su juramento. *Nunca más.*

Sioned desenganchó los estribos y se puso de pie al ver a los jinetes. Su objetivo era el mismo que el suyo: la hendidura en las Colinas de Vere donde Stronghold se agazapaba entre los acantilados. Vislumbró el brillo del sol de la tarde en su rubio cabello y sintió que el color se le desvanecía por completo.

—¿Él? —murmuró Ostvel a su lado.

Ella asintió, incapaz de hablar.

—¡Oh, Diosa! —exclamó Camigwen— ¡Date prisa, Sioned! Lávate la cara, aquí tienes mi peine. ¡Date prisa!

—Déjala en paz, Cami —dijo Ostvel—. ¿Qué hombre puede esperar que una mujer venga por el Desierto con el aspecto de recién salida de sus aposentos?

Sioned se dijo a sí mismo que el mundo estaba lleno de hombres rubios. Se sentó en la silla y apretó las riendas, intentando calmar su respiración agitada. Las sobrias ropas de luto gris del grupo le indicaban que alguien había muerto, alguien importante. Pero el príncipe no llevaba ni camisa ni túnica. Un trozo de seda le rodeaba el brazo derecho, y al acercarse los jinetes, Sioned vio que era un vendaje hecho a toda prisa, empapado en sangre.

—Espero que no tengamos que esperar mucho. Hace un calor infernal aquí fuera —comentó Ostvel con informal discreción—. Agrupaos alrededor de Lady Sioned.

El título la sobresaltó, pero Ostvel había logrado el efecto deseado. Los demás formaron un semicírculo a su alrededor como si fueran una guardia de honor y ella ya una princesa. La luz del sol se reflejaba en la arena mientras los jinetes se acercaban, y Sioned deseó en vano haber seguido el consejo de Cami. Bajó la mirada hacia su ropa

marrón de montar, pensó en el nudo despeinado de la trenza en su nuca, lamentó no haberse lavado. Al menos él vería lo peor de ella primero, pensó, resignada. Después de esto, solo podía mejorar.

Los jinetes se detuvieron en la cima de una duna y el hombre rubio cabalgó delante, con una figura más alta y morena a su lado. El rostro de su conjuro de Fuego apareció ante Sioned en carne y hueso. En cuanto al resto de su cuerpo, de mediana estatura pero con unas proporciones elegantes que lo hacían parecer más alto, con los hombros erguidos a pesar de su evidente agotamiento. Eran hombros robustos, fuertes y anchos. Su pecho era liso, con músculos esbeltos bajo una piel dorada, brillante por el sudor y manchada de sangre seca.

Frenó el caballo y asintió con la cabeza.

—Bienvenida, mi señora

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias, mi señor —su voz sonó con fuerza. Asombrosa.

—¿Me concede el honor de presentarle al esposo de mi hermana? Lord Chaynal del Fuerte de Radzyn.

Vio un par de cautivadores ojos grises, hundidos en un rostro bronceado.

Mi señor —reconoció con un gesto un poco menos formal. Era, supuso, increíblemente atractivo. Su intenso interés por ella rozaba la vergüenza, y una comisura de su boca se curvó en una pequeña sonrisa irónica.

—Me siento honrado, mi señora —dijo, e inclinó la cabeza hacia ella.

Sioned, recordando la cortesía, señaló a los amigos que la flanqueaban.

—Mi señor, ¿puedo presentarle a mis compañeros? Ostvel, Segundo Mayordomo de la Fortaleza de la Diosa, y la Mensajera del Sol Camigwen. Estos otros también son mis amigos.

—Son todos bienvenidos a mis tierras —dijo el príncipe, y el cuerpo de Sioned se quedó sin aliento. Sus tierras, no las de su padre. Vestían de gris luto por el anciano príncipe, lo que significaba que se casaría no con un heredero, sino con un gobernante por derecho propio. Él seguía hablando, y ella atendía con desesperación a sus palabras—. Es una suerte que mis asuntos hayan concluido a tiempo para acompañarlos a Stronghold. Lady Andrade se alegrará de verlos llegar sanos y salvos.

—Tengo muchas ganas de hablar con ella —se oyó decir Sioned.

Los ojos de Lord Chaynal decían: «Apuesto a que sí», y la comisura de sus labios se alzó un poco. Pero el rostro del príncipe permanecía en perfecta calma cuando dijo:

—Mi señora, ¿me haría el favor de conversar unos momentos en

privado?

Antes de que pudiera responder, él se bajó del caballo y ella recordó en el último instante dejar que la levantara de la silla. Sus dedos se cerraron alrededor de su cintura y ella se sonrojó, esperando que el bronceado ocultara el rubor. Si era así con varias capas de ropa entre ellos, ¿cómo sería cuando la piel rozara con la piel? Sioned se miró las puntas de sus botas mientras caminaba, luchando por controlarse, y al alejarse de los demás, se arriesgó a mirarlo. Sus ojos estaban a la altura de sus labios. Se preguntó cómo sería su sonrisa y dejó que su mirada se posara en su garganta, donde el pulso latía rápidamente. Al darse cuenta de que estaba tan tenso como ella, Sioned se relajó un poco.

—Tu empresa parece haber sido peligrosa —dijo con una voz asombrosamente serena—. No es tu propia sangre, confío.

—No. De un dragón. Solo sacó un poco de la mía. —Habló casi distraídamente, con la mirada fija en las colinas. Sioned decidió mantener la boca cerrada a menos que él le hiciera una pregunta directa. Recorrió muchos pasos más por la arena blanca y dorada antes de que él se detuviera, la mirara y hablara apresuradamente—. Sabes por qué estás aquí, y yo también. Andrade espera que nos casemos.

—Andrade espera muchas cosas —respondió Sioned.

—Además —continuó como si ella no hubiera dicho nada—, espera que suceda pronto. Pero no puede. Todavía no. —La miró a los ojos. Los suyos eran muy azules, con círculos negros alrededor del iris—. Créeme cuando te digo que me casaré contigo y con ninguna otra mujer. Lo supe desde el momento en que Andrade conjuró tu rostro en el Fuego. Pero hay cosas que debo hacer antes de que podamos casarnos. Algunas podrían herirte, y lo siento, pero mi padre ha muerto, soy el príncipe gobernante, y lo que un príncipe debe hacer, un hombre a menudo lo lamenta.

Sioned quedó sin habla ante este extraordinario relato. Simplemente lo miró fijamente.

—Debo mostrarles a todos qué clase de príncipe pretendo ser —continuó—. Te lo explicaré todo cuando tenga tiempo, y espero que seas la clase de mujer que puede entender estas cosas. Si no, tendrás que aprender —dijo sin rodeos—. Pero son cosas que noharía si no fueran necesarias para nuestra vida juntos. Quiero vivir en paz, no a punta de espada. ¿Entiendes?

Seguía sin poder hablar, pero ahora por una razón diferente.

—Empezará cuando lleguemos a Stronghold. He matado al dragón que mató a mi padre, ¿sabes? —un ligero rubor cubrió sus mejillas—. Nasie pensó que pudiera.

—¿Por qué no? —las palabras salieron de su boca antes de que

pudiera pensar, pero le resultaron completamente naturales. ¿Quién creería a este hombre incapaz de hacer lo que quisiera?

Los ojos azules se entrecerraron con sospecha, pero entonces una sonrisa se dibujó en su rostro y lo transformó. Casi contuvo la respiración.

—Gracias —dijo—. No me estás halagando, lo sé. Siempre debes decirme la verdad, Sioned.

El sonido de su nombre en sus labios fue su perdición, pero no tenía intención de que lo supiera. En cambio, se aferró a su orgullo, hizo un esfuerzo y le devolvió la sonrisa.

—Lo haré, si me prometes lo mismo.

Mucho dependía de su respuesta y de su capacidad para cumplir esa promesa.

—Lo haré, mi señora. Te doy mi palabra.

Él le tocó el brazo y lo soltó rápidamente, sobresaltado. Tocada por el Fuego, pensó ella, viéndolo por fin en sus ojos.

—Dime cómo debo comportarme —dijo—. Deberemos volver con los demás y no tendremos oportunidad de hablar hasta más tarde, si es que la tenemos.

—Ya veo que conoces la vida en el castillo —observó—. No tendremos tiempo para nosotros a menos que lo organicemos, y lo organizaré. Pero no puedo dar ninguna señal definitiva de que pretendo casarme contigo, y no encontrarás una bienvenida nupcial en Stronghold. Lo siento. Si solo fuéramos los dos, te daría... —Se interrumpió y el rubor volvió a teñir sus mejillas— Pero no somos personas reservadas y nunca lo seremos. ¿Estás segura de que quieres ese tipo de vida?

Dudó, luego se encogió de hombros y decidió decir la verdad, tal como había prometido.

—Cuando tenía dieciséis años, vi tu rostro en el Fuego. Lady Andrade me dijo entonces que podía cambiar la visión si quería. Nunca quise cambiarla, y nunca lo haré. —Parecía atrapado entre una docena de emociones contradictorias, tan mudo ahora como ella antes. Ella le sonrió—. Qué tontería, ¿verdad? —dijo con otro pequeño encogimiento de hombros.

Él tragó saliva, se aclaró la garganta y logró decir:

—No más tontería que lo que me pasó cuando Andrade me mostró tu rostro en las llamas.

Para disimular la emoción, volvió a preguntar:

—¿Cómo debo comportarme? ¿Hacer pucheros, aguantarlo con valentía o actuar como si no tuviera ni idea de nada, y mucho menos de casarme contigo?

—Nunca podrías mantener ese papel mucho tiempo —dijo con una sonrisa repentina, y luego se puso serio—. ¿Pero lo has pensado? Me

refiero a casarte conmigo.

Impulsivamente, desafió al Fuego tocándole la mejilla. La conmoción los recorrió a ambos y apartó los dedos bruscamente. Sin embargo, la sensación de su piel, la humedad de su sudor, la tenue barba incipiente sin afeitar le quemaban las yemas.

—¿Respuesta suficiente? —susurró.

—Tú también lo sientes —susurró él, conmocionado—. No podía creerlo cuando te vi: que pudiera pasarme lo mismo que a mi hermana y a Chay. Tengo que casarme, siempre lo he sabido, y esperaba una mujer lo suficientemente guapa con al menos dos dedos de frente, pero mirándote… —Respiró hondo y negó con la cabeza— No puedo esperar que entiendas lo que intento decir cuando ni yo mismo estoy seguro de entenderlo.

—Oh, lo entiendo —dijo ella casi con tristeza—. Es impactante descubrir que tus emociones pueden mandar a tu mente a la ruina, ¿verdad?

Volvió a sonreír.

—Exactamente. Pero así es como tengo que comportarme, como si no me hubiera decidido por ti. —Le tocó el hombro y se miraron en silencio antes de que él retirara la mano—. Ese tipo de cosas no pueden pasar muy seguido, sobre todo en público. Si no, nunca podré interpretar mi papel.

—Quizás yo también debería fingir inseguridad. ¿Encajaría en tu plan?

—Sí —decidió al instante—. Perfectamente. Actúa como si no estuvieras seguro de casarte conmigo, tanto como hombre como príncipe. Al menos te dejará algo de orgullo —añadió con una mueca —. Te lo compensaré, Sioned, cuando nos casemos. Pero eso no puede suceder hasta después de la Rialla en Waes. Te lo explicaré todo cuando podamos hablar a solas. Pero tenemos que volver ahora.

—Puedo sentir que nos observan —coincidió. Mientras emprendían el regreso, dijo:— Tuve miedo durante el viaje hasta aquí. Ya no lo tengo.

—También tenía miedo de que el Fuego de Andrade hubiera mentido. He estado en las sombras estos últimos días; toda mi vida, me parece ahora. Pero le agradezco a la Diosa que me haya enviado un Mensajero del Sol.

—Creo que sería mejor darle las gracias a Andrade —respondió Sioned con picardía.

—¡Deja de mirarme así o nunca lo lograremos!

El rostro de Sioned adoptó una expresión solemne.

—¿Mejor?

—Mejor. Pero aún puedo ver cosas en tus ojos. ¿También las hay en los míos?

Mirándolo de reojo, respondió:

—Si no lo estuvieran, haría todo lo posible por que así fuera, Rohan.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta, a alguien. Él apartó la mirada y murmuró:

—Esto no va a ser fácil.

—No.

—Te avisaré con mi escudero; tiene doce años, cabello negro y pecas, y se llama Walvis. Te caerá bien. —Hizo una pausa—. ¿Sioned?

—¿Sí, mi señor?

—El dragón de hoy... no fue nada. Tú lo eres todo.

No se atrevió a responder. Pero cuando él la subió a la silla y el Fuego la atravesó de nuevo, lo miró a los ojos y sintió que toda aprensión se desvanecía. Cabalgó hacia Stronghold, entre Ostvel y Camigwen, aturdida y feliz, sin importarle en absoluto que no le hubieran preparado una bienvenida, que su posición fuera casi imposible y que le hubieran asignado un papel difícil con solo las más superficiales explicaciones de un hombre al que ni siquiera conocía, un hombre peligroso capaz de hacerle semejantes cosas. Mientras cabalgaba a casa con las evidencias de un dragón abatido, no la miró, ni siquiera después de que estuvieran en el enorme patio interior de la fortaleza. No dio señales de que fuera consciente de su existencia. Pero ella lo sabía. Ella lo sabía. Ambos lo sabían.

Capítulo Seis

Le tomó toda la tarde, un baño fresco y la visita de Lady Andrade para que Sioned recuperara la cordura.

Se borró del recibimiento de Rohan, apartándose de Camigwen y Ostvel. Esta última había enviado a su escolta a buscar a los Mensajeros del Sol que ya estaban en Stronghold para preguntarles qué estaba pasando. Sioned lo oyó dar la orden y se sintió vagamente molesta; Rohan les haría saber a todos lo que debían saber. Debían confiar en él, como ella.

Su gente no solo confiaba en él, sino que obviamente lo adoraban. Se habría ganado su cariño de niño, y ella sospechaba que ese día había confirmado su respeto matando al dragón. No había rastro de cautela ni de estricta formalidad en su real presencia. Sioned lo agradeció. Una corte estrangulada por la etiqueta o silenciosa por temor a la ira del señor habría sido un indicio muy desagradable de su gobernante.

—¿Tienes idea de quiénes son estas personas? —susurró Cami al fin.

—Creo que sí —respondió Sioned—. La rubia que ha estado llorando debe ser la princesa Milar.

—¡Oh, maravilloso! ¡Qué capacidad de observación! —dijo Cami con impaciencia— Cualquiera con ojos podría ver que es gemela de Andrade; hablando de ella, no parecía muy contenta cuando pasó junto a nosotros hace un momento.

Sioned fingió no haber oído el comentario.

—La mujer de cabello negro debe ser la esposa de Lord Chaynal.

—¿Quién, sino una esposa, regañaría así a un hombre? —preguntó Ostvel con ironía, pero bajo su tono ligero se escondía un nerviosismo que Camigwen compartía y Sioned no.

La princesa Tobin, en efecto, le estaba dando a su esposo una lección de humor con su más rudo vocabulario. No le habían contado nada de la cacería y se enfurecía con él a la vista de todos. Los sirvientes, sin éxito, disimulaban sonrisas y guiños ante algunas de las palabras que salían de sus encantadores labios; su temperamento parecía ser un bien conocido y, cuando no iba dirigido a ninguno de ellos, podían disfrutarlo. Lord Chaynal soportó los mordaces comentarios de su esposa sobre su probable longevidad y su indudable ascendencia mientras desabrochaba la silla y revisaba los cascos de su semental en busca de piedras. Luego, tras cumplir con sus deberes con su caballo, dedicó toda su atención a su esposa. Tomando una larga trenza en cada mano, la atrajo hacia sí y la hizo callar con un beso.

Dos niños pequeños entraron corriendo al patio, esquivando caballos, mozos de cuadra y sirvientes del castillo. Pidieron a gritos que les mostraran de inmediato el botín de la caza del dragón. Sus ojos grises los proclamaban hijos de Lord Chaynal, y Sioned sonrió cuando este soltó a su esposa, que estaba sin aliento, para luego alzar a los gemelos para abrazarlos con cariño.

Rohan era el centro de atención de su madre y su tía, soportando pacientemente las ansiosas preguntas de la primera sobre su bienestar y el semblante ceñudo de la segunda. Cuando la familia empezó a caminar hacia las escaleras que conducían al salón principal de la fortaleza, Ostvel miró a su alrededor con total desconcierto.

—¡Sioned, nadie te ha dado la bienvenida!

—No habrá una bienvenida para mí, no de la forma en que te imaginas —dijo, siguiendo al príncipe con la mirada. Camigwen se quedó mirando.

—¿Qué? ¿Cómo se atreve?

—¡Por favor, Cami! Su padre ha muerto. No podemos esperar…

—¡Puedo esperar, y de hecho lo espero!

—Cami, ahora no —le dijo Sioned.

Lady Andrade se separó de los demás al pie de la escalera y se acercó a Sioned con el rostro adusto.

—Llegaste pronto.

—Llegamos lo más rápido que pudimos —respondió Sioned.

Tras una mirada fulminante de arriba abajo a su ropa manchada por el viaje, Andrade dijo:

—Ya veo. Sube. Urival se encargará de tu comodidad, ya que nadie más tiene tiempo para ti. Espero que estés lista para recibirme antes del anochecer, Sioned. —Y, dicho esto, se marchó.

—¿Por qué está tan enfadada? —se quejó Camigwen mientras cruzaban el patio— ¡No hemos hecho nada malo!

—Si alguien se ha equivocado, es el príncipe —dijo Ostvel—. ¿Qué clase de bienvenida es esta para su novia?

—¡No quiero oír nada más! —exclamó Sioned— Y no hables de mí como si fuera su prometida, porque no lo soy, ¡y ni siquiera sé si quiero serlo!

Lamentó la sorpresa y el dolor en sus rostros. Solo les importaba su honor y su felicidad; la amaban. Esperaba que Rohan le diera permiso para explicarles por qué era necesaria esta farsa, y emprendió su camino de regreso a la razón con la idea de que sería mejor que primero le diera una explicación adecuada.

Urival, Mayordomo Jefe de la Fortaleza de la Diosa, estaba en el vestíbulo adornado con estandartes y llamó a Sioned mientras los tres intentaban no quedarse boquiabiertos ante la exhibición de alfombras,

muebles finos y madera tallada que los rodeaba. Su sonrisa era comprensiva al acercarse para saludarlos.

—Debían esperar un recibimiento mejor, pero con la muerte del anciano príncipe antes del amanecer y esta loca cacería de dragones de Rohan para matar a la bestia que mató a su padre… —Se encogió de hombros— No podrías haber elegido peor momento para llegar, Sioned.

—No importa —sabía que había sido el mejor momento posible. Nadie la notaría con la presión de los acontecimientos y podría familiarizarse con el lugar y las personalidades de Stronghold.

—He preparado habitaciones, baños y ropa limpia. Gris de luto —les recordó—. Tuve que calcular las tallas.

Camigwen suspiró.

—Eso significa que me tropezaré con el dobladillo y que a Sioned se le notarán los tobillos. ¡Ojalá no hubiéramos perdido todo nuestro equipaje en el río!

—Esa sí que es una historia que quiero oír —comentó Urival—. Pero por ahora será mejor que les cuente algo sobre este lugar para que no se pierdan.

Empezaron a subir la escalera principal, una maravilla de sedosos pasamanos de madera y gruesa alfombra azul.

—Para empezar, es enorme. Cinco pisos de altura, uno debajo para cámaras frigoríficas —o lo más frío que se puede llegar a hacer aquí— y la Torre de la Llama es tan alta que se dice que algunos días se puede ver el Agua del Amanecer. Las hogueras están ardiendo allí ahora mismo por el fallecimiento del Príncipe Zehava.

—Lo vimos al entrar —dijo Ostvel—. ¿Cuándo es su ritual?

—Mañana por la noche. No sé si se espera que asistas.

—¡Por supuesto que Sioned asistirá! —exclamó Camigwen, erizada.

—Como una de los faradh'im, nada más —le dijo Sioned con firmeza.

—Pero vas a ser…

—¡No! —Miró a su amiga con enojo por primera vez en su vida, y la piel oscura de Cami se sonrojó por la sorpresa—. No estoy segura, te digo. Puede que lo acepte, puede que no. —Y tras una breve conversación con Rohan, estaba lista para comportarse así con amigos de toda la vida. ¿Qué le había hecho? Empezó a darse cuenta de que era un hombre realmente peligroso. Intentó sonreír para compensar—. Vamos, estamos todos cansados y no quise ser tan brusca contigo. Urival, cuéntanos más sobre Stronghold, por favor.

Sus ojos eran de un inusual tono marrón dorado, enormes y hermosos bajo unas cejas espesas en un rostro delgado y anguloso. Nunca antes había logrado ocultar nada con éxito de esos ojos, y la

expresión en ellos ahora la ponía nerviosa. Pero él decidió complacerla con un recital de las habitaciones y las maravillas de la fortaleza. Llegaron al segundo piso, recorrieron varios pasillos largos y entraron en lo que Urival describió como el ala norte. Las ventanas estaban abiertas a lo largo de la galería desde el suelo hasta el techo, y un derroche de aromas del jardín de abajo llenaba el pasillo calentado por el sol.

—Todo esto es obra de la Princesa Milar —explicó Urival—. Los jardines antes no eran más que roca desnuda y arena. Ella los planeó, diseñó los senderos y puso ese pequeño arroyo. Incluso hay una fuente en el lado del edificio de la familia.

Sioned bajó la vista hacia los pulcros parterres y árboles, entre los cuales un arroyo y senderos de grava plateada se entretejían como hilos de un tapiz. Había bancos de piedra aquí y allá, y pequeños puentes arqueados pintados de azul y blanco cruzaban el fino hilo de agua. El agua era el elemento más preciado aquí en el desierto. Era una verdadera riqueza tener suficiente para la agradable locura de un arroyo y una fuente. ¿Locura? Donde ella había crecido, les preocupaban las inundaciones. Se dio cuenta de que ya empezaba a pensar como alguien nacida en esta tierra, y la influencia de Rohan sobre ella la inquietaba de nuevo.

—Es hermoso —dijo Camigwen—. Como la mano de un gigante con un pequeño jardín en su hueco. Pero ¿qué hacen cuando quieren ver el cielo?

—Oh, no es como en la Fortaleza de la Diosa, donde estamos atrapados por la niebla gran parte del invierno —dijo Urival—. Si no hubiera nada más que un cielo abierto entre ustedes y el mar, y apenas una roca alta en toda la Arena Larga, se sentirían muy seguros en estos acantilados. —Se echó hacia atrás el pelo canoso y oscuro y sonrió con ironía—. Apresúrense, niños. Sus baños se están calentando.

—¿Calentados? —preguntó Ostvel con la mirada perdida— Solo un tonto se daría un baño caliente en un horno como este.

Sioned se quedó sola en una habitación contigua a su habitación principal que, aunque pequeña, era completamente adecuada para sus necesidades. El baño estaba listo, pero por un momento le interesó más la diminuta habitación que contenía la bañera. Alegres azulejos azules y verdes cubrían el suelo, repitiendo los colores del dormitorio. Una gran bañera de hierro pintada de blanco descansaba sobre un marco de madera tallada. El lavabo, las estanterías, los toalleros, incluso el retrete, eran tan delicados y elegantes como las rosas en un jarrón de cerámica de Kierst junto a la bañera. Evidentemente, la princesa Milar tenía ideas muy claras sobre las comodidades privadas, así como las públicas.

Si esta era la clase de habitación que se le daba a una invitada insignificante como ella, ¿cómo sería el resto de la fortaleza? Sioned se desvistió y se sumergió en el agua fría, decidiendo que Urival debía de haberle reservado una de las habitaciones más elegantes. Deleitándose en el baño que empapó su cuerpo cansado, se alegró de que se hubiera tomado la molestia. Pero ¿de verdad iba a convertirse en la señora de este extraño lugar?

Se lavó el pelo y observó cómo los mechones flotaban en el agua, recordando algo que ella sabía y Rohan desconocía. De ella nacería su corona, el mismísimo Fuego de Sioned convirtiéndose en el círculo dorado que le cruzaba la frente. Sin embargo, sería él quien la haría real al convertirla en su esposa. Recordó al joven sucio y exhausto que había conocido esa tarde, su voz tranquila y su capacidad para despertar sus sentidos, su misterioso plan al que había accedido sin pensárselo dos veces. Pretendía usarla, pensó de repente. ¿Qué clase de hombre usaba a la gente con tanta facilidad?

La respuesta surgió de una parte despiadadamente práctica de su mente, la parte no tocada por el Fuego. Él era un príncipe. Se casaría con poder, tierras y ambiciones, no solo con un hombre. Si es que realmente pretendía casarse con ella. Se levantó de la bañera y destapó el agua, notando la rapidez con la que se succionaba; probablemente para vaciar los estercoleros, pensó, aprobando la eficiencia y la limpieza. Durante su infancia en Aguas Dulces, se mudaban a una mansión cercana durante un tiempo cada verano para limpiar la suciedad de los retretes. De nuevo se dio cuenta de cuánta agua debía haber allí, como para desperdiciarla en mantener limpio no solo los cuerpos, sino también el castillo.

Después de secarse con la toalla, fue al dormitorio y se vistió con lo que le habían dejado. El vestido le sentaba bien, a pesar de las aprensiones de Cami, y era, con diferencia, la prenda más bonita que había llevado en su vida. Sioned se cepilló y trenzó el pelo, y luego se echó un fino velo de seda gris plateada sobre la cabeza, sujetándolo con unas sencillas horquillas. Había un espejo de cuerpo entero en una pared de azulejos, y al verse reflejada en él, sonrió. Rohan había visto lo peor de ella, pero no volvería a hacerlo si podía evitarlo.

Se acercaba el atardecer, pero nadie llamó a su puerta. Sioned consideró la idea de explorar la fortaleza por su cuenta, pero decidió quedarse en su habitación y disfrutar de sus comodidades. Aguas Dulces había sido un lugar bastante agradable, y la Fortaleza de la Diosa era, en algunas estancias, la epítome de la vida elegante. Pero las habitaciones que se les daban a quienes vivían allí no eran ni la mitad de grandes ni tan bonitas como la que ocupaba Sioned ahora, y la exploró con interés. La cama era lo suficientemente grande para cuatro personas, decorada con una pila de almohadas mullidas

cubiertas de seda azul y verde. Las cortinas no eran de la gruesa lana de Gilad o Cunaxa, habituales en climas más fríos, sino de seda fina y transparente, bordadas con diminutas flores blancas. El objetivo era, por supuesto, mantener alejados a los insectos, no conservar el calor. Los suelos eran de madera noble pulida y estaban desnudos, salvo por unas cuantas alfombras esparcidas por todas partes, y Sioned comprendió que nunca más volvería a despertarse por la mañana y pisar un suelo de piedra helada. Los mismos azulejos del baño enmarcaban el espejo, las ventanas y las puertas. El resto era yeso blanco sobre piedra pulida.

La puerta exterior se abrió y Sioned dio un respingo. Pero fue Camigwen, no Andrade, quien miró a su alrededor y asintió con satisfacción.

—¡Lo sabía! Es más grandioso que el mío o el de Ostvel. Estaba segura de que Urival te daría algo acorde con tu próximo rango.

Sioned pasó por alto la referencia.

—Es precioso, ¿verdad? ¿Cómo es el tuyo?

—Más o menos igual, solo que no tan grande y con menos muebles. Y tengo que compartir baño. Ahora, cuando conozcas a la Princesa Milar, asegúrate de que te ofrezca algo de seda para vestidos nuevos. Probablemente lo mencione ella misma, pero si no lo hace…

—Cami, no voy a suplicar…

—¡Idiota, pronto serás dueña de todo esto, y no vuelvas a negarlo! ¡Vi tus ojos y los suyos!

—No viste nada.

—Y te aseguraste de que no oyera nada, ¿verdad? ¿Qué pasó ahí fuera entre ustedes?

—Eso es precisamente lo que me gustaría saber. —La voz de Lady Andrade desde la puerta sobresaltó a ambas chicas—. Camigwen, nos disculparás, estoy segura.

Con reticencia en cada línea de su cuerpo, Cami salió de la habitación y cerró la puerta tras ella. Andrade estaba más majestuosa que nunca con la seda gris oscura, su brillante cabello oculto por un velo a juego. Observó a Sioned con frialdad mientras se sentaba en una silla con cojines azules junto a las ventanas.

—¿Qué te parece ahora el rostro en el Fuego?

—No estoy segura de entenderte, mi Señora —Sioned tomó la otra silla sin pedir permiso para sentarse en presencia de Andrade.

—Mi querida hija, ambas sabemos que tienes bastante ingenio y una dosis más que suficiente de orgullo. Dejemos lo de siempre y seamos sinceras la una con la otra. ¿Lo aceptarás?

—No lo sé.

—Es joven, rico, razonablemente guapo, inteligente y un príncipe.

¿Qué te falta? Una vez me dijiste que lo veías con solo mirarlo a los ojos.

—Son ojos interesantes —admitió Sioned—. Pero creo que esconden muchas cosas.

—¿Qué demonios se dijeron? —exclamó Andrade. Sioned descubrió un placer perverso en frustrar a la poderosa Señora de la Fortaleza de la Diosa.

—Acordamos esperar —respondió con toda sinceridad.

—¿Cuánto tiempo?

—Mencionó algo sobre el Rialla.

—¿Qué? ¡No tendrá tiempo para esas cosas en Waes! Todos los príncipes observando, Roelstra listo para... —Estalló en carcajadas—. ¡Roelstra! ¡Pero ese miserable y astuto hijo de dragón!

Sioned se quedó mirando, desconcertada. Su mente trabajaba a mil mientras pensaba en todo lo que había oído sobre el Alto Príncipe. Despiadado, astuto y manipulador —cualidades que Andrade poseía en abundancia—, Roelstra era su enemigo por razones que nadie había comprendido con claridad. Gobernaba Marca del Príncipe desde el Castillo del Peñasco, se entrometía en los asuntos de la mayoría de los demás principados y poseía un montón de hijas. Contuvo el aliento entre dientes. ¿Así que eso era lo que pretendía Rohan?

—Bien. Lo entiendes —dijo Andrade, interpretando correctamente la sonrisita sombría de Sioned—. ¿Confías en él?

Tras una breve vacilación, Sioned respondió con total sinceridad esta vez.

—No estoy segura. Cuando estoy con él, no importa. Nada importa excepto él. Confiaré en él si me da motivos.

—Haz que confíe en ti, Sioned. Fíjate en su verdad si es necesario, y luego demuéstrate digna de ella, y haz que él haga lo mismo. La sospecha está muy bien para despertar el apetito de un amante, pero es fatal entre marido y mujer.

—Necesitamos creer el uno en el otro —murmuró Sioned. Se levantó, dirigiendo a Andrade una mirada suplicante—. Dime que todo saldrá bien. Por favor.

—Oh, Sioned —Andrade se levantó y enmarcó el rostro de la chica con los dedos—. Que enciendas el Fuego y que nunca te quemes. Que el Aire nunca envíe tormentas a tu camino. Que ese camino por la Tierra sea suave, y que el Agua de tus lágrimas siempre tenga el dulce sabor de la alegría. —Los ojos de Sioned se llenaron de lágrimas al recibir la antigua bendición, y la Señora le secó las lágrimas de las mejillas—. Solo deja que te ame, y ámalo tú también.

Chaynal se había tragado un lío de preguntas durante todo el camino de vuelta a Stronghold. Rohan no estaba de humor para charlar. Cuando Tobin lo siguió al baño exigiendo que se lo contara

todo, Chay solo pudo encogerse de hombros.

—Si supiera algo, lo compartiría. ¿Me lavas la espalda?

Se desnudó hasta quedar en ropa interior mientras él se metía en la bañera y blandió un cepillo con tanta energía que él gritó.

—Ay, no seas tan infantil. Estás tan sucio como los chicos después de un día con los caballos en casa, y hueles peor. Al menos sé el nombre de la chica.

—¿Cuál es?

—Sioned. Se va a casar con Rohan.

—¡Oh, nunca lo habría adivinado, no por la cara que puso!

—Pero no la miró ni una sola vez en el patio, y no hay bienvenida para ella. ¡Chay, ni siquiera se la presentó a Madre! —Empezó a enjabonarle el brazo—. Háblame del dragón.

Su breve resumen era interrumpido con frecuencia por sus exclamaciones. Chay concluyó con:

—No le digas a nadie que se enfermó después. No es precisamente heroico, y no se escuchará bien en la canción de bardo.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Nos aseguraremos de que no aparezca en la versión oficial. ¡Ay, Chay, qué orgulloso estaría papá!

—Es el último dragón que matará, ¿sabes? Aunque no lo hubiera dicho, lo vi en su cara.

—Ya lo sospechaba. Date la vuelta, cariño.

Él obedeció, moviéndose para encararla.

—En fin, volvimos y ¡maldita sea si la chica no apareció como una visión brillante en la arena! Se la llevó para charlar. No pude mirar tanto como quería porque la chica morena, Cami-algo, la de los ojos, no paraba de hacer preguntas. Me gustaba bastante su joven acompañante. Buen caballo y un aire de autoridad, a pesar de no ser faradhi.

Chay cerró los ojos mientras su esposa le frotaba el pecho con jabón, sus dedos más acariciadores que eficaces.

—Oh, qué bien —murmuró—. Sigue hablando —ordenó Tobin.

—Bueno, parece que perdieron algunos caballos y todo su equipaje cruzando el Faolain. Conozco ese vadeo. Es bastante peligroso para la mayoría, y me imagino lo que pasaron esos pobres Mensajeros del Sol. La chica no dejaba de disculparse por su aspecto. Creo que esperaba que hicieran una entrada triunfal en Stronghold.

—Andrade también, y no está nada contenta. ¿Por qué Rohan no reconoce a Sioned?

—Lo vi con ese dragón hoy —dijo Chay lentamente—. Siempre supimos que era astuto, pero nunca vi nada parecido a cómo engañó a ese dragón. Conocía todas sus debilidades y las aprovechó. Tengo el presentimiento de que será así de ahora en adelante, Tobin. Y

ninguno de nosotros podrá descifrarlo de antemano.

—Me dirá todo lo que quiero saber —dijo con firmeza.

—Yo que tú, iría con cuidado. Ya no es tu hermano pequeño.

—¡Siempre será mi hermano pequeño, y que la Diosa lo ayude si lo olvida! —Le enjabonó el pelo—. ¿Qué pasó después?

Chay cerró los ojos con fuerza mientras el jabón le goteaba por la cara.

Nadie dijo una palabra en todo el camino de regreso. Pero Rohan no estaba pensando en dragones, créeme.

—Mmm —Tobin le echó una jarra de agua limpia por la cabeza—. Termina tú. Ya sabes lo que pasa cada vez que te lavo el resto del cuerpo.

Le sonrió por encima del hombro.

—¡Y las cosas también se estaban poniendo interesantes!

El baño de Rohan fue mucho menos interesante y se retrasó mucho. Su madre se quedó con él un buen rato, haciéndole contar dos veces toda la historia de la matanza del dragón mientras ella limpiaba y vendaba su herida sin piedad. Luego le hizo saber con precisión qué clase de tonto era al hacer algo tan peligroso, antes de que de repente rompiera a llorar.

Andrade apareció por fin, ordenó a la princesa que fuera a sus aposentos y, sin decir palabra, señaló la puerta del baño. Rohan se resistió.

—Te lavé la mañana que naciste —le recordó con aspereza—. Entonces me pusiste el puño en el ojo. Príncipe o no, esa fue y será la única ocasión, así que deja de poner cara de asesino. Quiero hablar contigo en privado. —Miró al joven escudero, Walvis, que la había acompañado a la habitación—. Vamos, niño. Soy perfectamente capaz de darle jabón y toallas.

Walvis miró con incertidumbre a Rohan, quien asintió y le dijo:

—Vuelve más tarde. Tengo trabajo para ti.

El chico hizo una reverencia y huyó. Rohan entró al baño, se desnudó, ruborizado al ver la mirada crítica de su tía, y se metió en el agua fría. El sermón comenzó de inmediato, como esperaba.

—No sé a qué juego crees que estás jugando, pero no me gustan demasiado las intrigas ajenas. Sobre todo cuando el maestro del plan es mi propio pariente, que no me dice qué trama.

—¿Por qué crees que estoy tramando algo?

—¡Dulce inocencia! Lo haces muy bien, Rohan, ¡pero no lo intentes conmigo! ¿Por qué no le diste a esa chica la bienvenida que se merece? Oh, no como a tu futura princesa, admito que no lo entiendo del todo. Pero si Urival no se hubiera ocupado de su comodidad, ¡seguiría de pie en el patio!

—Sabía que podía contar con él. —Rohan se frotó con

determinación un pie sucio.

—¿Sí? ¿Y también cuentas con Sioned? Dice muy poco. Supongo que fueron tus instrucciones. Solo que acordaron esperar hasta el Rialla. —Resopló—. ¡Como si necesitaran todo ese tiempo para conocerse, cuando ya han sentido el Fuego!

—¿Lo has sentido alguna vez? —preguntó de repente.

—No es asunto tuyo —espetó ella. Fracasado en su intento de llevar la escaramuza a territorio enemigo, decidió volver a un tema que le preocupaba profundamente.

—¿Qué más dijo? —preguntó, con los nervios a flor de piel. Si no podía confiar en ella, todo se arruinaría.

—Que tienes unos ojos interesantes —respondió Andrade con disgusto. Rohan disimuló una sonrisa.

—La verdad es que no me has contado mucho sobre su familia.

—Pensé que la genealogía era la afición de Mila, no la tuya. Por parte paterna, Sioned desciende de un príncipe de Syr cuyo hijo menor heredó las tierras de Aguas Dulces. Su abuela materna fue una Mensajera del Sol antes de que el príncipe Sinar de Kierst le guiñara el ojo y se la llevara a su isla. Su ascendencia es suficiente para ti.

—La elegiste para mí, así que nunca lo dudé —dijo Rohan con deliberada dulzura—. ¿Qué crees que estoy planeando?

—Aprende a ser más sutil —dijo ella con desdén, y él sintió que se ruborizaba—. Lo del Rialla me dice mucho, ¿sabes? Tengo ganas de verte guiñar esos grandes ojos a Roelstra mientras le haces creer que eres un imbécil.

Él rió.

—Un poco tonto y muy joven, ¡pero no un completo idiota, por favor!

Se levantó del baño y se envolvió una toalla alrededor de las caderas.

—Sioned también tenía cosas que decir sobre otras partes de ti, aparte de tus ojos —dijo Andrade con malicia. Si pretendía sonrojarlo, lo consiguió admirablemente. Maldijo la maldición de la tez clara y la fulminó con la mirada.

—Supongo que me dirás lo que dijo cuando termines de avergonzarme.

—Oh, no —se rió entre dientes—. Tendrás que descubrirlo tú mismo. —Le puso una toalla en la cabeza y le secó el pelo—. Haz tus planes como quieras. Te ayudaré, si confías en mí lo suficiente como para dejarme. Pero debes prometerme…

—¿Qué? —preguntó con cautela, mirándola por debajo de la toalla.

—Que te casarás con ella, Rohan. Los dos son muy queridos para mí —dijo ella, mirando a cualquier lado menos a él—. Y nunca encontrarás una mujer más adecuada para ti que Sioned.

—¿Y si no te lo prometo? —Volvió a reír.

—Tu cuerpo ya lo ha hecho, con solo mencionar su nombre.

Rohan pensó que no se había dado cuenta y se sintió humillado. Pero su sentido del humor seguía funcionando y sonrió.

—¿Qué sugieres? ¿Una túnica más larga?

—O una bonita capa que te cubra —respondió ella con malicia.

Rohan esperaba, escondido entre los árboles cerca de la gruta que su madre había diseñado para que sirviera de refugio durante el calor más intenso del verano. Habían traído árboles frutales a un precio exorbitante desde Ossetia, Meadowlord y Syr, trasplantados con tanto cariño a la tierra del desierto que ni uno se había perdido en el impacto. Durante diez años habían sido mimados hasta alcanzar una exuberante madurez cerca de la gruta rocosa donde el manantial que alimentaba Stronghold caía en una pequeña poza. De niño, le encantaba jugar allí, y siempre le había parecido un buen lugar para sentarse, soñar y escuchar el agua. Quería ser el primero en enseñárselo a Sioned.

Walvis lo había organizado todo. El escudero se le acercó sigilosamente justo después de cenar con la información, entrecortada:

—Mi señor, su señora le atenderá a medianoche —la expresión del muchacho hizo sonreír a Rohan; Walvis no era tonto. Tenía una edad en la que el romance entre un príncipe y una bella dama le cautivaba, y los encuentros secretos a altas horas de la noche eran justo lo que buscaba. Rohan sabía lo que era tener la edad de Walvis y ser un intermediario, pues solo tenía once años cuando Chaynal heredó Radzyn y llegó para rendir homenaje a Zehava. Aunque se burlaba sin piedad de su hermana, le encantaba organizar encuentros entre ella y el apuesto joven señor. Chay le había caído bien y lo había admirado desde el principio; a pesar de los diez años de diferencia, Chay nunca lo había tratado como a un niño. Qué político, pensó Rohan ahora con cariño y diversión. Uno no se enemista con su futuro príncipe, y mucho menos con el hermano de la mujer con la que uno esperaba casarse. Pero sabía que su amistad se basaba en algo más que un astuto interés personal. Se había fortalecido con los años, hasta que Chay era una de las pocas personas en las que Rohan realmente confiaba.

Mucho dependía de si podía confiar en Sioned. Mucho dependía también de Roelstra, en quien sabía muy bien que no podía confiar. Todo su plan se basaba en las creencias de dos personas; o, mejor dicho, en su capacidad para hacer creer a dos personas muy distintas dos cosas muy distintas.

El príncipe Zehava había gobernado con su espada, demostrando fuerza mediante victorias sobre dragones y los Mérida. El alto príncipe

Roelstra gobernaba con su ingenio, demostrando fuerza mediante la humillación política y personal. Rohan pretendía basar su poder en un poco de ambos por el momento: la victoria sobre los Mérida tras humillar a Roelstra en los Rialla, y con el tiempo abrirse camino hacia el liderazgo mediante la ley. Sioned no le aportaría alianzas ni tierras, pero sí algo mucho más útil: el farad-h'im. La Mensajera del Sol residente del Desierto, Anthoula, estaba envejeciendo, y Rohan pretendía enviarla de vuelta a la Fortaleza de la Diosa con Andrade para que pudiera vivir sus últimos años sin sufrir el calor abrasador del Desierto. Anthoula le había enseñado cómo funcionaba la red de faradh'im y dónde residían sus lealtades: no con las cortes a las que servían, sino con la Fortaleza de la Diosa. Tenían prohibido luchar salvo para proteger sus vidas, prohibido tomar partido en cualquier disputa y, sobre todo, prohibido usar sus poderes para matar. Sin embargo, con Andrade como Señora, las distinciones de imparcialidad se habían difuminado un poco, aunque hasta entonces se había comportado con escrupulosa imparcialidad. Había estado esperando a que creciera para que pudiera casarse con una Mensajera del Sol.

Pero la lealtad de Sioned debía ser hacia él, no hacia Andrade. Se negaba a atormentarse con dudas sobre su capacidad para conquistarla, pues parecía que ya había conquistado su cuerpo y, quizás, su corazón. Una risa triste se le escapó al comprender que ambos habían sido abrasados por el Fuego. Pero necesitaba una princesa, no solo una esposa.

Hacía tiempo que sospechaba que Andrade había organizado a propósito el enlace entre sus padres. Milar había usado la riqueza de Zehava para embellecer su hogar y sus vidas, aumentando su prestigio y poder con una impresionante exhibición de sus recompensas. Esto, Rohan comprendía ahora, era la base de su futuro poder. Agradecía los beneficios del incansable trabajo de su madre. Pero necesitaba una mujer más que alguien que dirigiera su castillo, criara a sus hijos y encargara tapices. Necesitaba lo que Chay había encontrado en Tobin: una mujer en quien confiar y con quien trabajar, que lo comprendiera a él y a sus ambiciones. Una princesa faradhi lo convertiría en un hombre muy poderoso. Lo que Andrade buscaba, por supuesto, ¿pero con qué fin?

Rohan tuvo que admitir que sus acciones, en pos de sus propios fines, serían incomprensibles para la mayoría. Se haría el príncipe indeciso cuando los vasallos llegaran a rendirle homenaje, y luego, en la primavera siguiente, lucharía contra los Mérida durante un tiempo antes de comprarlos y enviarlos a casa, ricos y orgullosos, a planear su destrucción. Mejor que disfrutaran sus sueños de conquistar Stronghold, pues en dos o tres primaveras se mostraría como el verdadero hijo del dragón.

En cuanto al Rialla, sonrió tensamente y frotó los dedos contra la suave corteza plateada de un árbol. Roelstra le ofrecería una hija. Rohan fingiría considerarlo. El Alto Príncipe endulzaría las cosas con tratados, y Rohan se aseguraría de que fueran vinculantes, no como las promesas que habían muerto con su padre. Le ofrecería a Roelstra un baile maravilloso, le haría firmar pergaminos maravillosos y, mientras tanto, se lo pasaría en grande fingiendo que elegía entre princesas. Y luego se casaría con Sioned.

Rohan repasó con frialdad las posibles reacciones a su matrimonio, en concreto a no casarse con una de las hijas de Roelstra. El príncipe Clutha de Meadowlord probablemente sufriría un ataque de apoplejía; su país era el campo de batalla tradicional entre Marca del Príncipe y el Desierto. La última guerra había tenido lugar durante el reinado del abuelo de Rohan, Zagroy, quien le arrebató el Tratado de Linse al antepasado de Roelstra, el acuerdo que otorgaba el Desierto a su linaje mientras las arenas generaran fuego. Si Roelstra se enfadaba lo suficiente, o conseguía el apoyo suficiente para vengar a sus hijas rechazadas, Clutha se esforzaría desesperadamente por evitar otra guerra en su territorio. En resumen, haría el trabajo de Rohan por él. Pero había otro lugar desde el que Roelstra podría atacar con la ayuda de los cunaxanos y los Mérida. Rohan pensó con ansias en el Castillo de Feruche, enclavado en el paso de montaña justo encima del Desierto. Durante mucho tiempo fue una posesión de los Mérida, pero, a cambio de ayuda, varios años atrás Zehava le había prometido la fortaleza a Roelstra. Al Alto Príncipe le convenía apoyar a Zehava en esa campaña final contra los Mérida, pues Feruche custodiaba la principal ruta comercial del norte. Las tarifas para el paso seguro de las caravanas eran lucrativas.

Rohan había visto a Feruche en su única batalla. Disfrazado de soldado raso, luchó junto a los reclutas de los vasallos mientras sus padres lo creían cómodo y a salvo en Stronghold. Después, acampó en la arena bajo el castillo con sus nuevos compañeros, pues entrar en la fortaleza con su padre y Chay habría requerido revelar su verdadera identidad. Feruche se enclavaba en las montañas como una gema entre los pechos de una mujer. Sería una residencia de verano perfecta, con sus frescas agujas de piedra rosa y dorada. Decidió dársela a Sioned como regalo de bodas. Si ella cumplía su parte en sus planes tan bien como él esperaba, merecería el extravagante regalo.

Toda idea de su utilidad se desvaneció al verla acercarse. El resplandor lunar la tiñó de un plateado oscuro desde el velo sobre su cabello hasta el dobladillo de su vestido. Había visto su figura con mayor claridad cuando llevaba su traje de montar de cuero, claro, pero había algo en el atractivo de las sombras deslizándose por sus largos

muslos que le dejó sin aliento. Le dijo a su cuerpo que lo dejara en paz y la llamó por su nombre en voz baja. Girándose, no del todo sobresaltada, se acercó a él con una sonrisa tímida.

—Nunca antes había conocido a un hombre en secreto en plena noche. ¡Podría aprender a apreciar esto!

Rohan la bendijo por haber dicho la frase perfecta.

—Lo organizaré de vez en cuando cuando nos casemos. Aunque no sé qué diría la gente si supiera que su príncipe tiene que escabullirse en la oscuridad para pasar unos momentos privados con su propia esposa. —Hizo una pausa y luego continuó:— Después de cómo me comporté hoy, me sorprende que siquiera me hables. Sioned, ¿has pensado en eso?

—Primero necesito saber de qué se trata —respondió ella, sin mirarlo.

Rohan asintió, aprobando su cautela. Pero una parte de él estaba decepcionado de que ella ya no confiara tan ciegamente. Sabiendo que esto era absurdo —pues era una prueba reconfortante de que podía pensar además de sentir— la convenció para que se acercara a un banco y, cuando estuvieron sentados, uno al lado del otro pero sin tocarse, comenzó.

—Ya sabes lo que pasa en la Rialla. Todos vienen a organizar los negocios de los próximos tres años, resolver disputas, etc. También hay una gran feria y carreras; Chay suele ganar la mayoría y hacer un dineral vendiendo sus caballos.

—El Alto Príncipe también estará allí, con sus hijas —ronroneó Sioned.

—Las elegibles —dijo Rohan, disimulando una sonrisa—. Y por eso eres tan importante. Cuando piensen que soy indiferente hacia ti y tú hacia mí, pero con el orgullo herido, hablarán. Mi hermana obtiene un montón de información útil hablando con las otras mujeres en el Rialla. Y es experta en transmitir la información que mi padre y Chay quieren que circule. Te caerá bien Tobin —añadió.

—Me gusta cómo trata a su marido —respondió Sioned con picardía.

Rohan tuvo una visión repentina de su dormitorio convertido en la especie de campo de batalla verbal que sabía que a veces se convertía el de Chay, y perdió la imagen de una Sioned enfurecida con la visión aún más convincente de ella entre las sábanas de su cama. Respiró hondo, esbozó una sonrisa y le dijo:

—Probablemente te dé lecciones, si la conozco.

—Oh, no dije que quisiera imitarla —respondió Sioned con seriedad —. Jamás te gritaría en público, Rohan.

La miró con una sonrisa caprichosa.

—No hagas promesas precipitadas, mi señora. Aún no me conoces

del todo.

—Pero podemos hablar y averiguarlo. Temía que no tuviéramos nada que decir, que fueras demasiado serio u orgulloso para decir lo que pensabas. O que no tuvieras nada que decir.

Estuvo a punto de tomarle la mano, pero recordó lo que había sucedido ese mismo día.

—Me preocupaba lo mismo. No sabes cuánto me alegra saber que eres tan inteligente como hermosa.

—Todavía no me has dicho qué planeas —le recordó ella.

—Oh. —Era la primera mujer que conocía que no se pavoneaba o al menos sonreía tras un cumplido—. Bueno, yo mismo aún no estoy del todo seguro. Roelstra estará buscando a un principito ingenuo y eso es justo lo que le regalaré, mientras finjo que cuido de sus hijas.

—Para ponerle cebo al anzuelo —respondió ella, asintiendo—. ¡Pero supongo que no pescas en el desierto!

—Chay y yo vamos a navegar cuando visito Radzyn. Te ofrecería lo mismo, pero me han dicho que ustedes, los faradh'im, tienen un pequeño problema con el agua.

Hizo una mueca.

—Nunca he estado tan enferma en mi vida como cuando cruzamos el Faolain. Y ahora tendré que cruzarlo dos veces más para llegar a Waes y volver. ¡Rohan, más te vale!

Era un desafío que ningún hombre podía dejar pasar. Su brazo se deslizó alrededor de su cintura antes de que pudiera considerar el peligro, y la atrajo hacia sí.

—Espero que encuentres suficiente recompensa, mi señora —murmuró. Y, como aún le quedaba un atisbo de cautela, presionó sus labios contra su sien en lugar de su boca.

Tocarla fue un error. Su cuerpo era cálido, delgado y flexible, como iluminado desde dentro por el mismo Fuego que ardía en sus propios nervios. Sus brazos lo rodearon, sus dedos se enredaron en su cabello, y él sintió su muslo temblar contra el suyo, sus músculos saltar mientras su mano se deslizaba por voluntad propia de su rodilla a su cadera. Sus dedos siguieron un camino similar hacia su ingle y ella giró el rostro hacia él, con ojos y labios invitándolo a más. Rohan contuvo la respiración y se estremeció, y casi lo mata soltarla.

Se puso de pie rápidamente, con los puños apretados. Sioned dejó escapar un pequeño jadeo de sorpresa y consternación mientras lo miraba fijamente.

—Nunca he tocado a una mujer así en mi vida —dijo con brusquedad—. Sioned, no es solo estar cerca de ti, ¡oír tu nombre es suficiente!

—¿Te pasa lo mismo? —susurró ella, maravillada, y luego negó con la cabeza— Rohan, ¿cómo vamos a arreglárnoslas? Ni siquiera

llevamos un día juntos. ¡Ni siquiera nos conocemos! Nunca me había sentido así con ningún otro hombre.

En ese instante comprendió lo que eran los celos. Quería saber el nombre de cada hombre que ella había mirado, si la habían tocado, y sobre todo dónde encontrarlos para matarlos. ¿Qué le pasaba? Todavía no era su esposa; ni siquiera la había besado, y mucho menos le había hecho el amor. Pero como él también podía pensar, además de sentir, comprendió que si ella era presa de los mismos celos que lo dominaban, tendría que tener mucho cuidado durante su farsa con las hijas de Roelstra o habría princesas heridas.

Observó los brillantes ojos verdes y se corrigió; ella no sería tan amable, ¿verdad, Sioned?

—Sabíamos desde el principio que esto no sería fácil —le dijo con una sonrisa triste—. Prometo guardarme las manos y los ojos para mí.

—Ah, ahí estás, haciendo promesas precipitadas —bromeó ella.

—¡Todos pensarán que tienes alguna enfermedad si no me acerco a ti!

—Me da urticaria cuando como manzanas de pantano —dijo con gravedad, con sus ojos brillantes desmintiendo el tono—. ¿Me como unas cuantas y me pongo grumosa y manchada? ¿Eso facilitaría las cosas?

—Con manchas, si quieres, Sioned, pero no abultado. —Rieron juntos y él exclamó—: ¡Sabes! ¡Me siento como si llevara casado contigo toda la vida!

—Tú tampoco me conoces, Rohan —le recordó ella—. Quizás descubras que soy una…

—Bruja —terminó él por ella—. Lo decidí cuando te vi en el Fuego. Pero tengo un poco de magia propia, ¿sabes? Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Lo acompañó adentrándose en la gruta, hacia las paredes del acantilado. Mirándolo de reojo, dijo con cautela:

—Debes tener algo del don, ¿sabes? Tu madre es hermana de Andrade.

—¿Y qué? —preguntó con indiferencia.

—Nada.

Rohan disimuló una mueca. Ella sabía tan bien como él que Andrade quería hijos faradhi de su matrimonio. ¿Por qué no podía confiar en él lo suficiente como para decírselo? Decidió hablar más sobre sus propios planes —tanto como se atrevía en ese momento— y reconoció que él tampoco confiaba del todo en ella todavía.

—Roelstra me tentará con tratados y acuerdos que pretendo hacerle firmar antes de que hablemos de sus hijas. Pero te juro, Sioned, que cuando termine este juego, te reclamaré delante de todos. —Se detuvo y dijo:— Mira, esto es lo que quería mostrarte,

antes de que nadie más lo hiciera.

Los árboles se separaban alrededor de un estanque silencioso para dar paso a la larga y pálida cascada que surgió de la nada, muy por encima de sus cabezas. Musgos y helechos en flor suavizaban la roca irregular, y la luz de la luna convertía el agua en una franja plateada. Esta era la vida del castillo, esta preciosa agua del norte. Corría bajo tierra, protegida del calor, y luego caía para alimentar este único hueco en la roca. Rohan miró a Sioned a los ojos y de repente supo lo que debieron sentir sus antepasados al descubrir por primera vez este regalo de agua fresca y dulce en el Desierto.

Pero cuando ella habló, no se refería al milagro que tenían ante sí.

—¿Te inquieta que sea faradhi? —preguntó en voz baja.

—No —respondió él con sinceridad—. ¿Por qué debería?

—Le dará que pensar a tu gente, ¿sabes? Una bruja Mensajera del Sol casada con su príncipe, dueña de toda esta riqueza, ayudándote a gobernar el Desierto.

—Los conquistarás tan rápido como me has conquistado a mí —dijo en voz baja. Ella lo miró y luego se volvió hacia el agua. Levantando las manos, la luz de la luna brillando en sus anillos, tejió los rayos plateados de la luna en un conjuro sobre el estanque. Él vio su propio rostro y el de ella, y una única hebra ardiente de un rojo dorado que formaba los círculos que eran sus coronas. Después de un momento, el conjuro se desvaneció y Sioned volvió a mirarlo a los ojos.

—Tenía que hacer eso para demostrarme algo. Perdí el control de un conjuro de Fuego de camino hacia aquí y he tenido miedo de volver a intentarlo. Pero ya no tengo miedo, Rohan. Es demasiado pronto para confiar en ti. Mi cerebro no deja de repetirlo y tengo que escucharlo. Pero en todo lo que importa, confío en ti. —Se encogió ligeramente de hombros—. Probablemente no debería haber dicho eso, y sé que no debería estar haciendo esto, pero... Su beso en la boca fue tan rápido y sorprendente como un rayo de calor en el cielo del desierto. Pero antes de que pudiera alcanzarla, ella se había ido.

Capítulo Siete

La noticia de la muerte del príncipe Zehava llegó al Castillo del Peñasco con la luz del amanecer. El contacto de Crigo con el mayordomo de Stronghold incapacitó al ya exaltado Mensajero del Sol, quien se acostó tras beber una gran copa de vino con dranath. Roelstra celebró la noticia con una larga carcajada y un abundante desayuno, y luego se encerró con sus ministros para el resto del día. Palila se encargó de organizar el ritual de la noche y asegurarse de que todas las hijas se vistieran de gris de luto para honrar a su real prima. Una tontería para Palila, y doblemente irritante porque el gris no era su color. Pero el dolor debía manifestarse, y se consoló sabiendo que al menos el vestido color pizarra ocultaba su embarazo.

Roelstra encabezó la procesión hacia el oratorio del Castillo del Peñasco en cuanto aparecieron las primeras estrellas del atardecer. La cámara era un amplio semicírculo de cristal fironés que sobresalía del acantilado como una gigantesca pompa de jabón. Durante el día, la luz del sol entraba a raudales, bañándolo todo de oro, deslumbrando en los adornos y la vajilla. Sillas de madera blanca, con cojines de seda blanca, se disponían sobre una gruesa alfombra de lana blanca como la nieve, que engullía todo sonido en sus profundidades. Sobre este fondo, las ventanas facetadas derramaban destellos de arcoíris que se difuminaban en las paredes y decoraban el suelo con brillantes colores. Pero por la noche, solo brillaban las lunas frías y pálidas, y el oratorio era un lugar de sombras plateadas donde rostros descoloridos mostraban ojos y bocas hundidas en oscuras oquedades, inquietantemente realzadas por las velas blancas que portaba cada doliente.

Entraron en fila siguiendo estrictas reglas de precedencia y tomaron asiento. Palila se sentó con la cabeza gacha y las manos juntas en la primera fila, rodeada por las hijas. Embajadores, ministros, funcionarios y la pequeña nobleza de Marca del Príncipe se sentaron detrás de ella: una asamblea de hombres y mujeres que la detestaban profundamente, pensó con una leve sonrisa. Casi todos habían acudido a ella en algún momento, con la esperanza de influir en Roelstra. Ella aceptó lo que le ofrecieron y no prometió nada, pues difícilmente podrían acudir al Alto Príncipe con quejas cuando sus sobornos a su amante fracasaran. Roelstra reía cada vez que Palila le mostraba alguna joya o vestido nuevo, regalado con la esperanza de susurrarle una palabra mientras él reposaba la cabeza sobre la almohada. La animó a guardar los sobornos que satisfacían sus instintos adquisitivos sin tener que gastar nada, pues el esplendor del regalo era un indicio de cuánto deseaba su favor quien lo había dado.

Él nunca se dejaba influenciar por los regalos que le hacía a su amante, pero a veces fingía que sí lo hacía, para seguir recibiendo baratijas costosas.

Odiaban a Palila por otra razón. Era una noble que había mancillado la dignidad de su clase, a pesar de que la posición de amante del Alto Príncipe conllevaba cierto honor. Los había traicionado al no trabajar activamente en su favor, buscando en cambio aumentar el poder de Roelstra a costa de ellos. Peor aún, no había tenido un hijo. Y, aún más condenatorio, impidió que Roelstra buscara otra mujer que pudiera darle un heredero varón. Todos tenían candidatas para la próxima amante de Roelstra, pero Palila aún no había perdido el puesto. La idea de verla como su esposa legal los horrorizaba.

Los nobles, ministros y embajadores también tendrían candidatas para proponer como posibles esposas para el joven príncipe Rohan. Nadie sabía mucho de él, salvo que era tranquilo y estudioso, y, al final, el último Rialla había borrado tanto que pocos recordaban siquiera su aspecto. Palila podía sentir cómo juzgaban a las hijas y se preguntaban cuál de ellas le gustaría en el Rialla.

Las hijas se preguntaban lo mismo. Palila estaba segura de que al menos Ianthe conocía los pensamientos de su padre, pues la chica daba señales de apresurarse para alcanzarlo. Pandsala tampoco era tonta; se había colado en las conversaciones a la hora de comer estos últimos días, haciendo comentarios diseñados para demostrar su lealtad e inteligencia. Gevina y Rusalka, la mayor de las hijas ilegítimas, difícilmente habrían pasado por alto que sus armarios y joyeros habían mejorado recientemente. Que se inquietaran, pensó Palila con complacencia. Que los celos se extendieran como la pólvora entre ellas, y que los nobles apostaran por la novia más probable para el príncipe. Solo ella sabía lo que Roelstra tenía en mente, y no compartiría ese conocimiento con nadie.

Tras un momento de silencio en señal de respeto por los muertos, Roelstra se situó ante las velas parpadeantes de la asamblea. Poseía una voz fina, ideal para ceremonias y murmullos en la cama, y sabía aprovechar al máximo la resonancia de sus tonos. Pronunció un breve discurso de pesar por la partida tan prematura del gran y noble príncipe Zehava, y suplicó a la Diosa que permitiera que el espíritu de Zehava encontrara su amoroso abrazo. Que no lo decía en serio pasó desapercibido para ninguno de los presentes. Todos asistieron no para asegurarse de que se observaran las debidas formas, sino para disfrutar de la ironía de Roelstra y contemplar las deliciosas perspectivas que se les presentaban. Casi todos en el oratorio tramaban alguna conspiración para perjudicar a Rohan.

Cuando Roelstra guardó silencio, Palila lo miró. Su cabello oscuro

estaba coronado por una luz plateada, sus ojos casi incoloros, la vela en su mano emitía un tenue resplandor amarillento que resaltaba los fuertes huesos de su rostro y la sardónica línea de su boca. Su mirada se cruzó con la de ella y ella sonrió levemente. Qué suerte que se entendieran, se dijo. Su posición sería precaria hasta que le diera un hijo, pero como comprendía a su señor, podía seguir sus pensamientos y, a veces, adivinar sus intenciones.

Uno a uno, en orden ascendente de importancia, los presentes se levantaron y salieron. Dejaron sus velas en estantes a ambos lados de la puerta arqueada. Palila tuvo el honor de preceder inmediatamente al Alto Príncipe y colocar su vela junto al lugar donde estaría la suya. Era un privilegio que solo su esposa legal debería haber tenido, pero ella disfrutaba de muchos privilegios similares en el Castillo del Peñasco y los custodiaba celosamente. Algún día serían suyos por derecho.

Estaba cansada, y los adornados alfileres de plata que sujetaban su velo le daban dolor de cabeza. Sin embargo, cuando todos bajaron a la copiosa cena servida en el salón principal, Palila no se unió a ellos. Tampoco buscó su cama. Regresó al oratorio y se abrió paso con cuidado por la cámara iluminada por la luna hasta la curva exterior de cristal. Crigo llegaría pronto, para cabalgar bajo la luz de la luna hacia Stronghold. A menudo realizaba estos pequeños servicios para ella sin que Roelstra lo supiera, pues era de Palila de quien Roelstra obtenía el dranath.

El susurro apagado de la puerta al abrirse la hizo girarse, con el nombre del Mensajero del Sol flotando en sus labios. Pero no fue Crigo quien entró. Fue Pandsala. Palila disimuló su sorpresa y esperó que Crigo tuviera la sensatez de escuchar afuera antes de abrir la puerta. Sonrió dulcemente a la princesa y preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo —una leve sonrisa se dibujó en los labios de Pandsala, visible incluso en la penumbra. Puso nerviosa a Palila. La princesa avanzó con majestuosa gracia por la alfombra blanca, casi como si hubiera llegado en su procesión nupcial—. Ciertamente no es el dolor por el viejo príncipe lo que nos trajo de vuelta. En realidad, no sé por qué has venido y no me importa, excepto que estamos solos. Una circunstancia rara, ¿verdad?

—Sí. ¿Pero por qué quieres hablar conmigo a solas, Pandsala?

Su mente hervía y recorrió con la mirada el vestido de la chica. ¿Un cuchillo? ¿Un frasco de veneno? ¿Quién sospecharía de una princesa? El hijo que Palila estaba segura de que llevaba dentro era una amenaza para todas las hijas. Quizás Pandsala había sido delegada para eliminar la amenaza. Había suficientes desconocidos en el Castillo del Peñasco a quienes culpar, suficientes personas que

la odiaban como para hacer la lista de sospechosos prácticamente interminable.

—¿No quieres sentarte? —la invitó Palila, razonando que sería más fácil dejar atrás a un enemigo sentado que a uno de pie.

—Deja de hacerte la dueña del castillo, Palila —espetó la otra mujer—. Yo soy la princesa, no tú, no importa en qué estado te tenga mi padre. No me gustas más de lo que yo te gusto a ti, pero podemos sernos útiles la una a la otra.

—¿En qué sentido, querida? —dijo con un tono divertido, pero sintió que el control se le escapaba y se asustó.

Los largos dedos de Pandsala recorrieron los respaldos de las sillas mientras se acercaba, con una sonrisa pálida en el rostro.

—Primero, hablemos de cómo puedes ayudarme —sugirió—. No soy tonta, como bien sabes. Tengo oídos y cerebro. Y mis oídos han oído cosas interesantes que, según mi cerebro, puedo aprovechar.

Palila empezó a comprender y se relajó un poco.

—El príncipe Rohan necesita una esposa, y tú pretendes ser la dama elegida.

—Haz que Padre me vea —instó la princesa—. Tú puedes, Palila.

—¿Por qué debería? —respondió con una indiferencia que distaba mucho de sentir—. Ianthe sería la mejor opción.

—¿Podría Padre estar seguro de controlarla? A Ianthe solo le importa Ianthe.

—Mientras que tú eres la hija perfecta, cariñosa y leal —se burló Palila.

—Con suavidad, con suavidad —murmuró Pandsala; su sonrisa se desvaneció y sus ojos oscuros se hundieron en las sombras—. Empieza a pensar en mí con cariño. Te lo advierto.

—¿Por qué debería? —Palila empezaba a disfrutarlo.

—Porque puedo salvarte la vida. —Se echó a reír, pero por dentro luchó contra un miedo repentino. ¿Había venido Pandsala a matarla? Se maldijo por todos los años que había considerado a la princesa menos peligrosa que Ianthe—. Crees que llevas en tu vientre al heredero de mi padre —continuó Pandsala—. Quizás sí. Pero si no, ¿debo darte los detalles? Otra amante, más joven y hermosa, te suplantará. Una mujer que podría darle un hijo. Has tenido cuatro oportunidades, Palila. Esta es la última, y lo sabes.

Dejó de fingir y se dejó caer en una silla, indicándole en silencio a Pandsala que continuara. La princesa se sentó justo al otro lado del pasillo, sonriendo de nuevo.

—Si tienes un hijo, no tienes de qué preocuparte. Padre se casará contigo y tu posición estará segura. Pero si tienes otra hija, se podría decir que sería el fin de tu vida, ¿no crees?

Palila se recompuso lo suficiente como para sonreírle en respuesta.

—No, querida. No es lo que se llamaría indiferente a mi cama.

—Pero cuando llegue esa chica más joven y hermosa, ¿cómo sabes que no será igual que tú y se deshará de ti como hiciste con Surya?

Se traicionó a sí misma con un jadeo y maldijo. La princesa rió y extendió los brazos como si quisiera aprovechar el momento de triunfo.

—Ni siquiera Ianthe sabe que lo sé. Solo tenía quince años, pero recuerdo cada detalle: cómo una mañana, en el jardín enrejado, pagaste a la sirvienta que te había ayudado. Por suerte para ti, mi padre estaba tan furioso que mandó ejecutar a la mujer antes de que pudiera acusarte.

—¡Roelstra jamás creería esta ridícula historia!

—Quizás no. Pero solo querrá una excusa para deshacerse de ti si tienes otra niña. No es cruel cuando le conviene. Podría simplemente echarte. Pero cuando le hable de Lady Surya, añadiré el nombre del hombre que puso el veneno en el vino de Lady Karayan.

—¡Padre de las Tormentas! —gritó Palila—. ¡Perra!

La pena por asesinato era la muerte, y de repente tuvo un recuerdo aterrador de las palabras de Roelstra sobre cambiar sus métodos al fuego.

—Qué bien que hayas dejado de fingir —observó la princesa—. Ahora podemos hacer negocios. Quiero al príncipe Rohan. Estoy harta de vivir en esta guardería y quiero un marido rico y poderoso. Me han dicho que también es bastante guapo. Me vendrá muy bien. Y ahora que sabes lo que yo sé, te encantaría que me fuera, ¿verdad? ¿Qué mejor lugar para mí que lejos, en el Desierto?

Palila se recompuso.

—¿Cómo sabes que no te haré lo que les hice a ellos? —siseó.

—Porque sé algo más, Palila, que podría costarte la vida. ¿Y bien? ¿Qué te parece? ¿Lo negociamos?

Palila se puso de pie con esfuerzo y se acercó a la larga mesa donde los candelabros de plata titilaban a la tenue luz de la luna. Entre ellos había un plato de oro con intrincados grabados. Lo levantó y vio su propio reflejo surcado por diminutas líneas: una visión de la vejez, cuando su belleza y su poder se desvanecerían y solo tendría a su hijo para mantenerla en el lujo. Tenía que ser un hijo. Roelstra debía convertirla en su esposa. Debía hacer lo que Pandsala le pidiera.

—Te recomendaré como esposa del príncipe Rohan —dijo con voz apagada, sin dejar de mirarse en el plato dorado—. Haré todo lo posible por arruinar las posibilidades de Ianthe. Pero no puedo prometer nada, Pandsala. Conoces a tu padre.

—Solo pido tu influencia, sutilmente, por favor. Por mi parte, no le contaré a mi padre lo que sé. Ni correré a contarle chismes a Ianthe.

Sabía que te pondrías nerviosa —añadió la princesa con picardía, y Palila la odió—. Ha atentado contra tu vida, ¿sabes?

—Más de una vez —dijo Palila, y dejó el plato. Se giró—. Mis sirvientes son leales.

—Cuento con ello. ¿Dirán lo que les digas, aunque encuentren hierro ardiendo ante sus ojos?

Fuego. Palila reprimió un escalofrío.

—Saben que les haré algo peor si me desobedecen.

—Excelente. Ahora escúchame, Palila. El plan de Ianthe es complejo, y debes comprenderlo completamente si queremos sacarle provecho —Pandsala rió de repente, un sonido que irritó a Palila—. ¡Vas a tener un hijo, Palila, de una forma u otra!

Crigo se detuvo frente a la entrada del oratorio, no por cautela, sino porque su corazón siempre se sentía cautivado por la belleza de las puertas de madera. Paneles del mismo tamaño se extendían verticalmente bajo el arco de piedra, mostrando en secuencia el Agua del mar, con crestas blancas resaltadas en plata; el Aire ondulando sobre un campo de trigo dorado; la majestuosa Tierra de las Montañas Veresch coronada de nieve plateada; y el Fuego de un sol radiante tallado profundamente en la madera y profusamente dorado. Sin embargo, incluso mientras su espíritu cantaba con la belleza, se encogía por dentro al saber lo poco que merecía entrar en ese lugar.

Se burló de sus propios escrúpulos. La Diosa seguramente había abandonado este oratorio hacía mucho tiempo, disgustada con el hombre que lo había ordenado construir. No sentiría su presencia dentro, desaprobadora y quizás un poco triste. No, no era eso; la única tristeza era su propia autocompasión.

Frunció el ceño y extendió la mano para abrir las puertas. Pero entonces oyó una leve risa desde dentro. No era la voz de Lady Palila, aunque contenía mucho de su maliciosa diversión. Esta risa era más profunda, más potente.

Crigo entreabrió la puerta lo suficiente para ver y se asomó a la penumbra. Dos mujeres estaban sentadas a ambos lados del pasillo en la primera fila de sillas. Reconoció a Palila por los alfileres de plata que sujetaban su velo en la coronilla, pero le costó identificar a la mujer más alta. Sin embargo, un giro de su cabeza le mostró el perfil que ostentaba la fina y orgullosa nariz y frente del Alto Príncipe. Crigo contuvo la respiración, sorprendido. La princesa Pandsala odiaba a la amante de su padre tanto como el resto de sus hijas. ¿Qué hacía allí conversando en privado con Palila?

No quería saber. Ya conocía demasiados secretos, cosas que significarían su muerte si Roelstra perdía la fe en los poderes del dranath. Sin embargo, la tentación era casi abrumadora. Le debía a Palila el *don* del dranath; si oía algo útil, podría vengarse de ella al fin.

Abrió la puerta un poco más y se esforzó por escuchar. Pandsala habló en voz baja y seria, inclinándose hacia adelante en su silla.

—...haz el cambio... cuatro de ellos... seguro que hay un chico…

Crigo solo oyó unas pocas palabras, ninguna de las cuales tenía sentido para él. Pero Palila se incorporó de repente, con una postura absorta y no poco miedo.

—¡Pero el riesgo! —exclamó— ¡Es una locura!

—¡Calla! —exclamó la princesa— ¿Quieres que todo el castillo oiga? —Bajó el tono de voz y Crigo frunció el ceño, concentrado— Ianthe planea muy bien... debería funcionar... pero engaña a mi astuta hermana... salva tu pellejo... Padre por fin obtiene su hijo... ¿confías esto a tus sirvientes?

Crigo se mordió con fuerza el labio inferior al sentir el significado de las palabras de la princesa casi destrozarle la compostura. Cerró la puerta silenciosamente y se deslizó por el pasillo, apenas respirando, hasta que llegó a su habitación y la puerta quedó firmemente cerrada tras él. Se volvió de inmediato hacia el vino con droga.

Copa en mano, se recostó en un mullido sillón y bebió profundamente, tragando el líquido tanto por el efecto habitual del licor como para que el dranath entrara rápidamente en su organismo. La primera señal de su presencia fue un dolor de cabeza que le hizo apretar los dientes. Pronto se desvaneció, como ya sabía que sucedería, reemplazado por una delicada neblina que duró poco más de lo que tardó en identificar su calor flotando por sus brazos y piernas. Durante el primer año, aproximadamente, de su adicción, esta sensación había sido sustituida por una fuerte necesidad de una mujer, pero desde hacía mucho tiempo su única amante había sido el dranath. Esperó el verdadero efecto de la droga, el que ansiaba esa noche, y finalmente sintió que sus sentidos se agudizaban hasta una claridad casi dolorosa. Había dejado casi la mitad del vino para más tarde, cuando necesitara la bendita inconsciencia de una gran dosis.

Abriendo los ojos, contempló las vigas talladas del techo y evaluó lo que había visto y oído en el oratorio. Creyó entender lo que Pandsala le ofrecía a Palila —y deseó no haberlo entendido—, pero ¿qué podía esperar la princesa a cambio?

La respuesta era tan obvia que se atragantó de la risa, sin saber si estaba más divertido o horrorizado. Las hijas llevaban días revoloteando, desde que se dio cuenta de que algunas de ellas eran candidatas probables a ser la novia del príncipe Rohan. Deseaba poder asistir al Rialla este año y entretenerse con sus torpes maniobras, especialmente el bailecito que Ianthe y Pandsala harían. Crigo tenía tan pocas diversiones; esta era una que Lady Andrade apreciaría, se dijo, deseando tener el valor de informarle sobre la luz de la luna. Palila sería igual de divertida de observar, sobre todo si ella

y Pandsala realmente creían que podía influir en las decisiones de Roelstra. Su papel, evidentemente, sería ayudar a la causa de Pandsala a pagar por la conspiración esbozada esa noche, pero Crigo no subestimaba la capacidad de intriga de Ianthe, no con semejante premio en juego. Eso era lo más aterrador, la idea de que el joven príncipe se casara con cualquiera de las hijas de Roelstra. Crigo conocía a las hijas del Alto Príncipe. Como el manantial estaba envenenado, así fluían sus arroyos.

Dio vueltas a su copa de vino entre las manos. Se preguntó si le contaría a Roelstra lo que había oído. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Podría ser difícil elegir entre arruinar a Palila y atesorar el secreto de que el hijo de Roelstra no era en realidad suyo. Ambas cosas ofrecían satisfacciones.

Crigo dejó la copa a un lado y se levantó, con los pies ligeramente temblorosos. Se acercó a las ventanas que habían quedado abiertas a la luz de la luna. Las rocas frente al Castillo del Peñasco eran desoladas y frías, el río invisible a lo lejos. Pero podía oír su estruendo apagado desde el norte, donde se estrellaba contra un acantilado y se convertía en rápidos antes de asentarse en una corriente más suave junto a la fortaleza. Cerrando los ojos, escuchó y se estremeció. Nunca podría escapar de ese sonido, y anhelaba un silencio absoluto que solo encontraba en el sueño inducido por el dranath.

Ahora reinaría el silencio en el Desierto mientras observaban arder el cadáver del príncipe Zehava. Lady Andrade estaría allí, con muchos faradh'im para asistirla. El anciano príncipe había elegido un buen momento para morir, con tantos allí para honrarlo. Mañana, Crigo recibiría un informe de los espías de Stronghold, pero habrían observado el ritual con ojos cínicos. Sintió el frío susurrante de la luz de la luna en el rostro, la falsa fuerza de la droga en las venas, y decidió que se atrevía a mirar con sus propios ojos. Anhelaba volver a comulgar con los de su especie, volver a pertenecer. No podía, y lo sabía, pero tampoco podía resistirse a esta oportunidad de observar su trabajo, aunque no pudiera unirse a ellos bajo la luz limpia y pálida.

Levantó el rostro hacia los tres círculos brillantes que se alzaban en el cielo nocturno y tejió la tenue luz en una tela de delicada belleza. La arrojó como una alfombra desenrollada hacia el este y el sur, eufórico mientras corría por ella hacia las arenas a las afueras de Stronghold. Tan libre, esa sensación, tan parecida a volar, que sus hombros se movieron como si poseyera alas de dragón. Había un punto de luz debajo de él, como una estrella dorada en la tierra, y al descender hacia él, vio las figuras grises de pie cerca. Crigo anhelaba llamarlas, sentir los brillantes colores de sus mentes. Pero se contuvo, la vergüenza ardiendo de nuevo al verlos honrar al príncipe muerto con el Fuego del Mensajero del Sol que liberó el espíritu de Zehava para

surcar los vientos del Desierto.

Tobin tomó las manos de sus hijos mientras las lunas se alzaban sobre ella. Jahni y Maarken estaban exhaustos, tras haber ido con su padre y Maeta a ayudar a trasladar el cadáver del dragón desde Roca Hendida. Sus rostros estaban ocultos por capuchas grises y, a pesar de su cansancio, se comportaban como los jóvenes señores que eran, pero sus palmas estaban húmedas y se movían inquietos mientras la asamblea esperaba que Rohan comenzara el ritual.

Junto con la familia y más de doscientos hombres más, lo habían seguido en silencio los tres pasos hasta el Delantal de la Diosa, un conjunto de enormes rocas dispersas que adquirían formas extrañas y temibles bajo la luz de la luna. La leyenda contaba que las piedras habían caído del cielo cuando se construyeron las montañas, para yacer olvidadas en la arena. Maarken y Jahni tenían una imaginación desbordante incluso para niños de cinco años, y Tobin sabía que verían monstruos acechando tras cada piedra. Deseó poder susurrarles algunas palabras de consuelo, pero el silencio era la regla.

Rohan se mantenía apartado y solo, sosteniendo una antorcha en la mano. La llama convirtió su cabello en oro fundido y hundió sus ojos en la oscuridad. Era un extraño esa noche. Casi por primera vez, Tobin pudo ver a su padre en él; el Desierto lo había reclamado como su príncipe. Zehava también tenía ese aspecto, pues a pesar de las comodidades que Milar había traído a Stronghold, la arena y el viento lo habían inculcado. El dragón que había matado al anciano príncipe yacía entre las rocas más grandes. Había una larga y hueca herida en la arena, el camino que se había abierto al arrastrar el gran cadáver hasta ese lugar. Cerca, sobre una piedra plana que había sido el lecho final de quince generaciones de príncipes, Zehava yacía bajo una capa plateada que ocultaba su cuerpo del cuello a los pies. La luz de la antorcha iluminaba su perfil afilado y su barba negra, tan diferentes de los rasgos finamente delineados y las mejillas bien afeitadas de su hijo. Sin embargo, eran iguales: criados en el Desierto y nacidos de dragón.

Rohan se giró finalmente hacia la princesa Milar, quien se acercó a la lápida funeraria con pasos de anciana. Las brillantes cicatrices de las lágrimas se reflejaban en sus mejillas, y permaneció un largo rato junto a su esposo, acariciándole el cabello y dejando que el agua de su dolor cayera sobre su rostro. Andrade se adelantó para derramar un puñado de arena sobre el pecho inmóvil de Zehava, la Tierra de la que había sido creado. Anthoula, faradhi del príncipe difunto durante tantos años, cojeó hasta su féretro y extendió las manos. El dobladillo de la capa se agitó al llamar al Aire para que lo rozara suavemente en señal de despedida. Luego inclinó la cabeza en homenaje por un momento y regresó con Andrade al lugar donde los demás

Mensajeros del Sol estaban encapuchados, separados.

Por fin, Rohan se acercó a su padre, llevando Fuego. Lo levantó en alto, con el brazo derecho un poco rígido por la herida. La luz se dibujó sobre el cuerpo de Zehava y la gran masa del dragón tras él, goteando sobre la arena. Rohan rozó las cuatro esquinas de la capa con la llama. La tela prendió y se encendió, iniciando la llamarada que liberaría el espíritu de Zehava de los elementos que habían conformado su forma física.

Entonces Rohan hizo algo impactante. Se acercó al dragón, sacó un pequeño odre de agua de su cinturón y vertió su contenido sobre el ala de la bestia. Tomó un puñado de arena y lo arrojó sobre el agua, creando una brisa ardiente al pasar la antorcha sobre la cabeza del dragón. Finalmente, prendió fuego al cadáver y retrocedió, con los hombros en actitud desafiante.

Tobin estaba atónita. Sabía que pretendía quemar al dragón, pero honrar a la criatura como Zehava había sido honrada era impensable. Sin embargo, al mirar el rostro de su hermano, creyó comprender. A los enemigos caídos en batalla se les concedía una quema digna; también al dragón.

El sudor comenzó a perlarse en la frente de Tobin mientras las llamas se elevaban y ardían más, acrecentadas ahora por los silenciosos esfuerzos de los faradh'im que estaban cerca. Montones de hierbas dulces e incienso habían sido colocados alrededor de ambos cadáveres, pero no podían disimular el olor a carne carbonizada. Miró los rostros a su alrededor, viendo que la gente de Stronghold lloraba sin vergüenza por su príncipe. Varios extranjeros que se encontraban en la fortaleza estaban de pie en pequeños grupos, con máscaras convencionales de solemnidad. Tobin resentía su presencia, pero tenían que presenciar la ceremonia y la conducta de Rohan durante ella. Sin duda los había impactado a todos al honrar al dragón, pero aprenderían con ello que no era predecible.

Al terminar la primera espera, los forasteros se dirigieron hacia Rohan, hicieron una reverencia y emprendieron el regreso a Stronghold. Los sirvientes y soldados los siguieron tras reconocer también a su nuevo príncipe. Pronto solo quedarían allí la familia y los faradh'im. Tobin intentó distinguir a Sioned entre el grupo de Mensajeros del Sol anónimos vestidos de gris. Por fin, Tobin divisó las puntas de la larga cabellera dorada como el fuego que colgaba suelta por la espalda de Sioned, bajo el velo. Había tantas cosas que Tobin quería saber sobre esta mujer cuyos colores había rozado tan brevemente, pero no había tenido oportunidad de hablar. ¿Qué pensaba Sioned de Rohan, de Stronghold, del Desierto, de convertirse en princesa?

Rohan aceptó el homenaje del último de los escuderos, se acercó a

Anthoula y le tocó el brazo, señalando con la cabeza a Tobin y a los gemelos. La cojera de la faradhi se acentuó aún más al acercarse y extender las manos hacia Maarken y Jahni. Los condujo a presentar sus últimos respetos a su abuelo. Se giraron para saludar a Rohan y emprendieron el regreso a la fortaleza. Tobin agradeció la amabilidad de su hermano: Anthoula era demasiado mayor para soportar la noche allí, y los niños eran demasiado pequeños. Ella le apretó la mano en un silencioso agradecimiento y permaneció a su lado, observando las llamas.

Escenas de su infancia parecían parpadear en el fuego, y una sonrisa se dibujó en su rostro bajo el velo. Su padre había sido tan bueno con ellos, amándolos con un afecto inmenso, brusco e indulgente, incluso cuando no los comprendía del todo. Con el paso de las horas, revivió el pasado entre las llamas, vislumbrando a Zehava jugando a los dragones con ellos, enseñándoles a sobrevivir en el Desierto, llevándolos consigo mientras recorría sus tierras: Radzyn, Tiglath, el Castillo de Tuath, el Cuenco Celestial, Remagev, las Tierras Bajas de Faolain y una docena de fortalezas menores donde ella y Rohan aprendieron lo que era ser gobernante del Desierto. Tobin sintió que su dolor se desvanecía a medida que los recuerdos iluminaban su corazón.

Gracias por mi vida, Padre. Nunca te sirvieron mucho los rituales, ¿verdad? Pero este me recuerda todo lo que me diste al darme la vida. Te amo como amo el agua que bebo y el aire que respiro, la abundancia de la tierra que me alimenta y el fuego que hay entre Chay y yo. Me diste todo eso. Gracias por mi vida.

Cuando las tres lunas silenciosas con mantos plateados alcanzaron su máximo esplendor y su luz, muy pura, los faradh'im formaron un semicírculo tan cerca de la piedra de la muerte como el Fuego lo permitió. Humo y cenizas se elevaron para formar un fondo gris negruzco al unirse las manos, veinticinco figuras de color pizarra con Lady Andrade en el centro. En cualquier otro momento, Anthoula habría realizado este ritual sola. Tobin se alegró de que la anciana se librara de esta tensión y de que tantos se hubieran reunido para dar poder a este ritual. Sintió la llamarada de energía a su alrededor y se tambaleó ligeramente. Chaynal, de pie a su lado, la rodeó con el brazo por la cintura. Ella percibió el intercambio de miradas ceñudas entre él y Rohan por encima de su cabeza, pero parecía incapaz de mirarlos. El poder se tejía cerca, y lo percibía en cada nervio.

Los faradh'im tejían la luz de la luna en una tela sedosa que se extendía a lo largo y ancho de la tierra, desde el Agua del Amanecer hasta la isla de Kierst-Isel, anunciando a todos los demás faradh'im la muerte del viejo príncipe. Los ojos de Tobin quedaron deslumbrados por los múltiples prismas de color, cada uno diferente, todos

entrelazados en una tela suelta y compleja que se extendía en todas direcciones. Y ella formaba parte de ella: deslizándose con ellos por las madejas sobre prados y montañas bañados por la luna, a través de bosques, lagos y profundos desfiladeros, rozando los casquetes nevados y las extensas llanuras ricas en trigo. Era un ave de alas plateadas que contemplaba todo el continente, enviando plumas de luz que descendían para ser atrapadas por los faradh'im en un centenar de fortalezas. Era ella misma, y era todos los Mensajeros del Sol de pie, con el rostro vuelto hacia las llamas.

Qué hermoso era este paisaje de un sueño improbable. Voló con ellos, dentro de ellos, mientras los colores cambiaban y danzaban a su alrededor. Sin entrenamiento ni control alguno, salvo la guía general de la habilidad de Andrade, Tobin era parte del reluciente tejido de luz lunar que cubría la tierra; era un pájaro que volaba libremente; era un dragón que se elevaba y planeaba por el cielo nocturno. Se perdió en la imagen y el color, danzando entre luces y sombras, encantada.

—¡Tobin!

Sintió una vaga desaprobación cuando alguien rompió la tradición al romper el silencio. Su nombre volvió a sonar y algo se retorció en su interior. Regresó bruscamente y se encontró en el desierto, cerca de la pira de su padre. Los brazos de Chay la rodeaban, con el rostro desolado por el terror. Un dolor punzante la recorrió el cráneo y gimió, buscando a tientas esa parte de ella que aún volaba bajo la luz de la luna. Pero estaba sola, atada a la tierra, y gritaba angustiada por la pérdida de esa increíble belleza. De algún lugar surgió un grito en respuesta, tan desesperado como el suyo, la voz de un faradhi desconocido que comprendía su dolor como ninguno de los demás. Tuvo una rápida imagen de colores brillantes oscurecidos, y quiso llorar.

—¡Sioned! —gritó otra voz, y con ligera sorpresa se dio cuenta de que era la primera vez que oía a su hermano pronunciar el nombre de la niña. Se estremeció como campanas de viento en una tormenta, sus huesos chocando con cuerdas salvajes mientras cada latido traía un nuevo dolor que la atravesaba por la cabeza— ¡Sioned! —volvió a llamar Rohan. Pero fue Andrade quien respondió.

—¡Urival, mantenla respirando! ¡Sioned, ayúdame!

Los colores se intensificaron, agujas rojas, azules y verdes clavándose profundamente en su carne y hueso. Algunas dolieron al ser arrancadas, pero otras se fundieron con su cuerpo y las reconoció como suyas.

Tobin se dio cuenta de que estaba apoyada contra el pecho de alguien y de que unas manos rodeaban sus costillas, apretándola rítmicamente para que respirara. Urival, pensó, sin siquiera preguntarse cómo lo sabía. Alguien más estaba arrodillado a su

izquierda, sujetándole las manos, y sin abrir los ojos supo que era Sioned. Podía sentir a Andrade con la misma facilidad a su derecha. Se recostó, indeciblemente cansada y desesperadamente feliz de estar viva.

—¿Tobin? —susurró Chay, y por fin abrió los ojos.

Estaba arrodillado junto a Sioned, las llamas temblando en las líneas de su rostro y hombro. Se apartó del apoyo de Urival y se acercó a su esposo. Liberando sus manos, le tocó la mejilla y sonrió levemente.

—Quédate donde estás —ordenó Andrade con brusquedad—. No te lo voy a repetir, así que escucha con atención. Casi te pierdes en la sombra esta noche, Tobin, y si Sioned y yo no hubiéramos conocido tus colores, habrías muerto. ¡No vuelvas a intentar seguir a un Mensajero del Sol!

Milar jadeó levemente.

—¿Es eso lo que pasó? ¿Pero cómo pudo hacerlo?

—¿No es obvio? —Andrade se encogió de hombros—. Ella tiene los dones, Mila.

—De mí. —La princesa apartó la mirada.

—¡Pero fue hermoso! —protestó Tobin—. ¡No hay nada de qué avergonzarse!

—Claro que no —dijo Andrade, mirando con enfado a su gemela—. De todas formas, no deberías haberlo hecho.

—No fue obra de Su Alteza, mi Señora —susurró Sioned, cabizbaja —. Yo fui quien lo causó. Perdóname. Es porque la toqué antes, ¿sabes? Yo… yo no merezco llevar mis anillos…

Andrade se tambaleó hacia atrás, frunciendo el ceño. Pero fue Urival quien habló en tono deliberadamente suave:

—Creía haberte enseñado mejor.

—Parece que no estaba prestando suficiente atención —dijo Rohan con frialdad. Sioned se estremeció. Pero aunque todos lo miraron con asombro, nadie se atrevió a replicar con la arrogante rudeza que merecía. No era hermano, hijo ni amigo esa noche; era el príncipe.

Andrade finalmente rompió el silencio.

—Chay, llévala de vuelta a la fortaleza y haz que descanse. Necesita tiempo para sanar.

—Pero estará bien —dijo, sin llegar a ser una pregunta. Tobin se incorporó, ocultando un repentino mareo—. Ojalá dejaras de hablar de mí como si no estuviera aquí. Estoy bien.

—Ya veremos —dijo Andrade—. Chay, métela en la cama —Se puso de pie, tomó el brazo de Milar y regresó a la pira de Zehava.

Tobin se sometió dócilmente mientras Urival la ayudaba a levantarse y la entregaba a Chay, quien la cuidaba con preocupación. Tras asegurarse de que podía caminar, no la dejó; la levantó y la

cargó durante los tres compases, diciéndole que se callara cuando empezó a protestar. Miró por encima del hombro a su hermano, que estaba solo, rígido, viendo la cabeza inclinada de Sioned.

Tobin logró mantenerse despierto hasta que Chay la arropó en la cama y le hizo beber una copa de vino. Tras el ayuno del día y los sucesos de la noche, el vino la golpeó como un puñetazo en la mandíbula. De repente, era de mañana y él seguía a su lado. La oscura barba incipiente le arañó la mejilla al apretarla con fuerza contra él.

—¡Me diste un susto de muerte, zorra tonta! —gruñó. Ella se acurrucó en sus brazos, interpretando esto como una prueba de su amor, luego lo besó en el cuello y se apartó.

—Ya estoy bien. ¿Has estado despierto toda la noche?

La recostó sobre las almohadas como si fuera de cristal fironés.

—Dejaste de respirar ahí fuera, ¿sabes? Así que llevé la cuenta mientras dormías.

Se mordió el labio y luego consiguió decir:

—Lo siento, cariño.

—Siéntelo. Date la vuelta y vuelve a dormir.

—No puedo. Tengo que hablar con Sioned antes de que lo haga Rohan, y sobre todo antes de que Andrade tenga la oportunidad de gritarle. De verdad que no fue culpa suya, ¿sabes?

—No sé nada de eso. —Frunció el ceño.

—Chay. —Tobin suspiró con impaciencia—. ¿Te parece de esas personas tan descuidadas? O, dicho de otro modo, ¿Andrade la habría elegido para Rohan si lo fuera? Sé lo que viví anoche. Quiero que me explique exactamente qué pasó, eso es todo. Ambos tenemos que saberlo.

—No puedo discutir sobre eso.

Ella dudó y luego tiró de su manga.

—¿Te importa? Que haya resultado ser…

—Lo que me importa es que sigues a salvo. Y no se ha demostrado que seas faradhi. Llamaré a un sirviente para que busque a la chica. —Se levantó, fue a la puerta y se giró—. Pero si algo así vuelve a ocurrir…

—No volverá a ocurrir —prometió ella, pero no creyó prudente decirle todavía que sería porque Sioned iba a enseñarle a usar sus dones.

La Mensajera del Sol llegó instantes después de la llamada, como si la hubiera estado esperando, o temiendo. Llevaba el mismo vestido gris de la noche anterior, aunque el velo había desaparecido; por la arena adherida a la tela bajo las rodillas y las ojeras, Tobin supo que no había dormido y probablemente ni siquiera se había acostado. Sioned hizo una profunda reverencia y se sentó en una silla cerca de

la cama cuando la invitaron, pero no los miró.

—No hay nada que perdonar —comenzó Tobin—. Fue un accidente, si entiendo bien lo que pasó.

—Ojalá alguien me lo explicara —murmuró Chay.

Sioned se quedó mirando sus dedos fuertemente entrelazados.

—Hace unos días, Lady Andrade se comunicó conmigo a través de la luz del sol en la Fortaleza de la Diosa, mi señor. La princesa Tobin cabalgó la luz con nosotras, y aprendí los colores de Su Alteza.

—Mi esposa no es una faradhi —dijo Chay. Tobin se encogió de hombros.

—¿Recuerdas la única vez que me llevaste a navegar? Me dio náuseas en cuanto subí al bote.

—Eso fue porque estabas embarazada y aún no lo sabíamos —respondió él con terquedad.

—No, cariño —dijo ella con dulzura—. Esa no fue la razón.

La miró fijamente, luego a la cabeza gacha de Sioned.

—De acuerdo —dijo al fin—. Cuéntame qué pasó.

—No soy digna de llevar mis anillos —murmuró Sioned—. El príncipe tenía razón.

—No fue tu culpa, y mi hermano es un necio —dijo Tobin—. Y Andrade debería haber sabido que me vería envuelta en esto.

—Ni siquiera ella lo sabe todo —observó Chay.

—Pero siempre ha sabido que tengo el don. —Tobin lo miró a los ojos un instante y luego volvió a mirar a Sioned—. Fue indescriptible, Sioned. Nunca había visto ni sentido tanta belleza en mi vida.

—Sentiste lo que hacíamos y quisiste formar parte de ello, alteza. Pero nunca fuiste entrenada. Como ya nos habíamos tocado antes, reconociste mis colores y yo los tuyos. Es muy difícil de explicar, mi señor —continuó, mirando finalmente a Chay—. Piénsalo como una ventana de cristal fironesa, con la luz del sol y la luna brillando a través de ella. Cada persona está hecha de un patrón único de colores que los faradh'im pueden tocar. Sé que suena extraño, pero es como poder percibir un aroma. Los faradh'im aprenden sus propios colores desde muy pequeños y conservan los patrones en su mente para poder regresar a su propia luz.

—Y como tú y Andrade conocían los colores de Tobin, pudieron traerla de vuelta. De lo contrario, la habríamos perdido.

—No debería haber sucedido, mi señor. Lo siento. —Hizo una pausa, retorciendo las manos en su regazo—. Lo siento, repitió.

—Fue hermoso —dijo Tobin con nostalgia—. Tanta luz, entrelazándose como un gran tapiz de joyas.

—Y las sombras que proyectan —añadió Sioned en voz baja—. Todos estamos hechos de sombras también.

Chay negó con la cabeza.

—No estoy seguro de entenderlo, pero… —Sostuvo la mirada de Tobin y ella miró hacia la puerta—. No quiero más disculpas de tu parte, mi señora —le dijo a Sioned mientras se ponía de pie—. Pasó y se acabó. Y ahora creo que iré a ver cómo están los chicos. —Se inclinó para besar a Tobin y se fue.

Tobin se incorporó en la cama, deseando que Sioned la mirara.

—¿Es sutil, verdad? —dijo para aliviar la tensión.

La Mensajera del Sol finalmente sostuvo su mirada, con una leve sonrisa dibujando una comisura de sus labios. Tobin observó rápidamente sus rasgos, viendo pasión y terquedad, inteligencia y orgullo. Rohan podría haber encontrado a su igual, así como a su compañera, se dijo con capricho.

—Tendré que aprender algunas cosas sobre ser faradhi. ¿Me las enseñarás, Sioned?

—Si Lady Andrade lo permite... Creo que sí. Nunca deja que nada ni nadie potencialmente útil se le escape.

—Conozco muy bien a mi tía. Quiero preguntarte sobre otra cosa que ocurrió anoche. Sentí que alguien me llamaba, alguien que no formaba parte del grupo.

La Mensajera del Sol frunció el ceño.

—¿Cómo? —Pensó un momento.

—Fue terrible que ser separada del tejido —dijo lentamente—. Parecía entenderlo. Había tanta desesperación en la voz de él.

—¿De él?

—No sé cómo lo supe, pero estoy casi segura de que era un hombre.

Sioned se levantó y se dirigió a las ventanas que daban a la fuente de los jardines.

—Tienes más talento del que Lady Andrade sospecha. No es fácil distinguir el sexo de una persona por el color. ¿Cuál percibiste?

—Zafiro, sobre todo, y algo que parecía un diamante negro, si es que tal cosa existe. ¿Por qué?

—Piensas en tonos de gemas —comentó Sioned, volviéndose hacia ella—. Es una forma muy antigua de identificar a los faradh'im. Los patrones de color se mantienen iguales, pero las tonalidades a veces pueden cambiar. Urival tiene la teoría de que cuando los colores más pálidos se oscurecen, como este diamante negro que percibiste, algo ha sucedido que altera la personalidad de un Mensajero del Sol. A veces es un reflejo del estado de ánimo.

—¿Sabes quién podría ser este hombre?

—No, su alteza. Pero se lo contaré a Urival, si quieres.

—Probablemente solo fue un eco de mi propia pérdida. Fue una experiencia increíble. Una que me gustaría repetir, después de que me hayas enseñado algunas cosas. Ahora, antes de que Chay

regrese, y hablando de mujer a mujer, ¿qué piensas de mi hermano?

La inesperada pregunta enrojeció las mejillas de Sioned.

—Conoces los colores de mis pensamientos, su alteza —dijo con admirable control—. Tú también deberías saberlo.

—Me temo que descubriste más sobre mí que yo sobre ti. Eres zafiros, esmeraldas y algo más, pero eso no es lo que me interesa ahora mismo. ¿Qué opinas de Rohan?

Su columna se tensó y sus ojos verdes volvieron a posarse en las ventanas abiertas. Antes de que a Tobin se le ocurriera una forma de tranquilizar a la chica y sonsacarle la información —¿y acababa de acusar a Chay de ser poco sutil?—, la puerta se abrió de golpe y sus hijos entraron corriendo en el dormitorio. Los atrajo hacia sí para abrazarlos, y cuando los acomodó a su lado en la cama, vio que Sioned había salido sigilosamente de la habitación.

Capítulo Ocho

Lady Andrade permaneció en Stronghold mucho después de la fecha prevista para su regreso a la Fortaleza de la Diosa. Algunas de sus razones eran personales, otras políticas. Su deber hacia su afligida hermana exigía una estancia prolongada, y evitar que Milar sucumbiera a su dolor se convirtió en su principal preocupación. Quería que su presencia se hiciera sentir en la asamblea de vasallos de Rohan cuando llegaran para la Caza de la Eclosión y, no por casualidad, entretenerse viéndolo lidiar con ellos. Permitió que se insinuara, corriera el rumor y luego se diera por hecho que honraría el Rialla de este año asistiendo, una noticia que sin duda irritaría enormemente a Roelstra y haría que los demás príncipes se portaran de maravilla. Pero sus objetivos personales y políticos se conjugaban en su intención de no volver a casa hasta que Rohan y Sioned estuvieran firmemente casados. Este había sido su objetivo durante años, y lo conseguiría. Además, los silencios blancos de Sioned y su aislamiento de la vida cotidiana del castillo la preocupaban.

Rohan estaba demasiado ocupado para preocuparse por Sioned. Menos mal; Sioned ya se preocupaba lo suficiente por ambos. El casi desastre de la cabalgata lunar la había conmocionado profundamente. Había perdido la confianza en sus habilidades como faradhi, y si quería serle útil a Rohan en ese puesto, tendría que recuperar la fe en sus propias fuerzas. Para ello, le pidió permiso para estudiar en la pequeña pero impresionante biblioteca de Stronghold. La gran mayoría de los libros habían sido recopilados por el propio joven príncipe, y la amplitud de sus intereses asombraba a Sioned. Historia, geografía, agricultura, geología, metalurgia, botánica, ganadería... poseía al menos tres y a menudo una docena de volúmenes sobre cada tema, y sobre muchos otros. Sioned dedicó mucho tiempo a revisar la colección, para comprender su mentalidad. Pero tras comprobar que poseía una educación más formal que cualquier príncipe anterior, ignoró los libros y utilizó la biblioteca como estudio privado. Sentada con Urival en el largo escritorio de madera frutal de Rohan, cuestionaba, practicaba y repasaba incansablemente con el Mensajero del Sol mayor lo aprendido en la Fortaleza de la Diosa. Además de su puesto como mayordomo principal de Andrade, era un maestro destacado y se había ganado con creces sus nueve anillos. Comprendía su necesidad. Acompañó a Sioned en las lecciones más básicas, guiándola, refinando su técnica y mostrándole sutiles variaciones que la mayoría de los faradh'im no aprendieron hasta que usaron al menos siete anillos.

Invocó al Fuego, encendiendo vela tras vela hasta que el estudio

ardió en llamas, y luego apagó las mechas con un solo pensamiento. Tejió su propio y complejo patrón de colores con la luz del sol que se filtraba por las ventanas abiertas, invocó al Aire para refrescar la habitación durante las tardes calurosas. Repasó todo lo aprendido durante varios años de entrenamiento hasta alcanzar de nuevo el tercer anillo, el nivel de aprendiz de Mensajera del Sol. Pero el siguiente paso, un conjuro de Fuego, resultó difícil. La única visión que pudo producir en la llama de la vela fue el rostro de Rohan. Urival no hizo ningún comentario sobre su elección, que en realidad no era una elección, y la animó a pasar al siguiente nivel.

Cabalgó bajo la luz del sol hasta su hogar de la infancia, Aguas del Río, y regresó con un control perfecto. Esa misma noche, tejió la tenue luz de la luna en un sendero que conducía hasta la Fortaleza de la Diosa, y cuando regresó, encontró a Urival mirándola con una sonrisa amarga.

—No sé por qué estás tan preocupada —gruñó—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no tuviste la culpa de lo que le pasó a la princesa Tobin? Todo el mundo lo sabe menos tú.

—Tengo que estar segura de mí misma —respondió ella con terquedad—. Tengo que saber exactamente qué hago.

Se recostó en su silla; la luz de una vela titilaba sobre su rostro curtido, con sus grandes y hermosos ojos castaño dorado.

—¿Por qué no te quedas en la Fortaleza de la Diosa si lo que realmente quieres son los anillos de Mensajero del Sol? Siempre has sido hambrienta de mente, Sioned, desde que llegaste con nosotros. ¿Qué buscas?

—Si decido casarme con Rohan, no le traeré tierras, ni oro, ni nada por lo que un príncipe se case habitualmente. Sus vasallos no estarán contentos. Tengo que demostrarles que merezco su confianza y su lealtad. Y si no me caso con él, tendré que aprender a ejercer mi oficio en otra corte. —Se encogió de hombros—. Ya no pertenezco a la Fortaleza de la Diosa, Urival.

—Entonces, lo que realmente buscas es un séptimo anillo, y un octavo.

—Sí. ¿Me enseñarás?

Extendió las manos sobre la mesa. Todas, menos el anular izquierdo, lucían oro o plata; la mayoría de los círculos estaban engastados con diminutas gemas.

—Quieres cosas peligrosas. Dime por qué... y basta de historias de matrimonio. Quizá puedas engañar a Cami y a Ostvel, y quizá incluso a Andrade, con esa tontería de la incertidumbre. Pero a mí no.

Sioned tardó un buen rato en responder.

—Cuando llegué a la Fortaleza de la Diosa, lo único que importaba era que no me consideraran un bicho raro, un elfo, un forastero en lo

que debería haber sido mi hogar. La esposa de mi hermano me hizo sentir así, y sus sirvientes siguieron su ejemplo. No la culpo por pensar así, Urival. Para ella, yo era un extraño. Y a través de ella fui enviado a donde pertenecía. Donde podía aprender. Una vez que descubrí en qué podía convertirme si me esforzaba lo suficiente, la idea de no aprenderlo todo me dolió más que las lecciones que me dieron.

—¿Entonces quieres tus anillos sólo para ti?

—No del todo. Por mí y por Rohan. No se trata solo de compensar mi falta de tierras y riquezas. Tengo que protegerlo a él y a todo el Desierto. Se lo debo a su pueblo si me toma por esposa.

Urival guardó silencio durante unos instantes. Luego, en voz baja, le dijo:

—No te enseñaré nada más.

Sioned se levantó de un salto de la silla y gritó:

—¿Pero por qué? ¿Qué he hecho mal?

—Quieres tus anillos por las razones equivocadas. ¿Habías considerado que una faradhi que también es princesa es otro tipo de bicho raro, Sioned? ¿Crees que más anillos te darán el poder suficiente para ignorar a quienes, como la esposa de tu hermano, te considerarán extraña, incluso peligrosa? La paz entre los principados depende del equilibrio de poder entre los gobernantes. Los faradh'im tejen esa red de poder, la mantienen firme.

—¡La red de Andrade! —exclamó furiosa— ¡Andrade, quien me ordenó dejar la Fortaleza de la Diosa y convertirme en la esposa de Rohan!

—Andrade —asintió con calma—, cuyas razones son muchas y quizá no las mismas que las tuyas.

—¿Entonces qué quiere? ¡Explícamelo!

Se puso de pie. Había compasión en sus ojos, pero su voz sonó fría cuando dijo:

—No me des órdenes, Mensajera del Sol. Aún no eres una princesa gobernante.

Ella lo vio irse, rígida de furia. ¿Qué querían de ella? Rohan le había ordenado que interpretara un papel que la lastimaba; su cruel comentario sobre su entrenamiento aún podía hacerla estremecer, pues implicaba falta de confianza en la única ventaja que podía aportarle como esposa. Andrade estaba decidido a casarse por razones que desconocía que Sioned conociera. Urival se negaba a enseñarle cosas que no confiaba en que usara sabiamente. Ninguno de ellos creía en ella, salvo en la medida en que pudiera serles útil.

Corrió por los pasillos hasta la habitación de Urival y exigió que la dejaran entrar. Urival se sentó junto a las ventanas, mirándola con silenciosa compasión. Toda su ira se desvaneció, y susurró su

nombre, humillada cuando su voz tembló con lágrimas amenazantes.

—Ah, Sioned —murmuró, y le abrió los brazos. Ella se arrodilló a su lado y hundió el rostro en su rodilla, temblando. Urival le acarició el cabello, sin decir nada hasta que ella se calmó de nuevo y levantó la cara hacia él—. ¿Lo entiendes ahora? ¿Ves lo difícil que será para ti?

—Veo a Andrade por un lado, y las tradiciones faradhi del pasado. Y a Rohan por el otro, con mi futuro y mi corazón. Pero si no quiere que use mis dones en su nombre, ¿por qué me ordenó venir aquí y ser su esposa? ¡No entiendo nada de esto, Urival! ¡Ayúdame!

—Creo que tiene fe en que usarás tus dones sabiamente y por el bien de todos, no solo de Rohan.

—Pero ambos me usarán. ¡No soy una cuerda, atada por un extremo a un buey y por el otro a un semental, intentando que tiren juntos del arnés!

—Ya me imagino a quién has puesto para el papel de buey —dijo, y ella no pudo contener una sonrisa—. Así está mejor —aprobó—. Admito que yo mismo he comparado a nuestra querida Señora con animales menos halagadores. Sioned, prefiero verte guiando a esas dos bestias testarudas, con tus habilidades como vínculo entre ellas. Solo pueden usarte si tú se lo permites, hija. Eres libre de elegir.

—¿Lo soy? Nací con los talentos faradhi, y lo que vi en el Fuego no me dejó ninguna opción. —Suspiró y negó con la cabeza—. Lamento haberte gritado.

—Debes lamentarlo. Ahora vete a la cama y duerme, y mañana por la noche te enseñaré lo que quieres saber.

Ella se sobresaltó.

—Pero... dijiste…

—Sí, y te hice pensar en un par de cosas, ¿verdad?

Sioned se puso de pie.

—Eres un viejo astuto y testarudo, Urival. ¿Por qué todos dejamos que te salgas con la tuya?

—¡Bendición de la diosa! —dijo sonriendo—. Vete, princesa. Ella lo miró fijamente mientras él le daba el título, la primera persona en hacerlo. Él le guiñó un ojo e hizo un gesto de espanto con las manos.

—Lo estarás, ¿sabes? Estarías completamente perdida.

A medida que transcurrían los días antes de la Cacería de la Eclosión, ni Sioned ni Urival se veían mucho en Stronghold. Rohan sabía que debía estar mal agradecer tanto que estuviera ocupada, pero en realidad tenía demasiado que hacer como para preocuparse por ella. Pero cada noche, al meterse en la cama, soñaba con ella a su lado, y cada mañana, al amanecer, pensaba, medio despierto, que era la caricia de sus labios. Sus ocasionales atisbos siempre lo impactaban; tenía que recordarse a sí mismo que aún no podía llamarla, sonreírle, acercarse a ella para que la tocara o la besara,

comportarse como si fueran el uno para el otro. Ni siquiera podían pillarlo mirándola. Se enorgullecía de controlar su expresión, pero sabía que cualquier mirada a Sioned que durara más de un instante o dos dejaría sus sentimientos grabados en su rostro. Una parte de él resentía la farsa, y otra parte resentía que ella pudiera hacerle esto. Peor aún, ella ni siquiera era consciente de que podía hacerlo. Ella parecía tan completamente ajena a él como él dolorosamente consciente de ella. Era desesperante, y una excelente lección de paciencia.

Los vasallos empezaron a llegar. En lugar de pasar sus días estudiando acuerdos previos, se dedicaba a manipularlos para que aceptaran los cambios que quería. Ya se había reunido con todos ellos, por supuesto, pero en esas ocasiones lo había visto al lado de su padre, recibiendo reverencias respetuosas, pero ninguna palabra sustancial. Ahora todos los honores eran suyos, y todas las responsabilidades. Nunca se había percatado del alcance de sus exigencias sobre el tiempo de Zehava. Cada feudo y fortaleza tenía sus propios problemas, cada señor sus propias ambiciones. Rohan agradecía la discreta presencia de Tobin en algunas reuniones, pues su conocimiento especial como Señora del Fuerte de Radzyn le brindaba una sutil guía sobre algunos de los athr'im de su esposo. Chay asistía en otras ocasiones; como comandante de campo de Zehava, había luchado junto a todos estos hombres y su conocimiento de ellos era esencial. Andrade nunca asistía, pero su misma ausencia era la garantía de que todos los vasallos la recordaban. Rohan se preguntaba con asombro cómo lo hacía.

Escuchó atentamente las diversas necesidades y deseos que se le presentaron. Sería el representante de sus vasallos en la Rialla, y lo que obtuviera para ellos allí decidiría su riqueza o pobreza en los próximos tres años. Sus listas incluían de todo, desde madera para casas y barcos hasta copas de cristal fironesas. Un señor le pidió a Gilad una veintena de ovejas de barba corta para mejorar sus rebaños; otro quería un collar de plata y ágatas —joya de seducción— para apaciguar a su celosa esposa. Rohan los escuchó a todos sin sonreír ni fruncir el ceño; no solo era así como su padre siempre había escuchado sus demandas, sino que también era una buena práctica para fingir su casi imbecilidad en el Rialla. Algunos pensarían que era demasiado tonto para entender lo que decían; otros creerían que imitaba a su padre mientras buscaba maneras de eludir sus obligaciones; y aún más lo considerarían demasiado asustado para mostrar expresión alguna. Esas reacciones le sentaban de maravilla a Rohan... por ahora.

En privado, solo para oídos de Chay y Tobin, a veces explotaba de risa ante algunas de las cosas sin las que sus vasallos decían que no

podían vivir. Pero sabía que la magnitud de sus peticiones no tenía nada de gracia; le esperaban largas y arduas sesiones de negociación en Waes, y no tenía intención de agotarse ahora regateando con sus vasallos.

—Padre siempre los dejaba en la estacada mientras él fingía considerarlo —recordó Tobin una noche mientras se sentaban con vino fresco y un plato de queso y pan—. Ellos eran los que más daban y recibían.

—Zehava era muy ahorrativo —añadió Chaynal con una sonrisa—. Si dos señores con propiedades adyacentes querían un semental nuevo para sus yeguas, les dejaba discutir entre ellos quién se quedaría con el caballo y quién con el servicio de semental gratuito.

—Ya no puedo permitirles eso —les dijo Rohan—. De todas formas, no creen que les daré mucho este año, y por eso sus exigencias son tan desorbitadas. Si voy pidiendo mucho, creen que podrían conseguir lo que realmente necesitan, si es los demás príncipes son amables con el niño idiota. —Hizo una mueca—. Lo que ofrecen mis vasallos no alcanza ni para pagar un tercio de lo que piden, y tendría que compensar la diferencia. —Dio un sorbo de vino y resopló de risa—. ¡Imagínate! ¡El señor Baisal quiere suficiente piedra syrena para construir una nueva fortaleza! ¡Lo que propone de sus propiedades no alcanza para las bodegas!

—¿No hay un Príncipe de Syr entre los antepasados de Sioned? Eso podría ser de ayuda, ¿sabes? —murmuró Chay con malicia, y fue ignorado.

—Lo único que puedo hacer por ahora es escuchar y no tomar decisiones. Así no habrá tratos que retractarme una vez que tenga lo que quiero.

—Sin acuerdos cerrados, se pondrán inquietos —advirtió Tobin.

—Ya están inquietos. Creen que no tengo dos neuronas que conectar. Además, les va a gustar aún menos cuando sepan que voy a acabar con esta canción y baile trienal. —Se rió mientras lo miraban fijamente—. Piénsalo un momento. Estableceré acuerdos estándar con todos ellos: una cantidad fija de su producción cada año, y se acabaron los intentos de sonsacarle extras a su príncipe. Me dicen lo que necesitan, y si, con mi sabiduría, decido que realmente se lo merecen, lo tendrán. Este intercambio es absolutamente indigno y no lo toleraré.

Apuró su copa de vino y se la ofreció a Tobin. Ella, complacida, sirvió más, pero su atención estaba puesta en su marido. Rohan sonrió.

—Ah, veo que mi vasallo principal se está poniendo nervioso —bromeó.

—Claro que sí —coincidió Chay—. Lo que planteas no tiene

sentido. Tal como están las cosas ahora, cuando quieren algo especial (piedra para una nueva fortaleza, por ejemplo) ofrecerán más de sus propios productos para pagarlo.

—¿Te has fijado alguna vez con cuánta frecuencia no cumplen con su promesa? Padre les conseguía aquello que juraban necesitaban para vivir, y entonces sus minas producían menos de lo previsto, o sus cosechas se arruinaban misteriosamente, o sucedían un sinfín de cosas para librarlos de tener que pagar. Padre nunca se preocupó por eso porque estaba construyendo un principado y tenía cosas más importantes que hacer. Pero es mi trabajo conservar lo que construyó y hacerlo próspero. Chay, lo que propongo es que todos me den una cantidad fija cada año, o enviaré a mis mayordomos a averiguar por qué. Pero a cambio les daré más de lo que Padre jamás dio, y con regularidad.

—¿Y si no puedes dar lo prometido? —preguntó Tobin.

—Entonces pagaré la diferencia de mi propio bolsillo. Quiero que todos sepan exactamente cuál es su postura. Se acabaron las negociaciones sobre cuántas cabras, alfombras o barriles de vino.

—¿Y si no pueden cumplir con sus obligaciones? —continuó con cautela.

—Entonces, añade la cantidad atrasada a la recaudación del año que viene. —Hizo girar el vaso entre las manos—. Solo me interesa un suministro constante de lo que necesite. Tobin, sabes cuántas veces hemos acabado con más de una cosa que podríamos haber aprovechado, solo porque un vasallo pagó con ella y mi padre no pudo intercambiar el sobrante en el Rialla.

Hizo una mueca.

—¡Recuerdo el año que comimos las bayas de Lord Baisal de todas las formas imaginables durante todo un verano! ¡No he podido volver a mirar una desde entonces!

—Ese es el tipo de cosas que quiero evitar. Decido lo que necesito aquí en Stronghold cada año y acuerdo con los vasallos para que se lo suministren. A cambio, les doy las necesidades básicas que solo yo puedo proporcionarles: lana, víveres, piedra de construcción, cosas de los otros principados. Conseguiré las cantidades precisas de lo que necesito, y ellos también.

—Es probable que se enriquezcan, ¿sabes? —comentó Chay.

—No cites a Padre y me digas que un hombre rico es un peligro para su señor. Mi padre se equivocaba. Un vasallo rico es leal porque necesita proteger esas riquezas, y yo soy quien tiene esa responsabilidad. Por eso me mantiene con comida, vino y caballos —añadió sonriendo.

—¡Los mejores y más finos caballos, por favor! —replicó Chay, y se rió a carcajadas.

—Oh, claro —asintió Rohan—. Disculpe, mi señor de Radzyn. Pero ya ve que a mi manera, todos ganan. Todos obtenemos lo que necesitamos, y se acostumbran a la idea de que lo que reciben viene de mí. Soy el único que puede representarlos en Waes, y también soy el único que puede proteger sus tierras.

—¿El acuerdo se mantiene igual durante la guerra?

—Pagaré por lo que tome, Chay, y esa es la diferencia entre Padre y yo. Él estaba ocupado asegurando las fronteras y tenía derecho a exigir lo necesario para hacerlo. Pero yo quiero construir una seguridad diferente, y no puedo hacerlo como lo hizo Padre.

—¿Estás llamando ladrón a Zehava? —preguntó Chay, con los ojos grises brillando.

—El mejor ladrón —dijo Rohan, serio.

—¡Rohan! —El puño de Tobin le impactó en el brazo y él hizo una mueca— Oh, basta. Hace tiempo que sanaste, y además era el otro brazo. ¿Cómo te atreves a decir que Padre robó a los vasallos?

—Bueno, lo hizo. Por una buena causa, claro, pero ¿de qué otra forma se le llama a tomar algo sin pagar?

—Les pagó con garantía, como tú mismo señalaste.

—Pero eran más pobres en lo único que entienden: dinero, caballos y comida.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Así que no te gusta regatear, y por eso. Creo que vas a cambiar demasiado y demasiado rápido, pero tengo otra pregunta. ¿Qué hay de Sioned?

Chay silbó suavemente y se recostó en su asiento, con las manos levantadas en señal de rendición.

—¡Déjame fuera de esto!

Por algún milagro, Rohan conservó el color y sostuvo la mirada de su hermana con serenidad.

—Ella encaja donde me plazca y solo si me place.

—Ni se te ocurra —advirtió—. Has evitado el tema, ¡por no hablar de ella!, durante medio verano y ¡estoy harta! La pobre chica no ha sido vista por nadie más que un momento desde que llegó. No habla con nadie y se ve terriblemente infeliz. Es demasiado elegante para cualquier juego que estés jugando, Rohan.

—Si es una dama tan elegante, entonces no es para mí —dijo sin rodeos—. No busco una víctima, Tobin. Necesito una esposa y una princesa. Quiero lo que tú y Chay tienen. ¿Cómo podría observarte durante todos estos años y no desear lo mismo para mí? Pero si no podemos confiar el uno en el otro como tú y Chay, entonces tendré que encontrar a alguien más. Ella tampoco ha decidido sobre mí, ahora que lo mencionas.

—¿Has hablado siquiera con ella? Diosa, Rohan, ¿sabes lo que

piensa o lo que siente?

—Tobin —dijo Chay en voz baja—. Déjalo ser.

—¡Seguro que le aterra entrar en la Sala por miedo a que la desprecies otra vez! Tiene su orgullo, Rohan…

—¡Y yo también! —le recordó con insistencia—. ¡No voy a dejar que me vean corriendo tras una mujer ingenua que no se decide por mí! —Dejó su copa de vino a un lado y se levantó—. Es tarde y tengo mucho que hacer mañana.

—¡Esta discusión no ha terminado ni de lejos! —rugió su hermana.

—Déjalo —dijo Chay, con más firmeza esta vez. Los miró a ambos con furia.

—¡Oh, vete, entonces! ¡Si no me van a decir nada, me niego a que te quedes aquí y lo disfrutes!

—Pero es lo más divertido que he hecho en todo el verano —respondió con inocencia, y luego retrocedió—. ¡Chay! ¡Agárrala antes de que me mate!

—¿Agarrarla? ¡Yo la ayudaré!

Rohan se retiró apresuradamente de sus aposentos, riendo. Pero no buscó su cama. Bajó corriendo las escaleras del baño hacia los jardines y recorrió los senderos de grava hasta el estanque. La fuente no había brotado desde la muerte de su padre; Milar no soportaba contemplar desde sus aposentos el espectáculo resplandeciente que había creado para el deleite de su esposo. Rohan se agachó, recogió agua para lavarse la cara y se sentó en un banco a esperar a Sioned.

Hacía tiempo que no se veían así. Walvis le había contestado que la dama estaba demasiado cansada, demasiado ocupada o no podía escaparse en secreto. Siempre se acompañaba de una disculpa respetuosa a estas negativas, pero Rohan ya había tenido suficiente. Esa tarde, en lo más intenso del calor, había enviado a Walvis a su habitación, cuando cualquiera con un poco de sentido común se desplomaba en privado para aguantar de alguna manera hasta la noche. El mensaje había sido breve y específico: Su Gracia, el Príncipe Rohan, requería que Lady Sioned lo atendiera a medianoche cerca del estanque. Rohan se había preguntado si se atrevería a negarse también esta vez, pero no lo hizo. Y había estado sumido en una lenta fiebre de impaciencia todo el día, deseando volver a verla a solas.

Miró a su alrededor, a los signos del verano que se acababa: la hierba que había resistido con valentía, pero ahora estaba seca y amarillenta, y la fruta madura en los árboles cercanos. La Caza de la Eclosión se acercaba con el avance del verano, y Rohan no tenía por qué hacerse el príncipe indeciso en ese aspecto. Realmente no tenía ni idea de qué haría cuando llegara el día. Había participado en una de esas incursiones y le había dado asco la masacre de dragones

recién nacidos al salir de las cuevas a la luz del sol. Pero se esperaba que asistiera y aplaudiera la carnicería, y que fuera él mismo quien llevara a cabo gran parte de las matanzas. Su padre siempre lo había hecho, y el suyo antes que él.

Alzó la vista hacia el cielo estrellado, preguntándose cuánto tardarían las dragonas en abandonar sus puestos de centinela en Roca Hendida. Eran la razón por la que nadie podía acercarse a las cuevas y romper las paredes para llegar a los huevos. Pero una vez que las hembras se hubieran ido, solo pasarían unos días antes de que los huevos eclosionaran, y todos consideraban que matar dragones era un deporte maravilloso. Rohan se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro, inquieto, incapaz de encontrar la manera de evitar soportar la matanza durante otro año.

—¿Necesitas que te atienda? —siseó una voz furiosa en la oscuridad, y dio un salto.

Sioned apareció de la nada, temblando de ira.

—¡No me habían informado de que me contarían entre tus sirvientes, mi señor príncipe!

Acostumbrado a las rabietas de las otras dos mujeres de su vida, pudo afrontar la furia de Sioned con calma, incluso con cierta diversión.

—Te lo pedí cortésmente y nunca viniste. Pensé que una orden te haría salir de tu escondite, aunque solo fuera para gritarme.

—¡Cómo te atreves a darme órdenes como si fueras mi dueño! ¡Si vuelves a dirigirme esas palabras, me aseguraré de que no puedas ser el esposo de ninguna mujer, y mucho menos de mí! —Parecía que lo decía en serio, algo que él nunca había visto en los arrebatos de ira de su madre o su hermana.

Evidentemente había furia, reflexionó. No volvería a cometer el error de juzgar a Sioned por otras mujeres. Aun así, su propio orgullo exigía una respuesta, que dio con tono cortante.

—¡Cuando quiera verte, mi señora, vendrás sin importar el método de la llamada!

—¡Pues no quiero verte!

—¿Entonces por qué has venido?

Contrariamente a todas sus expectativas de mujeres enfurecidas, ella no le gritó, ni le abofeteó, ni se marchó hecha una furia. En cambio, soltó un pequeño jadeo y una risita ahogada.

—Me has pillado —admitió con tristeza—. ¡Menuda pelea!

Rohan la miró con total desconcierto, que se intensificó cuando ella se encogió de hombros y suspiró.

—Necesitaba verte, Rohan. Te veo fugazmente por los pasillos, y siempre estás tan ocupado y fuera de mi alcance. Me negué antes porque no quería añadir más carga a la que ya llevas, con los vasallos

aquí y los planes para el Rialla y todo eso.

Entonces descubrió que el Fuego también podía ser dulce como la llama de un hogar en una fría noche de invierno.

—Sioned, no eres una carga para mí. Eres mi única promesa para el futuro. —La rodeó con los brazos y ella se apoyó cómodamente en él. Sonrió mientras le frotaba la mejilla contra el pelo.

—Gracias. Casi te perdono lo que dijiste sobre mi entrenamiento. Y hablando de eso, he estado estudiando con Urival. Hay tanto que necesito saber, y queda poco tiempo antes de que partamos hacia Waes.

Le molestaba que no le hubieran transmitido su propio sentido del romance. No tenía ganas de hablar de planes ni problemas esa noche. Quería poner en práctica todas las frases que había practicado a solas en la cama.

—Yo también he estado observando lo que pasa en Stronghold —continuó—. No estoy segura de que se me dé bien ser una princesa. Cami siempre me ha dicho que soy tan desorganizada como una tormenta de invierno. Así que también le he pedido que me dé algunas lecciones. Aunque me temo que soy bastante inútil.

—¿Cami? Ah, la chica de rostro oscuro y ojos preciosos.

Ella se apartó y le hizo una mueca.

—La lección que no necesito, muchas gracias, ¡es cómo estar celosa!

Él sonrió, dándose cuenta de que había encontrado su camino hacia el romance, o algo así.

—No creo que necesites ningún entrenamiento en eso.

Si observas demasiado a cualquiera de esas princesas, descubrirás cuánto sé al respecto —advirtió juguetonamente.

—Sioned, aunque nunca te hubiera conocido, no hay nada bajo el sol ni la luna que me haría casarme con una de las hijas de Roelstra. Quiero vivir hasta una edad decrépita, y el día en que tenga un hijo con una de ellas será el día en que pueda empezar a contar cada respiración. No habría muchas.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Pero… ¡oh, Diosa, no había pensado en eso! Rohan, podrían atentar contra tu vida. No debes ir.

Él rió, encantado con su preocupación.

—Nadie va a intentar matarme, y tengo que irme. Además, mi bruja Mensajera del Sol estará allí para protegerme.

—¡No te burles de mí! —espetó— Una vez que descubran que soy yo a quien has Elegido, ninguno de los dos estará a salvo

—No veas sombras donde no las hay. ¡Y piensa en lo bien que nos lo pasaremos escandalizándolos! La última noche de la Rialla entrarás al banquete de mi brazo, rebosante de esmeraldas.

Todas las mujeres querrán asesinarte por ser tan hermosa, y los hombres querrán castrarme, y…

Soltó un bufido que mezclaba risa e irritación.

—De acuerdo. Si te hace feliz, me pondré algo cortado de aquí para allá y de vuelta, y procuraré no caerme. ¿Pero has considerado seriamente cuántos enemigos te ganarás con este juego? Cuando esas princesas se casen, recordarán el insulto e intentarán poner a sus maridos en tu contra.

—Mi posición será sólida y las ventajas para quienes cooperen conmigo serán muchas, así que la influencia de sus esposas no servirá de nada.

—¿Y mi influencia como esposa?

Él sonrió.

—¿Todavía no puedes responderte a esa pregunta? ¿O no me creerás hasta que estés a mi lado con tu impactante vestido y tus esmeraldas?

—Tienes una respuesta para todo, ¿verdad? Pero sabes a qué me refiero. ¿Voy a formar parte de tu vida fuera de tu dormitorio? —preguntó ella sin rodeos.

—Voy a hacerte trabajar como a una esclava —prometió él, sonriendo.

—Stronghold se gobierna sola, así que no te molestes en aprender ese tipo de cosas. Para lo que te necesito es para que me ayudes a dirigir todo un principado. Mi padre dejó que las cosas sucedieran. Mi intención es que hagamos que sucedan.

Sioned asintió pensativa.

—Lo dices en serio, ¿verdad? He leído tus libros, ¿sabes? Y todas las anotaciones que pones en los márgenes. —Ella se rió de repente —. ¡Y también los comentarios groseros sobre tus tutores!

—Era muy joven —empezó.

—Y no deberías haber conocido esas palabras a esa edad —interrumpió—. Debo decir, sin embargo, que algunas de ellas fueron muy creativas…

—Si me citas un ejemplo, yo…

—¿Amenazas?

Él apretó su abrazo.

—Un príncipe nunca amenaza. Solo... promete.

—Ah. —Ella asintió sabiamente—. Prométemelo todo, mi príncipe. Estoy aterrorizada.

Rohan se rindió y rió.

—Lo noto. —Hizo una pausa, y luego continuó con más gravedad — ¿Vendrás conmigo a la Caza de la Eclosión? No abiertamente, por supuesto, pero podemos quedar un tiempo a solas. Quiero enseñarte Roca Hendida.

—Donde mataste a tu único dragón. Sí, me gustaría.

—Creo que necesitaré que estés allí —dijo lentamente, e inclinó la cabeza—. La matanza es horrible, Sioned. Te ahorraré verlo, pero quiero enseñarte las cuevas. Siempre he tenido una extraña sensación sobre los dragones, como si fueran más importantes de lo que nadie cree. Realmente no puedo explicarlo.

—Los he visto volar. Solían sobre Aguas Dulces hacia el norte, hacia Veresch. Pero estaban demasiado altos como para oírlos. Este año escucharemos sus canciones juntos. Yo... —Se interrumpió y miró por encima del hombro—. Viene alguien.

Se separaron al aparecer una leve figura entre las sombras. Rohan suspiró aliviado cuando Walvis, con la vergüenza reflejada en cada línea de su expresivo rostro, se adelantó sigilosamente e hizo una profunda reverencia.

—Su señora madre pregunta por usted, mi señor —murmuró el chico—. Lo siento.

—No pasa nada, Walvis. Gracias por el aviso. Subo enseguida.

El escudero asintió y se perdió en la noche. Sioned tocó el brazo de Rohan y dijo:

—Nos vemos en la Cacería de la Eclosión.

Se inclinó para besarlo suavemente en los labios y se marchó a toda prisa. Rohan se fue en dirección contraria, con un hormigueo en el cuerpo y pensando en las horas que pasaría a solas con ella en el Desierto. Estaba tan absorto en el placer de la contemplación que se topó de frente con su hermana.

—Bueno —dijo Tobin con dulzura—. Y yo que pensaba que estabas tan cansado y te habías acostado.

Se preguntó con desesperación cuánto habría visto u oído ella.

—No... yo... mi madre me espera, Tobin.

Empezó a pasar junto a ella, pero ella le puso una mano en el brazo.

—No, no te espera. Solo fue algo que le dije a Walvis.

—¿Qué hiciste?

—Lo seguí —explicó encogiéndose de hombros—. Rohan, te dije que quería respuestas, y me las vas a dar. ¿Por qué estabas aquí solo con Sioned? —Mientras la miraba con el ceño fruncido, los dedos en su brazo se apretaron y recordó que ella era mucho más fuerte de lo que su delicada apariencia indicaba—. ¡Dime! Está enamorada de ti, ¿no te das cuenta? ¿Para qué la estás utilizando?

—¿Qué te hace pensar que no me está usando ella a mí?

—No empieces a mentirme. No se te da muy bien. Si hubiera querido seducirte y obligarte a casarte, podría haberlo hecho hace mucho tiempo. ¡Andrade entrena a sus faradh'im a conciencia! —Se quedó sin aliento de golpe.

—¿Qué? —susurró sin emitir sonido alguno.

Tobin lo soltó, jadeando suavemente.

—¿No lo sabías?

—Dímelo. Ahora. —La agarró de los brazos, a ambos, y la abrazó con fuerza. Tobin lo miró con los ojos muy abiertos y aprensivos.

—Antes de casarme con Chay, se burlaba de mí por no saber cómo complacer mejor a un hombre, y se ofreció a prestarme uno de sus faradh'im para que me diera las mismas lecciones que reciben en la Fortaleza de la Diosa.

Explicó vacilante que, tras recibir el primer anillo, los Mensajeros del Sol pasaron una noche con un amante desconocido para que, al ir al bosque al día siguiente, ya no fueran niños.

—Una chica no puede ver lo que el Mujer le muestra a menos que sea mujer —terminó Tobin—. Rohan, pensé que lo sabías.

—Así que. Nuestra querida tía regenta un burdel. ¿Cuántos hombres dan clases, querida hermana? —Había tocado a Sioned, saboreado su boca, abrazado su cuerpo flexible y descubierto sus secretos.

—¡No seas tonto! Solo fue una vez, solo una noche

—¿Una vez? ¿Esperas que me crea eso?

—Solo estás enfadada porque nunca… —Se interrumpió y dio un paso atrás, asustada.

—Qué poco sabes de mí, Tobin —dijo con suavidad. Había habido una chica, una vez, después de la victoria sobre los Mérida, cuando él estaba borracho como una cuba. Era arquera de una de las fortalezas más pequeñas de la costa y no sabía quién era. Se despertó al día siguiente con un terrible dolor de cabeza y la aterradora certeza de que tenía que irse antes de que ella descubriera su identidad. El verdadero problema era que apenas recordaba con claridad lo que había pasado entre ellos. No era del todo ignorante en cuestiones sexuales, pero carecía de verdadero conocimiento, y eso le irritaba.

—Rohan…

—¿Qué más olvidó mencionar Andrade? ¿De verdad cree que me llevaré cosas usadas a la cama?

—¡Rohan! ¿Cómo puedes pensar en Sioned y decir algo así?

La ignoró y se alejó, preguntándose cómo podía seguir respirando con las garras de dragón aferrándole el pecho. ¿Acaso era inexperto? Reprimió el impulso de patear algo y se dijo con furia que había maneras de remediar la situación, y cuanto antes, mejor.

Capítulo Nueve

Rohan no podría haber elegido peor momento si lo hubiera intentado. Con su familia, sirvientes y vasallos vigilando cada movimiento, no podría haber colado ni un ratón en sus aposentos, y mucho menos una chica. Tras haberse esforzado tanto que casi le daba igual que todos hicieran fila en el Salón para observar su elección de compañera de cama, se topó con una dificultad inesperada. Ni una sola mujer en Stronghold, con una obvia excepción, le atraía.

Las guapas eran demasiado jóvenes, estaban casadas o prometidas, y por lo tanto eran inaccesibles. Él era, después de todo, un hombre honorable. Además, la imagen de sí mismo como un seductor infame era ridícula. Tras rechazar a las guapas, intentó interesarse por la gente común. En ese momento, su orgullo se rebeló. ¿Por qué un príncipe de su riqueza e importancia tenía que conformarse con una chica de nariz larga, caderas prominentes y que apestaba a cebolla? Habría sido imposible entusiasmarse con la tarea. Así que su mirada volvió a las chicas bonitas, y ellas perdieron todo el encanto que de otro modo podrían haber tenido para él cuando las comparó con Sioned.

Como era de esperar, tratándose de un hombre tan joven, dirigía su ira hacia ella. Su orgullo masculino había sufrido un duro golpe y su sentido del humor era incapaz de restablecer su equilibrio. Rohan maldijo su posición y su carácter por haberlo metido en este lío. Producir bastardos reales nunca era buena idea, y hacía tiempo que había decidido que jamás complicaría la sucesión engendrando alguno. Además, quisquilloso, nunca había repartido sus favores entre las chicas de Stronghold, para su disgusto. Hacerlo ahora, cuando todos sabían que elegiría esposa en el Rialla, sería una revolución de carácter que lo haría ridículo. Así pues, obligado a anticipar un matrimonio donde su falta de experiencia práctica sería demasiado evidente para una mujer de los indudables logros de Sioned, su temperamento se volvió cada vez más agrio.

La situación no mejoró en aquella tarde de finales de verano cuando, contemplando con aire melancólico una pila de pergaminos que aguardaban su atención inmediata, percibió una extrañeza en el aire y supo, sin saber cómo, que las dragonas habían emprendido el vuelo. Se asomó a la ventana de su estudio privado —Sioned y Urival aún estaban en posesión de la biblioteca, y la evitaba como si fuera veneno— y vio las oscuras siluetas alzándose en el cielo. Su corazón se elevó con ellas, el aire llenándole los pulmones como si pudiera llamarlas y ser escuchado. Pero al instante siguiente recordó el

significado de su huida.

Los vasallos estaban jubilosos esa noche en el Salón. Rohan los observaba desde la mesa principal, bebiendo demasiado vino y moviendo la comida de un lado a otro en el plato. Esta sería la última Caza de la Eclosión, se juró. ¿De qué servía ser príncipe si no se podía dar una orden arbitraria de vez en cuando? Escuchaba a sus vasallos apostar sobre quién mataría a más dragones recién nacidos y se sentía fatal. ¿No podían comprender que algo tan hermoso como un dragón debía poder volar libremente como obviamente lo había planeado la Diosa?

El día siguiente amaneció fresco y espléndido. Rohan lo recibió con el ceño fruncido y, a regañadientes, se colocó a la cabeza de la partida de caza. Sentía miradas como cuchillos finos clavándose en su espalda. Sus vasallos estaban inquietos, y la evidente desaprobación de su juego los incomodaba aún más. Que se hubiera esforzado por despertar sus dudas no le consoló; que la tradición lo hubiera atrapado en esta matanza trienal lo enfurecía. El azul intenso del cielo y la deslumbrante arena bañada por el sol eran un insulto a su mal humor, y se disgustó aún más al darse cuenta de que sus sentimientos se comunicaban a su caballo. El semental se removía inquieto entre sus muslos, y Rohan necesitó toda su habilidad para calmarlo.

Jahni y Maarken tenían el honor de cabalgar entre su padre y su príncipe a la cabeza de la cacería. Los dos muchachos charlaban sin parar con la emoción de la caza de adultos, dando saltos en sus sillas y distrayendo a sus ponis. Jahni insistió en que Rohan debía recoger garras y dientes de la arena, y Maarken se quejó por centésima vez esa mañana del edicto de su padre que les prohibía entrar en el cañón con el resto de la cacería. Chay soportó las súplicas de sus hijos con la paciencia de la práctica hasta que hablaron demasiado.

—Si no escuchas a tu padre, hazle caso a tu príncipe —espetó—. ¿No recuerdas lo que te dijo anoche? —Asumiendo correctamente que le pedían que repitiera su advertencia, Rohan dijo:— No necesito recordarte lo peligroso que será esto, ¿verdad? Si no te cuidas y te callas, puede que empiece a arrepentirme de haberte dejado venir.

Esta inesperada severidad del indulgente tío al que adoraban silenció a ambos chicos durante casi un rato. Finalmente, Maarken miró de reojo a Rohan y murmuró:

—Eras mucho más divertido antes.

La vida había sido mucho más divertida antes, se dijo Rohan con amargura. Creía ser plenamente consciente de los problemas que enfrentaría como príncipe gobernante. Pero había tantas otras para las que no estaba preparado ni tenía experiencia. *Otra vez esa maldita palabra*, pensó con disgusto, y se giró en su silla cuando uno de los

vasallos gritó el avistamiento de una dragona en el cielo. Sin embargo, Rohan no levantó la vista con los demás, pues su mirada se encontró de repente con la de Sioned. Sintió que los músculos de su mandíbula se tensaban y volvió a mirar hacia adelante. Pero la imagen de su figura erguida con su ropa de montar marrón, el rizo de cabello brillante en su nuca y las delicadas líneas de sus mejillas y frente permanecieron en su memoria como si le hubieran grabado a fuego en los ojos. Ella esperaba que él les organizara un tiempo a solas, y solo podía pensar en evitarla.

La cacería se detuvo para observar al dragón verdoso y bronceado flotar perezosamente en las corrientes térmicas, con las alas extendidas revelando una brillante parte inferior negra.

Chay entrecerró los ojos ante el resplandor y murmuró:

—Oh, pero es una belleza, ¿verdad? No creo haber visto ese color más de dos o tres veces.

—¿Nos atacará? —preguntó Jahni, con miedo y ansias de pelea a la vez.

—No, no le interesamos —respondió Rohan. El dragón batió sus poderosas alas, cambiando de dirección—. Ahí ven. Se dirige al Veresch. Vamos, pongámonos en marcha de nuevo. Quiero llegar a Roca Hendida al mediodía.

Pero no tenía ni idea de qué haría cuando llegara allí. Solo sabía que no mataría a otro dragón. Era obsceno, este asesinato de crías al salir a la luz del sol por primera vez, con las alas apenas secas mientras se tambaleaban sobre patas temblorosas. Miró a Chay por encima de las cabezas de los chicos. A su cuñado tampoco le gustaba mucho esta contienda desigual. Pero Chay tampoco dudaba de la necesidad de erradicar a los dragones. Rohan se preguntó una vez más por qué deseaba tanto proteger a estas criaturas que asolaban tierras y rebaños. Nunca se le ocurrió una respuesta mejor que la de que eran hermosos y libres, parte del Desierto. Pero ¿qué mejor respuesta había?, se preguntaba. Algo en su interior clamaba contra su destrucción. Los vasallos encontrarían hoy un excelente juego y presumirían de la caza durante los próximos tres años. Rohan no pudo hacer más que observar en un silencio amargo y negarse a participar.

En la boca del cañón, bajo su aguja rocosa, la caza se detuvo. Se abrieron odres de agua y vino, se trajo comida de las alforjas y los guardias fueron degradados a escuderos sin motivo alguno mientras servían el almuerzo. Rohan no comió nada. El ambiente festivo le daba náuseas. Mientras la compañía se refrescaba, Maeta y otros dos jinetes se aventuraron al cañón y regresaron para informar a Rohan.

—Las dragonas se han ido, mi señor —le dijo Maeta—. Tres paredes de la cueva han sido derribadas y las crías han volado, pero

hay doce más, según mi recuento, que están en diversas etapas de demolición. —Miró a los vasallos que se habían apiñado para escuchar la noticia—. Que tengan una buena caza, mis señores.

El rostro de Rohan se endureció y, sin decir palabra, le indicó a Maeta que ayudara a Chay a organizar la caza. Él sería testigo de esto si tuviera que hacerlo, pero estaría condenado si participaba en ello.

Los cazadores cabalgaron hacia el cañón entre risas, bromas y desafíos. Pronto abandonaron sus monturas para recorrer a pie los resbaladizos y estrechos senderos, y Maeta esperó con su destacamento de guardias bajo el sol radiante, sujetando los caballos. Ninguno de los cazadores fue tan insensato como para derribar las últimas capas de la muralla de las cuevas, pues más allá había un número indeterminado de dragones recién nacidos. Aunque pequeños e inestables sobre sus patas, podían exhalar un fuego abrasador. Las llamas secaban y endurecían sus alas, y podían quemar la piel humana a través de las ropas de cuero. El truco consistía en esperar a que los dragones hubieran derribado la mayor parte de la muralla y entonces, cuando salieran tambaleándose a la deslumbrante luz del sol, matarlos.

Rohan cerró los ojos.

Diosa, ¿qué estoy permitiendo? Atacan a nuestras manadas, así que las matamos. ¿Pero qué hay de los lobos, las aves rapaces, los monstruos del mar? ¿Acaso los dragones no forman parte también de nuestro mundo? ¿Cómo justifico esto? ¿Cómo lo detengo?

—Parece que estamos solos, mi señor —dijo una voz suave a su lado.

Se estremeció. Su semental reaccionó al movimiento y danzó con delicadeza sobre el suelo rocoso. Frenó y le dio unas palmaditas en el cuello para consolarlo.

—Rohan, ¿qué ocurre? —continuó Sioned.

—Odio esto —susurró, observando las paredes del cañón para no verse tentado a mirarla—. Siempre lo he odiado. Pero no puedo detenerlo.

—Si fueras cualquier otro hombre te diría que, como su príncipe, podrías darles las órdenes que quisieras.

—Pero soy demasiado cobarde para usar mi poder, ¿es eso?

—No. No iba a decir eso, y lo sabes. Rohan, mírame, por favor. —Lo hizo porque no podía evitarlo. No había más que tierna preocupación en sus ojos. Ella lo amaba; sintió la emoción extendiéndose para envolverlo en fuerza y luz como el tejido de un Mensajero del Sol—. ¿Qué pasa? —susurró ella.

—El día.

Clavó los talones en los costados de su caballo y galopó hacia

Roca Hendida, incapaz de soportar la mirada en los ojos de Sioned. Oyó que otro caballo lo seguía y frenó. Pero fue Andrade, no Sioned, quien cabalgó a su lado.

—¿Qué le has estado diciendo a Sioned? —exigió ella.

—Déjame en paz.

—Deja de comportarte como un niño. Sé cuánto odias lo que está pasando hoy, pero dirigir tu ira hacia ella no curará nada. Ser un príncipe no es todo lo que se rumorea, ¿verdad?

—No. —Podía detener la cacería con una sola orden. Nadie lo desobedecería. Él era su príncipe. Saber que podía ordenar lo que quisiera lo asustaba sin ninguna razón aparente— ¿Qué derecho tengo yo? —estalló de repente—. ¿Por qué me das todo este poder, en lugar de a otra persona? ¿Qué me hace tan especial? No me digas que fue un accidente de nacimiento. No fue un accidente y ambos lo sabemos.

—Me preguntaba cuánto sabías de eso —respondió con calma—. No fue solo culpa mía. Ah, puede que haya empujado a Milar hacia Zehava, pero ninguno de los dos necesitó mucho esfuerzo. —Los primeros gritos agudos provenían de las crías al salir de las cuevas y morir. Se percibía un olor a sangre en la brisa cálida—. Mi padre tenía un hombre en mente para mí —continuó Andrade—. Me negué. Así que dependía de Milar. Ella tuvo la chispa, pero nunca la usó. Se la transmitió a Tobin, y sospecho que tú se la transmitirás a tus hijos, fortalecida por Sioned. Si buscas un plan más ambicioso, Rohan, no lo hay. Mi padre y yo queríamos lo mismo: ver a nuestra familia volviéndose poderosa.

Había más, y él lo sabía, pero algo le preocupaba aún más en ese momento.

—Al menos le enviaste a mi padre una doncella, no una prostituta faradhi —dijo con amargura.

Andrade contuvo el aliento.

—Joven ingenuo —susurró—. Si así es como ves a Sioned, te deseo mucha felicidad con ella. Ya la llevas en la sangre, Rohan. Has creado Fuego entre ustedes, y si te calientas con él o dejas que te abrase el alma, es cosa tuya.

Azuzó de nuevo a su caballo, pero ella no lo siguió. La mañana transcurría y la matanza continuaba. A veces, una pequeña figura frenética alzaba el vuelo por el cañón, y él se alegraba de que al menos algunos dragones se liberaran. Hubo largos periodos de silencio casi absoluto mientras los cazadores esperaban a que los dragones derribaran las murallas, pero a medida que se abrían más cuevas, el aire se espesaba con gritos y muerte. Uno de los ancianos vasallos de Rohan, Abidias del Castillo de Tuath, bajó de su caballo; el calor era insoportable. De su silla colgaba un cadáver de alas inertes,

del tamaño de un niño de cuatro años.

—¡Aquí hay uno que no se zampará a mis ovejas! —exclamó, acariciando el pequeño cuerpo casi con cariño. Era un dragón rojizo con alas inferiores negras—. Curaré su piel para mi silla favorita y enhebraré sus garras y dientes con mi estandarte de guerra.

Una agonía de odio latía en el cráneo de Rohan, odio por este espectáculo y por sí mismo, al ser el responsable último. Sentía cada grito de muerte como una espada en su corazón. No podía hacer nada.

—¡Rohan!

Se giró, furioso al reconocer la voz de Sioned. ¿Cuánto tiempo llevaba observándolo y cómo se atrevía a interrumpir? Pero el terror en su rostro acalló su ira. Señaló la pared del cañón, donde, muy por encima de ellos, se alzaba una pequeña cueva, con una cornisa más estrecha que la mayoría. Las sombras se proyectaban desde las rocas que sobresalían, así que no pudo ver si había paredes hechas por dragones, pero vio con claridad dos pequeñas figuras aferradas a la cornisa. Jahni y Maarken se incorporaron y se quedaron mirando hacia Roca Hendida.

Rohan les gritó a los chicos mientras saltaba de su semental, pero los gritos de dragón y humanos resonaban tan fuerte por el cañón que no lo oían. Empezó a trepar, buscando apoyo entre las piedras sueltas, y oyó a Sioned seguirlo. Con la mirada fija en la cornisa de la caverna, jadeó al ver un destello de luz surgir de las sombras. La respiración agitada de Sioned sonaba tras él, al ritmo de la suya. Mientras trepaban hacia arriba, los chicos gritaron de miedo. Les gritó que buscaran refugio, pero la cornisa no era ni profunda ni ancha, y no tenía grandes rocas tras las que esconderse. Si algo les sucedía a los gemelos, Tobin lo asesinaría, y él también querría que ella lo hiciera.

Rohan llegó a la cornisa a gatas. Se incorporó con esfuerzo y vio a Jahni acurrucado contra la pared del acantilado, temblando de pies a cabeza, lo más lejos posible de la boca de la cueva sin caerse al desfiladero. Maarken estaba congelado en la plataforma rocosa, contemplando a una cría de dragón tan pequeña y aterrorizada como él. Rohan sabía que nunca podría desenvainar su espada a tiempo para matar a la cría. Los ojos de la pequeña criatura se encendieron y sus pulmones se expandieron en una profunda inhalación; sus dientes brillaban como finas agujas blancas mientras sus mandíbulas se abrían para una llamarada que significaría la muerte de Maarken.

—¡Maarken! —gritó Sioned desde detrás de Rohan— ¡Agáchate!

Al instante siguiente, una delgada y ancha cortina de Fuego de la Mensajera del Sol surgió de las rocas y se cernió entre el dragón y el niño, sin tocar a ninguno.

La cría se encabritó, con un chillido de alarma saliendo de su

garganta junto con una ráfaga de fuego dirigida al cielo. Rohan encontró apoyo en la cornisa y se incorporó. Ignorando la precaria posición, esquivó el Fuego de Sioned, desenvainó su espada y golpeó al dragón en el lomo con la parte plana de la hoja. La cría aulló de dolor, batió las alas y saltó a un lado. Demasiado asustado para defenderse del príncipe espadachín, el dragón se escabulló entre las llamas, batió sus pequeñas alas con una fuerza desesperada y voló.

El Fuego se desvaneció, y Rohan miró por encima del hombro para encontrar a Sioned trepando a la cornisa, temblando de alivio. Maarken también temblaba, mientras Rohan lo abrazaba con fuerza.

—¿Estás bien? ¿No te has quemado en ninguna parte? ¡Maarken, háblame!

El niño se estremeció tanto que Rohan creyó que sus frágiles huesos se romperían. Rodeó el cuello de Rohan con los brazos y balbuceó:

—Estoy bien…

Con el rabillo del ojo vio a Sioned meciendo a la aterrorizada Jahni. Apretando más fuerte a Maarken, dijo:

—¡Me mataste del susto! ¿Sabes que podrías haber muerto?

—¡Solo queríamos ver a los dragones! ¡Lo siento! —sollozó Maarken—. Mamá se va a enfadar con nosotros.

—Y algo más.

—¿Mataste al dragón?

—No. Se fue volando.

—Bien. Me alegro. —El chico se apartó y se frotó los ojos con los nudillos—. Era solo un bebé. No sabía que no queríamos hacerle daño.

Rohan asintió.

—¿Te funcionan las piernas ahora? —Bajó a Maarken—. Será mejor que salgamos de aquí antes de que los hermanos y hermanas de tu dragón vengan a averiguar por qué tanto alboroto. —Miró a Sioned y Jahni—. ¿Todo bien?

—Bien —respondió ella, poniendo al chico de pie. Él se aferró a su muñeca con ambas manos, pero sus lágrimas se habían secado—. Un par de golpes, creo. Pero podría haber sido mucho peor, ¿no? Espero que esto les enseñe a ambos a no desobedecer a su príncipe. —Arqueó una ceja mirando a cada niño por turno, y Rohan disimuló una sonrisa mientras apartaban la mirada, avergonzados.

—Lección aprendida, creo —dijo Rohan—. Vamos, volvamos a bajar.

Se deslizaron por las rocas sueltas mucho más rápido de lo que habían subido, y para cuando llegaron abajo, Chaynal estaba allí para recibirlos. Tomó a un hijo en cada brazo, los abrazó hasta dejarlos sin aliento, les dijo que eran pequeños terrores ingobernables que debían

ser azotados; luego los estrechó contra su pecho de nuevo, con los ojos cerrados y los labios moviéndose en una silenciosa plegaria de agradecimiento.

Rohan la observó un momento y luego buscó con la mirada a Sioned. Había comenzado a subir por el sendero y él corrió para alcanzarla.

—¿Qué haces?

—Se te cayó la espada. Iba a subir a buscarla.

Se llevó una mano a la vaina vacía.

—Maldita sea. Ni siquiera me di cuenta. Pero iré, Sioned. No eres una de mis sirvientas —añadió, con una leve sonrisa en los labios. Sus ojos recuperaron el brillo.

—Me prometiste pasar un rato a solas contigo, ¡pero no sabía que me costaría tanto!

Rohan rió entre dientes.

—De acuerdo, pero déjame ir primero. Puede que queden una o dos crías ahí arriba.

Él abrió el camino, con los músculos protestando por esta segunda subida resbaladiza, y cuando llegaron a la cornisa, asomó la cabeza con cautela, buscando señales reveladoras de dragones. No había ninguna. Se incorporó y se giró para ayudar a Sioned. Pero ella ya estaba a su lado, sacándose la tierra de las manos mientras miraba a su alrededor.

—Es un milagro que ninguno se haya caído —comentó, negando con la cabeza—. ¿Quieres un poco de luz?

Sin esperar su respuesta, conjuró una pequeña llama justo dentro de la entrada de la cueva. Rohan sonrió, sabiendo que ella había adivinado su verdadero motivo para querer volver allí arriba. Tal vez incluso compartiera su deseo por explorar. Escudriñó la penumbra, pero aparte de fragmentos de caparazón, no había más evidencia de dragones.

—¿Solo había uno? —preguntó—. ¿Y los demás huevos?

—Entra y te mostraré. —La pequeña llama iluminó su camino hacia el interior, y pronto estuvieron en el centro de la cueva. Las paredes se alzaban en curvas irregulares para encontrarse en lo alto—. Debía haber unos doce huevos. Pero solo uno de este grupo fue lo suficientemente fuerte como para sobrevivir.

—¡Pero... ay! —Tragó saliva con dificultad al ver varias alas marchitas y manchadas de sangre a la luz de su Fuego— ¿Quieres decir que el que vimos sobrevivió porque él...?

—Exactamente. Es inusual que solo sobreviva uno de una nidada, pero supongo que este fue bastante despiadado. —Se encogió de hombros y tocó un fragmento con la punta de la bota—. No son tan diferentes de nosotros, ¿sabes? —reflexionó—. Solo esperamos a

crecer para matarnos. Y, si lo piensas, podría decirse que también nos consumimos unos a otros.

—Prefiero no hacerlo, gracias. ¿Necesitaremos más luz?

—Por favor.

La llama se intensificó y ahora podían ver las piedras dentadas de las paredes y el alto techo, una cueva lo suficientemente grande para una dragona y su compañero.

Rohan pasó los dedos sobre la piedra.

—Un río fluyó por aquí hace siglos. Excavó la blanda piedra. Pero los dragones también excavaron gran parte. ¿Ves dónde han estado trabajando con sus garras? —Señaló las marcas que habían profundizado la cueva—. Usan los escombros para hacer los muros de la eclosión.

—Y luego los pequeños las descomponen. Los que eclosionan primero hacen la mayor parte del trabajo y se agotan, así que son presa fácil para los que salen después.

—Muy bien. Todavía podemos hacer un dragón del Desierto de ti.

Se agachó en la arena, recogiendo un puñado para tamizarlo entre los dedos. Brillaba a la luz del Fuego de la Mensajera del Sol.

—Es hermoso, ¿verdad? —murmuró Sioned.

—Dame tu odre —dijo bruscamente.

Ella lo hizo, y él sacó el corcho con los dientes. Vertió el contenido sobre su mano y frotó la fina arena con los dedos. Quedaron granos brillantes en su palma. Con una suave exclamación, vació su odre y vertió arena en su estrecho cuello.

—¿Qué haces? —preguntó Sioned, desconcertada.

—¿No es obvio?

—¡Rohan, más arena es lo último que necesitas!

—Míralo, Sioned. Y a las cáscaras.

Con un movimiento de un dedo, conjuró el Fuego aún más alto. A su luz, toda la cueva resplandeció. Tomó un fragmento suelto y lo examinó.

—Está irregular donde el dragón lo atravesó con sus garras —dijo lentamente—. Pero de este lado es más liso, casi como si se hubiera… derretido.

—Para secar y endurecer sus alas después de nacer, escupen fuego. También se lo escupen entre sí. La carne de dragón asada es su primera cena.

Sioned tragó saliva.

—Continúa.

—Pierden la capacidad para el invierno. Pero mira lo que pasa cuando escupen fuego sobre sus propias cáscaras. —Tapó el odre y removió la arena brillante con los dedos.

—Rohan —susurró—. Esto no puede ser oro de verdad. —Levantó

el odre lleno de arena—. Me lo llevaré a casa y haré algunos experimentos para comprobarlo.

—Pero, si estoy en lo cierto, ¿sabes qué significa?

—No puedes permitir que maten a los dragones, ¡y desde luego no puedes contárselo a nadie! ¡Todos los demás príncipes estarían cruzando tus fronteras en cuestión de días!

—¿Te parezco así de tonto? —Se puso de pie, sonriendo.

Sioned rió.

—Pareces alguien que acaba de encontrar el deseo de su corazón. ¡No tenía ni idea de que fueras tan codicioso!

—¡Oh, pero lo soy! —Mareado por su descubrimiento y sus posibilidades, él le devolvió la risa—. Y yo encontré el deseo de mi corazón a principios de verano, tan sucia y sudorosa como está ahora mismo.

—Las cosas que dirás para seducirme —lo reprendió juguetonamente. Toda la excitación efervescente se apagó.

—Y tú lo sabes todo sobre seducciones, ¿verdad? ¿Quién fue para ti, Sioned?

Sioned parpadeó, súbitamente perpleja.

—¿Qué?

—¿Quién fue? —preguntó— El hombre que te enseñó…

—No lo sé. Nunca quise saberlo. ¿Qué más da?

—¿Qué hizo? ¿Usar una túnica y una máscara para dormir? ¿No dijo ni una palabra para que no reconocieras su voz? ¿Esperabas que aceptara la idea de que has estado con otros hombres?

Sus ojos verdes se iluminaron de furia y su Fuego conjurado saltó en respuesta.

—¿Esperas que me avergüence? ¡Es algo que pasó y no tiene nada que ver con nosotros!

—¿Cuántos, Sioned? —Exclamó.

—¡Cómo te atreves! ¡No tienes derecho a preguntarme eso, como si todos los hombres de la Fortaleza de la Diosa hubieran pasado por mi cama! Nunca te pregunté por tus mujeres, ¿verdad?

Se sobresaltó tanto que casi olvidó estar enojado.

—¿De qué estás hablando?

—¿No crees que me he preguntado cuántas mujeres de Stronghold han estado en tu cama? —espetó—. ¡Ni tus manos ni tu boca son precisamente virginales! ¡Fue una noche, parte de mi entrenamiento como Mensajera del Sol, que ocurrió antes de verte en el Fuego! —Dio un paso más cerca, mirándolo fijamente—. ¿Pensabas que intentaría engendrar el hijo de otro hombre contigo? ¿Es esa la verdadera razón por la que esperas tanto para casarte conmigo? ¿Cómo te atreves a preguntar cuántas? ¿Cuántas han sido para ti? Pero te lo prometo, mi señor príncipe, ¡no habrá otras mujeres una vez

que seas mío! Puede que no tenga derecho a interrogarte sobre el pasado, pero tu futuro es mío.

Salió de la cueva y el Fuego se desvaneció con ella, dejando a Rohan solo y sin palabras en la oscuridad. Se quedó allí unos minutos, su mente adulta diciéndole que había hecho el ridículo. Pero algo más sabio rió suavemente con satisfacción. La risa interior continuó mientras se abría paso con cuidado hacia la luz del sol. Encontró su espada, lo que supuestamente había venido a buscar, y la envainó antes de detenerse en la cornisa para observar el rápido descenso de Sioned. Se le escapó un poco de la risa. Su sonrisa no se desvaneció durante todo el largo viaje de regreso a Stronghold.

Sioned se abalanzó sobre la colcha verde azulada, tras haber cerrado la puerta de golpe en la cara de Camigwen, sorprendida. No tenía ganas de intentar una explicación por su negativa a asistir al banquete de esa noche, ni de oír razones para cambiar de opinión. Golpeando una almohada inofensiva hasta convertirla en grumos, desperdició una gran cantidad de energía creativa maldiciendo a los hombres en general y a Rohan en particular.

—Estúpido, arrogante, testarudo, celoso, posesivo…

Un golpe en la puerta interrumpió los insultos murmurados.

—¡Vete! —gritó, y volvió a golpear las almohadas. La puerta se abrió y una voz suave que no era la de Cami dijo:

—Quizás pueda ayudar, querida —Sioned se puso de pie de un salto, roja como la sangre, mientras hacía una reverencia a la princesa Milar.

Solo había hablado una vez con la madre de Rohan, palabras formales en compañía de los otros faradh'im recién llegados, y a Sioned no se le ocurría ninguna razón para esta visita, a menos que Andrade hubiera estado hablando. Tragó saliva mientras la princesa sonreía y se sentaba en una silla.

—Me alegra que vayamos a tener esta pequeña charla —dijo la princesa con una sonrisa encantadora—. He estado esperando el momento adecuado, pero todos hemos estado muy ocupados. —Señaló la otra silla—. Por favor. A menos que prefiera que vuelva en otro momento.

Sioned se sentó, incapaz de decir una palabra.

—Ahora podemos estar tranquilas mientras hablamos. Tenía más o menos tu edad cuando vine aquí para casarme con el padre de Rohan, ¿sabes? ¡Qué hombre tan difícil era! Casi tan malo como su hijo, a decir verdad. Es un lugar extraño, el Desierto, y sus gobernantes tardan tanto en adaptarse como su clima. Cuando llegué aquí, Stronghold estaba en un estado lamentable, sin ningún consuelo. ¿Te imaginas? La única mesa en el Gran Comedor era la de Zehava, ¡y todos los demás tenían que comer de pie! Pero cambié

todo eso, y también cambié a Zehava.

Continuó así un rato mientras Sioned se preguntaba desesperadamente adónde se dirigía. Pero durante la charla aparentemente sin sentido de la princesa, la tensión se fue disipando poco a poco. Milar era tan astuta como Andrade, a su manera. Sioned sonrió. La princesa se dio cuenta al instante y se interrumpió en medio de una frase sobre los jardines.

—Mejor así. Verás, aquí no tienes por qué tenerle miedo a nada, y menos a mí. Y mucho menos al banquete de esta noche.

—No tengo miedo, alteza —le dijo Sioned—. Solo soy una tonta.

—Eso te convierte en la pareja perfecta para mi hijo —dijo Milar secamente—. Pero todos somos un poco ingenuos a veces, ¿verdad? Mi hermana parece creer que me he dedicado a ello. No debes preocuparte por los pequeños malentendidos entre tú y Rohan. ¡Tuve muchos con su padre! ¡Ay, cómo nos llamábamos! Tienes que aparecer esta noche, ¿sabes? Queremos agradecerte en público por salvar a Jahni y Maarken. No te preocupes por qué ponerte, ya me encargo yo. Vendrás y lo disfrutarás, ¿verdad? ¡Por favor, di que sí!

Los ojos azules eran tan ingenuamente atractivos que era imposible negarse. Si Rohan alguna vez la mirara así, se sentiría indefensa. Y se dijo a sí misma con una punzada de fastidio que ya lo estaba, le gustara o no. En ese momento no le gustaba nada. Asintió lentamente, y la princesa Milar aplaudió encantada.

—¡Oh, espléndido! Te enviaré el vestido enseguida, y una de mis doncellas te peinará. Creo que te gustará —concluyó con una sonrisa feliz, levantándose con un crujido de faldas grises y un baño de aroma a rosas—. ¡Estoy segura de que a mi hijo le encantará!

—Su Alteza, es muy amable de su parte molestarse tanto por mí, pero creo que debería contarle algo sobre mí y su hijo y…

—¡Ay, querida! —rió la princesa Milar—. ¡No hay nada importante que pueda decirme que yo no sepa ya! Y no es ninguna molestia prepararle ropa adecuada. Cuando regrese de Waes, habré llenado un armario entero. Las mujeres en nuestra posición tienen ciertas obligaciones, ¿sabe? Su amiga Camigwen las entiende muy bien. Me cae muy bien, Sioned. Pero como decía sobre las obligaciones, espero que no las encuentre demasiado tediosas. Hay compensaciones, incluso cuando nuestros hombres se ponen difíciles.

Sioned observó cómo se cerraba la puerta tras la princesa, preguntándose aturdida si quedaría alguien en Stronghold que no creyera que Rohan se casaría con ella. ¿Era el «secreto» tan conocido que jamás podrían llevar a cabo su plan?

La criada llegó un rato después, hizo una reverencia lo suficientemente profunda como para indicar que ya consideraba a Sioned una princesa, y dijo:

—Buenas noches, mi señora. Extenderé el vestido sobre la cama y nos encargaremos de bañarla antes de empezar con el peinado. Su Alteza dice que no se preocupe si llega un poco tarde, porque es la noche perfecta para hacer una entrada triunfal. Si está lista, mi señora, podemos empezar.

Sioned empezó a sospechar que Andrade —y Camigwen— influían en la actitud imperante. Probablemente creían que si todos se comportaban como si Sioned fuera la novia reconocida de Rohan, este se vería obligado a admitirlo en público. Dudaba que comprendieran del todo su terquedad.

La propia Sioned tenía dos, quizá tres, opiniones sobre el futuro. Quería a Rohan. Quería que sus planes triunfaran, pues sabía que su vida en paz juntos podría depender de las concesiones que pudiera obtener del Alto Príncipe en el Rialla; la farsa era necesaria. Pero también le molestaba la intromisión de Andrade en su destino, y su encuentro con Rohan le había hecho reconsiderar su opinión sobre él.

La criada cotilleaba, y Sioned aprendió algo interesante: la charla sin sentido era muy útil cuando uno quería evitar escuchar sus propios pensamientos.

—¿Dónde está? —Milar dobló la servilleta sobre el plato y miró una vez más a lo largo del Gran Comedor.

—Si lo supiera, lo encontraría y lo arrastraría hasta aquí de la nariz —espetó Andrade. Estaba cansada tras el largo viaje bajo el calor, y solo deseaba cenar. Pero los vasallos e invitados no probarían ni un bocado de comida ni una gota de vino hasta que su príncipe finalmente decidiera honrar la mesa principal con su presencia. No era tan ingenuo como para esconderse, aunque por la expresión de Sioned durante el viaje de regreso de Roca Hendida, esconderse parecía la mejor opción hasta que se calmara. Andrade podía hacer una suposición acertada sobre las palabras que habían intercambiado.

Se removió en su silla; el cojín bajo ella apenas aliviaba el dolor de tantas horas en la silla. El resto de la compañía se ponía nerviosa, mirando hacia las puertas principales. Andrade hizo un inventario mental, comparando a cada vasallo con su bandera de batalla, colgada en lo alto sobre las antorchas, que estaban colocadas a la altura suficiente para emitir luz, pero no demasiado calor en esa habitación perpetuamente cálida. Al final del salón, unas enormes puertas dobles estaban abiertas de par en par, al igual que las ventanas a ambos lados y a lo largo del muro exterior, para dejar entrar cualquier brisa que pudiera refrescar a los comensales. Pero los estandartes se movían solo con vacilación y las llamas de las antorchas eran firmes y sin humo. Andrade se humedeció los labios resecos y se apartó un mechón de pelo del cuello, maldiciendo la tardanza de su sobrino.

De repente, sus ojos se abrieron de par en par al ver a Rohan entrar al salón. Recorrió el largo pasillo entre las mesas con la naturalidad y autoridad de un dueño absoluto, vestido de negro y plata, con su cabello dorado reluciendo como si lo hubieran pulido. Andrade soltó una risita completamente impropia de su edad y rango. La entrada era Zehava, hijo del dragón, y ella le perdonó su incomodidad por el placer de verlo deslumbrar a todos en la sala.

Una camisa de cuello abierto que se ceñía a su cuerpo estaba metida en unos ajustados pantalones negros. Bordados de plata brillaban en su cuello, muñecas y la parte superior de sus altas botas negras. Dos anillos —uno de topacio y otro de esmeralda— brillaban en sus dedos, y un único y grueso ónix colgaba cerca de la comisura de su mandíbula desde un broche de plata que rodeaba su oreja. El efecto era perfecto, y no pretendía solo impresionar a sus vasallos.

Rohan hizo una pausa para hacer una reverencia a su madre. Las dos mitades de la mesa principal se habían separado, de modo que Milar se sentó a un lado de la división y Rohan al otro. Este se sentó junto a Andrade, y cuando Walvis se acercó a servirle el vino, el festín comenzó por fin. Andrade lo miró de arriba abajo y murmuró:

—Ahora bien, me pregunto para qué servirá todo esto.

Tobin lo miraba fijamente.

—¡Te ves maravilloso!

—Gracias —dijo con desenfado—. ¡Pero Tobin, me sorprendes! No tienes las manos rojas de azotar a tus dos demonios.

—Chay lo hizo por mí, y no podrán sentarse en dos días. ¿Pero dónde está Sioned? Quiero darle las gracias.

—¿Todavía no ha llegado? —preguntó con una mirada casual a la Sala.

—Pero vendrá —dijo Milar—. No la avergüences, Rohan. Es bastante tímida, ¿sabes? ¡Qué guapo estás, cariño! Me alegro de no haberme estado cosiendo los ojos en vano.

—Deberías haberle pedido a tus mujeres que lo hicieran —regañó con cariño.

—No seas tonto. Me dio algo que hacer mientras Andrade me aburría con sus historias. Además, mis mujeres están planeando cómo cambiar la suite del príncipe cuando regreses.

—Parece como si no vinieras con nosotros —dijo Chay.

—Tengo mucho que hacer aquí. —Metió sus delicados dedos en un cuenco de agua perfumada que sostenía su escudero—. Rohan querrá llevar a su novia a unas habitaciones adecuadas. Y eso me recuerda... sube a buscarla, Jary.

El escudero se marchó a toda prisa. La conversación se detuvo unos instantes mientras todos fingían no notar el rubor de Rohan. Andrade señaló a Walvis con el dedo.

—Prepara un lugar en la mesa principal para Lady Sioned, y no seas sutil. El chico hizo una reverencia, y su habitual desconfianza hacia ella se disolvió en una sonrisa descarada.

—Mi señor lo ordenó antes, mi señora. Andrade le guiñó un ojo.

—Muy considerado. Lo apruebo. —Se giró hacia su sobrino—. Te asesinará por ello, ¿sabes?

—Debería haber pensado en las consecuencias oficiales antes de salvar a Jahni y Maarken hoy. —Sus ojos se iluminaron con una anticipación maliciosa—. No sería digno de un príncipe el no darle las gracias en público.

—Sigo diciendo que te matará.

—Ese huevo aún no ha eclosionado. ¿Pero qué te parece mi primera representación de un príncipe gobernante? —Tomó su copa e hizo una pose.

Ella rió.

—Impresionante. Me gustan las joyas. No te pongas más que eso, Rohan. Tu pelo y tus ojos lo dicen todo. No hay una sola mujer en esta habitación que no esté babeando por ti. Pero sospecho que quieres la atención de la mujer que aún no está aquí.

—Querida tía, ese huevo ni siquiera ha eclosionado, así que no esperes que su dragón vuele.

Arqueó las cejas.

—¡Vaya, qué poéticos nos hemos vuelto con nuestras frases, mi señor príncipe! ¿Practicando para Roelstra o para Sioned?

—Lo primero, por supuesto. Frases más atrevidas que las que realmente me gustaría decirle.

—¿Te has pasado días pensándolas?

—Años. —Hizo una mueca, se llevó la copa de vino a los labios y se detuvo en seco.

Andrade siguió la dirección de su mirada y, en el repentino silencio, oyó a Chay emitir un silbido de admiración. Había mucho que admirar mientras Sioned cruzaba las losas hacia la mesa principal.

Vestida con discreción, sin joyas, y con el cabello recogido en una sencilla trenza con finas cintas doradas, seguía siendo tan majestuosa como una princesa vestida de seda verde oscuro, del mismo color que las bayas de musgo en la sombra. No miraba a derecha ni a izquierda y sus movimientos eran algo rígidos mientras caminaba por el pasillo central, con todas las miradas puestas en ella. Walvis se adelantó para rescatarla, pero Rohan le puso una mano en el brazo para contenerlo. Andrade asintió para sí misma; Sioned tendría que acostumbrarse a que la miraran, pues una vez que fuera la esposa de Rohan, a menudo sería exhibida públicamente.

El príncipe se puso de pie cuando la Mensajera del Sol la hizo inclinarse ante él. Mientras ella inclinaba la cabeza y las rodillas, con

la mirada fija en el suelo, Rohan se interpuso entre las mesas y se detuvo en el estrado frente a ella.

—Un momento, mi señora —dijo mientras ella se levantaba, y su voz se oyó admirablemente hasta los confines del Salón. Las mejillas de la muchacha estaban sonrojadas mientras alzaba la vista con furia, con ojos como los de un pájaro asustado. Rohan continuó:— Queremos agradecerle formalmente su valentía hoy en la cacería. Por nuestra hermana y su señor, por nuestra señora madre y nuestra tía, pero sobre todo por nosotros mismos. Ha protegido a los dos jóvenes señores que son nuestros herederos, hasta que podamos conseguir uno propio.

Andrade se recostó para disfrutar del espectáculo, aprobando plenamente las palabras de Rohan y el destello de furia en los ojos verdes de Sioned. ¡Menudo niño travieso, usar el *nosotros* real para referirse a sus hijos mutuos!

Rohan le tendió una mano. Con impotencia, ella cogió sus dedos de los suyos, y un instante después lucía el anillo de esmeraldas. Andrade casi se atragantó. Lo había colocado en su dedo anular izquierdo, el reservado para el décimo anillo de Mensajero del Sol y que, para un faradhi, nunca estaba rodeado por otro.

—Deseamos que lleves esto como recordatorio de la deuda que tenemos contigo —dijo. Subiendo firmemente a Sioned a su lado en la tarima, la entregó a la escolta de Walvis y, mientras el escudero la acompañaba a su lugar en la mesa principal, Rohan levantó su copa de vino—. ¡La dama Sioned! —gritó.

La asamblea pronunció su nombre a gritos y brindó por su salud. Sioned parecía alguien cuya salud necesitaba un brindis. Andrade sonrió tras su copa y reflexionó sobre los métodos que usaría la chica para que Rohan pagara por ello.

Esperó a que el Salón se quedara en silencio y luego volvió a hablar.

—Mis señores, he escuchado atentamente sus deseos y necesidades sobre las tierras que poseen de mí. Sus deseos son muchos y variados. Pero nunca he negociado en un Rialla y me resisto a comprometerme con promesas que tal vez no pueda cumplir. Por lo tanto, les pido que, antes de partir hacia Waes dentro de tres días, elijan a tres de ustedes para que me acompañen y me aconsejen.

Andrade se quedó mirando. Chay iría a la Rialla como siempre, por supuesto, pero que señores menores acompañaran a su príncipe no era cosa habitual. ¿Qué plan estaba tramando el chico ahora?

—Mi padre, el príncipe Zehava, me dijo una vez que las promesas de un príncipe mueren con él. No pretendo que me suceda lo mismo. Desconozco las promesas que les hizo en años pasados, pero sé que

su principal preocupación era la riqueza y la felicidad de sus tierras. Si queremos mantener el Desierto fuerte y próspero, debemos trabajar juntos. Pero se me ha ocurrido que… —Hizo una pausa y respiró hondo, no solo por efecto, como vio Andrade con los ojos entrecerrados—. Ustedes y sus familias nos han servido a mí y a los míos durante mucho tiempo y con éxito. Sin embargo, con la excepción de mi señor del Fuerte Radzyn, quien recibió la concesión al casarse con mi hermana, ninguno de ustedes posee realmente las tierras y los territorios que administran. A mi regreso de Rialla, les propongo esto: en otoño visitaré cada una de mis posesiones, las inspeccionaré y les permitiré que me muestren sus fortalezas y debilidades. Si todo es satisfactorio, investiré a quienes demuestren ser dignos con el privilegio que ahora solo disfruta Lord Chaynal.

Pandemonio.

—¡Espero que sepa lo que hacen! —le gritó Chay a Rohan por encima del ruido.

—Cariño —dijo Milar con preocupación—, ¿crees que esto es prudente? Zehava rompió todos los precedentes al regalarle Radzyn a Chay, y fue lo mejor, por supuesto, pero…

—¡Estás loco! —exclamó Tobin.

Pero Andrade lo comprendía. Los vasallos estarían ocupados preparando sus fortalezas para la inspección de Rohan, y cuando este regresara con lo que considerara que merecían de las negociaciones de Rialla, aceptarían cualquier cosa con tal de obtener la verdadera propiedad de sus tierras. Además, Sioned acompañaría a Rohan en este proceso, lo que les daría a todos la oportunidad de conocerla. Por último, si lo había interpretado bien, como creía, una guerra con los Mérida se avecinaba la próxima primavera. Quienes luchaban lealmente por el príncipe que los gobernaba lucharían con fiereza para proteger las tierras que les habían sido cedidas por ley escrita, en una promesa que no moriría con este príncipe.

Tocó el brazo de Rohan, y él se giró para mirarla.

—Haz que paguen por ello —aconsejó.

—Con lo suficiente para mantener Stronghold cada año a partir de ahora —asintió.

La expresión de Andrade reflejaba aprobación.

—Les das lo que ya tienen, y ellos pagan por el privilegio. Muy económico, Rohan.

Se sentó y bebió un buen trago de vino.

—Ser príncipe da sed —comentó.

Con la salida de la luna, el vino fluía a raudales y la conversación en el Salón no cesaba ni un instante. Andrade se relajó felizmente en medio del tumulto, apreciando la calidad del entretenimiento que Rohan le había brindado. Hacía años que no presenciaba eventos

como estos, y si él era capaz de un espectáculo como este en Stronghold, su actuación en el Rialla sería algo prodigioso. Apenas podía esperar.

Sin embargo, la noche aún no había terminado con sorpresas. Andrade no perdía de vista a Sioned, notando que la chica comía y bebía casi nada. Rígidamente controlada, estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo, los labios apretados, su porte gélido en contraste con el fuego de su cabello. Mientras retiraban los platos y colocaban jarras humeantes de té a lo largo de las mesas, Andrade vio que Sioned ya no miraba sus manos, sino el largo pasillo entre las mesas hacia las puertas principales. Curiosa, Andrade miró en esa dirección. La luz de la luna creaba rectángulos difusos en las altas ventanas a ambos lados de la entrada, con una fría luz plateada que competía con el cálido resplandor de las antorchas. Pero Sioned no miraba la luz. Su atención estaba fija en alguien al fondo del Comedor. Se puso de pie lentamente y se deslizó por el pasillo exterior junto al ventanal, a espaldas de los comensales. Andrade anticipó su rumbo y se tensó al ver el objeto de la mirada de Sioned.

El mayordomo de vinos del que Andrade había advertido a Milar se encontraba en uno de los rayos de luna junto a las puertas. Sus ojos pálidos estaban vidriosos, su rostro inexpresivo, su cuerpo paralizado. Reconoció la mirada de alguien usado por un Mensajero del Sol como sus ojos y oídos.

Sioned se encontraba ahora ante la segunda ventana, su esbelto cuerpo iluminado por sombras plateadas. Andrade se puso de pie, pero sabía que era demasiado tarde para detener al faradhi. Fría y políticamente, supo que no había mejor momento para que Sioned demostrara su utilidad como princesa de Rohan.

El silencio fluyó lentamente por el Salón cuando la gente notó a Sioned. Levantó ambas manos; la esmeralda escupió fuego de su dedo y sus otros anillos adquirieron un brillo extraño. Al concentrarse la luz entre sus manos, Andrade compartió una exclamación ahogada con el resto del Salón. Pero solo ella y los otros faradh'im sabían que esa era una habilidad que Sioned no debería haber poseído. En el espacio sin luz ante las puertas abiertas, una figura se consolidó, invocada por el Fuego que Sioned había entrelazado con la luz de la luna. La imagen vaciló, se estabilizó, se volvió reconocible. Andrade apretó los puños al reconocer a Roelstra. Alguien gritó.

—¿Quién eres? —le gritó Sioned al mayordomo, no dirigiéndose a él, sino al desconocido faradhi que lo controlaba— ¿Qué más has visto para tu amo, el Alto Príncipe? Dime qué tramas contra mi señor, o te seguiré hasta el Castillo del Peñasco y te envolveré en tu propia sombra.

El espectro del Alto Príncipe se movió. Sus labios formaron

palabras inaudibles, sus manos se alzaron para agarrar hombros invisibles. La cabeza del mayordomo se balanceaba al ritmo de los movimientos de Roelstra mientras sacudía al distante faradhi.

—¡Dime!

El rostro del mayordomo era ahora una máscara de terror.

—Juro por mi alma…

—¡No tienes ninguna! ¿Planeabas matarlo? ¡Dímelo!

—¡No! No, te lo juro…

—¡Escúchame, Roelstra! ¡Dile mis palabras, traidor! ¡Dile que lo veré muerto a él y a los suyos si daña a mi señor!

Andrade agarró el brazo de Rohan para evitar que corriera hacia Sioned. Se abalanzó sobre ella, furioso.

—¡No! —siseó— ¡Déjala!

La mirada de Sioned se desbordaba mientras demostraba ser digna de sus anillos —y más— enredando al otro faradhi en la luz, amenazándolo con sombras infinitas. Pero había durado demasiado; Andrade percibía la tensión del conjuro y la tensión del tejido lunar en sus propias percepciones, y sabía que Sioned no tenía fuerzas para continuar mucho más. Con las habilidades que solo posee una Señora de la Fortaleza de la Diosa, Andrade rápidamente reunió hebras de luz; clasificándolas, separándolas. Era como si desenredara un fino velo de seda de mil colores, cada uno pintado en plata y fuego, y luego los retejiera en el patrón único que era Sioned. Sin embargo, la chica la resistió, con una fuerza aún formidable, mientras luchaba por mantener el vínculo entre ella y el faradhi en el Castillo del Peñasco. Andrade necesitó casi toda su fuerza para doblegar a Sioned.

De repente, el rostro del mayordomo se giró, e incluso a través de la distancia que los separaba, Andrade vio a alguien más mirándolo a través de sus ojos. Desesperado, desesperado, el hombre gritó con una voz que no era la suya:

—¡Mi Señora, perdóname!

Ella se encogió ante esa terrible súplica e intentó encontrar el patrón de colores que identificaría al Mensajero del Sol. Pero el cuerpo del mayordomo se arqueó en un espasmo que le partió la columna vertebral y se deslizó al suelo justo cuando los dedos fantasmales de Roelstra soltaban al traidor invisible. Rayos de luz se apretaron alrededor de Andrade, luego se rompieron en colores fragmentados tras sus ojos. Gimió, apretando su dolorido cráneo entre las manos. Una niebla de tonalidades arremolinadas ocultó la imagen de Roelstra. Entonces todo desapareció.

—¿Por qué me detuviste? —resonó la voz de Sioned con furia acusadora. Entonces se tambaleó, y el fuego de la esmeralda se apagó al fin mientras se desplomaba en el suelo, hecha un bulto sin gracia.

Mientras Rohan corría a abrazarla, Andrade oyó que alguien la llamaba por su nombre con voz frenética.

—¡Andrade! ¡Andri, mírame, por favor!

Con los ojos doloridos, se giró hacia su hermana, consciente de que, a pesar de la falta de entrenamiento de Milar, había sentido el contragolpe del poder de Sioned. Se aferró al brazo de su gemela.

—¡Mila, sácame de aquí! ¡No debo mostrar debilidad!

—¡Urival! —gritó Milar.

De alguna manera, se mantuvo erguida y en control de sí misma mientras salía del Salón junto a Urival. Sin embargo, una vez traspasadas las puertas, se desplomó contra él. Sin ceremonias, la levantó en brazos y la llevó arriba, a sus aposentos. Apenas era consciente de estar recostada en la cama entre suaves almohadas. Después de un largo rato, abrió los ojos. Urival estaba sentado a su lado, esperando, y cuando ella lo miró con el ceño fruncido, dijo:

—¿Cuánto le he enseñado? Suficiente, obviamente. Sabía que te lo preguntarías.

—¿Cuánto sabe? —Andrade hizo una mueca al incorporarse.

—No todo. Todavía. Supongo que no te refieres a sus habilidades faradhi.

Gruñó y se dejó caer de nuevo.

—Le enseñaste demasiado. —Cuando él solo se encogió de hombros en respuesta, lo acusó—. Siempre la favoreciste: la ayudaste, la enseñaste, la cuidaste…

—¿Y tú no lo has hecho?

—Nunca debí enviarte con ella. No debiste ser tú quien la convirtiera en mujer.

—Quizás se podría decir lo mismo de que vinieras a mí la noche en que me convertí en hombre. Ella sabe que la estás utilizando, igual que yo sabía que me utilizarías a mí. Estaba dispuesto a seguirle la corriente, pero no creo que Sioned sea tan dócil. Ya la oíste esta noche.

—Perderá sus anillos, se convertirá primero en la princesa de Rohan y después en una Mensajera del Sol. ¡Eso no es lo que quería, Urival!

—Siempre supimos que había un riesgo. Pero para ser justos, no creo que ninguno de los dos sospechara jamás de su fuerza.

—Le enseñaste demasiado —repitió quejándose—. Te preocupas demasiado por ella.

—¡Y tú te preocupas demasiado por el poder! —Urival se levantó y fue a servir vino. Con más calma, continuó—: Se está recuperando, al igual que Tobin. Tengo a Camigwen con ella y a Sioned, y a Ostvel calmando a Chay y a Rohan. Milar ordenó que cuidaran con decoro del cadáver del mayordomo.

Se incorporó de nuevo, encontrándolo más agradable esta vez, mientras bebía de la copa de vino que él le ofrecía.

—¿Hace cuánto tiempo sabes que fui yo esa noche?

—El hechizo de la Diosa puede revelar tanto como ocultar —respondió con un leve encogimiento de hombros.

—¿Qué piensas hacer con Sioned?

—Darle un séptimo anillo, por supuesto. Lástima que el cofre no esté aquí, pero estoy seguro de que mi hermana se desprenderá de algo propio para celebrar la ocasión.

—Sioned ya recibió su séptimo anillo esta noche, y un poco antes de demostrar sus habilidades —le recordó.

—Maldito Rohan. —Terminó el vino.

—No es solo el anillo lo que lleva en el dedo. Son sus vasallos. Estuve observando sus caras

—Lo que quieres decir es que les asusta que su poder se vuelva en su contra. ¡Malditos sean todos! —Tiró la copa vacía al otro lado de la habitación. Cayó contra el tocador antes de rodar por el suelo.

—Recuéstate y quédate quieta —ordenó Urival—. Si te hubieras recuperado del todo, la copa se habría estrellado contra la pared.

—¿Qué ha hecho Roelstra? —le preguntó—. Los espías de siempre no lo contentaron; se llevó a uno de los nuestros, un Mensajero del Sol…

—Pero contra la voluntad de ese Mensajero del Sol, Andrade. Fue un grito desgarrador.

—¿Qué más da? Es un traidor, sea quien sea. —Miró a Urival un largo instante—. Quizás sea mejor que le hayas enseñado tanto a Sioned. Puede que lo necesite.

Parte Dos

El Rialla.

Capítulo Diez

Rohan había decidido viajar con mucha menos pompa que su padre. Se sentía incómodo con la ceremonia que Zehava habría disfrutado, y la ceremonia se traducía en quienes la organizaban. Así, la columna de asistentes y carros de equipaje se extendía apenas a media distancia detrás de él en el camino a Waes, y el campamento se montaba, afortunadamente, con rapidez al atardecer. No es que esto acelerara mucho su avance, pero al menos podía ver el final de la columna al mirar atrás por encima del hombro.

La maleza seca de las Colinas de Vere dio paso al verde estival de las tierras bajas regadas por el río Faolain, y cruzaron a Meadowlord. El ritmo se ralentizó a medida que los ojos, acostumbrados a la arena desnuda, se deleitaban con árboles, hierba y grano. La gente también era diferente allí que en el Desierto: regordetas y de rostro sonrosado, sin arrugas ni piel bronceada. Ningún jinete se apresuró a adelantar a Rohan anunciando que su alteza real pronto honraría su humilde tierra cabalgando sobre ella, ni con órdenes de apartar ovejas y ganado del camino. Rohan disfrutaba de los retrasos que le brindaban la oportunidad de hablar con los pastores y aldeanos, quienes a menudo ignoraban que el joven poco atractivo al que saludaban era el dueño de la hilera de caballos y carros que pasaba. Le ofrecieron cuencos de leche fresca y melocotones maduros, le mostraron bebés sonrientes y le permitieron vislumbrar a doncellas sonrojadas cuyas miradas de admiración le elevaron mucho la autoestima.

El grupo se había dividido en tres secciones ese primer día: Rohan a la cabeza con su familia y sus criados personales, luego los Mensajeros del Sol, y por último los carros de equipaje con sirvientes y guardias para protegerlos. No es que necesitaran protección en la pacífica Meadowlord. Si un soldado tensaba su arco, era para cazar una pieza selecta para las ollas de la noche.

Rohan encontraba en el simple placer de una larga cabalgata a campo abierto un maravilloso alivio de las tensiones que había dejado atrás en Stronghold y de las que le aguardaban en Waes. Nadie se acercaba con un problema más serio que dónde acampar para pasar la noche, y normalmente alguien de su familia cabalgaba a su lado. Tobin, en particular, era una excelente compañía, cuando podía separarse de su señor. Siempre llevaba flores en el pelo, recogidas por Chay cada mañana, y guardaba una ramita de lo que encontraba para llevar en el cinto. Con sus hijos en Stronghold al cuidado de una abuela que los adoraba, el Señor y la Señora de Radzyn volvían a comportarse como jóvenes amantes. Rohan sonrió con indulgencia y se imaginó a sí mismo y a Sioned en circunstancias similares.

Ella cabalgaba con los demás de la Fortaleza de la Diosa y él la veía muy poco. Rohan había cumplido su propósito de asegurarse de que sus vasallos supieran quién era, pero no había contado con su demostración gráfica de sus ventajas como esposa. Haberla elegido durante el viaje habría sido una insensatez, aun sabiendo que nadie de su gente cotillearía en el Rialla sobre su probable elección de esposa. La observaba desde la distancia, angustiado, pues sus ojos estaban apagados y cabalgaba con los hombros encorvados, sin parecer reparar en la belleza del paisaje.

Los vasallos elegidos para acompañarlo también cabalgaban con él a veces. Estaba satisfecho con los resultados de su maniobra y no podría haber elegido mejor. Farid de Cuenco Celestial era un hombre de mediana edad y humor seco, seleccionado por su asombrosa habilidad para sacarle provecho a una propiedad que consistía en roca, agua y nada más. En lo alto de las Colinas Vere, Cuenco Celestial se asentaba en las laderas de un antiguo lago que parecía una copa redonda llena de cielo. La fortaleza se había construido palmo a palmo con piedra gris extraída de las laderas del cráter, donde los campos en terrazas producían lo suficiente para alimentar a un pequeño rebaño de ovejas y poco más. Pero de algún modo, el señor Farid sobrevivió e incluso sacó provecho de su rebaño y de su pequeña presa, y rara vez le pidió a su príncipe algo más que vino o un poco de comida para atravesar un invierno inusualmente largo.

Rohan había visitado Cuenco Celestial de niño, y la visión de tanta agua en un solo lugar lo había asombrado. El asombro dio paso al terror cuando su padre lo levantó y lo arrojó a las aguas poco profundas. Zehava saltó al agua momentos después para asegurarse de que su heredero no se ahogara mientras aprendía a nadar por obligación. Sin embargo, Lord Farid reprendió a Zehava por asustar a Rohan, y en los días siguientes lo llevó a un paseo para enseñarle los puntos clave del arte de mantenerse a flote. Rohan había superado su miedo al agua e incluso se arrepintió de haber dejado Cuenco Celestial, y nunca olvidó la defensa que Farid le dio.

El segundo vasallo elegido fue Eltanin, quien gobernaba Tiglat, una ciudad amurallada del norte, anteriormente ocupada por los Mérida. Eltanin era joven y había heredado de su padre hacía solo unos años, y su entusiasmo por asistir al Rialla se vio acrecentado por la esperanza de encontrar esposa allí. A Rohan le caía bien, y en sus conversaciones, Eltanin admitió tímidamente que comprendía perfectamente cómo se sentía Rohan al ser un joven inexperto en un puesto importante.

Rohan no estaba del todo contento con la tercera opción, pero esperaba sacar provecho de Baisal de las Tierras Bajas de Faolain. La nueva fortaleza del athri era su única preocupación, lo que en cierto

modo lo convertía en el defensor perfecto de los demás señores. La piedra para su castillo estaba muy abajo en la lista de prioridades de todos, así que lucharía con uñas y dientes por las necesidades de los demás señores con la esperanza de que Rohan finalmente se decidiera a regatear por su piedra de Syr. El joven príncipe se maravilló de la extraña lógica de sus vasallos al enviar a Baisal, pero en cierto modo tenía sentido. Al menos no le habían endosado a Abidias del Castillo de Tuath.

El viaje fue un milagro de organización, sobre todo teniendo en cuenta que había casi cien personas a las que supervisar. El chambelán de la princesa Milar se había quedado en la Stronghold para ayudar a remodelar las habitaciones para Rohan, y la pérdida de su nerviosismo fue una bendición. Rohan esperaba que Urival, como mayordomo principal de Andrade, asumiera el mando oficial, pero en cambio, la responsabilidad recayó en Ostvel y Camigwen. La joven era un manantial de capacidad y firmeza, y su Elegido era un hombre de tacto y buen humor. Entre ambos se encargaban de proporcionar comidas deliciosas y puntuales, una eficiente organización del campamento y una estricta supervisión de todo. Rohan reflexionó sobre la posibilidad de convencer a Andrade de que se separara de ellos. El chambelán de su madre lo volvería completamente loco si se trataran a diario, y Sioned había admitido carecer por completo de los talentos que Camigwen dominaba desde hacía tiempo. Además, le gustaría tener a sus amigos con ella en Stronghold.

En consecuencia, en la cuarta tarde del viaje, Rohan le ordenó a Walvis que trajera a Ostvel de su lugar habitual con los faradh'im. Con un tono respetuoso pero no obsequioso, y una sonrisa abierta y alegre, Ostvel le habló no como un subordinado a un príncipe —lo cual habría incomodado a Rohan—, sino como un caballero a un señor. La diferencia era algo que Rohan apreciaba cada vez más con el paso del tiempo y su nuevo poder lo diferenciaba.

—Quería agradecerle por mantener a raya a esta colección de animales durante el viaje —comenzó Rohan.

—Gracias, mi señor, pero en realidad no es tan difícil. ¡No con mi Camigwen dando órdenes a todos!

—Por favor, felicite a su dama de mi parte. ¿Planea casarse pronto?

—Bueno, mi señor, proviene de una muy buena familia en Firon, como puede ver por el color de su piel y esos ojos...

—Mmm, sí. Esos ojos —murmuró Rohan, y Ostvel sonrió ante el cumplido.

—Lo confieso, mi señor, en cuanto los vi... —Se encogió de hombros e hizo una mueca cómica—. ¡Y ninguno de los dos tenía más de quince años! Su gente no es de tan alta cuna como algunos de los

de Sioned, pero sin duda son de mayor rango que la mía. Le dije hace mucho que hasta que no pudiera ofrecerle al mayordomo principal de la Fortaleza de la Diosa como esposo, no le ofrecería nada.

—Estoy seguro de que no le importaría. Pero el orgullo nos hace hacer cosas raras, ¿no? —añadió con una sonrisa triste.

—¿Verdad que sí? —coincidió Ostvel, suspirando—. Pero supongo que cederé pronto. Mi Cami es persuasiva, y a mí me convencen cada noche.

Rohan parpadeó ante esta referencia casual a su vida íntima. Chay y Tobin nunca habían ocultado que se expresaban su amor con frecuencia en la cama, pero estaban casados, no solo comprometidos.

—No estoy entrenado en faradhi —continuó Ostvel—. Pero eso me da aún más suerte de que me haya elegido, mi señor. Los Mensajeros del Sol saben lo que es lo que hay en ese tipo de cosas.

—Eso me han dicho —murmuró Rohan.

—Podría haber sentido lujuria con una docena de hombres más, pero para ella, el amor solo viene conmigo —dijo Ostvel con tímido orgullo—. Y tampoco es una chica tímida y asustada la que me espera —Se rió—. ¡Eso es lo que la hace tan condenadamente persuasiva!.

Rohan rió entre dientes.

—No parece un problema tan terrible, ¿sabes?

—Esa es la belleza de una mujer, mi señor. Los aprietos en los que te meten siempre son los más exquisitos.

—De todos los problemas que me aguardan en el Rialla, las mujeres serán las más interesantes, aunque yo no las llamaría *exquisitas* —admitió Rohan.

La sonrisa de Ostvel se desvaneció.

—Así es, mi señor —dijo con tono apagado—. Si me disculpan, debería estar atendiendo el convoy. Se están quedando un poco atrás. —Asintió brevemente y dio la vuelta a su caballo.

Rohan lamentó la pérdida de la cordialidad con un hombre del que estaba seguro que con el tiempo se convertiría en un buen amigo. Pero, habiendo comenzado la farsa, tenía que seguir adelante.

Al octavo día cruzaron el Faolain por el puente, para profundo alivio de los faradh'im. Soportaron las burlas de sus compañeros menos vulnerables con gracia, sin importarles nada con tal de que les permitieran cruzar el puente en lugar de navegar en balsa por el río. Rohan hizo un alto temprano ese día e hizo que Ostvel montara las tiendas por primera vez en el viaje. No sacaron alfombras ni muebles, pues solo era necesario averiguar qué tipo de arreglos funcionarían mejor en el Rialla.

El tamaño del campamento resultó formidable. La tienda de Rohan era la más grande, una estructura de seda azul, plata y oro que Zehava había encargado para este Rialla. El pabellón sería inútil en el

propio desierto, donde los refugios debían mimetizarse con los colores de la arena. Pero Rohan tuvo que admirar sus proporciones mientras deambulaba por el interior, descubriendo que su padre había previsto una zona privada además de una pública. Rohan y Ostvel recorrieron el campamento, marcando la ubicación exacta de cada tienda en Waes, y se desesperaron mientras organizaban todo a conveniencia y satisfacción de todos hasta que Camigwen llegó y se instaló en el tiempo que le llevó dibujar un mapa en la tierra.

Rohan mantuvo a la pareja con él un tiempo, haciéndoles preguntas sobre los caballos, la comida y los muebles. Aunque le interesaban sus respuestas, estaba más preocupado por observarlos. Cami era enérgica y decidida, recordaba cada detalle y mantenía un inventario mental de todo. Estaba en su salsa, y Rohan sabía que era la persona indicada para liberar a Sioned del control de Stronghold. Ostvel era su igual en logística en lo que a los caballos y los guardias se refiere. Rohan decidió presentarles su propuesta una vez terminada la Rialla, aunque en ese momento era casi imposible creer que en diez o doce días más, todo esto estaría terminado y Sioned sería suya.

Deambuló lentamente entre las tiendas después de que lo dejaran, pensando en el futuro. Ojalá todo terminara ya, y él y Sioned pudieran regresar a la Stronghold en perfecta comprensión, unidos y seguros el uno del otro. Planes que antes parecían tan ingeniosos y emocionantes ahora solo lo irritaban. Pateó una estaca de la tienda, diciéndose a sí mismo que estaba probando su seguridad en el suelo. Pero nunca se le había dado bien mentirse a sí mismo.

—Bueno, sobrino —dijo Andrade a su lado, sobresaltándolo—. Tu pequeño entretenimiento comenzará pronto. Lo espero con ansias.

A la luz del atardecer, parecía cansada, con su brillante cabello polvoriento y las arrugas de su rostro demacradas.

—Espero que duermas mejor esta noche, bajo una tienda de campaña —dijo, preocupado por ella.

—No dormiré bien hasta que tú y Sioned… —Se interrumpió encogiéndose de hombros—. Pero supongo que eso tendrá que esperar hasta que termines de conspirar.

—¿Alguna vez termina?

—No para un príncipe. He estado esperando a que me preguntes qué sé sobre Roelstra. Probablemente lo sepa todo sobre ti, por sus espías. —Su mirada parecía angustiada, pero antes de que él pudiera decir nada, ella continuó con frialdad:— Aunque espero que solo sean las cosas que quieren que sepa.

Rohan la tomó del brazo y caminaron por el campamento.

—Me interesan más sus hijas.

—Apuesto a que sí. Las tiene bien encerradas en el Castillo del

Peñasco, así que diría que ansían libertad. Solo te propondrán matrimonio las legítimas, así que no tienes que preocuparte por las demás.

—Voy a revisarlas todas. Cuantas más, mejor.

—Buscas al dragón entre la manada —replicó ella con una sonrisa —. Cada vez veo más de tu padre en ti, Rohan, en tu dulce y despiadada forma de ser. Como esas chicas probablemente no tengan corazón, no les romperás nada. Pero herirás su orgullo, lo cual es más peligroso.

—Tú también has sufrido una herida en tu orgullo —comentó con dulzura—. ¿Has averiguado algo sobre ese faradhi?

—No, pero lo haré —respondió ella con voz sombría—. Roelstra responderá por esto. Esperaré a que termines con él, pero déjame algunas piezas.

—Usó a tu Mensajero del Sol para espiarme; nos debe algo a ambos. Pero háblame de sus hijas.

Ella lo hizo, hasta donde sabía, y Rohan escuchó atentamente. Naydra era bonita, plácida y maleable; Lenala era estúpida, punto final. Ianthe y Pandsala eran de las que había que tener cuidado.

—Ianthe es la más hermosa y parece la más inteligente, así que ya habrá comprendido las ventajas de casarse contigo. Me sorprendería que no se colara en tu tienda alguna noche. En cuanto a Pandsala, es casi tan hermosa y casi tan inteligente como Ianthe, o eso me han dicho.

—¿Quién? —preguntó, sabiendo que ella no respondería.

—No te preocupes. Solo ten en cuenta los sentimientos de Sioned. Tobin y yo haremos lo posible por protegerla de su rencor. ¿Has decidido cómo y cuándo terminarás tu pequeña comedia?

—Pensé en ver qué sucede —respondió—. ¿Es cena lo que huelo?

—Pronto tendrás que darme una respuesta directa, ¿sabes? Sí, es la cena, y me muero de hambre. Chay y Tobin vienen a mi tienda a cenar en esta noche. Me harías un favor si te unes a nosotros para tener una conversación inteligente. No sé cuánto tiempo podré soportar esas miradas que se lanzan a cada rato.

Mucho tiempo después, al salir de la tienda de su tía en la oscuridad, Rohan intentó recuperar la sensación de libertad que había sentido durante el viaje. Imposible ahora. La conversación durante la cena había girado en torno al Rialla. Mañana llegarían a Waes, y al día siguiente los príncipes comenzarían sus conversaciones. Rohan caminó lentamente hacia su tienda y se quedó un rato fuera, mirando con aire melancólico los postes dorados con sus estilizadas cabezas de dragón en la parte superior. Ostvel había ordenado que se desplegaran guardias alrededor de la tienda real esa noche, un buen entrenamiento para el Rialla cuando fuera necesario, y uno de ellos

detuvo su paso mesurado para saludar a Rohan.

—¿Se retirará ya, mi señor?

—No. Todavía no.

—Muy bien, mi señor. —Tras saludar de nuevo, el hombre continuó con sus rondas.

Rohan recordó los últimos Riallas, cuando lo observaban con mucha menos formalidad y toda la atención real se centraba en su padre. Ya no podía ir a donde quisiera; de ahora en adelante, sería el centro de todas las miradas; sus movimientos serían observados, sus palabras analizadas, cada gesto comentado. Sintiéndose repentinamente sofocado, se giró y se dirigió río abajo.

Se quedó de pie en la orilla, observando las aguas negras. Las lunas aún no habían salido, y la luz de las estrellas era tenue entre las tenues nubes. En la orilla opuesta, los árboles extendían sombras más oscuras, con una brisa susurrando a través de ellas en respuesta al murmullo bajo e insistente del río. Rohan se estremeció, reaccionando al toque de otoño en el aire, y se frotó las manos para calentarlas. No estaba hecho para esos lugares, se dijo a sí mismo, lugares con una abundancia descuidada de agua y cultivos y rebaños que prosperaban sin esfuerzo. Había sido criado para el calor abrasador del Desierto, el duro viento invernal de la Larga Arenaque podía arrancar la carne de un hombre y enterrar su esqueleto sin dejar rastro. Sin embargo, incluso los dragones buscaban tierras más suaves para despojarlas por completo. Rohan volvió a temblar, y no de frío, antes de darse la vuelta y regresar a su tienda.

El simple cambio de postura le salvó la vida. A un dedo de sus costillas, el aire silbó de repente con el sonido de un cuchillo que pasaba. Se agachó al instante, con el cuchillo en la mano, escudriñando la oscuridad con la mirada. Una segunda hoja pasó zumbando junto a él, rozándole la cabeza por un palmo, y maldijo su cabello rubio que brillaba incluso en la noche sin luna. El refugio más cercano estaba a veinte pasos cuesta arriba. Lo único que pudo hacer fue convertirse en una sombra como cualquier otra.

Un pájaro cantó y pequeños animales piaron furiosos al ver un nido perturbado. Rohan permaneció inmóvil, escuchando. Cuando la noche volvió al silencio y no se oía nada más que el río, parpadeó para limpiarse el sudor frío de la tensión y se puso de pie lentamente.

Aunque ahora era un blanco fácil, la noche estaba libre de cuchillos. Esperó un momento y luego examinó la orilla. Una fina empuñadura estaba incrustada en el barro, inclinada hacia abajo por la anticipación del asesino a la defensa de Rohan. Sacó el cuchillo y pasó los dedos por la fina y lisa hoja, recuperando el aliento. No estaba hecha de acero cunaxano, sino de cristal.

Escondió el cuchillo con el suyo dentro de la bota y regresó a su

tienda. Walvis dormitaba en un rincón cerca de la lámpara. Rohan sostuvo el cuchillo de cristal a contraluz, sin sorprenderse al ver la característica muesca en la hoja que debía clavarse en la carne de la víctima al intentar extraerlo. La empuñadura estaba envuelta en finas tiras de cuero marrón, la hoja de cristal verde. Una sonrisa forzada se dibujó en el rostro de Rohan y escondió el cuchillo en lo profundo de sus alforjas, donde su escudero no lo encontraría.

Así que los Mérida querían advertirle, pensó mientras se envolvía en una manta y se acomodaba para dormir. *Mérida* significaba *cuchillo suave* en el antiguo idioma; suave porque las afiladas hojas de cristal eran tan rápidas y letales como el acero, y los Mérida habían llegado al poder como un gremio de asesinos reconocidos por su silencio y habilidad. La muerte de Rohan les habría sido grata, pero habiendo fallado solo habían conseguido alertarlo de su presencia. Lo querían nervioso y desconfiado, esperando que cometiera errores. Rohan volvió a sonreír y se estiró bajo la manta. Este nuevo problema, sumado a todos los demás, le provocó una oleada de excitación, ansia por las próximas batallas de ingenio y coraje. Si los Mérida habían pretendido asustarlo, habían fracasado.

Sioned frenó su caballo en la cima de la colina, contemplando con asombro el vasto campamento. Otros príncipes habían llegado temprano y habían montado sus tiendas, y Sioned las identificó para Cami y Ostvel, quienes habían venido a inspeccionar la zona antes de que llegara la columna principal del séquito de Rohan.

—Ese grupo amarillo junto al bosque es el príncipe Saumer de Isel. Está lo más lejos posible del príncipe Volog; comparten su isla con mucha infelicidad, así que se mantienen alejados en el Rialla. Las tiendas naranjas son del príncipe Durriken. Va a asarse ahí abajo, lejos de cualquier árbol.

—¿Quién te ha estado instruyendo con esta información? —preguntó Cami—. ¿Urival?

—La princesa Milar. Veamos: el rojo es el Príncipe Vissarion de Grib, ese rosa tan ridículo es para Seldeen de Gilad y el verde para Chale de Ossetia. Ese sí que es fácil, Cami, ¿recuerdas cuando vino de visita a la Fortaleza de la Diosa y todo el lugar estaba inundado de uniformes verdes? —Identificó los colores y a sus dueños sin esfuerzo, contenta ahora con la instrucción de la princesa. Escarlata, negro, verde hoja, el turquesa de su Syr natal; los conocía todos. Las tiendas violetas del Alto Príncipe brillaban por su ausencia, y cuando omitió su nombre de su inventario, Ostvel la miró con curiosidad.

—¿Hace su entrada?

—Hace su entrada —confirmó—. Navegará por el Faolain mañana por la mañana con toda la ceremonia. Parece un carnaval, ¿verdad, con todos esos colores contrastando?

—Y la gente haciendo lo mismo —observó Camigwen—. Sobre todo princesas. ¡No, no me callaré, Sioned! Dos vestidos era todo lo que permitías que las mujeres de la princesa Milar te cosieran; ¡dos, cuando tendrás que aparecer en cinco veces más eventos! —Se giró en su silla de montar con los ojos brillantes—. ¿Cuánto tiempo llevamos siendo amigas? ¿No sabes cuánto deseo tu felicidad? ¿Por qué no haces nada para asegurarla?

—Después de que haya visto bien a las princesas, sabré que si me elige será porque de verdad me desea.

—¡Al diablo con las princesas! —exclamó Camigwen.

—Las demás ya casi están aquí —interrumpió Ostvel—. Tendremos que encontrar un buen lugar para acampar. Pelea con ella luego, Cami, tenemos trabajo que hacer.

—¿Cómo voy a pelear con ella si no le importa?

Pero siguió a Ostvel colina abajo, dejando a Sioned contemplando el ostentoso campamento, mordiéndose el labio. Al anochecer, el contingente del Desierto se instaló en tiendas azules. Tras cumplir con su parte por orden de Camigwen, Sioned se escabulló a explorar. El Rialla comenzaría oficialmente mañana con la llegada del Alto Príncipe, y ella tendría que convertirse en los ojos, oídos y lengua extra de Rohan. Debía comportarse como si no lo deseara, comportarse con modestia silenciosa en público y en privado, e intentar ignorar el creciente deseo de despellejar a las hijas reales hasta dejarlas hechas jirones.

Pero algo más serio la preocupaba, y era el Mensajero del Sol que Roelstra había corrompido de alguna manera. Andrade la había interrogado durante el viaje, pero Sioned no había podido proporcionar muchos detalles. Estaba segura, sin embargo, de que quienquiera que fuese también había estado allí la noche en que la princesa Tobin fue atrapada en la cabalgata lunar. Era una lástima que no supiera cómo identificar y buscar a este faradhi renegado para ayudarlo. El corazón de Sioned se encogía cada vez que recordaba su desesperada súplica de perdón.

Al ponerse el sol, se encendieron luces dentro de las tiendas, convirtiéndolas en enormes faroles de colores. Sioned se detuvo en su paseo por los campamentos —sin que sus anillos la detuvieran— y observó los espectáculos de sombras que ofrecían las personas, sin darse cuenta de que sus movimientos se veían a contraluz. Una extensión de seda escarlata le mostró a un hombre y una mujer abrazados; se oyeron risas y la luz se apagó bruscamente. Más adelante, una tienda turquesa mostraba a un hombre gesticulando con enojo a otro. La postura desafiante de este último se fue debilitando poco a poco hasta que cayó de rodillas con la cabeza gacha. Sioned se preguntó qué podría ver en otras noches, especialmente contra las

paredes azules de la tienda de Rohan.

Regresó al campamento del Desierto y se sentó en un pequeño taburete fuera de la tienda que compartiría con Camigwen y otras tres mujeres faradhi. Un brasero lleno de brasas brillantes estaba frente a ella y las encendió con un gesto de la mano. El movimiento provocó una chispa rápida en la esmeralda de su dedo. Con ambas manos extendidas, miró fijamente sus anillos. Ocho ya, pero solo siete ganados a la manera faradhi. Todavía no sabía por qué había hecho algo tan peligroso como entremeterse en la obra del distante faradhi; o, mejor dicho, sabía por qué y temía admitirlo. ¿Qué no haría por Rohan?, se preguntó, nuevamente preocupada por su reacción. Urival tenía razón en ser cauteloso. Ella usaría sus dones y habilidades en beneficio de Rohan, sin importar sus intenciones. Su poder con la luz del sol y la luna no era nada comparado con el poder que él ejercía sobre ella.

La rebelión la invadió, y se dijo a sí misma que no se volvería como el otro faradhi que trabajaba para Roelstra. Sin embargo, el hombre odiaba su esclavitud; Sioned sabía que la suya sería bienvenida. Diosa, qué tonta la había hecho su corazón. Miró con furia la esmeralda. Tobin le había informado que pertenecía a la familia desde hacía quién sabe cuánto tiempo. Se decía que poseía una magia propia. Verde como sus ojos, pensó, maldiciendo de nuevo a Rohan por exponerla en público.

Los anillos de oro captaron su atención y sus pensamientos se dirigieron al descubrimiento en la cueva de la eclosión. Si Rohan tenía razón, la vida cambiaría drásticamente en el Desierto. Con riqueza ilimitada, podría comprar lo que quisiera para sí mismo y su pueblo. Podría comprar principados enteros y a sus príncipes, o princesas, añadió con una mueca. Todo tenía un precio. Intentó creer que no, que nada podría inducirla a traicionar su entrenamiento como lo había hecho el otro faradhi, pero la refutación viviente apareció de repente, con los brazos abiertos mientras se estiraba. Un rubor le subió a las mejillas y giró el rostro hacia el fuego. Por él, cualquier cosa; la asustaba. Él nunca se lo pediría —o eso quería creer—, pero era amargo saber que traicionaría cualquier cosa y a cualquiera por él.

—¿Sioned?

Sus pasos susurraron en la hierba húmeda. Extendió las manos hacia el brasero de nuevo, con la mirada fija en sus anillos mientras él se agachaba a su lado.

—Te has levantado tarde. Debes estar cansada; fue un viaje largo, y estoy segura de que Camigwen no escatimó en trabajo.

—No tengo sueño.

—Yo tampoco. Roelstra llega mañana y estoy preocupado.

—Seguro que sabes lo que vas a hacer. —Su mirada se desvió

hacia sus finas manos bronceadas, cerca de las suyas mientras las calentaba junto al fuego.

—Más o menos. Pero todo podría cambiar cuando me encuentre cara a cara, de príncipe a príncipe. ¿Y si ve a través de mí?

—Si quienes te aman tienen sus dudas, ¿por qué preocuparse por una desconocida?

—Oh, he estado engañando a mi familia durante años —respondió él, y ella supo que no había captado su insinuación—. Sioned, ¿y si fracaso? Necesito esos tratados. Solo entonces podré empezar a construir una vida para nosotros.

—Si es lo que realmente quieres, encontrarás la manera de triunfar.

Ella oyó la obviedad y se detestó por ello.

—Sioned, por favor, mírame.

De mala gana, lo hizo. Su rostro era todo oro y fuego, sus ojos reflejaban las llamas.

—Necesito que tú también desees esto. Antes, era por mí y por las tierras que me dio mi padre. Pero ahora también es por ti. Las razones privadas son tan importantes como las públicas.

Dudó un momento y se encogió de hombros.

—Ha sido difícil, y va a empeorar para ambos antes de mejorar. Lo que me dijiste en la Caza de la Eclosión, por ejemplo. Puedo fingir ser lo que no soy, pero no puedo ni cambiaría el pasado aunque pudiera. Tienes que confiar en mí.

Él sostuvo su mirada en silencio durante tanto tiempo que ella empezó a temblar por dentro.

—Dime una cosa —dijo al fin.

—¿Sí? —preguntó ella, cautelosa.

—Dime que me amas.

Sioned apartó la mirada de esos ojos imposibles, incapaz de hablar.

—Ya lo sé. Pero necesito oírtelo decir, Sioned. Y eso debería decirte todo lo que necesitas saber sobre mí. Quizás los próximos días nos cuesten más de lo que estamos dispuestos a pagar, pero tengo que creer que al final valdrá la pena. Cuando todo termine aquí, podremos volver a casa y amarnos en paz. Este no es nuestro comienzo todavía. Eso tendrá que esperar hasta que estemos a salvo de nuevo en nuestro país. Pero la vida que tendremos, Sioned, cuando pueda guardar mi espada para siempre, entre nosotros podremos...

—¿Su alteza? —se aventuró a preguntar alguien desde más allá de la luz del fuego, y Rohan maldijo por lo bajo. Se puso de pie y rozó el cabello de Sioned con las yemas de los dedos al dejarla—. Sí, Lord Eltanin. Perdóname, había olvidado que íbamos a hablar. ¿Vamos a mi tienda y nos ponemos cómodos? —La luz del fuego lo alcanzó,

incapaz de renunciar al roce de su cuerpo y cabello.

Sioned entró en su tienda, se acurrucó en la cama y no durmió.

Al amanecer se levantó y se vistió con su ropa de montar, con cuidado de no despertar a los demás faradh'im. Pero mientras se ponía las botas, el campamento se despertó con ruidos que un guerrero habría asociado con un ataque inminente. Espadas resonaban, botas y cascos golpeaban la tierra, los guardias gritaban órdenes. Sioned se levantó de un salto y apartó la solapa de la tienda, asombrada por la frenética actividad.

—¿Qué demonios...? —Camigwen, con el pelo largo cayéndole por la espalda, se apretó contra Sioned—. ¿Por qué corren todos, gritándose?

Los demás Mensajeros del Sol, despertados con un sobresalto, se agolparon y especularon entre ellos, pero nadie tuvo respuesta hasta que Ostvel pasó junto a la tienda y gritó:

—¡Vístanse todos! ¡Rápido!

—¿Pasa algo? —preguntó Cami, desconcertada.

—Esa es una forma de verlo —respondió, dejándolos más confundidos que antes.

Cami se vistió y siguió a Sioned afuera. Vieron a Ostvel entre la multitud que descendía hacia el río. Al llegar junto a él, lo oyeron dar una orden tajante a los guardias para que formaran filas.

—¡Abróchate la túnica, mujer! ¡Líneas rectas, ahora! ¡Parece que estás viva, aunque no estés despierta! —Cuando estuvieron dispuestos a su entera satisfacción, se giró, vio a los faradh'im y saludó con ironía—. Buenos días, damas. Llegan justo a tiempo para alinearse en la orilla con el resto de nosotros, pobres mortales. El Alto Príncipe ha llegado.

—¿Todo esto por él? —se maravilló Cami, señalando el bullicio a su alrededor, que se repetía en el campamento de todos los demás príncipes.

—Todo esto y más. Pero el Desierto no le va a presentar la imagen misma de una turba en armas —añadió con severidad a las tropas. Dio una orden bruscamente y marcharon cuesta abajo hacia el río. Sioned y Camigwen los siguieron, agradecidas por el camino que se abrieron entre la multitud.

Río arriba, Sioned pudo ver las velas violetas flácidas bajo la inmóvil luz del sol matutino. Roelstra no tenía prevista su llegada hasta más tarde, y Sioned sospechaba que se había adelantado a propósito. Desconcertar a la gente parecía ser la estrategia favorita de los príncipes, algo propio de los de su especie. La barcaza dobló una ligera curva del Faolain y se dirigió majestuosamente hacia el muelle. Inmensa, pintada de blanco, dorado y violeta, podía albergar fácilmente a más de cien personas con lujosa comodidad.

—¡Miren eso! —susurró Camigwen.

Un hombre de pie casi resopló.

—¡Sí, y miren el mascarón en la proa! Algunos usan dragones, otros monstruos tan horribles como las criaturas marinas que pretenden asustar, pero el barco de Él cambia de damas guardianas como Él mismo de amantes. Dicen que la última es suya, con su gran barriga y todo.

Aunque el interés de Sioned no estaba en la amante de Roelstra, sino en sus hijas, inspeccionó la magnífica talla. Ella le atribuyó al artesano todo el mérito por su increíble habilidad y, si la imagen era precisa, a la amante del Alto Príncipe todo el mérito por su belleza incomparable. A medida que la barcaza pasaba flotando, se vislumbraron figuras y luego rostros en la cubierta superior. La mayoría eran mujeres, y el rostro que coincidía con el de la cautelosa observadora pertenecía a una dama que, efectivamente, estaba embarazada. Las otras mujeres eran delgadas y elegantes, con el pelo recogido en un moño alto y reluciente de joyas, vestidos blancos adornados con ribetes violetas. Cuatro eran morenas, una rubia y la sexta tenía el pelo del color del cobre deslustrado. Todas eran hermosas.

El propio Roelstra era aún más impresionante que su barco. Alto, vestido con una capa blanca y una túnica violeta, permanecía de pie en la barandilla de la cubierta superior con una mano levantada para saludar a la multitud. Pero Sioned, observando atentamente, vio que su mirada no se detenía en nadie; parecía estar buscando a alguien, y Sioned supo quién debía ser.

—Y ahí está Él —dijo el hombre a su lado—, vestido para cenar con mi señor y todos los demás. Su puta parece lista para parir, ¡ojalá sea otra niña! Las princesas son un grupo estupendo, encantadoras como las potras de pura raza de Lord Chaynal, y están destrozando sus establos para conseguir al mejor semental, el joven Príncipe Rohan. Les ruego me disculpen, damas, pero lo que pienso, lo digo sin rodeos. Diecisiete hijas, ¿lo creerían? Se pensaría que con tantas mujeres con las que Él se ha acostado, habría al menos un niño en la camada. Pero no, la Diosa da lo que le place, y hay justicia en su generosidad. Me alegro de que mi señor, ahora, esté felizmente casado. No querría a una de las perras reales como mi dama, y esa es la pura verdad. Les ruego me disculpen de nuevo por mi charla indecorosa, y en presencia de damas faradhi de noble cuna. ¡Como ustedes también! Acompáñenme si quieren disfrutar del espectáculo. Los acompañaré cerca y verán a mi señor y a todos los demás bajar a saludarlo.

—Es muy amable de su parte —le dijo Camigwen con su deslumbrante sonrisa—. Nuestra escolta parece habernos

abandonado. ¡Adelante, señor!

—Cuidar a un Mensajero del Sol trae la bendición de la Diosa —respondió con un guiño y una sonrisa desdentada—. ¡Pero la verdad es que me gusta que me vean en compañía de mujeres guapas!

Se abrió paso entre ellas apartando a otras bruscamente, y ante cualquier protesta, solo gruñó:

—¡Faradh'im!

Sioned reprimió una sonrisa al darse cuenta de que, si bien les daba protección y una buena posición estratégica, también las usaba como el medio perfecto para acercarse a la acción. Se acercaron al muelle y ella buscó a Rohan entre la multitud de nobles. El corto muelle estaba abarrotado de nobles; incluso Lady Andrade estaba allí, junto con Tobin y Chay. Pero no vio nada de la rubia cabeza de Rohan. El Alto Príncipe Roelstra y su amante habían descendido de la cubierta superior, seguidos por sus hijas. La barcaza se deslizó suavemente hacia el muelle y los trompeteros tocaron una fanfarria, respondida por un majestuoso redoble de tambores por ocho jóvenes vestidos con los chillones rojos y amarillos del señor de la ciudad de Waes. La escolta de Sioned se abrió paso hasta la primera línea de la multitud en tierra, y ella observó a la asamblea una vez más. Seguía sin haber rastro de Rohan. Sin duda, era imprudente llegar tarde a la llegada del Alto Príncipe, y peor aún, perdérsela por completo. Empezó a temer, pues no había ninguna razón concebible para que insultara a Roelstra de esa manera.

Con el primer paso que Roelstra dio sobre los tablones de madera, todos los nobles hincaron una rodilla, todos excepto Lady Andrade, quien solo inclinó la cabeza. Él les hizo un gesto cortés para que se levantaran. Algunos tenían rostros respetuosos, otros parecían cautelosamente resentidos por el homenaje. Los brillantes ojos grises de Lord Chaynal no mostraban emoción alguna, pero la Princesa Tobin parecía tallada en hielo con su vestido blanco y rojo, los colores de su esposo. Roelstra repartió sonrisas por todas partes y luego se volvió hacia Andrade.

Sonrió con una dulzura venenosa, visible incluso a la distancia, cuando Roelstra le presentó a su amante. Sioned compartió una sonrisa con Cami.

—Daría cualquier cosa por escuchar —susurró, y su escolta rió entre dientes.

Un alboroto en las escaleras del muelle hizo girar todas las cabezas.

—¡Paso! ¡Abran paso! —gritó un hombre—. ¡Apártense para Su Alteza Real el Príncipe Rohan!

Sioned se tapó la boca con la mano para reprimir la risa; nadie la habría oído en el repentino murmullo de especulaciones e indignación

que siguió a la arrogante proclamación de la presencia de Rohan. Subió los escalones de dos en dos, tirando de los puños de la camisa y pasándose la mano por el pelo como si se hubiera vestido con tanta prisa que no hubiera tenido tiempo de peinarlo. Un efecto que refleja maestría, comentó Sioned con regocijo. Había llegado tarde a propósito para no tener que arrodillarse ante el Alto Príncipe. Andrade había llegado a la misma conclusión, aunque disimuló mejor su diversión. Miró de reojo a Tobin, que tenía las mejillas rojas, los labios apretados y los ojos negros brillando de alegría. Chaynal disimuló prudentemente su sonrisa con un acceso de tos que le obligó a cubrirse la mitad inferior del rostro con la mano. Sus ojos de mercurio brillaron alegremente mientras Rohan le hacía a Roelstra una breve reverencia, una cortesía superficial entre príncipes.

Con voz entrecortada, el joven dijo:

—¡Perdón, primo! ¡Precisamente hoy me quedé dormido! No oí ni un solo murmullo de todo el alboroto, ¿te lo puedes creer? ¿Por qué no me avisaste, tía? —le preguntó lastimeramente a Andrade, con los ojos abiertos como niños pequeños— ¡El alto príncipe Roelstra debe pensar que soy un despistado!

—En absoluto, primo —respondió Roelstra con suavidad—. Entiendo que las exigencias de la fatiga en un joven sano solo se ven compensadas con suficiente sueño.

Rohan le dedicó su sonrisa más encantadora.

—Mi padre siempre decía que eras generoso hasta la exageración, ¡y me alegra que seas generoso con mi culpa! —Su mirada se dirigió a la mujer que estaba detrás de Roelstra y sus ojos se abrieron de par en par. Andrade casi se atragantó. El esfuerzo por no reírse le hizo llorar.

—¿Estás bien, tía? —preguntó Rohan solícito, sin una pizca de alegría maliciosa en sus ojos. Cuando ella asintió con impotencia, se volvió hacia Roelstra— Sé que no es de buena educación mirar fijamente, pero… —Se encogió de hombros, suspiró y la miró de todos modos.

—Soy yo quien no he sido cortés. No les he presentado a mis hijas. Acérquense —les espetó Roelstra por encima del hombro.

Les presentó a Naydra, Lenala, Pandsala e Ianthe como princesas, y a Gevina y Rusalka con el título de Damas. Rohan inclinó sus esbeltas manos y presionó sus labios contra el interior de seis muñecas engarzadas en brazaletes. Naydra mostró abiertamente su admiración por el dorado aspecto de Rohan; Lenala sonrió con afectación; Pandsala se sonrojó. Ianthe miró a Rohan directamente a los ojos, sosteniendo su mirada durante un largo instante antes de apartar la mirada. Gevina rió entre dientes y protestó que le hacía cosquillas en la piel, y Rusalka apartó los dedos lo más rápido que

pudo.

—Mis hijas —dijo Roelstra con indiferencia cuando Rohan terminó de saludarlas—. Las que tienen edad suficiente para hacer el viaje conmigo este año.

—¡Y son aún más en casa! —exclamó Rohan con admiración— ¡Qué suerte la tuya, primo, vivir en un jardín tan hermoso! Mi padre siempre decía que su hija era su mayor tesoro, ¡y tienes diecisiete! Ah, ¿conoces a mi hermana, la princesa Tobin? ¿Y a su señor, Chaynal del Fuerte de Radzyn?

Los presentaron. Andrade se prometió una buena carcajada cuando tuviera tiempo y privacidad para disfrutarla.

—Pero debes de estar cansado —continuó Rohan dirigiéndose al Alto Príncipe con la dulce solicitud de un joven que se acerca a la senectud—. No debería tenerte aquí parado bajo el sol abrasador. Espero hablar contigo muy pronto, primo, y espero que también con tus encantadoras hijas.

El Alto Príncipe y su séquito regresaron a su barcaza hasta que pudieron levantar y amueblar sus tiendas. Los demás príncipes y nobles se marcharon a sus campamentos; la farsa de bienvenida había terminado, y todos los puntos eran para Rohan en un juego que pocos aún sabían que se estaba jugando. Mientras Andrade bajaba las escaleras del muelle, vio un rostro pálido e intenso, coronado por una desordenada cabellera rojiza, y la actuación de Rohan le perdió toda gracia. Sioned solo tenía ojos para él, y en esos ojos estaba su corazón.

Capítulo Once

Un cielo violeta se cernía cercano y oscuro, goteaba una punzante lluvia cristalina que se le clavaba en la carne. Gimió, cubriéndose la cara con las manos congeladas en hielo quebradizo y tallado, y aspiró profundamente el aire denso como el agua. Le dolió al entrar en sus pulmones, dolió aún más cuando se le ahogó en un sollozo. Así que finalmente había sucedido, observó una parte de su mente; había tomado demasiado dranath y estaba muerto. Había cierta paz en la idea, aunque la muerte era aún más dolorosa que la vida. Quizás eso le servía de algo. Miró al cielo a través de sus dedos separados para ver que formaba segmentos distintos, elevándose a ambos lados de él, en ángulo hasta un punto sobre su cabeza. No era cielo en absoluto, solo una de las tiendas violetas de Roelstra. Tampoco había agujas heladas de lluvia, simplemente la falta de dranath convertía sus nervios en puntos de agonía.

Crigo se incorporó, con la cabeza palpitante agarrada entre las manos. Cerca de su cama había una mesa con una jarra de vino de plata. Bebió la mitad del vino con droga directamente del recipiente frío y se recostó con un largo escalofrío de anticipado alivio.

No recordaba ningún viaje, pero solo había un lugar donde podía estar: Waes. La tienda a su alrededor, las voces del exterior, el aroma a hierba machacada y el río confirmaban la ubicación. Pero debería haber recordado haber navegado por el Faolain desde el Castillo del Peñasco, a menos que la ansia de drogas significara que lo habían privado deliberadamente de dranath para que el viaje por el agua lo incapacitara. O eso, o de hecho había estado a punto de suicidarse la noche en que había tendido un camino a la luz de la luna hacia Stronghold.

Lo último que recordaba con certeza era esa noche, y deseaba no haberlo hecho. Especialmente recordaba los colores de la mente del faradhi, resplandecientes y distintivamente femeninos: oro fuego para quemarlo, azul río para ahogarlo, verde verano para seducir su árida mente hacia la riqueza de ella, y la ira negra de una feroz protección, una condena implacable. Obligándose a reconstruir la escena, volvió a ver a través de los ojos del mayordomo la asamblea de vasallos en Stronghold. Lo había hecho antes, usando los ojos y oídos del hombre para observar para Roelstra. Pero ella lo había sorprendido. Jadeó al mirar su rostro en el recuerdo: rasgos orgullosos demasiado fuertes para la belleza convencional, furiosos ojos verdes, cabello rojizo dorado. Pero más que la imagen de ella, el recuerdo de su mente lo aterrorizaba. Con qué habilidad había tejido la luz de la luna en una trampa, hasta que gritó a Lady Andrade y perdió el control.

Hizo una pausa para calmar sus latidos acelerados y se hundió más en la droga. Ya conocía los colores de la chica; ella podría identificar los suyos. ¿Pero quién era? El mayordomo de vinos había estado antes con sus tareas de cocina, así que Crigo no entendía por qué la habían sentado en la mesa principal. Otros faradh'im estaban sentados en otras partes del Gran Comedor. ¿Por qué la habían escogido a ella?

—Veo que por fin despiertas.

El sonido de la voz de Roelstra hizo que Crigo se sentara. El Alto Príncipe estaba de pie en el centro de la alfombra, magnífico con una túnica de seda violeta, dominante y furioso. Crigo balbuceó.

—Mi señor...

—Estuviste inconsciente durante dos días, e incluso al despertar no entendías nada antes de volver a caer en tu estupor. Dime qué pasó esa noche.

—No lo sé. —Se llevó las huesudas rodillas a la barbilla y se abrazó las piernas—. Observé mientras me ordenabas. Había una chica…

—¿Qué chica? ¿Qué aspecto tenía?

—Ojos verdes, pelo rojo. Una faradhi. —Frunció el ceño, enfocando la imagen de nuevo—. Siete anillos… no, seis, y una esmeralda que Andrade no pudo haberle dado. Nosotros… ellos… no usamos mucho las joyas. Era poderosa, mi señor, me atrapó…

—¿Su nombre?

Crigo negó con la cabeza.

—No lo sé.

—No has estado fuera de la Fortaleza de la Diosa tantos años. Debió de estar entrenando antes de que te fueras. ¡Piensa, maldita sea! ¡Dime su nombre!

Sin que lo supiera, le vino a la mente la imagen de una chica pelirroja, una de las decenas de chicas de la Fortaleza de la Diosa y que pasaba desapercibida para un joven Mensajero del Sol arrogante como él. Sin embargo, la recordaba.

—Sioned —susurró.

—Sioned —repitió Roelstra—. Una faradhi llamada Sioned... Si puedo separarla de Andrade…

—¿La Dama está aquí? —jadeó Crigo.

—Eso no te incumbe. —El Alto Príncipe se acercó y miró la jarra medio vacía—. Bebe, Crigo —dijo con una fría sonrisa—. Después de tanto tiempo, la necesitas.

El Mensajero del Sol obedeció mientras Roelstra salía de la tienda. Andrade estaba allí. El terror lo invadió, reemplazado repentina y paradójicamente por la alegría. Podría arruinar al Alto Príncipe revelando que el faradhi que ella había creído muerta durante tantos

años seguía vivo. El poder de aquello lo hizo reír suavemente y se aferró a la certeza como a un amante anhelado. Pero al instante siguiente tembló, vacío de nuevo de todo menos de la droga. Roelstra nunca lo habría traído aquí si temiera la traición. Crigo no tenía poder sobre nadie, y mucho menos sobre el Alto Príncipe. El juego, como siempre, era únicamente de Roelstra.

Tobin le dio a su esposo un beso de buenos días tan efectivo que él intentó jalarla de vuelta a la cama. Cuando ella se resistió, riendo, Chay abrió los ojos, y luego los abrió aún más. Estaba completamente vestida, con el pelo recogido en un moño fresco sobre la cabeza, y en su cinturón llevaba un grueso bolso de cuero. Chay gimió.

—¡Oh, Diosa! ¡Vas a dejarme en la miseria otra vez!

—Y lo pasaré genial haciéndolo —bromeó—. Vamos, mueve tus huesos perezosos. Ya pasó el sol. Y sabes que todo lo que gaste en la Feria, lo recuperarás cuando tú y Akkal queden primeros en las carreras.

—Gastas tanto para incentivarme a ganar —la miró con el ceño fruncido.

—¡Qué bien me conoces! De todas formas, no es todo nuestro. Mi madre me envió algo para gastarlo en Rohan, y él me dio bastante; para gastarlo como quisiera, o eso dijo, pero lo que en realidad quería decir es que debo comprarle cosas a Sioned.

—¿Va a ir contigo?

—Por supuesto. —Tobin lo besó de nuevo—. Parece que me estoy volviendo predecible. Te vas a aburrir de mí.

Ella le arrojó la ropa al salir de la tienda. Afuera, bajo la cálida luz del sol, se desperezó, estornudó para alejar el cosquilleo de los aromas desconocidos y se dirigió a la tienda de los Mensajeros del Sol, donde Sioned y Camigwen la esperaban. Con ellos iba un joven faradhi, presentado como Meath.

—Si le place, Su Alteza, la escoltaré hoy —dijo, haciendo una reverencia tan elegante como la de su esposo.

—Es muy amable de su parte —respondió Tobin con dulzura—. Puede llevar los paquetes.

Meath suspiró.

Eso es exactamente lo que Cami tiene en mente, Su Gracia.

—Me gustaría mucho que me llamaran por mi nombre y se olvidaran de estos títulos sin sentido —dijo Tobin al empezar la marcha.

—Gracias —dijo Camigwen tímidamente—. Soy Cami para mis amigos, y si Sioned no promete comprarse algo bonito, ¡les diré cuál era su apodo de niña!

—¡No lo harías! —protestó Sioned, con los ojos brillantes—. Además, ¡recuerda todo lo que sé de ti! Y deja de preocuparte, Cami,

voy a gastarme hasta el último centavo. Nunca he estado en una Feria de Rialla. ¿Tendrá todo lo que nos dicen, Tobin? —se corrigió con una sonrisa.

—Y más —prometió Tobin.

Se unieron a la fila de gente que esperaba para cruzar el puente hacia el recinto ferial. Río arriba, en el muelle, la barcaza del Alto Príncipe se mecía suavemente, con las velas violetas tensadas alrededor de los mástiles. Tobin apartó la mirada, decidida a que ningún pensamiento político arruinara aquel primer día en el Rialla.

—Si pueden, por favor, estén atentos a las cosas que les gustaría a mis hijos. Tenemos un comercio floreciente en el puerto de Radzyn, pero hoy quiero encontrarles algo especial.

Meath estaba totalmente a favor de abrirse paso entre la multitud hasta el frente de la fila, pero Tobin explicó que hoy todos estaban al mismo nivel que los demás para evitar perder el tiempo en tonterías de honor y prestigio. Ya había bastantes cosas así en los actos más formales, y desde luego no encajaban en un día festivo en la Feria. Al cruzar el puente, Camigwen miró al frente con expresión sombría. Tobin lo notó y sonrió.

—Hasta ver el agua te afecta, ¿verdad?

—No puedo ver las olas romper en los acantilados sin marearme.

—¿Y tú, Sioned?

—Nunca conseguirás que lo admita —rió Meath entre dientes.

—Ya estaba acostumbrada antes de irme de casa —explicó—. La fortaleza de mi padre se llama Aguas Dulces, así que he vivido junto al agua toda mi vida.

Tobin arqueó ligeramente las cejas. Aguas Dulces era una propiedad de la familia de los Príncipes de Syr; La sangre de Sioned era mejor de lo que Tobin había pensado. No es que le importara, pero una novia con conexiones nobles era mejor que una sin ellas en lo que a los vasallos se refería. Se recordó a sí misma que debía difundir la historia y se preguntó por qué Rohan o Andrade no lo habían hecho ya.

Meath, en efecto, había sido asignado al papel de caballo de carga. La Feria era un tesoro de bienes de todo el continente, y Tobin no podía comprar nada con la suficiente rapidez. Camigwen añadió aún más a la carga. Agujas, hilo de bordar, velas, cerámica, cajas talladas, cristal fironés, cajas de hojalata pintadas llenas de especias para té; las dos mujeres gastaron sin control, envolviendo sus paquetes y entregándoselos a Meath. Al principio, él los guardó consigo, pero pronto se quedó sin bolsillos. Entonces adquirió un saco con cordón. Se llenó enseguida; compró otro. Cada vez que Tobin ordenaba a un comerciante que enviara un artículo hecho a medida a las tiendas del príncipe Rohan, los ojos de Meath brillaban de gratitud. Sioned repasó

la mercancía ofrecida, pero no compró nada. Hacia el mediodía, invitó a los demás a un delicioso refrigerio: pan fresco con especias, fruta, queso y una botellita de vino de zarzamora cada uno. Se sentaron a comer bajo uno de los enrejados junto al río, riendo mientras Meath especulaba si serían las vigas de madera o las vides en flor las que sostenían los antiguos arcos.

Sioned abrió el vino y dijo:

—Lo hacemos en mi parte de Syr. No he probado ningún vino de esta finca desde que era pequeña. —Dio un buen trago, cerró los ojos, tragó saliva y sonrió feliz—. ¡Perfecto!

—Pues abre el mío, rápido —imploró Meath—. Mi garganta cree que está en el Desierto.

Se quedaron un rato después de la comida, disfrutando de la fresca brisa del río perfumada con las flores carmesí y azules que cubrían el cielo. Otros asistentes a la feria pasaban, y mientras Tobin les devolvía el saludo, ella seguía con sus comentarios para que Sioned pudiera saber de la gente con la que trataría como princesa de Rohan. No muchos athr'im asistieron, solo los más importantes o aquellos que gozaban del favor de sus príncipes, o los jóvenes que necesitaban esposa, como el mismísimo Lord Eltanin del Desierto. Tobin le preguntó a Sioned por qué su hermano no estaba allí, considerando su estrecha relación con la casa real syrene.

La faradhi resopló.

—Davvi sale de Aguas Dulces una vez al año para cumplir con sus deberes ante el Príncipe Haldor en Alto Kirat. Creo que su esposa teme que alguien se lleve un grano o dos si él va más a menudo. Es muy agarrada.

—Lady Wisla —dijo Cami con acidez— es tacaña. Sabes que es verdad, Sioned. Te negaba una dote y por eso te enviaron a la Fortaleza de la Diosa. Y ni una sola invitación para visitar tu hogar —añadió dirigiéndose a Tobin.

—He oído que Aguas Dulces es una hermosa propiedad —dijo la princesa, mientras pensaba que era realmente bueno que Sioned ya no tuviera vínculos con Syr. Privada de su propio hogar, abrazaría con más gusto Stronghold y el Desierto. Se levantó y se sacudió las faldas —. Todavía tengo que encontrar algo para los chicos. Y Sioned no ha comprado nada, excepto nuestro almuerzo.

Camigwen le dio un codazo en el hombro a Meath, que yacía boca abajo.

—Despierta, nos vamos.

—¿Eh? —Se incorporó de su siesta en la hierba—. Oh, lo siento. Adelante, señoras. Al viejo caballo aún le quedan algunas buenas medidas, pero necesitará que lo alimenten y lo beban bien esta noche.

—Quizás puedas convencer a Hildreth para que te cepille —

bromeó Sioned, y Meath frunció el ceño para disimular su rubor al mencionar a la hermosa faradhi.

De regreso a la Feria, Camigwen lanzó un grito de alegría ante una exhibición de laúdes y se sentó a regatear por uno decorado con incrustaciones de pezuña de alce blanco. Tobin se acercó al puesto de al lado para admirar un arcoíris de cintas de seda, pero la excitada llamada de Sioned desde un puesto abarrotado de juguetes la distrajo. Levantó un par de caballeros de madera tallada a caballo, uno vestido con una túnica roja y una capa blanca, el otro con la combinación de colores opuesta.

—Las sillas de montar son de cuero auténtico —le dijo Sioned—. Y mira, las cinchas funcionan de verdad, las espadas salen de las vainas, ¡y las cabezas y los brazos de los caballeros se mueven! ¿No son maravillosos?

Cada uno medía dos palmos de alto, la factura era exquisita. Tobin sabía que las gemelas estarían locas por tenerlas.

—¡Y con los colores de Chay, además! ¡Gracias por encontrarlas, Sioned! —Luego, mirando al juguetero, que se pavoneaba ante los elogios, preguntó:— ¿Cuánto dices que valen?

Mientras regateaban, Sioned cogió otro juguete. Tobin observó de reojo cómo la niña admiraba una muñeca de cerámica vidriada, vestida a la última moda. Unos grandes ojos azules guiñaban el ojo desde una carita encantadora, coronada por un cabello de finos hilos de seda dispuestos en trenzas doradas.

—Espero conocer a alguien que tunga una niña —murmuró Sioned con nostalgia.

—Con suerte —dijo Tobin con la misma suavidad.

—Un precio muy razonable, mi señora —dijo el juguetero, oliendo otra venta—. El deleite de cualquier niña, y además viene con otro vestido. ¿Lo ve? —Sacó una caja y reveló un vestido de seda rosa con cristales—. Mire cómo combina con su collar —instó—. ¿Qué niñita no adoraría una muñeca como esta? Si no hay ninguna pequeña querida en su cuna ahora bajo su cuidado, espere el día en que la haya... ¡imagínela jugando con esta pequeña preciosidad!

Una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios de Sioned. Pero antes de que pudiera hablar, la empujaron por detrás y casi dejó caer la muñeca. Soltó un pequeño jadeo y se giró, frunciendo el ceño con enojo.

—¡Qué torpe! —exclamó una voz aguda. Mientras Tobin miraba a su alrededor con frialdad, el tono se volvió puro aceite y miel—. ¡Perdóname, prima! Alguien nos ha chocado.

—No ha pasado nada —respondió Tobin, mirando a la princesa Pandsala directamente a sus grandes ojos marrones—, Primas —añadió, como una ocurrencia insultante para Pandsala y su hermana

Ianthe. Las había conocido a ambas el día anterior en el muelle y le habían caído mal al instante. Que alguna de las dos se casara con Rohan era impensable.

—Qué lista, has traído a tu doncella para que te ayude —dijo Ianthe con una rápida mirada a Sioned—. Sala y yo solo queríamos curiosear, pero hemos visto tantas cosas preciosas y tenemos que llevar los paquetes nosotras mismas

La columna vertebral de Tobin se convirtió en una espada afilada, pero su voz era tan dulce como la de Ianthe.

—Sé lo aislada que has estado en el Castillo del Peñasco todos estos años, pero seguro que reconoces los anillos de un faradhi. Permíteme presentarte a Lady Sioned.

—Oh, le ruego que me disculpe —dijo Ianthe—. Sus dedos se perdieron en la ropa de la muñeca.

Eso no era cierto, notó Tobin mientras hacía las presentaciones; la esmeralda era ciertamente visible, brillando en el dedo de Sioned. La Mensajera del Sol había recuperado su aplomo y había una leve sonrisa en sus labios, pero también había un brillo peligroso en sus ojos verdes.

Tobin continuó:

—Solo estábamos eligiendo regalos para unos niños. Quizás podrías aconsejarnos, estando rodeada de tantas hermanitas. Sin duda estás acostumbrada a jugar con sus juguetes. Para divertirlas, por supuesto.

El comentario mordaz tuvo un impacto evidente, pero Ianthe resolvió rápidamente una maniobra táctica.

—¿Sioned? —preguntó—. Oh, claro, la Mensajera del Sol propuesta por Lady Andrade como esposa del Príncipe Rohan. Es la comidilla de Rialla.

Pandsala le dio un codazo a su hermana.

—Ianthe, la estás avergonzando.

—Para nada —respondió Sioned con frialdad—. Puede que algunos nos igualen, pero yo no. La Princesa Tobin ha sido una excelente defensora de su hermano, pero lo encuentro un poco insignificante… —Terminó con un delicado encogimiento de hombros que podía implicar cualquier cosa.

Tobin admiraba su instinto de supervivencia, pero decidió que sería mejor ayudarla de todos modos.

—¡Los hombres son así! Se necesita una mujer para enseñar sabiduría, y tú eres la indicada, Sioned. Pero no debería cotillear sobre los asuntos privados de mi hermano —añadió, insinuando con la mirada que nada le gustaría más.

—Parece que el Príncipe Rohan es la preocupación de toda Rialla —observó Ianthe con timidez—. Espero que encuentre los juguetes a

su gusto, Lady Sioned, aunque el Príncipe Rohan no. Acompáñenos, Sala.

La pareja se alejó y desapareció entre la multitud. Tobin contó hasta treinta en voz baja antes de susurrar una palabrota particularmente obscena que habría escandalizado a su esposo, aunque la había aprendido de él. La sonrisa de Sioned persistió, sus espesas pestañas cayendo ligeramente sobre unos ojos feroces.

—¡Unas zorras, las dos! —dijo Tobin—. No les hagas caso.

—¿No? No puede casarse con ninguna de ellas y esperar vivir mucho más allá del nacimiento de su primer hijo. Pero… Diosa, Tobin, ambas son tan hermosas…

—¿Y tú no?

Camigwen se acercó triunfante, llevando el laúd. Sioned se dedicó a admirar el instrumento, casi febril en sus elogios. Tobin, decidida a no permitir que las zorras reales le estropearan el día, formuló sus planes rápidamente. Pagó por los dos caballeros, ordenó que los envolvieran y los enviaran a su tienda.

—Envuelve también la muñeca —ordenó—. Sioned, Cami, ahora vamos a una joyería, y luego…

—No —murmuró Sioned, dejando la muñeca de nuevo en el mostrador—. Gracias por enseñármela. Estoy segura de que alguna niña con suerte la querrá muchísimo. Soy mayor y mis juguetes son diferentes. Cami, tu deseo está a punto de cumplirse.

Los planes de Tobin se desvanecieron con la brisa de la tarde mientras ella y Cami seguían a Sioned por la Feria de Meath en silencio. Pasaron junto a puestos llenos de alfombras, objetos de cobre, mantas, sillas de montar y libros de pergamino, con un propósito en cada paso de Sioned. Se detuvo para comprar una vela azul y luego continuó, ignorando los expositores de muebles, artículos de cuero y vidrieras. Finalmente, se detuvo en un comerciante de sedas y, tras un momento de examinar la mercancía, señaló imperiosamente un cerrojo casi oculto al fondo del puesto.

—Quiero ver ese —le dijo al comerciante.

Él la miró de arriba abajo, visiblemente desanimado por su sencilla vestimenta. Tobin, de pie junto a Sioned y ligeramente detrás de ella, le hizo una señal con un dedo levantado y un gesto de asentimiento. El comerciante se encogió de hombros y la seda fue presentada.

Era una tela gruesa, pesada y nudosa, de color crema pálido, aún más rígida por las tracerías plateadas de flores y hojas que la cubrían. A la luz del sol era deslumbrante; a la luz de las antorchas, resplandecería como si estuviera hecha de estrellas.

—Sí —afirmó Sioned—. Tenlo listo para el banquete del Último Día.

—¡Imposible! —se lamentó el hombre.

—Todo es posible. Enviaré a alguien con el diseño, y que la Diosa

te ayude si no se sigue al pie de la letra —Extendió la mano en silencio, y Camigwen le dio una bolsa. Sioned contó las monedas de oro, sopesándolas—. El resto cuando vea el vestido terminado. Y por este precio, espero puntadas tan finas que no pueda verlas.

—Sí, mi señora —susurró mientras ella derramaba monedas en su palma expectante.

—Ya me lo imaginaba —Se dirigió al siguiente puesto, donde compró una túnica de lino blanco tan sencilla como la seda había sido ornamentada. La envolvieron y se la dieron a Meath, quien la aceptó con filosofía y la añadió a sus maletas. La siguiente parada fue una exhibición de cristal fironés que desprendía destellos a diez pasos a la redonda. Cami, originaria de Firon, regateó con experticia, y Sioned se marchó con un par de copas azules con intrincados grabados. En otro comerciante, compraron zapatillas a juego con el vestido, y cuando Sioned eligió una botella de buen vino syreno, quedó satisfecha por fin. Regresaron cruzando el puente, Meath fingiendo tambalearse bajo el peso de sus cargas.

—¡Puede que adopte una nueva profesión: ermitaño! ¡Lejos de todas las mujeres y, sobre todo, de todos los comerciantes! Pero ha sido un verdadero placer, señoras, verlas gastar dinero que no es mío.

Fue a depositar sus compras en la tienda de Tobin, y las mujeres continuaron río abajo hasta encontrar un lugar apartado bajo un árbol. Camigwen se sentó de espaldas al agua, abrazando el laúd.

—Supongo que olvidaste que Ostvel no sabe ni una nota —comentó Sioned.

—Pero tiene una voz maravillosa, y una vez dijo que siempre quiso aprender a tocar. Este será mi regalo de bodas. —Le guiñó un ojo—. Todavía no lo sabe, ¡pero las ceremonias de los Últimos Días nos incluirán!

—Me alegro —dijo Tobin con cariño—. Chay y yo brindaremos por ustedes dos. Ahora, ¿alguna de ustedes podría contarme sobre las compras de Sioned?

Los faradh'im compartieron una sonrisa, y Camigwen dijo:

—Tiene una ventaja sobre esas princesas, ¿sabes? Son vírgenes.

—Hasta las uñas de los pies —asintió Sioned.

—Aisladas en el Castillo del Peñasco toda su vida…

Tobin se unió a la risa.

—Preciosas flores sin siquiera un hermano que les muestre la diferencia entre niños y niñas…

—¡Y probablemente sin saber qué hacer al respecto, aunque sean conscientes de la diferencia! —concluyó Camigwen con una sonrisa pícara—. Mi padre siempre decía que se podía distinguir a una mujer de una doncella por cómo contoneaba las caderas —reflexionó Tobin —. Juraría que lo supo a la mañana siguiente, después de que Chay y

yo… —Se interrumpió, sonrojada.

—¿Supongo que fue algo antes de la boda? —bromeó Sioned.

—Un poco —admitió Tobin—. Pero ¿qué significa esto? Vas a seducir a mi hermano, lo que significa que pretendes casarte con él. ¡Ay, Sioned, qué alivio!

—Lo supe desde el principio —se burló Camigwen, y le dio un codazo juguetón a su amiga.

—¡No lo sabía! Al menos no estoy segura. Por favor, dime que soy mejor actriz o no tendré ninguna esperanza de engañar a nadie.

—Sabes que me hiciste dudar —la tranquilizó Cami. Luego se dirigió a la princesa—. Pero no es una simple seducción lo que estamos planeando. Hay ciertos hechizos que nadie debe enseñarnos hasta que tengamos al menos ocho anillos, y Andrade no sabe que los conocemos. Suspiró. Nunca tuve motivos para usarlos con Ostvel. ¡Habría sido divertido intentarlo!

—No es nada peligroso, Tobin. Solo un poco de Fuego aquí y allá (para eso está la vela), y nada que puedas usar contra un hombre en contra de su voluntad. De hecho, creo que es sobre todo el vino. Le guiñó un ojo a Camigwen.

—Dime cómo puedo ayudar —dijo Tobin.

—¿Duerme alguien en su tienda aparte de él?

—Su escudero, Walvis.

—Oh, él estará al tanto. De todas formas, está de mi parte. Si puedes hacer que los guardias hagan la vista gorda, yo me encargo del resto.

—Ya está arreglado. —La princesa miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los oyera, luego se inclinó y dijo—: Tendrán mi ayuda y mi bendición, pero quiero saber algunas cosas.

Camigwen rió.

—¿Pero cómo le explicarán a Lord Chaynal dónde las aprendieron?

—No tendrá fuerzas ni aliento para preguntar —ronroneó Tobin.

Después de una cena privada con el Príncipe Clutha de Meadowland y Lord Jervis de Waes, sus anfitriones, Roelstra se dirigió a su barcaza y pasó un rato con su señora y sus hijas. El primer día de la Rialla siempre era aburrido, pues no se hacía ningún negocio importante mientras todos abarrotaban la Feria. Roelstra se había quedado en su tienda y los príncipes habían venido a presentar sus respetos. La única ventaja de aburrirse con ellos era que, de vez en cuando, alguno dejaba caer alguna indirecta sobre algún asunto, dándole a Roelstra algo en qué pensar. Aun así, sus espías eran eficientes y no había oído nada nuevo hoy. Pero mientras estaba sentado con sus pertenencias femeninas, disfrutando del vino y los pasteles, reflexionó que, después de todo, ese día había tenido

recompensas. Pandsala e Ianthe habían ido a la Feria como se les había ordenado y habían regresado a la barcaza con sus impresiones de Lady Sioned.

—Escuálida —dijo Ianthe con desdén cuando Palila le preguntó qué aspecto tenía la chica—. Huesos y piel... pecosa y bronceada por haber pasado el verano en el Desierto.

—Me pareció bastante bonita —dijo Pandsala de mala gana—. Y no tenía pecas.

—Motas de tierra, entonces.

Naydra levantó la vista de su bordado.

—¿Qué se puede esperar de una esclava Mensajera del Sol?

—¿Es cierto que se va a casar con Rohan? —preguntó Palila en el momento justo cuando Roelstra le hizo una seña con la mirada.

—Anoche hice que mi doncella hablara con uno de sus mozos de cuadra —dijo Gevina—. Están confundidos. Llegó por orden de Lady Andrade para convertirse en su esposa, pero él no la quiso. ¡Y además, dicen que ella no lo aceptará!

Lenala se aclaró la garganta.

—Aunque es muy guapo.

Roelstra la miró con paciencia.

—Qué observadora, querida.

—Gevina tiene razón —intervino Pandsala—. La chica misma dijo esta tarde que no está segura de aceptarlo. ¡Qué tonta!

—Es muy guapo —dijo Lenala, envalentonada por la aprobación de su padre.

Ianthe se levantó y colocó una almohada detrás de la espalda de Palila, donde ella se reclinaba en una tumbona de terciopelo.

—¿Así está mejor? —preguntó solícitamente mientras Palila se ponía rígida.

—Estoy bien —espetó la señora, y Roelstra disimuló una sonrisa. A veces echaba de menos el estímulo de varias amantes que se detestaban mutuamente, pero los enfrentamientos entre sus hijas y Palila eran casi igual de divertidos. Aladra había sido la primera mujer verdaderamente agradable que le atraía desde la muerte de su esposa, pero se conocía lo suficiente como para saber que con el tiempo se habría aburrido de ella. Era mejor que hubiera muerto y le hubiera dejado gratos recuerdos. Si hubiera instaurado la paz y la dulzura en su hogar, habría muerto de náuseas y aburrimiento.

—Parece que la princesa Tobin está de su lado —dijo Ianthe después de volver a sentarse cerca de las ventanas—. Sioned insistió en eso.

—También dijo que Rohan no le gustaba mucho —añadió Pandsala—. Creo que eso es mucho más importante. No parece de las que se someten a los deseos de Lady Andrade si van en contra de

los suyos. Francamente, me da la impresión de ser increíblemente testaruda.

—Cada vez me gusta más —dijo Roelstra arrastrando las palabras, solo para verlas reaccionar. Una sonrisa se dibujó en los labios de Ianthe, Palila entrecerró los ojos y las demás comenzaron un coro de protestas sobre la estupidez de las mujeres desobedientes. Roelstra levantó una mano para pedir silencio—. No se lo tomen a mal, mis queridos obedientes. Su carácter testarudo solo les facilitará compararse con ella delante del príncipe, para su propio beneficio —Palila hizo un gesto lánguido con una mano, y Roelstra notó lo gruesos e hinchados que se le habían puesto los dedos—. Su interés en ella será un placer reconfortante después de su indiferencia —les dijo a las chicas—. Deben recordar ser reconfortantes, queridas. A los hombres no les gustan las disputas. Y Rohan es muy joven. Querrá ser admirado y mimado, sentirse importante como hombre.

—Me gustaba su aspecto —dijo Lenala con nostalgia.

—Todos lo saben, tesoro mío —dijo Roelstra.

Las hijas regresaron a la orilla y a sus tiendas, pero Roelstra se quedó un rato en la habitación de Palila. Verla le repugnaba, pero sus instintos no tenían nada de malo.

—¿Y entonces? —preguntó, arqueando una ceja.

—Pandsala lo desea. A Ianthe parece no importarle, pero lo desea de igual manera. Aun así, yo apostaría por Sala.

—Puede que se pase.

—No es tonta, mi señor. E Ianthe parece demasiado despreocupada; Rohan es demasiado joven para apreciar la inteligencia en una esposa. —Una elaborada bata ocultaba casi toda su corpulencia, pero sus dedos estaban desprovistos de anillos que ya no podía ponerse, y los brazaletes en sus muñecas se le clavaban en la carne hinchada. Le dedicó una sonrisa seductora en un rostro aún hermoso, y él jugueteó por un momento con la idea de los placeres que podría obtener de ella incluso en ese estado. Pero se encontró pensando en una chica delgada, pelirroja y piel bronceada, una chica a la que aún no había visto, pero que tenía la intención de ver muy pronto—. ¿Se quedará aquí conmigo esta noche, mi señor? —invitó Palila.

—Si no tuviera otras cosas que hacer me quedaría toda la noche —mintió, sonriendo. Se dirigió a la puerta y luego se giró. —¿Por qué Pandsala?

—¿Por qué no?

—Ya defendiste a Ianthe antes.

—He cambiado de opinión después de ver a Rohan.

—Puede que tengas razón, querida. Duerme bien.

Capítulo Doce

Al día siguiente, Rohan ya estaba terriblemente cansado de interpretar a un príncipe ingenuo para Roelstra. Le irritaba el papel, y el hecho de que fuera autoimpuesto no mejoró su humor. El plan que le había parecido tan ingenioso a principios de verano le resultó más difícil de lo que jamás imaginó, y no todo se debió a la inesperada incorporación de Sioned a sus planes. El plan había sido urdido por un príncipe en espera, un muchacho que se había pasado la vida anonadando su imagen (algo no muy difícil en la abrumadora presencia de su padre), escuchando, aprendiendo todo lo posible de todos los que se cruzaban en su camino. Engañar al Alto Príncipe le había parecido solo una breve extensión necesaria de esos años de engaño. Pero entre la eclosión y este momento de huida, había conocido el poder. Matar al dragón que había matado a su padre le había demostrado su habilidad e ingenio en una lucha a muerte. Conocer a Sioned le había mostrado otro tipo de poder: el Fuego que los unía y era capaz de quemar su alma. Presidir la pira de su padre, a sus vasallos, el banquete en el Gran Salón, le había dado una embriagadora experiencia de ser el amo del Desierto. Y admitió para sí mismo que el viaje desde la Fortaleza le había traído una libertad que nunca antes había conocido. Sin la mirada de sus padres, al mando de toda la compañía, con todas las decisiones suyas... no, no era fácil hacer el papel de idiota cuando se sabía digno de la posición que aún no podía reclamar.

Fingía guiarse por los consejos de sus vasallos, y menos mal que sus sugerencias eran sabias; así evitaba tener que desautorizarlas, lo cual arruinaría la impresión que tanto se esforzaba por crear. Los demás príncipes estaban firmemente convencidos de que podía ser guiado como un cordero. Pero la tensión lo estaba poniendo nervioso.

Roelstra insinuaba constantemente sobre sus hijas, lo que aumentaba la incomodidad de Rohan. Lenala y Naydra estuvieron presentes cuando Rohan llegó a la tienda de Roelstra para la sesión matutina, y le sirvieron vino mientras lo observaban de la forma más vergonzosa. Los demás príncipes se guiñaron el ojo y se dieron codazos. A media mañana, Ianthe y Gevina aparecieron para traer refrigerios; más sonrisas y codazos hicieron que Rohan se sonrojara hasta las orejas. Al menos, se dijo con tristeza, eso reforzaba su imagen de tonto.

Ya tenía a las hijas resueltas. Si había examinado a las mujeres de Stronghold y las había encontrado deficientes, entonces estas princesas estaban aún más lejos de la perfección que él asociaba con Sioned. Gevina tenía tendencia a reírse tontamente; Rusalka se

comportaba como si Rohan fuera de una especie completamente distinta a ella e invariablemente parecía sorprendida, como si dudara de que comiera, bebiera y se rascara la nariz como los demás hombres. Agradeció a la Diosa por Sioned, cuya risa era sincera y que lo trataba con naturalidad, tanto de hombre a mujer.

Naydra era muy hermosa si uno apreciaba su tipo. Pero los gustos de Rohan se habían formado por la belleza dorada de su madre y la mirada intensa y oscura de su hermana, por lo que Naydra le parecía simplemente morena. También tenía cierta codicia en la mirada y tendía a mirar su regazo como para medirlo. Estaba igualmente agradecido por la franca sensualidad de Sioned; la furtividad de Naydra era repugnante.

Lenala lo miró fijamente, y supuso que habría sido halagador que su apariencia fuera admirada tan abiertamente si hubiera habido la más mínima chispa de ingenio en sus ojos. Agradecido por la inteligencia de Sioned, sintió lástima por el hombre que se había casado con esta princesa ingenua.

En cuanto a las otras dos, eran innegablemente hermosas. De tez rica, elegantes, se comportaban como mujeres, no como niñas. Pandsala adoptaba una actitud ligeramente distante que Rohan supuso que ella creía que lo intrigaría. Ianthe, en cambio, le lanzaba una invitación abierta con la mirada cada vez que lo miraba. Rohan fue lo suficientemente honesto como para admitir que, de no ser por Sioned, Pandsala habría sido tentadora e Ianthe casi irresistible. Descubría que ser un príncipe joven, rico y apuesto podía ser muy placentero.

Dejó de ser placentero cuando Roelstra lo tuvo a solas después de la sesión del día.

—Mis chicas no pueden apartar la vista de sí mismas —rió el Alto Príncipe—. Las he tenido en el Castillo del Peñasco demasiado tiempo, sin muchos jóvenes a quienes mirar. Odiaré separarme de ellas, ¿sabes?

¿Acaso creía que Rohan se lo quitaría todo de encima? Rohan adoptó una expresión tímida y murmuró algo sobre que eran chicas muy agradables.

—Primo, podrías ayudarme con un pequeño asunto relacionado con ellas. Nunca puedo decidir cuál es la más bonita. Apreciaría tu opinión sobre mis hijas: tu madre fue una de las grandes bellezas de su época, y tu hermana es la mujer más exquisita que he visto en mi vida.

Rohan evitó hacer ese juicio imposible con otro murmullo y una pregunta sobre la producción de lana cunaxana, información que podría permitirles a ambos arrancarle otra concesión al tacaño príncipe Durriken. Rohan se había convertido en un experto en el arte

de la evasión ruborizada, como si el solo pensamiento de las hijas de Roelstra lo inquietara tanto que tuviera que refugiarse en asuntos prácticos. Y mientras tanto, persuadía al Alto Príncipe para que firmara más y más documentos.

Había conseguido varios ese día: la renovación del acuerdo según el cual Feruche pertenecía a Roelstra, pero todas las tierras bajo ella eran de Rohan; Un pacto de asistencia mutua en caso de que los Mérida atacaran e interrumpieran el comercio; y, bastante insensato para Roelstra, pero importante para Rohan, un acuerdo según el cual Marca del Príncipe realizaría un censo de dragones cuando volaran al norte para veranear en las Montañas Veresch el año siguiente.

—Oí hablar de tu primer dragón —dijo Roelstra—. ¡Cuánta valentía! Y quemarlo junto con tu padre, con sus cenizas esparcidas por los faradh'im en el viento matutino, sé que Zehava lo habría aprobado.

—No me importa confesar que me morí de miedo cuando vi a ese dragón venir hacia mí —respondió Rohan.

—Solo un necio no se asusta cuando hay peligro. Pero solo los hombres valientes hacen lo que deben hacer a pesar del miedo.

Rohan asintió de todo corazón. Anticipó una dura prueba de coraje cuando Pandsala o Ianthe maniobraran para estar a solas con él. Pero era agradable ser querido, aunque solo fuera por su dinero y poder. La idea de ceder a sus maniobras, solo una vez, y ver qué experiencia podía adquirir, lo atormentaba. Pero descartó la idea al instante. No se les hacía eso a las princesas, y menos cuando uno estaba enamorado de otra mujer que, además, era una Mensajera del Sol. Ser un hombre honorable era un fastidio.

El príncipe Clutha ofreció una cena al aire libre para sus compañeros príncipes y un selecto grupo de athr'im esa segunda noche, y Rohan agradeció profundamente que toda la conversación girara en torno a las carreras del día siguiente, no a política, comercio ni defensa. Casi toda la conversación.

—¿...y el río de pelo dorado como el fuego que le caía por la espalda? ¡Increíble! —El señor Ajit, de las cinco esposas, chasqueó los labios y sonrió a lord Bethoc, que estaba a su lado, justo al otro lado de la mesa frente a Rohan—. Eres joven, Bethoc, y no tienes esposa, ¡pero te digo por experiencia que las pelirrojas son fuego por dentro y por fuera!

—Es una Mensajera del Sol —sollozó Bethoc, disipando así cualquier duda que Rohan pudiera tener sobre de qué dama estaban hablando.

El señor de Catha Heights seleccionó una ciruela madura de la bandeja de frutas, la exprimió hasta convertirla en pulpa y le cortó la piel con el cuchillo.

—¡La perra faradhi asignada a mi fortaleza... fah! —Chupó la

ciruela y descartó la piel vacía en la hierba— Le pedí que me conjurara un poco de Fuego en una noche fría, ¡y me dijo que podía convertir el acero en pedernal tan bien como cualquier hombre y que tenía un ejército de sirvientes para hacerlo por mí si me estaba debilitando!

Ajit sonrió aún más, sus ojos oscuros brillando a la luz de la antorcha.

—Así que intentaste seducirla, ¿eh? Un error, amigo mío. Inténtalo de nuevo y tendrás a Andrade cerniéndose sobre ti como una dragona.

—Veo que eso no te impide desear a esta chica de pelo rojo.

—La lujuria es una cosa, la prudencia otra muy distinta. Ni siquiera Roelstra se atreve a enfadar a Andrade. Hay momentos en que creo que realmente es una bruja.

—¿Te acabas de dar cuenta? —preguntó Bethoc con sarcasmo— Todas lo son, incluida esta chica.

—Las buenas mujeres son tan aburridas. Mi tercera esposa fue un auténtico milagro de aburrimiento. Lo más emocionante que hizo fue morir mientras dormía.

Rohan se preguntó si lo considerarían tan tonto como para no oír el nombre de su tía pronunciado delante de él. Así que Sioned era admirada, ¿no? Se sintió a la vez presumido y celoso, y sospechó que solo sentiría lo primero si ella fuera su dama reconocida.

El príncipe Lleyn de Dorval, sentado a su derecha, le llamó la atención y le preguntó:

—Supongo que no podré convencerte de que convenzas a Lord Chaynal de que no monte mañana. Lo mínimo que podrías hacer es limitarlo a participar solo en la mitad de las carreras. Se lleva todo el espectáculo, porque invariablemente gana.

Rohan rió. Le gustaba el anciano, cuyo hijo Chadric había sido escudero en Stronghold cuando Rohan era pequeño. Le quitarás toda su diversión si le prohíbes correr. Le gusta aterrorizar a mi hermana y luego reírse de ella cuando le ampolla las orejas por no tener más cuidado con su preciado cadáver.

Los ojos azules de Lleyn, apagados por la edad pero alegres como los de un niño, brillaban de placer.

—Me permito dudarlo, Rohan. No creo que tu hermana haya pasado miedo en su vida, y estoy seguro de que incluso una reprimenda suya sería música pura para los oídos de cualquier hombre.

Rohan se inclinó y le dio una palmadita en el hombro a Chay.

—¿Oíste eso? ¡Cree que hay que poner música a las rabietas de Tobin!

—Tambores de guerra —asintió Chay.

—Te sonríe, Lleyn, porque la mecías en tus rodillas cuando era niña y le dabas dulces para que engordara. ¡Y sigues coqueteando con ella hasta que me veo obligado a correrte! ¡Pero ser su esposo no es todo lo que se rumorea!

—Entonces, para escapar de su ira, ¿no correrás mañana? —preguntó Lleyn con una sonrisa pícara.

—¡Ni hablar! Mi Akkal está más que listo, y ganará a menos que alguien tenga escondido algo con cuatro patas.

—Si yo fuera treinta años más joven... —Lleyn rió entre dientes.

—¡Pero yo creía que lo eras! —dijo Rohan—. Seguro que estás a punto de emborrachar a todos.

—Cuando uno envejece, los únicos placeres que le quedan son la comida y la bebida, y guiñarle el ojo a chicas guapas como Tobin. Pero si pudiera montar algo capaz más que de trotar, le daría una buena pelea a Chay por esas bolsas de monedas.

—¿No te habías enterado? —preguntó Chay—. Este año corremos por joyas, no por dinero. Lástima que me enteré después de que mi esposa se gastara la mitad de mi fortuna en la Feria ayer. Aun así, la carrera me dará un buen puñado de rubíes, y ninguna piedra le sienta mejor a mi Tobin.

Rohan se volvió hacia el Alto Príncipe, que estaba sentado dos lugares más abajo, al otro lado de la mesa. Roelstra, obviamente, había estado escuchando la conversación y sonrió cuando Rohan dijo:

—Es un cambio de tradición interesante: los artesanos tendrán mucho trabajo para mantenerse contentos.

—Esa era la idea. Se han estado quejando de que las damas ya no usan suficientes joyas y eso está perjudicando su comercio. Cuento con que se genere demanda de nuevo, y la princesa Tobin será quien marque la pauta, como siempre —añadió con una leve reverencia a Chay—. Pero en realidad no fue idea mía. Ianthe es la responsable.

—Es una chica lista —dijo Rohan. Y lo decía en serio.

Unas tenues nubes lavanda, bañadas por un azul intenso como alas de dragón, se desvanecieron en la oscuridad al ponerse el sol, y la cena llegó a su fin. Rohan se fue con Chay después de agradecer a sus anfitriones, y la brisa nocturna junto al río le hizo contener la respiración.

—¡Ay, qué bien sienta! Vamos a bajar un poco de comida caminando o Akkal se negará a cargarte mañana.

—Intentemos despejarnos también. Debo haber bebido suficiente esta noche para que esa maldita barcaza de Roelstra flote —Chaynal le pasó un brazo a Rohan por los hombros, complaciente, mientras caminaban por la orilla, donde la luz de la luna proyectaba un brillo plateado sobre el río.

—Si tan solo tuviéramos un poco de esta agua en el Desierto —

reflexionó Rohan.

—Entonces no sería el Desierto, ¿verdad? —respondió Chay con sensatez.

—¿Siempre eres tan brillante cuando estás borracho?

—¿Siempre eres tan estúpido con las mujeres?

—¿Qué?

Chay se dejó caer en la hierba y estiró sus largas piernas. Apoyándose en los codos, miró a Rohan con los ojos entrecerrados.

—Esa Sioned tuya. Escuché lo que dijo ese libertino de Ajit esta noche. Se te quedó la cara helada como Snowcoves en pleno invierno.

—Nunca has estado tan al norte en tu vida.

—No intentes evadir el tema —dijo Chay con severidad—. Ten más cuidado con la mirada, Rohan. Lo vi porque te conozco tan bien, pero si Roelstra se da cuenta, tu plan no funcionará.

—¿Y qué crees saber de mi plan?

Chay resopló.

—Siéntate. Me está dando dolor de cuello. —Mientras Rohan se agachaba cerca y comenzaba a arrancar la hierba de raíz, continuó—: Y tampoco destroces el paisaje. Te vi sonriendo con aires de superioridad alrededor de las princesas, y también te he visto observando mientras Roelstra acepta firmar. Le estás haciendo creer que vas a casarte, ¿verdad? No sé por qué tardé tanto en darme cuenta —añadió con tono ofendido—. Eres más inteligente de lo que habría imaginado.

—¡Qué gran cumplido para tu príncipe! —estalló Rohan con irritación.

—Si me ha llevado tanto tiempo darme cuenta, diría que es un excelente cumplido. Lord Narat me preguntó esta tarde si eras capaz de gobernar un principado; no con tantas palabras, claro, pero a eso se refería. Y Lord Reze esta mañana casi dijo sin rodeos que eras un idiota ante el Consejo de Athr'im. No tienes que preocuparte por ninguna de ellas, pero yo en tu lugar vigilaría de cerca a esas princesas.

—¿Cómo podrían hacerme daño? —rió.

—Casarse con alguien casi tan poderoso como tú y hacer de tu vida un infierno.

—El único príncipe que se acercará a mí en poder será Roelstra, y no por mucho tiempo.

—Ambicioso, ¿verdad? Pero, más concretamente, esas hijas suyas podrían hacerle la vida imposible a Sioned.

—No se atreverían. ¿Ah, no? Tobin mencionó que ella, Sioned y Camigwen se habían topado con Ianthe y la otra guapa, ¿Pandsala? Sí, así se llama. Intentaron clavarle las garras a Sioned, ¡y ahora

mismo creen que es una novia rechazada! ¿Cómo crees que se pondrán cuando la presentes como tu esposa?

—¿Quién dice que lo haré?

—¡Maldita sea, Rohan, para! ¡No puedo ayudarte si no eres sincero conmigo!

—Si me estás diciendo que debería temer por Sioned, no te molestes. La están vigilando. No soy tan tonto.

—¿Quién sospecharía de una mujer, y además de una princesa? Las hijas de Roelstra te desean, Rohan. No por tu encanto, sino como una vía de escape de el Castillo del Peñasco hacia el poder. No está de más que no seas un jorobado bizco y picado de viruelas, claro. También hay lujuria en sus ojos por ti como hombre. Pero una vez que las rechazas, las has dejado en ridículo, e irán a por Sioned. Ella te vuelve vulnerable.

—Hay otros príncipes, otros señores con tanto dinero y poder como yo. ¿Por qué tengo que ser yo?

Chay negó con la cabeza.

—No lo ves. Te debo una disculpa por todos los años que te consideré un niño bueno y erudito. Te he observado desde que murió Zehava. Eres tan despiadado como Andrade y mucho más peligroso que tu padre. Sus ejércitos estaban en el campo de batalla. Los tuyos son invisibles. Esas ideas tuyas son tus soldados, y tus planes son tus ejércitos que van a la batalla. Nadie lo espera. Te haces el príncipe tonto, pero hay algo en ti que nunca podrás ocultar, no después de matar a ese dragón. Es poder, y es muy personal. Eso te hace muy valioso para cualquier mujer, especialmente para una que también tiene gusto por el poder.

Rohan lo miró fijamente. Nunca había oído a Chay hablar así y no tenía ni idea de cómo reaccionar.

—¿No crees que Roelstra les da a esas chicas algo útil en qué ocupar su tiempo, verdad? —continuó Chay—. Zehava siempre mantenía ocupada a Tobin; le daba suficiente trabajo para que conociera sus propias fortalezas. Era dueña de sí misma antes de convertirse en mía. Sioned es igual. Tiene esa mirada. Sabe quién es y se considera valiosa. Pero esas princesas... tú eres su oportunidad de convertirse en alguien más que una más de diecisiete hijas. Han estado rumiando en ese castillo toda su vida, esperando el día en que se casen con un hombre que les permita jugar con su poder. Y una vez que descubran que las has tomado a todas por tontas...

Los dedos de Rohan se apretaron alrededor de puñados de hierba húmeda.

—Tienes razón, Chay. Soy un estúpido con las mujeres.

—Solo has conocido a Tobin y a tu madre, Maeta, y a algunas otras. Ninguna de ellas tiene ni una pizca de maldad. Rohan, todo se

echa a perder cuando no se le permite vivir. Unos años más y habría empezado a temer por ti. Pero ahora has sentido tu propio poder. Las princesas lo ven. Lo desean.

—Debí haber escuchado a Sioned —murmuró—. Intentó decirme lo mismo.

—¡Pensé que ni siquiera habías hablado con la pobre chica!

—¿Recuerdas cómo solía organizar reuniones entre tú y Tobin? Walvis usó los trucos que le enseñé.

—Corromper a jóvenes inocentes. Deberías avergonzarte.

—¿Yo? ¿Quién me enseñó a mí?

—Conozco a algunos más, y haré que mi gente los use para vigilarla.

—Igual que tú me has encomendado a mí —supuso Rohan.

Chay sonrió en la oscuridad y se puso de pie.

—No tengo por qué hacerlo. —Señaló la elevación sobre el río. Rohan miró entre los árboles y, al cabo de un momento, distinguió la silueta de un hombre alto—. Sus compañeros Mensajeros del Sol se turnan —le informó Chay secamente.

Rohan se quedó de pie, mudo de furia. Luego, muy lentamente, alargando cada sílaba, dijo:

—¿Pero esa pequeña astuta, conspiradora, reservada y taimada...?

Chay rió y le dio una palmada en el hombro.

—¡Todo lo cual la hace igualita a ti!

Rohan esbozó una sonrisa amarga y empezó a subir la orilla, con la mirada fija en la sombra junto a un árbol. Mientras las ramas se movían y la luz de la luna se filtraba en nuevos patrones, vio los contornos de una figura mucho más ancha que la suya, e hizo una suposición.

—¡Meath! —gritó, y la sombra se movió bruscamente. Rohan resopló—. Te he visto, así que más vale que vengas a explicarme esto.

El faradhi salió de su escondite e hizo una reverencia formal antes de enderezarse en toda su altura.

—Disculpe, mi señor. Lady Andrade...

—Lo entiendo perfectamente —interrumpió Rohan. Sabía muy bien que el Mensajero del Sol estaba a punto de decirle una mentira conveniente por orden de Sioned, y no quería oírla—. Agradezco su preocupación, pero tengo un favor que pedirle, Meath, algo en lo que mi tía, al parecer, no ha pensado.

—¿Sí, mi señor?

—Conoces los rumores sobre Sioned. No es probable que las hijas de Roelstra se tomen muy bien esos rumores sobre su presencia.

—Los oí con ella y la princesa Tobin en la Feria, mi señor —comentó Meath con calma.

Justo así. Rohan supo que no necesitaba hablar más y sonrió para sí mismo. Sioned ahora estaría custodiado no solo por su gente y la de Chay, sino por los de su propia especie, y sin que ella lo supiera. Era una buena treta para ella por protegerlo, y una que resolvería el problema de su protección.

—Gracias, Meath. Y ahora creo que será mejor que nos retiremos para estar frescos para las carreras de mañana. Espero que estés apostando por los caballos de Lord Chaynal...

De repente, Meath le dio un fuerte empujón y se tambaleó hasta quedar a gatas en la hierba. Chay maldijo con fuerza y, al levantar la vista, Rohan vio a Meath corriendo hacia el río.

—¿Qué demonios...? —exclamó Chay, ayudando a Rohan a ponerse de pie— ¿Estás bien?

—Bien. —Se sacudió la ropa—. ¿Pero qué fue todo eso?

Meath regresó pronto a grandes zancadas, cargando una figura inerte sobre el hombro.

—Disculpe, mi señor —repitió a Rohan, y dejó caer su carga al suelo—. Espero que no esté herido.

—En absoluto. ¿Quién es?

Meath conjuró con indiferencia una pequeña llama sobre el cuerpo del hombre, y Rohan dejó escapar una exclamación ahogada. Chay se inclinó y le tocó el rostro, girándolo de un lado a otro como si no pudiera creer lo que veía. Pero el cabello oscuro y la cicatriz ritual en la barbilla de la casa real de Mérida eran inconfundibles, incluso en la penumbra.

—No parece muy sorprendido, mi señor —observó el faradhi.

Rohan levantó la vista, sorprendido por la perspicacia del hombre, y solo entonces vio la mancha oscura en el brazo izquierdo de Meath.

—No sabía que Lady Andrade permitiera a sus Mensajeros del Sol andar por ahí con agujeros en la ropa —dijo con suavidad, aunque todo su cuerpo se tensaba de furia. Una cosa era que su propia gente resultara herida en su defensa; otra muy distinta era que se derramara la sangre de un Mensajero del Sol.

—Solo un rasguño, mi señor. —Meath sacó un cuchillo arrojadizo, cuya hoja de cristal centelleaba en la llama conjurada—. Soy suficiente, así que no se ha hecho daño —añadió.

Rohan se aclaró la garganta.

—Ven a mi tienda y mi escudero te cuidará, si no es grave. Preferiría que Andrade no se enterara de esto. —Se volvió hacia Clay —. Y ni una palabra a Tobin ni a nadie más, por favor. Meath tiene razón; no me sorprende especialmente, salvo por el hecho de que el responsable es un hijo de la Sangre Mérida.

—¿De qué hablas? —exigió Chay.

—Ven conmigo y te lo mostraré. Y deja eso aquí —dijo, señalando

a la Mérida con la cabeza—. Sería demasiado molesto mantenerlo cautivo, y lo quiero vivo para decirles a sus hermanos que fracasó.

Los tres hombres se dirigieron por un camino indirecto a la tienda de Rohan, donde Walvis despertó al instante de un ligero sopor. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Meath se quitó la camisa para revelar la herida del cuchillo, y examinó a Rohan atentamente para asegurarse de que no hubiera agujeros similares en la piel de su señor. Mientras el chico limpiaba y vendaba la herida como todos los escuderos de Stronghold aprendieron a hacer de la Princesa Milar, Rohan rebuscó en sus alforjas el otro cuchillo y se lo entregó en silencio a Chay.

—¿Cuándo? —preguntó el hombre mayor.

—De camino hacia aquí. Ambos cuchillos fallaron. Creo que el otro cayó al río, pero este se quedó atascado en el lodo cerca de la orilla. Mérida —añadió innecesariamente.

—¡Ya lo veo! —gruñó Chay—. ¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

Rohan se encogió de hombros.

—A veces eres el más estúpido de todos…

—Bueno, ¿qué quieres que haga? No quería que Andrade y Tobin se preocuparan por mí, ¡ni por ti tampoco!

—¿Y qué hay de los Mérida?

—Prefiero ver qué traman antes que intentar detenerlo ahora.

Chay respiró hondo para estallar, pero Meath, con la herida ahora invisible bajo una venda, habló primero.

—Está bien protegido, mi señor, como ya sabe. Creo que su decisión de no hacer nada al respecto es sabia.

Walvis le dirigió a Rohan una mirada de puro reproche.

—¿Por qué no dijiste nada, mi señor?

—No importa, Walvis —dijo Chaynal—. Ambos sabemos que hace lo que quiere, sin pensar en nadie más. Bueno, Rohan, con tantos ojos observándote, supongo que estás a salvo. ¿Sirve de algo preguntar si tienes alguna idea de qué causó esto?

—Unas cuantas.

—Pero no me lo vas a decir. —Chay suspiró exasperado.

Rohan sonrió.

—Meath, si puedes desprenderte de tu recuerdo, me gustaría quedármelo un tiempo.

El faradhi se lo entregó, y Rohan acarició la empuñadura

—Están anunciando su presencia, ¿no crees? —reflexionó—. Este cuchillo es digno de un príncipe; mira las joyas que tiene. Aunque no fuera de cristal... —Meath dudó un momento y luego dijo:— Menos mal, mi señor. Es solo un rumor, y nadie que yo conozca lo ha comprobado jamás, pero dicen que los Mensajeros del Sol atravesados por el acero no pueden controlar sus poderes.

Chay frunció el ceño.

—Entiendo por qué es solo un rumor. Habría bastante gente interesada, si fuera cierto.

Meath se encogió de hombros, haciendo una ligera mueca al sentir la protesta de su hombro herido. Rohan señaló la puerta.

—Vuelve a tu tienda y descansa un poco. Y gracias por mi vida, Meath.

—No iban en serio al intentar quitártela, mi señor, ni esta noche ni la otra vez. Si lo hubieran hecho, estarías muerto». Hizo una reverencia y los dejó.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo Chay pensativo—. Tres cuchillos Mérida son tres advertencias. ¿Pero de qué?

—Para ponerme nervioso, supongo, para que cometa errores. Me pregunto en qué tiendas duermen.

—En la del Alto Príncipe Roelstra —murmuró Walvis mientras guardaba sus suministros médicos.

—No hay pruebas —le dijo Rohan.

—Solo indicios —añadió Chay, jugando con el cuchillo de cristal en la mano— y especulaciones sobre qué ganarían con tu muerte.

—Un niño de cinco años en el trono del Desierto. Ah, con un comandante de combate muy capaz y una princesa que gobernaría durante su minoría de edad, pero un niño al fin y al cabo. —Rohan se sentó y se miró las botas—. Nunca me había dado cuenta, Chay, de que Maarken y Jahni están en peligro porque son mis herederos. Gracias a la Diosa que están a salvo en la Stronghold.

—A mí tampoco se me había ocurrido —dijo Chay lentamente—. Pero tu propio hijo será un objetivo de los Mérida desde el momento en que nazca.

—Lo sé.

—¿Y Sioned?

Rohan no tenía respuesta. Chay le dio el cuchillo a Walvis y se despidió en silencio. El escudero manoseó la hoja un rato, con su joven rostro oscurecido por la preocupación. Finalmente, dijo:

—Mi señor, no intentarían matarte en serio, ¿verdad?

—¿Tengo que responder a eso, Walvis? Pero deja de poner esa cara seria. Hay mucha gente observándome. Y estaré entre la multitud todo el día mañana en las carreras. Allí no puede pasarme nada.

—¿Entre una multitud de princesas? ¡Es entonces cuando más temeré por ti, mi señor!

Rohan rió.

—Oh, tendré una guardiana muy eficaz contra las princesas. Mi hermana. —Que también cuidaría bien de Sioned, se dijo. De repente se preguntó si parte del motivo de Andrade al proporcionarle una esposa Mensajera del Sol era tejer una red de protección a su

alrededor, ¿pero para defenderlo de los Mérida, o de Roelstra, o de ambos?

Capítulo Trece

Hacía generaciones que se habían plantado árboles entre el campamento de los príncipes y el hipódromo, tanto para proporcionar paz y tranquilidad a los caballos como para proteger las tiendas del polvo y el olor. Los potreros y los pastos también se habían dispuesto hacía mucho tiempo, y la pista era golpeada por innumerables cascos, uno tras otro. El óvalo de carreras tenía un perímetro completo y la anchura suficiente para que veinte caballos pasaran entre sus barandillas multicolores. Cada tercio estaba presidido por un juez que vigilaba las infracciones desde una pequeña torre de madera, aunque todo lo que ocurría fuera de su campo de visión quedaba impune. Las gradas miraban al sur. Los asientos reservados para la nobleza estaban protegidos este año por un dosel de seda verde hoja que le había costado al príncipe Clutha medio año de ingresos; habría costado más, pero el príncipe Lleyn le había hecho un descuento en el material, ya que no le gustaba quemarse con el sol mientras veía las carreras. La gente común se arremolinaba alrededor de la pista, probando comida y bebida en los puestos instalados allí; el día de carreras era el único del Rialla en que los comerciantes podían llevar sus mercancías al otro lado del río. Pero, nobles o plebeyos, todos apostaban en las carreras; solo las cantidades apostadas eran diferentes.

A Rohan siempre le habían gustado los días de carreras. El atractivo adicional de este año era que no tendría que morderse la lengua y fingir ignorancia. Como hijo de su padre, se esperaba que supiera de caballos, y fue un alivio poder demostrar sus conocimientos mientras recorría el prado un rato, evaluando la competencia de Chay antes de unirse a su cuñado.

Chay terminó de inspeccionar a Akkal y se montó de golpe.

—Parezco un arcoíris —se quejó, tirando de una manga de seda roja. Pantalones y botas de piel de alce blanca completaban sus propios colores, y llevaba una faja azul alrededor de la cintura en honor a su príncipe.

—Tobin piensa que te ves maravilloso, así que cállate. Cuidado con el gran caballo gris de Lord Reze. Es el único caballo en el campo con patas.

—¿Vas a apostar por él? —Chay sonrió mientras le daba una palmadita en el cuello a Akkal.

—¡No parece tan rápido! —Rohan giró la cabeza cuando sonó la trompeta para la primera carrera— Ahí está la señal. La pista es rápida, pero me pareció ver una sección complicada en el segundo tercio.

—Gracias. Ve a tomarle la mano a Tobin y recuérdale que nunca me he caído de un caballo en mi vida.

—Blesandin te mandó de espaldas hace dos años.

—Esa bestia era un demonio, y yo estaba borracho en ese momento.

Rohan se rió y observó a Chay guiar a Akkal a la fila, sabiendo que tenía algo de tiempo antes del comienzo de la carrera para inspeccionar sus propios caballos. Chaynal corría con sus caballos por negocios, pero Rohan había decidido participar solo por diversión. Llamó a sus mozos de cuadra y comenzó a repartir las últimas asignaciones de caballos. Entonces vio a Ostvel rondando por el grupo, con aire melancólico.

Rohan le hizo un gesto para que se acercara.

—Tienes un rostro fácil de leer —observó con una sonrisa.

—Lo sé —dijo el joven con tristeza—. Mi señor, no quería preguntar, pero...

—¿Ves esa yegua moteada? Se llama Eliziel y es un poco difícil incluso en sus mejores días, así que ten cuidado. Montarás mis colores en la cuarta carrera

Los ojos de Ostvel brillaron y por un momento pareció a punto de arrodillarse en agradecimiento. La sensatez se impuso a la emoción, para alivio de Rohan.

—¡Gracias, mi señor! ¡Es una belleza! ¡Ganaré la carrera por ti, te lo prometo!

—Más te vale —amenazó Rohan juguetonamente.

Repartió las demás asignaciones y se dirigió a las tribunas reales. Ser un príncipe gobernante podía ser divertido cuando uno podía complacer a los demás, como acababa de hacer con Ostvel. Buscó la cabeza rubia de Andrade y luego subió hasta donde ella estaba sentada con Camigwen.

—Buenos días, damas —dijo mientras se sentaba junto a su tía—. ¿Dónde está Tobin?

—Con Sioned y las encantadoras hijas del Alto Príncipe —respondió Andrade.

—Ah. —No quería que le recordaran la existencia de las princesas, y sobre todo no quería preocuparse por el veneno que emanaría de sus comentarios hacia Sioned—. Dime, tía, ¿Tobin piensa pasarlo bien con ellas?

—No me extrañaría, mi señor —dijo Camigwen con los ojos brillantes—. Es una maestra.

—Estoy de acuerdo, pero las lecciones fueron bastante dolorosas hasta que crecí más que ella.

—¿Todavía tienes la cicatriz de donde te mordió? —preguntó Andrade, divertido.

—Hasta el fin de mis días. Pero no reveles mi secreto, Camigwen; mi escudero cree que me lo hice en batalla y corre la voz de lo valiente que soy.

—¡Ahora que conozco a tu hermana, creo que tu escudero tiene razón! —rió.

Andrade señaló el sendero.

—Ahí está Chay. Más le vale ganar esta carrera. Apuesto a Lleyn un quintal de vino contra media medida de su mejor seda.

—Empieza a planear tu nuevo vestuario —le dijo Rohan.

Jervis, señor de la ciudad de Waes, había delegado la salida a su hijo mayor, Lyell. El chico, de dieciséis años, era desgarbado, pero se erguía con firmeza y orgullo en la plataforma mientras izaba la bandera amarilla brillante. Los caballos se alinearon e incluso entre el alboroto de sedas de colores, era fácil distinguir el rojo y blanco de Chay, sobre todo cuando la bandera ondeó y Akkal se puso en cabeza.

La primera carrera era una prueba de distancia de tres medidas que ponía a prueba el corazón, los pulmones y las piernas. La carrera correspondiente sería la última del día; los mismos caballos y jinetes recorrerían la misma distancia, lo que proporcionaría a los posibles compradores una excelente idea de los méritos de los diferentes sementales. Akkal fue superado en la marca de la medida por el gris de Lord Reze, y el público se quedó boquiabierto. Chay siempre fue un favorito popular, tanto por su encanto personal como por su costumbre de ganar, y los espectadores contuvieron la respiración mientras Akkal acortaba la distancia. Los dos caballos igualaron paso a paso durante dos tercios de compás. De repente, un brazo con rayas blancas, rojizas y el verde oscuro de Ossetia se alzó una, dos veces, y un látigo azotó con fuerza implacable los cuartos traseros del tordo. Las manos de Chay no soltaron las riendas, pero las zancadas de Akkal se alargaron hasta parecer que volaba. Cuando por fin bajó la bandera amarilla, un rugido resonó por toda la pista: casi todos habían apostado por Chay y habían ganado.

—Bueno —dijo Andrade, complacida—. Mi seda estuvo en duda por un momento.

—Si me disculpan, señoras, iré a echarle un vistazo a ese tordo a ver si está en condiciones para su revancha esta tarde.

Se encontró con Chay en el camino de vuelta al potrero, donde Akkal pasearía y descansaría para la última carrera. El señor de Radzyn había desmontado y se estaba dando el lujo de descripciones creativas de su oponente.

—¿Viste lo que hizo ese cabrón? —le preguntó a Rohan furioso— ¡Le dio un latigazo a Akkal justo en medio de la tercera, donde nadie lo vería! ¡Nunca le he puesto una espuela a Akkal, y tuvo el

descaro…! —Acarició el cuello lustroso del semental con aire protector.

—No lo vi —confesó Rohan—. Pero acabo de ver al rucio. Podrás vencerlo en la última carrera, Chay. Sin problema.

—¿Vencerlo? —le brillaron los ojos a Chay— ¡Se tragará nuestro polvo! —Un mozo de cuadra se acercó y Chay le entregó las riendas de Akkal, dándole instrucciones precisas para el cuidado del caballo que, obviamente, ofendieron al chico. Mientras caminaban por la hilera de potreros, sonó la trompeta para la segunda carrera y Chay sonrió levemente al ver a una de sus yeguas favoritas brincando con entusiasmo hacia la pista—. Reze también tiene una yegua inscrita en esta —dijo—. Espero que se acostumbre a perder. ¿Pero no es Ostvel ese que está allí con Eliziel?

—Lo dejo montar la cuarta. Quería impresionar a Camigwen —Rohan le guiñó un ojo—. No es raro para un hombre enamorado.

—Lo próximo será que montes tú.

—Sabes, no es mala idea.

—¡No seas idiota! ¡Los príncipes no montan en estas carreras!

—¿No? —preguntó a uno de sus mozos de cuadra— ¿Cómo se siente Pashta hoy?

—Listo, mi señor. ¿Qué carrera le apetece? —El hombre sonrió.

—Bahía de Brochwell por esmeraldas —respondió con indiferencia, y esperó a que Chay estallara. No se decepcionó.

—¡Estás loco!

—Me encargaré de ello enseguida, mi señor —dijo el mozo—. ¿Y puedo decir que me alegra que haya decidido entrar?

—No puede —espetó Chay, y luego se volvió hacia su cuñado—. ¡Impresiona a la chica si es necesario, pero no a riesgo de tu cuello! ¡No hay mujer en la vida que te agradezca que traigas un par de piernas rotas o algo peor a tu noche de bodas!

—Lo que lleve a mi noche de bodas estará en perfecto estado —respondió Rohan.

—Oh, maravilloso —dijo Chay con una voz que destilaba sarcasmo —. Me aseguraré de decírselo a todos mientras galopan hacia la bahía de Brochwell y de regreso, con distancias tan largas que nadie los vigilará. Rohan, ¿no oíste ni una palabra de lo que dijimos anoche?

—Cabalgaré, y punto —dijo, se giró y se encontró cara a cara con la princesa Ianthe. Fresca y hermosa con su vestido lavanda y sus joyas de plata, no había venido a los potreros a admirar los caballos, y ambos lo sabían.

—Fue una carrera emocionante, Lord Chaynal —dijo con gracia—. Su esposa lucirá magnífica con sus rubíes.

—He oído que usted es la responsable de la idea —dijo Rohan.

—Disculpe —interrumpió Chay—. Veo a uno de mis mozos de cuadra haciéndome señas.

Rohan miró, no vio nada parecido, y le lanzó una mirada asesina a Chay. El hombre mayor sonrió y lo dejó solo con la princesa.

—¿Lo estás disfrutando, primo? —le preguntó ella.

—Más que la última vez, antes de convertirme en príncipe elegible —respondió con franqueza, y emprendieron el regreso a las gradas.

Ella se sonrojó, con resultados fascinantes.

—Debe ser agotador para ti.

—Estoy segura de que pasas por lo mismo, siendo una princesa soltera.

—Sobre todo veo embajadores —dijo, mirándose las manos—. Pero no consideraré a ningún hombre que no se moleste en conocerme.

Era más baja que Sioned, y cuando lo miró, sus espesas pestañas oscuras eran como espesos velos sobre sus ojos.

—Es un poco como si te ofrecieran en la Feria.

—Un poco —asintió—. ¿Puedo acompañarte con tus hermanas? Tengo una participación en la próxima carrera que me gustaría ver.

Así fue como Sioned lo vio por primera vez en todo el día mientras acompañaba a Ianthe a sentarse, con las yemas de sus dedos descansando elegantemente sobre su muñeca. Rohan comprendió al instante que había hecho algo inteligente y estúpido a la vez. Era ventajoso ser visto en público con las hijas de Roelstra, dividiendo sus atenciones entre ellas. Pero había cometido un error personal al colocarse en una posición donde podía compararlas directamente con Sioned. Ella era menos hermosa, menos regia, menos elegante, y también era la única mujer que deseaba.

—¡Por fin estás aquí! —dijo Tobin alegremente al sentarse—. ¿Chay está entero? Supongo que pasará todo el día con Akkal en lugar de conmigo. ¡Es fácil ver a quién de los dos valora más! Pero lo estoy pasando de maravilla con nuestros primos, y es tan agradable estar fuera del calor del sol. ¡Qué amable fue el príncipe Lleyn al ocuparse de nuestra comodidad!

Había más en esa línea, y Rohan la bendijo por haberse explayado de esa forma. Sioned permanecía sentada en un silencio frío, con la espalda rígida y una expresión de piedra. Llevaba un vestido de lino rojizo y solo llevaba sus anillos de Mensajero del Sol y su esmeralda. Consciente de que ver el anillo le había arrancado una sonrisa, la miró a ella y a Pandsala.

Ella lo miró fijamente, y a diferencia de su hermana, Ianthe no se sonrojó. Él le hizo un comentario amable sobre el tiempo; ella respondió con un gesto cortés. Le preguntó si disfrutaba de las carreras; ella asintió de nuevo y bajó la vista hacia la pista. Rohan

empezó a sentirse irritado. Se merecía algo mejor y casi había decidido conseguirlo cuando se dio cuenta de que estaba reaccionando exactamente como Pandsala deseaba. La idea de que su ingenio casi hubiera sido superado por esta chica lo divertía y lo irritaba a partes iguales. Pandsala, con su aparente indiferencia, e Ianthe, con su evidente interés, formaban una pareja poderosa. De repente, se preguntó si Andrade había previsto su reacción y le había proporcionado a Sioned para contrarrestar cualquier atracción que pudiera sentir hacia las princesas. Ciertamente, hoy había estado a punto de olvidar dos veces su probable esperanza de vida si se casaba con alguna de las dos. Pero pensar en Sioned lo mantenía alejado de cualquier peligro serio.

Su yegua quedó segunda en la carrera. Durante el siguiente intervalo y la carrera que siguió, dividió su atención entre su hermana y las dos princesas, ignorando por completo a Sioned. Ella no pareció darse cuenta.

A Ianthe le dijo:

—Tengo grandes esperanzas en mi participación en la cuarta. Ahí está; se llama Eliziel, que significa *pie de nube* en el idioma antiguo.

—Es una belleza —respondió Ianthe con cariño—. ¿Te interesa el idioma antiguo, primo?

—En cierto modo. Sobre todo para ponerle nombre a mis caballos.

Sioned arqueó las cejas.

—En la Fortaleza de la Diosa nos enseñan que las palabras antiguas tienen un gran poder y no deben usarse a la ligera, mi señor.

—Qué curioso —murmuró Pandsala.

—¿Quién monta a Eliziel? —preguntó Tobin rápidamente.

—Ostvel —respondió Sioned con voz apagada—. Me maravillo, mi señor, de que permitas que alguien de la Fortaleza de la Diosa suba a uno de tus preciosos caballos.

—Se ganó con creces el privilegio en el camino, así que lo recompensé con el honor de montarla.

Su propia recompensa fue un silencio gélido. Tobin rió entre dientes y señaló a su derecha.

—Oh, mira, ahí está Camigwen con Andrade. ¡Parece que no sabe si estar orgullosa o aterrorizada!

Ostvel, montado en un simple caballo, era un jinete excelente; montado en una yegua de la calidad de Eliziel, inevitablemente ganó la carrera. Rohan sonrió con suficiencia.

—Camigwen lucirá preciosa con cornalinas —observó Tobin.

—¿Ese será el premio de esta carrera? —preguntó Pandsala a su hermana, y luego se volvió hacia Rohan sin esperar respuesta— ¿De verdad le darás al jinete las gemas ganadas por tu caballo?

—Necesita un regalo de bodas para su dama. —Se deleitaba con

haber complacido no solo a Ostvel, sino también a Cami. Ser príncipe era una diversión maravillosa.

—Qué generoso de tu parte —dijo Ianthe sonriendo—. Y qué suerte que las cornalinas le sentaran tan bien a su dama, según tu hermana. Pero sin duda esas joyas son un poco ostentosas para un faradhi.

—Una mujer hermosa merece cosas hermosas —dijo Tobin con dulzura—. Mejor aún si el hombre tiene el gusto de combinar su collar de novia con su color de piel.

—No hay dos mujeres iguales —asintió Rohan alegremente, y se ganó la mirada vacía de Sioned por esta estúpida afirmación—. Para Pandsala, por ejemplo, solo diamantes harían juego con el brillo de sus ojos. Y para Ianthe, los granates más oscuros, aunque serían malos rivales para el color de sus labios.

—¿Y Lady Sioned? —ronroneó Ianthe.

—Esmeraldas, por supuesto —dijo Pandsala antes de que Rohan pudiera abrir la boca—. Tienes unos ojos extraordinarios —añadió dirigiéndose al Mensajero del Sol.

Sioned asintió cortésmente agradeciendo el cumplido.

—Me conformaría con piedras de río comunes de un hombre al que amara de verdad.

—Un hombre que te amara de verdad te daría esmeraldas —replicó Rohan—. Quienquiera que sea, espero haberle dado un ejemplo con ese anillo.

—¿Se lo diste? —preguntó Pandsala, sorprendido, con una reacción sincera, y Rohan luchó valientemente por no reír.

—Sí —afirmó Tobin—. Salvó la vida de mis hijos en la Caza de la Eclosión.

—Yo no, Su Alteza —protestó Sioned—. Fue el príncipe Rohan quien ahuyentó al dragón.

—¡Un dragón! —exclamó Ianthe— ¡Primo, debes contarnos todos los detalles!

—Lo haré, en otro momento —dijo, poniéndose de pie—. Disculpen, señoras, necesito hablar con el príncipe Lleyn. Hemos apostado en la próxima carrera y quiero ver su cara cuando pierda.

Repartió sonrisas por doquier y abandonó el campo de batalla de seda con alivio.

Después de la quinta carrera —que Rohan perdió contra el príncipe Lleyn, para deleite del anciano— hubo un descanso para tomar un refrigerio y saldar las deudas. Rohan rechazó la invitación de Lleyn y bajó a la pista; allí estaban preparando los saltos para las siguientes carreras. Dos vallas, dos setos y dos muros de *piedra* que en realidad era madera pintada; los midió con la mirada y asintió para sí mismo. No eran nada que Pashta no pudiera manejar con facilidad.

Observó la sexta y la séptima carreras desde la vía, tomando notas mentales sobre el número de zancadas necesarias entre saltos. Nadie prestó mucha atención al joven delgado y sencillo que animaba a los caballos de Lord Chaynal. La carrera del príncipe Haldor de Syr se llevó el sexto puesto, y un semental de Radzyn ganó el séptimo. Al anunciarse el octavo, Rohan sintió un tirón en la manga.

—Es hora, mi señor —dijo su mozo de cuadra—. Traje su camisa.

Levantó una blusa de seda azul cielo, y Rohan se quitó la túnica antes de vestirse con sus colores. Los hombres y mujeres a su alrededor, tras oír el honorífico y verlo cambiarse de ropa, se quedaron boquiabiertos. Entonces, alguien soltó una carcajada y le dio a Rohan una palmada en la espalda.

—¡Apuesto por usted, mi señor!

—¡Tengo muy buenas probabilidades de ganar! —respondió Rohan con una sonrisa— ¡Disfrute de sus ganancias!

De camino a los potreros, el mozo de cuadra le proporcionó abundante información. El recorrido fue bastante fácil hasta que comenzó la subida a los acantilados. Allí, el sendero se volvió rocoso y peligroso; muchos caballos se hundían en la subida, y aún más en la bajada. El entrenamiento de Pashta en el Desierto le sería muy útil. En cuanto a los demás participantes, todos eran considerados inferiores, pero Rohan debía vigilar al semental del príncipe Haldor. El caballo syreno había sido criado para batallas y clavarle el diente a todo lo que se pusiera a tiro.

—Yo frenaría un poco a Pashta durante los dos tramos de regreso desde la Bahía, mi señor —terminó el mozo de cuadra—. No se guardará mucho para los saltos él solo; sabes que se dejará la piel por ti, así que tendrás que obligarlo a que se guarde el tiempo.

—Lo recordaré.

Entró en el prado y se acercó al semental, que estaba en plena forma y parecía saber que toda la atención significaba que hoy correría. Golpeó juguetonamente el hombro de Rohan con el hocico, y el príncipe rió.

—Nada de simples piedras de río para nuestra Sioned, ¿eh, muchacho? —susurró, frotando la mancha blanca por la cara del semental— Les ganaremos a todos al paso. —Los enormes ojos oscuros de Pashta se cerraron perezosamente, casi un guiño. Rohan volvió a reír, luego montó y tomó las riendas

—He tenido que ajustar el peso, mi señor —dijo el mozo de cuadra —. El reglamento dice que todos los caballos llevan el mismo peso. No tienes suficiente carne para cubrir tus propios huesos, y mucho menos para compensar el peso legal, así que recuerda que hoy lleva de más.

La seda azul se le pegaba al cuerpo en el calor de la tarde, y movió

los hombros para evitar el sudor que le corría por la espalda. Al sonar la trompeta, se puso de pie en los estribos para indicar que estaba listo y se dijo a sí mismo que no estaba nervioso. Nunca había participado en una carrera en el Rialla, ningún príncipe lo había hecho, y mientras acompañaba a Pashta decorosamente hacia la línea de salida, las joyas del premio pasaron a un segundo plano ante la idea de no hacer el ridículo. Levantó la vista hacia las gradas solo una vez, pero no pudo ver el cabello rojizo y dorado de Sioned entre la multitud. Quizás era mejor así.

Sin embargo, nada le impidió verlo, y su compostura casi se quebró. ¿Qué se creía que estaba haciendo ese loco? Intercambió una mirada horrorizada con Tobin.

—¡Ianthe, mira! —Pandsala exclamó— ¡Ahí está Rohan!

—¡No sabía que él mismo participaría en las carreras! —dijo Ianthe.

—Yo tampoco —murmuró Sioned—. No pensé que fuera tan tonto.

Habían movido una sección de la barandilla para que los caballos pudieran salir de la pista antes del primer salto. Los espectadores emocionados se aferraban a las vallas al caer la bandera amarilla. Sioned contuvo la respiración mientras treinta caballos pasaban rugiendo, compitiendo por la mejor posición en el hueco. Sin duda era demasiado estrecho para que todos pudieran pasar con seguridad, pero de alguna manera lo lograron. Todos entrecerraron los ojos para echar un último vistazo mientras los caballos coronaban una cuesta antes de desaparecer.

Sioned escuchó las apuestas a gritos y deseó tener el coraje de cabalgar bajo la luz del sol y seguir el progreso de la carrera. No le importaba que Rohan ganara; simplemente rezaba para que no se rompiera el cuello. Tenía la intención de realizar ese servicio ella misma para vengarse de su locura.

—¿No apostarás por el éxito del príncipe Rohan, como todos nosotros? —La voz de Ianthe era suave como la miel tibia.

—No tengo nada de valor —empezó Sioned, extendiendo las manos para indicar su pobreza; entonces vio la esmeralda—. ¿Qué apostarías por esta esmeralda, Su Gracia?

—¿Apostarías *contra* el príncipe?

Sonrió, preguntándose si la teMéridad de Rohan también la había contagiado.

—Dudo de él como hombre, no como jinete. Tenía otra apuesta en mente.

—¿Sí? —Los ojos oscuros eran cautelosos, y los labios que Rohan había elogiado se estiraron en una falsa sonrisa.

—Mi esmeralda a cambio de lo que quieras a que ni tú ni tu hermana lograrán *ganarse* a Rohan.

—¡Cómo te atreves! —siseó Ianthe.

Sioned rió.

—¡Su Gracia! ¡Nunca me digas que dudas de ti misma como mujer!

—¡Dudo de tus modales, Mensajera del Sol! Pero no puedo perder, porque no hay nadie más digno de Rohan, como tú mejor que nadie debes saber. ¿Lo quieres para ti?

—Todavía no lo he decidido —mintió con naturalidad—. Pero si no estás segura de ti misma en el asunto…

—¡Hecho! —gruñó la princesa— ¡Tu esmeralda a cambio de toda la plata que llevo!

—Hecho —asintió Sioned, e insultó aún más a la princesa al revisar el collar, los pendientes, los brazaletes y el cinturón. Ianthe se puso roja de rabia y le dio la espalda.

Bajó la mirada hacia su esmeralda, sin creer ni por un instante que pudiera perderla, pero sabiendo de repente cuánto significaba para ella. Mordiéndose el labio, echó un vistazo rápido a sus compañeros. Siguieron el ejemplo de Ianthe y la ignoraron Sioned tomó una decisión, se levantó y se dirigió sigilosamente hacia las gradas exteriores, donde la luz del sol no se veía oscurecida por el toldo de seda verde.

Sintió la dulce calidez en su piel, impregnando sus huesos y sangre. Entrelazando los dedos, sintió cómo los anillos se calentaban —incluso la esmeralda— y recordó la noche en el Gran Salón de la Stronghold, y la seguridad de Tobin de que este anillo poseía una magia propia. Miró hacia donde se había ido Rohan y su mirada recorrió la luz del sol hasta que lo vio aferrado al cuello de Pashta mientras se acercaban al bosque. Su respiración se aceleró en respuesta a la de él; hizo una mueca de dolor junto con él cuando, al entrar en los árboles, las ramas le azotaron la camisa y el cabello. El sendero del acantilado que se extendía ante él era mortal, y el corazón de Sioned empezó a latirle con fuerza.

Rohan maldijo cuando una rama afilada le desgarró el hombro. Gritos de alarma lo rodearon por todas partes y le hicieron sudar las palmas de las manos dentro de los guantes de montar. Giró su caballo alrededor de un jinete caído, agradeciendo a la Diosa por los años de Pashta en el Desierto, que lo habían hecho más ágil y habilidoso que la mayoría de los demás caballos. Salieron del bosque y tomaron la curva que subía por la empinada ladera que culminaba en un pilono verde cerca del borde del acantilado. Tras él, Rohan oyó un grito angustiado y un crujido que sonó como huesos al romperse. Pero no tuvo tiempo de mirar atrás, pues el pilono se alzaba imponente, y el caballo a su lado, con su jinete vistiendo los colores del Señor Reze, casi no le había dejado espacio para girar. Pashta tenía las orejas hacia atrás amenazadoramente; El otro caballo flaqueó ligeramente en un terreno resbaladizo y Rohan aprovechó la oportunidad, instando a

Pashta a atravesar el estrecho hueco y acercarse al pilono. Lo dobló en una curva cerrada y un instante después oyó un grito terrible seguido de un fuerte chapoteo en las olas. Rohan se estremeció; podrían haber sido él y Pashta. Su única ambición ahora era salir con vida de aquella travesía salvaje.

Quedaban veinte caballos en la carrera. Diecinueve de más, en opinión de Rohan, y también en la de Pashta; el semental, que nunca permitía que otro caballo se adelantara, se lanzó hacia los que iban delante con una furia decidida. Rohan apretó la mejilla contra el cuello de Pashta, con las ramas rasgándole la camisa en pedazos, y simplemente se aferró.

Un caballo pardo salió de la nada y se abalanzó sobre ellos por la derecha. Rohan casi se cae de la silla. El otro jinete vestía los trajes rosa y carmesí de Lord Tibayan de Pyrme, pero el rostro que le sonreía con saña tenía los ojos marrones, el cabello oscuro y la cicatriz ritual en la barbilla de la Sangre de Mérida. Rohan maldijo escandalosamente al reconocerlo, y el Mérida rió.

Sioned lo había perdido de vista en el bosque, pero mientras los caballos corrían hacia la llanura, se quedó rígida por la sorpresa al ver a un semental moreno embestir a Pashta. Sin embargo, Rohan estaba preparado para el ataque: su puño asestó un revés que hizo tambalear al otro jinete en su silla. Sioned contuvo el aliento cuando un látigo surgió de la mano del hombre. Cayó sobre la espalda ya lacerada de Rohan y su rubia cabeza se sacudió de dolor. Los dedos de Sioned se apretaron en garras entumecidas y exangües. El Fuego de sus anillos se extendió por todo su cuerpo como si de repente se viera envuelta en llamas y saltara hacia adelante sobre la luz del sol. Sus labios se movieron mientras se preparaba para activar una antigua técnica que Urival le había enseñado en Stronghold. La espalda de Rohan ardía de dolor. Giró la cabeza justo a tiempo para ver al Mérida levantar una mano, el cuchillo de cristal brillando a la luz del sol. Rohan no podía creer que aquel hombre intentara lanzar un cuchillo a caballo contra un blanco en movimiento; luego, reconsideró su opinión al ver el cuchillo pasar silbando a un palmo de su hombro.

Pashta aceleró, sin rehuir en lo más mínimo la brillante hoja que se hizo añicos contra las piedras que tenía delante. Rohan, con los muslos doloridos por la fuerza con la que sujetaba a su caballo, dejó que el semental le diera la cabeza. Lo que buscaba ahora era distancia entre él y el Mérida, antes de que el siguiente cuchillo alcanzara su objetivo. Este deseo coincidía precisamente con la pasión de su caballo por conquistar a los cuatro sementales que tenía delante. Se acercaban a la pista y adelantaron a un caballo al galope por la abertura en los rieles. Rohan recordó las advertencias de su mozo de cuadra y tomó las riendas con más fuerza. Pashta respondió

a las mínimas señales de manos y rodillas y superó el primer salto con fluida precisión, a diferencia del caballo que iba justo delante, cuyo jinete había sido descuidado. Perdiendo el ritmo, el semental moteado flaqueó y el látigo del jinete no pudo obligarlo a acelerar. Rohan lo adelantó entre saltos y se estremeció al ver la espuma salpicada de sangre en los flancos del animal.

De nuevo se atrevió a mirar atrás. El Mérida lo alcanzaba rápidamente. Rohan se giró para encarar el siguiente obstáculo y guió a Pashta para superarlo. Pero cuando los cascos del semental se hundieron en la tierra, Rohan se sintió mareado y desorientado. Sacudió la cabeza, con la garganta y las fosas nasales obstruidas por el polvo, pensando que lo que necesitaba era aire. Pero no pudo evitar mirar por encima del hombro.

No vio nada, excepto los delgados labios del Mérida entreabiertos en un grito agudo, su cuerpo tirando hacia atrás como para escapar de una visión espantosa, sus ojos oscuros llenos de terror cuando su montura se estrelló contra la barandilla.

Entre un salto de seto y un muro de piedra, Rohan pasó junto a un caballo cansado cuyo jinete vestía turquesa sirena. Efectivamente, la cabeza del semental giró bruscamente para intentar morder el muslo de Rohan. Las orejas de Pashta se aplanaron y Rohan necesitó toda su habilidad para evitar que los dos caballos se giraran para batirse en duelo. Pashta obedeció las órdenes de Rohan, arriesgó el cuello y echó a correr.

Solo quedaba un caballo por delante, superando el quinto obstáculo con facilidad, y mientras Rohan medía la distancia, le dijo al oído:

—No importa si no lo alcanzamos. Puedo permitirme algunas esmeraldas por mi cuenta.

Pero el semental había sido criado con los mejores sementales y yeguas de Chay, y solo veía un caballo y un salto entre él y la victoria. Rohan soltó las riendas sobre el cuello sudoroso tras superar la última valla. Solo había espacio, los brillantes tonos de la verja y la bandera amarilla ondeando como el ala de un dragón, y el otro caballo a medio cuerpo detrás de él.

Sioned extendió sus dedos y los frotó contra sus muslos. El conjuro había sido más o menos difícil, tal como temía. Urival le había enseñado bien, pero mantener la temible imagen de Fuego de un dragón solo durante esos pocos segundos esenciales —y solo para los ojos de un hombre— la había agotado. Solo sintió una alegría feroz cuando el enemigo cayó de su caballo; sin embargo, un instante después, gritó con el resto de la multitud al caer el semental moreno.

—No, no quise decir… —susurró, conmocionada por lo que había hecho— ¡Oh, no, por favor! —Pero aunque el semental se puso de pie

con dificultad, el jinete, lanzado a medio camino, no se movió.

Oyó el grito de Tobin y se obligó a regresar con los demás. Las tres princesas bajaban apresuradamente las escaleras. Sioned esperó hasta que pudo respirar sin jadear y luego la siguió, cuidando de mantener la distancia.

Estaban esperando a Rohan en el prado cuando ella se unió a ellos. Él se acercó lentamente, desmontó e ignoró a todos mientras paseaba al semental con la boca llena se espuma, canturreándole y frotándole el cuello y los flancos con ternura. Un mozo de cuadra se acercó y abrazó primero al príncipe y luego al caballo antes de llevarlo a un merecido descanso. Rohan se tambaleó un poco, hizo una mueca y aceptó agradecido una gran copa de vino de otro mozo.

La preocupación compitió con el orgullo al ver la camisa rasgada y los rasguños sangrientos en su espalda, cara y brazos, mucho peores de lo que había imaginado. Quiso acercarse a él, regañarlo por su temeridad y luego abrazarlo hasta dejarlo sin aliento antes de reanudar sus insultos. Prohibidas estas cosas, observó con envidia cómo su hermana las hacía todas.

—Tu ropa está hecha jirones, tienes arañazos en carne viva y estoy segura de que cojeas, idiota —dijo Tobin con brusquedad—. Quítate esos trapos y ve a lavarte ahora mismo. No sé cuántos cortes se te van a infectar si no lo haces.

—Sí, Tobin —respondió con una docilidad burlona—. ¡Solo no me vuelvas a abrazar, por favor! —Pareció fijarse en las otras mujeres por primera vez—. No te pongas tan horrorizada —dijo, sonriendo levemente—. Solo fue una carrera.

Los delicados dedos de Ianthe tiraron de su manga.

—Te arriesgaste mucho, primo —dijo—. El caballo que iba detrás de ti no tuvo tanta suerte.

La expresión de Rohan se tensó y Sioned apartó la mirada.

—De camino hacia aquí oímos que el jinete murió de una fractura de cuello —dijo Pandsala—. El caballo sobrevivirá, aunque nunca volverá a correr. En cuanto a lo que realmente sucedió, nadie parece saberlo, ni haber visto algo parecido. Están investigando ahora.

Sioned miró a todas partes menos a Rohan. Había matado a un hombre por él. Además, lo había hecho usando sus dones faradhi, algo absolutamente prohibido, lo peor que podía hacer una Mensajera del Sol. Se oyó confesarle a Andrade que no había tenido la intención de causar una muerte. Porque no la tenía. Pero al volver a mirar a Rohan, comprendió una amarga verdad: él era su precio.

—Era un Mérida —dijo el príncipe.

—¿Qué? —Las mejillas de Tobin palidecieron.

—Intentó desbancarme durante la carrera. Ay, basta, Tobin, estoy bien —añadió con irritación, restándole importancia a su preocupación

—. Qué lástima que esté muerto. Quería hablar con él.

Sioned vio una mirada de advertencia entre hermano y hermana, y se preparó para distraerlo. Con el tono más brusco que pudo, dijo:

—Es un riesgo que podría haberle salido muy caro a Su Alteza.

—¿Ni una palabra de felicitación por mi victoria, Lady Sioned?

Podría haberlo estrangulado por la mirada en sus ojos. Tobin acudió en su ayuda diciendo:

—Ve a sumergirte en el río. Te juro que pude olerte desde las gradas.

Le sonrió.

—Hermana querida, me alivias mucho la vanidad.

—¡Pues no me alivias la nariz! ¡Chay! —gritó mientras su señor se acercaba— Lleva a Rohan al río y arrójalo.

—No hay tiempo —respondió Chay, e hizo una pausa para levantar a Rohan en un abrazo que hizo que el rostro del príncipe se contrajera por el dolor de sus cortes y moretones. Tras bajarlo, Chay continuó:— ¡Qué carrera tan maravillosa, temerario! Tengo que prepararme para la última carrera, ¡pero cuéntamelo todo durante la cena de esta noche! —Se inclinó para besar a su esposa y se marchó a grandes zancadas.

—Quizás deberíamos volver a las gradas y ver la carrera de Lord Chaynal —sugirió Sioned con frialdad.

—Todavía no me has felicitado —dijo Rohan con su sonrisa más dulce y un brillo travieso en los ojos—. ¿Pero quizás apostaste contra mí y perdiste?

—Oh, tengo una apuesta en marcha, mi señor —respondió ella con la misma dulzura y una mirada a Ianthe—. Pero en otra carrera completamente diferente.

Chay ganó su carrera por un margen justo, dejando al caballo de Lord Reze respirando polvo, como se había prometido. Después de esto, los nobles se fueron a sus tiendas a descansar antes de prepararse para el banquete de la noche. Los plebeyos regresaron a la Feria, los sirvientes a sus deberes en los campamentos de sus amos. Sioned sabía que podría haber asistido al festín si hubiera querido, pues Tobin la había establecido firmemente como amiga, pero también sabía que era incapaz de pasar un instante más cerca de las princesas, especialmente si estaban en compañía de Rohan. Así que bajó al río, se sentó bajo un árbol e intentó no pensar en él, ni en lo que había hecho por él hoy.

Había estado lleno de sí mismo, rebosante de triunfo, atención y una huida segura del peligro mortal. Coqueteando con esa pareja insufrible, usando esos ojos y esa sonrisa con un efecto que estaba encantado de explotar. Hablando con Sioned solo con la esperanza de encender su ira. Maldito sea, en fin. Una ovación se escuchó desde

las tiendas del Alto Príncipe Roelstra y ella puso cara de pocos amigos. La entrega de premios había comenzado. Tobin tendría sus rubíes, Cami sus sensuales cornalinas. Sioned esperaba que Rohan se atragantara con sus esmeraldas.

—Felicidades, mi señor príncipe —murmuró, y se recostó en la hierba húmeda para contemplar las nubes que se cernían sobre las lunas nacientes. Sabía cuál era su problema; uno de sus problemas, al menos. Estaba celosa. Enfermiza y estúpidamente celosa de las joyas, las sedas y la belleza de las dos princesas, celosa de que pudieran coquetear con él y ella no, celosa de sus halagos y atenciones—. Pero eres mío, conspirador hijo de dragón de ojos azules —susurró—. Y por la Diosa, voy a demostrártelo.

¿Pero quería a un hombre que pudiera obligarla a hacer lo que había hecho hoy? Discutió consigo misma durante un largo rato; parte de su razonamiento era que probablemente había salvado la vida de Rohan al conjurar un dragón para aterrorizar a los Mérida. Sin embargo, ese conjuro la había matado. Contra toda intención, había roto el más vinculante de los votos faradhi. Era la culminación de lo que Urival le había advertido: usar sus poderes solo para Rohan, sin importarle en absoluto nadie más que él. Sus sentimientos la habían traicionado y llevado al asesinato. ¿Habría alguna justificación para eso? ¿Era posible fusionar faradhi y princesa en alguien nuevo? ¿Cómo podían pedirle tantas lealtades? Su entrenamiento en la Fortaleza de la Diosa, su amor por Rohan, su deber con el Desierto... ¿qué había de su deber consigo misma, con Sioned? Ni siquiera estaba segura de tener otra opción.

Podía casarse con Rohan y renunciar a sus dones, convertirse solo en princesa y rechazar toda tentación de usarlos en su beneficio. Pero parte de la razón por la que él la deseaba a ella y por la cual Andrade había arreglado el matrimonio era por poder que poseía. Se esperaba que fuera a la vez faradhi y princesa. Si dejaba de ser la primera, ¿qué ejemplo darían sus hijos en el uso sabio de los dones que casi con seguridad heredarían? Recibirían poderes principescos de Rohan, pero también serían faradh'im. La lealtad de una Mensajera del Sol era hacia la Fortaleza de la Diosa, no hacia un solo principado. Se le pedía que se dividiera a sí misma —y a sus hijos— entre Andrade y Rohan, y la decisión la estaba destrozando.

No. Era mentira. Se cubrió la cara con las manos y se giró boca abajo, incapaz de soportar el roce de la suave y fresca luz de la luna en sus mejillas. Hoy había tomado su decisión. Había usado sus poderes para matar.

Tampoco era la primera muerte así. Recordó al mayordomo de Stronghold, cómo había quedado atrapado entre ella y el faradhi de Roelstra, cómo había muerto. Había tomado su decisión entonces y ni

siquiera se había dado cuenta.

Pero, sabiendo lo que ahora sabía, podía negarse a casarse con Rohan. Podía seguir siendo solo Mensajera del Sol y no convertirse en princesa, eliminar toda tentación. Podía verlo casado con otra mujer.

Nunca.

Permaneció allí un largo rato, respirando profundamente el húmedo y penetrante aroma a hierba machacada bajo su mejilla. El frío de la noche la hizo estremecer. No tenía elección, y lo sabía. Ella misma había tendido la trampa con sus propios sentimientos, su orgullo, sus necesidades. Se casaría con Rohan, sería Mensajera del Sol y princesa. Si ellos lo esperaban de ella, no era menos de lo que ella esperaba de sí misma.

Sioned se incorporó, se pasó los dedos por el pelo revuelto y contempló el río con aire melancólico durante un rato. Luego, levantándose, bajó a la orilla arenosa y, a la luz de la luna, buscó unas piedras lisas. Las hizo rodar entre las manos, con una sonrisa sombría en el rostro. Había asumido la verdad. Rohan era su precio, y la habían comprado sin reservas. Sentía una extraña paz al saberlo. Pero ahora era el momento de que él también pagara.

Guardando las piedras en el bolsillo, pensó en sus compras de la Feria y una lenta excitación comenzó a crecer en su interior. Alimentó esas sensaciones con cuidado, evocando detalles en sus pensamientos: piel suave y dorada, cabello sedoso, cuerpo esbelto apretándose contra el suyo, carne cálida y labios abriéndose... Esa noche tendría una victoria comparable a la suya, y las princesas podrían desatar su furia con tranquilidad. Pensar en su furia la hizo reír a carcajadas. Rohan era suyo; había pagado por él.

De repente, sus sentidos le advirtieron que no estaba sola. Se giró al oír una voz profunda y resonante:

—Su risa es tan hermosa como su nombre, Lady Sioned. Y su rostro lo es aún más.

—¡Su alteza real! —consiguió decir, y se arrodilló ante el Alto Príncipe, con la mente dándole vueltas.

—No pretendía asustarla —continuó—. Acabo de regresar de acompañar a Lady Palila a la barcaza. Duerme mejor allí que en la tienda.

—¿Ha terminado el banquete, entonces, Su Gracia

—Apenas. Empezó temprano, y agradezco que no haya terminado tarde. Hay mucho trabajo mañana. Pero me desperté y decidí caminar por la orilla del río. Hermoso, ¿verdad? Sobre todo a la luz de la luna.

Él no hablaba del río ni lo miraba; se refería a la propia Sioned, y ambos lo sabían. Ella sentía su masculinidad en lo más profundo de su ser, su cuerpo ya sensibilizado respondiendo a las innegables

atracciones de Roelstra.

—Muy hermoso, su excelencia —balbuceó, mortificada por su torpeza.

—¿Me haría el honor de compartir la luz de la luna conmigo, Lady Sioned?

Una no rechazaba una petición del Alto Príncipe, sobre todo cuando planeaba ser la esposa de su principal rival. Podría aprovechar este tiempo para obtener información para Rohan y, si era astuta y tenía suerte, quizás también para aprender algo sobre el Mensajero del Sol de Roelstra. Sonrió, recuperó algo de aplomo y asintió.

—¿Disfrutaste de las carreras de hoy? —preguntó él mientras comenzaban su tranquilo paseo—. Te vi entre la multitud, sentada con mis hijas y la princesa Tobin.

—Fue muy emocionante. Lord Chaynal cabalgó bien, ¿verdad? Me han dicho que siempre lo hace. —Hizo una pausa cuando él apartó una rama—. ¿La princesa estaba contenta con sus rubíes?

—Naturalmente. Es propio de una mujer hermosa codiciar aquello que realza su belleza. Por eso me sorprende encontrarte vestida con sencillez, aunque con encanto, y sin joyas. Deberías estar cubierta de sedas y esmeraldas, mi señora. —Sonrió.

Ya verás, solo espera, quiso decirle.

—Quizás no soy lo suficientemente guapa como para ser codiciosa, o quizás Lady Andrade nos la quita a los faradh'im.

—Seguro que algún hombre generoso está esperando para consentirte como te mereces.

Tuvo un momento de pánico al pensar que él se había dado cuenta del juego que estaban jugando ella y Rohan. Pero al mirarlo de reojo a través de las pestañas, vio que tenía a otro hombre en mente, y esa comprensión casi la hizo tropezar en la arena lisa.

—Pero... pero soy una persona muy insignificante, Su Alteza. Aportaría muy poco a un hombre.

—Tu encantadora persona sería más que suficiente, incluso si no fueras una Mensajera del Sol. Te valoras demasiado poco, querida.

—¿Y qué valor me darías a mí, Príncipe Roelstra? —preguntó con valentía.

—Creo que sabes la respuesta, milady.

Era un hombre peligroso. El precio de descubrir esa aterradora información subía rápidamente.

—Es muy tarde —empezó nerviosa.

—No más tarde que hace unos momentos, antes de que se dijeran ciertas cosas. —Él le tocó el hombro.

Sus ojos eran de un verde más pálido que los de ella, y ávidos al recorrer las líneas de su rostro y cuerpo. Sioned estaba asombrada.

Su amante era la mujer más hermosa que jamás había visto. Podría tener a cualquier mujer que quisiera, solo con pedírselo. Ella estaba desorientada y completamente confundida.

—Pero veo que te estoy molestando —dijo Roelstra, y le quitó la mano del hombro. Sentía la piel fría tras el calor de sus dedos—. Aunque te he observado muchas veces en los últimos días, ni siquiera me has mirado. Soy un desconocido para ti, lo sé. Pero espero que me permitas cambiar eso. —Su voz era baja, acariciadora, seductora, y su reacción la asustó—. Soy un hombre paciente, Sioned, y poderoso. Cuando decidas que el principito no es lo suficientemente hombre, te esperaré.

—¿Qué me ofreces? —susurró ella, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—Lo que quieras de mí. A cambio, esperaría ciertas cosas, nada que no me dieras con gusto.

—¿Como…?

—Te encuentro hermosa y deseable, Sioned. Creo que sabes lo que significa cuando una mujer capta la atención del Alto Príncipe. Te honraría por encima de todas las demás, y nos entregaríamos el uno al otro como a ambos nos placiera.

—Y tomarías lo que quisieras, especialmente mi honor. —Ahora sabía lo que realmente buscaba, y estaba aterrorizada.

—Mi hija Ianthe te describió como orgullosa, pero creo que podría hacerte cambiar de opinión. —Se acercó a ella, las yemas de los dedos sobre sus hombros, deslizándose hasta su cuello y mandíbula.

Un temblor invadió su cuerpo, nacido tanto del miedo como del deseo, y se preguntó desesperadamente si Rohan sentiría lo mismo cerca de Ianthe. Aceptar significaría la muerte; sin embargo, había fascinación en el tacto de este hombre. ¿Acaso la había en el de su hija? Retrocedió y negó con la cabeza.

—No soy la puta de ningún hombre, ni siquiera cuando el hombre eres tú.

Él rió.

—Si querías intrigarme, no pudiste haber elegido mejor manera. Pero si pretendes rechazarme, te sugiero que lo reconsideres, Sioned.

La miró, sin dejar de sonreír, y sin previo aviso dio el paso que los separaba. Antes de que ella pudiera moverse o protestar, la tomó de los hombros una vez más y se inclinó para capturar su boca. Con la misma rapidez, la soltó, se inclinó tan profundamente como si hubiera nacido en la realeza y subió la ladera hacia sus tiendas.

Sioned estaba paralizada, temblando, el terror y la lujuria en guerra en su interior. El Alto Príncipe la deseaba, y, como mujer, no podía ser inmune al elogio del deseo de este hombre poderoso y seductor. Pero también era una Mensajera del Sol, como la que ya había sido

corrompida para traicionar a los de su especie. Roelstra quería sus habilidades faradhi para sí mismo.

¿Y acaso Rohan no quería lo mismo?

Se abrazó a sí misma, temblando convulsivamente. Rohan la amaba. Se lo repetía una y otra vez. No servía de nada. Él usaría sus dones igual que Roelstra, solo que Rohan contaba con la bendición de Lady Andrade, quien lo había organizado todo. Sacó las piedras del río de su bolsillo y las aferró hasta que creyó que sus huesos se romperían al tocarlas. ¿Quién era ella para juzgar qué príncipe sería más digno de usarla? Rió con amargura. No tenía elección. Y cuánto los odiaba a todos por ello.

Rohan estaba medio dormido cuando se deslizó entre las sábanas de su cama, con la cabeza aturdida por el vino, aún regodeándose por su victoria. Murmuró una despedida a Walvis, quien salió de la tienda; y se movió para encontrar una postura que no le irritara los cortes en los hombros y la espalda. Pero el vino había aliviado los dolores y, mientras el sueño lo invadía, sus pensamientos se dirigieron a sueños de Sioned. Aturdido, pensó que debía estar aprendiendo algunas de sus habilidades de hechicería, pues era casi real en sus brazos, sus suaves labios acariciando su frente y sus finos dedos acariciando su mejilla. Sonrió y la abrazó, encontrando completamente natural que, efectivamente, hubiera hombros suaves bajo sus palmas, la piel cálida como terciopelo. Ella se sentó en la cama junto a él y comenzó una ávida exploración de su cuerpo. Al apartar la manta para acceder, él jadeó en voz alta, con los ojos muy abiertos mientras su mano acunaba su carne excitada.

—Shhh —susurró ella, colocando sus dedos sobre sus labios. Él los besó, deseando que la lámpara estuviera más cerca de la cama para poder ver su rostro. La suave luz de la vela con pantalla de cristal en la mesa del fondo se combinaba con el resplandor de la hoguera que se filtraba a través de las paredes de la tienda para iluminar su cabello oscurecido por la noche. Ella continuó con sus caricias, sensaciones que él nunca había conocido que existían desgarrando su cuerpo.

—Para —dijo finalmente—. ¡Mi turno, maldita sea, chica! —Le sorprendió oír su voz tan ronca y gutural. Deslizó las manos por sus brazos, de vuelta a sus hombros, a lo largo de sus pechos cubiertos de seda, calentados por el calor de su cuerpo. La sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí.

Y se quedó paralizado.

Bastante delgada, pero no tan firme como recordaba. Flexible ahora, como habían sido sus hombros y brazos, con una ligera capa de carne suave entre los huesos y la piel. Pero sabía que Sioned era de músculos firmes, muy fuerte, no de piel tersa como esta. Un aroma

a perfume intenso emanaba de su cuerpo, no la fragancia limpia del viento y las criaturas salvajes que él había llegado a asociar con ella.

Esta no era Sioned.

Una repentina llamarada de fuego afuera, en el brasero, redefinió y agudizó las sombras dentro de la tienda. La mujer giró la cabeza alarmada, y Rohan pudo observar bien su perfil. La violencia de su reacción lo hizo empujarla completamente fuera de la cama y ella se desparramó sobre la alfombra, sollozando en busca de aire.

—Ianthe —susurró al mismo tiempo que los guardias afuera gritaban que había fuego.

—¡Escóndeme! —suplicó ella frenéticamente—. Si alguien me encuentra aquí…

—¡Fuera! ¡Me importa un bledo lo que te pase! —Se levantó y arrancó la manta de la cama para cubrirse, sintiéndose mal—. Los distraeré, pero tendrás que correr rápido. ¡Vamos!

—Rohan, por favor…

Su rostro estaba misteriosamente iluminado por las llamas que atravesaban la tienda de seda.

—¡Quieres que te encuentren aquí conmigo!

—¡Sí!

La levantó por el codo y la zarandeó.

—¿Creías que me obligarías a casarme engañándome para que te deshonrara? ¡Idiota! ¡Fuera!

—¡Me deseabas! —le espetó.

—Cállate. —La jaló hacia la entrada y apartó una de las solapas. Los guardias intentaban apagar el pequeño fuego que había saltado del brasero a la hierba—. Si estás aquí cuando vuelva, me aseguraré de que todos te conozcan como la puta que eres. ¡Espera a que los distraiga y luego corre!

Se abrió paso entre las solapas y se ajustó la manta a la cintura, sintiéndose como un completo idiota. Ordenó a los guardias que corrieran a buscar cubos de agua; obedecieron. Solo él vislumbró la huida de Ianthe. Otras personas salieron de sus tiendas con los ojos soñolientos, y Rohan los despidió con palabras tranquilizadoras. El fuego se había apagado y ya no había peligro.

Cuando todo quedó en silencio, regresó al brasero. La hierba verde no debería haberse incendiado. Inspeccionó la zona empapada de agua, esperando encontrarla carbonizada. No lo estaba. No había habido ningún incendio, al menos no del tipo habitual.

Rohan miró a su alrededor y, en las sombras lejanas, creyó ver una figura esbelta con un vestido oscuro. Se dirigió hacia ella, pero uno de los guardias se acercó a él con disculpas.

—¡Mi señor, no sé cómo pasó! ¡El fuego saltó del brasero!

—No importa. No hay daños.

Volvió a su tienda, pues la sombra había desaparecido. Justo en la puerta, se detuvo al tocar con sus pies descalzos unos objetos pequeños y duros sobre la alfombra. Se agachó, los recogió y sonrió lentamente. ¿Cómo los había metido allí?, se preguntó. ¿Mientras Ianthe se iba y él hablaba con los demás? Parecía probable.

—Así que tú mismo me cuidabas esta noche —susurró—. Que siempre te defienda con la misma eficacia, amor.

Sostuvo las piedras de río un rato más y las guardó en su cofre de joyas junto a las esmeraldas que había ganado ese día.

Capítulo Catorce

Contra toda evidencia de las tenues nubes de la noche, el amanecer siguiente trajo consigo un aguacero prodigioso que mantuvo a todos en sus tiendas hasta al menos el mediodía. La mayoría de los nobles se despertaron con el primer trueno, oyeron la lluvia, se encogieron de hombros y se dieron la vuelta para volver a dormir. Sus sirvientes hicieron prácticamente lo mismo, salvo por algunos desafortunados que tuvieron que encender fogatas anticipándose a las inevitables llamadas matutinas para un té caliente y humeante. Los sirvientes de Lady Palila a bordo de la barcaza tuvieron suerte. No necesitaron instalar protección para las fogatas y pudieron proporcionarles a ella y a su primer invitado un desayuno completo preparado en la cocina. Si les asombró que fuera la princesa Pandsala quien compartiera la comida de su señora, solo lo comentaron en susurros, y solo entre ellos.

—Así que Ianthe hizo el ridículo anoche actuando de puta—dijo Palila, con la satisfacción reflejada en los ojos de Pandsala—. Por lo que he visto de nuestro héroe de cabello dorado, no es de los que aprecian esos gustos.

—Deberías haberla visto, volviendo a la tienda con el pelo enredado y los pies llenos de tierra —Pandsala rió.

—Sigue ahí, fingiendo que salió a caminar y se resfrió para no tener que enfrentarse a nadie. Le deseo mucha alegría con los remedios de Naydra.

—¡Y la brillante conversación de Lenala! Fue muy amable de tu parte venir a contármelo y acompañarme esta mañana. Creo que te he hecho una injusticia todos estos años, Sala. Trabajamos bien juntos.

—Tenemos mucho que ganar y ambos odiamos a Ianthe. Eso nos convierte en aliados naturales.

—Bueno, esta vez se ha arruinado a sí misma. Aunque Roelstra no se entere, nunca tendrá a nuestro noble príncipe Rohan. Diría que tu causa está ganada, querida.

—No del todo. —Pandsala removió su taza con una cuchara dorada con una amatista en la punta—. Hay algo en esa chica Mensajera del Sol que me molesta. Nunca tiene una palabra suave para ella, y ella apenas es educada con él. Pero Tobin y Andrade la presionan. Rohan parece lo suficientemente dócil como para ceder si ambos se esfuerzan lo suficiente.

—No creo que Rohan sea tan estúpido —reflexionó Palila—. Y están considerando que no tienes tu determinación de tenerlo, claro. Además, la chica es faradhi, sin familia que mencionar, diga lo que

diga Tobin sobre sus conexiones con Syr y Kierst. No puede ofrecer nada parecido a lo que tú puedes ofrecer.

—Aún así, desearía que ya no estuviera en el camino. —Sirvió nuevas tazas de taze y le dio una a Palila—. No fue prudente que vinieras desde el Castillo del Peñasco cuando la hora está tan cerca, ¿sabes? No queremos que des a luz antes de tiempo en un lugar donde no podemos controlar los acontecimientos.

—¿Por qué crees que insistí en traer a esas otras mujeres? Me llevó horas convencer a tu padre de que necesitaba sus cuidados y compañía, además de los de mis propias criadas. Una lástima que una de ellas no se quedara embarazada cuando yo sí.

—No te espera hasta dentro de unos treinta días —dijo Pandsala, observándola con ojo crítico—. Aunque debo decir que ya estás lo suficientemente grande como para que al menos te hayas retrasado ese tiempo.

Palila ocultó su molestia ante este recordatorio de su corpulencia.

—¡Dios no quiera que tenga que llevar un embarazo más allá del término habitual!

—¿Ni siquiera un varón? —preguntó Pandsala con picardía— Por cierto, he encontrado todas las medicinas que necesitamos. No fue difícil. Aquí hay suficientes comerciantes como para comprar una cosa aquí, otra allá. Un trago o dos de vino con drogas, y empezarán los dolores de parto casi al instante. Hemos pensado en todo.

—A menos que las cuatro tengamos hijas. —Palila se mordisqueó las uñas, frunciendo el ceño—. Para estar realmente seguras, deberíamos haber traído a las otras dos.

—Imposible. Incluso mi padre lo encontraría sospechoso, aunque apenas sabe que una mujer está viva cuando está embarazada.

A Palila tampoco le gustó la referencia al desagrado de Roelstra por las mujeres embarazadas.

—Le dije que quería su compañía, y además es terriblemente aburrida. Si no las necesitara, las privaría de la lengua ahora en lugar de más tarde. Escucharlas es un auténtico tormento. Pero tengo que tenerlas conmigo unas horas al día para guardar las apariencias. Dependo de ti para tener una conversación racional.

—Y noticias de lo que pasa en el Rialla. Es una pena que no puedas estar más activa.

Esto también era un punto delicado, y Palila no se molestó en ocultar su irritación esta vez. Roelstra insistió en que asistiera a las funciones importantes —el banquete, las ceremonias del Último Día—, pero no tenía energía y sus pies se habían hinchado tanto que no tenía ni un par de zapatos. En los Riall'im anteriores había estado constantemente a su lado, admirada, codiciada, envidiada. Pero la noche anterior muchas mujeres se habían atrevido a coquetear con

Roelstra, y también en presencia de Palila. Era exasperante ser tan grande, indolente y enfermiza. Su hijo tendría mucho que responder una vez que naciera.

—Sioned me preocupa —dijo Pandsala, volviendo a su tema anterior—. No es nada especial ni en apariencia ni en ingenio, pero hay algo en ella...

—Eso has dicho —respondió Palila con impaciencia—. Te digo, Sala, que no te preocupes por ella. Ahora que la propia estupidez de Ianthe la ha arruinado, no tienes por qué preocuparte. En la fiesta del Último Día te veo de pie con el príncipe Rohan como su esposa.

La imagen encantó a la princesa, que rió alegremente.

—¿Te conté lo que dijo ayer sobre mis ojos? ¡Mi collar de novia será de diamantes!

—Encantador —dijo Palila, intentando sonar entusiasta—. Pero ahora que tu nueva posición está asegurada, deberíamos hacer algunos planes. Haré que tu padre te dé Feruche como regalo de bodas, y a través del paso podremos controlar gran parte del comercio, para beneficio mutuo, como planeamos, sin que nadie se entere. Nuestros hijos serán hombres muy ricos.

—Príncipes muy ricos —corrigió Pandsala con suavidad—. Y las mejores amigas.

Palila sonrió con dulzura.

—¡Claro, querida! Ahora deberíamos estar planeando qué te pondrás en las ceremonias del Último Día.

Pasaron el resto de la mañana hablando del vestido de novia de Pandsala. Sin duda eran dos aliadas tan extrañas como peligrosas.

Sioned tuvo menos suerte con sus circunstancias físicas. En lugar de un camarote cómodo y seco a bordo de la barcaza de Roelstra —algo que una Mensajera del Sol no habría apreciado de todos modos —, estaba atrapada en una tienda de campaña con goteras. Apenas ella, Camigwen y Hildreth detuvieron una gota, empezó otra. Las camas estaban húmedas y la alfombra de lana mojada olía fatal. Pero no había ningún lugar al que escapar, y cuando Cami sugirió una partida de ajedrez para distraerse de su miseria, Sioned aceptó con gusto.

Pero su mente no estaba en el juego. No podía dejar de pensar en lo que había visto la noche anterior. ¿Había dado la bienvenida Rohan a Ianthe? ¿Había interrumpido el Fuego las primeras caricias de su encuentro amoroso? La respuesta de Sioned a las insinuaciones de Roelstra la había educado dolorosamente sobre las fascinaciones de su raza mortal. ¿Había sentido Rohan lo mismo?

Perdió contra Cami en menos de quince movimientos. Levantándose, agarró una capa y se cubrió el pelo con la capucha.

—Voy a dar un paseo.

—Te vas a resfriar —advirtió Hildreth.

—Esta es la capa que me prestó Tobin, ¿ves? —Extendió los pliegues para mostrar el forro de piel—. Estaré abrigada. —Mientras Cami empezaba a protestar, Sioned exclamó:— ¡Tengo que salir de aquí!

Apartó las solapas empapadas de la tienda y echó a andar. La capa, hecha para Tobin, mucho más baja, le llegaba solo a las rodillas. Sabía que debía de parecer absurda, pero nadie la notaba con su rica capa carmesí sobre la sencilla ropa de montar. Unos cuantos guardias se acurrucaban bajo el ligero refugio de los aleros de la entrada; uno o dos sirvientes se apresuraban bajo la lluvia haciendo recados. Sioned dejó el laberinto de tiendas para ir al río y cruzó el puente hacia la Feria. Los puestos estaban cerrados y desiertos, con las cortinas brillantes empapadas y la madera oscurecida por la lluvia. Los mercaderes habían llevado sus mercancías de vuelta al poblado de tiendas al otro lado de la colina para protegerse de la tormenta, y sin duda estaban sentados maldiciendo al clima que les había privado de un día de ventas. Desierto, silencioso, el lugar parecía un campo de batalla, sin más cadáveres y pájaros de alas negras que limpiaran los huesos.

Sioned se encogió de hombros, molesta, ante el sombrío giro de sus pensamientos, y siguió subiendo la cima de una colina, donde un pequeño bosque le ofrecía un refugio bienvenido, aunque inadecuado. Malditas sean las tiendas con goteras de Rohan. Maldito Rohan.

Acurrucándose junto a los helechos goteantes, se obligó a reflexionar una vez más. Ni siquiera era la escena de la noche anterior lo que la inquietaba, admitió en secreto; podía entender si Rohan hubiera deseado a Ianthe durante un tiempo. Ella había sentido lo mismo con el padre de Ianthe. El problema era más profundo, y bajó la mirada hacia sus anillos con una sonrisa amarga que le torcía los labios.

¿Qué diría Andrade si supiera lo que Sioned le había hecho a esa Mérida? Con solo la intención de asustar, su conjuro había matado. Peor aún, no sentía ningún remordimiento real por la muerte de aquel hombre. Había intentado matar a Rohan; esa era razón suficiente para que muriera.

Intentó creer que odiaba a Rohan por hacerle esto. La verdad era que se odiaba a sí misma por permitirlo. Tampoco pretendía que el mayordomo de la Fortaleza muriera, pero lo hizo, con la mente destrozada por dos Mensajeros del Sol que luchaban por el control. Sioned era en parte responsable. Pero ella tampoco podía sentir mucho remordimiento por él.

Había matado por Rohan y ni siquiera tenía la excusa de ser su princesa. ¿Qué pasaría en el futuro, cuando pudiera escudarse en esa

conveniente obligación? El poder de Rohan sobre ella era aterrador, pero era un poder que ella le había otorgado junto con su corazón y su mente. Podría ser solo su princesa, y sentirse solo como una media persona si dejaba de ser una faradhi. Debía ser posible equilibrarlos, ser Mensajera del Sol y princesa a la vez. Andrade jamás la habría puesto en esa situación si fuera imposible ser ambas cosas. Ningún príncipe ni princesa había sido jamás una Mensajera del Sol activa; era demasiado peligroso. Se acurrucó aún más en su capa y cerró los ojos, preguntándose por qué Andrade la consideraba lo suficientemente fuerte como para resistirse a usar su poder si su esposo o sus tierras lo necesitaban. Sioned no había tenido la intención de matar, pero eso no era excusa. Había roto el juramento más vinculante de un faradhi en defensa de Rohan.

De repente, se le ocurrió que tal vez Andrade había contado precisamente con eso.

La idea la aturdió. La Dama era astuta, manipuladora, ambiciosa y arrogante, pero no podía pretender que Sioned ignorara todas las restricciones tradicionales sobre el uso del poder faradhi. Seguramente no podía ser tan cruel como para responsabilizar a Sioned.

Pero tal vez sí lo era. Tal vez al convertir en princesa a una Mensajera del Sol entrenada, había calculado que los regalos se volverían parciales, que Sioned rompería los votos por el bien de su príncipe. Andrade no podría haber ordenado algo así, ni haber dicho abiertamente que lo esperaba de Sioned. Pero, de repente, cobró sentido. Andrade no había dicho nada, pero Sioned comprendió de repente lo que se le pedía. No solo crear un hijo que también fuera príncipe y Mensajera del Sol, sino crear las nuevas reglas bajo las que su hijo viviría.

Y Rohan, ¿qué le pediría? ¿Podría confiar en su sabiduría para evitar tener que tomar la decisión una y otra vez? Tembló bajo la pesada capa, sabiendo que había tomado su decisión: Rohan. Y por él haría lo que fuera necesario, como faradhi y princesa.

Sentada bajo las ramas lluviosas, había algo que la desconcertaba hasta que se le ocurrió la respuesta obvia. Los príncipes se pondrían furiosos al descubrir que Andrade pretendía casar a una de sus Corredoras del Sol con un príncipe. Pero aún no lo sabían, gracias al pequeño plan de Rohan con las hijas de Roelstra. Secándose la lluvia del rostro, sonrió con una sombría anticipación al alboroto. Si les disgustaba ese evento, les daría un ataque de ira cuando nacieran los niños.

Sioned no era consciente de quienes la observaban desde el precario refugio de otros árboles. Walvis era casi invisible, temblando bajo una capa que lo envolvía desde la nariz hasta las botas. Meath

era invisible tanto para el escudero como para la Mensajera del Sol, a quien había estado siguiendo desde que Hildreth le advirtió de la inquietud de Sioned. Se dijo a sí mismo que si quería estar sola para pensar, al menos podría haber elegido una tienda de campaña bonita y seca en lugar de vagar por todo el campo. Mascullando una maldición en voz baja, se acurrucó más cerca de su árbol.

En ese momento, Rohan se maldecía por imponer sus ideas más radicales a príncipes desprevenidos. A pesar de la lluvia, la conferencia continuaba, si es que se podía dignificar la discusión con ese término cortés. Rohan había cometido un grave error, inexcusable incluso a pesar del cansancio. No había dormido después de que Ianthe lo dejara, y estuvo a punto de buscar a Sioned para satisfacer los deseos que la princesa había despertado. La sola idea le repugnaba. Aun así, no había pegado ojo hasta el amanecer, pues al reflexionar sobre las acciones de Ianthe, le preocupaban más sus implicaciones. Para colmo de males, la lluvia lo ponía nervioso hasta sus mismísimo huesos de nativo del Desierto. Pero un príncipe no podía excusarse por sus errores, ni siquiera a sí mismo. Rohan, escuchando el conflicto que rugía a su alrededor, deseó haber mantenido la boca cerrada.

Había empezado bastante bien. Con tono inocente, sugirió que le sería útil saber cuáles eran sus límites. Realmente necesitaba saber, después de todo, exactamente de qué era príncipe. Su intención había sido obvia incluso para un príncipe tan ingenuo como Saumer de Isel. El ataque Mérida había vuelto a plantear la cuestión de los derechos sobre ciertas tierras del desierto —con Roelstra como impulsor— y Rohan quería definir qué le pertenecía y, aún más importante, qué ya no pertenecía a sus enemigos. Los príncipes no se dieron cuenta de que sus verdaderos objetivos eran más sutiles. Con todos de acuerdo sobre sus posesiones, si los Mérida no se retiraban de las tierras del Desierto, Rohan tendría la excusa legal que necesitaba para la invasión. Ningún otro príncipe se atrevería a ayudar a los Mérida mientras Rohan se dedicara a recuperar lo que se había decidido que era suyo. Pero, más trascendental aún, sabía que un gobierno estable requería fronteras estables. Había planeado empezar proponiendo límites claros para sus propias tierras y, en años posteriores, animar a otros príncipes a hacer lo mismo. Pero se habían adelantado a lo que Rohan esperaba guardar para la siguiente Rialla. No había contado con la feroz rivalidad entre los príncipes Saumer y Volog. Compartían su isla en una tregua inestable que nunca se había acercado a la paz real, y sus fronteras fluctuaban anualmente. Cuando Rohan propuso una definición precisa de sus propias tierras, se aferraron al concepto como dragones que descubren a un ciervo desprotegido.

—¿Qué sentará el precedente? —preguntó Roelstra en la

discusión, y la batalla comenzó.

Todos tenían un precedente. El tatarabuelo de todos tenía un precedente. De eso se trataban las guerras territoriales. Rohan se condenó a sí mismo por ser un necio, porque otra guerra parecía estar a punto de estallar. Pero no tenía a nadie más que a sí mismo a quien culpar.

Sin embargo, al mirar al Alto Príncipe, preguntándose por qué Roelstra no intervenía para resolver esto, descubrió algo muy interesante. Roelstra realmente quería que se enfrentaran. El conflicto entre Saumer y Volog había provocado la misma discusión entre los príncipes de Firon y Fessenden. Y aunque el rostro de Roelstra mostraba una expresión seria, sus ojos reían. Su desunión era su objetivo y su deleite. La división era la clave de su poder personal.

Rohan se recostó en su silla, mordiéndose el labio. Nunca antes se había dado cuenta de cómo Roelstra obligaba a los príncipes a hacer prácticamente lo que él quería. Ahora lo entendía. Luchaban entre ellos, alentados por el Alto Príncipe, quien esperaba a que las facciones estuvieran listas para despedazarse mutuamente antes de proponer un acuerdo que dejara a ambas partes en deuda con él. Y Roelstra lo llamaría *pacificación*.

Rohan se miró las manos para ocultar el asco que sabía que debía de haber en sus ojos. Solo quería reclamar lo que era suyo y cultivarlo en paz. El cuidado, la cautela y la cooperación hicieron florecer el Desierto; sus vasallos tuvieron que trabajar en conjunto para sobrevivir, dejando de lado sus insignificantes diferencias. No era lo mismo en tierras más ricas. Recolectar frutos y flores de Marca del Príncipe, Ossetia o Kierst-Isel requería poco trabajo. Los gobernantes de esas tierras tenían tiempo para otras cosas, y durante muchos años Roelstra se había encargado de que sus energías se malgastaran en disputas. Todo ese tiempo, todos esos recursos, todo ese poder mental y riqueza, y todo había sido desperdiciado. Rohan se sentía tan furioso por el desperdicio como si hubiera sorprendido a alguien drenando a propósito el preciado agua de las cisternas de Stronghold.

El gobierno era el fino arte de la coordinación. El gobierno era el sutil y divisivo arte del poder. Lo que Rohan más deseaba —paz mediante el imperio de las leyes, comprendida por todos—, Roelstra se esforzaría por impedirlo con todas sus fuerzas. Rohan ahora lo comprendía. Es más, comprendía la desesperación de Ianthe que la había llevado hasta él la noche anterior. Había visto la oportunidad de obtener poder a través de él, y era lo único que había aprendido a desear. Solo tenía el ejemplo de despilfarro y traición de su padre para aprender.

De repente, pensó en Sioned y le dolió el corazón. Él mismo había

jugado al juego de división de Roelstra sin siquiera saberlo, enfrentando a Sioned con las princesas de la misma manera que Roelstra enfrentaba a los príncipes entre sí mientras él disfrutaba del espectáculo. Rohan incluso había enfrentado su propio corazón a lo que su mente le había hecho creer que era tan astuto. Pero no podía vivir así. Necesitaba a Sioned a su lado, abierta, honesta y libremente. Ahora se veía a sí mismo como un niño arrogante que había jugado el juego equivocado y había lastimado no solo a ella, sino también a sí mismo en el proceso. Se dio cuenta de que el príncipe Lleyn lo observaba. Sus desvaídos ojos azules sonrieron con complicidad por un instante, y luego el anciano se puso de pie.

—Mis señores. —dijo; luego, más alto— ¡Mis señores! —Se sentaron al unísono—. Felicito al príncipe Rohan por su excelente, aunque revolucionaria, idea. Pero sugiero que sin mapas ni documentación, estamos perdiendo el tiempo.

—¿Puedes resolver nuestros problemas, primo? —preguntó Roelstra con suavidad.

—Creo que sí. Debemos dirigirnos a Lady Andrade.

—¿Para qué? —preguntó Saumer, con un mundo de sospecha en dos palabras.

—No para una sentencia, desde luego —lo tranquilizó Lleyn—. Pero antes de la próxima Rialla, podría convencerla de organizar las reclamaciones de tierras para que todos sepan la postura de los demás, literalmente. Sugiero que dejemos el trazado de las fronteras hasta dentro de tres años y busquemos en nuestros archivos precedentes adecuados.

—Lo apruebo —dijo el Alto Príncipe—. Tus palabras son sabias, como siempre. De hecho, me inspiran a sugerir algo bastante novedoso. Propongo que, hasta que todos lleguemos a un acuerdo sobre nuestras fronteras, las actuales se consideren los límites legítimos de nuestras tierras, para ser revisadas según sea necesario dentro de tres años. Propongo además que cualquier príncipe que ataque a otro sea castigado rápidamente por el resto de nosotros.

Saumer frunció el ceño.

—Déjame entender esto, Roelstra. Si, por ejemplo, Haldor ataca a Chale por unas cuantas medidas en disputa…

—Entonces estaría allí con todos mis ejércitos tan pronto como pudiera para defender los derechos del príncipe Haldor. Y aquellos de nosotros en la frontera de Meadowlord o Syr, el príncipe Rohan, por ejemplo, también defenderíamos a Haldor. Se reducirían gran parte de los beneficios de la guerra y podríamos dejar de gastar nuestro dinero en guerras inútiles.

—Me gusta —declaró Ajit de Firon.

—A mí también —dijo Saumer, mirando a Volog, quien sonrió—.

¿Puedo hablar? —se oyó decir Rohan.

—Por favor, primo —respondió Roelstra con amabilidad.

—Creo que el Príncipe Lleyn debería ser el árbitro final de cualquier disputa seria. Estos asuntos no le corresponden a Lady Andrade, y en su isla a Lleyn le interesa poco quién posee qué en el continente.

—¿Estás de acuerdo con esta propuesta, Lleyn?

El anciano hizo una reverencia al Alto Príncipe.

—Me haré el honor de aceptar la tarea.

Por fin volvimos a la normalidad, pensó Rohan con gratitud.

—Espero —continuó Roelstra—, que podamos resolver nuestras diferencias sin molestar a Lleyn. —La indirecta no pasó inadvertida para ninguno de los presentes, ni siquiera para Saumer.

—Y ahora, mis señores, nos merecemos un descanso. El príncipe Vissarion ha tenido la amabilidad de ofrecernos un refrigerio en su tienda. Nos vemos aquí esta tarde.

Rohan escapó del ambiente cerrado de la tienda violeta y se cubrió con la capucha de la capa para protegerse de la lluvia. La mañana no había sido tan desastrosa como temía, pero tenía muchas cosas en las que pensar. Necesitaba privacidad, y no la encontraba en su propio campamento. En Stronghold podría haber desaparecido durante horas si hubiera querido, pero ¿dónde podía esconderse un príncipe en el Rialla?

Bajó al río, esperando que nadie más se aventurara a dar un paseo bajo la lluvia, y con el rabillo del ojo vio a Meath escabulléndose entre los árboles de la orilla opuesta. Supuso que el celo de quienes lo vigilaban debía tranquilizarlo, pero la vigilancia constante también lo irritaba. Por un momento consideró burlarse del faradhi, pero su lado obediente se lo prohibió. Sería un idiota irse solo sin escolta, con la posible presencia de los Mérida rondando por allí.

Rohan finalmente vio el lugar perfecto para su privacidad: los escalones que conducían al puente. Se sintió un poco tonto al deslizarse bajo ellos y agacharse para protegerse de la lluvia, pero a Meath se le ocurría lo que quisiera. Se ajustó la capa con más fuerza, como un dragón con las alas plegadas para protegerse de la lluvia, se dijo con una sonrisa. Los tablones de madera de arriba goteaban un poco, y se movió para encontrar un lugar donde no le lloviera encima, acomodándose finalmente, cómodo y oculto de miradas indiscretas. La mañana no había sido tan mala, reflexionó, aunque la sugerencia de Roelstra sobre la ayuda mutua y la defensa lo inquietaba. Las posibilidades de daño eran infinitas. Se puso a pensar como lo haría el Alto Príncipe —algo demasiado fácil para su tranquilidad— y las escenas que se desarrollaban en su cabeza distaban mucho de ser tranquilizadoras. Cualquier ataque, sin importar quién lo organizara, obligaría a los demás príncipes a tomar medidas punitivas. Las

preguntas solo surgirían después, si la lucha cesaba. Porque había facciones entre los príncipes que no desaparecerían ante ningún tratado. Los Athr'im se peleaban constantemente, la mayoría de las veces por orden de sus príncipes, quienes solían mantenerse al margen de las batallas. El propio padre de Rohan había usado esa táctica con bastante frecuencia, aunque le encantaba luchar y siempre estaba en el centro de cualquier guerra menor. Rohan, sin embargo, no tenía intención de vivir así.

Pero podía imaginar fácilmente una fuerza de mercenarios asediando una fortaleza y culpando a otro. El Alto Príncipe Roelstra podría marchar en defensa del príncipe atacado y causar el daño que quisiera. Para cuando todo estuviera resuelto, nadie estaría seguro de lo sucedido.

Aun así, quizá todos se lo pensarían dos veces antes de declarar la guerra. Los conflictos locales eran una cosa; las guerras a gran escala no beneficiaban a nadie. Rohan se encogió de hombros, sabiendo que solo podía esperar lo mejor.

Se sentía mejor con su propia propuesta de fronteras legales. No en vano había revisado todos los documentos de los archivos de Stronghold. Ya sabía qué era legalmente suyo, no solo en lo referente a Mérida, sino también en sus fronteras con Syr, Marca del Príncipe, Meadowlord y Cunaxa. Tendría que ceder una o dos granjas, pero también obtendría importantes propiedades a cambio. De todas sus vastas posesiones, podía permitirse ceder una pequeña parte a cambio del derecho indiscutible sobre el resto. Los vasallos involucrados tendrían que ser apaciguados, por supuesto, ahora que iban a poseer la tierra, pero gracias a su padre tenía suficiente dinero para compensar la pérdida de algunas medidas cuadradas aquí y allá.

¡Menudo huevo de dragón había roto hoy!, pensó con una sonrisa. Los príncipes se volverían locos rebuscando en viejos tratados y los estudios realizados por faradh'im hacía mucho tiempo. En su búsqueda, sin siquiera darse cuenta, llegarían a valorar el precedente de la ley. Con suerte y algún empujón aquí y allá, podría persuadirlos de extender esa creencia a otras cosas.

Se oyeron pasos en el puente sobre él, regresando de la otra orilla, y por un momento pensó que debía ser Meath. Pero los pasos eran demasiado ligeros para pertenecer al gran Mensajero del Sol. Mientras la persona descendía a la orilla de grava, la curiosidad lo venció. Se asomó desde su refugio y, con total deleite, reconoció a la chica envuelta en una capa demasiado corta para ella.

—¡Sioned!

—¿Quién anda ahí? —Se dio la vuelta con miedo en la voz.

—Soy solo yo. Rohan. Estoy debajo de las escaleras. Entra y resguardate de la lluvia.

Se acercó, con las botas de montar embarradas hasta las rodillas, y se agachó para mirar dentro.

—¿Qué haces?

—Podría preguntarte lo mismo. Vamos. —Le tendió la mano, aunque ella la ignoró.

—Se supone que deberías estar a salvo y seca dentro de tu tienda de campaña —la regañó mientras se agachaba a su lado.

—Tu maldita tienda con goteras —lo corrigió.

—Y se supone que deberías estar en una conferencia.

—Me aburrí. —Se giró para arrodillarse detrás de ella, sin importarle el barro, y comenzó a frotarle los brazos y los hombros. Ella temblaba bajo la capa forrada de piel.

—¡Estás empapada! ¿Cuánto tiempo llevas fuera, mujer? Ven, deja que te caliente.

Intentó atraerla hacia sí, con la intención de abrazarla mientras le explicaba sus descubrimientos de la mañana, pero ella lo rechazó con enojo.

—No me trates como si fuera tuya —murmuró—. Todavía no te pertenezco, mi señor príncipe.

Desconcertado, mantuvo la boca cerrada. Unos momentos después, su autocontrol fue recompensado.

—¡Vi a Ianthe anoche, saliendo de tu tienda! La única razón por la que te hablo es porque no parecía muy contenta.

Rohan se alegró de que le diera la espalda para que no viera su sonrisa de alegría.

—No le di muchos motivos para estarlo. Conjuraste Fuego anoche, ¿verdad?

—¿Y qué si lo hice? —dijo ella con enfado—. Estaba allí para seducirte o matarte, y yo no iba a dejar que hiciera ninguna de las dos cosas.

—Me pregunto qué habría sido peor.

Ella se giró y lo miró fijamente, con las pestañas enredadas en gotas de lluvia que él ansiaba besar.

—Cómo me encantaría poder odiarte —susurró.

Interpretando esto como una declaración de emociones que nada tenían que ver con el odio, Rohan la abrazó. Se sentaron en el barro bajo el puente con goteras y se besaron, obstaculizados por el volumen de la ropa, el frío y la total falta de espacio. Rohan nunca había sido más feliz en su vida.

Podían quedarse así toda la tarde y hasta bien entrada la noche, pero poco a poco Rohan se dio cuenta de que la lluvia ya no le goteaba en el pelo; la penumbra azul grisácea de su escondite se había iluminado con la luz del sol. A regañadientes, la soltó. Ella apretó las manos contra su pecho y recostó la cabeza cómodamente

contra su hombro.

—Hay tanto que quiero contarte, y nunca hay tiempo. Rohan, vernos en secreto será divertido cuando nos casemos y no tengamos que hacerlo para hablar, ¡pero por ahora se está volviendo ridículo!

—Espera a que estés a solas en Stronghold este invierno —prometió.

—¡Ensilla los caballos y vámonos a casa, entonces! —Ella rió y se apartó de él— Solo un poco más, lo sé. Solo recuerda que no digo las cosas en serio cuando estoy con otras personas.

—¿Ni siquiera sobre las piedras del río? —bromeó—. Las encontré anoche. ¡Qué romántico!

Ella se puso roja y lo empujó por los hombros.

—Sal de aquí antes de que te echen de menos. Y ve a cambiarte de ropa; estás cubierto de barro.

—Adiós al romance. —Le robó otro beso—. En cuanto a ti, mi señora, ve a secarte y ponte algo de abrigo.

—Estuve caliente hasta que me soltaste —se quejó ella, rodeándolo de nuevo con sus brazos.

—Para ya. Sioned, te prohíbo terminantemente que me seduzcas.

—¿Será necesario? —Soltó una risita—. Ah, muy bien. Me voy. Supongo que no sería muy elegante estornudar durante toda la boda. Voy a estar guapísima con esas esmeraldas, ¿sabes?

—Bruja codiciosa —la acusó—. Solo por eso, después de todo, haré que te hagan un collar de piedras de río.

—¡Oh, no, no lo harás! —Le tomó la cara entre las manos y lo besó profundamente. Cuando lo soltó, él dijo lo único posible dadas las circunstancias:

—¡Te amo!

Los ojos verdes se llenaron de lágrimas.

—Nunca habías dicho eso antes.

—¡Claro que sí!

—No. Esta fue la primera vez.

—Pero lo sabías, Sioned. Debiste saberlo.

—Me gusta oírlo a veces, Rohan. Facilita las cosas.

—¿Qué cosas, cariño? ¿Las princesas? No les hagas caso.

—Pero tú sí les haces caso —le recordó ella con aspereza—. Pero en realidad no son ellas.

—¿Entonces qué es?

Levantó la mano que llevaba su esmeralda.

—No sé cuánto tiempo podré usar estos otros anillos, de verdad.

—No lo entiendo.

Un pequeño suspiro se le escapó.

—Ya no sé qué se supone que soy. ¿Mensajera del Sol o princesa o ambas? Me siento... atrapada.

Finalmente comprendió sus palabras.

—Sioned, nadie puede poseerte a menos que tú lo permitas. Ni yo, ni Andrade. Cualquiera que lo intente querrá usarte. Te prometo que no lo haré. Te amo tanto; no quiero verte sufrir jamás. No me tengas miedo, amor. No te atraparé.

—Ya lo has hecho. —Ella adelantó su protesta con otro beso—. Solo cumple tu otra promesa, Rohan. Sé siempre honesto conmigo. Por favor.

Salieron sigilosamente del pequeño espacio, temblando por el viento fresco que había dispersado las nubes, y se separaron: ella regresó con sus compañeros Mensajeros del Sol, él con sus compañeros príncipes. Ninguno de los dos notó sus sombras: uno era un faradhi, otro un escudero, otro un experto espadachín de la guardia de Rohan. Y ninguno de ellos vio la figura con una capa violeta oscura que permanecía oculta tras un árbol, con odio hirviendo en sus ojos oscuros.

A la tarde siguiente, Lady Andrade se encontraba en la carpa de conferencias, estampando el sello de la Fortaleza de la Diosa en una veintena de documentos. Todos los príncipes la observaron mientras ella vertía cera negra caliente sobre las cintas blancas que Urival había colocado en cada pergamino y sellaba con su sello la imagen del gran castillo. Los secretarios habían estado trabajando todo el día para hacer las copias necesarias, y Andrade reflexionó que había muchísimas, con el nombre de su sobrino en bastantes. En su fuero interno, estaba asombrada por lo que había logrado. Había ganado mucho y cedido tan poco como Zehava. Andrade sospechaba que los demás príncipes comenzaban a comprender que tras la sonrisa cándida y los inocentes ojos azules se escondían una mente astuta y una ambición desbordante, pero todos estaban ansiosos por cerrar tratados con el hombre que creían que pronto sería el yerno de Roelstra. El Alto Príncipe les había hecho creerlo; Rohan no había tenido que decir ni hacer nada. Y todos los príncipes quedaron sujetos a estos acuerdos durante los siguientes tres años.

Ella asintió cordialmente a Roelstra cuando el último documento llevaba su sello, y él se volvió hacia los príncipes reunidos.

—Primos, les agradezco por haber tenido un Rialla pacífico y fructífero. Que todos cosechemos la justa recompensa de nuestro trabajo aquí y nos encontremos en una amistad aún mayor dentro de tres años.

Mientras se inclinaban ante Andrade y salían de la tienda, ella se arrebujó un poco en su capa para protegerse de la brisa fresca que entraba por la entrada. Urival guardó las cintas, el sello y la cera en su estuche y apiló las copias de la Fortaleza de la Diosa en un cofre para su transporte. Los movimientos limpios y gráciles de sus manos

llamaron su atención, arrullándola de alguna manera, y se sobresaltó al oír la voz de Roelstra a sus espaldas.

—Un momento de su tiempo, Andrade, si me lo permite.

—Por supuesto. Urival, espero que el catálogo esté listo mañana por la mañana. Que Camigwen te ayude. Tiene una letra limpia.

—Si puedo apartarla de Ostvel —murmuró con una leve sonrisa. Recogió las dos maletas, hizo una reverencia y la dejó a solas con el Alto Príncipe.

—Siéntese, por favor —la invitó, y Andrade se dejó caer en una silla. Roelstra se sentó frente a ella en la mesa—. Ya conoce mis esperanzas con respecto a su sobrino y una de mis hijas.

—Hasta un ciego lo vería —respondió ella con amabilidad—. Puedes ser sutil cuando te conviene. ¿Por qué eres tan obvio ahora?

—Sin ánimo de ofender, ¿puedo aventurar la opinión de que no había otra manera de hacérselo entender a Rohan? Ha estado muy concentrado en los asuntos de los Rialla y solo ha respondido a las insinuaciones más directas sobre mis chicas.

—Creo que ha recibido la impresión que deseabas —le dijo Andrade con seriedad.

—Pero tengo entendido que tienes tu propia candidata para su mano.

Ella asintió.

—A su manera, Sioned es tan testaruda como Rohan.

—Tengo una oferta que hacerte, Andrade. Lady Sioned no lo quiere realmente. Le iría mucho mejor, en términos de riqueza y prestigio, tomando a una de mis chicas. Un matrimonio que lo vincule a mí sería algo muy bueno, y todos lo sabemos. —Hizo una pausa—. Como también sabes, llevo años sin un Mensajero del Sol en el el Castillo del Peñasco.

—Fue culpa tuya, no mía. Johoda era muy hábil, pero rechazaste sus servicios.

—Una acción que he llegado a lamentar. Como sabes, tengo otras fuentes de información. Pero ahora necesito un faradhi.

—Y quieres a Sioned. —Sus dedos marcaban un ritmo constante sobre la mesa—. Puede que no la tengas, Roelstra.

—¿Y si ella misma lo pidiera?

Andrade soltó una carcajada.

—¿Por el honor de ser tu puta? No te engañes, Roelstra; ni con esta chica, ni contigo mismo. Ya no eres joven. Eres más tonto que antes, y los años empiezan a notarse. ¡Apenas eres algo del apuesto joven que llegó cabalgando a la fortaleza de mi padre hace casi treinta años buscando esposa!

Le dedicó una leve sonrisa.

—Gracias a la Diosa que no te elegí ni a ti ni a esa gemela tuya tan

tonta.

—Veo que te falla la memoria —se burló—. Milar te detestó nada más verte, y yo ya sabía en qué te habías convertido.

—¡Tendré a Sioned!

—¡No tendrás nada! —Se inclinó hacia delante, sin reír—. ¿Crees que siquiera consideraría confiar a esa chica a un hombre que ya ha corrompido a un faradhi? Ah, sí, lo sé todo, y tú sabías que lo sabía. Tienes mi permiso para explicarte.

Se puso de pie de un salto, elevándose sobre ella.

—¿Tu permiso? ¿Cómo te atreves a acusarme...?

—¡Debería haberte acusado ante los demás príncipes!

—¿Y por qué no lo hiciste? —replicó—. ¿Demasiado orgullosa para admitir que no puedes controlar a todos y todo como controlas a Rohan?

—¿Qué te hizo pensar que yo le digo qué hacer o decir? Tienes mucho que aprender sobre él, Roelstra.

—Te lo advierto, Andrade...

Se levantó, envolviéndose en su capa.

—Fue tu rostro, el rostro que llevas ahora, manchado por el poder, el que vi en el Fuego cuando aún era una niña. Vive tu vida como quieras. Pero te lo advierto, Roelstra. No vuelvas a tocar a uno de mis faradh'im.

Salió de la tienda, atormentada por un temblor interior. Diosa, cuánto odiaba a ese hombre, quería arruinarlo, pero sin el renegado Mensajero del Sol a mano, no tenía pruebas. Se sorprendió de la intensidad de su necesidad de ver a Roelstra completamente destrozado. Pero sabía que solo cuando lo estuviera, Rohan y Sioned estarían a salvo.

El Alto Príncipe ignoró a sus sirvientes mientras subía a su barcaza. Oyó la voz de Palila alzarse al oír su nombre, pero no tenía tiempo para ella: la hinchada e inútil Palila, que nunca le daría un hijo. Entró en su camarote y cerró la puerta con llave, por si lograba levantarse del lecho. Pensó en el esbelto cuerpo de Sioned, en sus gráciles movimientos, en sus insondables ojos verdes y en sus anillos faradhi.

Abrió un compartimento oculto entre los paneles de madera y sacó un pequeño saco de terciopelo. Lo sopesó pensativo, considerando las necesidades de Crigo. El hombre no tenía ningún valor. No recibiría más de lo que ya tenía en su tienda.

Allí había dranath de sobra para Sioned.

Capítulo Quince

Rohan salió de la tienda del Alto Príncipe de muy buen humor, pues solo él entre los príncipes conocía a Andrade lo suficiente como para comprender el leve gesto de sus cejas al leer los tratados firmados por él. No le había ido tan mal para ser un supuesto idiota, se dijo, pero se preguntaba si su tía captaría la verdadera intención tras ciertos acuerdos, por lo demás inocentes, con los príncipes Clutha y Volog.

Ninguna vaca que se preciara duraba más de una temporada en el Desierto, por muy robusta que fuera la raza, y Meadowlord había producido demasiado ganado en los últimos años. Rohan había ofrecido a Clutha algunos de los mejores caballos de Chay y una buena cantidad de dinero a cambio de las pieles del ganado sacrificado para reducir las manadas. Este era su primer paso en un camino mucho más largo; el tratado con Volog era el segundo. De ese príncipe —primo de Sioned— había obtenido el préstamo de dos maestros en el arte de la fabricación de pergaminos, a cambio de un mayor envío de lingotes de vidrio a los artesanos de Kierst. Su razón oficial era que deseaba que la educación de sus sobrinos se enriqueciera con ejemplares de la extensa biblioteca de Rohan. Así se explicaba la contribución de Chay.

Pero lo que realmente deseaba, algún día en el futuro, era fundar una escuela. Rohan había tenido la ventaja de un padre indulgente —aunque desconcertado— dispuesto a gastar cualquier suma para abastecer de libros a su voraz erudito hijo. Pero no todos los jóvenes de la alta cuna, y ciertamente ninguno de las clases bajas, corrían la misma suerte. Una de las cosas que quería encontrar era un medio para que los jóvenes talentosos, hombres y mujeres, pudieran educarse, entrenar sus mentes y explorar sus dones. Había escuelas para algunos de los oficios más importantes —los cristaleros en Firon, los tejedores en Cunaxa—, pero la mayoría de la gente estaba atada a un oficio familiar, sin importar sus inclinaciones naturales. Sabía que su plan encontraría una socia entusiasta en Sioned, tan ávida de mente como él. Ansiaba pasar el invierno a solas con ella en Stronghold por más razones que las obvias.

Apiló los pergaminos y se recostó para estirarse, entonces oyó pasos al otro lado del tabique que separaba sus aposentos privados de la zona más pública de la tienda.

—¿Walvis? —gritó, y un momento después apareció el escudero. Rohan lo miró fijamente y silbó en voz baja— Dulce Diosa, ¿qué te ha pasado?

Las mejillas pecosas de Walvis se sonrojaron, acentuando el

moretón sobre un ojo.

—Nada, mi señor —murmuró.

—Ven aquí y déjame ver. —Rohan giró al chico para que quedara de cara a la luz que entraba por la fina malla de una ventana—. Si eso es *nada*, me disgustaría ver tu idea de *algo*. —Tomó la mano derecha del escudero para inspeccionarla—. Por el aspecto de tus nudillos, diste algo a cambio.

—Así es, mi señor —respondió Walvis con gravedad.

—¿Te importaría contarme el problema?

—Una cuestión de honor.

—¿Tuyo o mío?

—Ambos. —La mandíbula testaruda de un hombre sobresalió de repente del rostro redondo e infantil—. Uno de los escuderos del príncipe Durriken dijo que... dijo que eras...

—¿Sí? —instó Rohan, sabiendo que bajo ninguna circunstancia debía reír.

—No me gusta repetir esas cosas, mi señor.

—Repítelas de todos modos.

El chico tragó saliva y volvió a sonrojarse.

—Dijo que ibas a tener problemas para tener un hijo con cualquier mujer porque, perdóname, mi señor, porque eres demasiado estúpido para encontrar el agujero, y mucho menos…

—Ya veo. —Rohan mantuvo un férreo control sobre sus músculos faciales.

—¡Le devolví el insulto, mi señor!

—Ya lo veo.

Walvis se tocó el moretón y se encogió de hombros.

—Realmente fui algo digno de ver —admitió.

—Mmm. —Rohan se dio la vuelta, ocupado con la organización de los pergaminos en su escritorio de viaje. Cuando logró mantener la compostura, dijo—: Confío en que tengas suficiente fuerza para ir a ver a nuestro joyero en la Feria.

—¿Están listas las esmeraldas de mi señora?

—Me gustaría que lo averiguaras. Si están terminadas, tráelas. Y si no...

—¡Descubriré por qué!

—Con cuidado, por favor —advirtió Rohan con una sonrisa—. Después de todo, apenas le hemos dado tiempo al pobre hombre. ¡Ahora, ve! —Cuando el escudero llegó a la entrada, Rohan lo llamó suavemente— ¿Walvis?

El chico se giró.

—¿Sí, mi señor?

—Apuesto a que el hombre del príncipe Durriken tiene mucho peor aspecto que tú.

Walvis sonrió con orgullo.

—No masticará nada más fuerte que agua en días, ¡ni caminará derecho!

Esta vez, la risa se le escapó. Cuando Walvis hizo una reverencia y se marchó, la diversión de Rohan se convirtió en un suspiro. ¡Oh, tener once años de nuevo y poder tomar el camino directo hacia una meta, preferiblemente con un derechazo en la mandíbula de Roelstra! Todavía le dolía la idea de que el Alto Príncipe le hubiera impedido comerciar con vidrio, caballos y pieles de ganado para los artesanos. Le había resultado casi imposible mantener la boca cerrada y parecer desconcertado mientras Volog y Clutha lo defendían.

Un leve alboroto fuera de la tienda lo distrajo, y por la abertura de la ventana vio a Camigwen dirigiendo la colocación de una docena de largas mesas. Rohan recordó tardíamente que esa noche ofrecería una cena informal. Después habría baile, y la noche se haría muy tarde, pues todo el trabajo estaba hecho y era hora de disfrutar al máximo de la vida social antes de las ceremonias del Último Día del día siguiente.

—¿Camigwen? ¿Puedo interrumpir un momento?

Se giró, entrecerró los ojos para ver a través de la malla y dijo:

—Por supuesto, mi señor. —Corrió hacia la entrada y se aventuró a entrar, observando con curiosidad los muebles de sus aposentos privados—. Todo va de maravilla, mi señor —informó—. Ya no llueve desde el sur, así que no hay peligro de que nuestro festín al aire libre se empape. Los cocineros están al mando: han terminado los asados y los helados y vinos se están enfriando en el río, y he calculado el tiempo para que el pan esté bien caliente justo cuando empiece la cena.

—Eres una maravilla —dijo él sonriendo—. Me has cuidado de maravilla aquí y durante el viaje, y me preguntaba si te gustaría que el arreglo fuera permanente.

Camigwen frunció el ceño.

—Puedo escribirte todas las instrucciones...

—No me refería a eso, y lo sabes —la regañó con suavidad—. Siéntate, ¿quieres?

Se dejó caer en un pequeño taburete tapizado, con las manos cruzadas sobre el regazo, y él pasó un momento admirando en silencio sus extraordinarios ojos oscuros. Era como si uno pudiera ver su corazón y su mente a través de ellos, tan límpidos y claros eran. Por un instante envidió a Ostvel al ver esos ojos sonriéndole cada mañana de su vida, y luego sonrió. Habría otro par de ojos, verdes como hojas de verano e igual de extraordinarios, para contemplarlo.

—Has vivido en la Stronghold —empezó—, así que sabes lo compleja que puede ser la vida. Necesito a alguien que no me

distraiga como mi actual chambelán. En realidad, es el hombre de mi madre, no mío. También necesito a alguien que supervise a los guardias y todas esas otras cosas que mi padre solía hacer por sí mismo, pero que nunca me han interesado mucho. ¿Considerarían tú y Ostvel venir a vivir a la Stronghold y asumir esas funciones? Sé que no es un trabajo muy importante comparado con lo que podrías estar haciendo en otras cortes como Mensajero del Sol. Y sé que Ostvel tiene el talento y la ambición de convertirse en mayordomo jefe de la Fortaleza de la Diosa algún día. Pero me gustaría que ambos lo pensaran.

Un rubor se apoderó de su piel oscura.

—Es muy amable al preguntar, mi señor.

—No, soy egoísta. Los necesito a ambos. Sería un honor para mí que hicieran de Stronghold su hogar.

Walvis irrumpió en la tienda justo cuando Camigwen empezaba a responder. El chico patinó hasta detenerse en la alfombra, casi dejó caer la bolsa de terciopelo que llevaba y exclamó:

—¡Mi señor, están terminadas, mire!

Dejó la bolsa sobre el escritorio. Ocho esmeraldas tan grandes como la uña del pulgar de Rohan estaban engastadas en un laberinto de delicada plata, como si la luz de la luna se hubiera entrelazado con un faradhi. Dos esmeraldas más estaban engastadas en pendientes a juego, y otra coronaba una fantástica horquilla de plata salpicada de diminutos diamantes. Rohan no había especificado estas dos últimas ni proporcionado los diamantes; el joyero, evidentemente, se había inspirado.

—Lady Sioned brillará más que la luz de las estrellas —dijo Walvis con orgullo.

—Oh, sí —murmuró Rohan. Con esfuerzo, apartó la vista de las joyas y las guardó en la bolsa—. Guarde estas por ahora, por favor, Walvis. Y gracias.

—¡De verdad piensas casarte con ella! —exclamó Camigwen.

—¡Pensé que lo sabías! —respondió él, sobresaltado.

Se puso de pie de un salto y lo abrazó.

—¡Claro que iremos a Stronghold, Ostvel y yo! ¡Pensábamos que no la querías!

—¿De dónde sacaste esa idea? —gruñó, devolviéndole el abrazo.

—De ti, mi señor —contribuyó Walvis con una sonrisa.

Camigwen retrocedió, con las manos en las caderas y los ojos oscuros brillando.

—Eres un hombre peligroso, mi señor príncipe.

—Me han llamado de muchas maneras, pero... ¿peligroso? Hay una condición para que vengas a Stronghold, por cierto. —Intentó mostrar severidad, pero ni la voz ni el rostro obedecieron—. Tengo

que dar ejemplo, ¿sabes?, y no los aceptaré a ti ni a Ostvel en mi casa a menos que estén casados como es debido. ¿Qué dices a eso?

Hizo una profunda reverencia, empañada por el temblor de hombros y una risita.

—¡Eres un Engendrado por Dragones, lo juro!

—En realidad, somos Sioned y yo quienes seguiremos tu ejemplo, pues tenía pensado mañana para ti y Ostvel, y nos llevará tiempo organizar una boda. ¿Te parece bien?

—¡Perfectamente!

Rohan se puso de pie y la besó impulsivamente.

—¡Qué suerte tiene nuestro Ostvel! —dijo, haciéndola sonrojar.

—¡Qué suerte tiene nuestra Sioned! —replicó ella, y rieron.

Palila estaba sentada sola en su camarote, terriblemente aburrida. Una de sus doncellas acababa de frotarle aceites para evitar que el embarazo le marcara la piel, pero ni siquiera ese placer sensual le atraía. Quería salir al mundo, disfrutando de las miradas de admiración de los hombres y de la envidia de las mujeres. ¡Por el Dios de la Tormenta, cuánto odiaba estar embarazada!

La entrada de Roelstra en su camarote la dejó casi sin palabras. Dio gracias rápidamente por llevar una bata lujosa y el pelo peinado a su gusto. Pero él no pareció darse cuenta. Para cualquier otro hombre, ella habría sido la imagen misma de una mujer madura, de la que se sentiría orgulloso. Pero Roelstra había visto más mujeres embarazadas que cualquier otro hombre, excepto un médico.

—Crigo no parece estar bien —dijo sin preámbulos.

—¿Ha estado tomando demasiado o muy poco?

—Probablemente lo primero, después de las privaciones que sufrió durante el viaje hasta aquí. —Recorrió la cabaña inquieto, rozando con los dedos mesas, sillas, grifería de latón y cortinas de tapicería que protegían las ventanas—. He olvidado cuál es la dosis habitual de dranath para el vino. Hace mucho que no la dosifico. Maldito inútil —añadió irritado.

Todo su instinto se puso en pie y aulló una advertencia, pero logró sonreír.

—Un momento provechoso, mi señor. Creo que es medio puñado para una jarra grande. ¿Pero por qué no se lo preguntas? Lleva años preparándose el suyo.

El Alto Príncipe se encogió de hombros.

—¿No me has oído? Ha estado tomando demasiado. Ahora está sentado en su tienda, apenas coherente, incapaz siquiera de decirme dónde lo guarda. Tendremos que racionarlo, Palila. ¿Dónde está la provisión?

—En el tercer cajón de mi armario. —Ella lo observó mientras recuperaba la caja de madera de entre su ropa interior de seda

vaporosa, una visión que invariablemente la llevaría a pensar en hacer el amor con la mujer que la poseía. Pero ni siquiera la vio—. ¿Qué le diré cuando quiera más?

—No lo hará. No quiero que te moleste, mi querida. —Recorrió los grabados de la caja con un dedo y luego la miró a los ojos, sonriendo —. Nada debería preocuparte, o estarías preocupando a mi propio hijo.

Ella gritó de alegría.

—¡Es la primera vez que dices que será un niño!

—Espero que así sea —la corrigió—. Pero claro, llevo veinticinco años esperándolo. Aun así, para el próximo Rialla puede que esté presentando a la chusma a su próximo Alto Príncipe.

—Espero que se mee en Andrade —declaró, con los hoyuelos en la cara.

—Ningún hijo mío tendría modales tan bárbaros, ¡pero me gusta la idea! —Se acercó a ella y le recorrió la mejilla con un dedo—. Descansa en paz, querida. Te quiero en tu mejor momento para las celebraciones del Último Día.

—Como me ordenes, mi señor —dijo ella, sonriéndole.

—Ojalá mis hijas fueran tan cuidadosas con mis placeres como tú, Palila. Recuérdame que te cuente sus maniobras, especialmente con respecto a esa Mensajera del Sol. —Sus ojos se iluminaron con diversión (y algo más) mientras sonreía y la dejaba.

Ella se hundió en los cojines y les desgarró el fleco distraídamente. El instinto seguía lanzándole gritos mientras repasaba cada palabra de la conversación, helada hasta la médula al convertirse en una sola y espantosa sentencia: su sentencia de despido y de la muerte de Crigo.

No había vivido con Roelstra durante más de catorce años sin llegar a comprenderlo. Su mirada vagaba cada vez que se acercaba el final, pero cada vez se encargaba de los negocios ella misma, asegurándose de que fueran breves e improductivos. Las chicas desaparecieron de el Castillo del Peñasco una vez que Palila se recuperó del parto. Formaba parte de su longevidad como amante de Roelstra el velar por sus placeres incluso cuando no podía disfrutarlos ella misma.

Pero esta vez era diferente. Lo percibía en cada nervio. Repasó las descripciones de las princesas sobre la joven faradhi, despojándolas de celos y añadiendo las propias palabras de Roelstra sobre la inutilidad de Crigo. Esta vez, su necesidad de una nueva mujer había coincidido con su necesidad de una nueva Mensajera del Sol, y esta Sioned era su elección para ambas.

Palila usó la energía del pánico para levantarse del sofá. Le dolía la espalda mientras se dirigía al armario y buscaba en los estantes

inferiores un pequeño paquete que siempre guardaba con sus joyas menores. El dranath era una hierba que aumentaba su potencia con el tiempo, y este paquete era muy antiguo, uno de los primeros que le dio la vieja bruja de la montaña. Gruñó al ponerse de pie con la droga en la mano, volviendo al sofá sin aliento incluso después de este pequeño esfuerzo. Crigo sería llevado allí y tomaría una dosis fuerte esa noche; la barcaza podría estar en medio de la peor tormenta frente a la Fortaleza de la Diosa y él creería estar en tierra firme. Necesitaría toda la falsa fuerza que el dranath pudiera darle, pues esa noche haría por ella lo que no había hecho en más de cinco inviernos.

Buscaría deliberadamente los colores de otro faradhi a la luz de la luna.

Andrade estaba sentada en una cómoda silla, con un plato de comida en el regazo y una sonrisa irónica en los labios. El ambiente de la cena al aire libre de Rohan era lo suficientemente romántico incluso para el ingenuo de su sobrino. Las antorchas proyectaban una luz dorada sobre los rostros sonrosados por el vino, la brisa del río agitaba los enormes cubos de flores que rodeaban la pista de baile y los músicos tocaban melodías alegres que recordaba de su infancia. Insensible al ambiente, observó cómo las parejas a su alrededor se dejaban llevar por él: varios jóvenes nobles y sus damas Elegidas, a quienes ella misma uniría al día siguiente, y varios matrimonios que deberían haber dejado atrás esas tonterías. Camigwen y Ostvel solo se miraban el uno al otro; Chay y Tobin se comportaban como si acabaran de enamorarse, de pie junto a la tienda de Rohan, dándose bayas empapadas en vino y riendo como niños. Andrade suspiró. Le costaría mucho encontrar una conversación inteligente esa noche. Gracias a la Diosa, nunca había perdido el corazón ni la cabeza por un hombre. Aun así, mientras observaba a un joven señor pasar deslizándose con su futura esposa del brazo, se preguntó brevemente qué se estaría perdiendo.

Urival se acercó, ligeramente inestable, balanceando un cuenco de fruta y vino en una mano y una copa en la otra. Se dejó caer a sus pies, le sonrió felizmente y anunció:

—¡Qué noche tan maravillosa!

—Todo se vuelve soportable con suficiente vino. ¿Cuántas necesitas tú? —Ella asintió con la cabeza hacia su copa de vino.

—Mi señora —dijo con fingido arrepentimiento—, he perdido la cuenta. —Luego sonrió—. Rohan está siendo un poco obvio, ¿verdad?

—¿No lo son todos? Aun así, es bueno verlos felices. Que la Diosa los bendiga. —Su mirada buscó a Roelstra automáticamente. Estaba sentado bajo un árbol con varias de sus hijas.

—No te preocupes —la tranquilizó Urival—. No ha hecho nada esta

noche excepto sonreír y comer. Ni siquiera se da cuenta del ridículo que está haciendo Rohan.

—No está haciendo tonterías. Sioned no lo dejará. —Andrade rió entre dientes—. Mira, se ha acercado a ella otra vez. Frunció el ceño un poco, se apartó y… ¡listo! ¡Se fue!

—Menos mal que uno de ellos sigue sobrio. ¿Crees que fuimos alguna vez tan jóvenes?

—Hace más tiempo del que quiero recordar, amigo mío.

Urival rió.

—Toma un poco más de vino, y puede que recuerdes más de lo que conviene a tu dignidad.

Rohan, privado del objeto de sus deseos, se acercó a su hermana y le arrebató la copa de la mano.

—Tengo sed —explicó.

—¡Rohan! ¡Devuélveme eso! Y deja de ser tan idiota con Sioned. Se supone que eres un príncipe ingenuo que aún no se ha decidido, no uno verdaderamente ingenuo que no puede ocultar que está enamorado, o borracho, ¡o ambas cosas!

Le sonrió, sosteniendo la copa en alto, fuera de su alcance.

—Ni Ianthe ni Pandsala han llegado todavía, y son las únicas pretendientes serios a mi mano real, mi brazo y todo lo demás. Además, no le he dicho más de diez palabras a Sioned en toda la noche. —Hizo una pausa—. Aunque puede que baile con ella.

—¡Ni se te ocurra!

—Supongo que tienes razón —suspiró—. Si la tocara, no terminaría solo con un baile.

Chay, que había estado escuchando con una sonrisa indulgente, le arrebató la copa de vino de su esposa a Rohan.

—Todo se le perdona a un príncipe borracho.

—Ebrio de felicidad —asintió Rohan.

Tobin rió entre dientes.

—¡Rohan, eres maravilloso!

—¡Lo soy! ¡Y tú también! —añadió con generosidad—. Ah, por fin viene Pandsala a cenar. ¡Iré a ser dulce con ella y los confundiré a todos!

Bailó con Pandsala y también con las otras hijas de Roelstra. Guió a su hermana en un compás y la hizo reír tanto que olvidó los pasos. Bailó con las esposas e hijas de otros príncipes y señores, presentándoles lo que esperaban ver: un joven entusiasmado por dar su primera gran fiesta y más que un poco borracho de su propio vino. Si alguien fuera de su círculo inmediato sospechaba el verdadero origen de su alegría, bueno, podían sospechar lo que quisieran hasta la noche siguiente. Apenas podía esperar.

La música y el vino continuaron hasta bien entrada la noche. Las

lunas salieron llenas y brillantes, y Rohan ordenó apagar la mayoría de las antorchas para que las sombras plateadas pudieran jugar con más suavidad sobre las finas sedas y los hermosos rostros. Estaba lo suficientemente ebrio como para arriesgarse a invitar a Sioned a bailar con él, pero cuando miró a su alrededor no vio ni rastro de su cabello rojizo y dorado. Suspiró con tristeza. Probablemente se había puesto celosa de nuevo al verlo bailar con todas las mujeres menos con ella, y había regresado a su tienda.

Ahora, una idea surgió.

Se giró con una sonrisa en el rostro y con la firme intención de abandonar su propia fiesta, para encontrar a Ianthe invitándose con valentía a sus brazos para el siguiente baile. Estaba tentadoramente hermosa con un vestido violeta intenso, adornado con diminutas cuentas plateadas que brillaban a la luz de la luna. Él aceptó sus manos sobre sus hombros, rodeó su cintura con las suyas y comenzaron a caminar con los lentos pasos que marcaba la música.

—¿No es curioso que hayan dejado de tocar esos bailes campestres? —preguntó ella.

—¿Cuánto les pagaste?

Echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¡Bastante! No eres tan tonto como finges ser, Rohan. Lo vi hace días.

—Me halagas, prima. No soy lo suficientemente sabio como para fingir nada.

—Me mientes, primo. —Su cuerpo se apretó más contra el suyo y su agarre sobre sus hombros se hizo más fuerte—. ¿No sería más agradable mentir conmigo en lugar de mentirme a mí?

—Eso ya lo habíamos decidido, si no recuerdo mal.

—Ah, no. —Sus dedos se deslizaron por sus brazos, de vuelta a su cuello, admirándolo—. Me necesitas, Rohan. Hay una pasión en tus ojos que puedo igualar. También puedo ayudarte con mi padre; nadie lo conoce como yo.

—Eres una chica lista.

—Me alegra tanto que por fin te hayas dado cuenta. —Sus miradas se cruzaron, del azul brillante al marrón oscuro—. Me deseas —suspiró ella—. Me deseaste la otra noche, y me deseas ahora.

—Quería una mujer, y tú me convenías por un tiempo —dijo él con brutalidad—. ¿Crees que tu padre me agradecería que deshonrara a su hija?

—¿Crees que le importamos un comino?

—Entonces él es el tonto, no yo. Debería estar observándote sin pestañear. Sois unas princesas desesperadas.

—Sí —dijo ella en voz baja—. Ah, sí.

El baile y la conversación terminaron ahí. Él hizo una reverencia y

se alejó de ella, buscando otra copa de vino para refrescarse la piel donde sus dedos lo habían tocado. El mismo tipo de Fuego brotó del cuerpo de Sioned al suyo, pero era tan diferente. Se preguntó por qué.

Cuando se sintió más controlado, regresó a la fiesta. Pero Ianthe ya no estaba, y también Pandsala, y también su padre.

Sioned no estaba tan sobria como indicaba su moderación al tratar con Rohan. Lo observaba desde la sombra del toldo de una tienda mientras bailaba con cualquier mujer que le llamara la atención, divertida hasta que Ianthe apareció de la nada. Verlos pecho con pecho encendió una osadía en Sioned. El hombre era suyo, y era hora de que empezara a comportarse como tal. Es más, era hora de que esas malditas zorras reales entendieran quién iba a ser su princesa.

Rió suavemente para sí misma cuando terminó su baile con Ianthe y él fue directo a la copa de vino más cercana, obviamente necesitado. Pero su atención se centró en Ianthe, quien se detuvo un momento para observar a Rohan con brillantes ojos oscuros. De repente, su mirada se encontró con Sioned, y el odio se dibujó en el orgulloso rostro de la princesa. Sioned sonrió dulcemente. Ianthe la fulminó con la mirada, recogió sus largas faldas violetas y se adentró en la noche. Sioned vació su copa de vino, la dejó sobre una mesa y fue tras ella.

—¡Su excelencia! —gritó burlonamente, e Ianthe se dio la vuelta. Estaban en la zona justo afuera del campamento de Rohan, donde solo las lunas iluminaban el camino—. Veo que no llevas tus joyas de plata esta noche. ¿Significa eso que debo esperar encontrarlas en mi tienda como símbolo de tu derrota?

Las cejas de Ianthe se arquearon delicadamente.

—¿Te parezco derrotada? No es una mujer rechazada la que pasa tiempo en los brazos del príncipe Rohan, Mensajera del Sol.

—Es extraño que digas eso, considerando el poco tiempo que pasaste allí la otra noche. —Sioned sabía que era un error. No se humillaba a una mujer tan potencialmente peligrosa como la princesa Ianthe. Pero no pudo resistir la oportunidad de devolverle algunos insultos.

Ianthe se dio la vuelta sin decir palabra, rígida de furia, y echó a andar de nuevo. Sioned la siguió, riendo suavemente para burlarse de ella. Por fin, la princesa se dio la vuelta.

—¡Déjame en paz!

—¡Pero creía que íbamos a tu tienda para cobrar mis ganancias! —respondió Sioned con inocencia.

—¡No has ganado nada!

—¡Y ni siquiera sabes a qué juego se está jugando!

—Te equivocas si crees que es de tu elección —Ianthe sonrió de repente, elegante y superior.

Sioned ignoró la advertencia y volvió a reír.

—Creía que ya estaba establecido que la presa era Rohan.

—Esta noche no. —Y dicho esto, la princesa sacó un fino cuchillo de plata de su cinturón, cuyo mango enjoyado emitía destellos púrpura y carmesí.

Sioned estaba encantada. Levantó una mano casi con indiferencia y la hoja comenzó a brillar. El Fuego de Mensajero del Sol lamió perezosamente el cuchillo, moviéndose hacia los dedos de Ianthe mientras Sioned ejercía un control exquisito. Tenía que admitir que la princesa no era ninguna cobarde; las diminutas llamas casi le rozaban la mano antes de que finalmente soltara el cuchillo.

—¡Bruja faradhi! —espetó Ianthe—. Lo tendré, de una forma u otra, ¡y cuando sea su princesa me aseguraré de que ninguna corte te acepte! ¡Pasarás el resto de tu vida encerrada en la Fortaleza de la Diosa!

—Y eso es lo que más temes, ¿no? ¡Estar también encerrada en el Castillo del Peñasco. —Le dedicó a la princesa una reverencia burlona —. Aprenda las reglas del juego antes de intentar jugarlo, su excelencia. Buenas noches.

Sioned dejó a Ianthe temblando de furia impotente. Emocionada por el encuentro, casi bailó río abajo, imaginando escenas similares en el futuro, cuando tuviera el poder de su posición como princesa además de Mensajera del Sol. La primera, y posiblemente la mejor, llegaría mañana por la noche, cuando apareciera junto a Rohan como su Elegida. La perspectiva de la rabia y la mortificación de Ianthe la cautivó, y rió a carcajadas.

—Esperaba encontrarla sola, mi señora —dijo una voz familiar a sus espaldas.

Palila se sentó en el borde de su diván, contemplando el cuerpo tendido de Crigo sobre la alfombra.

—¡Maldita seas, despierta! —siseó— ¡Has bebido suficiente vino como para hacer flotar un mercante!

Una de sus doncellas estaba allí, retorciéndose las manos.

—Mi señora, no tiene muy buen aspecto...

—¡Claro que no, idiota! ¡Dale más vino!

Un trago de otra copa de vino con droga, que casi se derramó de los labios del Mensajero del Sol sobre la alfombra, le provocó un gemido. Palila hizo un gesto de impaciencia y la criada ayudó a Crigo a incorporarse. Sus ojos aturdidos empezaron a enfocar.

—Dale una bofetada —ordenó Palila.

Un golpe, dos, y la mano de Crigo se elevó para agarrar la muñeca de la mujer.

—No más —dijo con voz ronca—. Aléjate de mí.

—Fuera —secundó Palila. La criada huyó y la puerta se cerró de

golpe tras ella—. ¿Puedes pensar ahora o necesitas más?

Se pasó una mano por el pelo lacio.

—Estaba dormido.

—¡Olvídate de eso! Permíteme decirte lo que te has perdido. Roelstra le ha echado el ojo a una nueva amante y a una nueva Mensajera del Sol, ¡y son la misma mujer!

—¿Sioned? —susurró.

—Ni tú ni yo podemos permitirnos que la atrape como te atrapó a ti con dranath.

—¿Por qué no le avisas? Oh, claro. No te creería. Y luego está tu poco entendimiento con Pandsala.

Ella jadeó.

—¿Cómo...?

—¿Importa? Digamos que no quieres que rescaten a la chica demasiado pronto. Después de que Roelstra la tenga, Rohan ya no la querrá y Pandsala tendrá el camino libre. ¿No es así como se supone que debe ser, Palila?

—Estás pensando con bastante precisión, considerando el estado en el que estabas cuando te traje aquí.

—Increíble, dranath. Se puso de pie temblorosamente, apoyándose en una silla.

—La cuestión es que ambos estamos a punto de ser reemplazados, y tú puedes impedirlo.

Crigo se deslizó sin fuerzas en la silla, cerrando los ojos.

—¡Diosa! ¿Cuánto me diste?

—¿Preferirías haber despertado muerto? —espetó ella.

—Demasiado amable, como siempre. Así que quieres que le advierta.

—Pero, como dices, no demasiado pronto.

—Crigo se echó a reír. ¡Pobre Palila! ¿Por qué debería ayudarte? Verte caer sería mi venganza final.

—¿Estás tan metido en la droga que ni siquiera te importa si...?

—Tu droga, querida señora, la que me diste y me diste y... —Volvió a reír, terminando en un ataque de tos.

—Si Roelstra la tiene, no te necesitará... ¡y no puede dejarte vivir! ¿De verdad quieres morir?

Crigo se encogió de hombros.

—Ya no veo qué diferencia habría. —Respiró hondo y negó con la cabeza—. Necesito la luz de la luna —concluyó secamente.

Ella casi gimió de alivio y señaló las ventanas

—Ahí están.

—No puedo caminar tan lejos. Ayúdame. —Mientras su rostro se retorcía de asco, gruñó—: ¡Si quieres esto, tendrás que ayudarme! ¡Me diste suficiente para volverme adicto a diez faradh'im! ¡Maldita

sea, Palila, ayúdame!

Se apoyó en ella durante los cortos pasos hacia las ventanas. Ella forcejeó para apartar el pesado tapiz mientras Crigo se apoyaba contra la pared y recuperaba el aliento. La luz de la luna se filtraba sobre sus mejillas cenicientas, sus ojos hundidos en ojeras magulladas.

—¡Haz algo! —ordenó Palila.

—Cállate —dijo bruscamente, respirando con dificultad—. Me has dado demasiado. Lo presiento. No sé cuándo moriré, pero sé perfectamente que voy a morir.

—¡Pero no puedes! No antes de que...

—¿Antes de que te haya ayudado? Diosa, Palila, ¿crees que voy a hacer esto por ti? —Soltó una risa débil—. Hay cierta libertad en ello, ¿sabes? Saber que estás a punto de morir.

Ella se apartó de él. Él apenas lo notó. Una última vez reunió su conocimiento y sus menguantes fuerzas, una última vez para tejer la fría luz de la luna como la propia Lady Andrade le había enseñado años atrás, cuando era joven y digno de los anillos que había ganado. Dejó que sus propios colores se formaran en sus pensamientos, maravillándose de que la oscuridad que los había oscurecido durante tanto tiempo ahora se hubiera desvanecido, como si la muerte inminente hubiera pulido un brillo renovado y juvenil en los dones que él había empañado.

Tan hermoso, pensó, acariciando los hilos de luz de luna y entretejiéndose en ellos, esta última vez como un verdadero faradhi, un Mensajero del Sol capaz de cabalgar la luz.

El dulce poder lo recorrió y los hilos se entrelazaron a su voluntad en una sola hebra flexible. Sus propios colores se fundieron con la luz de la luna, palidecieron, se desvanecieron mientras olvidaba deliberadamente el patrón de luz que era solo suyo. Ya no le importaba. Perderse en la sombra habría sido una muerte aterradora, pero Crigo moriría en la luz. Se entrelazó con el frío fuego lunar y huyó hacia él, perdiéndose. Sería la última vez, pero qué dulce libertad a la luz de la luna, qué paz final y plena.

Los anillos de Andrade brillaron cuando levantó una mano para apartar de su frente lo que creyó que era un insecto extraviado. Sus dedos no encontraron nada más que un mechón de cabello suelto. Caminó más rápido hacia su tienda, sacudiendo la cabeza para limpiarla de vino, y se reprendió por sucumbir al excelente vino syreno que Rohan le había proporcionado para la cena. La sensación de algo alado rozando su frente regresó, y de nuevo se secó la frente con irritación. Entonces tropezó con Urival mientras un grito profundo y estremecedor hendía el cielo nocturno.

Dragones.

Levantó la vista y vio sus alas extendidas, negras contra las estrellas, a través de las lunas.

—Llanto de dragón antes del amanecer —susurró, mirando las feroces figuras lideradas por el único semental que de nuevo bramaba su dominio del cielo.

—No me digas que te crees esa leyenda —dijo Urival, pero su voz no era tan despreocupada como sus palabras.

—Llanto de dragón antes del amanecer», repitió Andrade en voz baja—. Muerte antes del amanecer. ¿No lo sientes? —Se estremeció y se frotó la cara con las manos.

Pero los colores de sus anillos se clavaron en sus ojos, colores destrozados, deliberadamente rotos, pálidos fragmentos de cristal lacerando sus sentidos. Gritó y se aferró al brazo de Urival. Él la llamó por su nombre, pero ella no tuvo voluntad ni voz para responder. Su rostro se volvió hacia las lunas, una fría luz blanca ensombrecida por alas de dragón, despiadada y hermosa. Sintió el toque de un Mensajero del Sol, oyó una voz cansada y extasiada que anhelaba los colores que se desvanecían. Sabía quién era ese hombre, recordaba el elegante diseño de años atrás, pero él la eludía, escapando en la tenue luz de la luna que se deshacía mientras ella luchaba por mantener el tejido unido. Se había ido, pero no antes de decirle lo que necesitaba saber.

—¡Sioned! —gritó— ¡Diosa, no!

Urival la cogió en brazos y corrió a toda prisa hacia su tienda. A salvo entre los muros de seda azul, la luz de la luna perdió su dominio sobre ella. Urival la colocó en el catre y se agachó a su lado, frotándole las manos.

—Dime —dijo con voz áspera.

—¡Encuentra a Sioned! Dile a Rohan que Roelstra la tiene, él...

—¿Cómo lo sabes?

Sobre ellos, en la noche, el dragón santo volvió a chillar, y Andrade se alejó de la sensación imaginaria de sus alas contra su rostro.

—Llanto de dragón antes del amanecer... Urival, ha muerto, el Mensajero del Sol ha muerto... murió diciéndomelo... ¡No dejes que Sioned muera también!

Capítulo Dieciséis

Rohan miró fijamente la camisa que acababa de dejar caer sobre la alfombra. No, demasiado esfuerzo para recogerla de nuevo, y además peligroso, considerando el estado de su cabeza. Menos mal que Sioned no había estado en su tienda, pues no le habría sido de mucha utilidad esa noche. Tomó nota mental de abstenerse de nada más fuerte que agua durante su banquete de bodas. Ya tendría bastante de qué preocuparse sin que eso le ocurriera también.

Bostezar y estirarse también eran arriesgados, y después de unos intentos se quedó muy quieto hasta que la cabeza dejó de darle vueltas. Tenía los labios entumecidos; también la nariz. Se preguntó si su madre le habría enseñado a Walvis algún remedio para la borrachera matutina. Pensándolo bien, ¿dónde estaba su escudero? La única noche en que Rohan necesitaba que alguien lo ayudara a acostarse, y el chico había desaparecido. Suspiró, compadecido de ser un pobre príncipe obligado a quitarse las botas, y se desplomó en la cama con solo considerar intentarlo.

El grito del dragón lo estremeció como si nunca lo hubiera oído. ¿Qué hacía un dragón sobre Waes en esa época del año? El grito volvió a sonar y se preparó para ello; el eco lo acompañó mientras se recostaba contra las almohadas. En el profundo silencio, oyó su respiración entrecortada y el rápido latido de su corazón, que poco tenía que ver con la cantidad de vino que había consumido esa noche. El tercer grito penetrante fue como una espada que le atravesó el cráneo y se abrazó la cabeza, estremeciéndose por completo. Un dragón, lejos de las rutas de vuelo habituales, viajando de noche, cuando los puntos de referencia a sus pies apenas estaban iluminados por las lunas...

—¡Tú! No puedes entrar ahora, mi señor está...

—¡Quítate de mi camino!

Reconoció la voz de Urival y se incorporó con dificultad cuando el faradhi irrumpió en la tienda.

—¿Qué...?

—Escúchame —dijo el Mensajero del Sol con voz áspera—. Roelstra tiene a Sioned.

Los efectos del vino se desvanecieron como si un viento abrasador de la Larga Arenale hubiera azotado el cuerpo. Se puso de pie de un salto y pasó junto a Urival en la noche, mirando involuntariamente hacia las sombras del dragón. Urival lo agarró por detrás y lo hizo girar.

—¡Piensa! ¡Por mucho que quieras matarlo, no puedes! ¡Rohan, piensa!

El santo dragón volvió a chillar por encima de ellos, y Rohan se tensó tras encogerse de nuevo con el terrible grito. Urival lo zarandeaba, clavándole los dedos en los hombros.

—¡Quítame las manos de encima! —gruñó.

—¡Escucha! Andrade sintió que el Mensajero del Sol renegado la llamaba a la luz de la luna. Murió advirtiéndole. Pero podría ser una trampa.

¿Acaso Urival creía que ignoraba cómo funcionaba la mente de Roelstra?

—¡Maldita sea, puedo pensar! ¡Ahora suéltame!

El hombre mayor lo miró fijamente a los ojos y luego aflojó la presión.

—Bien. Voy contigo.

—No te metas en mi camino.

No corrió. El corazón le latía demasiado rápido y parecía no poder respirar con normalidad debido al nudo de rabia que sentía en el pecho. Pero no podía rendirse. Urival tenía razón. No podía permitirse matar al Alto Príncipe. Pero si Roelstra le había puesto un dedo encima a Sioned… Rechazó la imagen. No debía considerarla. Debía pensar.

La posición de Urival como Mensajero del Sol de alto rango les permitió pasar a los guardias que no habrían reconocido al Príncipe Rohan en el joven semidesnudo que lo acompañaba. Un destello de anillos enjoyados y fueron saludados sin oposición hasta que estuvieron dentro del silencioso campamento de Roelstra.

—¡Levanta la antorcha, hombre, y míralo! —gruñó Urival al centinela—. ¿No reconoces a Su Alteza Real?

—¡Su Gracia! ¿Pero qué haces aquí a estas horas? No me dijeron que esperara visitas.

—Asuntos privados entre príncipes —espetó Urival—. Déjennos pasar.

Los pasos de Rohan se alargaron; el ritmo de la marcha le había tranquilizado un poco. Enderezó los hombros y sintió que su rostro se endurecía. Al acercarse a la tienda de Roelstra, oyó la furiosa voz del joven Walvis, tensa como si alguien lo tuviera agarrado por el cuello.

—¡No te atrevas a tocar a mi señora!

Una lámpara estaba encendida dentro, y dos figuras proyectaban sombras sobre la seda. Una era Roelstra. Se alzaba sobre el chico, que estaba atado a una silla. Rohan oyó la altiva orden de Urival a los guardias que habían venido a proteger a su príncipe, oyó el renovado latido de su propio corazón. Por fin oyó la voz de Sioned, ronca y arrastrada.

—Suelta al chico.

Roelstra rió.

Piensa, se dijo Rohan. Puede que les cueste la vida. ¡Piensa, maldita sea!

—¿Qué había en el vino? —preguntó Sioned.

—Algo que he descubierto. Resulta que es muy efectivo para domar a los de tu especie. Pero no arruinará nuestro placer, querida.

—¡Déjala en paz! —exclamó Walvis.

—Grita todo lo que quieras, niña. No hay ayuda cerca, solo mis hombres, y su lealtad es sorda.

Rohan miró por encima del hombro. Urival se quedó con la hoguera entre él y los cuatro guardias, la amenaza era evidente. La gente de Roelstra podía ser sorda, pero no ignoraba los nueve anillos brillantes del faradhi.

—¿Qué quieres de mí, Roelstra? —preguntó Sioned— ¿Mi cuerpo, mis habilidades como Mensajero del Sol, o ambos?

—Si la tocas, morirás por ello —dijo el escudero—. ¡Está prohibido dañar a un faradhi, y además está bajo la protección de mi señor!

Rohan se dio cuenta de repente de que ambos intercambiaban la atención de Roelstra para ganar tiempo. A pesar de lo que Sioned le había dado, a pesar de la impotencia del escudero, ambos conservaron la cordura para lanzarse tacos como si hubieran practicado toda su vida. Rohan agradeció a la Diosa por la gente capaz de pensar y siguió su ejemplo. Tenía que saber dónde estaba Sioned dentro de la tienda. El ángulo de las dos sombras visibles indicaba que la lámpara estaba en el centro de la tienda, quizás sobre una mesa; ella debía estar al otro lado de la luz, lejos de Roelstra. Bien, se dijo; eso le daría margen de maniobra.

—A Andrade no le va a gustar mucho esto, ¿sabes? —murmuró Sioned— Tomaste un faradhi para tu propio beneficio. No creo que lo aprecie una segunda vez.

—Mi señora —dijo Walvis—, ¡cuando mi señor termine con él no quedará suficiente para que Lady Andrade se ocupe de castigarlo!

—¡Basta! —ordenó Roelstra. Rohan lo vio girarse, de espaldas a la entrada. Abrió las solapas y entró sin hacer ruido.

Sioned estaba acurrucada en la enorme cama, con las rodillas dobladas hasta la barbilla. La lámpara de una mesa central brillaba cruelmente sobre su rostro demacrado, y había algo tenso y extraño en sus ojos, como si apenas pudiera enfocar. Pero ella lo vio, y sus largas pestañas se cerraron mientras inclinaba la cabeza con cansancio sobre las rodillas.

—La tienes en una posición bastante inoportuna para una violación, Alto Príncipe —dijo Rohan en voz baja.

Roelstra se giró bruscamente.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi campamento? ¡Joven insolente e ingenuo…!

—No te molestes en llamar a tus guardias —aconsejó Rohan—. Ten en cuenta a los testigos. ¿Sobreviviría su lealtad a las cosas de las que es capaz Lady Andrade?

—Buscas refugio en las faldas de tu tía —se burló el Alto Príncipe.

Rohan sonrió.

—Libera al chico. Ahora.

Roelstra se encogió de hombros. Rohan dio otro paso, inclinándose hacia el escudero atado a la silla. Pero Roelstra, moviéndose con sorprendente rapidez, agarró al chico del pelo y le echó la cabeza hacia atrás, con un cuchillo en la garganta.

—¿Testigos? —preguntó con voz sedosa— ¿Quién dijo que habría alguno?

—De verdad que tienes que pensar bien tu historia, Roelstra —dijo Rohan, contento de que su voz sonara serena—. Si de verdad fueras inteligente, ya habrías pensado en acusarnos a mí, a la dama o al escudero de un intento de asesinato. Así podrías matarnos a todos con tu propio cuchillo, avergonzar a Andrade y a mi familia, y a la vez mejorar tu reputación. —Dio otro paso lento.

—Qué astuto eres al adivinar mis pensamientos, principito. ¿Quién de ustedes quiere ser el primero? ¿Quizás este niño hablador?

—Tienes un problema —le dijo Rohan, dando otro pasito—. No piensas con el cerebro, sino con lo que tienes entre las piernas. ¿Qué motivo tendríamos para matarte? ¿Mi escudero, asesino? Las cuerdas le dejarán marcas. Habría dudas al respecto, ¿sabes? En cuanto a la dama, ¿por qué un Mensajero del Sol querría hacerte daño? Tienen expresamente prohibido matar. ¿Y por qué querría yo asesinarte? He estado vigilando a tus hijas, y un hombre no se deshace de su futuro suegro, ¿sabes? ¿Quién me creería lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que contigo muerto y con una de tus hijas como esposa, controlaría Marca del Príncipe? No, Roelstra —dijo sonriendo—. Te mataría después de la boda, no antes.

Estaba en medio de la alfombra, junto a la mesa, a una distancia decente; ojalá pudiera coger su cuchillo antes de que Roelstra le cortara la garganta a Walvis. La cabeza del niño se retorció dolorosamente hacia atrás, pero miró a Rohan con absoluta fe. Dolía.

—Mis hijas tendrán que vivir sin tus encantos infantiles —respondió Roelstra. Soltando a Walvis, se alejó un paso de la silla—. Creo que serás tú primero, principito. Me canso del sonido de tu voz.

—No estás pensando otra vez —dijo Rohan, sacudiendo la cabeza como si estuviera mirando a un estudiante aturdido—. Pensé que la idea era casarme con una de tus encantadoras chicas, esperar a tener un hijo y luego matarme. ¿Qué beneficio sacarías de asesinarme ahora?

—¡Roelstra! —Sioned se movió en la cama, haciendo crujir el

marco de madera, atrayendo la atención del Alto Príncipe— ¡Suéltalo y haré lo que quieras!

Rohan la bendijo por la distracción. Cuando los ojos de Roelstra se posaron involuntariamente en ella, Rohan sacó el cuchillo de su bota derecha. Su hoja centelleó a la luz de la lámpara, tan siniestra como la repentina sonrisa en el rostro de Roelstra.

—Bien —aprobó, dando vueltas tras la silla de Walvis, con la mirada fija en el joven príncipe—. Eso lo hace más interesante. No eres tan listo como te gusta creer, principito. Desenvainar tu cuchillo es traición hacia el Alto Príncipe. Estoy perfectamente justificado en ejecutar la sentencia de muerte ya mismo.

—Inténtalo —dijo Rohan con amabilidad—. Tus aliados de Mérida fracasaron, pero claro, nunca quisiste que triunfaran, ¿verdad? Ah, sí, solo pudiste haber sido tú el que estaba detrás de ellos. Lo he sabido desde siempre. Querías asustarme para que me aferrara a un vínculo matrimonial contigo como protección contra ellos, ¿y qué podría ser más comprensible que mi eventual muerte a manos de los Mérida?

Se apartó con cautela de Roelstra mientras hablaba, mientras una parte de su mente analizaba al hombre. El Alto Príncipe era alto, corpulento y tenía un gran alcance, pero a Rohan le convenía su juventud, fuerza y rapidez, así como su genuina afinidad por este tipo de combate. Aunque era bueno con la espada, pronto descubriría que la astucia necesaria para una pelea con cuchillo le era natural. Sonrió cuando Roelstra se abalanzó sobre él y él lo esquivó con destreza.

—Por otra parte, si rechazaba a tus encantadoras chicas, ¿me habría encontrado con un cuchillo de cristal en las entrañas de regreso a Stronghold? Los Mérida gobernarían el Desierto, pero solo cuando pudieran llegar con sus ejércitos, según ese tratado de defensa mutua. —De nuevo, se apartó ligeramente del filo de la hoja de Roelstra—. ¿No hay fin a tu absurdidad? Mis vasallos jamás apoyarían a tu ejército en su territorio. Y ahora es suyo, ¿sabes? ¿No te habías enterado? —Otra burla evasiva del reluciente cuchillo— Un hombre luchará al lado de su príncipe, pero destruirá a cualquiera que marche a través de tierras que legítimamente le pertenecen.

—¿Puedes luchar o solo hablar? —preguntó Roelstra, acentuando las palabras con una estocada poderosa. Rohan había estado esperando la impaciencia, como su padre y Maeta le habían enseñado. Ahora sonrió tensamente y respondió a la pregunta de Roelstra con su cuchillo.

Descubrió que los movimientos más pesados de Roelstra tenían ventajas, y se sorprendió cuando el Alto Príncipe continuó avanzando incluso después de que el cuchillo de Rohan le hubiera atravesado el hombro. El dolor punzante en las costillas fue otra sorpresa, y mientras rodaba hacia abajo y se alejaba, oyó a Sioned jadear como si

también lo hubiera sentido. La bota de Roelstra golpeó. El cuchillo de Rohan salió volando hacia las sombras y él contuvo un gemido de dolor en la mano y la muñeca. Cuando el Alto Príncipe retrocedió, riéndose de él, Rohan se incorporó sobre una rodilla.

—¿Rápido, a través del corazón? —preguntó Roelstra solícitamente— ¿O despacio, a través de tu garganta, para que pueda ver cómo se desangra tu vida?

Rohan sacó el segundo cuchillo de su bota izquierda. Nadie le había enseñado este truco, pero había aprendido que era efectivo. Roelstra siseó molesto y cargó contra él, tal como Rohan esperaba. Aún en equilibrio sobre una rodilla, se balanceó hacia un lado y alzó la hoja, dándole la vuelta, para atrapar la mano de Roelstra que sostenía el cuchillo. Un tropiezo, un giro torpe, un jadeo de sorpresa al ver que lo habían herido, y Roelstra se encontró de repente frente a un adversario, ahora de pie y listo para el combate, sonriéndole.

—Tengo mis propios planes para ti —dijo Rohan—, así que me haré el favor de ignorar este incidente de forma oficial. No querría arruinar el Rialla con un funeral.

Roelstra cambió el cuchillo de la mano derecha a la izquierda.

—Llevo mucho tiempo planeando el tuyo, principito. Que venga ahora, de mi mano, o más tarde, con un cuchillo Mérida, no importa en absoluto.

Volvieron a dar vueltas hasta que Rohan fintó a la izquierda e hizo un movimiento rápido a la derecha, eludiendo la guardia de Roelstra y cortando transversalmente la primera herida. Su otra mano atrapó y retorció la mano izquierda de Roelstra.

—Suéltalo —dijo Rohan en voz baja—. Suéltalo o te rompo la muñeca. —Apretó la mano para enfatizar y apuntó con la punta del cuchillo a la garganta del hombre.

Los ojos de Roelstra brillaron, su mano libre se movió hacia el brazo de Rohan. La punta del cuchillo pinchó la piel del príncipe del Desierto.

—No te atreverías a matarme —dijo con irritación.

—Si estás tan seguro de eso, entonces córtame.

El cuchillo del Alto Príncipe brilló sobre la alfombra. Rohan lo soltó y tomó la daga.

—Si lo atas bien y usas mangas largas, nadie hará preguntas incómodas —aconsejó, ocultando su pesar por que Roelstra no le hubiera dado la excusa para matarlo. Miró hacia la entrada de la tienda, donde Urival montaba guardia con una sonrisa de satisfacción.

—Desata al chico —le dijo al faradhi, y él mismo se dirigió hacia Sioned—. ¿Puedes levantarte? —preguntó con dulzura, y ella levantó las manos, ocultas hasta entonces entre los pliegues de su falda. Él respiró con rabia al ver las cuerdas y las cortó con su cuchillo. Había

otras alrededor de sus tobillos; también las cortó. Luego se guardó ambos cuchillos en el cinturón y acunó su pálida mejilla con la palma de la mano por un momento—. No pasa nada, Sioned.

Ella asintió.

—Lo sé.

La ayudó a ponerse de pie, rodeándola con un brazo por la cintura. Juntos se enfrentaron a Roelstra, que sostenía su brazo sangrante.

—Guardaré tu espada como recuerdo —dijo Rohan—. Te sugiero que guardes la mía también cuando la encuentres. Un recordatorio de que podría haberte matado —Sonrió.

—¿Debería agradecerte que no lo hicieras?

—De hecho, sí. Walvis, ¿estás bien?

—Sí, mi señor. —El escudero se acercó a él, erguido y orgulloso. Rohan sintió una furia renovada al ver los moretones que hinchaban las muñecas del chico y le oscurecían la garganta—. Siento no haber protegido mejor a mi dama.

—Sé que hiciste todo lo que pudiste.

—Sal de mi tienda —ordenó Roelstra.

—Cállate —le dijo Rohan—. Y escúchame con mucha atención, Alto Príncipe. Oficialmente, esto nunca ocurrió. Soy un príncipe ante todo y un hombre después; un concepto que jamás podrías comprender, así que no te molestes en intentarlo. Pero te juro que aunque el príncipe lo ignore, el hombre nunca lo olvidará.

Roelstra rió, no muy convincentemente.

—¡El principito no sabe ser un hombre!

Rohan continuó como si no lo hubieran interrumpido.

—Si durante los próximos tres años que cubren nuestros tratados incumples un solo punto o un solo hombre tuyo pone un pie sin invitación en mis tierras, lo sabré, y te dejo que adivines qué haré. Si se te ocurre siquiera una idea incorrecta sobre mí, también lo sabré. En cuanto a los Mérida, me encargaré de ellos yo mismo. Pero si les proporcionas una sola flecha, espada o pedazo de pan, no solo lo sabré, sino que me aseguraré de que todos los demás príncipes lo sepan también. Tu propia propuesta te atormentará, Roelstra. Y luego intenta conservar el trono para el hijo que nunca tendrás, a ver si puedes.

—Palabras mayores para un pequeño príncipe.

—Créelas. Solo hay una cosa más. —Apretó a Sioned con más fuerza—. Si vuelves a tocar a mi esposa, te mataré.

Esperó lo justo para ver la conmoción y la furia estallar como una tormenta en el rostro del Alto Príncipe, y luego condujo a Sioned con suavidad al exterior, al aire limpio de la noche.

Urival y Walvis lo siguieron. Los guardias, mantenidos a raya hasta entonces por el Mensajero del Sol de alto rango, entraron corriendo en

la tienda de Roelstra, y momentos después se oyeron gritos pidiendo agua, vendas y al médico personal del Alto Príncipe. Sioned se tambaleó cuando Roelstra gritó la orden de que la dejaran en paz; su voz la hizo estremecer. Rohan se movió como si fuera a cargarla, pero ella negó con la cabeza en silencio. Dejaron atrás el campamento de Roelstra, y nadie dijo nada hasta que llegaron a la primera de las tiendas azules del desierto.

Finalmente, Walvis no pudo soportarlo más y exclamó:

—¡Lo siento, mi señor! Observé y lo seguí, pero me tomaron por sorpresa, como a mi señora...

—No tienes la culpa de nada de esto —dijo Rohan—. Y hiciste muy bien en mantenerlo distraído tanto tiempo. Walvis, estoy orgulloso de ti por no gritar. No habría servido de nada y podría haberte matado. No puedo permitirme perderte. —Consciente de que los pasos de Sioned vacilaban, continuó:— Urival, por favor, dile a Andrade que estamos bien. Sioned se quedará conmigo. Walvis, si alguien pregunta por mí, dile lo que quieras. Pero que no sepan que no estoy dentro de mi tienda.

—Sí, mi señor —dijeron los dos al unísono.

—Rohan —susurró Sioned—. Quiero salir de aquí. Ahora.

La llevó río abajo, asustado mientras ella se apoyaba en él y jadeaba. Quiso detenerse, pero ella insistió en que siguieran caminando por la suave grava, lo suficientemente río abajo para que nadie pudiera encontrarlos. Rohan sabía que los estaban observando; sintió ojos en su espalda, pero sabía que eran ojos faradhi y que las costumbres faradhi se encargarían de cualquiera que intentara seguirlos.

Finalmente, Sioned lo dirigió hacia un árbol. Delgadas y flexibles ramas se alzaban sobre sus cabezas y luego descendían hasta el suelo, formando una pequeña oscuridad interior. Era allí donde se refugiaban incluso de las miradas amigas, protegidos de la noche por hojas verde plateadas, con el árbol arqueándose sobre ellos y susurrando suavemente con la suave brisa nocturna.

—Me duele la cabeza —murmuró Sioned.

Rohan la acunó contra él.

—Perdóname, amor, por no cuidarte mejor.

—No fue tu culpa. Debí haberlo sabido. —Ella se removió en sus brazos—. Roelstra... ya me había dicho cosas antes.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te habrías enfadado. Y probablemente habrías dicho algo que no debías y arruinado tus planes.

—¡Al diablo con mis planes!

—¿Ves? Ahora estás enfadado. —Ella frotó su mejilla contra su hombro desnudo—. ¿No tienes frío?

—No.

—Sigo preguntándome cómo le puso una droga al vino. Y con qué. Te vi bailando con Ianthe, y cuando se fue la seguí. ¿Crees que pretendía que lo hiciera, para que su padre pudiera estar a solas conmigo?

—No tienes que hablar de eso, cariño —dijo él al sentirla temblar.

—Tengo que entender qué pasó —dijo ella con terquedad, y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos, estirando el cuello para aliviar la tensión en sus músculos—. ¡Diosa, qué dolor de cabeza! Tenía dos copas de vino y me dio una de ellas. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

—¿Cómo ibas a saberlo?

—Bueno... hice algo aún más estúpido al ir a su tienda. No estaba muy segura de qué estaba pasando, creo. Me dio más vino. —Hizo una pausa—. Ojalá lo hubieras matado.

—Lo mismo pienso.

—Menos mal que no lo hiciste. Tuve que ocultar las cuerdas para que no las vieras; sabía que eso te hubiera enfurecido más. —Rió suavemente—. Ay, amado, ¿viste su cara cuando me llamaste esposa?

—Shh. Descansa. Estás a salvo, y nadie podrá encontrarnos aquí. Te tengo y no te soltaré jamás.

—Fue horrible estar atada así. No pude conjurar ni una chispa de Fuego. Al principio, al menos. Lo intenté después, y la llama se encendió y me dio un susto de muerte. Y entonces atrapó a Walvis, y no me atreví a intentar nada. Me pregunto qué habría en el vino —repitió con inquietud.

—Calla. No pienses en eso. —Le alisó el pelo revuelto.

—Mmm... —Se acurrucó contra él, acariciando suavemente su pecho con las manos—. Eres tan cálido, Rohan. Todo oro, seda y hermosos músculos... ¿Sabías lo hermoso que eres, mi amor?

—Estás borracha —dijo él, sonrojándose.

—Un poco —admitió ella—. Pero al menos el dolor de cabeza se está yendo. De hecho, empiezo a sentirme de maravilla. —Volvió a reír—. Nunca un hombre ha luchado contra su rival por mí, ¿sabes?

—¡Rival, demonios! —murmuró él mientras sus labios acariciaban el hueco de su garganta.

—Estás seguro de ti mismo, ¿verdad, mi príncipe?

—Sioned… —Era imposible pensar mientras su boca le besaba suavemente el hombro. El dolor de sus moretones y el escozor del rasguño en la cadera habían desaparecido, al parecer, como su dolor de cabeza, y por la misma razón.

—Oh, sí, me siento mucho mejor ahora —murmuró ella, rodeándolo con los brazos y acariciando su espalda con los dedos—. Y te *sientes*

de maravilla…

—Sioned —repitió, y sintió temblores en los huesos. Un nuevo dolor se había centrado en la boca del estómago, y mientras la abrazaba, se preguntó cómo había podido confundir otro cuerpo con el suyo, otro fuego con esta llama que ahora ardía en su sangre—. Yo… hay algo que debería decirte…

—A menos que sea un *te amo*, no me interesa. —Sus manos bajaron para sacar los cuchillos de su cinturón, y rió suavemente—. Oí hablar de la cláusula del contrato matrimonial de Tobin. ¿Tengo que obligarte a aceptarla?

—Si no dejas eso…

—¡Ay, Rohan! De verdad que no quieres que pare.

—No —concedió él, sonriendo mientras ella lo empujaba hacia el suave musgo.

—Tendremos que plantar un árbol como este en Stronghold para que siempre recordemos la primera vez que hicimos el amor.

—¿Crees que podría olvidarlo alguna vez? Además —añadió sin aliento—, ¿eso es lo que vamos a hacer?

—Príncipe tonto.

Se apartó de ella, deseando ver su rostro: sombrío y misterioso, con los labios entreabiertos en una sonrisa cómplice, ojos casi incandescentes, y tan hermoso que el corazón le dio un vuelco.

—Sioned —dijo con voz ronca—, es la primera vez que lo hago.

—Eres una dulce mentiroso, mi amor —dijo ella, y se recostó en el musgo, extendiéndole los brazos—. Yo también, creo. Nada más cuenta.

—Nada —coincidió él, estrechándola contra su corazón, y supo que era verdad.

Capítulo Diecisiete

Palila no podía despertar de la pesadilla. Estaba envuelta en seda blanca que ondeaba alrededor de su cuerpo hinchado como un vasto océano de nieve. Sobre ella gemía un coro de pájaros, criaturas brillantes con ojos asustados y manos frías que le encogían la piel al tacto. A través de todo ello, el dolor la atravesaba como una lanza hasta que gritó con él, retorciéndose en el mar de seda blanca en busca de tierra firme, tierra soleada donde pudiera liberarse de todo y descansar. Pero no había descanso, ni respiro para la agonía, y mientras la atravesaba de nuevo, recordó. Palila gritó al ver de nuevo los ojos abiertos y sin vida de Crigo, mirándola desde su rostro pálido como la luna.

—¡Idiotas, déjenme pasar! —dijo una nueva voz, seca y decidida— ¡No se queden ahí parados como ganado! ¡Prepárenlo todo! ¡Salgan y no regresen hasta que encuentren a Lady Andrade!

—¡No! —gritó Palila, luchando por incorporarse. Pero Ianthe se inclinó sobre ella, con sus ojos oscuros abiertos y ávidos, saboreando cada punzada de dolor.

—Quieta. Sí, soy yo. Deja de comportarte como si nunca hubieras tenido un bebé. Recuéstate y relájate o lo empeorarás.

Palila se apartó de las manos que le acariciaban el pelo. No podía estar de parto, era imposible. ¿Dónde estaban sus cómodas y familiares habitaciones en el Castillo del Peñasco, su médico personal, su trovador que tocaba melodías relajantes? No podía estar teniendo ese bebé ahora. No debía nacer hasta bien entrado el otoño. Pero mientras otro calambre la desgarraba, arqueándola sobre las sábanas de seda blanca, recordó de nuevo la mirada pálida y muerta de Crigo y el horrible grito del dragón.

Las manos de Ianthe, frescas y sorprendentemente hábiles, la sostuvieron durante el espasmo. La princesa limpió el rostro de Palila, le dio un sorbo de agua, todo ello con esa sonrisa elegante y complacida en los labios. Mientras el dolor se desvanecía, Palila la miró débilmente con asco.

—¿Por qué no quieres que Andrade esté aquí? —murmuró Ianthe con dulzura— ¿Qué pasó esta noche, Palila, por qué encontramos a Crigo muerto aquí y a ti inconsciente en el suelo? El médico de mi padre le está cosiendo una herida que dice que sufrió al caerse. Nadie le cree, por supuesto. ¿Por qué está Crigo muerto y mi padre herido, Palila?

La señora se apartó con un escalofrío de las manos que la atendían.

—Qué lista eres, Ianthe —susurró—. ¿No lo adivinas?

—Si no admites la verdad ahora, seguro que se lo dirás a Andrade cuando llegue. Oh, no te preocupes, el cuerpo de Crigo ha sido escondido. Pero a menos que me digas cómo y por qué murió, haré que lo tiren en su tienda. —Puso una mano sobre el vientre de Palila, sin dejar de sonreír—. Los demás se han ido. Puedes hablar. Puedo mentirle a Andrade muy bien. No creo que pronto te quede aliento para hacer otra cosa que gritar.

—De acuerdo, te lo diré... —Se apartó de los dedos fríos de la princesa—. Roelstra quería a la Mensajera del Sol.

—Lo sé —dijo Ianthe con impaciencia—. No fue tan difícil alejarla de los demás como mi padre creía.

—¿Lo ayudaste?

—Por supuesto. No me caes bien, Palila. Nunca me has caído bien. Pero esta Sioned me cae aún menos, y la idea de que sea la amante de mi padre y Mensajera del Sol es, francamente, más de lo que estoy dispuesta a soportar. Sí, vino a pedirme ayuda. —Se encogió de hombros—. Confía en mí, ¿sabes? Tanto como en cualquiera. Pero lo arruinaste haciendo que Crigo advirtiera a la chica, ¿verdad?

—No... sí... ¡No lo sé! Quería que lo hiciera y él accedió, pero no sé qué hizo ni qué pasó después de que... él... —Apretó los ojos para protegerse del recuerdo, pero el rostro muerto la seguía adondequiera que se refugiara en su mente.

La voz de Ianthe la trajo de vuelta.

—Así que, en lugar de una nueva amante y un nuevo faradhi, Padre solo tendrá una o dos cicatrices por su noche de trabajo. Ya veo. Y esa zorra está inmaculada. ¡Maldición! Debería estar muy enfadada contigo, Palila. —Hizo una pausa para asimilarlo y luego preguntó—: ¿Basta una dosis de dranath para crear adicción?

—Una dosis lo suficientemente grande podría incluso matar... oh, Diosa —gimió Palila, apretando los dientes—. ¿Cómo supiste su nombre?

—Sé más de lo que jamás me creíste capaz. Espero que la dosis haya sido enorme, ¡espero que muera! Pero piénsalo, Palila. No voy a vengarme de ti delatandote con mi padre por esto. ¿No es amable de mi parte? En unas horas le entregarás a su primer hijo. —Sonrió—. ¡No importa que no sea el suyo!

Palila encontró la fuerza suficiente para arremeter contra el rostro engreído de la princesa. Ianthe rió, atrapó sus dedos —o garras—, y los acarició casi con suavidad.

—Sigue preguntándote cómo lo sé —sugirió—. Te dará algo para olvidarte del dolor.

—¡Ianthe, no me traiciones! Haré lo que sea, lo que sea, ¡no me arruines!

—Oh, harás lo que te pida, créeme. Esa era la idea. Voy a bajar a

ver a Pandsala ahora mismo. Otras tres mujeres están en tu misma situación, gracias a nosotras. Piénsalo, Palila. ¿Puedes estar segura de que sustituiré a tu chica por un chico? ¿O tomaré a tu hijo y pondré a otra hija inútil en su lugar?

Palila aulló de rabia y terror, con las renovadas agonías del parto. Ianthe se rió de ella y salió de la cabaña, deteniéndose en el estrecho pasillo para saborear el sonido. Imaginó a Sioned gritando con el mismo dolor y miedo mientras su cuerpo sucumbía a una furiosa demanda de dranath. Si la dosis que Roelstra le había dado no la mataba, tal vez la abstinencia lo haría. O, lo que sería aún mejor, sobreviviría adicta. No es que se permitiera vivir mucho tiempo, esclavizada por la droga. No, era demasiado orgullosa para soportar la vergüenza. En cualquier caso, la Mensajera del Sol no se casaría con Rohan. Y Pandsala tampoco.

Ianthe bajó las escaleras hasta una habitación por debajo del nivel del agua. Apretada, sin ventanas y sofocante, la única luz provenía de una vela colocada en un candelabro deslustrado en la pared, y a su débil resplandor, Ianthe observó pensativa a las ocupantes. Tres de los rostros sudorosos estaban tensos por la agonía, pues el parto se hallaba demasiado pronto. La cuarta mujer era Pandsala, tensa por la espera, inquieta por la ansiedad. Se levantó de la silla cuando Ianthe entró en la habitación.

—Creí haberte dicho que las mantuvieras atadas —dijo Ianthe, señalando a las tres mujeres que yacían en colchones de paja en el suelo.

—¿Cómo podrían escapar ahora? —replicó Pandsala—. Hemos sido despiadadas con esto, Ianthe. No hay necesidad de ser crueles también.

La princesa más joven se encogió de hombros.

—Me han dicho que la rubia ya ha dado a luz a tres niños. Vigílala con cuidado.

La mujer rubia se apoyó en un codo; el odio brillaba débilmente en sus ojos marrones.

—Tendrán que matarnos. ¿Creían que no lo sabía?

—Quizás solo les arranquemos la lengua. —Ianthe sonrió—. ¿Saben escribir? Pensé que no. No necesito decirles que no aprendan, ¿verdad? —Se giró hacia su hermana— Las mujeres de Palila harán lo que puedan por ella. Pero una de nosotras debe estar presente cuando llegue Andrade.

—¿Quién la mandó a buscar? ¡No puede presenciar el parto!

—Claro que no. Pero la mandé a buscar porque será una testigo impecable de lo que queremos que todos crean que sucedió. Ya les distraeré, no se preocupen. ¿Recordaron traer las mantas?

—Allá. —Pandsala señaló con la cabeza tres grandes cuadrados

de terciopelo doblado, con hilo dorado que centelleaba sobre violeta —. Son idénticos al que hicieron para la niña de Palila. Piensas en todo, Ianthe.

Sonrió al ver a la rubia gemir y agarrarse el vientre.

—Oh, sí. En todo eso, y más.

Andrade se recuperó del impacto de la muerte del Mensajero del Sol porque tenía que hacerlo. Estaba sentada en una silla cuando Urival regresó y escuchó su informe impasible. Ordenó que alguien buscara a Antoun, el Mensajero del Sol asignado para vigilar a Sioned esa noche, y llamó a Camigwen a su tienda, todo con absoluta calma. Mientras esperaban a que llegara la chica, Andrade interrogó a Urival a fondo sobre todo lo que Roelstra había dicho, y luego lo consideró en silencio.

Camigwen entró con Ostvel, y Andrade arqueó una ceja al ver sus ropas arrugadas, obviamente puestas con prisa, antes de darles una breve descripción de los acontecimientos de la noche.

—No sé si recuerdas a Crigo. Era varios años mayor que tú. Era un buen hombre, un hombre decente. No está claro qué le hizo Roelstra exactamente, pero con la luz de mañana quiero que te asegures de que todos los faradh'im estén advertidos. Creo que podemos mantener esto en secreto y entre nosotros, pero todos debemos ser conscientes de ello.

Camigwen intercambió miradas preocupadas con su Elegido.

—¿Qué tan peligrosa es esta droga? ¿Sabemos el nombre?

—Roelstra no la mencionó —respondió Urival.

—Él me lo dirá —dijo Andrade con gravedad.

—Sin duda —comentó su mayordomo—. Dijo algo sobre poder controlar a los faradh'im con ella. Y Sioned no estaba en pleno posesión de sus poderes, creo —añadió pensativo.

—Y eso me hace preguntarme cómo Crigo pudo hacer lo que obviamente había hecho por Roelstra durante años.

—¿Pero qué tan vulnerables son los faradh'im a esta droga? —preguntó Ostvel.

Andrade se encogió de hombros.

—Una vez que obtenga la información de Roelstra y Sioned nos diga qué tal se siente esta droga, estaremos bastante a salvo.

Levantó la vista cuando la llamaron desde afuera, esperando que alguien hubiera regresado con información sobre su Mensajero del Sol desaparecido. Pero en su lugar, un hombre vestido con el violeta del servicio al Alto Príncipe entró en la tienda respirando con dificultad. Cayó de rodillas tras la mirada mordaz de Urival.

—Mi Señora, debe venir de inmediato.

Andrade se irguió en su silla, lista para herir las orejas del hombre con su opinión sobre las interrupciones groseras.

—¡Que lo cosa el propio médico de Roelstra! —empezó, pero el hombre negó con la cabeza.

—No es el Alto Príncipe, mi Señora. Me enviaron las mujeres de Lady Palila a buscarla inmediatamente.

—¿Palila? ¿Para qué? —Andrade lo miró fijamente y luego intercambió una rápida mirada con Urival— ¡Oh, Diosa! Está de parto, ¿verdad?

—Sí, mi Señora, evidentemente. Me han dicho que es pronto. Sus mujeres están desesperadas, porque el médico del Alto Príncipe no está disponible.

Considerando lo que Urival le había contado sobre las heridas de Roelstra, Andrade podía creerlo. Se puso de pie.

—Muy bien. Iré. —Ante las protestas de los demás, respondió—: No sean ridículos. Estaré perfectamente a salvo, y Palila necesitará ayuda. Urival, quédate aquí e interroga a Antoun cuando regrese; sano y salvo, espero de corazón. Cami, tú y Ostvel reúnanse con los demás Mensajeros del Sol y cuéntenles lo que se dijo aquí esta noche. Los ayudarán mañana por la mañana. ¡Y sin discusiones! —Se volvió hacia el hombre de Roelstra—. Tú, como te llames...

—Gernius, mi Señora.

—Bueno, Gernius, tendrás el honor de llevar mi bolsa de medicinas y conducirme a la barcaza del Alto Príncipe. ¡Comencemos!

En cuanto puso un pie en el barco, su estómago se rebeló. Apretando los dientes contra las náuseas y el intenso latido tras los ojos, se aferró a su dignidad y siguió a una sirvienta al lujoso camarote de Palila. Vio enseguida que la señora estaba en mal estado. Dando órdenes a las inútiles mujeres que la rodeaban, le disgustó descubrir que ellas, al igual que su señora, se alegraban patéticamente de que alguien se hiciera cargo. Realizó un examen rápido y minucioso y dio órdenes que aliviarían un poco el sufrimiento de Palila. Andrade había visto suficientes partos como para saber que este aún tardaría, pero no se lo mencionó a Palila, quien gritó tan fuerte como para despertar al Dios de la Tormenta para el invierno.

—Oh, para —aconsejó, con cierta amabilidad, mientras se sentaba en la cama junto a la figura que se agitaba—. No te resistas tanto. Estás gastando todas tus fuerzas gritando. —Las uñas de Palila se clavaron en los brazos de Andrade y, filosóficamente, añadió este nuevo dolor al grotesco martilleo en su cráneo—. Tranquila. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Mi Señora? —El murmullo en el hombro de Andrade la hizo girarse y se encontró con la Princesa Ianthe, de entre todas las personas— Tres más te esperan abajo —dijo la chica.

—¿Tres más? —repitió Andrade con la mirada perdida.

—Dando a luz.

—¡Dulce Diosa! —exclamó— ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo estoy haciendo —dijo Ianthe, con los labios temblorosos mientras intentaba reprimir una sonrisa burlona—. Además, solo son sirvientas.

—¡Son *mujeres* como tú y como yo!

—¡No me dejes! —Gimió Palila. El terror en sus ojos era más que el de una mujer cobarde en labor de parto. Su mirada estaba fija en la princesa, y Andrade supuso que el odio hacia el Castillo del Peñasco era aún más profundo de lo que había pensado.

—Volveré en cuanto pueda —le dijo a Palila—. Ianthe, quédate con ella.

—¡No! —chilló Palila.

Pero Ianthe se acomodó en una silla junto a la cama y acarició la mano de Palila con dulzura; Andrade notó con amargura que tenía que aferrarse a ella con fuerza para crear la imagen de solicitud. Se encogió de hombros y salió de la cabina.

Bajó por una escalera empinada y oscura, maldiciendo entre dientes mientras el suave balanceo de la barcaza la hacía tropezar y amenazaba con privarla de la cena. Se aferró a la barandilla de cuerda, respiró con firmeza y se negó a vomitar. Tras el sonido de gemidos de dolor, llegó a una pequeña habitación sofocante donde la princesa Pandsala, entre todas las personas, estaba a cargo de las tres mujeres. Una había concluido con éxito sus labores y sostenía celosamente a un recién nacido contra su pecho. Otra estaba demasiado sumida en el dolor como para notar nada. Pero la tercera, una mujer de cabello claro y ojos oscuros y ardientes, miraba a la princesa con silenciosa repugnancia y se sujetaba el vientre hinchado como para mantener al niño a salvo en su interior.

Andrade se arrodilló junto a la nueva madre, luchando contra el mareo y las renovadas náuseas ante el hedor a sangre y sudor en la habitación.

—No me digas que tú trajiste a este niño —le dijo a Pandsala por encima del hombro.

—Ianthe ayudó. Fue muy rápido, la verdad.

—No es de extrañar —siseó la mujer rubia.

Pandsala le lanzó una mirada feroz de advertencia.

—Ella ya había tenido un bebé, y tú también. Son unos hijos estupendos, ¿verdad, allá en el el Castillo del Peñasco?

La mujer apartó la mirada. Andrade, desconcertada por la intervención, se preguntó si se le escapaba algo. Le dolía demasiado la cabeza como para darle vueltas a la idea en ese momento. La nueva madre se encontraba bien a pesar de la inexperiencia de sus asistentes. Su pequeña era rosada, sana y con el número correcto de extremidades, dedos de manos y pies. Andrade nunca había sido

madre, pero albergaba en ella un profundo sentimiento maternal que encontraba su expresión más segura en la admiración por bebés en los que no tenía ningún interés personal ni político. Felicitó efusivamente a la nueva madre y se acercó a la mujer que estaba a su lado.

—¿Por qué la Diosa engendra tantas hijas? —preguntó de repente Pandsala.

—Parece que hay muchísimas en el Castillo del Peñasco. Quizás sea el aire. —Andrade ayudó a la mujer a ponerse más cómoda, murmurando—: Listo, querida, ahora estarás mejor. Solo falta un poco, te lo prometo.

Una nacida, tres por nacer, se dijo Andrade. Era difícil de creer que cuatro mujeres estuvieran dando a luz la misma noche a la misma hora, pero ¿qué explicación había aparte de una extraña coincidencia? ¿Qué importaba si estas sirvientas habían dado a luz a sus hijos la misma noche que la señora de Roelstra? Andrade se frotó el centro de la frente, donde el dolor se había asentado, e intentó poner en orden sus pensamientos. La mayoría de los Mensajeros del Sol en el agua perdían la capacidad de pensar, además de la cena. Pero no esta Mensajera del Sol, juró.

—Dicen que se tarda más en tener un niño que una niña —continuó la princesa—. ¿Es cierto?

—No tengo ni idea. Ven aquí, Pandsala, y límpiala. Tardará un poco. Enviaré a una de las mujeres para que te ayude.

—Que sea Ianthe —dijo Pandsala rápidamente—. Esas otras me ponen nerviosa.

—Como quieras. Aunque ¿por qué una princesa debería estar atendiendo a tres sirvientas en sus labores…?

—Ya viste arriba lo desesperados que están los demás —dijo, encogiéndose de hombros—. Después de todo, tenemos una obligación con nuestra gente. Además, alguien tiene que cuidarlos mientras esperamos al médico de nuestro padre.

La vívida descripción de Urival de la pelea a cuchillo se le vino a la mente. Roelstra sería el doble de peligroso ahora —los animales heridos siempre lo eran—, pero Andrade saboreó la imagen mental de la espada de Rohan cortando la carne del Alto Príncipe. Una lástima que no hubiera sido su corazón el que había sido cortado, pero Andrade dudaba que algo así pudiera encontrarse en Roelstra.

Finalmente se giró hacia la mujer rubia, la examinó con atención y asintió con satisfacción.

—Lo estás haciendo de maravilla, querida. Vigila a tu amiga, por favor. Puedes tranquilizarla, ya que ya has pasado por esto antes.

—Por favor, Diosa, haz que mi bebé sea niña —susurró la mujer.

—Tranquila —respondió Andrade desconcertada a causa de la

vehemencia—. Niño o niña, pronto tendrás otro hermoso hijo en tus brazos.

—¡Mi Señora, por favor, no me deje sola con ella! —La mujer se aferró a su brazo.

—¡Tiene otros asuntos más importantes que tú! —espetó Pandsala.

—Todo estará bien —la tranquilizó Andrade, y luego, agradecida, escapó de la extraña y tensa habitación y subió a cubierta, esperando que el aire nocturno la refrescara y la despejara.

La tripulación, nerviosa como siempre estaban los hombres por las prisas de las mujeres durante el parto, se apiñaba especulando sobre el misterio de los bebés. Andrade esbozó una sonrisa cansada al pensar en Rohan esperando el nacimiento de su hijo. Chay lo emborracharía tanto que no recordaría ni su propio nombre, y mucho menos cómo ocuparse de Sioned.

La fría humedad del río comenzó a calarle los huesos, añadiendo un nuevo dolor a los de cabeza y estómago. Roelstra le debía una deuda por esto, se prometió, y luego se tambaleó cuando una pequeña ola sacudió la barcaza, alterando el ritmo al que más o menos se había acostumbrado. Se tapó la boca con una mano, horrorizada, y sintió un brazo fuerte que la sostenía.

—No hay nada de qué avergonzarse, mi Señora —dijo una voz áspera y amable—. Es lo que se espera de ustedes, faradh'im.

Un momento después, su dignidad se volvió irrelevante. El marinero Gernius hábilmente le sostuvo la cabeza por encima de la borda mientras ella perdía su batalla contra el río. Luchó por no desmayarse también, y después de que él le limpiara la boca y le diera un trago de su petaca, las estrellas dejaron de girar.

—Vamos, mi Señora —dijo Gernius—. Ahora lo harás mejor. Ya he navegado con faradh'im antes, y siempre es mejor ceder de inmediato.

Andrade asintió brevemente, agradeciéndole sus cuidados con una absoluta falta de cortesía que solo lo hizo sonreír. Esperaba que su cabeza se partiera como un escama de dragón en cualquier instante mientras regresaba al pasillo frente a la cabina de Palila. La puerta estaba bloqueada por mujeres que se suponía que debían estar dentro asistiendo en el parto. La ira la invadió con nuevas fuerzas, y también desató un nuevo coro de nervios que le gritaban en la cabeza.

—¿Por qué no están ahí? exigió.

—¡Nos ordenó salir, mi Señora! A todas menos a la princesa.

—¡Maldita seas, Ianthe! —Andrade maldijo en voz baja. Una princesa atendiendo a las sirvientas, la otra ayudando a la ama que todas detestaban. Lo entendería aunque le llevara toda la noche— Déjenme pasar. Que alguien llame al Alto Príncipe. Dos de ustedes, bajen y...

Un débil gemido desde dentro de la cabina la interrumpió, el inconfundible llanto de un recién nacido. Las mujeres jadearon y se abalanzaron hacia adelante, apartando a Andrade de la puerta.

—¡Está cerrada! —gritó una de ellas.

—¡Ianthe! ¡Abre esta puerta! —bramó Andrade, haciendo una mueca al oír el volumen de su propia voz. Pero sabía que la princesa tendría las manos ocupadas y rechinó los dientes de impaciencia.

Los sirvientes se removieron nerviosos, y uno de ellos sugirió llamar a unos marineros para que derribaran la puerta. Andrade estaba a punto de ordenar eso mismo cuando la puerta se abrió de par en par.

Ianthe estaba allí, sosteniendo un bulto envuelto en violeta en sus brazos y luciendo una dulce sonrisa. Andrade la miró inquisitivamente y luego pasó junto a ella hacia la cama.

—¿Estás bien? —le preguntó a Palila.

—¿Mmm? —sus ojos soñadores le sonrieron— ¡Oh, sí! ¡Sí! ¡Tengo un hijo! —Empezó a reír—. ¡Un hijo, Andrade! ¡Un hijo!

—Bendición de la Diosa —respondió automáticamente, aunque sus pensamientos daban vueltas mientras intentaba proyectar las implicaciones de este nacimiento de mil maneras diferentes.

Llamó a las mujeres de Palila, quienes se acercaron para ponerla cómoda y vestirla para recibir al Alto Príncipe. Roelstra triunfante, pensó Andrade con amargura mientras observaba. Así que por fin tenía un hijo. Maldito sea.

Se giró, buscando a Ianthe con la mirada. Pero la princesa había desaparecido, y con ella, el niño.

Ianthe contempló el bulto que murmuraba en sus brazos y rió suavemente, emocionada. El sexo le daba igual. Niño o niña, había ganado. Ahora era solo una elección entre ventajas; las había meditado todas.

Se detuvo en el pasillo, escuchando, y volvió a reír cuando la campana del barco anunció el nacimiento con un estridente toque. Era la señal acordada y Pandsala llegaría pronto. Sin un niño a mano, tendría que criar a una niña. Una lástima que Roelstra no hubiera llegado aún, pero Andrade sería aún mejor testigo. Oyó el llanto inquieto de otro bebé, se calló rápidamente y contuvo el aliento. Su propio juego estaba a punto de comenzar, aquel para el que había ideado las reglas.

—¿Ianthe? —dijo Andrade a sus espaldas, y ella ocultó su júbilo en el momento perfecto— ¿Qué haces? El bebé se va a resfriar.

—Oh, no, es una manta muy gruesa. —Se giró, sonriendo—. Pensé que todo ese parloteo asustaría a la pobrecita. Es un niño tan hermoso... ¡Anhelo tener uno!

La expresión de Andrade indicaba claramente sus dudas de que

Ianthe quisiera ser madre.

—Veámoslo —dijo, apartando la manta de la cara del bebé—. Un niño precioso. ¡Mira todo ese pelo!

Habían estado hablando en tono normal, pero el timbre y el parloteo del camarote de Palila ahogaron sus voces a pocos pasos. Así, Pandsala entró con total inocencia en el pasillo desde la escalera, gritando:

—Ianthe, traje a otro bebé conmigo, pero… —Se detuvo en seco y exclamó— ¡Señora Andrade!

Ianthe sabía que su propio rostro era la imagen perfecta del asombro; había practicado la expresión frente a un espejo hasta que la consiguió sin un temblor que delatara diversión.

—¡Pandsala! ¿Por qué está ese bebé lejos de su madre?

Pandsala palideció. Se tambaleó ligeramente contra la pared, apretando convulsivamente los brazos alrededor del bulto envuelto en violeta. Ianthe se detuvo un momento para disfrutar de la sorpresa en los ojos de su hermana, luego se giró hacia Andrade.

—Sí —dijo la Señora de la Fortaleza de la Diosa con suavidad—. ¿Por qué has traído a ese bebé aquí?

Pandsala seguía mirando a Ianthe, con el rostro horrorizado al darse cuenta de cómo la habían engañado. Sus labios se separaron, se movieron, pero no pronunció palabra. Otro toque de campana anunció la llegada del Alto Príncipe, y todos oyeron el grito de alegría de Roelstra.

—¡Por la Diosa! ¿Pueden creerlo? ¡Tengo un hijo!

Ianthe miró a Andrade.

—¿Quién le dijo eso? —susurró.

Una luz brilló entre los numerosos timbres cuando Andrade la agarró del brazo con fuerza.

—¿Es una niña? ¡Una niña!

—Una niñita muy dulce —respondió Ianthe con la dósis justa de desconcierto—. Papá ya se ha acostumbrado.

La presencia de Roelstra llenó el estrecho pasillo.

—¡Andrade! ¿Qué te trae por aquí? ¡Seguro que no has venido a felicitarme por mi hijo!

—A falta de un médico propio, atendí a tu señora. Pero no creo que el pasillo sea el mejor lugar para recibir a tu nuevo hijo —Con una mirada fría, ordenó a Pandsala e Ianthe que entraran en la cabaña. Roelstra la siguió, presintiendo que algo no iba bien. Andrade ordenó a los sirvientes que le arrebataran a la bebé de las frenéticas manos a Pandsala y salieran de la habitación. Luego cerró la puerta con llave y encaró a los ocupantes de la habitación con una sonrisa gélida.

—Ahora —dijo— sabré la verdad.

—¿De qué estás hablando? —exigió Roelstra— ¡Quiero ver a mi

hijo! —Miró a una princesa, luego a la otra, y luego a la puerta cerrada. Una criada se había llevado al segundo niño. Sus ojos se oscurecieron lentamente—. No creo que hubiera gemelos —añadió con voz letal.

—No tienes ningún hijo —le dijo Andrade, e Ianthe percibió la sombría satisfacción en su voz—. Me pregunto cuál de tus hijas explicará esto.

El Alto Príncipe se giró para clavar la mirada en Palila.

—¿Qué sabes tú de esto? —gritó.

—¡Nada! —jadeó ella, acurrucándose en unas almohadas que no eran más blancas que sus mejillas.

Roelstra se giró hacia sus hijas.

—¿De quién es la hija que acaban de llevarse?

—¡Padre, por favor! —gritó Pandsala, e Ianthe consideró que era un momento inoportuno para presentarle a su padre a su decimoctava hija.

—Siento que sea otra niña, padre, pero es muy bonita.

Roelstra la ignoró.

—Andrade, descubre la verdad. Si vuelvo a hablar, será para ordenar que las ejecuten a todas. —Se dirigió a las ventanas, arrancó el tapiz y juntó las manos a la espalda. Estaba temblando.

Ianthe se sentó, con la bebé en su regazo.

—No lo entiendo, mi Señora. Me viste con esta niña, y luego Pandsala llegó con otra. ¿Qué pasa?

—¿Lo averiguamos? —preguntó Andrade con calma, pero Ianthe sintió un instante de puro terror al ver unos penetrantes ojos azules escrutar su rostro. Había visto esa misma mirada de Rohan hacía unas noches. Se obligó a relajarse, pues aunque Andrade descubriera toda la trama, no habría pruebas en su contra.

—¡Esas víboras! —gritó Palila de repente— ¡Me robaron a mi hijo!

—Primero no sabes nada, y ahora sabes de quién es la culpa —dijo Andrade—. Qué interesante. Pandsala, explícame esta comedia.

—Yo… —miró angustiada a Ianthe— ¡Fue idea suya! Planeó que intercambiáramos a una niña por un niño...

—¿Qué? —exclamó Ianthe con los ojos muy abiertos.

—¡Cállate! —espetó Andrade— Continúa, Pandsala... desde el principio.

Ianthe escuchó la historia que salía a borbotones de su hermana, encantada con la culpable incoherencia de Pandsala. La expresión de Andrade cambió lentamente de la serenidad a la sorpresa. Palila se recostó contra las almohadas con cara de desear estar muerta. Roelstra se giró y miró a Pandsala como si le hubieran crecido garras y cola. Ianthe se sentó, abrazando al bebé.

—Si te entiendo bien —dijo Andrade con pesadez cuando Pandsala

se detuvo en seco—, las cosas sucedieron así. Ianthe sugirió sustituir a un niño por una niña, si Palila tenía un hijo. Para ello, te encargaste de que trajeran a esas pobres mujeres y les indujiste el parto cuando Palila tuvo el suyo. No dudo que encontraremos las hierbas adecuadas en tus cosas, Pandsala, no en las de Ianthe.

—Pero entonces llegaste a un acuerdo con la amante de tu padre. A cambio de su ayuda para conquistar al príncipe Rohan, sustituirías a una niña por un niño, si Palila tenía otra hija. Como la única mujer que había dado a luz hasta el momento tenía una hija, no te quedó más remedio que criarla, por si acaso había un hijo del que deshacerse. Palila no te habría servido de nada en un caso así, así que retomaste el plan original de Ianthe. ¿Es eso lo que ocurrió?

Pandsala asintió, con lágrimas en el rostro.

—Padre, lo siento mucho, solo quería darte el hijo que querías...

—¡Roelstra! —gritó Andrade con severidad mientras daba un paso amenazador hacia su hija, con el brazo levantado para golpearla. Ianthe vio la venda blanca al caerle la manga y se preguntó si esa zorra de Sioned le habría hecho la herida defendiendo su inexistente honor. Frunció el ceño e inclinó la cabeza hacia la niña.

—Aún no tenemos noticias tuyas, Ianthe —dijo Andrade.

Levantó la vista.

—¿Qué puedo decir? ¡Nunca en mi vida he oído un plan tan ridículo! ¿Cómo podría alguien estar seguro de que esas mujeres tendrían bebés del sexo adecuado para el intercambio que Pandsala parece haber planeado? Francamente, estoy confundida. ¿Se supone que he planeado darle un hijo a mi padre o privarlo de uno?

—Continúa —invitó Andrade con frialdad.

Ianthe se encogió de hombros.

—¿Qué clase de monstruo entregaría a un príncipe real, ¡y a su propio hermano!, para que los criaran sirvientes comunes? No soy tan ruin, padre, ni tan estúpida. ¿De verdad me crees capaz de un plan tan horrible? ¿Y uno que, además, es tan increíblemente impráctico?

—No —dijo Roelstra en voz muy baja, con sus ojos verdes brillando —. Si hubiera sido un niño, habrías ordenado que lo mataran. Te conozco, Ianthe.

—¡Padre! —Y por un instante se aterrorizó.

—¡Basta ya, los dos! —Andrade los observó con disgusto—. Son todas unas víboras. ¿Qué piensas hacer al respecto, Roelstra?

—Ahora mismo me interesa más lo que se planeó para las mujeres de abajo. —Siguió mirando a Ianthe—. ¿Qué harías, querida?

—Nada, porque no tengo nada que ver —respondió ella con prontitud.

—¿Pero si lo hicieras? —insistió.

—Padre, ¿de verdad crees que podría mandar asesinar a esas

mujeres?

—Pensé que verías la necesidad. Siempre has sido inteligente, Ianthe. —Entonces se volvió hacia Pandsala y preguntó—: ¿Sabes cuál es el castigo por traición? —Su mirada se posó en Palila, quien lanzó un grito mudo.

—¡Padre, no! —Pandsala se arrastró de rodillas, temblando.

—Traición —repitió en voz baja.

—Roelstra —dijo Andrade en voz baja mientras se interponía entre ambos—. No hagas esto.

—No es asunto tuyo, faradhi.

—No la mates. Entrégamela.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Me debes una. El Mensajero del Sol que corrompiste murió esta noche.

—¿Crigo ha muerto? —Roelstra parecía conmocionado.

—Fue un accidente —dijo Palila con febrilidad, inclinándose hacia adelante, con las manos extendidas y temblorosas como hojas delicadas—. Tomó demasiado, y yo...

—¡Silencio! —le gritó Roelstra, y ella se encogió de nuevo.

—Tomaré a Pandsala como pago —dijo Andrade, e Ianthe rió para sus adentros—. Ttambién a la nueva hija. Lo último que necesitas es otra hija. Dámelas.

—Muerte en vida dentro de la Fortaleza de la Diosa —reflexionó, con los ojos brillando con cruel humor, y Pandsala gritó—. Muy bien. Son tuyas.

—¡Padre, no!

—¿Y Palila? —preguntó Andrade.

—No negarás que merece la muerte por matar a tu faradhi. Estoy seguro de que tu preciosa Sioned ya te lo ha contado todo sobre el dranath, ¿verdad? Qué lástima que no la haya matado con la dósis de esta noche.

El Alto Príncipe y la Señora de la Fortaleza de la Diosa se enfrentaron e Ianthe observó, desconcertada. ¿Qué había pasado realmente esa noche con Sioned?

—No interfieras, Andrade. Te lo advierto. —Hizo una pausa—. Ianthe.

Ella se quedó de pie, cautelosa a pesar de la victoria que estaba casi segura de haber obtenido.

—Muéstramela. —Ella se acercó y le ofreció a la bebé. Él la miró un momento y luego desenvolvió la manta violeta para asegurarse de que la niña era realmente niña—. Chiana —dijo—. Llámala así, Andrade, para que siempre lo sepa.

Ianthe disimuló un escalofrío. La palabra significaba *traición* en la antigua lengua. Andrade le quitó a la niña y miró a Pandsala, que

lloraba.

—Levántate. Lo primero que aprenderás es que un Mensajero del Sol no se arrodilla ante nadie. Ni siquiera ante un Alto Príncipe.

—A menos que sea mi Mensajero del Sol, no el tuyo —dijo Roelstra, y Andrade le lanzó una mirada feroz.

Ianthe miró a Pandsala a los ojos, unos ojos vidriosos por un terror desesperanzado, incapaz de creer lo que había sucedido. De repente, pareció reconocer a Ianthe y se puso de pie de un salto, agarrando el cuello de su hermana.

Roelstra separó a sus hijas. Pandsala se desplomó sobre la alfombra e Ianthe tragó saliva con dificultad para superar el dolor de garganta. El Alto Príncipe abrió de golpe la puerta de la cabaña, gritando a los guardias que llevaran a Pandsala a la tienda de Andrade, atada y amordazada si era necesario. Ianthe la oyó gritar una vez en el pasillo, un aullido de odio y desesperación, y se estremeció.

Luego se hizo el silencio. Palila estaba demasiado asustada para hacer algo más que quedarse muda de terror en su cama. Andrade abrazó al bebé, mirando fijamente a Roelstra.

—¿Dónde está Crigo? —preguntó.

—Haré que te lo traigan a tu tienda, si quieres.

—Hazlo —espetó.

Ianthe se apartó de la ferocidad de sus emociones. Era una repugnancia ancestral, mucho más poderosa que cualquier otra que hubiera visto antes. Tenía una vida amarga propia y se retorcía casi visiblemente en el espacio entre ellas.

—Lo destruiré —dijo Roelstra de repente—. Su matrimonio acabará con él.

—Hace mucho tiempo deseaste un matrimonio así con otra Mensajera del Sol.

—Así que eso te dio la idea. ¿Tuviste en cuenta mi ira al organizarlo?

—Tu ira es tu problema. Yo no organicé nada. La Diosa…

—Normalmente hace lo que le dices. Pon las excusas que quieras. Si crees que sus hijos la seguirán, te equivocas.

—¿Esto lo dice el hombre que todavía cree que puede tener un hijo propio? —Rió con malicia— ¡Búscate otra amante, Roelstra! ¡Consigue otra docena de mujeres embarazadas! ¡No habrá ningún hijo para ti!

—¡Fuera! —rugió.

La risa de Andrade pareció resonar en la cabaña mucho después de que ella cerrara la puerta de golpe. Ianthe se hundió en una silla y cerró los ojos. Había ganado. Si Roelstra la creía, e incluso si no, ella había ganado. Él no la había condenado junto con Pandsala.

—Roelstra... ¡Oh, no, mi señor, por favor! Por el bien de nuestros hijos...

Ianthe levantó la cabeza de golpe. Palila se acurrucó entre las almohadas blancas, con los ojos como platos mientras miraba fijamente la vela que Roelstra había cogido de una mesa.

—Recuerdo el Fuego, Palila —dijo casi con ternura, y ella gimió—. ¿Oíste el grito del dragón esta noche?

Ianthe se puso de pie de un salto. Nunca había oído ese tono en la voz de su padre, y quería salir. Ya. Él sintió el movimiento y, sin girarse, ordenó:

—Quieta.

Ianthe se quedó paralizada, apenas respirando. Roelstra se acercó a la cama de Palila, sosteniendo la vela desnuda. Su llama lamía ávidamente el aire.

—¿Sabes dónde está Feruche, Ianthe? —preguntó.

—Sí, padre.

—Está en la frontera entre Marca del Príncipe y el Desierto —continuó—. Llevo un tiempo pensando en Feruche y en a quién podría poner allí. Debe ser alguien en quien pueda confiar. —La miró por encima del hombro—. ¿Aún deseas poseer al principito?

—Sí —respondió ella con franqueza—. Se te acabó la suerte esta noche, querida —le dijo, con una expresión sombría y divertida—. Puede que tengas a Feruche, pero puede que no a Rohan. Parece que la Mensajera del Sol tiene prioridad.

—La Mensajero del Sol —susurró Ianthe.

De repente, comprendió el odio que había azotado el aire entre su padre y Andrade. La furia, el orgullo herido y el deseo de venganza la invadieron, creando un odio que abrazó como si fuera un amante. Había estado vacía toda su vida, esperando ser llenada por esa cosa dulce y ardiente que crecía en su interior, cantando a sangre y venganza. Y por fin había encontrado su definición de poder —no a través de un esposo principesco, ni de su padre, ni de ninguna otra persona—; un poder más fuerte que los insignificantes dones de un Mensajero del Sol. Esta cosa era lo que hacía de su padre un príncipe tan poderoso. Sabía odiar.

—Veo que me entiendes —dijo—. Vuelve al campamento, Ianthe, y espérame. Tenemos mucho que discutir cuando termine aquí.

Al cerrar la puerta, vislumbró la llama de la vela flotando cerca del rostro afligido de Palila. Y al descender del barco al muelle, oyó el primero de muchos, muchos gritos.

La luz del amanecer se filtraba a través de las hojas de un verde plateado pálido, una luz aterciopelada como rosas nuevas. Sioned, sensible al color como todos los faradh'im, yacía de lado y se preguntaba si alguna vez había visto una luz tan hermosa. Sonrió ante

su propia estupidez; no fue el color ni siquiera la suavidad lo que la conmovió. Fue el rostro dormido lo que la luz acarició.

Al principio, él se había mostrado tímido, tembloroso, inseguro, hasta que los cierres de su falda lo frustraron y murmuró una maldición que le arrancó una carcajada. Y de repente, ambos reían como niños, los nudos de su ropa y el ajuste apretado de sus botas, obstáculos ridículos después de todo lo que habían soportado para este momento. Sioned se alisó el cabello sedoso de la frente, sabiendo ahora que su visión de años atrás se había hecho realidad. Ella fue quien lo convirtió en príncipe y hombre. Durante un breve tiempo, ambos estuvieron atrapados el uno en el otro. Engendrado por un señor dragón cuya imagen viril persistía, el príncipe había querido vivir a la altura de un estándar imaginario e imposible, y el hombre no estaba seguro de su capacidad para hacerlo. Pero en sus brazos encontró ambas identidades. El príncipe y el hombre se unieron para convertirse en su amante.

Sus caricias habían suspirado por su piel y sus susurros brillaban como la luz del sol en su mente, besos que brillaban con sus ricos colores, que ella tocaba en todo su poder y pureza: diamante, zafiro, topacio. Todos sus sentidos despertaron hacia él, sabiendo que la sangre Mensajera del Sol que llevaba dentro se fusionaría con la suya y convertiría a su hijo en un príncipe faradhi.

—Con tal de que tenga tus ojos, amado —susurró, rozando la sedosa curva de sus pestañas con la yema de un dedo. Ella sonrió cuando sus párpados se abrieron lentamente, casi demasiado pesados para levantarlos.

—Ohhh… —susurró arrastrando las palabras—. ¿Qué me hiciste?

Sioned le acarició la mejilla, saboreando el áspero e incipiente vello de su rubia barba.

—¿Te gustaría que lo hiciera otra vez?

—En otra ocasión, cuando esté lo suficientemente vivo para disfrutarlo —respondió adormilado. La abrazó y apoyó la cabeza de ella en su hombro—. Maldición. Olvidé deshacerte las trenzas. Quería ver tu cabello suelto.

—Oh, guarda algo para nuestro lecho matrimonial —rió ella entre dientes.

—Pero lo hice. Chay me habló una vez de...

—¡Rohan!

—...algo que siempre he querido probar —terminó—. Que sea una sorpresa. —Frotó su mejilla contra su cabello—. Mmm, pero hueles bien.

—Yo no, las bayas de musgo. Creo que las machacamos para hacer vino. —Se puso boca abajo y se quitó la falda de debajo de la cabeza, que había sido su almohada—. ¿Ves? —Metió un dedo bajo

el musgo, donde se escondían las bayas verdes y regordetas.

Rohan se giró con un gruñido poco elegante.

—¿Hay alguna que no hayamos hecho papilla? Me muero de hambre. —Retiró el musgo y arrancó algunas esferas regordetas—. Mira, abre la boca.

—¿Otra vez?

Los ojos de Rohan se abrieron de par en par por la sorpresa, pero al instante siguiente ambos volvieron a reír. Se tumbaron uno al lado del otro y se dieron de comer bayas de musgo mientras la luz del sol calentaba el follaje sobre ellos. Por fin, ella dijo:

—Ya basta, nos vamos a enfermar. Será mejor que volvamos al campamento a escondidas, antes de que nos echen de menos.

—Te juro que esta es la última vez que me escabullo contigo porque tengo que hacerlo. No tener que hacerlo será más divertido. ¡Pero basta de esto! —Rohan se incorporó y extendió la mano perezosamente para apartar la cortina de ramas— Hay una luz terrible río arriba, para ser apenas el amanecer. Echa un vistazo.

Se acercó, apoyó la barbilla en su hombro, apretándose contra su musculosa espalda. La luz le dolía un poco en los ojos y la cabeza empezaba a molestarle de nuevo. Pero guardó silencio, no queriendo arruinar la paz de la mañana. Entrecerró los ojos ante la luz del día y frunció el ceño.

—Rohan, esa no es la dirección correcta para el sol naciente.

—Huele el viento —dijo con voz tensa.

—Fuego —suspiró ella.

—Vístete. Date prisa.

Corrieron río arriba de la mano, con el sol naciente a sus espaldas, el humo espesándose al cambiar la brisa.

—¿Es el puente? —preguntó ella.

—No.

Salieron de entre los árboles. La barcaza de Roelstra era un infierno que se mecía suavemente en el agua; sus velas violetas eran alas carmesí de llamas.

Capítulo Dieciocho

Los rumores se persiguieron unos a otros con una velocidad frenética de campamento en campamento durante todo el Último día de Rialla. Roelstra había asesinado a todas sus hijas. Ellas lo habían asesinado a él. Lady Andrade había iniciado el fuego a bordo de la barcaza y las había matado a todas. Roelstra había sido depuesto por personas desconocidas, posiblemente los Mérida. El príncipe Rohan había muerto en el incendio. Había muerto en la tienda de Roelstra. Había llamado a sus ejércitos para marchar sobre el el Castillo del Peñasco. Se casaría con la princesa Pandsala, no, con la princesa Ianthe, no, con ambas, y tomaría a las otras chicas como concubinas. Lady Andrade estaba en camino de regreso a la Fortaleza de la Diosa con la princesa Ianthe, o la princesa Pandsala.

Lo único que se sabía con certeza era que la barcaza del Alto Príncipe se balanceaba en el Faolain, destripada, humeando, con su tripulación desanimada en una taberna en Waes emborrachándose. Un dato interesante más: Lord Chaynal había subido el precio de sus caballos, que tendrían una gran demanda ahora que lo que quedaba del grupo de el Castillo del Peñasco tenía que buscar otra forma de regresar a casa.

El príncipe Clutha de Meadowlord y Lord Jervis de Waes tuvieron la cortesía de ignorar los rumores. Ordenaron que las ceremonias se desarrollaran como de costumbre, y a media mañana la colina con vistas a los campamentos ya estaba lista. Los nobles se reunieron, susurrando las últimas novedades, y esperaron la procesión de novias. Cuando llegó Lady Andrade, se escuchó un suspiro colectivo de puro alivio.

Miradas francamente curiosas recibieron a las hijas de Roelstra. Les faltaban su padre y un hermano, y vestían tan lujosamente como novias. La ausencia de Pandsala alimentó las especulaciones sobre si era la Elegida del Príncipe Rohan; el rostro hosco de Ianthe parecía confirmarlo. Pero cuando la procesión nupcial llegó a la ladera florida, la princesa desaparecida no estaba entre las novias.

Uno de los primeros en dar un paso al frente y casarse fue el joven señor Eltanin de Tiglat, quien aún parecía atónito por su éxito al conquistar a la hija mediana de Jervis. Era una niña pequeña y delicada, de cabello castaño dorado y el nombre musical Antalya, que significa *copa de primavera* en la antigua lengua, y con flores silvestres trenzadas en el cabello y brazaletes alrededor de sus brazos, era la encarnación de la belleza juvenil. Al ser presentada por su padre a su nuevo esposo, miró a Eltanin con ojos radiantes. Rohan, como señor del joven, lo presentó a su novia con una elegante

floritura. Andrade invocó la bendición de la Diosa sobre la pareja, y Tobin estaba seguro de que su hermano comenzaría a bailar de alegría. Una alianza entre su vasallo y el poderoso athri de Waes fortalecería sus lazos con el señor de Meadowlord; Las tierras de Clutha constituían una barrera entre el Desierto y Marca del Príncipe, y Jervis era su hombre. Sin embargo, Tobin también detectó una alegría más personal en la sonrisa de su hermano. Era natural que un joven que había conquistado a su dama deseara la misma felicidad a quienes lo rodeaban. Tobin había oído por Camigwen que Sioned no había regresado a su tienda la noche anterior, y se preguntaba, con curiosidad, qué impedía a Rohan proclamar su alegría al mundo entero.

Los hijos menores habían encontrado esposa, las herederas habían encontrado marido, y el desfile de padres y señores feudales que guiaban a jóvenes para recibir la bendición de Andrade no se detenía. Una suave brisa del este había disipado el humo remanente del fuego del amanecer en el río, y el día brillaba con los últimos destellos del verano. La cima de la colina era el escenario perfecto para comenzar una nueva vida. Tobin sonrió para sí misma y miró a su señor, recordando su propia boda en los acantilados cerca del Fuerte de Radzyn.

Andrade había ordenado que Camigwen y Ostvel fueran los últimos.

—¿Quién desea casarse con una Mensajera del Sol, una faradhi que cabalga sobre la luz de la luna? —exclamó, y Ostvel, con Urival como su padrino, avanzó por la alfombra de flores.

—Sí, mi Señora —dijo el joven con orgullo—. Soy su Elegido y ella es la mía.

—Entonces, deja que venga a ti —respondió Andrade sonriendo.

Camigwen avanzó tímidamente, oscura y exótica. Pero el vestido que llevaba era muy diferente de su ropa de diario; Tobin se había encargado de ello. Su vestido era del color del bronce antiguo, bordado con flores doradas a lo largo de los paneles de la falda. El pequeño bolso en su cintura abultaba con el collar de boda de Ostvel. Sioned caminaba a su lado, con un sencillo vestido rojizo, su anillo de esmeraldas brillaba donde había entrelazado sus dedos con los de su amiga. Tobin sabía que los murmullos entre la multitud no solo se debían al inusual matrimonio público de una faradhi, sino al rumor que corría de que Sioned era la esposa elegida de Rohan. Al mirarlo de reojo, donde se encontraba con Eltanin y Antalya, Tobin se sorprendió al encontrar una leve arruga de preocupación en su frente. Al observar el rostro de Sioned, comprendió por qué. Donde Camigwen brillaba, Sioned parecía casi frágil; su cabello llameante parecía haberle roído todo el color a sus mejillas y labios. Urival no había dicho mucho, pero

había mencionado algo sobre vino con drogas. Tobin maldijo al ausente Alto Príncipe.

Andrade casó a los dos jóvenes, y Sioned y Urival retrocedieron. Las palabras que unían a una Mensajera del Sol y su Elegido eran más elaboradas que las de cualquiera que no fuera de la realeza, pues había otros votos aparte del matrimonio que considerar. Tobin oyó el eco de las palabras que Andrade pronto pronunciaría sobre Rohan y Sioned, y vio cómo los ojos verdes de la joven cobraban vida aunque el resto de su ser parecía congelado.

Ostvel sacó el collar de cornalina de un bolsillo de su túnica y, mientras se esforzaba por abrocharlo alrededor del esbelto cuello de Cami, las piedras desprendieron un brillo ardiente, como fuego rojo oscuro. Ni siquiera los zafiros de Eltanin, ante los cuales Antalya había exclamado, habían sido tan magníficos. Cami se puso de puntillas y colocó una fina cadena de oro alrededor del cuello de Ostvel. Estaba engastado con una gran pieza de coral negro tallada con un patrón de rayos de sol: la piedra de Gilad, el hogar de Ostvel, y el símbolo del sol para representar su condición de faradhi.

—Como el sol y las lunas giran alrededor del mundo de las aguas —cantó Andrade—; como las aguas giran alrededor de las tierras; como las tierras giran alrededor del cuerpo del mundo; así rodéense y apóyense mutuamente. Sean luz para los ojos del otro y agua vivificante para sus almas. Den la riqueza de la tierra, uno al otro. Atrapen el viento interior para barrer toda duda, todo dolor, todo miedo. Sean todo dentro de su amor. —Se giró hacia Ostvel, levantando la mano izquierda, con la palma hacia afuera, y los anillos brillando bajo el sol de la mañana—. Bajo tu cuidado está una Mensajera del Sol, quien invoca el Fuego y teje la luz. Ayúdala a mantener sus caminos rectos y sin sombras, libres de todo daño. Serás el padre de la faradh'im. Te juzgo digno, Ostvel de Gilad.

Inclinó la cabeza y respondió:

—Me honras con tu confianza, Señora, como la faradhi hace con su amor.

Andrade sonrió levemente y asintió. A Camigwen le dijo:

—Eres una Mensajera del Sol y conoces tu trabajo y tus votos. Servir, hablar con sinceridad, tejer la luz por el mundo en compañía de tus hermanos y hermanas. Usar correctamente tu conocimiento y jamás matar. Todas estas cosas están impresas en tu corazón. A ti te entrego a este hombre, para que lo aprecies con el Fuego de tu vocación y lo protejas con la fuerza de nuestros caminos. Descansa en su corazón y escucha su alma. —Tomó sus manos entrelazadas entre las suyas—. Que la diosa los bendiga, toda su vida.

Se miraron, sonriendo al encontrarse primero las miradas y luego los labios. Tobin suspiró y sollozó un poco, y sintió a Chay temblar con

una risa silenciosa a su lado.

—Para ya —susurró—. Fue encantador.

—Para ser una princesa con una cabeza política sobre los hombros, eres una sentimentalista terrible.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es el que siempre se acuerda de llevar su propio collar de bodas en estas ceremonias?

—Bueno… —se encogió de hombros, con las mejillas repentinamente rojas bajo el bronceado.

Tobin extendió la mano y acarició la elegante cadena de plata que ella le había regalado años atrás; cada eslabón plano tenía un pequeño diamante engastado, de modo que parecía que su fuerte garganta estaba rodeada de estrellas.

—Sentimentalista —acusó con cariño.

Andrade había decidido que ya era suficiente.

—¡Ostvel, deja que la chica respire!

La multitud se disolvió en carcajadas. Los músicos comenzaron a tocar mientras amigos y familiares se apresuraban a felicitar a las parejas de recién casados. Tobin y Chay encontraron a Eltanin y a su novia, quienes parecían estar compitiendo entre sí en un concurso de rubor, y luego buscaron a Rohan con la mirada.

—Todos se preguntan por qué no fue el primero en aparecer con su propia novia —observó Chay con una sonrisa—. ¿Cómo se atrevió Ianthe a aparecer?

—No lo sé ni me importa. ¿Dónde está ese miserable hermano mío? Y, por cierto, ¿qué le pasó a Sioned?

—Andrade también —dijo Chay, observando a la multitud con los ojos entornados, sin sonreír ya—. Tiene cosas que explicar.

—¿No las tienen todos?

Se dirigieron hacia las afueras de la multitud y Tobin divisó una cabeza rubia y otra pelirroja. Sioned se movía como una anciana, con Rohan apoyando cada paso vacilante. Miró a su alrededor cuando Tobin lo llamó. El miedo le había quitado toda la alegría de los ojos.

—Es esa maldita droga que le dio —dijo—. Debería haberlo matado.

Chaynal rodeó con un brazo los hombros encorvados de Sioned.

—¿Fue una noche dura? —preguntó con ligereza.

—Podría decirse que sí. ¡Diosa, qué dolor de cabeza! Va y viene con la misma rapidez que la niebla de la Fortaleza de la Diosa.

—¿Qué te dio? —preguntó Tobin mientras seguían bajando la colina.

—No lo sé. Me sentí bien, y luego me sentí fatal… —Logró sonreírle a Rohan—. Y luego me sentí de maravilla.

—Apuesto a que sí —respondió Chay para seguir con la charla estimulante.

—Oh, cállate —murmuró Rohan, con las orejas rojas hasta los lóbulos. Pero había un brillo de suficiencia en sus ojos que provocó una risita ahogada en los labios de Tobin.

—Estoy deseando escuchar toda la historia —continuó Chay.

—Tobin, ¿no se lo contaste? —preguntó Rohan.

—No hubo tiempo.

Guardó silencio al llegar al campamento y se adelantó para apartar las cortinas de la tienda de Rohan. Los dos hombres llevaron a Sioned adentro, y Walvis llegó enseguida con almohadas para ponerle detrás de la cabeza mientras se desplomaba en la cama de Rohan.

—Iré a buscar a Lady Andrade —dijo el escudero sin que nadie se lo dijera, y desapareció.

Rohan se sentó junto a Sioned, apartándole el pelo de la frente y sujetándole la mano. Una ira mortal competía con la dolorosa ternura en sus ojos. Tobin intercambió una mirada con Chay, y ambos acercaron taburetes bajos y se sentaron.

—Tú y Roelstra ya no solo están en bandos opuestos —dijo Tobin —. Ahora son enemigos.

—Debería haberlo matado —repitió Rohan.

—Vamos, suéltalo —dijo Chay con impaciencia—. Quiero oírlo todo.

Rohan fue parco en confesarlo. Sioned no dijo nada, simplemente lo miró fijamente, hasta que llegó a la parte donde los dos caminaban por el río. Entonces ella sonrió y dijo:

—Creo que te perdonará los detalles de lo que pasó después.

Rohan se sonrojó de nuevo, y Tobin le sonrió a su marido.

—Esta mañana —continuó Rohan, fulminando con la mirada a su cuñado como si lo retara a bromear—, nos despertamos y encontramos la barcaza de Roelstra en llamas. Esa es la parte que quiero oír de Andrade. Si alguien sabe lo que pasó, es ella.

—¿Nadie te lo dijo? —preguntó Chay, sin humor.

—No hago caso a rumores.

—Yo tampoco —dijo Andrade desde atrás. Echó una rápida mirada evaluadora a Sioned, frunciendo el ceño—. ¿El dranath?

—Si ese es el nombre de la droga, entonces sí —respondió la Mensajera del Sol.

Andrade hizo un gesto perentorio y Chaynal le trajo una silla. Ella se sentó, cruzó las manos sobre el regazo y anunció:

—La amante real dio a luz anoche. Por razones ajenas al hecho de que fuera otra hija, Roelstra quemó a Palila en su cama.

—¡Diosa! —susurró Sioned— ¡Rohan, ojalá lo hubieras matado!

—Yo también —coincidió Andrade con un asentimiento—. ¿Cuáles son los síntomas de esta droga?

—Un dolor de cabeza descomunal. Va y viene.

—¿Tenía algún sabor extraño el vino?

—Era de Giladan, pero no sé lo suficiente sobre la variedad como para decir si tenía algún sabor malo.

—Maldición —murmuró Andrade—. ¿Podrás venir esta noche?

—¡Claro que sí! —Sioned intentó incorporarse.

Rohan la empujó suavemente hacia atrás.

—No estás lo suficientemente bien. Ni se te ocurra…

—Allí estaré —dijo ella con terquedad—. ¡Intenta detenerme!

—Sioned —advirtió.

—¡No seas tonto, Rohan! —exclamó Andrade— ¡Tiene que estar allí!

Tobin consideró que era hora de cambiar de tema antes de que los ánimos se caldearan.

—Tía, ¿por qué nadie me dejó entrar en tu tienda esta mañana?

—Tengo una invitada que no aprecia mi hospitalidad —respondió con aire divertido—. La Princesa Pandsala. —Andrade no mostró su habitual alegría ante el silencio de asombro que siguió a tan increíble declaración. Resumió la historia brevemente, con horror y asco en la mirada por mucho que controlara la voz. Al terminar, los observó uno por uno, concentrándose finalmente en su sobrino—. Parece que hemos subestimado mucho a Ianthe. No sé qué cree Roelstra, pero sé que Pandsala dice la verdad. Todo el plan fue de Ianthe, y las implicaciones me dan asco. Se quedó allí sentada, tan tranquila como una nube, sin rastro de culpa, y estoy segura de que no sentía ni remordimiento, porque consiguió al menos parte de lo que quería.

—Pero no a Rohan —afirmó Sioned rotundamente.

—Tendrá otros medios para obtener poder, puedes estar segura. Tendremos que vigilarla de cerca durante los próximos años. Dicen que le han dado Feruche.

—¡No! —gritó Rohan furioso— ¡Feruche será mía! ¡Y no permitiré que esa zorra esté a cien metros de mis tierras!

—No puedes hacer nada al respecto —le dijo Andrade con brusquedad—. Pon a alguien de tu total confianza al mando de tu guarnición bajo el castillo. Es tu única opción por el momento.

—Te agradecería que no decidieras la disposición de mis tropas por mí —espetó.

Sioned le puso una mano, suavemente, sobre el brazo.

—¿Qué hay de los demás, mi Señora? La tripulación y los sirvientes, y esas otras mujeres y sus hijos. ¿Escaparon?

—La tripulación, sí. Los sirvientes, sobre todo. En cuanto a las mujeres y los bebés, no lo sé. He intentado toda la mañana encontrar rastro de ellos, pero… —Se encogió de hombros, un gesto casual que contrastaba con la fría furia en sus ojos—. Será un largo y duro viaje de regreso a el Castillo del Peñasco para el Alto Príncipe y lo que

queda de su séquito. Sacarás una buena ganancia, Chay. He oído que has subido los precios.

—¡Eso fue antes de enterarme de todo esto! —replicó Chay—. ¡Bien podría caminar! ¿Qué clase de hombre asesinaría a la mujer que le dio hijos?

—Hijas —corrigió Tobin con suavidad—. Esa es la diferencia, Chay.

—No —les dijo Andrade—. Palila murió por ser culpable de traición.

—Ianthe también —señaló Rohan—. Roelstra es arrogante, pero no es estúpido. Tiene que saber que ella estaba detrás de todo esto. Pandsala es lo suficientemente inteligente como para idear en base a otros planes, pero solo Ianthe podía concebir el plan original. El hecho de que Roelstra la recompense con Feruche lo confirma, en mi opinión. —Apretó los dedos de Sioned con más fuerza, mirándola—. Querrá que el talento de Ianthe se dirija a nosotros ahora. Especialmente a ti.

—Eso hace que sea aún más importante para mí aparecer esta noche contigo como lo planeamos —insistió—. Será una bofetada en su cara. Ya lo estaba deseando. —Le dedicó una sonrisa forzada—. No le tengo miedo, Rohan. Tú tampoco.

—Exactamente —aprobó Tobin, ganándose una mirada furiosa de su hermano—. Y aparte de todo eso, tiene que presentarse sana y sonriente esta noche. A estas alturas habrá rumores por todos los campamentos sobre... ¿cómo lo llamaste, tía?

—Dranath. Cállate, Rohan, ambos tienen razón.

—¿En qué podemos ayudar? —Intervino Chay inclinándose hacia delante.

—Tienes un aspecto espantoso —dijo Tobin mientras examinaba otra vez a Sioned—. Tobin, tú y Cami tendrán que hacer algo al respecto.

—Entonces lo primero es que descanse un poco —decidió Tobin—. Chay, Rohan, fuera.

—No voy a dejarla —dijo Rohan.

—Escúchame, amado —murmuró Sioned—. No puedo descansar cuando estás sentado aquí con cara de dragón vengador.

Chay agarró a Rohan y lo ayudó a ponerse de pie.

—Vamos. Tenemos que arreglarte también, ¿sabes? Walvis puede traer tu ropa y demás a mi tienda. Deja que la chica duerma. ¡Sepa la Diosa que no la dejaste descansar anoche!

Tras un momento de rebeldía hosca, Rohan se dejó llevar. Sioned sostuvo la mirada de Tobin y susurró:

—Estaba tan feliz. Y ahora esto.

—Pronto serás libre —le dijo Andrade.

—Y con todo el tiempo del mundo para ser feliz —terminó Tobin—.

Cierra los ojos, Sioned. Camigwen y yo nos encargaremos de todo.

Al atardecer, Sioned veía en el espejo el rostro de una desconocida. Le habían delineado los ojos con lápiz verde oscuro, y unas gotas de polvo dorado en los párpados le daban un toque de su brillo habitual. Le habían aplicado ungüentos en las mejillas y los labios para simular un color saludable. Tobin y Camigwen combinaron sus habilidades para crear la apariencia de su rostro normal, al que luego le aplicaron el maquillaje. Le habían peinado una masa de finas trenzas que se enroscaban alrededor de su cabeza y le caían por el cuello como si fueran llamas. Supuso que era hermosa.

—¿Dónde se metió Walvis con las joyas? —preguntó Camigwen con inquietud mientras Tobin bajaba la falda del vestido sobre el cabello de Sioned y se lo ajustaba a la cintura.

—Cualquiera pensaría que el idiota de mi hermano ya estaría vestido a su gusto y tendría la decencia de recordar las esmeraldas de Sioned.

Sioned terminó de atar los cordones de la falda y se quedó mirando perpleja su imagen. El vestido era tal como lo había imaginado al ver por primera vez la pesada seda en el puesto del comerciante. ¿Era así como lucía una princesa?

—Perfecto —anunció Cami, alejándose de ella.

—Yo también lo creo —dijo Rohan en voz baja.

Sioned se giró. Resplandeciente con un atuendo negro liso como el que había usado en Stronghold, se había añadido una túnica de seda negra sin mangas con una abertura frontal desde la cintura hasta la rodilla, con un cinturón plateado. Él y Sioned se miraron fijamente hasta que Tobin rompió el hechizo con una risa.

—¡Pon tus ojos de vuelta en sus cuencas!

—¿Es mi Sioned la que está debajo de todo eso? —bromeó Rohan.

—¿Quieres una prueba? —Levantó la mano que sostenía su esmeralda.

—Oh, algo un poco más sustancial que eso —sugirió Cami, riendo.

Sioned la miró de reojo, luego se acercó a Rohan y lo besó en los labios. El Fuego ardió entre ellos. No se atrevió a abrazarlo, sabiendo que él se contenía por la misma razón. Ahora conocían sus cuerpos, comprendían la realidad del éxtasis. Cuando ella se apartó de él, ambos temblaban.

—Oh, eres tú, sí —murmuró él, con la mirada aturdida. Luego se sacudió y metió la mano en un bolsillo—. Tobin, ponle esto. A mí se me caerían.

En cuestión de segundos, Sioned se vio a sí misma encendida por un fuego verde. No podía ver nada más que las esmeraldas que latían con vida propia. Una sombra negra coronada de cabello dorado se

movió para colocarse detrás de ella, y al posar las manos suavemente sobre sus hombros, sus miradas se encontraron en el espejo.

—Solo falta una cosa —dijo Tobin, acercándose con dos finos círculos de plata que se abrían por detrás. Se los dio a Rohan, quien parpadeó sorprendido antes de sonreír y besarla en la mejilla.

—Dos cosas —corrigió—. Pero una, al final —añadió enigmáticamente. Sioned sonrió.

—Ahora, ninguno de los dos se vaya de aquí hasta que Chay y yo podamos reunirnos con ustedes —advirtió Tobin—. A todo esto, ¿dónde está?

—Vestido y esperándote —dijo Rohan distraídamente, toqueteando los círculos—. Sioned, ¿estás bien? ¿De verdad?

—De verdad —respondió ella—. Pero acostémonos temprano, ¿de acuerdo? —Le guiñó un ojo en el espejo y él sonrió.

—¡Ahora sí que eres tú!

Con cuidado de las elaboradas trenzas, le colocó uno de los círculos sobre la frente. Luego, con una tímida sonrisa, le entregó el segundo. Sioned se mordió el labio; esta era su visión hecha realidad por fin. Le entregó el sello de la realeza, colocando mechones de cabello dorado en su lugar para que el círculo brillara visible solo sobre su frente. Princesa en todo menos en la ceremonia, miró a los ojos de su príncipe durante un largo rato en silencio, sin dudas ni inquietudes, en paz.

Andrade dejó a Urival a cargo de Pandsala y la bebé, con la seguridad de que la primera no podría escapar y que la segunda ahora tenía una nodriza. La consternación de Urival había sido casi cómica; Andrade sintió lástima por él por aquella noche imposible, solo con una princesa frenética, un recién nacido y una niña elegida no por su inteligencia, sino por sus pechos. Pero no había nadie más en quien confiar para mantener a Pandsala a raya. La niña había intentado huir dos veces, llegando hasta la hilera exterior de tiendas de Rohan antes de que los faradh'im la alcanzaran, pues los guardias regulares temían tocar con rudeza a la hija del Alto Príncipe. Urival no tenía esos escrúpulos. Andrade esperaba que pasara la noche aclarándole algunas realidades. La niña no era intrínsecamente cruel, pensó, a diferencia de Ianthe, que era tan retorcida que era un milagro que sus propias entrañas no la estrangularan.

La nobleza menor celebraría su propio festín, al igual que todos los sirvientes, excepto el de Lord Jervis. Al salir de su tienda, Andrade olió con agrado los asados y panes que se preparaban para los otros dos banquetes cerca del río. Pero Jervis había elegido la cima de la colina nupcial como sede del banquete del Último Día de los príncipes, y para cuando Andrade subió la cuesta, necesitó refrescarse. Eligió una taza de zumo de frutas, sin fermentar, pues aún luchaba contra los

efectos de una estancia en el agua y de la muerte de Crigo. Lo recordaba: orgulloso, ambicioso, emocionado por haber recibido un puesto importante, un Mensajero del Sol capaz que había sido pervertido por Roelstra y su dranath.

—Saludos, mi Señora —dijo el Príncipe Lleyn a su lado, y ella se giró—. ¿Me haría el honor de sentarse conmigo esta noche, Andrade? —continuó con menos formalidad—. He estado oyendo cosas de las que me gustaría saber la verdad, si fuera tan amable. En cierto sentido, ahora estamos unidos en la custodia del continente.

—No le envidio la tarea de resolver las reclamaciones fronterizas.

Esbozó una mueca de sonrisa, las arrugas de su rostro suavizadas por la suave luz del atardecer.

—Doy gracias de que mi isla sea una isla, y toda mía.

—Kierst-Isel será un problema —asintió ella—. Si lo desea, haré que mi gente revise los registros de la Fortaleza de la Diosa y transmita cualquier cosa de interés a su Mensajero del Sol.

—Gracias. Pero ya le doy bastante trabajo a Eolie, pobrecita, encontrándome las mejores aguas de pesca y bancos de conchas, avisándome de tormentas y cosas así.

—Y estando al tanto de lo que hacen los demás —terminó Andrade con ironía—. Supongo que insinúas otro faradhi. ¿Qué hay de Meath? Es el joven corpulento de mi grupo, con cara de ser capaz de estrangular a un alce de arado sin ayuda de nadie.

—Te lo agradecería mucho. Claro que no le gustará mucho cruzar el agua, pero le proporcionaré una cabaña privada y su propio cubo. —Lleyn sonrió con picardía.

—¡Qué amable! —Andrade miró a su alrededor, a la creciente oscuridad. Las antorchas, encendidas por el Mensajero del Sol de la corte de Clutha, formaban una doble hilera de Fuego que conducía a la gigantesca tienda en la cima de la colina—. Por lo que parece, príncipes, están a punto de ser invitados a cenar. Les guardaré una silla.

Clutha y Jervis se volvían más ambiciosos cada año con las maravillas que acompañaban al banquete de los Últimos Días. Andrade, como Señora de la Fortaleza de la Diosa, tenía prioridad sobre todos los demás y entraba primero en la tienda para elegir el mejor asiento en la mejor mesa. Los demás, de hecho, serían anunciados en su presencia, una diversión que esperaba con más entusiasmo del habitual esa noche.

Un banquete de estado para cincuenta nunca era un evento fácil de organizar, sobre todo porque todos los presentes estaban acostumbrados a la magnificencia. En el Rialla esperaban un esplendor aún mayor, que suponía un reto para las casas combinadas del príncipe de Meadowlord y el señor de Waes. De una sencilla

comida al aire libre para celebrar la exitosa conclusión del Rialla, el banquete del Último Día se había convertido con los años en un escaparate para los artesanos culinarios y ahora era la ocupación a tiempo completo de un séquito de maestros que controlaban los recursos de un principado. Andrade, que hacía tiempo que se había acostumbrado a la exhibición de riquezas, se consideraba bastante insensible a los espectáculos. Pero al ser conducida a la carpa verde, una exclamación de puro deleite escapó de sus labios.

Una docena de mesas redondas estaban ingeniosamente dispuestas alrededor de una alfombra de un verde intensi, tan espesa que parecía hierba primaveral. En cada esquina de la tienda, cascadas caían sobre montículos de roca diseñados no solo para la belleza, sino también para refrescar a los comensales una vez encendidas las antorchas. El perímetro era una gruta de helechos, flores y árboles en grandes macetas de plata; la vegetación se extendía desde el enrejado del techo y estaba decorada con más flores. Todo el lugar parecía estar vivo.

Pero las verdaderas maravillas eran las enormes esculturas dispuestas alrededor de la tienda. Cada una era una fiel reproducción en miniatura de la sede principal de cada príncipe: Stronghold de Rohan, el Castillo del Peñasco de Roelstra, el Río de Verano de Vissarion, la Perla Gris de Lleyn y todas las demás. Andrade se sorprendió y se sintió halagada al encontrar también una representación de la Fortaleza de la Diosa. Las imágenes habían sido trabajadas en azúcar hilado y coloreadas con las esencias de un arcoíris de hierbas y flores; Maestros de la repostería habían reproducido las olas azul grisáceas bajo la fortaleza de Andrade, la fina arena dorada que rodeaba Stronghold, los extensos jardines formales de Nueva Raetia, en Volog, en todos sus brillantes colores. El faradhi de Clutha debió de haber ayudado en la creación de estas obras maestras, pues solo un Mensajero del Sol podía realizar observaciones tan detalladas de la tierra y la fortaleza como para ser recreadas así.

Andrade eligió un asiento con la mejor vista. Las esposas, hijos e hijas de los príncipes —aquellos que habían decidido emprender el a veces peligroso viaje desde sus tierras hasta Waes— entraron en fila y exclamaron con asombro antes de acordarse de inclinarse ante ella. Tobin y Chay llegaron últimos, sentados en este festín en lugar del de los athr'im debido a su relación con Rohan y a la importancia que este tenía por derecho propio. Andrade sonrió al inclinarse ante ella. Cualquier otro hombre habría usado su posición privilegiada para establecer su propio principado, pero no Chay. Rohan tuvo más suerte de la que creía. Pronto solo quedaron lugares para los príncipes, y tras una pausa, tres trompetas iniciaron una fanfarria plateada. Cada

príncipe fue anunciado por un breve y estruendoso acorde y un bramido del gran chambelán de Clutha: el Muy Noble Príncipe Fulano de Donde Sea honraba la humilde tierra de Meadowlord, ¡salve, Su Alteza! Una ceremonia que Andrade siempre encontraba pomposa, en el mejor de los casos, la conmovió de repente, pues pronto vería entrar a Rohan. Una lástima que Sioned, evidentemente, no se hubiera encontrado lo suficientemente bien como para venir esta noche; ella también lo habría disfrutado.

Sea cual sea el viento que lleve tu alma ahora, Zehava, contempla a tu hijo y siéntete orgulloso. Bien vale la pena el problema que nos ha causado a todos. Y aquí está el mismísimo hijo del dragón... ¡oh, Diosa! ¡Trae a Sioned con él!

La ruptura del protocolo podría deberse a muchas cosas. Rohan podría estar fingiendo ser tan joven e inexperto que no sabía que un príncipe debía entrar solo; Puede que su alegría fuera tan genuinamente despreocupada que simplemente lo hubiera olvidado; o puede que solo quisiera presumir de su premio faradhi. Pero Andrade sabía que estaba advirtiendo a todos que su esposa compartiría su posición principesca y su poder, además de su lecho.

El gran chambelán estaba horrorizado. Los acordes de la trompeta se habían desvanecido en el silencio atónito antes de que exhalara un suspiro que casi reventó los cordones de su túnica.

—¡El Muy Noble Príncipe Rohan del Desierto, y... y su Esposa Elegida, Lady Sioned!

Los ojos de Rohan brillaron de alegría ante la sorpresa que había provocado. Iba todo de negro y plata, el contraste perfecto con el blanco y las esmeraldas de Sioned. Se acercaron para hacer una reverencia, y Andrade contuvo la respiración; todos llevaban diademas reales. Rohan acompañó a su dama a la mesa donde estaban sentados su hermana y su señor, y por fin comenzaron los aplausos para ellos, igual que para los demás príncipes. Pero había cautela en algunos rostros, y sorpresa en otros. La mirada de Andrade recorrió las mesas, acallando cualquier signo de rebelión. No habría problemas ni protestas ante esta boda entre el príncipe y la Mensajera del Sol.

La entrada de Roelstra inmediatamente después fue un completo desencanto. La expresión pétrea del Alto Príncipe indicaba su disgusto por verse eclipsado y superado en maniobras por el joven príncipe. Lleyn, que había entrado justo antes que Rohan y Sioned, rió entre dientes junto a Andrade.

—Oh, qué astuto es tu Rohan. No le da ninguna vergüenza. Le ha arruinado la digestión a Roelstra y la comida ni siquiera ha empezado.

—Si Zehava pudiera verlo ahora, se estaría riendo a carcajadas, o reventando de orgullo.

Ni siquiera Tobin y Chay —de vivos rojos y blancos, con rubíes y diamantes que los hacían a juego, tanto en el vestido como en todo lo demás— eran una pareja tan regia y elegante como Rohan y Sioned. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse en la cara de Roelstra al pasar junto a su mesa.

El primer plato fue exhibido para el merecido homenaje de la asombrada compañía antes de ser distribuido entre las mesas. Lleyn se recostó en su silla e hizo un gesto distraído hacia el festín.

—Clutha me dijo que esto iba a ser una *comida ligera* —comentó.

—Me estremezco al pensar en lo que él considera una comida buena y honesta —respondió Andrade—. ¿Trajiste esas monstruosas langostas de Dorval?

—Mis langostas son criaturas mucho más nobles que estas insignificantes criaturas de Snowcoves —replicó indignado, mientras le hacía un gesto al sirviente para que le sirviera más del suculento marisco dorado. Andrade rió.

Durante el primer intermedio, los músicos se reunieron en el centro de la tienda para facilitar la digestión con melodías relajantes. Andrade se alegró y sorprendió al encontrar a Mardeem, uno de sus faradh'im, cantando con el acompañamiento de cuerdas y flautas. Honró a cada príncipe con una canción popular de sus tierras. Andrade lo había escuchado muchas veces y volvería a escuchar la maravilla de su voz, así que se tomó el tiempo de evaluar cómo se encontraba Sioned.

La chica lucía magnífica, por supuesto. Pero la tensión se reflejaba en sus ojos, muy maquillados, y bajo los ingeniosos ungüentos rosados, sus mejillas y labios estaban pálidos. Andrade rezó para que sobreviviera a la velada y supuso que Rohan pensaba lo mismo. Su aspecto era sereno, pero cada vez que miraba a Sioned, había preocupación en sus ojos y una sonrisa tensa.

—Una pareja exquisita —observó Lleyn—. La chica brilla más que las estrellas.

Andrade dio un sorbo a una copa de agua helada y lo miró por encima del borde.

—Estás a punto de empezar tu interrogatorio, ¿verdad?

—*Cuestionario* es una palabra mucho más educada —respondió él, imperturbable—. Dicen muchas cosas raras sobre el incendio en el barco de Roelstra.

—En efecto.

—Una lástima que haya perdido a su fabulosa amante... y a su hijo.

—La amante —respondió Andrade secamente— está hecha cenizas. Pero el hijo vive.

—Ah.

No indagó más, y ella supo que era una estratagema deliberada para irritarla. Esta noche, sin embargo, no lo conseguiría. Ella le sonrió

y bebió otro trago de agua.

Pero Lleyn era mayor que ella, igual de autoritario, y solo le interesaba la política del continente por su valor de entretenimiento. La esperó. Andrade sabía que la estaba esperando y finalmente cedió, pero con otra sonrisa.

—Muy bien. Me he llevado al bebé y también a Pandsala. No pareces sorprendido.

—A mi edad, pocas cosas me sorprenden. Roelstra ha dicho en privado que su hija quiere convertirse en faradhi, así que ya sabía de Pandsala, ¿sabes? Tengo curiosidad, sin embargo. ¿Puede aprender tus costumbres?

—Todavía no la he probado. —Cantos y aplausos amenizaron su conversación, aunque a nadie a su alrededor le interesaba la aburrida charla de dos ancianos—. El malestar en el agua es solo la señal más obvia. No todos los faradhi la experimentan.

—Pensé que solo aquellos que palidecían ante la sola idea podían convertirse en Mensajeros del Sol.

—Tengo una teoría al respecto —reflexionó—. Podría ser una debilidad que aparece tan a menudo debido a la endogamia. Tendemos a casarnos con gente de nuestro tipo, ¿sabes?

—¿Siempre ha sido así? Me refiero a la enfermedad del agua.

—Para algunos, sí. Pero parece que se está volviendo cada vez más común desde que dejamos tu isla. —Andrade rió entre dientes al ver que el anciano abría mucho los ojos—. ¡Ajá! ¡Te pillé! Eso es algo que no sabías, ¿verdad? Chismorreo entrometido —lo acusó en broma.

—Me fascinas, mi Señora —murmuró—. Continúa, por favor.

—Conoces las ruinas al otro lado de Dorval, en Perla Gris. Allí había una fortaleza, incluso más imponente que la que ahora gobierno. Sus muros se mantuvieron en pie durante mil años antes de que los propios farad-h'im derribaran el castillo.

Lleyn asintió lentamente.

—Mi padre y yo curioseabamos por allí cuando era niño. Un lugar antiguo y maravilloso. Todavía conservo algunas monedas y trozos de tejas que coleccioné entonces. ¿Por qué se fueron?

—Eligieron salir al mundo, o quizás regresar a él desde el exilio, no estoy muy segura. Los registros están incompletos. Se envolvieron en rituales y misticismo, y luego, por alguna razón, rechazaron esa forma de vida.

—¿Qué hay del círculo de árboles en el acantilado cerca de las lluvias? ¿Era suyo también?

—Sin duda, aunque no lo sabía.

—Debería aprovechar mi ventaja y presumir un poco de saber algo que tú no sabías —Lleyn sonrió—. No hace falta que preguntes; haré

que Meath y Eolie investiguen. Pero ahora mismo me gustaría saber más sobre tus antiguos faradh'im.

—Aislados en tu isla de seda, perlas y oro, ¿quién sabe por qué se fueron? Pero no hay mención en los registros de que estuvieran enfermos durante la travesía, lo que me lleva a creer que es un rasgo bastante reciente. Sin embargo, nunca he descubierto exactamente cómo se transmite el don. Urival y yo llevamos años intentando descifrarlo en las genealogías. No está vinculado ni a hombre ni a mujer. Generaciones enteras pueden pasar sin que aparezca. La familia de Sioned, por ejemplo. Sabrás de la conexión con Syr por línea paterna, pero por línea materna está emparentada con Volog de Kierst.

—El Mensajero del Sol que fue secuestrado por el Príncipe… —se incorporó— ¿cómo se llamaba?

—Sinar. Sí, su abuela. He estado esperando a que Volog haga la conexión. Lo considerará útil para tratar con Rohan.

—No me extraña. Pero tu Sioned, o quizás debería decir la Sioned de Rohan, ¿es la primera en mostrar los síntomas?

—Pero a veces aparece en familias sin antecedentes —asintió.

—Te gustan las cosas con un claro patrón —observó Lleyn—. La vida no suele ser tan complaciente.

—La vida puede ser empujada aquí y allá.

—¿Como con Rohan y Sioned?

El canto había cesado, y ahora les ofrecían un pastel imponente, una fabulosa mezcla de corteza, fruta y salsa con la forma de un fantástico castillo en la cima de una colina. Lleyn y Andrade asintieron en señal de aprobación y lo llevaron a la mesa de al lado.

—¿Qué planeas para ellos, Andrade? —continuó el viejo príncipe— ¿Una estirpe de príncipes faradhi? A los demás no les va a gustar.

—Hago lo que me manda la Diosa —respondió ella con frialdad.

—Nunca he creído en la verdad revelada —comentó él con picardía —. Se necesita trabajo, experimentación y confirmación para producir conocimiento. ¿Acaso Rohan y Sioned son tu experimento, Andrade?

—Presumes demasiado, Lleyn.

—Tú también. —Se sirvió más vino—. Soy demasiado viejo para preocuparme por mi propia posición. Mi hijo Chadric vendrá después de mí, y sus hijos después de él, porque ustedes, faradh'im, dejaron atrás Dorval y nunca regresarán.

—Ahora eres tú quien busca un patrón. ¿Por qué crees que no regresaremos a los lugares de nuestro pasado?

—Por la sencilla razón de que es el pasado, y porque, francamente, nunca lo permitiría. —La miró pensativo.

—Por eso me gusta el joven Rohan. Quiere cambiar las cosas para mejor y se niega a mirar atrás. Pero sus planes pueden no coincidir

con los tuyos, Andrade.

—No me interesa que mis planes sean de dominio público —murmuró ella.

—Ah, pero es el conocimiento lo que cuenta, ¿no? Ustedes, los Mensajeros del Sol, rechazaron el aislamiento del conocimiento egoísta y eligieron vivir en el continente, y dispersarse al servicio de los principados. El conocimiento es inútil a menos que se comparta. Y esa debería ser la base para desear hijos faradhi de este matrimonio. Lod antiguos Mensajeros del Sol parecían saber que uno no puede estar al margen de la vida y se convirtieron en el vínculo viviente entre las tierras. Y ahora tú los vincularás a la sangre real. Quieres cosas peligrosas para los demás príncipes, Andrade.

Sabía por larga experiencia que no podía mirarlo fijamente como lo hacía con casi todos los demás. Eso lo hacía valioso.

—¿Entonces la edad te ha convertido en filósofo, mi señor? —preguntó bruscamente.

—Una de sus pocas ventajas. —Hizo una pausa—. Hay otro rumor que me gustaría aclarar, si me lo permiten. Dicen que Roelstra se valió de uno de los tuyos. No preguntaré cómo. Pero veo que les asusta. Significa que ustedes, los Mensajeros del Sol, son vulnerables.

—¡Y tú lo sabes todo sobre la vulnerabilidad, sentado ahí en tu isla inexpugnable!

—Tranquila, Andrade. Yo también soy vulnerable, ¿sabes? Busco el cambio. A pesar de mi edad, soy lo suficientemente joven como para disfrutar de la agitación cuando conduce a la mejora. Eso es peligroso en cualquier persona, pero en un príncipe es imperdonable. —Sonrió—. Apoyaré a Rohan, no temas. Aparte de que le tengo cariño, estoy de acuerdo con él.

—¿Entonces por qué estamos hablando de esto?

—Debido a esa vulnerabilidad de la que hablé antes. Es algo importante, ya que previene la tiranía. Tú y yo sabemos que los Mensajeros del Sol tienen sus puntos débiles. Los demás príncipes, no. Ambas cosas son su fortaleza. Como se saben vulnerables, no se extralimitan, lo cual podría exponer sus debilidades y destruir el poder que tienen sobre los principados. Consideren a Roelstra en este caso. Él no sabía que sus planes para Rohan eran vulnerables a una chica de cabellos de fuego. Por eso intentó la tiranía y fracasó, y ahora es muy peligroso. Piénsense también en ustedes mismos. No sabían que su gente era vulnerable a lo que Roelstra le hizo a su faradhi, y eso también es un fracaso.

—¿Me estás llamando tirana?

—Tienes el potencial —respondió con serenidad—. Déjame molestarte un momento más, y luego no haremos más que chismear

sobre nuestros vecinos. Te describo un círculo, Andrade. En la base, ustedes, los Mensajeros del Sol, estaban aislados e impotentes. Ahora están escalando el arco hasta llegar al punto más alto del círculo. Pero hay otra mitad: la caída del poder.

—No quiero poder —protestó.

—Quizás no para ti. Sino para los de tu clase. Me alegra que los faradh'im estén en el mundo, compartiendo sus habilidades y conocimientos. Pero no intentes convertirte en el mundo, Andrade.

—Los demás lo han hecho un desastre.

—¿Crees que lo harás mejor?

Andrade reflexionó sobre esto mientras una sección de la torre de pastelería se colocaba ante ella, una aguja con una bandera de azúcar hilado ondeando en un poste de caramelo.

—No lo sé —le dijo a Lleyn con toda honestidad—. Pero pienso intentarlo.

Roelstra soportó el festín, sostenido por su odio, y pasó la cena enumerando a aquellos a quienes pretendía destruir. Era una lista interesante, digna de un Alto Príncipe. Andrade encabezaba la lista, seguida por la bruja Mensajera del Sol con su vestido blanco y plateado y sus esmeraldas, sentada junto a Rohan con aspecto de llama viva. El principito era el siguiente, y por si fuera poco, también su hermana y su insufrible señor. Aniquilaría a toda la familia: hoja, rama y raíz. Ianthe lo ayudaría, pues había aprendido la lección más importante de la vida: cómo odiar. Él le enseñaría su verdadero poder; cómo fomentarlo en los demás; cómo crear sospechas y división mediante el hábil uso de medias verdades e insinuaciones, la forma en que había presidido los principados durante años. Sería una alumna apta, pues de todas sus hijas era la que más se parecía a él. Pero por eso, nunca confiaría plenamente en ella. Tan pronto como pudo hacerlo decentemente, abandonó la absurda gruta de seda de Clutha. Nadie esperaría que se quedara. Había habido sorpresa con su aparición allí esa noche, pues todos conocían la «tragedia» a bordo de su barco. De camino a su tienda, se consoló con el recuerdo de los gritos de Palila al prender fuego primero las cortinas de la cama y luego a su hermoso cabello. Ardió como fina hierba seca en una pradera. A Roelstra le dio mucha pena que el humo hubiera llenado la habitación tan rápido, obligándolo a irse; habría disfrutado viendo cómo se quemaba su carne.

Tras despedir a sus sirvientes, ordenó que el único visitante masculino que llegara a su tienda esa noche fuera admitido sin problema. Luego se reclinó en una silla de seda, con la cabeza apoyada en un cojín. Al cerrar los ojos, pudo ver a Sioned. La noche anterior la había tenido a su alcance. Ninguna mujer lo había rechazado antes, pero ella viviría para lamentarlo; viviría mucho

tiempo en los tormentos más exquisitos que él pudiera concebir, después de haberla poseído de todas las maneras imaginables.

Sin embargo, Roelstra podía esperar su venganza. Este era el aspecto esencial del odio que Ianthe aún no había aprendido. Rohan estaría esperando un ataque contra sus tierras, y con cada estación que pasara, cada año sin recibir un golpe, los nervios del príncipe se tensarían aún más. Astuto como era, ni siquiera Rohan sería capaz de adivinar de dónde vendría la venganza de Roelstra.

Las velas se habían consumido tras sus pantallas de cristal de colores cuando oyó pasos silenciosos afuera. Levantó la cabeza y adoptó la pose de un príncipe que concede favores, decidido a que el hombre al que había convocado no se considerara en posición de negociar. Pero el visitante esperado no entró en su tienda. Rohan sí. Se miraron fijamente un rato en silencio, midiendo sus diferencias no como príncipes, sino como enemigos acérrimos. Roelstra notó que el joven se había quitado sus elegantes ropas y joyas, y vestía un sencillo traje oscuro y botas negras desgastadas. No quería recordar la fuerza del agarre de Rohan, su cuerpo ágil y musculoso. Criado en el duro Desierto, este hombre daba por sentado la riqueza, pero jamás se dejaría ablandar por el lujo. El Alto Príncipe comprendió que ya no consideraba a Rohan un niño. Un hombre había sido creado durante la época del Rialla: maduro, seguro de sí mismo y poderoso.

—Háblame del dranath —dijo Rohan al fin.

—¿Todavía lo siente? —Roelstra se encogió de hombros—. Sobrevivirá.

—Dime.

—Solo crece en el Veresch. No hay nada que lo contrarreste, si es lo que buscas. Sufrirá hasta que lo eliminen de su sangre. —Roelstra sonrió—. Hay más en el escritorio, en el segundo cajón del fondo. No le di suficiente para que se vuelva adicta con una primera dósis, pero puede disfrutar de otra.

—¿Qué hace?

—¿No has estado escuchando? Crea adicción, peor que el vino para un hombre o una mujer con esa debilidad. Porque una vez que tiene una fuerte influencia, detener la dósis mata.

—Lo usaste en el otro faradhi para controlarlo.

—Por supuesto.

Sin apartar la mirada de Roelstra, Rohan se acercó al escritorio, lo abrió y buscó a tientas el pequeño paquete. Se lo guardó en el bolsillo de la túnica.

—Me quedo con esto.

—Hay más de donde vino, pero solo yo sé dónde conseguirlo y cómo refinarlo. Fue el regalo de Palila para mí, el conocimiento del dranath, pobrecita.

—Carnicero —sentenció mientras lo fulminaba con sus ojos azules, fríos.

—Ella merecía morir. Tú también, pero mucho más despacio que ella. Ahora que tienes lo que buscabas, vete.

—Quería esto, sí —dijo Rohan lentamente—. Pero también quería mirarte una última vez.

—¿Y quién de nosotros crees que morirá antes del próximo Rialla? —Roelstra rió entre dientes.

—No tengo por qué matarte. Por mucho que necesites morir, Roelstra, solo tengo que destrozarte. —Los labios finamente delineados se curvaron en una sonrisa desagradable—. Y te destrozaré.

—Inténtalo —invitó Roelstra.

—Te doy mi palabra. —Rohan le dedicó una pequeña reverencia burlona y desapareció.

Roelstra se cruzó de brazos y se recostó para esperar. Al cabo de un rato, oyó más pasos que anunciaban la llegada de su invitado original. Llamó al guardia, quien entró y se puso firme.

—Traigan a mi hija Ianthe aquí, de inmediato.

—Sí, su excelencia.

El hombre que se encontraba justo dentro de la tienda era delgado, vehemente, con una cicatriz ritual en la barbilla, como todos sus nobles parientes de Mérida. Miró a Roelstra con el ceño fruncido.

—¿Una mujer? ¿Aquí? ¿En qué podría ayudarnos?

El Alto Príncipe sonrió.

—Beliaev, mi querido descendiente de una dinastía extinta, aún no conoces a mi hija.

Interludio

El viaje de regreso al el Castillo del Peñasco fue tan largo y difícil como cualquiera de sus enemigos hubiera deseado para el Alto Príncipe Roelstra. Privado de los fuertes y veloces caballos de Radzyn, tuvo que conformarse con animales menores. Sin carretas de equipaje propias, tuvo que esperar mientras el Príncipe Clutha reunía carros lo suficientemente resistentes para los duros caminos a través de las montañas. El retraso significó que Roelstra se vio atrapado por los primeros torrentes de otoño mientras sorteaba un paso bastante peligroso incluso en verano. La lluvia arrojó lodo y rocas por los acantilados, bloqueando el camino, empapando a todos y convirtiendo un viaje de doce días con buen tiempo en uno de más de treinta. Cuando por fin el exhausto grupo llegó al el Castillo del Peñasco, Roelstra se encerró en sus aposentos con Beliaev y la Princesa Ianthe como acompañantes, y emergió varios días después con un humor apenas menos virulento que el que había llevado consigo.

El viaje de regreso a Stronghold fue de una naturaleza completamente diferente. Lady Andrade acompañó a Rohan a una remota colina, justo dentro de la frontera del Desierto, donde, rodeada de familiares y amigos, y con el río Faolain cantando a sus pies bajo el sol, la Señora de la Fortaleza de la Diosa celebró el matrimonio de su sobrino con su bruja pelirroja Mensajera del Sol. Después, regresó al gran castillo en la costa occidental de Ossetia con sus faradh'im, mientras el príncipe y la nueva princesa regresaban tranquilamente a su fortaleza. Rohan se encerró entonces en sus aposentos con Sioned y emergió varios días después con un aspecto radiante de satisfacción consigo mismo y con el mundo entero.

Para la primavera siguiente, Ianthe se estableció en el Castillo de Feruche. No había pruebas —y nadie esperaba descubrirlas— de que ella estuviera detrás del ataque de los Mérida a Tiglat esa temporada. El joven Lord Eltanin, rebosante de orgullo por su hermosa esposa y sus expectativas de un heredero, luchó contra los Mérida con la ayuda de los ejércitos de Rohan y el dinero de su suegro. Ante trescientos soldados y sabiendo que Jervis de Waes proporcionaría suministros inagotables para mantener a salvo el nuevo hogar de su hija, los Mérida se retiraron. Marcharon de vuelta a sus tierras baldías del norte y, furiosos, realizaron incursiones ocasionales en el territorio de Rohan, confiando en que el tiempo, Roelstra e Ianthe jugarían a su favor.

Rohan y Sioned se alegraron cuando la gentil Antalya de Eltanin dio a luz sana y salva a un hijo fuerte. Parecía ser un año propicio para la maternidad; tan solo unos días después de recibir noticias de

Tiglath, Tobin dio a luz a gemelos y, a principios del verano, Camigwen le presentó un hijo al atónito Ostvel. Pero para el príncipe y la princesa, no hubo un acontecimiento feliz similar.

Al año siguiente corrieron rumores de que Ianthe había tenido un hijo y esperaba otro. La guarnición bajo Feruche confirmó los rumores, y la procesión de apuestos jóvenes nobles junto al lecho de Ianthe hizo imposible determinar con exactitud quién había sido el padre de los niños. Rohan comentó con amargura que no se podía esperar menos de la hija favorita de Roelstra. Todos se preguntaban si el Alto Príncipe nombraría a uno de sus hijos como su heredero. Ninguna de las otras hijas se había casado, ni era probable que lo hiciera.

A menudo los rayls del sol traían noticias desde la Fortaleza de la Diosa, donde Chiana prosperaba y Pandsala gradualmente aceptó su suerte, aunque con resentimiento, por cierto. Andrade informó del sorprendente hecho del potencial faradhi en la princesa y teorizó que Lallante, la esposa de Roelstra, fallecida hacía mucho tiempo, había heredado el talento. El propio linaje de Roelstra era tan estéril del don como él lo era de hijos varones.

Y entonces llegó otro Rialla, un año del dragón. Los príncipes empacaron sus antiguos mapas y tratados preparándose para mostrar el precedente de las tierras que poseían, o deseaban poseer; Clutha y Jervis rechazaron una veintena de planes para un banquete de los Últimos Días aún más espectacular que el del Rialla anterior; Rohan y Sioned esperaban la aparición de los dragones en el cielo, albergando la secreta esperanza de que esta vez ella llevaría a término el embarazo de su hijo recién concebido. Los Mérida permanecieron en silencio; no se supo nada de Ianthe en Feruche; el Alto Príncipe permaneció en silencio en el el Castillo del Peñasco.

Pero con la llegada de los dragones, también llegó una plaga. Esta arrasó el continente, devastando a la población humana, convirtiendo el verano del año setecientos uno en una época de muerte desde la Larga Arenahasta el Agua Oscura.

Y los dragones murieron a cientos.

Parte Tres

Venganza.

Capítulo Diecinueve

A Su Alteza el Príncipe Rohan, Señor de Todo el Desierto y Gobernante de la Larga Arena, le saluda con cariño; y a Su Señora la Princesa Sioned, le ruego lo mismo.

Le ruego a Su Alteza que sepa que el censo ordenado hace seis años al acceder al trono ya se ha completado. Se adjuntan estadísticas detalladas para su estudio posterior, pero en estas páginas se presenta un breve análisis preparado en secreto por mi propia mano, tras una larga conversación con Lord Farid de Cuenco Celestial.

Los dragones están en peligro. La pérdida normal de población debido a enfermedades, vejez, accidentes y luchas de apareamiento mantuvo la población bastante constante, incluso considerando las aniquilaciones sufridas durante las Cacerías de la Eclosión. La matanza de los sementales de apareamiento fue aún más perjudicial, pero los dragones lograron sobrevivir.

Pero hace tres años llegó la Plaga, y las consecuencias para la población de dragones han sido catastróficas. En el año seiscientos noventa y ocho, año de la ascensión al trono de Su Gracia, se contabilizaron trescientos nueve dragones huyendo desde sus cuevas del Desierto hacia diversas zonas de hibernación, según informaron las personas encargadas de su recuento en los demás principados. Había seis sementales de apareamiento, ochenta hembras adultas y doscientos veinte dragones inmaduros, incluyendo las primeras crías de ese año. El verano anterior a la Plaga, doscientos treinta y cuatro dragones sobrevolaban el Veresch. Pero esta primavera, los informes más fiables sitúan el número de dragones en treinta y siete: cinco sementales de apareamiento y treinta y dos hembras adultas.

El riesgo de desastre es evidente. Su Gracia puede deducir fácilmente que ni la caza de sementales de apareamiento ni la Caza de la Eclosión deben celebrarse este año. Los dos o tres machos que sobrevivan a la batalla de apareamiento deben poder aparearse con sus hembras, y todo dragón que salga de las cuevas debe poder volar. De lo contrario, los hijos de Su Gracia, que nazcan fuertes y sabios, nunca sabrán qué es un dragón.

Se adjunta un análisis regional de la población de dragones. Es la única copia, ya que la recopilación original de información fue quemada, con Lord Farid como testigo. Su Señoría y yo somos los únicos que compartimos conocimiento del desastre inminente.

Quisiera añadir algo más, una idea que me ha venido a la mente, pero de la que no tengo pruebas fehacientes. Es solo una sensación, pero muy fuerte. Creo que, tras las pérdidas causadas por la Plaga en

el Cañón Roca Hendida hace tres años, los dragones evitarán ese lugar este año y buscarán otros sin esos terribles recuerdos. Los dragones evitan las cimas de las montañas donde uno de ellos cayó y murió; corren historias en las tierras altas sobre tales cosas. Si son tan inteligentes como creo que son, y tan sensibles, también evitarán el lugar donde tantos de ellos murieron a causa de la Plaga. De nuevo, es solo una corazonada, pero creo que muy pronto descubriremos la verdad.

Por lo tanto, como no se aparearán en Roca Hendida este año, buscarán otro lugar, quizás lejos de la cuidadosa protección de Su Alteza. Humildemente, sugiero que Su Alteza emita un edicto que prohíba la matanza de dragones este año y los venideros. La alternativa es no volver a ver dragones en el Desierto.

Lord Farid y yo sometemos respetuosamente nuestras conclusiones a Su Alteza, con la plena confianza de que su sabiduría encontrará una solución y que los dragones volverán a llenar los cielos del Desierto.

Mis respetos y deseos de salud y felicidad para Sus Altezas Reales.

Feylin de Cuenco Celestial.

Rohan se reclinó en su silla y suspiró profundamente. Su mirada se desvió de los pergaminos sobre el escritorio a las altas ventanas abiertas de par en par de su estudio privado. Stronghold se sentía segura y serena en el crepúsculo primaveral, con sus piedras suavizadas por la luz rosada y dorada del sol poniente. Los aromas de flores nuevas y hierba fresca subían desde los jardines; incluso podía oler la cascada de la gruta, alimentada por el agua primaveral de las colinas lejanas. La renovación anual de la belleza justificaba la paz que tanto se había esforzado por crear, y su seducción era casi abrumadora. En los últimos seis años, había habido muy pocas ocasiones en las que pudiera disfrutar verdaderamente de su hogar.

La entrega del problemático mensaje de Feylin había llegado con otra pila de pergaminos, y Rohan la observó con una mueca. El Rialla tendría lugar este año, la primera desde su interpretación de príncipe imbécil —una opción que ya no le quedaba disponible— y sus vasallos habían presentado sus peticiones con una prisa casi indecente. No podía, en conciencia, *olvidarlos* hasta finales del verano, y desde luego no podía ignorar las noticias de Cuenco Celestial. Pero, Diosa, cuánto deseaba hacerlo, aunque fuera por un rato.

Una sonrisa irónica cruzó su rostro al reflexionar sobre la verdad de que un príncipe con demasiado tiempo libre era un príncipe que no cumplía con su deber. Incluso en los buenos años había un millón de cosas que hacer, decidir y supervisar. Y en los años malos, como el

año de la Plaga...

Tantos muertos. Tantas pérdidas. Aplastar a los Mérida en las llanuras a las afueras de Tiglat, aquella primera primavera de su reinado, había demostrado su fuerza, pero no había habido lucha contra la silenciosa y sigilosa enfermedad. El poder de un príncipe con un ejército a sus espaldas había sido impotente contra el enemigo que invadía el cuerpo y le arrebataba el aliento, la cordura y la vida en una progresión desesperada.

Había llegado con la huida de los dragones hacía tres años, y al principio se había culpado a las grandes bestias. A medida que la peste y el pánico se extendían por los principados, se le exigía a Rohan que erradicara a los dragones de una vez por todas. Pero entonces los dragones también empezaron a morir.

Para cuando se descubrió el primer cadáver enorme y apestoso en la arena sin una herida de batalla, Rohan estaba demasiado desesperado como para preocuparse por la muerte de los dragones. Su madre había sido una de las primeras en Stronghold en contraer la peste, y la primera en morir. La enfermedad inflamó los pulmones y quemó la carne de los huesos agonizantes; la fiebre se desató sin control sin importar los remedios que se intentaran. Violentas purgas, coma y muerte siguieron. Los sufrimientos de la princesa Milar duraron doce horribles días. Otros sobrevivieron un poco más, pero de cada diez personas en Stronghold, cuatro enfermaron, y todos murieron.

Se filtraron noticias de otras cortes y territorios, comunicadas por faradh'im que a menudo usaban sus últimas fuerzas para difundir la terrible noticia a través de la luz del sol. Los príncipes Seldeen, Durriken y Vissarion; Los señores Daar, Kuteyn, Dalinor, Bethoc y Reze; esposas, hijos e hijas, e innumerables vasallos, todos muertos. La propia Andrade envió la triste noticia de que Mardeem, el de la voz pura y dorada, había sucumbido en la Fortaleza de la Diosa junto con muchos otros. Ningún castillo, mansión o cabaña era inmune, con la excepción de la aislada Mérida en su territorio salvaje y las islas de Dorval y Kierst-Isel. El príncipe Lleyn había prohibido el acceso a sus puertos a todos los barcos, y Volog y Saumer habían seguido sabiamente su ejemplo. De hecho, en este último caso, la plaga resultó ser una especie de bendición perversa. Privados del sustento externo, los dos antagonistas se vieron obligados a cooperar para que su gente no muriera de hambre. Entonces ocurrió el milagro. En pleno verano, la luz del sol brilló con la noticia de que se había encontrado una cura. Una infusión de una hierba poco conocida, combinada con remedios más comunes, redujo la fiebre y detuvo la purga, lo que dio a las víctimas una oportunidad de vivir.

Los dedos de Rohan se apretaron alrededor de los brazos de su

silla y los relajó conscientemente. El recuerdo de aquella época aún le hacía latir la sangre con furia. La hierba había sido dranath. Roelstra, controlando su origen en el Veresch, controlaba su dispersión. No abiertamente, por supuesto, pues eso habría atraído a todos los demás príncipes a la furia, cruzando sus fronteras, con o sin Alto Príncipe. Había distribuido la preciada hierba a través de sus mercaderes y obtenido unas ganancias colosales explotando la desesperación.

Rohan miró el mapa tapiz que colgaba de varillas de oro en la pared del fondo. Una sonrisa amarga se dibujó en la comisura de sus labios. La lentitud de Roelstra para proporcionar la droga había librado al Alto Príncipe de varios oponentes y debilitado a muchos principados. El mapa era un escalofriante recordatorio de cuántos gobernantes habían muerto y de lo vulnerables que eran ahora sus tierras. Rohan sabía en el fondo de su corazón que Roelstra había retenido deliberadamente los envíos de dranath a Gilad, que había perdido a su athri más poderoso, así como a su príncipe gobernante. En las ciudades de Einar y Waes, las posesiones de Snowcoves, Aguas de Kadar y Cumbres de Catha, la muerte se había cobrado a señores que no habían simpatizado con el Alto Príncipe.

Debilitar la estructura de poder había sido una ventaja inesperada para Roelstra; solo necesitaba retrasar la entrega de dranath hasta que le dijeran que quienes quería muertos estaban muertos. A las exorbitantes cantidades de dinero en su tesoro, había añadido oportunidades para hacer travesuras en demasiados lugares. A Rohan no le causó mucha satisfacción que el plan no hubiera funcionado en el Desierto, aunque solo haya sido gracias a la generosa bendición de la Diosa.

Rohan había vaciado sus arcas y la droga se había filtrado al puerto de Radzyn, donde Chaynal había enviado jinetes con sus caballos más veloces para distribuir el dranath que salvaba vidas. Demasiado tarde para evitar que la muerte se llevara a Milar, Camigwen y a Jahni, el hijo de Chay, pero llegó a tiempo para salvar a incontables dragones.

Y entonces los dragones empezaron a morir, y ya no quedaba dinero para comprar dranath, ¿y quién sería tan insensato como para querer salvarlos?

Lord Farid había enviado un mensaje desde Cuenco Celestial informando de que se habían avistado dragones sanos en sus colinas. Rohan viajó allí. Juntos, él y Farid, idearon rociar dranath con las plantas agridulces de los acantilados como medida preventiva. Era su única esperanza. Sin embargo, no había droga de sobra, y se necesitaban grandes cantidades para salvar incluso a estos pocos dragones. Rohan se enfrentó a la desagradable disyuntiva de exigir

hasta el último centavo de sus vasallos o llegar a un acuerdo con Roelstra.

Un suave golpe en la puerta hizo girar la cabeza del príncipe.

—Sí, adelante —llamó, y un momento después vio el rostro de desaprobación de Walvis. —Lo sé, lo sé —dijo Rohan antes de que su antiguo escudero pudiera hablar—. Me perdí el almuerzo y estoy a punto de llegar tarde a la cena, y mi señora esposa me hará asar con su propio Fuego. —Sonrió y se puso de pie, recogiendo las páginas sueltas del informe de Feylin.

—No malgastaría su energía, mi señor —dijo Walvis con severidad —. No tienes suficiente carne para interesar ni a un dragón hambriento.

Rohan se encogió de hombros y guardó el informe en un cofre. Volvió a colocar la llave en una larga cadena alrededor de su cuello, se estiró bien y se acercó a las ventanas. Walvis se unió a él. A los diecisiete años, las pecas de Walvis competían por llamar la atención con una orgullosa barba incipiente. Ascendido el invierno pasado de escudero a caballero, había rogado que le permitieran quedarse en Stronghold y servir a Rohan en cualquier función que el príncipe deseara. Rohan se alegró mucho de que se quedara. Walvis estaba aprendiendo los entresijos de la administración con Ostvel últimamente, y las tareas rutinarias de escudero habían sido delegadas a otro muchacho, Tilal, el sobrino de Sioned. Lord Dawi se había alegrado de reclamar un vínculo de sangre con el poderoso príncipe con el que su hermana se había casado tan inesperadamente, y su esposa había intentado varias veces invitarse a Stronghold. Sioned se había resistido a la invasión, sabiendo que Lady Wisla pediría favores que Rohan, que amaba y honraba a Sioned, no rechazaría. Por fin, había encontrado la solución perfecta: acogería a su sobrino menor en su casa. Formaba parte del entrenamiento de un escudero estar completamente separado de su familia hasta ser nombrado caballero, y Sioned quedó así completamente libre de más intromisiones. Su cuñada política había estado abatida por el honor de educar a su hijo en la corte de un príncipe, y se alojaba felizmente en Aguas Dulces, presumiendo ante todos sus conocidos.

Se oyeron gritos desde los jardines de abajo, y Rohan vio a Tilal correr por un sendero, tropezando con una capa demasiado grande para él. Tras él, con una espada de madera en la mano, corría el hijo de Ostvel, Riyan. Tilal cayó con un aleteo realista mientras Riyan blandía su espada contra el dragón. Ambos chicos rodaron por la hierba, riendo a carcajadas.

Rohan sonrió, pero le dolía el corazón al recordar a otros niños, de tan solo cinco años como Riyan, que habían cantado de alegría al

matar a otro dragón. Solo Maarken había ido el año anterior a casa del Príncipe Lleyn para su entrenamiento como escudero, pues Jahni había muerto a causa de la Plaga.

—Tilal se está convirtiendo en un buen muchacho —observó Walvis—. ¡Cuando pienso en la bestia que era cuando llegó aquí…! ¡Nunca hubiera creído que alguien de la sangre de mi dama pudiera ser tan horrible!

Le había llevado tiempo, y el dorso de la mano de Walvis en más de una ocasión, curar a Tilal de su tendencia a dominar a los demás escuderos. Para entonces, conocía sus deberes y su lugar, y ya no se aprovechaba de su parentesco con Sioned. Era obvio que eran parientes cercanos; tenían los mismos ojos verdes y la misma piel clara, aunque Tilal tenía el cabello oscuro de su madre. La combinación era sorprendente, e incluso con diez inviernos de edad, ya iba camino de desarrollar una presunción odiosa. Walvis también lo había curado de eso en los últimos dos años.

—Alejarlo de su madre fue lo que lo hizo especial —continuó Walvis—. ¿Es cierto que ella estará en el Rialla este año?

—¿Para ver a su retoño? He oído rumores.

—Mi señora no estará contenta con eso.

Rohan disimuló una repentina risa. Gran parte de la conversación de Walvis durante los últimos seis años había girado en torno a Sioned, y nunca había sido difícil entender por qué. Rohan podía apreciar el sentimiento. Él mismo la había amado desde el primer momento en que la vio. El escudero convertido en caballero creía con cariño que su adoración por ella era un secreto, y Sioned era perfecta en su trato con él. A veces era juguetona, como una mujer con un hermano menor, y en público lo trataba con solemne cortesía, como a un hombre adulto, nunca como a un niño pequeño. Cuando Rohan la bromeaba sobre su joven campeón, ella respondía con serenidad que solo se aseguraba de que la mujer de la que Walvis se enamoraba de verdad tuviera un marido maravilloso. Si se hubiera burlado de sus sentimientos o hubiera intentado cambiarlos, podría haber llegado a resentirse con las mujeres. Estaba completamente contento de adorar y servir a la dama de su príncipe.

—Se le pasará en cuanto vea a una chica guapa de su edad —le había dicho a Rohan—. Debo confesar que echaré de menos a mi escudero, pero... ¿qué apuestas a que la chica será pelirroja? ¿Y a que pondrá mi nombre a su primera hija?

Rohan fue lo bastante sabio como para no aceptar la apuesta.

Tilal y Riyan ya se habían recuperado, todavía riendo. Sintiendo que los observaban, saludaron a Rohan y Walvis. Riyan, morena como su madre y con sus ojos extraordinarios, dio saltos y gritó emocionada:

—¡Juega a los dragones otra vez, príncipe!

—¿Otra vez? ¡Fui tu dragón el otro día toda la tarde, y me mataste al menos diez veces! Hasta un dragón necesita descansar. Y parece que has encontrado a otro que lo hace mucho mejor que yo.

—¡Príncipe! —exigió la niña, segura de su indulgencia— ¡Baja a jugar a los dragones!

Walvis respiró hondo para reprenderlo, pero Rohan le puso una mano en el brazo para contenerlo.

—Prefiero jugar a los dragones que leer todos esos informes —murmuró con nostalgia.

—Aún no has cenado, mi señor. Y mi señora no me agradecerá que te deje agotarte otra vez con esos dos torbellinos.

—Walvis —dijo exasperado—, si tú y mi esposa no dejan de comportarse como dragonas con un solo huevo, ¿te parezco enfermizo y delicado? ¿O crees que me estoy haciendo viejo? ¿Decrépito y babeante a los veintisiete años? —Resopló. Asomado a la ventana, les dijo a los chicos:— Esta noche tengo que jugar a ser príncipe. ¡Guardaremos a los dragones para mañana!

Otra voz llegó desde abajo, y Rohan sonrió mientras Ostvel se apresuraba a entrar en los jardines.

—¡Riyan! ¡Tilal! ¡Sabes que no debes armar tanto ruido y problemas para tu príncipe! —Se protegió los ojos del sol poniente con una mano, entrecerrando los ojos hacia la ventana donde se encontraba Rohan— Lo siento, mi señor. Si no hay cincuenta ojos sobre ambos, desaparecen. —Ostvel le puso una mano en el hombro a Tilal mientras el chico se dirigía lentamente hacia las puertas.

—No pasa nada —dijo Rohan, sin importarle la disciplina paternal —. Me alegra verlos divertirse.

—Bueno, no más dragones por hoy, en cualquier caso —ordenó Ostvel, y cargó a su hijo en brazos—. Ven, Tilal. Seguro que querrás dedicar un tiempo a limpiar las manchas de hierba de mi capa.

—Pero tengo que servir en la mesa principal esta noche —empezó el chico, mirando a Rohan, albergando esperanzas.

—Y así será —coincidió Ostvel—. La capa te estará esperando.

Rohan se apartó de las ventanas, manteniendo la sonrisa para ocultar el ansia de tener hijos que lo invadía. Sus hijos deberían estar allí abajo, riendo, creciendo y jugando a los dragones. Sus hijos... Su mirada se posó en los informes y tomó una decisión rápida.

—No voy a hacer de príncipe esta noche, Walvis. Quiero un baño, mi cena y a mi esposa, en ese orden.

—¿Así que ahora mi señora pasa a estar en tercer lugar, después de estar limpio y alimentado? —Walvis sonrió.

—¡A menos que quiera un marido sucio y malhumorado, claro que sí!

Walvis bajó con las órdenes, y el sistema doméstico que Camigwen había creado se puso en marcha sin problemas. Mientras Rohan se sumergía en una bañera, se preparaba una copiosa cena para dos, que sería entregada en los espaciosos aposentos de sus excelencias. Como la mayoría de las personas para quienes se crean tales establecimientos, Rohan desconocía su funcionamiento. Solo sabía que las pocas órdenes que daba se cumplían con prontitud, discreción y con el mínimo alboroto, sin las quejas del antiguo chambelán.

Solo en el baño de azulejos azules y blancos, los pensamientos de Rohan volvieron a sus interrumpidas reflexiones sobre el pasado. Adquirir el dranath le había permitido ver a alguien con quien no creía volver a encontrarse: la princesa Ianthe. Roelstra no pudo resistirse al precio que Rohan ofreció por la droga, y un destacamento de tropas fue enviado a Feruche desde el Veresch. Rohan y Farid se encontraron con el grupo a medio camino entre el castillo de Ianthe y Cuenco Celestial, y se intercambiaron bolsas de oro por bolsas de dranath. Ianthe había observado desde la silla de una espléndida yegua blanca, más hermosa que nunca y descaradamente —incluso triunfalmente— preñada. Aún no tenía marido legal, pero Rohan sospechaba que el apuesto joven que cabalgaba a su lado era el padre del bebé. Ciertamente, sus encantos eran suficientes para despertar la lujuria en corazones más castos que el de Ianthe. Rohan no le dijo nada y solo la miró a los ojos una vez, y lo que vio en sus ojos lo heló hasta la médula.

¿Cómo había pagado por este tesoro de dranath que había salvado vidas de dragones? ¿Cómo había asegurado su supervivencia y distribuido aún más droga a otros principados sin pedir nada a cambio? Rohan se deleitó con el agua fría del baño y meneó la cabeza con irónica diversión, recordando su profundo asombro cuando Farid le mostró el oro con indiferencia.

Durante quince años, el athri de Cuenco Celestial había estado fundiendo caparazones de dragón recogidos de cuevas abandonadas hacía tiempo en las colinas. Lo había hecho en secreto y bajo las órdenes de Zehava. Su pueblo, leal hasta el último aliento, extrajo el oro que le había permitido a Zehava consolidar su poder en el Desierto. Todos se maravillaban de la prosperidad de Cuenco Celestial, aquella tierra agreste sin tierras de cultivo ni pastos decentes, y Rohan finalmente descubrió el origen de la complacencia de Farid, tanto en las buenas como en las malas cosechas. Oro de dragón. Zehava les había prohibido a los athri que le contaran a Rohan sobre su existencia, pues desde el comienzo de su reinado había querido que su hijo se fortaleciera por derecho propio sin el apoyo de una riqueza ilimitada.

—¿Pero por qué? —se enfureció Rohan al oír a Farid contarle eso

— Yo mismo encontré polvo de oro en la cueva de un dragón hace años. Nunca había tenido tiempo de investigar este descubrimiento hasta ahora. ¿Por qué ocultármelo?

—¿Recuerdas cuando te arrojó al lago cuando eras pequeño? — respondió Farid encogiéndose de hombros.

—¡Y ahora lo evades, igual que antes!

—Te lo habría dicho con el tiempo, una vez que te hubieras establecido como príncipe. Tu padre no quería que las cosas fueran fáciles para ti.

—¿Fácil? —repitió Rohan asombrado—. Con los Mérida, Roelstra y los dragones, por no hablar de todas esas malditas princesas, ¿fácil?

Farid se rió, y tras un instante, el sentido del humor de Rohan triunfó sobre su indignación. Parte de su alegría se debía a la maravillosa broma que le gastaría a Roelstra, pues en lugar de empobrecerse a sí mismo y a sus vasallos o hacer odiosas concesiones al Alto Príncipe, disponía de oro ilimitado para llenar sus arcas incluso después de pagar la grotesca suma por el dranath. Pero también había amargura en su risa, pues Zehava, aun sabiendo lo necesarios que eran los dragones, había seguido matándolos. Rohan supuso que su padre consideraba la reputación de su guerrero más importante que la supervivencia de los dragones y que, además, había dado por sentado que Rohan, al convertirse en príncipe, idearía una forma de preservar su número y, por lo tanto, su producción de oro.

Zehava era un hombre astuto y despiadado, pero no contaba con la Plaga. Rohan volvió a negar con la cabeza y salió del baño. Dejó que el aire lo secara y, envuelto en una fina túnica de seda, entró en el dormitorio. La serenidad de las habitaciones que su madre había creado para él y Sioned lo tranquilizaba como siempre. No quedaba nada de lo que había sido de sus padres, salvo la enorme cama donde generaciones de príncipes habían sido concebidos, habían dado sus primeros llantos y habían exhalado su último aliento. Los ricos y brillantes colores de la época de Zehava habían sido reemplazados por verdes y azules profundos que complementaban el dorado fuego de Sioned y el rubio de Rohan. Mesas, sillas y armarios de pesada madera oscura habían dado paso a muebles más claros y elegantes, de forma más informal. Rara vez se había sentido cómodo en esas habitaciones cuando sus padres las habitaban, y le sorprendió la rapidez con la que se habían convertido en su refugio. Allí él y Sioned se habían amado durante noches interminables, habían compartido secretos, planes y sueños para el futuro. Y allí también había llorado con ella la pérdida de sus hijos.

La primera vez fue en el invierno después de su boda; la segunda, el otoño siguiente. Ella llevó a cada hijo en su vientre el tiempo justo para engrosar un poco su cintura. Embarazada de nuevo durante el

verano de la Peste, la enfermedad no la había privado del hijo; el dranath sí. La fuerte dosis necesaria para salvar su vida había devastado sus sentidos faradhi y casi la había vuelto adicta a la droga. Incluso en los no dotados, la cantidad requerida provocaba alucinaciones, como Rohan recordaba muy bien de su breve enfermedad. Él y Sioned habían sobrevivido; su hijo no, y no había habido señales de otro desde entonces.

Rohan se sentó a una mesa servida con seda y plata, y las copas de cristal fironés que Sioned había comprado en la Feria seis años atrás. Ianthe les había echado a perder esa noche, y Rohan frunció el ceño al pensar en la princesa. Tenía tres hermosos hijos con tres amantes diferentes, y los había protegido a ellos y a su castillo de la Peste arrojando por los acantilados a cualquiera que mostrara signos de enfermedad. Rohan no podía condenarla del todo por ello. Sabía que él habría hecho lo mismo si hubiera tenido la más mínima posibilidad de salvar a su madre, a Camigwen o a Jahni, de ahorrarle a Sioned un instante de sufrimiento o de mantener viva a su hija dentro de su cuerpo. Él mismo había ejecutado a siete personas con su propia espada cuando las sorprendieron acaparando dranath para venderlos a precios exorbitantes. Pero la ley diría que había hecho justicia donde Ianthe había cometido un asesinato deliberado. Aun así, no podía condenarla. Lo comprendía.

Un pequeño torbellino entró por la puerta exterior y olvidó cerrarla tras él. Rohan jadeó al sentir el impacto del pequeño cuerpo de Riyan contra su pecho y le devolvió el abrazo.

—Papá dice que pida perdón —explicó el chico—. ¡Lo siento!

—¡Disculpa aceptada, si me dejas respirar! —Rohan rió y acomodó a Riyan sobre una rodilla.

Los hermosos ojos de Camigwen lo miraban desde el rostro travieso de su hijo, y Rohan ocultó otro dolor de pérdida tras una sonrisa cuando Ostvel apareció en la puerta.

—No lo regañes. Solo vino a disculparse.

—Y con razón. ¡Ahora interrumpió tu cena! —Ostvel levantó las manos en un gesto de rendición, sonriendo—. Sioned dice que empieces sin ella.

—Ya lo he hecho. —Le ofreció a Riyan—. Y si es hora de mi cena, entonces sin duda es hora de que te acuestes, joven señor. Tómalo como una orden real de tu príncipe.

El niño suspiró.

Eres mucho más divertido como mi dragón —se quejó.

—He oído a niños pequeños decir eso antes. No funcionó entonces y no funcionará ahora. ¡A la cama!

Dejó al niño en el suelo y Riyan fue con su padre. Rohan tuvo que apartar la mirada cuando los pequeños dedos desaparecieron en la

mano de Ostvel.

—¿Mi señor?

Sostuvo la mirada de su amigo, con otra sonrisa cautelosa. Ostvel no se dejó engañar, pero solo sus ojos delataban su compasión. Sin embargo, lo que dijo fue algo distinto.

—Sioned también mencionó algo sobre escabullirse en la oscuridad.

Una sonrisa genuina curvó la boca de Rohan.

—Ah, ¿y ahora sí?

—¿Es otro juego? —preguntó Riyan con entusiasmo— ¿Puedo jugar yo también?

¡Cuando seas mayor! —Ostvel le guiñó un ojo a Rohan—. Dile buenas noches a tu príncipe.

—Buenas noches —repitió Riyan obedientemente—. No te olvides de jugar a los dragones.

—No lo olvidaré. Que duermas bien.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, reanudó su cena con un apetito que habría complacido a Walvis, quien, junto con Sioned, libraba una batalla constante contra la tendencia de Rohan a trabajar demasiado y comer muy poco. Cuando terminó la comida, se recostó en su silla, copa de vino en mano. Obedeciendo la promesa juguetona que se habían hecho, él y Sioned se encontraban de vez en cuando en los jardines a altas horas de la noche. Los de su casa sonreían, fingían no darse cuenta y observaban estrictamente la regla de que, siempre que el príncipe y la princesa desaparecieran, solo la inminente llegada de los ejércitos de Roelstra los perturbarían. Esa deliciosa locura era justo lo que Rohan necesitaba esa noche, y cuando oscureció, se llevó una botella llena de vino y las copas de la habitación.

Descalzo, vestido solo con una fina túnica de seda, bajó las escaleras del retrete y atravesó los jardines vacíos hasta la gruta. Sioned era una excitación susurrante que le recorría el cuerpo, una brisa fresca que le recorría el corazón y la mente. Se detuvo frente a la cascada y cerró los ojos, sintiendo su presencia un instante antes de que sus brazos se deslizaran alrededor de su cintura y su cuerpo se apretara contra su espalda. Saboreó el encanto cuando sus labios rozaron su nuca.

Sus primeras palabras derritieron el hechizo de satisfacción.

—Estuviste encerrado con esos informes toda la tarde. Estamos en problemas, ¿verdad?

—No es nada que no pueda esperar.

Ella lo soltó y él la encaró.

—Dime, Rohan.

Levantó la botella y las copas con tristeza.

—Y yo que pensaba que íbamos a…

—Oh, lo haremos —le aseguró ella, y selló la promesa con un beso —. Pero no te he visto en todo el día. Ven a hablar conmigo, amado.

Se sentaron juntos en el suave musgo, con la cabeza de ella apoyada en su hombro, el vino reservado para más tarde. En sus brazos había encontrado alegría, y en su amor, fuerza. Pero quizás el don que más apreciaba era el consuelo de su mente. La mayoría de los príncipes solo tenían esposas; él había encontrado en Sioned una princesa digna del anillo real que le había regalado.

Le habló de los dragones, y mientras la abrazaba, sintió las reacciones de su cuerpo. Podía mantener una expresión tan fría y neutral como la de Andrade, pero igual que el tamborileo de los dedos de su tía podía delatar su estado de ánimo, a Rohan le bastaba con tocar la mano de Sioned para percibir sus verdaderos sentimientos. Estaba tensa, sus músculos se ponían rígidos.

—Tendremos que evitar tratar con los vasallos este año —dijo cuando terminó—. Entonces no habrá nadie que exija una Caza de Eclosión.

—Pensaba lo mismo. Feylin tiene razón en que los dragones no vendrán a Riven Rock, así que de todas formas no habría diversión para ellos. Pero tenemos que convocar a los vasallos. Este es el primera Rialla en seis años. Todos necesitamos tener una larga conversación, y los que han heredado desde la Plaga deben jurar delante de los demás.

—¿Vas a contarles lo del oro del dragón? Se han estado preguntando de dónde salió el dinero del dranath, ¿sabes? Cuando Farid estuvo aquí el año pasado, dijo que su gente sabe de dónde viene el oro...

—Y no han dicho ni una palabra al respecto en veinte años —le recordó.

—Claro que no. Pero quienes no trabajan en las cuevas creen que es una mina como cualquier otra, sin ninguna conexión con los dragones. Quizás deberíamos contárselo a los vasallos.

—No me preocupan tanto como Roelstra. —La mención del Alto Príncipe aumentó aún más la tensión, y le acarició la espalda con dulzura—. Han enviado vigilantes a Cuenco Celestial: comerciantes, viajeros. Ya sabes. Se van sin enterarse. Farid es un viejo mentiroso y astuto, y bendito sea por ello. Pero Roelstra ha tenido tres años para averiguar de dónde saqué tanto oro tan rápido. Y no creo que crea que quería salvar a los dragones solo porque soy un sentimental idiota.

—¡Que crea lo que quiera! Mientras nadie encuentre pruebas, ¿qué importa? Tu padre tenía razón. Que la gente piense que tu riqueza proviene del botín de guerra.

—Ah, ¿pero de dónde viene? Los Mérida no tenían ni un céntimo cuando los expulsamos al norte. Y tuvimos que gastar un dineral para reponer los animales que murieron por la Plaga.

—Hemos sido cuidadosos —protestó ella—. No somos gente derrochadora. Podemos decir que el comercio regular ha vuelto a llenar nuestras arcas

—¡Y de que soy un avaro! —rió entre dientes—. No, cariño. El comercio no ha vuelto a ser regular, esa es la cuestión. No hemos tenido tiempo suficiente para enriquecernos con eso. El comercio será el centro de atención este año, más que nunca. Con tantos príncipes y athr'im muertos y tantos jóvenes en sus puestos, el poder ha cambiado. Me temo que se ha inclinado hacia Roelstra, no hacia mí. Tengo que contrarrestarlo, y mi mejor arma es el oro de dragón.

—¿Comprarlos? —preguntó con un sabor amargo—. ¿Cómo pueden inclinarse por él si fuiste tú quien les dio dranath?

—Podría decir que ven las muertes, no las vidas que se perdonan, y sería cierto. Podría decir que sospechan que acaparé la droga desde el principio, y eso también sería cierto desde su punto de vista. Pero la verdadera razón...

—Es que Roelstra tiene influencia sobre estos jóvenes señores que solo entienden un tipo de poder. El de su clase. Tendremos que educarlos.

—Lo haremos. Pero no pienso comprarlos.

—Bueno, tendrás que buscar una razón por la que no estarás ahí fuera matando a un semental, ¿sabes? Los vasallos lo esperan.

—Lo sé —suspiró—. La gente tiene ideas tan absurdas sobre la prueba de la virilidad de un príncipe, gracias a mi padre.

Ella se encogió de hombros y él se maldijo.

—Desde luego, no pueden demostrarlo conmigo —susurró ella.

—Sioned... mi padre tenía cuarenta años antes de que yo naciera. Hay tiempo.

Se soltó de sus brazos y lo encaró.

—Nunca he llevado un hijo mucho tiempo. No he estado embarazada desde la Plaga. No voy a darte hijos, Rohan, y ambos lo sabemos.

—Para ya. Los dos somos jóvenes y fuertes...

—Necesitas un heredero.

—Si llega el momento —respiró hondo—, y no tengo quien me suceda, Maarken será mi elección. Pero no deberías preocuparte, Sioned.

—¿Cómo no? Rohan, he estudiado la ley. Nada dice que tu heredero deba ser el hijo de tu esposa, solo el hijo reconocido de tu cuerpo.

—¡Sioned! —La agarró por los hombros con fuerza—. ¿De qué

hablas?

—No renunciaré a mi lugar como tu esposa y tu princesa, pero necesitas un heredero.

—¿Así que enviarías a una chica a mi cama y luego verías cómo se hincha con mi hijo? —La miró fijamente, tratando de descifrarla— ¿Podrías hacer eso, Sioned?

—Tengo tu corazón y tu mente.

—Y mi cuerpo. Siempre. Solo tú. Dime que nunca podrías hacer eso, Sioned.

—Podría —insistió ella, aunque se le saltaron las lágrimas.

—¿Y después de que nazca el niño, qué? ¿Enviarías lejos a su madre? ¿O la mantendrías aquí y verías cómo te precede como madre de mi hijo? ¿Has pensado en esto, pequeña tonta? ¡Me convertirías en otra Roelstra!

—¡Lo he pensado! Rohan, no puedo darte…

—No hay nada que yo quiera que tú no puedas darme. Y un día nos daremos un hijo. Sioned, no querría un hijo de ninguna otra mujer. No podría mirar a un hijo que no te tuviera en su rostro y en sus ojos. —Miró esos hermosos ojos verdes llenos de dudas—. ¿Pero no ves que no me importa? Eres suficiente. Eres más de lo que jamás imaginé tener. Sioned, eres mi vida.

Y para demostrárselo de la única manera que sabía, la convenció de que se tumbara en el musgo y le hizo el amor mientras la cascada cantaba cerca. Ella lloró un poco, lágrimas agridulces que denotaban su amor por él y su desesperación por no poder tener un hijo. Después, la acunó contra su pecho; su cabello era una cortina de seda sobre sus cuerpos. Cuando por fin se quedó quieta, la soltó y se incorporó sobre un codo para mirarla. Años de vida en el Desierto habían bruñido su piel blanca hasta convertirla en un dorado claro y habían palidecido un poco su cabello, tiñiéndolo de reflejos rubios para realzar sus ojos. El orgullo, la seguridad de su amor y la confianza en sí misma como princesa se reflejaban en cada línea de su rostro, tan majestuoso ahora como si hubiera nacido para ello. Sioned había sido una chica encantadora, pero la madurez la había transformado en la mujer más hermosa que jamás había visto. Trazó la elegante curva de su hombro con un dedo y sonrió con ternura.

—Además, mujer, ¿qué te hace pensar que sería capaz de hacerlo con otra? Tengo un gusto exclusivo por las pelirrojas de piernas largas y ojos verdes.

—Tonto —acusó ella.

—Lo sé —asintió él, complacido de que ella estuviera dispuesta a sonreír de nuevo—. Ese primer verano, ¿te acuerdas? Intenté una y otra vez encontrar una chica con la que acostarme... ¡deja de reírte de mí! —la reprendió mientras ella reía— Fuiste horrible conmigo y lo

sabes. ¿Me harías pasar por esa humillación otra vez?

—Puede que sí. Te has vuelto demasiado arrogante, mi señor príncipe dragón.

—¡Sioned, no te atrevas a hacerme cosquillas! ¡Sioned!

Terminaron riendo, y Rohan se sintió aliviado de que su mal humor hubiera desaparecido. Abrió la botella de vino y bebieron de las copas fironesas, escuchando la cascada y mirando las estrellas. Sin embargo, una parte de él seguía preocupada. La legitimidad de un hijo era secundaria a su existencia y a su aptitud para gobernar. Era perfectamente posible que el hijo legítimo de un príncipe resultara necio y el ilegítimo, apto para heredar las responsabilidades de un principado. Pero Rohan no podía imaginarse tocando a otra mujer que no fuera su esposa, y mucho menos engendrando un hijo bastardo.

Maarken sería su heredero, si fuera necesario. Si Chay y Tobin decidían que su primogénito sería más feliz con solo Radzyn como heredero, entonces estarían los dos hijos menores, Sorin y Andry. En cualquier caso, un príncipe de la sangre de Zehava gobernaría el Desierto cuando Rohan ya no estuviera.

No fue hasta mucho después, cuando él y Sioned subieron por fin, que se dio cuenta de que había admitido tácitamente que tal vez no tuviera hijos varones.

Capítulo Veinte

La princesa Ianthe rasgó el sello de su padre y desdobló el pergamino, frunciendo el ceño al notar la fecha de la carta. Recordó la advertencia de la querida y difunta Pallia sobre las arrugas y alisó su rostro, creando líneas más agradables. Pero su irritación no se disipó tan fácilmente; la carta había tardado diez días en llegar desde el Castillo del Peñasco. Con las nieves invernales, las escorrentías primaverales, el calor del verano, las lluvias otoñales —por no hablar de los desprendimientos de rocas, los bandidos o la simple mala suerte—, los correos nunca se movían con la rapidez que le convenía. El interdicto de Andrade sobre el Castillo del Peñasco y Feruche era un gran inconveniente. Pero los mensajes que intercambiaban padre e hija no podían haber sido confiados a una Mensajera del Sol en ningún caso, se recordó, ni siquiera a una seducida por dranath como Crigo.

Como de costumbre, Roelstra no perdía tiempo en noticias familiares. Ni a él ni a Ianthe les importaban sus hermanas. Además, ella tenía espías en su casa, al igual que él tenía observadores en la suya que informaban de cualquier cosa interesante. Formaba parte del cínico y divertido juego que jugaban fingiendo confianza mutua. Su frase inicial, *Queridísima hija*, iba en la misma línea.

Las muertes por la Plaga han abierto muchas posibilidades excelentes, sobre todo Einar para mí y Tiglath para ti. El hijo superviviente de Kuteyn de Einar es ahora un muchacho de diez inviernos, y su viuda es una insignificante insignificancia incapaz de gobernar a sus propias doncellas, y mucho menos a la ciudad y sus tierras. Además, han salido a la luz ciertos documentos que sugieren que esas tierras pertenecieron en su día a Marca del Príncipe. Pimantal de Fessenden se sentirá molesto por esto, ya que tiene los ojos puestos en el mismo territorio. Saumer de Isel apoyará mi reclamación en este asunto, te alegrará saberlo, ya que recientemente firmamos un acuerdo secreto basado en mi control sobre Einar. Puedes informar a sus agentes en tu corte, y también en los salones de Volog, para que decida si le conviene apoyarme a mí o a Fessenden. Se acostumbró a trabajar con Saumer cuando la Plaga los obligó a hacerlo. Esto puede continuar.

En cuanto a Tiglath, sabes, por supuesto, que Eltanin perdió a su querida novia rubia en el parto y a su primer hijo a causa de la Plaga. El segundo varón prospera, pero se dice que Eltanin está muy envejecido, como resultado de sus pérdidas personales y su lenta recuperación de la Plaga. Otros están igualmente debilitados, pero hablaremos de esto en otro momento.

Nuestros aliados de Mérida me dicen que están preparando un asalto contra Tiglath tan pronto como Rohan esté en el Rialla. ESTO NO DEBE SUCEDER. Debemos ceñirnos a nuestro plan original. Y te advierto, querida hija, que la autocomplacencia en este momento sería fatal.

Los labios de la princesa se curvaron en una sonrisa sarcástica. La referencia directa a sus muchos amantes era innecesaria. No la habían tocado desde principios del invierno y se aseguraba de que su familia supiera que dormía sola. Durante este período, Feruche recibía suficientes visitantes como para atestiguar su castidad; personas que no tenían nada que ver con el juego que ella y su padre pronto jugarían en serio.

Habla con tu cachorro Mérida lo antes posible. No dejes que su sangre caliente arruine nuestros planes para Rohan y su bruja Mensajera del Sol. Hazles saber a los Mérida con la mayor firmeza que, si lo echan a perder, añorarán sus tierras baldías desde las celdas más pequeñas y oscuras de hayan en las profundidades de el Castillo del Peñasco.

En cuanto a tus indirectas sobre el futuro de tus hijos, si son como tú y como yo, y sospecho que lo son, decirles qué tendrán cuando sean mayores no servirá de nada. Actualmente, Rusalka y Kiele se disputan el puesto del joven Lord Lyell de Waes, que necesita una esposa. Me parece tan divertido como cuando tú y tus hermanas se peleaban por Rohan. Las hijas compiten por los hombres, pero los hijos se pelean por castillos y poder. Veamos cómo se desarrollan tus hijos antes de prometerles nada.

En cualquier caso, Ianthe, con un poco de suerte, gobernarán el Desierto cuando sean adultos. Pueden esperar y tomar lo que quieran en ese momento.

Suspiró con tristeza. Había anticipado esta respuesta y no esperaba que sus sugerencias le agradaran. Habría sido útil tener por escrito donaciones de tierras y un castillo para sus hijos, pero Roelstra tenía razón en muchos sentidos: solo crecerían intentando superarse mutuamente. Ianthe pretendía que trabajaran juntos tanto como sus ambiciosas naturalezas se lo permitieran. No se hacía ilusiones sobre sus instintos adquisitivos. Ruval, con cuatro años, y Marron, con apenas tres, ya se peleaban por casi todo, y Segev, de un año, observaba las batallas de sus hermanos con gran interés.

Sus padres eran hombres de alta cuna, de excelente linaje y una belleza espectacular. Ianthe volvió a suspirar al pensar en ellos: Chelan con sus ojos ardientes y su cuerpo perfecto, la increíble imaginación de Evais en la cama, los juegos eróticos de Athil. Pobre Athil. No se había conformado con ropa, joyas y caballos finos como los demás. Había deseado casarse con la hija favorita del Alto

Príncipe. Su belleza radiante le había recordado a Rohan, y había sido sorprendentemente difícil ordenar su muerte, por muy molestas que se volvieran sus exigencias. Al menos Chelan y Evais habían tenido la sensatez de irse cuando se lo dijeron. Le divertía pensar que habría aprovechado la oportunidad de casarse con cualquiera de ellos mientras aún vivía en el Castillo del Peñasco. Años de ejercer autoridad absoluta en su propia fortaleza le habían enseñado que el matrimonio no era para ella.

Sin embargo, los recuerdos de noches con sus amantes la conmovieron y maldijo el plan que dictaba su continua abstinencia. Sus espías en el Castillo del Peñasco le dijeron que su padre se divertía con cualquier cosa que llevara faldas últimamente, pero que ya no había tenido hijos, ni siquiera niñas. Ianthe rió entre dientes, pues los informes también incluían rumores de que Roelstra era impotente. Bien merecido lo tenía.

Su carta terminaba con la advertencia de que esta sería su última comunicación en mucho tiempo. Ianthe no se arrepintió. Quemó el pergamino y salió de su habitación privada, contenta de no tener que escribir una respuesta. Se vio obligada a controlar su ira con su padre, una disciplina que le resultaba cada vez más fastidiosa con el paso de los años.

Sus mujeres trabajaban arduamente en el taller de tejidos. El gran tapiz, con sus almohadas y colgaduras a juego, estaba casi terminado, e Ianthe inspeccionó la obra con creciente entusiasmo. El tapiz representaba diversas etapas del ritual de apareamiento de los dragones, escenas fascinantes tejidas en brillantes y contrastantes colores elegidos por la propia princesa. Un panel mostraba a machos luchando en la arena, con sus garras resaltadas en carmesí y naranja, y la sangre goteando de sus fauces abiertas y de los desgarros de sus pieles. La violencia continuaba en el siguiente panel, donde diez hembras cargadas de huevos circulaban sobre un acantilado donde un macho se exhibía en una danza ritual, con una virilidad casi obscena.

El tercer panel mostraba a macho y hembra en plena acción, con los dientes como dagas al descubierto, las lenguas azotando, los cuerpos retorciéndose casi visiblemente. Arena dorada se alzaba a su alrededor en la cálida oscuridad de la cueva. Había una terrible fascinación en el celo que hizo sonreír a Ianthe.

El último panel estaba casi terminado; aproximadamente la mitad aún estaba esbozada con hilo y sin rellenar. Era una escena de crías luchando entre sí, con caparazones blancos que contrastaban con pieles azules, escarlatas oscuras, bronce y cobrizas. Un joven y fuerte dragón clavó sus garras en un hermano muerto, a punto de devorarlo. Pero en las sombras aguardaba otra cría, con los ojos de un rojo lívido

mientras observaba la carnicería y buscaba su oportunidad.

Las almohadas eran pequeñas viñetas de dragones apareándose y sementales luchando, crías alimentándose mutuamente, llamas abrasando las sombras de la caverna. Habían sido sus diseños rechazados para el tapiz más grande. Las colgaduras de la cama ocultaban más escenas de apareamiento salvaje, y al cerrarse alrededor de una cama, las cortinas de gruesas puntadas creaban una pequeña cueva de violencia erótica.

Ianthe sonrió, aprobando el trabajo, y salió de la habitación, pensando en el amante para quien había planeado los tejidos mientras subía a las almenas para disfrutar de la brisa seca que le alisaba el cabello de la nuca y ondeaba el dobladillo de su vestido. Bajo ella se extendía la frontera donde la guarnición de Rohan se refugiaba en barracones excavados en los acantilados. Tres veces en los últimos años, Ianthe había llamado a su capitán cuando los Mérida atacaban caravanas comerciales, ataques que planeaba con sumo cuidado para cuando deseaba que el príncipe supiera que había dado a luz a un hijo. Rió levemente y se apoyó en el muro de piedra rosa, recordando el placer de presumir a sus hijos, hijos que su perra faradhi jamás le daría. Pero la cuarta citación había llegado al capitán hacía solo quince días, y el ataque se había organizado por un motivo diferente. Cuando llegó el capitán de la guarnición, Ianthe lo invitó a cenar, como ya era costumbre, y habló de dragones. Había cuevas antiguas en las montañas más altas donde las grandes bestias podrían ir este año a aparearse. Rohan estaba interesado en todo lo relacionado con los dragones, y sin duda ya le habían hablado de esas cuevas. Pero aunque no investigara por su cuenta, Ianthe tenía otros planes. Había aprendido en una escuela rigurosa que uno siempre debe tener otros planes.

Se giró cuando su hijo mayor la llamó imperiosamente y vio a la nodriza trayendo a los tres niños para pasar una hora vespertina con su madre. Los besó a todos y acunó al menor en su regazo, regodeándose. Eran niños fuertes y sanos, de extremidades largas y guapos como sus padres, inteligentes e ingeniosos como ella. Ruval y Marron charlaban de las actividades del día, peleándose como siempre por ver quién había lanzado la pelota más lejos y corrido más rápido. Ella había tenido hijos, mientras que la Mensajera del Sol ni siquiera podía llevar un embarazo a medio término. Sabía perfectamente que Sioned no había tenido un heredero, y se alegraba de que la dificultad fuera natural y de que no se hubiera tomado la molestia de organizar abortos para la faradhi.

Se preguntaba qué le habría hecho el Desierto a la mujer durante los últimos seis años. Flaca y marchita, se decía Ianthe con desdén, con la piel arrugada y áspera, pues no era de las que se preocupaban

demasiado por su aspecto. La maternidad había madurado la belleza de Ianthe, transformando la esbeltez juvenil en exuberantes curvas de pecho, cadera y muslo, aunque se había esmerado en mantener una cintura esbelta. Había sido igual de cuidadosa en proteger su piel y cabello de los estragos del sol y el viento, y había recurrido a los trucos de Palila para evitar que sus embarazos le marcaran la piel. Necesitaría toda su perfección para este juego, y sabía que era impecablemente hermosa. Marron se subió a su regazo, casi desbancando a Segev, quien gritaba y se aferraba a ella con una mano mientras golpeaba a Marron con la otra. Ianthe los abrazó contra su pecho, apreciando su triunfo en su existencia. Cuando crecieran, poseerían el Desierto y gobernarían Marca del Príncipe. El camino al poder para una mujer residía en los hombres que controlaba, y reía a carcajadas mientras jugaba con sus hijos. Las tierras y los castillos podrían ser de ellos, pero serían para siempre *suyos*.

Tobin cruzó las manos sobre el regazo y miró a su esposo. La luz del sol matutino que se reflejaba en su cabello oscuro mostraba tenues rastros de plata. Vestía un suave traje de montar de cuero que se ajustaba a los largos músculos de sus muslos, y su camisa, abierta por el cuello, revelaba un pecho robusto, bronceado por el sol tras largos días al aire libre. Estaba de pie frente a ella, con las botas firmemente plantadas en la arena de la playa, frunciendo el ceño.

—Me estás mirando así otra vez —observó ella.

—Estabas lejos de mí otra vez —replicó.

—Siempre estoy aquí, amor.

—Tu cuerpo, sí. —Se dejó caer a su lado y apoyó los codos en las rodillas dobladas, contemplando el Agua del Amanecer—. No puedo decir que entienda adónde va esa parte tuya. —Se encogió de hombros—. Solo que siempre regresas, Tobin. Sigo pensando en lo que pasó la noche del ritual de Zehava. Casi te pierdo.

Tobin bajó la mirada hacia sus manos. En el dedo corazón de la izquierda estaba el primer anillo de Mensajero del Sol, enviado por Andrade hacía dos años, con un pequeño trozo de ámbar en bruto engastado. Talismán contra el peligro, se recordó, y suspiró. Ahora sentía la necesidad de protección.

Ella y Chaynal habían salido a cabalgar temprano, probando el paso de dos yeguas recién domadas por la playa bajo el Fuerte de Radzyn. El mar estaba cubierto de espuma blanca que se extendía con avidez sobre la arena. Un paso al norte, a lo largo de la bahía, se encontraba su distrito portuario, donde barcos de todos los tamaños plegaban sus velas para convertirse en un bosque de mástiles desnudos por el invierno mientras se descargaban los cargamentos. Era un placer volver a ver barcos en el puerto; su presencia

significaba que el comercio por fin estaba retomando su ritmo habitual tras los años desesperados de la Plaga y sus secuelas. Radzyn era el único fondeadero seguro en la costa del Desierto, y los antepasados de Chay se habían enriquecido con el comercio mucho antes de empezar a criar los mejores caballos del continente.

Tobin había traído un desayuno improvisado y, tras atar los caballos a un tronco de madera flotante, había servido un festín de hojaldres rellenos de fruta y carne. Pero la mañana se había visto interrumpida de una forma a la que se había acostumbrado con los años, pues un suave susurro había tocado su mente, y con él, la sensación de los colores de Sioned. Una vez más, se había dejado llevar por esa extraña y maravillosa magia que Sioned le había enseñado a hacer. Por muchas veces que se hubieran comunicado así, siempre la hechizaba la dulce claridad de la luz de su cuñada. Aunque a veces había matices más oscuros cuando Sioned estaba preocupada o infeliz, los colores siempre eran frescos y brillaban con la belleza de su espíritu. Tobin atesoraba su toque.

Su mirada regresó a Chay y otra sonrisa cruzó su rostro. Estaba hecho de rubí, esmeralda y zafiro, todos los tonos intensos y profundos que contrastaban a la perfección con su propio ámbar, amatista y diamante. A Sioned le había impresionado que Tobin pensara exclusivamente en colores de gemas, pues los antiguos faradh'im simbolizaban sus patrones de luz con piedras preciosas y las consideraban representativas de ciertos poderes y cualidades espirituales. A Tobin le había complacido que el regalo de Andrade, su primer anillo de Corredors del Sol, estuviera engastado con ámbar. Y la idea de protegerse del peligro la devolvió al punto de partida.

—Rohan va a cazar dragones por los alrededores de Cuenco Celestial, quizá incluso tan al norte como Feruche —dijo.

Chay la miró fijamente.

—¡Estás bromeando! ¡Le dije a ese idiota que no se acercara a menos de cincuenta metros de Feruche!

—¿Cuándo hemos podido decirle algo? —preguntó retóricamente. Hundiendo los dedos en la arena cálida, sintió la frialdad áspera debajo, la presión que le aprisionaba las manos— A Sioned no parece preocuparle.

—Pero hay algo más, ¿verdad? Y no es difícil adivinar qué es —Chay negó con la cabeza—. Seguro que ha oído los rumores. Hay varios vasallos que quieren que Rohan la deje de lado por otra esposa, o al menos que busque una amante que le dé un heredero.

—Y es lo bastante ingenua como para escuchar. Chay, ella nunca lo abandonaría, y él nunca la dejaría ir.

—Dulce esposa, todo el mundo lo sabe. Pero tú sabes quién es el presunto heredero, ¿verdad? Y eso significa que no puedo decir ni

una palabra. Si defiendo a Sioned, pensarán que quiero que Maarken sea el próximo príncipe. ¡Y que me aspen si aliento la idea de una nueva esposa o una amante!

—Tiene que haber algo que podamos hacer. No estoy segura de que Maarken quiera la carga de un principado. Ha estado tan frágil desde que murió Jahni. —Todavía podía verlo vagando por Radzyn, buscando a su hermano, o despertándose en mitad de la noche llamándolo.

Chay dibujó patrones en la arena con un dedo.

—No necesita la corona del Desierto colgando sobre su cabeza. En muchos sentidos es como yo, Tobin. Se nos dan bien las cosas en la escala de Radzyn, pero seríamos inútiles para dirigir todo un principado.

—No estoy de acuerdo contigo, pero entiendo lo que intentas decir. Ambos serían infelices viviendo en cualquier lugar que no fuera aquí junto al mar. A Maarken le ha costado bastante adaptarse a la corte de Lleyn, por mucho que le tenga cariño al viejo príncipe. Meath me ha dicho a través de la luz del sol que le fue mejor cuando le dieron una habitación con vistas a la bahía.

—¿Adónde más podríamos haberlo enviado? No hay lugar más seguro. Nos guste o no, es el heredero de Rohan.

—¡Nadie se atrevería a atentar contra la vida de Maarken!».

—No mientras esté bajo el cuidado de Lleyn. ¿Pero dónde crees que se detendría Roelstra? Y, si no, ¿los Mérida? No me tienen ningún cariño, ¿sabes? Perla Gris es el único lugar para Maarken hasta que tenga edad suficiente para defenderse. —Sonrió levemente —. Incluso si se marea al cruzar el agua. ¿Deberíamos haberlo esperado?

—Andrade parecía saberlo. Y está trabajando con Meath y Eolie. —Apretó las manos sobre la arena—. ¡Maldita sea Roelstra!

—Y Rohan quiere acercarse a Ianthe. —Chay negó con la cabeza —. Amor mío, ¿te he dicho alguna vez que tu hermano es un tonto?

—Lo conozco desde hace más tiempo que tú. Es tan tonto como para atacar a cualquiera que sugiera algo sobre Sioned. ¿Estás segura de que no hay nada que podamos hacer o decir para callar a los vasallos? Seguro que lo mencionarán.

—Que lo intenten —respondió con gravedad—. Tendremos que confiar en el poco sentido común de Rohan para evitar que Sioned se guíe por ideas descabelladas. —Entornó los ojos ante la luz del sol de la mañana y se puso de pie—. Ya están llegando las velas, y un estandarte turquesa. El barco syreno por fin llegó.

—¿Del príncipe Jastri? ¿Qué quiere? ¿Y por qué ha venido en un barco?

—Quiere caballos. ¿Qué más? Y el barco significa que los quiere

rápido. Solo soy una athri menor, cariño. Comercio con lo que entiendo y dejo la política elegante para otros. —La ayudó a ponerse de pie—. Te enviaré al emisario de Jastri cuando terminemos de regatear por los caballos. Oyes cosas de la gente que yo nunca oigo.

—Athri menor —se burló—. Señor de la guerra, criado por diez generaciones de piratas, y además, ladrón legalizado.

—Me convierte en la pareja perfecta para una cría de dragón como tú, ¿verdad?

Sioned estaba de pie junto a sus ventanas, observando la arena y el cielo. Nunca había visto tantos colores como allí, en el Desierto. No esperaba esta abundancia cuando se casó con Rohan, ni soñaba con que sus sentidos faradhi encontrarían aquí matices de luz que nunca había visto en ningún otro lugar. Su hogar de la infancia, Aguas Dulces, había estado pintado de azul y verde, exuberante con flores y el brillante plumaje de las aves. Los atardeceres de Goddess Keep asombraban a todos los que los veían. Había viajado por soleadas tierras de cultivo y bosques sombríos, absorbiendo los colores de la abundante vida. Pero después de seis años de ver cambiar las estaciones, aún la cautivaban los colores únicos de esta tierra áspera: cada amanecer sobre la Larga Arena traía sutiles variaciones de azul, rojo y amarillo; las nubes a veces rayaban el cielo del amanecer como gavillas de trigo arrastradas por el viento, teñidas de mil colores diferentes. El abrasador sol del mediodía mostraba sus frágiles plateados y pálidos dorados sobre las arenas, oscuridades rojizas que se deslizaban por las rocas, y un blanco tan puro que lastimaba sus ojos. El atardecer, especialmente en primavera y otoño, creaba un resplandor rosado y extrañas sombras verdosas que se desvanecían en púrpura a lo largo de las dunas y envolvían Stronghold en una misteriosa calidez al caer la noche. Y las estrellas... siempre las había considerado meros destellos en el cielo, pero en el Desierto percibía sus colores: escarlatas, azules y naranjas intensos que despertaban sus sentidos. Sobre todo, amaba los colores que percibía en las estrellas.

La mayoría diría que el Desierto carecía de vida. Salvo por pequeños rincones aislados, no había árboles, ni hierba, ni flores; ninguna criatura cantándo en el Desierto; ningún río rebosante de peces; ninguna cosecha, ninguna fruta madurando entre anchas hojas. Era diferente a cualquier lugar donde Sioned hubiera vivido, pero sabía que allí había vida. Podía palparla con sus sentidos faradhi. La vida del Desierto se reflejaba en sus millones de colores.

Se giró cuando alguien entró en la antecámara y sonrió al ver los vivos colores que vestía su sobrino Tilal. Se acercó a él, posando una cofia de tela sobre sus oscuros rizos.

—Listo, con eso terminas tu atuendo. Ven a mirarte en el espejo.

Lo hizo, con los ojos muy abiertos.

—¡Oh! ¡Combinaste los colores de Aguas Dulces con los de mi señor!

—Algún día tu túnica de caballero será de la misma combinación: azul y plata de Rohan, y tu propia negra y verde. Si a tu padre le parece bien, claro.

—Mamá estará encantada —respondió Tilal con una sonrisa pícara.

Sioned intentó contener una sonrisa sin éxito. Para disimular la falta de respeto debida a su cuñada, regresó a las ventanas y miró hacia el patio. Los caballos estaban ensillados y listos. Los soldados llenaban sus odres de agua en el pozo, y Ostvel caminaba entre ellos marcando cosas en su lista. Verlo le recordó algo a Sioned, e hizo una seña al chico para que se acercara.

—¿Te dio Ostvel la bolsa que te envió tu madre? Encontrarás muchas cosas en las que gastar tu dinero, pero recuerda guardar algo para el Rialla.

—Solo me llevé la mitad, pero espero que sea suficiente para comprar cuerdas nuevas para el laúd de Ostvel.

Sioned arqueó las cejas sorprendida. Ostvel hacía tiempo que no tocaba el laúd, y no porque las cuerdas estuvieran viejas, se dijo con tristeza. Era imposible convencerlo de que hiciera música cuando Camigwen ya no estaba para escucharla.

—Le hice prometer que le enseñaría a Riyan —concluyó Tilal con suficiencia.

—¡Qué listo! Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. —Tomó unas monedas de un cuenco sobre un gran cofre y se las fue lanzando una a una al chico, quien rió al atraparlas—. Usa estas para comprar las cuerdas y gasta tu dinero en ti mismo.

—¡Gracias, mi señora! ¡Ahora sé que puedo permitirme las demás cosas que quiero!

—¿Como qué?

—Son un secreto.

—¿Incluso para mí? —lo persuadió.

—Bueno… —dudó— sí. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. Pero encuentra algo que quieras, Tilal. Riyan tiene suficientes juguetes. —Rió al ver cómo los ojos verdes del escudero se agrandaban de asombro al haber acertado. No había sido tan difícil; el niño egocéntrico que había llegado a Stronghold había experimentado muchos cambios, todos para mejor—. Tu madre envió ese dinero para que pudieras darte algunos lujos —le recordó—. Y no hay nada de malo en comprarte un regalo de vez en cuando.

—Gracias, tía Sioned —dijo mientras se guardaba las monedas en el bolsillo. Walvis gritó su nombre desde el patio y él se asomó a la

ventana para contestar:— ¡Ya voy! —Luego volvió al espejo para mirarse una vez más.

—Te ves muy elegante —bromeó Sioned—. Y dentro de unos años estarás gastando todo tu dinero en impresionar a las damas. —Le ajustó la ligera capa—. No dejarás que mi señor cabalgue demasiado lejos ni demasiado rápido con este calor, ¿verdad? Y asegúrate de que cene bien, ya sea en los salones o en sus habitaciones. Ya sabes cómo es.

—Sí —dijo Rohan desde la puerta—. Todos sabemos cómo es. Tilal se asegurará de que vuelva mimado y gordito, sin siquiera una uña rota. Mujer, te preocupas demasiado. —Tiró juguetonamente de la gorra hasta las orejas de Tilal—. Que te sirva de lección. Elige una esposa que esté convencida de que tienes más de diez inviernos y que puedes cuidarte solo.

El chico se ajustó la gorra y le sonrió a Rohan.

—¡Nunca te he visto sermonearla sobre eso, mi señor!

—Baja corriendo —resopló Rohan— y dile a Ostvel que iré pronto.

Tilal les hizo una reverencia formal y salió de la habitación, recordando cerrar las puertas interior y exterior tras él. Sola con su esposo, Sioned se dio cuenta de repente de que no tenía nada que decir, ni siquiera podía mirarlo a los ojos. Su mirada recorrió el bordado plateado de su túnica exterior de seda dorada, pensando que brillaría a la luz del sol desde la coronilla rubia hasta la punta de sus botas pulidas. Debajo de la túnica sin mangas hasta la rodilla, llevaba pantalones azules y una camisa blanca, con un topacio engastado en plata bajo el hueco de su garganta.

—Sé que quieres venir conmigo —dijo en voz baja—. Pero si los rumores son ciertos y los Mérida preparan otro ataque contra Tiglat, quiero que estés a salvo en el sur.

Ella asintió. El progreso había sido idea suya, después de todo. Visitar cada fortaleza les ahorraría la molestia de una reunión de vasallos en Stronghold antes del Rialla. Sioned iría a las posesiones del sur mientras Rohan recorría el norte. La táctica era satisfactoria en muchos aspectos. Cada athri sería honrado con la presencia de uno de sus gobernantes, lo que enfatizaría su relación personal con ellos y subrayaría la condición de Sioned como princesa trabajadora, además de evitar que los vasallos se reunieran para entregarse a sus habituales disputas. Además de todo eso, Rohan y Sioned podrían ver con sus propios ojos el estado de cada propiedad y no depender de otras fuentes de información sobre cosechas y rebaños. La convocatoria de vasallos se celebraría tras su regreso de Waes este año, cuando Rohan les presentaría las condiciones que había conseguido de los otros príncipes en su nombre.

—Te echaré de menos —dijo, acariciando su trenza con un dedo.

—Te cuidarás, ¿verdad? —preguntó ella con nostalgia.

—Walvis y Tilal se encargarán de ello. Estoy segura de que les diste a cada uno una lista bastante larga. —Tomó su rostro entre sus manos—. Sonríe, amada. Cuando no sonríes, el mundo entero se oscurece.

Ella frotó la mejilla contra la palma de su mano y cerró los ojos.

—A veces desearía ser también un Mensajero del Sol, o haber heredado al menos un poco de lo que Tobin tiene. Así podría hablar contigo cuando estemos separados. La abrazó, meciéndose suavemente. Cuídate tú también, mi señora.

—Ostvel dice que si le das un sermón más sobre el tema, se arrancará los pelos.

—No he sido tan mala, ¿verdad?

—Peor. —Se apartó y sonrió—. Recuerda darle al hijito de Eltanin el regalo que te envié. Walvis lo tiene, y también regalos para los demás.

—Hadaan se pondrá furioso porque no te llevaré a Remagev para que pueda coquetear contigo.

—¡Tu pariente es un viejo dulce y demonio que coquetea mejor con un solo ojo que la mayoría de los hombres con los dos! Dale esto de mi parte. —Besó profundamente los labios de Rohan.

Cuando ella se apartó, él dijo:

—Se lo contaré. Casi todo.

—Bueno, no le cuentes esto.

Cuando por fin lo dejó salir a tomar aire, Rohan reflexionó aturdido que sería un acto de bondad omitir la descripción; Hadaan era un anciano. Rohan era joven y no estaba seguro de que sobreviviría.

—¿Bajas conmigo? —preguntó mientras andaba, su mano posada sobre su cintura.

—Claro que no. Habrá una nube de polvo y estaré tosiendo durante días. Seré una esposa completamente desamparada y me quedaré en las almenas agitando mi pañuelo.

—¡Y la gente me llama tonto! —Rohan hizo una mueca, luego se detuvo en lo alto de las escaleras—. Se supone que uno de los faradhi itinerantes de Andrade estará pronto en Tiglat. Si hay alguna noticia, mándamela allí.

—Lo haré —Sioned se alisó el cabello y sonrió—. Que la Diosa te cuide y te traiga a casa sana y salva, amor.

Tras besarle ambas palmas en homenaje, bajó corriendo al patio. Poco después, encabezó a los diecisiete jinetes que se abrían paso por el túnel hacia el Desierto. Tilal iba justo detrás, con el estandarte de Rohan orgullosamente asegurado en su estribo derecho. Walvis le seguía como caballero comandante del escuadrón. Al salir del túnel a la deslumbrante luz del día, Rohan esperó hasta estar seguro de

poder ver la fortaleza y luego se giró en su silla. Casi se echó a reír, pues allí estaba la esbelta figura prometida, ondeando un trozo de seda del tamaño de una bandera de batalla. Ordenó un alto y Walvis, comprendiendo su guiño, hizo que los jinetes giraran rápidamente para saludar a su princesa.

Rohan vio las sonrisas incluso en los rostros más curtidos de los guerreros. Su gente amaba a Sioned casi tanto como él. Estaban orgullosos de su belleza y de su estatus como Mensajera del Sol; Aprobaban sus cuidados y su evidente felicidad con ella; y la amaban por lo que era. Curaba sus heridas y enfermedades, ayudaba a sus esposas en el parto y había fundado una escuela para sus hijos. Con el dinero de su casa, dotaba a sus hijas e hijos en edad de casarse. Su absoluta inutilidad en el día a día de Stronghold era motivo de risa cariñosa, una debilidad que les granjeaba su cariño. Rohan sabía que si alguna vez perdía el juicio al intentar buscar una amante, sus propios vasallos se asegurarían de que recobrara la cordura rápidamente.

Pero tarde o temprano, sus vasallos empezarían a insinuar que no tenía hijos. Era fértil; el problema era la incapacidad de Sioned para gestar. Los athr'im la honraban y respetaban; la mitad de las cartas de Stronghold llevaban solo su firma, y para entonces su autoridad estaba firmemente establecida. Había estudiado a fondo las leyes y costumbres del Desierto; sus decisiones fueron sabias y justas cuando se sentaba sola en la justicia durante las ausencias de Rohan de Stronghold. Pero los vasallos querrían la seguridad que solo un heredero varón podía dar. Rohan se encogió de hombros con una repentina molestia que rozaba la ira. Era como si consideraran que una mujer no valía más que los hijos que procreaba, sin importar cuánto lograra ni cuánto diera.

Pero al menos no tendría que lidiar con nada de eso durante unos días. Su primer destino era la Fortaleza de Remagev, la última de una serie de castillos que antaño se extendían a través de la Larga Arena hasta el mar. Con el paso de los años, las fortalezas habían sido abandonadas una a una a medida que la tierra se volvía inhabitable, incluso para las ovejas y cabras más resistentes. Remagev era la única que no estaba en ruinas, y desde allí el bisabuelo de Rohan había comenzado su reconquista del Desierto y expulsado a los Mérida hacia el norte. Su primo lejano, Lord Hadaan, ahora estaba al mando de la fortaleza. Sin hijos, el último de su rama de la línea real, le había pedido a Rohan hacía tiempo que encontrara un athri digno para Remagev; y parte de la razón por la que Ostvel había cedido su puesto habitual a Walvis en este viaje era que Rohan quería que Hadaan se fijara en el joven.

Después de Remagev, visitarían Cuenco Celestial, luego varias

pequeñas propiedades señoriales enclavadas en las colinas, y finalmente Tiglath. Se rumoreaba que los Mérida se preparaban en las llanuras rocosas para un nuevo ataque. Rohan se preguntaba con amargura si alguna vez aprenderían. Sioned había descubierto a un espía el invierno pasado en Stronghold, un viajero que ansiaba refugio por unas noches, y que había sido sorprendido intentando entrar en el estudio privado de Rohan. Ella había estado totalmente a favor de enviar al hombre de vuelta con su gente en un gran número de pequeñas cajas. Por muy gentil que fuera su señora, tenía una vena despiadada cuando se trataba de proteger lo que era suyo, especialmente al propio Rohan. Había ordenado que le dieran al espía un caballo, pero no agua, y lo había liberado en el Desierto con unas cortantes palabras de advertencia para sus amos Mérida. Pero nunca se rendirían. Rohan lo sabía muy bien, y eso lo entristecía. La guerra era un desperdicio de vidas, bienes y tiempo. Sin embargo, no tenía elección. Los Mérida habían jurado tomar Stronghold y masacrar a todos los miembros de la familia de Rohan. Así que debía seguir luchando, seguir haciéndolos retroceder, mantenerlos acorralados donde no pudieran causar daño grave. Maldijo la falta de alternativas, pero parecía que tendría que vivir a sangre fría durante algunos años más para que sus hijos pudieran vivir en paz.

Hijos.

El tema prohibido de nuevo.

Llamó a Walvis, arqueando las cejas mientras el joven le hacía una reverencia formal desde la silla.

—Estoy practicando mis modales —explicó Walvis—. El señor Hadaan es un verdadero purista de la etiqueta.

—Cuando le divierte, ¡o cuando le sale el segundo ojo! Padre me contaba que Hadaan guardaba en el bolsillo el ojo que había perdido por culpa de un dragón y que a veces lo cambiaba por el verdadero para asustar a la gente. ¡Yo lo miraba hasta que me dolía la cabeza, intentando averiguar cuál era el verdadero! Pero me gustaría que mantuvieras los ojos bien abiertos, Walvis, y que echaras un buen vistazo a Remagev por mí. Estoy considerando algunos cambios. Podría convertirse en una verdadera ventaja si nos esforzamos. Hadaan es más guerrero que athri, y la última vez que visitamos el lugar estaba hecho un desastre. Odiaría tener que abandonarlo.

—Todavía no soy un experto, aunque Ostvel me ha estado enseñando. Pero inspeccionaré el lugar lo mejor que pueda, mi señor, y le diré lo que pienso.

Rohan desvió la conversación hacia otros temas, satisfecho con su estratagema. Walvis se marcharía de Remagev entusiasmado con los planes para renovarlo y no sabría quién estaría a cargo de las obras hasta que Hadaan tomara una decisión. Si todo estaba de acuerdo,

Sioned podría empezar a buscar una esposa para el muchacho. ¿Una pelirroja?, pensó con capricho. Rohan ascendería a Walvis a athri de la Fortaleza de Remagev, Hadaan podría vivir el resto de sus años sin preocupaciones, sin obligaciones que nunca le habían gustado, mientras le daba a Walvis el beneficio de sus experiencias en el Desierto, y Rohan acabaría con una fortaleza revitalizado, un vasallo leal y la satisfacción de haber recompensado al joven sin tierras por sus muchos años de servicio.

Sí, reflexionó con una sonrisa, a veces ser príncipe era algo realmente excelente.

Con la marcha de Rohan, la atención se centró en los preparativos para la partida de Sioned hacia el sur. Ella y Ostvel se dirigirían directamente a Radzyn y pasarían allí varios días antes de seguir la línea de posesiones costeras hasta el Faolain. El hermano de Sioned, Lord Davvi, cruzaría el río y se reuniría con ella en privado por sugerencia de Rohan, con el doble propósito de cumplir deberes familiares y sondeos políticos. El príncipe Jastri, pariente de los athr'im de Aguas Dulces, había heredado el principado de su padre Haldor, y Rohan tenía algunas ideas para expandir el pequeño puerto en la desembocadura del río en una empresa conjunta que podría resultar rentable. Desde allí, Sioned viajaría al norte y visitaría las ricas tierras que bordeaban Syr y Meadowlord, de donde provenía la mayor parte de los productos alimenticios del Desierto, y esperaría allí a Rohan antes de viajar juntos a Waes.

Esperaba con ilusión el progreso. Aunque deseaba que Rohan pudiera estar con ella, ansiaba confirmar su posición ante aquellos a quienes ahora consideraba sus vasallos, además de los de su esposo. Se quedaba despierta hasta altas horas de la noche para repasar todo sobre cada señor y fortaleza, eligiendo regalos para esposas e hijos, y discutiendo posibilidades con Ostvel. Pero hacia la medianoche del día anterior a su partida, la luz de la luna la llamó a salir a los jardines.

Se detuvo frente a la fuente de la princesa Milar, observando cómo el agua se convertía en una lluvia de luz plateada. No corría brisa; las gotas caían en un círculo perfecto sobre los azulejos azules y blancos que habían traído desde Kierst. Sioned se sentó al borde del estanque y sumergió los dedos en el agua; sus anillos brillaban. ¿Qué había aportado a Stronghold?, se preguntó. Milar había convertido la tosca fortaleza en un milagro de comodidad y belleza. Su toque estaba en todas partes. ¿Qué dejaría Sioned?

Conocía su propio valor tanto en la vida privada como en la política; seis años como esposa y princesa la habían desafiado y no la habían encontrado carente de él. Excepto por un hijo. Pero si se esperaba que una esposa le diera hijos a su esposo, aún más se esperaba de una princesa.

Tobin tenía hijos. Uno de ellos continuaría la línea de Zehava si Sioned no podía. Ianthe tenía hijos, se recordó con amargura: tres, mientras que su padre no había tenido ninguno. Parecía que Sioned tenía algo en común con Roelstra, después de todo. Pero Rohan nunca sería como él, nunca buscaría hijos en el cuerpo de otras mujeres. Negó con la cabeza, sabiendo que debería haber consultado al Árbol Madre en la Fortaleza de la Diosa antes de irse. Pero si lo hubiera hecho, y se hubiera encontrado con los brazos vacíos, nunca habría venido al Desierto. La muchacha que había sido no habría sabido que una princesa valía más que sus herederos varones.

Pero fuera lo que fuera para Rohan, sabía que no sería la madre de sus hijos. Extendió los dedos en el agua y contó sus anillos: uno para invocar el Fuego, otro para conjurar con la luz de la luna, otro que la declaraba Maestra Mensajera del Sol. Los daría todos por un hijo, todos menos la gran esmeralda que llevaba en la mano izquierda. La piedra era símbolo de esperanza y renovación, la joya primaveral de la fertilidad. Sus labios se curvaron finamente. Cómo se burlaba de ella la gema.

Y cómo su fuego verde ardió de repente, cautivándola con un destello de color. La fuente de gotas de agua se convirtió en una fuente de chispas ardientes que caían en un círculo perfecto justo más allá de sus dedos. Y dentro de esa luz verde, dorada y plateada se vio a sí misma, y a un niño en sus brazos.

El recién nacido se acurrucaba desnudo contra sus pechos desnudos, el cabello dorado de Rohan, una cofia de seda que enmarcaba su pequeño rostro de luz. El Fuego proyectaba sombras verdosas en sus ojos azules mientras extendía un pequeño puño hacia su cabello suelto. Sioned se vio abrazando al bebé más cerca, guiándolo hacia su pecho para amamantarlo. Contuvo la respiración, maravillada. Un niño, un hijo... pero entonces vio cómo su propio rostro se alzaba y retrocedió ante la visión de aquellos feroces y furiosos ojos verdes. Tenía verdugones en la frente y un hombro desnudo, quemados en la piel por su propio Fuego.

La visión se desvaneció, y la fuente volvió a ser solo agua. El rocío le golpeó el rostro con una ráfaga repentina de viento a través del jardín. Se estremeció, sacó las manos del agua y se las secó distraídamente en la falda. Cerrando los ojos, rehizo el círculo de agua y su visión en su mente. Un hijo, abrazado celosamente a su pecho; el Fuego de Mensajero del Sol marcando su rostro y su cuerpo. Un temblor repentino la sacudió, pero no quiso saber si era de alegría o de miedo.

Capítulo Veintiuno

Cinco días después, cabalgando por el empinado sendero hacia Cuenco Celestial, Rohan aún se encogía de hombros por la despedida de Lord Hadaan.

—Asegúrate de que ese chico conserve el uso completo de sus extremidades e ingenio —había ordenado el anciano con brusquedad —. Los necesitará si quiere sacar algo de esta ruina.

No se había dicho nada más al respecto, pero una palmada en el hombro y un gruñido de precaución indicaban la aprobación de Hadaan a la elección de Rohan para el próximo athri de Remagev. Fue de lo más gratificante, aunque su hombro le hubiera dolido todo el día después con el entusiasmo del saludo de despedida de su pariente. Cuando los jinetes llegaron al borde del antiguo cráter, Rohan tiró de las riendas para apreciar el vasto lago azul. La Fortaleza Cuenco Celestial se agazapaba en la orilla como un dragón gris iracundo, con las alas plegadas en ángulos extraños y las garras hundidas en el suelo pedregoso. Un camino lo suficientemente ancho para tres caballos rodeaba el lago, y un sendero más estrecho ascendía al otro lado hasta desaparecer por el acantilado. Este conducía a las cuevas de los dragones.

—¡Es precioso! —dijo Tilal al lado de Rohan— ¡Toda esa agua!

—Empiezas a parecer alguien criado en el Desierto. Quizás mientras estemos aquí los dragones vengan a beber.

—¿Crees eso, mi señor? Nunca he visto uno de cerca, solo sobrevolando Aguas Dulces. ¿De verdad son tan grandes como dicen?.

—Más grandes. —Rohan se fijó en un pequeño grupo de jinetes que salían de la fortaleza, y entrecerró los ojos ante la luz del atardecer. Lord Farid se distinguía fácilmente por su túnica blanca y holgada y su espesa barba, pero los otros cuatro eran desconocidos para Rohan. Tocó las costillas de Pashta con los talones y avanzó.

—¡Mi señor príncipe! —lo saludó Farid— ¡Si buscas dragones, acabamos de enterarnos de que están en los altos acantilados!

—¡Entonces, vayamos a observar! —Hizo una seña a Walvis para que avanzara—. Lleva a los demás adentro y cuida de los caballos. Tilal, ¿te gustaría acompañarme?

—¿Puedo, mi señor? —El chico rebotó en la silla y su caballo resopló, irritado—. No me interpondré, lo prometo. —Dirigió una mirada de reojo a Walvis, quien sonrió y extendió una mano para tomar el estandarte del príncipe.

Rohan y Farid intercambiaron noticias mientras se dirigían al sendero del acantilado. Después de un rato, el anciano llamó a uno de

sus acompañantes para que se acercara, lo que hizo que Rohan olvidara sus modales y se quedara mirando mientras le presentaban a Feylin de Cuenco Celestial. Parecía que su contraparte de dragones era una mujer, y además joven y hermosa.

Ella respondió a su sorpresa con una sonrisa irónica que iluminó su rostro bronceado.

—Es un honor conocerlo por fin, mi señor —dijo—. ¡Y estar cazando dragones con usted!

—El honor es mío —dijo, recuperándose—. Perdóname por la mirada, pero eres muy joven para saber tanto y ser tan bueno en lo que haces por mí.

—Diecinueve el otoño pasado —respondió ella alegremente—. Completamente joven, lo admito, pero con una vista aguda y capaz de contar, y de entender lo que he contado.

—Eso he descubierto. —Sonrió, apreciando su naturalidad—. ¿Siempre has visto dragones?

—Desde pequeña. Donde vivíamos, cerca de la frontera con Cunaxan, los terrenos estaban tan cerca que sentíamos el viento de sus alas y hacíamos cuchillos con sus dientes —Sacó una daga de su cinturón y se la pasó, con el mango por delante.

El cuchillo era adecuado para apuñalar, no para cortar, pero la punta era tan fina como una aguja y atravesaría el vientre de un hombre hasta la columna vertebral.

—¿Tuviste que discutir mucho con el dragón que solía tener esto? —preguntó Rohan mientras se la devolvía.

Feylin rió y guardó la daga en su vaina.

—¡Yo no, mi señor! Nunca me acerqué a sus hogares hasta que volaron de vuelta al sur. ¿Acercarme a esas hileras de dientes, la mayoría del doble de grandes que esta? ¡Yo no!

Llegaron al estrecho sendero que ascendía por la ladera del cráter, y tuvieron que ir en fila india. A Rohan le frustraba no poder seguir hablando con aquella chica de ojos grises que contaba sus dragones y probablemente sabía tanto de ellos como él. Pero se prometió una larga y agradable conversación con Feylin en privado al regresar a la fortaleza.

Avanzaban lentamente por la cornisa, y mientras Rohan guiaba a Pashta cerca del gris moteado de Farid, imaginó cómo sería recorrer ese sendero con un jinete y un caballo desequilibrados, cubiertos de un pesado oro de dragón. Sin embargo, un mejor camino habría alertado a los forasteros de los extraños sucesos en Cuenco Celestial. Desde los acantilados cabalgaron por un sendero resbaladizo hacia un cañón donde el viento había tallado esculturas hermosas y grotescas. Castillos toscos ostentaban elegantes agujas; criaturas horribles con múltiples extremidades; enormes rocas parecían

equilibrarse sobre frágiles picos no más anchos que la hoja de una espada. La roca tenía tonalidades que iban del granate al ámbar y al ónix, con colores que se entrecruzaban en ángulos extraños y vertiginosos. Se llamaba la Corte del Dios de la Tormenta, y la activa imaginación de Rohan creó una variedad de monstruos imposibles acechando entre las sombras. Había visto el cañón en la mayoría de sus estados de ánimo, desde la radiante mañana hasta el inquietante atardecer y la gélida luz de la luna, cuando las sombras se difuminaban y a veces se triplicaban según la posición de las lunas en el cielo. Un sendero escarpado de cinco metros serpenteaba a través de la Corte, y los jinetes guardaban un respetuoso silencio. Entonces Farid los condujo en dirección opuesta a las cuevas, explicándole a Rohan por encima del hombro que el valle cercano era el lugar perfecto para que los dragones realizaran sus danzas, y que más allá había más acantilados donde incluso ahora las plantas agridulces estaban siendo devoradas. Rohan conocía bien el sendero; la cosecha de agridulce era la que él y Farid habían mezclado con dranath. Miró a Tilal, cuyos ojos eran círculos de asombrada curiosidad. Una lástima que fuera el hijo menor y no heredara Aguas Dulces; la educación y la experiencia que estaba adquiriendo en el Desierto lo habrían convertido en un excelente athri. Quizás cuando alcanzara la edad de Walvis y fuera nombrado caballero, Rohan podría encontrarle un lugar que le permitiera aprovechar los talentos que ahora cultivaba.

Tras una empinada subida para salir de la Corte, se detuvieron en una cima para contemplar un valle arenoso. Las dragonas descansaban al sol, disfrutando del calor. Pieles de color bronce pálido, escarlata oscuro y gris plateado intenso absorbían el sol de la tarde; aquí y allá, un ala se desplegaba lentamente para absorber el máximo calor posible, y grandes cabezas giraban con brusquedad cuando una vecina se acercaba demasiado. Eran enormes, letales, las criaturas más hermosas que Rohan había visto en su vida, pero tan pocas. Contó rápidamente y descubrió que, de las treinta y dos hembras que Feylin había reportado, solo diecinueve se recostaban allí en la arena.

Haciéndole un gesto para que se acercara, preguntó:

—¿Dónde están las demás?

Ella se encogió de hombros, echándose su desordenada trenza roja oscura hacia atrás por encima del hombro.

—No lo sé, mi señor. Puede que hayan volado buscando cuevas. No se acercarán a las de Cuenco Celestial. Lord Farid ordenó que las desalojaran hace veinte días, con la esperanza de que los dragones las usaran este año, pero estoy seguro de que intuyen que ha habido gente allí. Los dragones son más inteligentes de lo que se cree.

Farid guió a su caballo y dijo:

—Yo también estoy preocupado por los sementales. Quizás estén con sus otras damas, pero ¿dónde?

—El Vere Norte es demasiado frío —reflexionó Feylin—. Los huevos tardarían demasiado en eclosionar. En el sur hace bastante calor, pero, salvo Riven Rock, la mayoría de las cuevas se han derrumbado. Hice un estudio el año pasado, mi señor —explicó mientras Rohan la interrogaba con una ceja levantada—. Las únicas cuevas adecuadas están aquí y en un lugar justo a este lado del Castillo Feruche. Lo suficientemente calientes, lo suficientemente grandes, lo suficientemente resistentes, y con dulcamara creciendo cerca para preparar a esos viejos sementales. —Sonrió—. Para eso sirve la planta, ¿sabes?

Rohan se atragantó con una risa repentina.

—¿De verdad? Tendré que envolver un poco y regalárselo a Roelstra.

Farid, serio pero con un brillo alegre y malicioso en los ojos, dijo:

—Se rumorea que la producción de hijas ha bajado porque ciertas cosas tienen dificultades para crecer.

Tilal, cuya mirada no se apartaba de los dragones, gritó en voz baja:

—¡Mi señor! ¡Creo que nos han visto!

La atención de Rohan se dirigió al valle, donde varias hembras habían alzado la cabeza para contemplar la cornisa.

—Entonces, mejor nos vamos. No quiero interrumpir la siesta de estas damas. Pero me gustaría echar un vistazo a los sementales. Farid, ¿crees que estarán en los acantilados? Todavía no oscurecerá en un rato.

Una vez fuera de la vista de las dragonas, pudieron acelerar el paso sin temor a llamar la atención. El camino también fue más fácil, ya que siguieron el antiguo cauce de un río que descendía desde la cima de la colina y luego subieron otra ladera. Oyeron a los dragones mucho antes de llegar a la cima, que daba a un desfiladero sembrado de rocas. En los acantilados más alejados, tres enormes sementales estaban ocupados arrancando dulcamara de raíz. De vez en cuando, uno rugía a los demás, y los ecos provocaban estruendosos desprendimientos de rocas.

—Mi señor —Tilal se hallaba boquiabierto—, ¿es cierto que mataste a uno de esos? —susurró.

—Sí —respondió Rohan secamente, sin querer recordarlo—. Acerquémonos, Farid. —Mirando a Feylin con una mirada divertida, añadió—: Te excusaré de unirte a nosotros.

—Gracias, mi señor —dijo ella con fervor, con los ojos abiertos y cautelosos puestos en los tres sementales.

A lo largo de la cima crecían matorrales secos, apenas verdes, en los que se posaban algunas aves que se dirigían a otro lugar. Las sombras se intensificaban a medida que el sol se ponía lentamente, pero Rohan no pensaba en el momento. Quería ver a esos dragones de cerca: criaturas fuertes, sanas y orgullosas, no cadáveres pudriéndose en la arena.

—¡Allá arriba, mi señor! —jadeó Tilal, señalando al cielo.

Una docena más de dragones surcaban el aire con poderosas alas; las hembras desaparecidas volaban hacia el norte. Ignoraban a los sementales que gritaban para atraerlas. Cobrizas, negras y de un verde pardo, las dragonas volaban con su arrogante fuerza, y Rohan de repente rió a carcajadas con la alegría de su libertad. Cedió al impulso y apresuró a su semental al galope. Farid gritó una advertencia que él ignoró. Instó a Pashta a acelerar por las colinas y se elevaron sobre el suelo rocoso, con su túnica dorada ondeando tras él como alas. Él también era un dragón en vuelo libre.

El camino descendía durante medio tramo, luego ascendía abruptamente. Podía ver a los dragones sobre él y sabía que pronto lo dejarían atrás y desaparecerían entre las montañas que rodeaban Feruche... y maldita sea Ianthe, que probablemente enviaría a su último amante a matar a un dragón por capricho. El viento se arremolinaba a su alrededor, le hacía retroceder la melena a Pashta hasta los ojos, le azotaba la cara y el pecho medio desnudo. Saltando una enorme roca, por un instante sintió la oleada de músculos y alas que lo llevarían al cielo junto con los dragones. Un dolor punzante le golpeó el hombro derecho y creyó que una roca había salido volando de los cascos del semental. Pero algo tiraba de la herida. Tanteó con la mano izquierda, tirando de las riendas con la derecha, que empezaba a entumecerse un poco, y sus dedos se engancharon en la empuñadura de un cuchillo. Un bosquecillo de arbustos ralos y secos se extendía frente a él, y de él salieron corriendo seis hombres a pie, algunos con arcos, otros con espadas. Pashta resbaló sobre las piedras sueltas, lanzando un grito de desafío, como dictaban su sangre y su entrenamiento, y se encabritó con los cascos azotando. Rohan se aferró, agarrando su espada con la mano izquierda y uno de sus cuchillos de bota con la derecha. Los hombres fueron a por él, uno de ellos agarró la brida del semental mientras descendía; Un poderoso tirón hizo girar la cabeza del caballo y el hombre perdió un trozo de manga y carne por el esfuerzo. Pero perdió el equilibrio. Mientras Rohan abría paso a través de brazos alzados y apuñalaba pechos, Pashta se tambaleó y Rohan cayó al suelo.

Su visión se llenó de arcoíris negros cuando una mano tiró del cuchillo que tenía clavado en el hombro, desgarrando el músculo. Le arrebataron la espada. Intentó rodar, pero el hombre aún sujetaba la

hoja y la retorció de nuevo. Por acto del mero instinto le clavó el codo en el vientre. Momentáneamente liberado, arrancó el cuchillo de la carne. El dolor lo hizo tambalear con un repentino mareo.

Oyó el grito de Farid, su nombre, la llamada frenética de Tilal. Giró en redondo, gritando una orden para que lo dejaran. No veía nada, no sentía nada más que el increíble fuego en el hombro y un nuevo dolor punzante en el muslo. Lo intentó torpemente, y el dolor de extraer la flecha, de alguna manera, le aclaró la visión. Un movimiento involuntario lo hizo girar y apuñalar con el cuchillo que aún tenía su sangre. Pero sus ojos lo traicionaron entonces, mirando fugazmente las plumas de la flecha, esperando confirmar su sospecha al ver los colores de Mérida. La mirada fue un error imperdonable, pues lo dejó expuesto al golpe que lo derribó. Mientras se desplomaba en el suelo, los colores que lo persiguieron hasta la inconsciencia no eran el marrón y verde de Mérida, sino violeta con ribetes dorados. Los colores de Roelstra... y de Ianthe.

Feylin observó cómo las sombras llenaban el valle como una marea impetuosa, de tonos índigo, marrón oscuro y un extraño negro verdoso. En los acantilados, los dragones parecían haberse fundido con la piedra. Negó con la cabeza, preguntándose por qué los hombres eran tan estúpidamente imprudentes. Los dragones eran maravillas para contemplar, pero a una distancia prudencial. El príncipe Rohan, Lord Farid y el joven escudero ya deberían haber regresado de su insensata persecución de dragones, y se lo dijo al hombre que estaba a su lado.

Darfir se encogió de hombros y lanzó una mirada inquieta al otro lado del desfiladero, hacia los invisibles dragones.

—Su señoría conoce el camino a casa.

Aunque sus palabras eran bastante casuales, sus manos se deslizaban constantemente por las riendas y sus ojos escudriñaban el sendero sin cesar. Feylin se mordió el labio.

—Los esperaremos —dijo, y escudriñó la luz moribunda.

Poco después, Darfir soltó una maldición ahogada y señaló los acantilados. Una gran sombra alada apareció contra el cielo oscuro y emprendió el vuelo. La sangre de Feylin se congeló cuando el dragón lanzó un grito de caza que le resultaba familiar desde la infancia.

—Dulce Diosa —susurró Darfir—. ¿Viene tras nosotros?

—No —dijo otro de los hombres—. Mira.

El dragón se abalanzó sobre el desfiladero y fue engullido por la oscuridad. El débil grito de un caballo se elevó y murió abruptamente. Momentos después, el semental se elevó de nuevo en el cielo, volando hacia una percha remota con una figura grande y flácida colgando de sus garras. Incluso a la distancia, la piel pía indicaba que se trataba de la montura del escudero.

—Oh, no —susurró Feylin, y al instante siguiente clavó los talones en los flancos de su caballo.

Los demás la siguieron, el ritmo arrítmico de los cascos en perfecta armonía con el latido incierto de su corazón. De repente, tiró de las riendas, pues delante de ella trotaba el caballo castrado moteado de Lord Farid, rumbo a casa. Darfir se adelantó y agarró las riendas. Una rápida inspección reveló las muescas en su piel y la sangre en las riendas donde la mano de Farid las habría sujetado.

—Él conoce el camino a casa, a diferencia del que atrapó el dragón —dijo Darfir con gravedad—. En cuanto al semental del príncipe, ya podría estar en cualquier lugar.

—No se cayeron de sus caballos —dijo Feylin en voz baja.

—Quienquiera que los haya hecho perder sus monturas, caminaba sobre dos patas y las atacó con acero —gruñó Lhoys, el mayor de los hombres.

—O con cristal —añadió Feylin—. Y tampoco se habrán quedado esperando. ¿Puedes encontrar las huellas, Lhoys?

El anciano asintió y desmontó para escudriñar el terreno.

—Trae al caballo. Puede que lo necesitemos.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó Feylin mirando a Darfir.

—¿Cómo pudieron los Mérida llegar tan al sur sin que nos enteráramos?

—No se atreverían. —Pero fue una protesta débil.

Lhoys se había alejado un poco de ellos y ahora se giraba para gritar.

—¡Victoria!

A media distancia, encontraron el lugar donde el caballo del escudero se había adentrado en el desfiladero; las huellas indicaban un galope desesperado. Cabalgaron en silencio mientras la luz empeoraba y cada silueta se convertía en una amenaza. Por fin, Feylin se detuvo al ver un matorral y una figura oscura en el suelo. Gritó y saltó de la silla.

Farid yacía despatarrado en un charco de su propia sangre, cubierto de tierra, con una herida abierta en el costado, la espada aún en la mano, la hoja oscurecida por la sangre. La muerte no había apaciguado su rostro, y mientras se agachaba junto a él, casi esperaba que se incorporara y desahogara su rabia antes de volver a arremeter contra sus atacantes. Suavizando sus facciones con ternura, cerró sus ojos ciegos e inclinó la cabeza.

—Miren —gritó Lhoys, y ella levantó la vista, con los ojos empañados por las lágrimas. El anciano estaba a unos pasos de distancia, señalando el suelo—. Hay sangre por todas partes. Nuestro señor y su gracia dieron buena cuenta de sí mismos. Hay señales de cuerpos arrastrados... ¿ven las marcas de los tacones de las botas en

la tierra? Tres hombres no podían caminar cuando esto terminó.

—O dos de ellos y el príncipe Rohan —dijo Feylin, temblando—. ¿Llevaba espuelas? Estos tres sí.

—No lo sé. No me acuerdo.

—¿Entrenado por su padre y montado por Lord Chaynal en un caballo como ese? Ninguna espuela tocó jamás a ese semental, ni de ningún otro príncipe con el que Rohan haya montado.

—Darfir, sube a nuestro señor a su caballo —dijo Feylin frotándose los ojos—. Lo llevaremos de vuelta a casa.

—Seguiremos las huellas hasta donde podamos —gruñó Lhoys.

—Ya no hay luz —protestó Darfir.

Lhoys maldijo y escupió, y partió de todos modos. Feylin lo alcanzó.

—¿Y si los encontramos? ¿Cuatro de nosotros contra cuántos de ellos? ¿Y con una espada en la garganta del príncipe? ¿Y qué pasa con el chico?

—Es lo suficientemente pequeño para llevarlo, por supuesto. Creía que eras cuidadosa observando las cosas.

—Y yo que creía que eras orfebre.

—Solo después de hartarme de guiar las riquezas de otros por las montañas —resopló Lhoys—, muchacha. Hay vidas menos peligrosas.

Twilight los guió hasta un afloramiento rocoso. Lhoys negó con la cabeza, derrotado.

—Seis caballos, por las cicatrices en los arbustos donde ataban las riendas. Tomaron el camino más difícil desde aquí. Ni siquiera yo puedo encontrarlos ahora.

—Lhoys, mira aquí. —Feylin cogió un objeto pequeño y brillante que le había llamado la atención—. Es una moneda... no, un medallón.

Se la quitó y pasó un dedo por ambas superficies.

—Acuñado cuando los Mérida tenían Stronghold. Tenían un orfebre legendario por aquel entonces. Reconozco la obra. —Escupió de nuevo—. ¡Malditos sean los Mérida! Mientras regresaban con los demás, preguntó—: ¿Vieron alguna vez a su princesa?

—No. Todas las veces que me han visitado, he estado persiguiendo dragones.

—Fuego en su cabello, y lo invoca en sus manos cuando quiere, pero nada comparado con el Fuego que encenderá alrededor de Mérida cuando se entere de esto. Liderará ejércitos enteros para recuperarlo.

—¡Lo matarán si lo intenta!

—Nunca han visto a la princesa —dijo. Sus ojos brillaban en la penumbra.

Beliaev se frotó la cicatriz ritual en la barbilla y miró fijamente las tímidas lunas que apenas se veían entre las montañas escarpadas.

En pocos días brillarían por completo y proporcionarían suficiente luz para cabalgar. Tal como estaban las cosas, corría el peligro constante de resbalar en una roca peligrosa o perderse un punto de referencia esencial. Había sido un mal momento, se quejó mientras cabalgaba, y la maldita princesa no iba a estar contenta. Bueno, ese era su problema, pensó Beliaev, y maldijo al ver que las patas delanteras de su caballo resbalaban sobre piedras sueltas. ¿Cómo iba a saber que ese príncipe insensato saldría a observar dragones tan pronto? ¿Cómo iba a prever que Rohan cabalgaría por las mismas colinas donde Beliaev y sus hombres buscaban una emboscada adecuada?

Habían llegado apenas ayer. Ese escaso matorral no habría sido la opción de Beliaev para cubrirse, pero supuso que las cosas habían salido bien a pesar de la prisa de los preparativos. Tiró de la rienda y se dio el gusto de escupir en la rubia cabeza del príncipe. Rohan estaba colgado en la silla como un saco de grano. La cuerda que le ataba las muñecas y los tobillos pasaba apretada bajo el vientre del caballo. A su lado estaba uno de los muertos de Beliaev, con una tela gruesa envuelta alrededor de su brazo casi cercenado para que la sangre que goteaba no dejara rastro. La espada real responsable de esa muerte e incluso otra más estaban ahora en posesión de Beliaev, junto con los cuchillos del príncipe —había sido advertido sobre ellos — y la túnica dorada sin mangas. Se frotó la mejilla contra el hombro; la suave seda y los punzantes bordados de plata le sentaban de maravilla. Una lástima que la prenda se hubiera arruinado con desgarros y sangre, pero quizás las mujeres de la princesa podrían remendarla y limpiarla. Ahora que habían terminado sus infernales tapices de dragones, no tenían nada mejor que hacer.

Los cascos de su montura resbalaron de nuevo, y Beliaev lanzó un grito de advertencia a los hombres que lo seguían. Dos de ellos estaban heridos, dos muertos y atados a las sillas de montar, y uno sujetaba al escudero atado y amordazado frente a él. Había costado un tiempo precioso asegurar a los heridos, y la marcha era lenta con tres caballos atados a las riendas. Pero dejar atrás a los hombres era impensable. Eran de Ianthe y se les podía identificar como tales por su ropa, y por esa maldita flecha que tanto tiempo les había costado encontrar en la tierra. La gente del príncipe debía creer que los Mérida eran los únicos responsables de la captura de Rohan; por eso, el medallón quedó donde seguramente alguien lo encontraría. Beliaev sonrió al pensar en Lord Chaynal cabalgando hacia el norte a la cabeza de los ejércitos del Desierto, hacia las llanuras a las afueras de Tiglat, justo pasando Feruche, donde retendrían a Rohan hasta que Ianthe hiciera lo que fuera que planeara hacerle. Por su parte, Beliaev habría preferido descuartizar al príncipe en formas curiosas para enviárselo a su esposa, la bruja Mensajera del Sol, pero Ianthe

se lo había prohibido. Ella le había asegurado que el resultado final sería mucho más satisfactorio, y había un brillo feroz en sus ojos que imposibilitaba la duda.

No es que confiara en ella, reflexionó mientras se reclinaba ligeramente en la silla, intentando aliviar el dolor de espalda. Lord Farid le había propinado una potente patada mientras aún estaba a caballo, y había sido un verdadero placer clavar su espada en el costado del anciano. También tenía moretones en otras partes, que cabalgar no aliviaba en absoluto. Treinta medidas más para Feruche, y luego disfrutaría de las atenciones de las mujeres de la princesa mientras Rohan era entregado a Ianthe. Beliaev no confiaba en ella en absoluto, pero cualquier cambio de planes no le beneficiaría en ese momento. Las posibilidades lo molestaban con sus planes para el príncipe, pero terminaban en un encogimiento de hombros. A Beliaev le daba igual que se quedara con Rohan como mascota o lo tirara por los acantilados.

Se estiró, incapaz de apartar una mano de las riendas o la cuerda para frotarse la espalda, y pensó en la manera más rápida de avisar a sus hermanos del norte de que los preparativos debían apresurarse. El ataque a Tiglat —un golpe audaz, ese— tendría que comenzar antes de lo planeado. Ianthe y Roelstra lo habían advertido, pero nunca habría un mejor momento para la destrucción de la ciudad. El Alto Príncipe, en connivencia con el joven Príncipe Jastri de Syr, pronto estaría realizando maniobras militares en la orilla syrena del río Faolain. El plan de Roelstra era usar estos ejércitos para aniquilar en una batalla rápida todas las tropas que el Desierto pudiera reunir. Por lo tanto, había ordenado a los Mérida que no hicieran ningún movimiento contra Tiglat que obligara a Lord Chaynal a dividir sus fuerzas al norte y al sur. Pero Tiglat estaba allí, listo para la batalla, y si el Alto Príncipe pensaba que los Mérida dejarían pasar esta oportunidad, estaba muy equivocado. Si el ejército del Señor de Radzyn, ladrón de caballos, se dividía para defender Tiglat y la frontera de Faolain, mala suerte para Roelstra. De hecho, se dijo Beliaev, le haría un favor a Roelstra encargándose de la mitad del Desierto. Y, además, con Tiglat en manos de Mérida, Roelstra no tendría forma de incumplir su promesa de que el Desierto del norte volvería a sus legítimos dueños. Beliaev tampoco confiaba en el Alto Príncipe.

Bajó la mirada al ver que la rubia cabeza de Rohan se movía y un gemido ahogado escapó de su garganta. Deslizando el pie del estribo, asestó una patada cuidadosa justo por encima de la oreja de Rohan. No podía arriesgarse a sufrir más daños por miedo a la ira de Ianthe. El príncipe volvió a sumirse en la inconsciencia. La tenue luz de la luna se reflejaba en la mancha de sangre de su hombro, y Beliaev

sonrió. Fuera o no un mal momento, tenía a Rohan a salvo y lo entregaría como había prometido. Para el invierno, los Mérida volverían a gobernar desde Stronghold.

Esta feliz idea lo sostuvo durante los siguientes kilómetros de sinuosas laderas montañosas. Por fin, el sol empezó a asomar tentativamente por el cielo oriental, y Beliaev aceleró un poco el paso. Maldijo la necesidad de rodear la guarnición del Desierto, bajo Feruche, pues la ruta de regreso añadía otros diez kilómetros a un viaje ya interminable. Pero todo habría sido en vano si los hombres de Rohan avistaban a este extraño grupo cabalgando hacia Feruche.

El sol abrasó con fuerza todo el día, y al anochecer seguía siendo brutal. Por fin, Beliaev condujo al grupo a través del estrecho paso trasero. Los guardias, asustados en los solitarios puestos, lo desafiaron, y él respondió con un gruñido. Las torres del castillo se alzaban más allá de las rocas, atormentándolo durante tres kilómetros antes de llegar finalmente a las puertas. Dentro del patio, se bajó del caballo, dolorido en todos los músculos, y arrebató el odre de agua al primer sirviente que se acercó. Tras vaciarselo por la garganta, exhaló un profundo suspiro y se giró al oír a Ianthe llamar imperiosamente desde la escalera.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Alégrate de que esté aquí —espetó. Diosa, pero qué hermosa era la mujer, pensó. Su mirada recorrió el cuerpo perfecto apenas oculto por una bata de seda amarilla. Tenía el pelo enredado y los pies descalzos, y era evidente que la había despertado de una siesta con la llegada de su premio. Cuando su rostro se iluminó de repente con un fuego interior, supo que había visto a Rohan.

—¿Está herido? —preguntó ella, ansiosa como una madre, aunque no había nada de ternura en sus penetrantes ojos oscuros.

—No mucho. Un corte en el hombro y un dolor de cabeza. Es todo tuyo, princesa. Haz lo que quieras con él.

—Eso pienso hacer —dijo, e hizo un gesto a las mujeres que rondaban. Bajaron al príncipe al suelo y dos hombres se acercaron con una litera. Mientras llevaban a Rohan a la fortaleza, Ianthe vio al chico—. ¿Qué es eso?

—Su escudero, supongo. Farid murió en la escaramuza. No pensé que te importaría, pero impuse mi límite en no matar niños.

—Así que tienes límites. Qué interesante. Desata la mordaza. Quiero oír lo que tiene que decir.

Entumecido por una larga noche y un día aún más largo colgado de una silla de montar, la sangre del chico se calentó rápidamente al tener la oportunidad de desahogar su furia. Escupió al suelo cuando le quitaron la tela de la boca, y luego escupió una vez más, esta vez a Ianthe.

Ella retrocedió un paso, frunciendo el ceño.

—¡No lo intentes otra vez, mocosa! ¿Cómo te llamas?

Él apretó la mandíbula con terquedad y la fulminó con la mirada.

—¡Habla mientras aún tengas la lengua para hacerlo!

Sus ojos verdes se abrieron de par en par, pero no dijo nada.

—Esos que llevas puestos no son solo los colores de Rohan —reflexionó Ianthe—. El azul y el plateado son suyos, pero el negro y el verde… —Se dio un golpecito con el dedo en una mejilla impecable y se echó a reír— ¡Oh, debería haberlo adivinado por los ojos! ¡Eres pariente de la bruja Mensajera del Sol, un pariente de Aguas Dulces! —Volviéndose hacia Beliaev, dijo—: Qué sabio de tu parte no haberlo matado. Será mi mensajero de vuelta a Sioned. ¿Sabes lo que le dirás, muchacho? —le dijo al escudero con una sonrisa dulce y malvada—. Que un ejército de Mensajeros del Sol no recuperará a su preciado príncipe, ni siquiera con Andrade a la cabeza y de rodillas ante mi padre, el Alto Príncipe. Rohan es todo mío ahora, pequeña, como debió haber sido desde el principio. Después de todo, te dejaré mantenerte callado, para que puedas decirle a Sioned exactamente lo que verás mientras estés aquí.

—¡Te matará! —estalló el chico— ¿Matar a una faradhi? ¡Jamás! No tienes el coraje. Ninguno lo tiene.

—Pero yo soy de otra clase, como tu príncipe pronto descubrirá. Beliaev, encárgate de que el mocoso esté limpio y alimentado. Lo quiero en buenas condiciones para su viaje de regreso a Stronghold.

—¿Qué le vas a hacer a mi señor? —gritó el chico.

—Cosas que no te interesarán hasta que seas mayor —rió ella—. Pero puedo dejarte observar para que te eduques y le cuentes a esa zorra de ojos verdes exactamente cómo cuidé a su amado.

Subió las escaleras como un rayo, llamando a sus mujeres para que curaran las heridas del príncipe. Beliaev, comprendiendo por fin lo que realmente quería de Rohan, recordó los tapices de dragones y se alegró mucho de que no los hubieran cosido pensando en él.

Capítulo Veintidós

Kleve había pasado catorce de sus cuarenta y cuatro años recorriendo los principados del norte, acompañado únicamente por dos robustos ponis de montaña. La vida solitaria de un faradhi itinerante le convenía; evitaba cualquier lugar mayor que una aldea con el mismo celo con el que evitaba cruzar el agua. Pero cada primavera pasaba un rato en Tiglat, disfrutando de la compañía de la viuda de cierto posadero y felicitándose por una vida lejos de murallas y ciudades. Kleve se presentó como de costumbre en el pequeño palacio de piedra amarilla del señor Eltanin, una corte triste desde la muerte de la encantadora joven dama Antalya. Kleve esperaba que su señoría, como siempre, le exigiera que contactara con la princesa Sioned con informes demasiado delicados para ser confiados a pergamino y que los juramentos de los faradhi mantenían en secreto. Pero Eltanin, cuyo rostro surcado por arrugas lo hacían parecer casi de la edad de Kleve, solo tenía dos mensajes para la princesa: los Mérida amenazaban y el príncipe Rohan llevaba muchos días de retraso. Así fue como Kleve solo vio un amanecer en Tiglat antes de partir de nuevo hacia el Desierto. La princesa le había ordenado, bajo la luz del sol, que se dirigiera a Cuenco Celestial con el doble propósito de averiguar dónde estaba su esposo y advertir sobre el Mérida. Sus colores habían sido estrictamente controlados, como correspondía a una faradhi de alto rango y a una princesa, pero bajo ellos Kleve sintió un terror negro que dio una urgente profundidad a sus órdenes.

Eltanin había proporcionado un caballo la mitad del tamaño del fiel poni de Kleve, y el paso fuerte y suave del castrado lo proclamaba como un ejemplar de pura sangre de Lord Chaynal. Kleve nunca había montado un animal tan fino y veloz como este, y se disculpó en silencio con su viejo amigo abandonado por su desleal disfrute de la velocidad del castrado.

Pero la rapidez por sí sola no pudo salvarlo de la amenaza que apareció en la primera tarde de su viaje. Cuatro jinetes se acercaron a él desde el sol. Kleve apretó las riendas para sentir la reconfortante presión de sus anillos. Solo cinco, pero suficientes para defenderse con Fuego y un poco de conjuro si era necesario. En sus años como Mensajero del Sol errante, se había topado con una buena cantidad de bandidos y ladrones que apenas respetaban su vocación. Siempre había obedecido la orden de no matar, pero nunca había dudado en dejar a sus atacantes mucho peor por su insensatez.

Detuvo al caballo castrado y comenzó sus preparativos mientras los cuatro jinetes se abalanzaban sobre él. Cuando estuvieron lo

suficientemente cerca como para verlo con claridad, levantó la mano derecha, con los dedos separados y en ángulo para reflejar la luz en sus anillos.

—¡Gracias a la Diosa! —gritó una joven voz— ¡Mensajero del Sol, tenemos una urgencia!

Kleve se quedó donde estaba mientras se acercaban: un joven, una chica de aproximadamente la misma edad, un hombre mayor que Kleve y un niño con ojos verdes que brillaban en un rostro magullado y furioso. Reparó espadas, cuchillos y colores reveladores a simple vista, así como la calidad de la ropa bajo la tierra. Un joven caballero, un hombre de armas retirado a actividades más pacíficas, un escudero y una muchacha cuya posición no estaba clara de inmediato. El faradhi asintió para sí mismo, aliviado. La única amenaza que representaban era para la salud de sus caballos, que presentaban todas las señales de haber sido montados con demasiada fuerza y velocidad.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó Kleve cortésmente.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó la muchacha con amargura, apartándose el pelo de la cara.

—Algún nombre podría ayudar —sugirió—. El mío es Kleve, y creo que soy la persona que llevas buscando al galope desde Cuenco Celestial.

—Exactamente —dijo el joven—. Tenemos noticias para la princesa Sioned que no se pueden confiar a correos, aunque, de todas formas, ella está lejos de Stronghold. —Luego hizo una pausa, entrecerrando los ojos azules—. ¿Cómo supiste que somos de Cuenco Celestial?

Kleve sonrió, aceptando el tardío homenaje a su capacidad de observación y deducción que le habían inculcado en la Fortaleza de la Diosa, y se negó a responder. Al fin y al cabo, Lady Andrade nunca lo hacía. Miró al sol, que apenas coronaba las colinas occidentales.

—Dime rápidamente qué mensaje quieres enviar, antes de que se apague la luz y me sea imposible llegar hasta ella antes de la salida de la luna.

—¡Se lo han llevado! —exclamó el chico— ¡La princesa Ianthe ha secuestrado a mi señor y lo ha llevado a Feruche!

El joven caballero lo silenció con una mirada y comenzó el relato. Sus nombres eran Walvis, Tilal, Feylin y Lhoys, los dos últimos de Cuenco Celestial, el primero de la suite del príncipe en Stronghold. Solo Lhoys no contribuyó al relato, y permaneció sentado con el ceño fruncido en su caballo mientras los otros tres intercambiaban la historia rápidamente. Kleve se preparó mientras escuchaba, reduciéndolo todo a lo esencial mientras comenzaba el tejido de luz que cabalgaría hacia las Tierras Bajas de Faolain, donde se

encontraba la princesa. Voló sobre las franjas de sol poniente, su segundo viaje de ese tipo hoy. Agradeció su respuesta instantánea y su toque fuerte y tranquilizador en la luz.

Bendición de la Diosa, mi señora. Escúchame pronto, porque el sol muere y solo tengo cinco anillos. Vuestro príncipe, buscando dragones, encontró una emboscada y ahora está retenido en Feruche. Su escudero fue liberado ileso y encontró a otros que cruzaban el Desierto hacia mí en Tiglath. Tu guarnición al pie de Feruche ha sido masacrada. Cuenco Celestial no tiene tropas para asaltar el castillo. Lord Farid ha muerto. Tiglat no puede ayudar, pues el escudero supo que los Mérida atacarán en cuestión de días. Dame tus órdenes y se las transmitiré a Walvis.

¡ROHAN! Su grito angustiado casi destrozó la luz del sol y Kleve se maravilló de que los otros cuatro no pudieran oírlo. Entonces se disciplinó para calmarse, pero la furia que la envolvía hizo que Kleve se estremeciera.

¡Bendición de la Diosa, Mensajero del Sol! Envía a Walvis a Tiglat con noticias de los Mérida. En mi nombre, convocará al norte para la batalla allí. Acompáñalo y envíame noticias al mediodía, cuando el sol esté más fuerte. Reuniré a los ejércitos del sur y —¡por la Diosa!—, ¡arrasaré Feruche hasta las arenas muertas!

Y entonces el sol dejó las altas colinas en la oscuridad, y Kleve se recompuso. Respiró hondo varias veces para calmar su corazón acelerado, pues había estado a punto de morir. Unos instantes más y el crepúsculo lo habría reclamado, perdido entre las sombras.

Cuando pudo hablar, detalló las órdenes de la princesa. Como era de esperar de un caballero tan joven, Walvis se debatía entre el intenso deseo de luchar contra los enemigos de su príncipe y la igualmente profunda necesidad de rescatarlo de la princesa Ianthe.

—Lord Eltanin puede liderar el norte —dijo finalmente—. Mi deber es con mi señor.

—¡Discutimos esto en Cuenco Celestial! —la mirada de Feylin era fulminante mientras espetaba tales palabras— ¡No fue tu culpa que se llevaran al príncipe! ¿Cómo ibas a saberlo? ¿Cómo iba a saberlo alguien? ¡Tu deber es obedecer a la princesa y liderar el norte hacia la victoria contra los Mérida!

Kleve reprimió una sonrisa inoportuna mientras ambos se enfrentaban. Ambos con poco menos de veinte inviernos, según sus cálculos, llenos de orgullo quisquilloso e impaciencia juvenil. Captó la mirada de Lhoys y vio la misma diversión en ella antes de que la expresión del hombre mayor se suavizara y hablara.

—Ve —le dijo a Walvis—. Ella lo ordena. Tilal regresará a Cuenco Celestial con nosotros. Lo necesitaremos para contarle sobre Feruche.

Walvis lanzó una mirada severa al escudero, quien se había

enderezado de golpe en señal de protesta indignada.

—Guarda silencio —ordenó—. Volverás con ellos. Pero yo también debería estar allí.

—¡Diosa en lo alto! —exclamó Feylin— ¿Por qué son tan estúpidos los hombres? La princesa Sioned te ordenó ir. ¡Así que ve! —Se volvió hacia el chico—. Hay plumas y pergaminos en mi taller. Lhoys puede enseñarte. Dibuja todo lo que puedas recordar del castillo y los acantilados que lo rodean, y escribe todo lo que sucede dentro, cuántas tropas viste, todo. Que la Diosa te guarde y presenta mis respetos a la princesa. —Miró desafiante a Walvis—. ¿Vienes o vas a perder más tiempo debatiendo sutilmente cuestiones de deber cuando las Mérida se preparan para el ataque?

Le ahorró la necesidad de una respuesta espoleando a su caballo al galope, en dirección a Tiglat. Solo entonces los demás se dieron cuenta de que pretendía acompañar a Walvis y Kleve a la ciudad. El joven caballero maldijo; Tilal y Kleve simplemente se quedaron mirando. Pero Lhoys se dio una palmada en el muslo y soltó una carcajada.

—¡Mujeres del norte! ¡Di el nombre de Mérida y se lanzan a por la espada más cercana! ¡Mejor alcánzala, muchacho, o tomará el mando de las tropas ella misma!

El mando personal de las tropas era precisamente lo que Sioned pensaba asumir al recuperarse del mensaje de Kleve. Lord Baisal, cuya petición de una nueva fortaleza de piedra incluía un paseo al atardecer sobre el emplazamiento propuesto, farfulló asombrado cuando Sioned interrumpió lo que estaba diciendo y adoptó la expresión distante de una Mensajera del Sol hablando a la luz. Había presenciado su actuación seis años atrás en el Gran Salón de Stronghold, por supuesto, cuando usó la luz de la luna para aferrarse al Mensajero del Sol renegado de Roelstra, pero estar a tiro de piedra de una faradhi en plena acción, que también era la dama de su fe, era algo completamente distinto.

Su balbuceo se acalló con las primeras palabras de ella. Baisal, el más plácido y tranquilo de los hombres, se apartó de la furia de rostro adusto que le ordenó convocar a sus reclutas para su inspección al día siguiente y enviar jinetes a las mansiones y fortalezas cercanas con el mismo propósito. La imposibilidad de estas cosas lo dejó sin habla por unos instantes. Para cuando recuperó la coherencia, ella regresaba a zancadas a los muros de la propiedad, y él corrió a toda prisa para alcanzarla.

—Pero, mi señora, ¡provisiones, caballos, armas! —resopló— ¡No se pueden preparar en un solo día!

—Se os pagará por cualquier provisión que no sea la que soléis proporcionar en tiempos de guerra. No soy un ladrón. Los caballos

pastan en vuestros campos. ¡Cazadlos esta noche y tenedlos ensillados y listos mañana por la mañana! En cuanto a las armas, ¿qué clase de athri sois para no tenerlas a mano en todo momento?

—¡Uno pacífico! —exclamó, temblando por el insulto—. Mi señora, ¿por qué habláis de guerra? ¿Qué ha pasado?

—Roelstra. —El nombre brotó silbando de sus labios—. Roelstra y su hija Ianthe. Señor Baisal, exijo formalmente vuestro deber como mi vasallo para recuperar a vuestro príncipe de manos de la hija del Alto Príncipe en el Castillo de Feruche. ¿Es eso lo suficientemente específico para vos?

Baisal se detuvo en seco. Continuó sin él. Sioned sabía que si se detenía a explicarlo todo, o incluso lo suficiente como para sentir sus propias emociones, empezaría a gritar. Rohan, prisionero de Ianthe, quien sin duda había liberado a Tilal para que proporcionara detalles que la imaginación de Sioned podía proporcionar fácilmente. El alboroto en el patio central le brindó una grata distracción, y se concentró en encontrar a Ostvel en medio de todo.

En cambio, encontró a su hermano.

—¡Sioned! —gritó al verla. Lanzando las riendas a un mozo de cuadra, este se apresuró a abrazarla, llevando consigo olor a sudor, caballo y cuero. Aturdida, miró por encima de su hombro y finalmente captó el significado del patio abarrotado— ¡Davvi! —se zafó de sus brazos y miró boquiabierta a su hermano. Era la primera vez que lo veía desde que había traído a Tilal a la Stronghold hacía dos años— ¿Qué haces aquí? ¡Y con todas estas tropas con armadura completa... Davvi, explícame esto!

Los ojos verdes de su madre la observaban desde su ventaja de media altura. Era doce años mayor que ella, pero la suciedad acumulada en las finas arrugas alrededor de sus ojos lo hacía parecer el doble. También tenía surcos en las mejillas, enmarcando sus labios apretados.

—He traído a todas las tropas que he podido sin peligro; no todas en un solo grupo, por supuesto, o Jastri habría sospechado algo. Dos destacamentos más de doce hombres cada uno me siguen, pero tomé la ruta directa. Los demás deberían estar aquí en un día o dos.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué sospecharía Jastri?

—Pasa al salón y hablaremos. Estoy agotado. Llevo dos días cabalgando sin dormir, ¿o son tres?

Desconcertada, lo acompañó al edificio de piedra y madera que servía a Baisal como comedor, sede de la justicia y dormitorios de los sirvientes. Había una escalera de madera al fondo, que conducía a un pequeño anexo que eran los aposentos privados de la familia. Sioned condujo a Davvi arriba, a la habitación que las hijas de Baisal le habían dejado libre, hablando sin parar y sin obtener respuesta.

—¡Maldita sea, dime por qué estás aquí! —exigió, clavándole las uñas en el brazo— ¡Se suponía que te encontrarías conmigo en cinco días en el puente sur!

—Está muy lejos de Aguas Dulces —dijo él, sin venir a cuento.

—¡Ya lo sé! —Al percibir un deje de histeria en su voz, cerró la puerta de golpe tras ellos y presionó las palmas de las manos contra la madera, respirando larga y lentamente varias veces para calmarse. Cuando se giró, su hermano estaba sentado en un taburete con una copa de vino en la mano. Sioned puso los puños en las caderas y, tras respirar hondo otra vez, continuó—. Dime.

Davvi bebió la mitad del vino de un trago.

—¿Es indigno de una princesa servir más vino? Y más te vale que tú también bebas, Sioned.

—¡Si no me dices enseguida por qué estás aquí con medio ejército, te lo voy a echar por la cabeza! —Volvió a llenarle la copa, siguió su consejo y tomó un poco para ella.

—¡Ojalá fuera medio ejército! —Suspiró, apretando las manos alrededor de la copa, con los codos sobre las rodillas y los hombros flexionados—. Roelstra tiene a nuestro joven príncipe justo donde quiere. —Por un instante pensó que hablaba de Rohan y se preguntó desesperadamente cómo podía saberlo. Pero entonces se dio cuenta de que se refería al príncipe Jastri, hijo de dieciséis años de su pariente, el príncipe Haldor, que había muerto en la Plaga—. ¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Estaba en la corte, en Alto Kirat, cuando llegó el hombre de Roelstra. Ninguno de nosotros le dio mucha importancia. Jastri no es mala persona, solo muy joven. Y ambicioso. Él y Roelstra están realizando maniobras militares en las llanuras del río Catha. *Maniobras militares* —repitió con tristeza, mirándola—. Se suponía que debía unirme a ellos. En cambio, vine aquí. Él solo es mi primo lejano. Tú eres mi hermana.

Sioned palideció al llegar a la obvia conclusión.

—Dulce Diosa —susurró, viendo el mapa tapiz en el estudio de Rohan como si ahora se extendiera ante ella. Los Mérida trabajando en el norte; Roelstra y Jastri con tropas en el sur. Ningún príncipe, ni princesa, en su sano juicio podría ignorar ninguna de las dos amenazas.

—Sabes lo que busca el Alto Príncipe, por supuesto —continuó Davvi—. Jastri hará su trabajo por él. Con el pretexto de enseñarle al muchacho a ser general —todo príncipe debe serlo, y Haldor no vivió lo suficiente para instruir a su hijo en las artes de la guerra—, Roelstra tendrá tropas posicionadas para invadir el Desierto. Sioned, está a solo un día de marcha del Faolain. Tienes a mi gente si la necesitas. Me importa un bledo romper mi juramento a Jastri. Él ha roto el suyo

conmigo y con todos los demás athri de Syr al unirse a Roelstra.

—Pero...

—Querías oírlo, así que déjame llegar hasta el final. —Bebió más vino y enderezó la espalda—. Si yo fuera tú, le avisaría a Lord Chaynal de inmediato que se prepare para la guerra. Roelstra encontrará alguna excusa para cruzar el Faolain. Quizás tu Rohan pueda usar esa lengua de dragón que tiene para zafarse, pero no lo creo. Estoy convencida de que, por el Rialla, Roelstra quiere a Rohan fuera del camino para que el Desierto sea suyo, o de Mérida, que es lo mismo.

—Rohan… —Se atragantó con su nombre y se tranquilizó mirando fijamente la esmeralda en su mano izquierda—. Los Mérida atacarán pronto por el norte. Me acaban de avisar por la luz del sol. Nuestras fuerzas se reducirán a la mitad, Davvi. Iba a convocar a todos y enviarlos a todos...

—¡Por el Dios de la Tormenta! ¡Sioned, esa es la excusa de Roelstra! ¡El ataque de los Mérida pondrá en juego esos malditos tratados de defensa mutua! Así lo hará: ¡cruzar el Faolain fingiendo ir en ayuda de Rohan contra los Mérida! ¡Es una marcha larguísima hasta Tiglat, y cualquier cosa podría pasar en el camino!

—¿Qué importa la excusa? —gritó—. ¡No lo entiendes! ¡Ianthe tiene a Rohan! ¡Lo tiene retenido en Feruche!

Davvi abrió los ojos de par en par y dejó caer la copa al suelo, levantándose para abrazarla.

—Ay, Sioned —susurró.

Habría sido tan bueno llorar. Durante su infancia, antes de que Lady Wisla llegara a Aguas Dulces como esposa de Davvi, sus hermanos eran muy unidos. Sioned quería entregárselo todo y confiar en que arreglaría lo que andaba mal. Pero ese sentimiento pertenecía a la niña que había dejado de ser durante tanto tiempo. Ni siquiera podía llorar en sus brazos; su abrazo no era un hogar para ella, y era imposible encontrar consuelo al ser abrazada por un hombre que no era su esposo.

Se apartó y descubrió que aún aferraba su copa de vino. Tomó un gran trago y se apartó el pelo de la cara.

—Tienes razón, debo enviar a alguien a Radzyn. Habrá suficiente luz de luna esta noche.

Davvi se sobresaltó y negó con la cabeza.

—Sigo olvidando quién eres. Es curioso... Puedo aceptarte como princesa, pero...

—¿Pero no como bruja faradhi? —terminó por él con una leve sonrisa— Cuando salga la luna, hermano, lo creerás.

—Hasta que lo hagan, siéntate y descansa. No discutas. Princesa y Mensajera del Sol o no, sigo siendo tu hermano mayor, muchacha. —

La empujó suavemente sobre la cama y se sentó a su lado—. Ahora, dime cómo sucedió esto.

Ella le contó todo lo que sabía, maldiciéndose a sí misma al ver que él palidecía al mencionar a su hijo.

—Está a salvo, no te preocupes —añadió apresuradamente—. Ianthe lo dejó ir, probablemente para volver y decirme exactamente cómo planea matar a Rohan. —Sioned miró fijamente su vino—. La mataré, Davvi. Lo juro.

—Lady Andrade…

—¡Que se lo diga a la Diosa cuando le plazca! ¡Veré a Ianthe muerta por mi propia mano! Puede que los Faradh'im tengamos prohibido matar, pero los príncipes no. ¿No lo habías oído? Matar es uno de los privilegios de un gobernante. —Vio que su mano temblaba y dejó la copa. Ya había matado; ¿Cuántas veces más hacían falta antes de aceptar que ya no era una Mensajera del Sol regida por votos imposibles de cumplir para una princesa? Votos rotos por el bien de Rohan—. Oh, Diosa, mi Rohan… —Abrazándose, apretándose contra el dolor punzante en el pecho, se balanceó adelante y atrás en un vano intento de escapar del dolor.

—No lo matará. —Davvi le frotó la espalda.

—¡No hasta que deje de jugar con él! Pagarán por esto con sus vidas. Quieren el Desierto, ¿verdad? ¡Pues entonces, la Larga Arenase los tragará!

—Con las tropas de Jastri sumadas a las de Roelstra, hay novecientas al otro lado del Faolain —advirtió.

Sioned se obligó a enderezarse. Extendió ambas manos, los anillos de faradhi brillaban, la esmeralda casi en llamas.

—Míralos, Davvi. ¿Tiene Roelstra un solo aliado que use estos anillos? Esto es lo que Andrade siempre quiso. No así, lo sé, pero los príncipes faradhi eran su objetivo. Tengo el Fuego mismo a mi disposición. Vale al menos esos novecientos de Jastri.

—Sioned, no sé mucho sobre Mensajeros del Sol, pero sí sé que tus juramentos te prohíben matar.

—¿Y mis juramentos como princesa? ¿Como esposa? Andrade sabía lo que hacía cuando me propuso como esposa de Rohan. Creo que contaba con que criáramos hijos faradhi, pero soy estéril, Davvi. La Plaga acabó con mi última esperanza de tener un hijo. Así que me corresponde usar lo que sé y lo que soy. —Le dedicó una pequeña sonrisa feroz—. No creo que Andrade contara con eso. Pero ya lo tiene a cuestas, y si la conozco, cabalgará donde ella quiera. No es tonta. —La frente de Davvi se arrugó aún más por la preocupación—. No te arriesgues tanto, Sioned —le advirtió.

—Ah, pero estoy casado con el príncipe dragón, hermano.

La princesa Tobin, espléndida con un vestido de seda color vino,

entró en las habitaciones de sus hijos para darles las buenas noches. Tenía prisa, pues aún llevaba el pelo despeinado y esa noche ofrecía una pequeña cena de despedida para el embajador syreno. Echándose la pesada trenza por encima del hombro, entró en el dormitorio preparada para enfrentarse a los alborotadores gemelos. Raras eran las noches en que se deslizaban dócilmente en sus camas, y cualquier noche en que lo hicieran significaba enfermedad o intriga.

Efectivamente, estaban enfrascados en una pelea de almohadas con su tutor y la desventurada pareja de escuderos que les habían asignado. Estos últimos se habían atrincherado tras sillas volcadas. Tobin suspiró, sabiendo que el tiempo necesario para calmar la escaramuza la haría llegar tarde a la cena.

—¡Basta! —exclamó entre el alboroto.

El tutor, a punto de agarrar un tobillo real e iniciar un asalto con un cojín bordado, levantó la vista, se puso colorado, perdió el equilibrio y se desplomó en un montón indecoroso. Los escuderos saltaron de detrás de los muebles y huyeron. Privados de su presa, los gemelos se armaron con almohadas casi tan grandes como ellos y acecharon al tutor. Tobin se adelantó y, recogiendo un puñado de camisones de la nuca de cada uno, sacudió a sus hijos juguetonamente.

—Dos contra uno, ¿es ese el comportamiento de un caballero? —regañó—. ¡Dejad al pobre Gervyn en paz!

Morenos, de ojos azules, tan parecidos como dragones nacidos del mismo huevo, Sorin y Andry no mostraron señales de arrepentimiento. Engañados por su víctima, que sabiamente se había levantado y corrido tras los escuderos, en su lugar se lanzaron unos contra otros, chillando de risa cuando una costura se rompió y volaron plumas.

—¡Por el Demonio de la Tormenta! ¿Qué voy a hacer con ustedes? —gruñó Tobin, con su vestido ahora generosamente cubierto de nieve de plumas. Cogiendo a un gemelo en cada brazo, los depositó en sus camas y se quedó de pie junto a ellos con lo que esperaba fuera una mirada severa. Pero lo absurdo del intento, cubiertos de plumas blancas, se vio agravado por las sonrisas traviesas que adornaban los rostros de sus hijos. Tobin desistió y rió—. Son unos pesados y no sé qué hice para merecerlos —dijo, abrazándolos a cada uno por turno —. Debería quemarles el trasero.

—¿Con el Fuego de Mensajero del Sol, como dijo Sioned? —preguntó Sorin con picardía.

—Nosotros tampoco le creímos —intervino Andry con una sonrisa satisfecha, saltando de su cama a la de su hermano para recibir su parte de cariño maternal.

Tobin los besó a ambos y los acurrucó.

—Déjame explicártelo así. Si se te ocurren más bromas, chistes o

ideas ingeniosas, no podrás ir a Stronghold este año mientras tu padre y yo estemos en Waes.

—¡Pero Sioned prometió que podríamos ver dragones! —se lamentó Sorin.

—Y sería una pena que tu comportamiento le impidiera cumplir su promesa, ¿no? Ahora, a dormir contigo. Después de cabalgar toda la tarde y esa pequeña guerra que acaban de montar, ¡no te atrevas a decirme que no tienes sueño!

La pequeña figura de Andry se tensó de repente en su abrazo. La cabeza oscura del chico giró hacia las ventanas donde la luz plateada de las lunas brillaba a través de los marcos sobre la cama. Sus ojos azules estaban abiertos y sombríos, sus mejillas pálidas, sus labios moviéndose en susurros silenciosos.

—¿Andry? ¿Qué pasa, cariño? —preguntó Tobin, aunque temía saberlo muy bien. Sorin se retorció y tocó el brazo de su hermano, con la frente tersa arrugada por la preocupación. Pero lo que un gemelo percibió, el otro no. Tobin se movió hacia la luz de la luna y jadeó al tacto.

¡Bendita sea la Diosa, hermana mía! Perdóname por asustar a Andry. Tobin... ¡Oh, Tobin! ¡Se ha llevado a Rohan! ¡Ianthe lo retiene dentro de Feruche! Roelstra acampa cerca de Faolain, lista para el ataque, y puede que los Mérida ya estén en guerra con nosotros en el norte. Chay debe convocar a los vasallos del sur y entrar en batalla contra Roelstra pronto. Ianthe tiene a Rohan. El ejército del norte debe defender Tiglath. No hay nadie que vaya a Feruche. ¡Dile a Chay que venga rápido, por favor! ¡Debe hacerlo!

Tobin se tambaleó, apretando a sus hijos contra su pecho como anclas gemelas a la realidad. Maldijo la falta de entrenamiento que le impedía enviar preguntas a Sioned por los rayos de la luna. Hubo un tirón brusco, completamente diferente a la habitual despedida suave, y Tobin gritó suavemente.

—¿Mamá? —susurró Sorin, asustado, y tiró de su manga. Ella bajó la mirada con lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora, y luego se giró hacia Andry. Aturdido y confundido por lo que había estado haciendo sin querer, cuando levantó los ojos, se vieron rodeados por la luz de la luna.

—Tranquilo, cariño —lo tranquilizó—. Solo las lunas, nada más. Vamos, vamos a arroparlos a ambos en la cama.

—Pero, mamá...

—Calla, Sorin. Solo eran las lunas. —Se dedicó a la reconfortante tarea de acomodarlos con las sábanas, besarlos en la frente y darles las buenas noches con una sonrisa. Sorin estaba dispuesto a creer que no había sucedido nada inusual y se dispuso a dormir. Pero Andry, su segundo hijo Mensajero del Sol, seguía preocupado. Pero

no tenía miedo, notó Tobin con orgullo, igual que Maarken no lo había tenido al darse cuenta de los dones que había heredado. Acarició la mejilla de Andry y susurró—: Duerme ahora, hijo mío. No pasa nada, te lo prometo.

Él se mordió el labio, asintió y se acurrucó de lado. Ella esperó a que ambos se durmieran antes de correr a sus aposentos a cambiarse de ropa. Se cepilló el pelo y lo dejó suelto, una falta de etiqueta, pues las mujeres casadas no llevaban el pelo suelto en compañía, pero eso no le importaba. Bajando las escaleras rápidamente, vio que Chay comenzaba a acompañar a sus invitados al comedor privado. Tobin se unió a él, sonrió y ocultó su impaciencia hasta que los dos estuvieron solos justo al otro lado de la puerta.

—Inventa una excusa —dijo rápidamente—. Debo hablar contigo. Ahora.

—Tobin, todos están esperando. —La miró con más atención a la cara y los músculos de sus mejillas se tensaron—. De acuerdo. Quédate aquí.

Lo oyó disculparse con encanto e ironía ante los invitados syrenos y ordenar que la cena comenzara de inmediato. Luego regresó con ella, cerrando la puerta tras él.

—Dime.

Así lo hizo.

—¡Ianthe! —espetó— Por el demonio que la engendró... Tobin, ¿estás segura?

—Sioned lo está. No sé cómo ni por qué, pero Ianthe tiene a Rohan. —De repente, buscó su firme fuerza, aterrorizada por su hermano, por todos ellos—. Chay, lo matará...

—No. No lo hará. —Su delgado cuerpo se estremeció con furia controlada y se apartó, agarrándola por los hombros—. Entra a cenar. Cuéntales lo que quieras sobre por qué me he ido. Pero no les digas la verdad.

Lo miró a los ojos, vio el mercurio convertido en gris nube de tormenta, su rabia alimentando los instintos de guerrero y convirtiendo su rostro en una máscara feroz.

—Ahora sé por qué la corte syrena vino a comprar más caballos antes de que llegara el Rialla. ¡Las tropas de Roelstra amenazan el Desierto! ¡Lo mataré yo misma!

—¿Cuántos príncipes más estarán con él, en nuestra contra?

—De eso nos ocuparemos más tarde. Tengo trabajo que hacer.

—Me aseguraré de que la cena sea breve y luego vendré a ayudar. Date prisa, Chay. —Se inclinó para besarlo, luego se ajustó a su porte real y entró en el comedor para contar mentiras.

Capítulo Veintitrés

Al despertar, creyó haber vuelto a enfermar con la Plaga. El dolor punzante en la cabeza, la fiebre, la hinchazón de ojos y lengua, el sabor a dranath... todo era igual. Pero mientras luchaba por salir de la turbia oscuridad de la enfermedad y las drogas, sintió el ardor en el hombro derecho y olió la medicina acre de los vendajes. El mismo hedor había impregnado la habitación donde murió su padre. Rohan se enfrentó al recuerdo y a la posibilidad de que él también estuviera muriendo. Aturdido, tanteó la extensión de la herida. Sus muñecas estaban firmemente agarradas y una voz desconocida le dijo que se quedara quieto. El pánico se apoderó de su cuerpo debilitado. Con la lengua y el ingenio agarrotados, estaba atrapado entre músculos que no respondían.

—Sioned… —intentó decir.

—Silencio. Duerme ahora y pronto estarás mejor.

Algo en la voz le atormentó el recuerdo, y luchó contra las manos que aferraban las suyas.

—¡Sioned!

—Debes dormir ahora.

Le vertieron vino espeso mezclado con dranath y algo más, y sintió arcadas. Otra voz, masculina, maldijo. Un segundo par de manos le sujetaron la cara y más vino le inundó. Un ataque de tos casi le arranca la coronilla, y contracciones musculares le anudaron el vientre, los hombros y la espalda.

—Acuéstate —ordenó el hombre, y mientras el vino drogado lo recorría, no tuvo más remedio que obedecer—. Accedí a traerlo aquí, no a cuidarlo —continuó el hombre con irritación.

—Cállate —dijo la mujer, con un tono ligeramente aburrido—. Si hubieras tenido más cuidado desde el principio…

—Notarás que la llama a ella —se burló el hombre—. ¿Esperabas que te llamara a ti? No le di una patada tan fuerte en la cabeza.

—Tus burlas son tan predecibles como tu pésima sincronización —respondió la mujer con acidez—. Debería estar bien para mañana. La fiebre está a punto de bajar.

—No entiendes el riesgo.

—Solo necesitas que sea capaz. Supongo que no querrías que fuera coherente.

—Tu delicadeza al hablar también me asombra.

Rohan casi lo logró, casi supo dónde había oído esa voz antes. Sin embargo, mientras buscaba a tientas el recuerdo, las drogas se arremolinaron y se durmió.

Sioned flexionó los dedos dentro de sus guantes de montar de piel

de dragón, esperando en la frescura del porche de la mansión a que trajeran a su caballo. Consciente de la multitud en el patio de Lord Baisal y de sus miradas furtivas, no se movió ni se inquietó. La calma gélida de una princesa era un refugio útil y extrañamente reconfortante; al negarse a mostrar emociones, también podía negarse a sentirlas. Su hermano se acercó mientras sacaban a su semental gris de los establos, y Sioned contuvo la impaciencia ante la inminente confrontación que se reflejaba en sus ojos. No tenía tiempo.

—Sigues decidida a cometer esta locura —acusó, tomando las riendas del semental de manos del mozo—. ¡Al menos lleva una guardia más robusta contigo! No puedes saber qué hay ahí fuera, ni quién.

—Por eso mi guardia es tan pequeña, y mi peculiar cabello está oculto, y mis atavíos reales han desaparecido —replicó ella—. ¡Diosa! ¡Una princesa cabalgando disfrazada por sus propias tierras!

Le arrebató las riendas y se montó en el lomo del gris, deseando haber podido dejar la cabeza descubierta para protegerla de la ligera brisa. El sol estaba a solo dos dedos de altura en el cielo, y ya hacía calor. Seis años viviendo en el Desierto no la habían acostumbrado del todo a su clima brutal, y apenas estaban a finales de primavera. Para el verano estaría exhausta y sin fuerzas.

—Ojalá esperaras a que llegue Lord Chaynal —dijo Davvi.

—Ya sabes qué decirle cuando llegue. —Miró a su alrededor buscando a Ostvel—. Sé lo que hago.

—Lo dudo. Ten cuidado, Sioned. Por la Diosa, ten cuidado, por favor.

—Por mi esposo. —Luego, inclinándose para palmearle el hombro, dijo con más suavidad—: No te preocupes tanto.

Él resopló, expresando su opinión sobre esta precaución.

—Ostvel está de mi parte en esto, ¿sabes? Tuvimos una larga conversación anoche.

—No esperaba menos de ninguno de los dos. Él será tus ojos vigilándome, estoy segura. —Espió a Ostvel entre los caballos, las tropas y los sirvientes que se arremolinaban, y dijo—: Debo irme. Cuídate, Davvi.

Giró su montura y cabalgó hacia las puertas donde Ostvel y dos hombres de armas la esperaban. Pero fue interceptada por Lord Baisal, quien llegó corriendo desde el campamento extramuros, donde se habían establecido los hombres de Davvi y los que se habían reunido durante la noche en las granjas exteriores. En pocos días, los pastos y las colinas bajas estarían cubiertas de tiendas, y Chay comprendería eficazmente el caos. Pero Sioned no podía quedarse para ver el poderío armado que ella dominaba.

—Mi señora —suplicó Lord Baisal—. ¡Os ruego que no os vayáis

tan pronto! ¿Qué debo hacer antes de que llegue Lord Chaynal?

—Alimentad a los hombres, equipad a los caballos y preparaos para la guerra. Si tenéis algún momento libre, podéis empezar a diseñar vuestra nueva fortaleza. Adiós, mi señor.

Lo dejó allí, boquiabierto y con la mirada fija, con una cómica mezcla de aprensión y deleite. Ostvel, cabalgando a su lado, la miró de reojo.

—Te obligará a cumplirlo, ¿sabes?

—Si logra mantener la calma y hacer lo necesario, se habrá ganado su castillo de piedra.

Cabalgaron a través del campamento confuso fuera de los muros de la mansión, hacia el norte a lo largo del Faolain. Sioned sabía lo descabelladas que debían parecerles sus acciones a todos, y estaba decidida a implementar su plan antes de que Chay y Tobin llegaran con nuevas objeciones. No es que nada de lo que propusieran pudiera convencerla. No había nadie más que pudiera hacer lo que sabía que debía hacer, y era un alivio que sus deseos personales coincidieran con su deber como esposa y princesa.

Las fuerzas de Lord Eltanin estaban concentradas en la defensa de Tiglath; Rohan no tendría ayuda allí. Con Roelstra al sur, Chay no podía liderar un asalto contra Feruche. El castillo no era susceptible de ataque en ningún caso, encaramado como estaba en los acantilados con solo dos accesos, ambos bien vigilados en tiempos de paz y, sin duda, aún más estrictamente vigilados en tiempos de guerra. La única esperanza de Rohan era Sioned, su princesa Mensajera del Sol. Se preguntaba si Ianthe la consideraba incapaz de violar su juramento de no matar. Esperaba que así fuera; facilitaría las cosas cuando llegara la hora de matar.

La oscuridad lo azotaba, cálida y fría alternativamente sobre el sudor que empapaba su cuerpo. Con los ojos abiertos y el corazón acelerado, negó con la cabeza e intentó anclarse en la realidad de su propia carne. Pero el viento lo azotó de nuevo y la oscuridad se expandió, y los dragones lo alcanzaron con garras ácidas.

Se acurrucó contra la pared de la caverna, con duras piedras a sus espaldas, y contempló con horror las escenas que lo rodeaban. Dragones luchando, apareándose, matando; mandíbulas goteando sangre y ojos llameantes como joyas explosivas; cuerpos tejiendo, embistiendo, alas batiendo, colas azotando. Los enormes huevos se abrieron, se partieron con un sonido terrible, revelando crías furiosas que se desgarraban con dientes y garras. El fuego brotaba de sus gargantas, brillante y ardiente como la luz del sol, a través de la oscuridad arremolinada de la cueva.

Gritó mientras el fuego de dragón le quemaba la piel del rostro y los brazos; el hedor a piel quemada superaba incluso el hedor a sangre

de dragón y apareamiento. Aún no lo habían visto, e intentó fundirse con la pared de la caverna. Siguieron luchando, en celo, exhalando fuego y descuartizándose, impulsados por la necesidad de aparearse y la necesidad de sobrevivir. El viento silbaba como seda sacudida a través de la cueva y se encogió, mientras el sudor y la sangre, fríos y secos, brotaban calientes y salados sobre su piel ennegrecida. La violencia lo envolvió y tembló de terror ante la posibilidad de que esos ojos de joya lo encontraran, esas garras ensangrentadas le arrancaran la carne restante de los huesos. Un semental furioso se cernió sobre él, traído por una ráfaga de viento, y gritó, ahogándose con un chorro de líquido amargo en la garganta que sabía a dranath.

—¡Rohan...!

Se arrastró a ciegas, aferrándose temblorosamente a su cuerpo frío.

—Sioned...

—Silencio, cariño, ya está todo bien. Estoy aquí. —Se oyó un sonido metálico resbaladizo, como el de una espada al desenvainarse, y cerró los ojos deslumbrados mientras la luz del sol entraba a raudales en la cueva. Sioned, su princesa Mensajera del Sol, traía consigo el sol—. Estamos a salvo, amor.

Ya no podía oler a los dragones ni su propia sangre, ni sentir el aliento ardiente en su piel. La suave brisa que lo rozaba ahora estaba perfumada con zarzamora, tierna como sus caricias en la espalda y la nuca. Se estremeció, volviendo la cara hacia su hombro. Había olvidado lo que el dranath podía hacer a la mente. No había habido cueva, ni dragones, ni fuego. Solo la droga y su fiebre, ambas ya rotas. Se apoyó en Sioned, avergonzado de su pánico. Ella se acurrucó junto a él en la cama y le susurró palabras tiernas hasta que se durmió.

Una dura cabalgata, día y noche, llevó a Sioned a Stronghold justo antes del mediodía. No deseaba nada más que desplomarse, pero se mantuvo alerta, paseando por el patio principal, donde el calor de las piedras irradiaba como una fuente abrasadora. Cuando el sol estaba en lo más alto, sintió el toque tentativo de sus colores, reunidos en los rayos de luz, y lo oyó hablar.

Bendición de la Diosa, mi señora. Hemos llegado a Tiglat y advertimos a Lord Eltanin. Aún no hay ataque, pero las señales se elevan con la arena en el horizonte. Walvis planea y se prepara, y esperamos tus órdenes.

Sioned asintió, complacida. *Bendición de la Diosa, Mensajero del Sol. Continúa preparándote para la guerra, como se hace en el sur, donde los ejércitos de Roelstra están acampados al otro lado del Faolain. No habrá ayuda. Debes arreglártelas sola. Dile a Walvis que no intente atacar Feruche. Debe defender Tiglat. El príncipe pronto*

será liberado, te lo prometo. Ahora ábrete a mí, Kleve, y te mostraré los colores de la princesa Tobin. Envíale los mensajes de ahora en adelante. No está entrenada como otros faradhi y no podrá responderte, pero dale cualquier información que quieras darme.

Mi señora, ¿qué hay de ti? ¿Qué harás?

Yo no soy lo importante. Observa ahora y siente, para que puedas encontrarla en la luz del sol.

Se concentró en transmitir el brillante y encantador patrón que era Tobin al lejano Mensajero del Sol. Cuando estuvo segura de que él podía reconocer y contactar a la princesa, desenredó las cintas de luz que la conectaban antes de que pudiera hacer más preguntas.

—Confío en que hayas terminado y puedas entrar, alejándote de este resplandor —dijo Ostvel.

Ella lo miró, sorprendida por su presencia.

—Sí. Walvis pronto sabrá que la ayuda no puede venir del sur. Tendrá que liderar la defensa de Tiglath él mismo. —Miró alrededor del patio, un caos de gente, ruido y una claridad que de repente la aturdió—. Ostvel, llévame adentro antes de que me caiga —susurró.

Él tuvo cuidado de que pareciera que su mano en el codo era solo una cortesía ofrecida a una princesa, pues no le convenía parecer débil. Los pasos eran interminables, pero por fin llegó a sus aposentos, hundiéndose en un mullido sillón junto a las ventanas. Ostvel le trajo agua y un paño húmedo mientras ella se desenrollaba el grueso pañuelo de la cabeza y dejaba caer el cabello.

—Diecisiete inviernos —susurró—. Walvis es demasiado joven para liderar un ejército, Ostvel. Que la Diosa me ayude, ¿qué le estoy haciendo?

—Nada que no le ofenda si no se lo hubieras pedido. Ven, déjame traerte las botas.

—Tengo mujeres a mi servicio —protestó ella.

—Pero ninguna que quieras que te vea en estas condiciones —dijo él de una forma que no admitía discusión. Le secó la cara y el cuello con el paño húmedo y luego la ayudó a ponerse las botas de piel de dragón calientes—. Ahora, vas a descansar hasta el atardecer.

—Si lo hago, ¿enviarás a Maeta aquí conmigo?

La miró con recelo.

—¿Para qué quieres al comandante de la guardia?

—Soy responsable de las defensas de Stronghold —dijo ella, lista para la respuesta discreta.

—No —la corrigió—. Yo soy el responsable. Pero la haré venir al atardecer, ni un instante antes.

Cuando él se fue, no fue a la habitación contigua a descansar, pues ni siquiera quería mirar la cama que compartía con Rohan. En cambio, se estiró en un sillón que le había regalado la princesa Milar, cerró los

ojos y relajó el cuerpo sistemáticamente de pies a cabeza. Pero no descansó de verdad. Planeó su ataque contra Feruche.

Cuando llegó Maeta, Sioned estaba lista. La comandante había heredado el puesto de su madre, la formidable Myrdal, quien aún ejercía una considerable influencia sobre las tropas incluso retirada. Myrdal podía o no ser hermanastra del príncipe Zehava; el respeto que se les otorgaba a ella y a su hija se debía no tanto a su posible parentesco con sus gobernantes, sino a sus propias reputaciones como guerreras. Sioned ofreció a Maeta un asiento cómodo y un refrigerio, preguntándose cuánto sabía la mujer de lo que estaba sucediendo.

Todo, al parecer. Sus primeras palabras fueron:

—Con los Mérida por un lado y el Alto Príncipe por el otro, tendremos mucho que hacer para liberar a Rohan.

Aliviada de no tener que dar largas explicaciones, Sioned le dijo:

—Veo que Ostvel y los hombres han estado hablando. Bien. Maeta, necesito el caballo más fuerte y rápido de los establos, un odre de agua, comida y total discreción. Y los necesito todos esta noche.

Maeta mordió una manzana de pantano, la masticó, la tragó y respondió:

—Hay una puerta cerca de la gruta que puedes usar. Da a los acantilados, con espacio suficiente para que un solo jinete pase de forma segura y silenciosa.

Sioned parpadeó.

—Rohan nunca me habló de...

—Eso es porque no lo sabe. Algún día, mi madre y yo tendremos que mostrarte todas las mejoras de Zehava. Milar no fue la única que dejó su huella en Stronghold.

Sioned se maravilló del esfuerzo y el sigilo que había supuesto abrir semejante camino desde la fortaleza, pero no le restó importancia al viejo príncipe.

—Lo espero con ansias.

—En cuanto al momento: antes del amanecer. Necesitaremos dormir profundamente y que nadie se levante temprano.

—Te dejo los preparativos a ti.

Maeta asintió.

—Mi señora, he estado pensando. Tenemos la oportunidad de actuar contra los Mérida, y no solo en Tiglat.

—¿Sí? —preguntó Sioned, desconcertada pero intrigada.

—Vaciaremos Stronghold de todos menos de los mejores arqueros, y enviaremos a todos los demás a Remagev por la noche. Los Mérida los enviarán a Feruche o al sur con Lord Chaynal. —Sonrió como un dragón al acecho—. Nos dejaremos vulnerables a los ataques. No podrán resistirse.

Sioned rió.

—¡Se dividirán para aprovechar la oportunidad, y los eliminaremos desde los acantilados! ¡Y cuando se detengan para reagruparse, los atacaremos desde el este con las tropas enviadas a Remagev!

—Muy bien, mi señora —aprobó Maeta—. Ya te haremos una guerrera. ¿Entonces debería dar la órden?

—¡Por favor! Preséntale el plan a Ostvel mañana. Sé que le gustará. —Pensó con satisfacción que este plan también ayudaría a Walvis y Eltanin, y mantendría a Ostvel demasiado ocupado para ir a buscarla. Entonces se le ocurrió algo más—. Maeta, no has puesto objeción a que me vaya.

—Eres la dama soberana aquí, y puedes hacer lo que quieras cuando te plazca. —Los ojos negros brillaron al oír las piadosas palabras, y Sioned supo que ella y Maeta se entendían a la perfección —. Y nadie cuenta con un faradhi —añadió Maeta.

—Rohan debe hacerlo.

—Pero Ianthe no. Por eso te dejo hacer esto que hará que Ostvel esté listo para despellejarme viva. Conozco a los Mensajeros del Sol, y te conozco a ti, mi señora. —Hizo una pausa y volvió a sonreír—. También sé algo sobre Feruche.

—Ya veo —Sioned la miró fijamente mientras asentía.

De repente, la puerta se abrió de golpe y Riyan entró corriendo para hundir la cara en el hombro de Sioned. Ella lo abrazó con fuerza, intentando comprender sus balbuceos, y Maeta se marchó discretamente antes de que Ostvel pudiera alcanzar a su hijo y hacerle preguntas que Maeta no quería responder.

—¡Vamos, un poco más despacio! —Sioned sostuvo a Riyan sobre sus rodillas y lo miró a los ojos, tan parecidos a los de Camigwen que a veces le dolía verlos. Le apartó el suave cabello de la frente, deseando que su amiga estuviera allí. Cami la entendería—. Dime qué ocurre.

—¡Tilal está en casa! —Saltó de sus rodillas y salió corriendo de la habitación, regresando unos momentos después, arrastrando a Tilal de la mano—. ¡Rápido, rápido! —le instó Riyan.

El escudero parecía tan exhausto como se sentía Sioned. Se levantó, lo abrazó con ternura y luego retrocedió para inspeccionarlo. Un joven lo miraba a través de sus ojos, no un niño. Sioned lo condujo a una silla, le pidió que se sentara y le indicó a Riyan que se callara.

Al principio, Tilal habló con frases mesuradas que parecían ensayadas desde Cuenco Celestial. Era un soldado que daba un informe, no un niño asustado y furioso por lo que había visto. Sin embargo, mientras seguía hablando, sus mejillas quemadas por el sol se tiñeron de un rojo más intenso y sus ojos verdes comenzaron a brillar, y las palabras se atropellaron.

—...y volvimos a Cuenco Celestial e hice un mapa tal como me dijo Feylin. —Sacó un pergamino arrugado de su túnica sucia—. Es del castillo, por lo que vi. Es un lugar horrible, mi señora, ¡puedes sentirlo por todas partes! Feylin me dijo que dibujara esto para que supieras dónde están las cosas. —Se lo entregó y ella lo desdobló, viendo al instante que su idea original no funcionaría. Tilal la vio fruncir el ceño y continuó—: Eres una Corredora Solar, con suficientes tropas podríamos…

—Lo único que vas a hacer es darte un baño y dormir un poco —dijo Ostvel desde la puerta. Los tres miraron a su alrededor, sorprendidos de que hubiera estado allí todo este tiempo.

—¡Pero papá, todavía no lo he oído todo! —protestó Riyan.

—Mañana habrá tiempo de sobra. Es hora de que los chicos se duerman.

Tilal se puso rígido. Sioned negó levemente con la cabeza a Ostvel en señal de advertencia y dijo:

—Hay más que debo oír, y más que debo decirle. Riyan, puedes hacer tus preguntas mañana. Ve con tu padre ahora, por favor.

Una mirada severa de Ostvel silenció al niño, que salió de la habitación con dificultad. Su padre cerró la puerta, y cuando se quedó a solas con Tilal, Sioned volvió a examinar con tristeza el rostro de su sobrino. Llevaba las marcas del maltrato, del agotamiento y de unas preocupaciones demasiado pesadas para un niño de su edad.

—Vi a tu padre en el sur —empezó Sioned—. El Alto Príncipe está acampado con el joven Príncipe Jastri de Syr. Dicen que es para entrenar, pero tu padre es sabio y sabía que en realidad es para la guerra contra el Desierto. Vino a la fortaleza de Lord Baisal para advertirnos y unirse a nosotros.

Los ojos verdes se abrieron de par en par.

—Pero... ¿qué pasa con Madre y todos en casa?

—Nadie ha logrado tomar la fortaleza, Tilal. Además, Aguas Dulces está lejos de donde se librará la lucha.

Lo pensó y asintió.

—Lord Chaynal liderará, y mi padre ayudará. ¿Pero qué hay del Príncipe Rohan? ¡Ella lo tiene!

—No por mucho tiempo —le dijo Sioned con gravedad—. Este mapa es justo lo que necesito, Tilal. Lo has hecho muy bien.

—¿Cuándo partimos hacia Feruche?

—No partimos. —Ella lamentó al instante la brusca respuesta mientras él se erguía indignado ante la supuesta ofensa a su hombría —. Tilal, debes confiar en mí y obedecerme en esto. Por favor, prométemelo.

La rebeldía brilló en sus ojos, pero después de un momento asintió e inclinó la cabeza.

—Sí, mi señora —susurró—. Pero date prisa. Ella lo matará.

—No. Si hubiera querido su muerte, los Mérida lo habrían matado cuando los capturaron.

El chico levantó la vista con renovada esperanza; esa lógica no se le había ocurrido antes.

—¡Es cierto! Y tuvieron cuidado durante el viaje para mantenerlo con vida, incluso estando atado e inconsciente.

Ella ocultó una mueca ante la imagen que esto le trajo a la mente y dijo:

—Mañana quiero que te presentes ante Maeta y le digas que te pedí que fueras su escudero e hicieras todo lo que ella te dijera.

—Lo haré. ¿Pero qué va a pasar?

—Ella te lo explicará. Tiene un plan muy interesante para vengarse de los Mérida por esas magulladuras que llevas y por su complicidad en el plan de la princesa Ianthe. Asegúrate de decirle a Maeta que también te designo lugarteniente de Walvis para todo lo relacionado con Remagev.

Tilal frunció el ceño, intentando descifrarlo, luego se incorporó y sonrió.

—Vas a cederle el castillo, ¿verdad? ¡Por eso quieres cuidarlo tan bien!

—Sí, y serás en parte responsable de asegurarte de que salga de esto en buenas condiciones. Así que cuando estés allí, asegúrate de ver todo lo que puedas y quédate a supervisarlo todo, pues tu vista aguda será la que mejor te advertirá de cualquier travesura de los Mérida. —Con eso, pensó, había apaciguado el orgullo del chico, le había dado algo útil que hacer y se había asegurado de que estuviera a salvo en Remagev, sin poder unirse a la batalla—. Tilal, me gustaría hablar más, pero ha sido un largo viaje desde las Tierras Bajas de Faolain.

—Deberías dormir —dijo, y se levantó, preocupado por la comodidad de su dama. Pero un instante después, la abrazó y se quedó abrazado un instante, como un niño pequeño otra vez—. Lo siento —susurró con tristeza—. Debería haberlo ayudado más, y no lo hice...

—Hiciste todo lo que pudiste. Y me diste la información que necesito para recuperarlo. —Sioned le acarició el pelo—. ¿Habría confiado el futuro de Walvis a un cobarde... o a un necio?

Tilal se recuperó y retrocedió un paso.

—No te fallaré, mi señora. Buenas noches.

Sola de nuevo, Sioned se acercó a las dos sillas colocadas ante las ventanas del jardín y se hundió con cansancio en una de ellas. Había un vacío a su lado en la silla habitual de Rohan que igualaba el vacío interior. Habían pasado tanto tiempo allí, convirtiendo sus sueños en

realidad. Ianthe no lo mataría, pero había otras muertes además de la del cuerpo.

Sioned esperó mientras las lunas salían y extendían su fría luz sobre su rostro y sus manos. Juntó las hebras, sabiendo que podía ir a cualquier parte, ver cualquier cosa, hablar con cualquier faradhi que quisiera. Pero había una que no tocaría a la luz de la luna, pues si Andrade tenía alguna idea de sus planes, se los prohibiría bajo pena de ser expulsada para siempre. Aunque Sioned lo arriesgaría todo por su esposo, aún necesitaba a otros faradh'im.

Anudando hábilmente la luz de la luna en un sendero seguro, la lanzó hacia el norte, más allá de la gran cuenca de Cuenco Celestial que brillaba a la luz de la luna. La lanzó más lejos hasta que vio las orgullosas torres de Feruche. La guarnición de abajo estaba oscura y desierta, pero las ventanas del castillo brillaban.

Ambos enfoques estaban, en efecto, bajo estricta vigilancia. No había puntos débiles. Debería haber sabido que no debía esperar que la arrogancia hubiera vuelto a Ianthe descuidada. Había pensado usar sus habilidades para colarse en ese lugar de alguna manera, distraer a los guardias y sirvientes con el Fuego y el Aire que podía invocar, asustarlos para que cometieran errores que le dejaran entrar sin ser detectada. Pero al contar a la gente y observar sus acciones, supo que tal subterfugio era imposible.

¿Cuál ventana?, se preguntó, flotando bajo la luz de la luna. ¿Había, acaso, alguna ventana donde Rohan dormía? ¿Estaba en lo alto de una torre o abajo, en una celda de piedra sin luz? La ira la invadió y su control flaqueó, y tardó unos instantes en tranquilizarse.

Echó un vistazo a las habitaciones al azar, fijándose en cuáles había sirvientes durmiendo y cuáles estaban vacías, haciendo ajustes mentales a su memoria del mapa de Tilal. Solo podía llegar hasta donde la luz de la luna llegaba en cada cámara, pero eso era suficiente. Una habitación contenía tres camas ornamentadas, cada una ocupada por un niño dormido. Los hijos de Ianthe, pensó Sioned, e iguales a ella, pues incluso dormidos los rostros eran voluntariosos y astutos. Cuánto debía atesorarlos Roelstra; privado de hijos de su cuerpo, ahora tenía nietos que Ianthe educaría a su imagen.

Buscó en todas las ventanas que daban a la luz de la luna, cada vez más temerosa de que Rohan estuviera en alguna celda del sótano o en una habitación al otro lado de las torres donde ella no podía ir. Pero por fin lo encontró. *¡Rohan!*, gritó. Pero nadie la oyó.

Su rostro dormido estaba destrozado por el dolor y la fiebre, que le habían dejado profundos moretones alrededor de los ojos cerrados. Los finos y fuertes huesos de la frente, las mejillas y la barbilla estaban demasiado afilados, su boca una línea de tenso agotamiento. Una sábana de seda oscura le rodeaba la cintura y, mientras se giraba

inquieto de lado, vio el vendaje que cubría la herida de su hombro. La humedad brillaba tenuemente en su piel, su cabello rubio oscurecido por el sudor. Estaba fuera del alcance de la luz de la luna que se acumulaba en la alfombra junto a la cama, pero que no le tocaba el cuerpo ni la cara. Si lo hubiera hecho, ella podría haberlo tocado, esa parte de él que guardaba algún rastro del don faradhi. Pero no pudo.

Alguien se movió hacia la luz, una figura curva, su desnudez medio oculta por una cascada de cabello oscuro que le llegaba hasta las caderas. Sioned tembló, sintió cómo sus anillos se clavaban en sus dedos apretados, allá donde su cuerpo se asentaba en Stronghold. Ianthe se insinuó lentamente bajo la sábana, deslizándose cerca del cuerpo de Rohan. Colocó una mano a cada lado de él, se sacudió el cabello para que cubriera su pecho y vientre desnudos, luego bajó la cabeza hacia la de él.

—¡No! —El aullido áspero de su propia voz devolvió a Sioned bruscamente a su cuerpo. Los colores se arremolinaron a su alrededor, confusos, caóticos, negándose a formar su patrón familiar. Sus anillos escupían fuego de esmeralda, zafiro, ámbar y ónice en sus ojos doloridos, convirtiéndose en círculos ardientes que le quemaban la carne hasta los huesos. La gran esmeralda latía como si fuera a reventar de luz. Se hinchó y se convirtió en lo único que vio, sumergiéndola en sus brillantes profundidades verdes mientras sollozaba aterrorizada.

Sin embargo, en la brillante piedra se vio de nuevo a sí misma, quemada por su propio Fuego, sosteniendo a un niño recién nacido con el cabello dorado de Rohan.

El hijo de Rohan. Y de Ianthe.

Mucho tiempo después, cuando recordó quién y qué era de nuevo, levantó las manos. No había círculos de piel carbonizada bajo sus anillos. Plata y oro fríos se cerraban sobre sus dedos, burlándose de ella. Era una Mensajera del Sol con la capacidad para observar, pero no para impedir con ninguna artimaña lo que Ianthe estaba a punto de hacer.

Sioned se cubrió la cara con las manos y lloró.

Dedos persuasivos y conocedores lo devolvieron a la vida. Apenas podía verla, iluminada por la luna, pero sentía su familiar dulzura entre sus brazos, la seda de su piel y su cabello.

—Sioned —susurró contra su boca.

—¡Ámame! ¡Rohan, ámame, ahora!

El fuego ardió entre ellos. Sus muslos se separaron y sus pechos se apretaron contra él, y él se perdió en su sabor, aroma y calor, sobresaltado por su desesperada urgencia. Pero ya habría tiempo más tarde para acariciarla, para renovar la unión mágica que solo había conocido y deseado con ella. Llenar su cuerpo, llenarse de su

necesidad de ella, llenar la noche con el canto etéreo del amor.

—¡Sí, oh, sí, ahora! —gritó ella, arqueándose con fuerza, y a él no le importó que la carne bajo sus manos fuera demasiado llena, los pechos demasiado pesados, la cintura demasiado gruesa y las caderas demasiado esbeltas. Buscó a ciegas entre sus suaves muslos, bebió de una boca que intentaba succionarlo. Su espeso cabello perfumado era un ser vivo que se enroscaba a su alrededor, encadenándolo. Apartó la cabeza y gritó el nombre de Sioned con agonía.

—No, principito —rio Ianthe, alegre, sin aliento, enroscada a su cuerpo como una serpiente—. Sabes quién soy y lo que quiero, ¡lo que quieres tú! ¡Dámelo! ¡Dame a tu hijo!

Aunque su carne se marchitaba, lo sintió, supo que ella había ganado. Ella lo soltó. Se puso de pie tambaleándose, aferrándose al poste de la cama, apartó las cortinas de sus aros metálicos: tapices de dragones en toda su violencia y lujuria.

Ianthe se movía lánguidamente en la cama. Tenía las piernas abiertas, la cabeza echada hacia atrás, pero sus brazos acunaban sus pechos como si un niño ya estuviera allí. La avidez de su fertilidad acogería el don sin sentido de él: encontrándose, adaptándose, fusionándose en su vientre, creando una vida que sería en parte suya y en parte de Ianthe. Ahora comprendía por qué el tiempo había sido tan importante para ella, por qué lo necesitaba *capaz*.

Unas largas pestañas se alzaron de sus ojos color hojas muertas.

—A veces solo hace falta una vez —ronroneó—. Pero no me arriesgaré. Ven aquí, principito. Asegúrate de que hemos tenido un hijo.

Un hijo.

—Te mataré —susurró.

—No, no lo creo. —Ella se rió—. Ven, Rohan. Ya la traicionaste. ¿Qué importaría una vez más? ¡Yo tengo hijos, y ella ni siquiera puede gestar uno!

Muslos abiertos para él, brazos extendidos, risa triunfal. Algo horrible se sacudió en su interior, alimentándose de su odio, capaz de matar. Ianthe rió de nuevo cuando él hundió los dedos en su garganta. Ella se retorció bajo él, manos aferrándose, guiándola, ávidas. La rabia lo atravesó y se cernió sobre ella, apretando su agarre. Se adentró en ella con furia descontrolada, levantó una mano para golpearla, riendo con locura al ver la sangre que manaba de su labio. Ella gritó entonces, un sonido ronco, asustado y estridente de lujuria. Y él volvió a reír.

—¿Me deseabas, Ianthe? ¡Veamos cuánto deseas esto!

Se sumergió en ella, se entregó a una venganza que era su victoria sobre él. Lo sabía, no podía contenerse. Dejó que continuara una y

otra vez, dejando las marcas de su odio en su carne. Cuando terminó, cayó a un lado, asqueado por su propio cuerpo, odiándose por no tener la fuerza para matarla allí mismo. Pero ella había dicho algo que hacía imposible matarla. Había hablado de un hijo.

Pasó mucho tiempo antes de que despertara, magullada y ensangrentada, y se deslizara fuera de la cama. Rohan vio sus dedos extendidos sobre la curva de su vientre. Ella le sonrió, apartándose el pelo enredado de la cara y lamiéndose la sangre de los labios.

—Mi padre solo hace niñas —dijo con desprecio, con la voz áspera y gutural—. Tu bruja Mensajera del Sol ni siquiera puede hacer eso. Oh, te tendrá de vuelta, Rohan, sano y salvo; te necesito vivo para confirmar que este niño es tuyo. —Volvió a reír, disfrutando de su estremecimiento—. Me has deseado; todos estos años, desde aquella noche que fui a verte en el Rialla, me has deseado. No te molestes en negarlo. Ambos sabemos que es verdad. Pero elegiste a Sioned. Dime, Rohan, ¿podrías tocarla después de estar conmigo?

—No —susurró, aunque no de la forma en que ella lo oyó. Nunca podría volver a tocar a Sioned, no habiéndose ensuciado con Ianthe. Aún podía sentirla en su piel, sentirse dentro de su carne.

La puerta se cerró con fuerza tras ella. Había ganado, por ahora. Cuando ella regresara, él la mataría. Debía hacerlo.

Capítulo Veinticuatro

Durante la mayor parte del invierno, la Fortaleza de la Diosa había estado bañada por lluvias torrenciales. La impredecible nubosidad hacía que la comunicación faradhi fuera, en el mejor de los casos, esporádica. Andrade, irritada por tener que recurrir a medios más convencionales para enterarse de las noticias, sometía a los visitantes a un interrogatorio tan intenso que se marchaban aterrorizados. Con la llegada de la primavera, una espesa niebla tapió la fortaleza y los Mensajeros del Sol se inquietaron como halcones a los que se les niega el vuelo. Hartos de la lectura, el ajedrez, las lecciones, la limpieza y la compañía mutua, se unieron para evitar a Andrade con lo que equivalía a una devoción religiosa.

Pero finalmente la niebla se disipó y brilló el sol, y el castillo se vació de casi toda criatura viviente, incluidos los habitantes del campo y el bosque que habían pasado el invierno allí y ahora regresaban a casa. Faradh'im, aprendices y la gente común de la fortaleza vagaban por las laderas, medio embriagados por la luz del sol. Andrade, observando desde las almenas, esperó a que todos se perdieran de vista en el bosque o a lo largo de los senderos de los acantilados antes de desatar sus trenzas de un dorado plateado y pasarse los dedos por el pelo, disfrutando del calor del sol primaveral. Su último paseo por allí, hacía unos días, había sido deprimente; el castillo estaba envuelto en la niebla, la última broma del Dios de la Tormenta tras un invierno largo y sin gracia. Pero ahora la Diosa había reclamado el cielo para sí misma.

Volviéndose a trenzar el pelo, hizo una mueca al ver las mechas blancas, jurándose a sí misma que habían sido causadas por las hijas imposibles de Roelstra. El impulso que la había llevado a reclamarlas hacía seis años era uno que lamentaba a diario.

Pandsala, a sus veintitrés años, había padecido, a pesar de su educación real, una ignorancia abismal. Poseía cierta inteligencia que la impedía estancarse mentalmente, pero su formación académica era casi nula. No le había gustado que la enviaran al aula con los estudiantes más jóvenes, pero la táctica tuvo el doble beneficio de inculcarle una educación básica a la vez que la curaba de algunas de sus arrogancias más objetables.

Pandsala, a sus veintinueve años, era una gran mejora. Desanimada en sus intentos de dramatizar el papel que había elegido de princesa cautiva, había abandonado el esfuerzo y ahora era casi tolerable. Pero fue el impactante descubrimiento de su potencial como Mensajera del Sol lo que le proporcionó la necesaria autoestima. El verano pasado había conseguido su tercer anillo.

Chiana era un problema completamente distinto. Adoptada por las mujeres de la fortaleza, compadecida de su lamentable suerte, mimada por casi todos, era ágil de cuerpo, mente y espíritu. Nadie sabía en qué se metería a continuación. A los finos rasgos aristocráticos de Roelstra y a la abundante cabellera castaña de Palila, Chiana añadía su propio encanto y un par de ojos verde-marrón que podían rebosar de picardía o lágrimas en cualquier momento. Andrade y Urival la vigilaban de cerca, sospechando que sus seductoras maneras podrían convertirse en astucia si no era guiada con cuidado.

Pandsala la disciplinaba. Al ver a su hermana como la causa de su propio exilio, permaneció indiferente. Curiosamente, Chiana se comportó bien, deseando la buena opinión de su hermana mayor, lo que había forjado un vínculo entre ambas. Este invierno, Pandsala se había dedicado a enseñarle a leer a Chiana y parecía más contenta con su suerte.

Andrade se preguntó cuánto tiempo tendría que mantenerlas a su lado. A pesar de las circunstancias de su nacimiento, Chiana acabaría siendo buscada en matrimonio, y cuando Roelstra finalmente complaciera a todos muriendo, Pandsala sería libre de hacer lo que quisiera.

Pensar en el Alto Príncipe le recordó a Andrade por qué había subido allí hoy: no para respirar la primavera, sino para observar lo que sucedía a su alrededor. Se echó hacia atrás el cabello suelto y cerró los ojos, mientras el telar mental instintivo absorbía sus pensamientos, y suspiró con el placer del tejido que le negaban cada invierno. Atravesó las verdes colinas de Ossetia, hacia el este, hasta Gilad, donde se estaban reparando las mansiones inundadas; una mirada a las colinas de Catha, donde se conducía a los rebaños a pastar en la rica costa; un gesto de aprobación hacia las blancas velas de los barcos de Lleyn, que volvían a surcar las rutas comerciales regulares ahora que el peligro de tormenta había desaparecido. Todo estaba bien en el sur, y Andrade sonrió con satisfacción.

Por puro placer, siguió los brillantes ríos serpenteantes hacia el norte, sintiendo la fresca luz del sol al danzar sobre el agua. Voló hasta las colinas más bajas de las Grandes Montañas Veresch, deteniéndose para admirar los picos nevados. El placer se desvaneció al mirar hacia el Castillo del Peñasco, y la molestia se apoderó de ella, rápidamente reemplazada por la curiosidad ante la tranquilidad del lugar. ¿Estaría Roelstra de camino a alguna parte? ¿Se dirigiría a uno de sus pabellones de caza? Solo pudo ver a unas pocas hijas dispuestas lánguidamente alrededor de los jardines, apenas unos sirvientes y apenas suficientes tropas para asegurar la portería.

Andrade cruzó las montañas a toda velocidad, deslumbrada por el

brillo de la nieve blanca bajo ella, y luego lanzó sus madejas hacia el oeste, hacia Fessenden. Vio un invierno duro también para ellos; la nieve aún pesada en el suelo, barcos pesqueros apiñados en los puertos, la ciudad portuaria de Einar temblando bajo la fría luz del sol. Pronto recogería informes del Mensajero del Sol asignado a la corte y averiguaría qué ayuda necesitaba la viuda de Lord Kuteyn para reabastecer sus tierras devastadas por el invierno.

Un rápido vistazo a Kierst-Isel la animó; las guarniciones a lo largo de las fronteras estaban tranquilas esta primavera, donde normalmente se erizaban por las escaramuzas habituales. El recuerdo de la propuesta de Rohan de establecer límites legalmente la hizo sonreír; tal vez Volog y Saumer por fin habían decidido quién poseía qué. Un salto a través de la amplia bahía entre la isla y el continente, y se encontraba sobre Meadowlord empapado por la escorrentía primaveral. Cada vez que se preguntaba por qué los antiguos faradh'im habían construido la Fortaleza de la Diosa en esta costa envuelta en niebla, agradecía que no hubieran elegido las tierras bajas pantanosas con sus veranos húmedos y su inagotable suministro de insectos. Más allá, hacia Syr, que se extendía entre ríos, tierra fértil y rica, con el suelo oscurecido por los nuevos trabajos de labranza y siembra, y una mirada nostálgica a su hogar de la infancia, Catha Freehold, que nunca había pertenecido a nadie más que a su propia familia, que jamás se había arrodillado ante ningún príncipe. A la muerte de su padre, había vuelto a pertenecer a Syr, pues ella había renunciado a todo derecho sobre ella y estaba demasiado lejos del desierto para que Zehava pudiera gobernar con eficacia. La sencilla torre de piedra se alzaba orgullosa y blanca en una hondonada entre colinas bajas, a una distancia visual —para un faradhi en el ala— del Aguas Dulces de la familia de Sioned. Se detuvo a contemplar la enorme propiedad y frunció el ceño al descubrir que también estaba casi vacía.

Solo quedaba un lugar por visitar hoy; Firon y Cunaxa, asolados por la nieve, podían esperar para otra ocasión. Quería ver el Desierto, contemplar la Stronghold y la Arena Larga, posiblemente vislumbrar a los dos que gobernaron allí con tanta sabiduría y eficacia como siempre había sabido que lo harían. Pero al deslizarse de nuevo sobre los campos de Syr, vio tiendas. Caballos. Arqueros y soldados con espadas entrenando en estricta formación. Y en una colina que dominaba todo, había dos enormes pabellones: uno turquesa y otro violeta. Syr y Marca del Príncipe, acampados a menos de un día de marcha de la frontera del Desierto.

Andrade se apresuró a las Tierras Bajas de Faolain, la posesión de Lord Baisal que bullía de actividad bajo la bandera de batalla roja y blanca de Chaynal. La furia la azotó. ¿Por qué nadie le había

informado de esto? ¿Y por qué no ondeaban los colores de Rohan? ¿Y a quién pertenecía esa bandera negra y verde izada en los campos fuera de la mansión, donde las tropas se organizaban para la guerra?

Aunque poderosamente motivada por encontrar a Sioned y exigir una explicación, Andrade regresó a la Fortaleza de la Diosa. Tendría que informar a los demás príncipes a través de sus faradh'im en sus cortes. Sin embargo, al cruzar el lago Kadar, jadeó de asombro. Por el camino principal marchaba una fuerza considerable de hombres de armas, con oficiales a caballo y banderines rojos y amarillos que los proclamaban soldados del joven Lord Lyell de Waes. Se dirigían directamente a la Fortaleza de la Diosa.

Al anochecer, la ira de Andrade se había convertido en un odio lento y feroz. Llamó a todos al salón y esperó en un silencio sepulcral a que ocuparan sus asientos en las largas mesas: Urival y el faradh'im de mayor rango a un lado, y los demás, en orden descendente de rango, a su alrededor.

—Las tropas de Lord Lyell de Waes, ahora prometido a Kiele, hija del Alto Príncipe, han izado su estandarte en un campamento a las afueras de nuestras puertas. Nos dicen que es para nuestra protección. Nos dicen que Lord Lyell se preocupa por nuestra seguridad en estos tiempos difíciles, con el Alto Príncipe Roelstra y el Príncipe Jastri de Syr acampados cerca de la frontera del Desierto y los Mérida sitiando Tiglath. Nos dicen que Lord Lyell asume la responsabilidad de defendernos. Nos dicen que lo hace porque sabe que los faradh'im tienen prohibido matar, incluso en defensa propia. —Hizo una pausa y sonrió con tristeza—. Nos dicen muchas cosas, la mayoría mentiras.

>Muchos de ustedes han cabalgado bajo la luz del sol hoy, buscando información. A veces han buscado a otros faradh'im en vano, pues han sido encerrados, apartados de la luz, por señores y príncipes aliados de Roelstra. Están tan cautivos como nosotros, y como el Príncipe Rohan en el Castillo de Feruche. —La mayoría desconocía esto, y un murmullo de sorpresa recorrió la asamblea. Andrade alzó ambas manos pidiendo silencio—. De la princesa Sioned, una de nosotros, no hay noticias. La busqué yo misma y no la encontré. Pero sabemos por el Mensajero del Sol Kleve en Tiglath que la hija del Alto Príncipe, Ianthe, tiene al príncipe Rohan.

Urival, sentado justo a su lado, murmuró:

—No por mucho tiempo, si conozco a Sioned.

Andrade intentó ignorar el pánico que este comentario le infundió.

—Aunque somos libres de tejer la luz del sol, estamos confinados en esta fortaleza. Urival y yo hemos estado discutiendo maneras de liberar a algunos de nosotros en secreto mientras el resto permanece

aquí, convenciendo a las tropas de Lord Lyell de que seguimos enjaulados. Tenemos...

—Yo puedo hacerlo. —Andrade miró al fondo del pasillo, hacia donde Pandsala se había levantado de su silla—. Puedo liberar a algunos de nosotros —dijo la princesa—. Los hombres de Lyell no detendrán a la hija de mi padre mientras escapa de la fortaleza.

Urival contuvo el aliento y Andrade se maldijo por no haber pensado antes en Pandsala. Las sospechas la asaltaron, pero dejó que Urival las expresara.

—¿Esta huida será para nuestro beneficio o para el tuyo? —preguntó con frialdad.

—Entiendo tu vacilación —respondió Pandsala—. Es cierto que preferiría estar en el mundo. Pero he tenido oportunidades antes y no las he aprovechado. ¿Crees que ayudaría a mi padre, quien me envió aquí contra mi voluntad? Él me expulsó. Tú me acogiste. Llevo tres anillos faradhi. Si no confías en mí, no me uses.

Urival la habría interrogado más, pero la dignidad de su respuesta impresionó a Andrade. Le hizo un gesto a su mayordomo jefe para que guardara silencio.

—Dime qué propones.

La princesa juntó las manos, no con la suficiente fuerza como para ocultar sus temblores de excitación.

—Al anochecer, cuando la luz es incierta y se necesitan antorchas, yo y quien tú elijas saldremos por la puerta trasera. Cuando estemos dentro del alcance del campamento de Lord Lyell, darás un grito aquí para que se crea que he escapado con mis amigos.

—¿Y entonces? —instó Urival, aún con sospecha en la voz.

—Soy una princesa asustada —dijo Pandsala con un atisbo de sonrisa—. Necesitaré guardias que me lleven al campamento de mi padre en Syr. Reducir las tropas de Lord Lyell en diez o doce no sería mucho, pero ayudaría un poco. Y también habría al menos un hombre, posiblemente dos, que tendría que cabalgar hasta Waes e informar a su señoría de mi acción. Si tenemos suerte, podremos librar a la Fortaleza de la Diosa de quince hombres.

—Quince de cincuenta —reflexionó Urival.

—E insistiré en que me acompañen los mejores guerreros —añadió Pandsala con picardía—. Es mi derecho, después de todo.

Andrade asintió lentamente.

—Muy bien. Urival, Pandsala, acompáñenme en mis aposentos. Los demás, duerman profundamente esta noche, porque mañana tendrán mucho que hacer.

Mientras caminaba por el largo pasillo entre las mesas hacia la puerta, Urival y Pandsala se unieron a ella. La mirada de Andrade se desvió hacia Chiana, quien de repente se parecía demasiado a su

padre para su tranquilidad.

—Si Rohan quiere aprovechar este lugar una vez que esto termine, no podemos seguir acampando aquí. —Chay se apartó de la ventana y se enfrentó a su esposa, que se estaba cambiando la ropa de montar polvorienta por una limpia. La miró con el ceño fruncido—. Tobin, necesito que manejes las cosas aquí en la mansión. No saldrás conmigo al campo.

—Detenme —lo invitó, y se puso las botas—. Tú eres el comandante militar, pero yo soy la hija de mi padre. Y hasta que lleguen Rohan y Sioned...

—¿Qué le pasó a esa insensata como para irse así? —gruñó, paseando por la habitación con una agitación que jamás habría mostrado ante nadie más—. De todos los estúpidos...

—¡Oh, no lo entiendes! —exclamó ella— ¡La única ayuda que puede recibir Rohan es la de Sioned!

—Ya lo entendí, gracias —espetó—. Pero sigo diciendo que con una tropa pequeña…

—Te olvidas de cómo es Feruche. Y también de cómo es Sioned. —Tobin se levantó y pateó el suelo para ajustarse las botas—. ¿Esperabas que se quedara aquí sentada esperando a que llegáramos e intentáramos convencerla de lo contrario? ¡Diosa, cómo me gustaría ser una Mensajera del Sol de verdad! ¡No tenemos a nadie que pueda contactar con ella, ni con Andrade, ni con nadie! — Se metió la camisa por dentro del pantalón y continuó—: Vamos, Chay. Quiero echar un vistazo a las provisiones del campamento. Y tienes razón en lo de tener que mudarnos. El Señor Baisal no puede seguir alimentándolos a todos.

Abajo, en el patio, la llegada de las levas de Chay había aumentado el caos. Caballos, soldados de infantería, arqueros, espadachines —y todos los sirvientes frenéticos del Señor Baisal— se arremolinaban sin un orden discernible. Chay confiaba plenamente en que al anochecer su capitán lo tendría todo resuelto, así que él y Tobin montaron y se unieron con Lord Davvi en las puertas.

—He hecho todo lo que he podido —les dijo el hermano de Sioned —. Pero aquí no tengo autoridad real, salvo sobre mi propia gente. Me alegra que esté aquí, mi señor.

—Los títulos están bien en público, pero, por favor, llámame Chay. Somos hermanos en cierto modo, ¿sabe?

Tobin ocultó una sonrisa mientras la de su esposo obraba su magia habitual. En dos frases, había convertido a Davvi en su propio hombre, un hombre que lo seguiría sin cuestionamientos a cualquier batalla que Chay quisiera librar.

—Gracias —dijo Davvi simplemente—. Ahora recorreremos el campamento, y yo...

Fue interrumpido por un grito agudo a sus espaldas. El instinto paternal hizo que Tobin y Chay bajaran de sus caballos al instante, sin que ninguno de los dos confundiera la urgencia en la voz de Sorin. Chay les abrió paso hasta donde los gemelos habían estado almohazando sus ponis en un rincón del patio del establo. Sorin corrió hacia su padre y se aferró a su brazo, asustado. Andry permanecía de pie bajo un rayo de sol, rígido y tembloroso, con los ojos azules desorbitados.

Tobin se arrodilló junto a Andry. Al compartir la luz del sol con él, sintió, como ya sabía que sentiría, el toque vertiginoso de un poderoso faradhi. Pero no fue Sioned lo que sintió en la luz del sol. Fue Andrade.

¿Tobin? Diosa, muchacha, ¿por qué no me dijiste que el chico tenía tanto talento? Pero olvídalo ahora. Ese joven idiota de Lyell de Waes intenta aprovecharse de ambos extremos del pan: ayudando al señor de su hermana muerta en Tiglat y enviando a sus tropas hasta aquí para acorralarme mientras Roelstra y Jastri hacen travesuras en el sur. Urival y yo estamos trabajando en eso, pero aún no estoy seguro de cómo lo lograremos. He enviado un mensaje a todas las cortes donde mis Mensajeros del Sol no están encerrados, lejos de la luz. Estoy seguro de que son órdenes de Roelstra, dirigidas a aquellos a quienes tiene bajo sus talones. Entre ellos, Syr y Cunaxa, con la esperanza de ganar porciones del Desierto de la guerra de Mérida. Saumer de Isel se cree. Volog de Kierst dice que hay rumores de acuerdos comerciales. Waes juega un doble juego y estoy seguro de que Clutha está teniendo ataques y podría poner a Lyell en línea. De aquellos en quienes confiar: solo Lleyn, y quizás Pimantal de Fessenden, pues Roelstra tiene los ojos puestos en su ciudad de Einar. Dile esto a Sioned si puedes encontrarla, lo cual yo no pude. Sé sobre Feruche. Lleva a Andry a la Fortaleza y a Sorin con él para su seguridad, pues Roelstra atacará en cuanto decida notar la deserción de Lord Davvi. Cuídate y cuida de Chay. Iré en cuanto pueda.

Tobin sintió unos brazos fuertes que la levantaban y la llevaban fuera del calor del sol, a la fresca y oscura mansión. El alivio casi la hizo gritar. Pasó mucho tiempo antes de que se recuperara de la longitud y la fuerza despiadada del tejido de Andrade, y cuando recobró la consciencia, se encontró tumbada en la cama, flácida por el cansancio e incapaz de siquiera considerar discutir con Chay mientras él le quitaba la ropa y la arropaba bajo una sábana.

—¿Andry? —murmuró.

—Está bien. Sorin lo puso a la sombra y ahora está descansando en su habitación. —Chay se sentó a su lado y le apretó la palma de la mano contra la mejilla—. ¡Maldita sea, Tobin! —murmuró con voz ronca— ¡Odio esto!

—Estaré bien, cariño —la tranquilizó—. Es solo que Andrade no es tan dulce como Sioned. —Ella le transmitió la esencia de la noticia y los músculos de sus hombros se tensaron con renovada tensión.

—Perfecto —dijo con voz áspera— ¡Maravilloso! ¡Ayuda de Lleyn, Pimantal y Volog! ¡Islas al otro lado del mundo, y un principado que bien podría estarlo y no hacer diferencia! ¿Dónde está la ayuda en eso?

—Los demás están conspirando con Roelstra o le tienen miedo. Sin Rialla en seis años, y con tanto en juego ahora...

Había una determinación sombría en sus ojos grises y en la firmeza de su mandíbula.

—Roelstra no asistirá al Rialla este año, ni ningún otro —dijo en voz baja.

Tobin lo vio marcharse, y solo cuando se fue permitió que un escalofrío la invadiera. Nunca antes había visto la muerte en sus ojos.

A Davvi no le animó el informe del capitán de Chay a la mañana siguiente, y así lo dijo.

—Ciento sesenta y tres jinetes, ciento cinco arqueros... y de soldados regulares entrenados, no hay suficientes —Volvió sus preocupados ojos verdes hacia Chay—. Si contamos a los que saben usar una guadaña pero no una espada…

—¿Alguna vez te ha atacado un hombre con una guadaña, Davvi? ¿Un hombre con músculos de segador que tiene toda la intención de cortarte la cabeza con la misma facilidad con que cortaría una espiga de trigo? —Chay sonrió tensamente—. Nos irá bien. Doscientos treinta y seis con espadas y guadañas. De los caballos, tu gente es la mejor entrenada…

—Excepto por los tuyos —interrumpió Davvi con ironía, y Chay se encogió de hombros—. De los que trajo Lord Baisal…

—Ah, pero hay una mirada en sus ojos. Son sus propios campos los que defenderán. Si me haces el favor, por favor, ayúdame con los planes para la mudanza. Reacamparemos mañana. Luchar por la tierra propia es un acicate admirable, pero luchar en ella pone nerviosa a la gente.

Chay había aprendido eso de Zehava. Mientras subía las escaleras para reunirse con su esposa, sintió un fugaz deseo de que el anciano príncipe estuviera allí para dirigir la batalla. O, mejor aún, de que no hubiera batalla alguna. Bellas ideas para un guerrero experimentado, se dijo con acritud. Rohan, en efecto, le había contagiado paz, y Chay sospechaba que era algo de lo que, una vez en la sangre y el cerebro, uno no se recuperaba. Ni quería recuperarse.

Tobin había pasado la mañana trabajando en la mansión, organizando a los hábiles pero confundidos sirvientes de Baisal en una eficiente máquina de guerra. Pero a media mañana, ella buscó

voluntariamente su cama para descansar, más agotada de lo que creía por el contacto con Andrade. Chay la observó un rato, aliviado al ver que había recuperado el color y que su sueño era profundo y tranquilo. Era más hermosa ahora que el día en que se casó con ella: más rica de espíritu, más majestuosa de porte, la hija del dragón serena pero jamás domada. Le alisó el cabello negro de los hombros y le dio un beso en la frente, luego se fue a lavarse el hedor de la mañana.

Para cuando despertó, él estaba limpio, vestido y sentado a una mesa pequeña con la comida servida.

—Ven a comer —la invitó.

Ella se estiró, bostezó y se unió a él, desnuda como un bebé.

—Oh, ¿quién va a verme sino tú? —dijo encogiéndose de hombros en respuesta a sus cejas levantadas— Y tú ya estás acostumbrado a mí. Hace demasiado calor para usar ropa, Chay.

—Mi querida descarada, el día que me acostumbre a verte será el día en que me quede ciego, e incluso entonces mis dedos serían los que mirarían. Toma, toma un poco de queso. Está bastante bueno. Me pregunto qué les darán de comer a sus cabras.

—¿Roelstra ha actuado? —preguntó al sentarse.

—El vino tampoco está mal. Creo que estamos asaltando la reserva privada de Baisal.

—¿Vienen más tropas? ¿Cuántas tenemos ahora?

—¡Guárdate la lengua para lamer la cuchara!

Ella le hizo una mueca, pero el hambre era más fuerte que la curiosidad en ese momento. Cuando hubo hecho avances sustanciales con la comida, Chay comenzó a compartir sus observaciones del día y a pedirle su opinión. La echaría de menos, reflexionó, cuando se fuera a Stronghold. Pero su seguridad y la de sus hijos era más importante.

Sus demonios se habían negado rotundamente a quedarse en el Fuerte Radzyn, argumentando que si Mamá tenía que ir a la guerra, ellos también deberían poder hacerlo, y si no se los llevaban ahora, encontrarían la manera de escabullirse. Chay conocía demasiado bien a sus hijos como para dudar de que lo hicieran, y razonó que tenerlos bajo su vigilancia era mejor que no saber qué tramaban. Mañana, sin embargo, los enviarían a Stronghold, pero Tobin aún no sabía que ella iría con ellos. Cuando finalmente lo mencionó —casualmente, mientras comían una manzana— su reacción le recordó por qué prohibía los cuchillos en su dormitorio.

—¡No iré! ¡Me necesitas aquí!

—Necesito que estés a salvo.

—Nadie más puede actuar como faradhi, e incluso lo poco que pueda hacer te mantendrá informado. ¡Maldita sea, Chay, no iré!

—¿Serás sensata, por favor? Tenemos que poner a Sorin y Andry a salvo, ¡sobre todo a Andry! Los ataré a sus caballos y haré que sus escuderos los golpeen hasta dejarlos inconscientes si es necesario. No me hagas usar la misma táctica contigo.

—¡No te atreverías!

Era asombroso lo mucho que se parecía a Zehava cuando estaba enfadada.

—Escúchame. Me eres útil aquí, sí. Pero no voy a perder el tiempo preocupándome por tu seguridad. ¿Crees que los chicos se irían sin ti? En Stronghold podrás ayudar a Sioned. ¿Tengo que enumerar las razones que ya sabes, Tobin?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Eres repugnante cuando tienes sentido común.

Agradeció a la Diosa por una mujer con cerebro y espíritu. Extendiendo la mano sobre la mesa, con la intención de tomarla y expresar su gratitud por las virtudes imponentes que a veces lo distraían, sonrió con ironía cuando ella apartó los dedos. El orgullo le impedía ser amable en ese momento. Así que Chay se recostó para apreciarla, sentada con una pierna doblada bajo el cuerpo, vestida solo con la gloria negra de su cabello.

Su silenciosa admiración terminó con un frenético golpe en la puerta. Al levantarse para abrir, le arrojó la camisa que se había quitado a su esposa y le dijo que se la pusiera. Le llegaba hasta las rodillas y lo cubría todo con decencia, pero cuando Chay abrió la puerta, los ojos de Baisal se desorbitaron y sus mejillas se sonrojaron. Justo detrás de él, pálido y enfermo, estaba Maarken. Chay miró con asombro al hijo que no había visto en dos años; El cambio abrupto de niño a joven escudero alto y seguro de sí mismo fue más de lo que pudo asimilar a simple vista. Padre e hijo se miraron fijamente durante unos instantes antes de que Chay estrechara a Maarken entre sus brazos para abrazarlo con fuerza.

—¡Diosa, qué bueno verte! ¿Qué haces aquí?

Tobin lanzó un grito de alegría y corrió hacia ellos.

—¡Maarken... ay, Maarken, has crecido tanto! —Sus ojos se llenaron de lágrimas al abrazar a su hijo.

El niño sonrió con cansancio.

—No dejaba de decirles a todos en Perla Gris lo hermosa que eres, madre. Ahora lo verán con sus propios ojos y descubrirán que no exageré.

Chay miró a Baisal en busca de una explicación. El athri mayor se aclaró la garganta, avergonzado al presenciar la reunión familiar y el atuendo poco convencional de la princesa. Fue Maarken quien respondió a la pregunta tácita de su padre.

—He venido con arqueros, padre; cincuenta, enviados por el

príncipe Lleyn. Zarpamos ayer temprano y remontamos el Faolain hasta donde pudimos. —Se estremeció levemente—. Y al final tuvimos que caminar.

—No dudo que fue la primera vez —comentó Chay. Dirigiéndose a Baisal, continuó—: Por favor, pídele a mi capitán que busque sitio para los recién llegados. Tú, Lord Davvi y yo tendremos que hablar con quienquiera que lidere a los arqueros.

—Como desees, mi señor. —Con una última mirada furtiva a Tobin, se marchó.

La princesa intentaba convencer a su hijo de que comiera algo, y Chay sonrió al ver que el rostro del niño palidecía aún más al ver la comida.

—Déjalo en paz, Tobin. Comerá en cuanto se recupere de cruzar el agua. Me sorprende que esté erguido, francamente. ¿Qué trama Lleyn, Maarken?

—Exactamente lo que esperabas. Solo lamenta no haber podido proporcionar más tropas con tan poca antelación. Pero pronto llegarán más, y naves con ellas.

Chay se hundió en una silla y reflexionó. Nunca había combatido en una guerra con naves, pero las posibilidades lo cautivaban.

—Meath, el segundo Mensajero del Sol de Lleyn, fue contactado anteayer por el faradhi de Tiglath —continuó Maarken—. El sol ha estado repleto de mensajes, padre. Cuando Urival contactó con Meath ayer al amanecer, Lleyn ya lo tenía todo preparado para que pudiéramos partir lo antes posible. —Hizo una pausa y luego miró con ojos atormentados a su padre—. ¿Es cierto lo de Ianthe?

—Sí —le dijo Chay—. Me alegra que Lleyn haya actuado tan rápido, no solo con los arqueros, sino también al enviarte conmigo. —Miró a Tobin—. Ya no hay excusa para que no vayas a Stronghold. Maarken puede ser escudero y Mensajero del Sol a la vez.

—Meath y Eolie me han enseñado suficiente para un primer anillo, madre —dijo Maarken mientras Tobin fruncía el ceño—. Van a pedirle permiso a Lady Andrade para darme la medalla y más entrenamiento. Puedo hacer lo que tú haces, de verdad que puedo.

Chay observó cómo las emociones se debatían en el rostro de su esposa: irritación por haberla privado de su razón para quedarse allí, orgullo por su hijo, tristeza por tener tan poco tiempo con él antes de partir mañana. Pero todo lo que dijo fue:

—Si Meath ha tenido la previsión de dar a conocer tus intenciones...

—El faradhi de Tiglath lo sabe. Él puede contárselo a los demás. Puedes ir a Stronghold con la conciencia tranquila, Madre.

Chay tosió para disimular la risa. La conciencia no había retenido a Tobin allí, pero sin duda la llevaría a Stronghold.

—Así que tu padre se las ha arreglado para salirse con la suya. Como siempre.

Su capitulación fue suficiente; Chay había aprendido hacía tiempo a no presumir de sus escasas victorias sobre ella. Era la forma más segura de encender su considerable temperamento y su increíble terquedad. Así que cambió de tema.

—Me gustaría que hablaras con Andry antes de mañana, Maarken. Ya lleva dos veces atrapado en una red faradhi y no lo entiende. Has aprendido lo suficiente de Meath y Eolie para explicárselo.

—Da un poco de miedo las primeras veces —dijo Maarken con toda la sabiduría de un anillo de Mensajero del Sol ganado pero sin estrenar.

Chay reflexionó que, de ahora en adelante, tendría que tratar a su hijo no como a un niño pequeño, sino como a un hombre, y sintió un momento de profundo arrepentimiento por el niño que había sido Maarken. No podría haber pedido mejor compañía que el joven que veía ante él ahora: apenas once inviernos, pero comportándose exactamente como debía ser el hijo de una princesa. Aun así…

—Me vestiré —dijo Tobin— e iremos a buscar a los chicos. — Desapareció tras un biombo en un rincón de la habitación.

Maarken miró pensativo a su padre.

—¿De verdad voy a ser tu escudero?

—Supongo que Lleyn y su hijo Chadric te han entrenado adecuadamente.

El chico asintió.

—¿Pero eso significa que puedo ir a la guerra a tu lado? ¿No solo quedarme sentado en tu tienda?

Chay oyó a Tobin emitir un suave sonido.

Diosa, ayúdame, pensó. *No quiero que mis hijos crezcan y vayan a la batalla tan jóvenes. Rohan tiene razón, y esta debe ser la última guerra. Ojalá Sioned pueda liberarlo para que pueda luchar en ella y no volver a luchar nunca más…*

—¿Padre?

—Sí, Maarken. Dudo que te sirva de mucho quedarte sentado en mi tienda.

Otra noche, calurosa y cerrada. La sexta noche desde Ianthe. Rohan se apartó de la cena que le tenían preparada. La comida, el vino, incluso el agua, eran sospechosos. No confiaba ni en su lengua ni en su nariz, pues todo le sabía y olía a dranath. Ya había pasado lo peor, habiendo comido en los últimos días solo lo que consideraba menos peligroso: fruta sin cortar a la que le había quitado la piel, raíz de cactus cola de dragón limpiada de sus salsas, y algunas otras cosas. Su estómago rugía a veces de vacío, pero no tenía otra forma de asegurarse de no ingerir más droga. Le parecía irónico que el

dranath que había salvado a sus dragones fuera un peligro tan grande para él.

Sin embargo, no podía atribuir sus acciones únicamente a la confusión de la droga y la fiebre de su herida. Su mirada se dirigió al rincón donde había amontonado las obscenas colgaduras de la cama y el tapiz. Los había bajado de un tirón después de que Ianthe lo dejara, avergonzado y furioso por los recuerdos que evocaban, deseando ser un faradhi para poder prenderles fuego. Pero no le permitieron ni una sola vela, y mucho menos encender una. Los tejidos le eran inútiles en cualquier intento de fuga, pues su habitación daba al patio desde siete pisos de altura. Solo pensaba morir si podía llevarse a Ianthe con él.

Ella había sido cuidadosa y astuta. No había nada afilado en la habitación, ni siquiera cuchillo o tenedor para comer. Tampoco había nada lo suficientemente pesado como para derribarla ni lo suficientemente delgado como para convertirlo en un garrote eficaz. Solo tenía sus manos, sus manos culpables y traicioneras que deberían haberle quitado la vida seis noches atrás. Debería haberla matado entonces. Se preguntó cuándo volvería a él, o si lo haría. No había visto a nadie más que al fornido guardia que le traía la comida, un hombre que hacía de Rohan un doble. Se dedicó a registrar los movimientos fuera de sus ventanas, los horarios de las comidas, los cambios de guardia, el número de tropas y sirvientes. Había trabajado en la cerradura durante dos días sin éxito. Su guardia se había llevado las pesadas barras de bronce de la cortina; no había muebles salvo la cama para forzar un arma; nada en toda la habitación que pudiera usar. Escapar no era una de sus opciones.

Seguramente alguien ya debería haber venido a por él. Un intento de negociación, un ataque al castillo, cualquier cosa. Se despreciaba a sí mismo por buscar la ayuda de otros, pero no había otra esperanza. Empezó a sentir un horror desconcertante al pensar que su propia captura era solo una pequeña parte de un plan más elaborado, que todos los demás estaban prisioneros o muertos. Enjaulado e inquieto, recorría el suelo de piedra desnuda noche tras noche, imaginando no solo la destrucción de Feruche, sino también la de el Castillo del Peñasco y de todo Marca del Príncipe. Él mismo, al frente de los ejércitos del Desierto, asoló la tierra, exigiendo venganza. Y ejecutó al Alto Príncipe con su propia espada mientras los demás príncipes y señores observaban y temblaban ante esta demostración del poder de Rohan.

—Qué bonitos pensamientos —se dijo con amargura. Una vida vivida a espada, repartiendo muerte. Tierra arrasada y muerta, miles asesinados, miles más sin hogar. Adiós a sus ideales. Todas las espléndidas ideas infantiles de su juventud se desvanecieron como

arena arrastrada por el viento, y las vio desaparecer sin ninguna emoción más que vergüenza.

No por su muerte, ni por dejarlas ir. Vergüenza de haberse engañado a sí mismo en primer lugar. La vida no era civilizada. La gente no estaba dispuesta a seguir las leyes. Todos eran bárbaros, y Rohan sabía que era el peor de todos. Era un príncipe con el poder del coraje del desierto y la riqueza de un dragón a su disposición. Se había engañado a sí mismo creyéndose mejor que los demás, él con sus nobles objetivos y altas ambiciones. Al menos los demás siempre se habían reconocido tal como eran. Al menos eran honestos con la vida, la miraban de frente y mataban sin ilusiones.

Roelstra lo entendía. Enfrentar a todos contra otros y obtener el botín. Gobernar mediante la división y la astucia. Trabajar por la disensión, no por la cooperación. Aprovecharse y jugar con las emociones más bajas —la codicia, los celos, la cobardía— y reírse del necio príncipe que quería inspirar mentes al honor y corazones a la paz.

Y en la mujer que había creído con Rohan, cuya firme inteligencia y fe en él habían reforzado su fe en sí mismo, no se atrevía a pensar en ella en absoluto. Al traicionarla, lo había traicionado todo, pues la hija de Roelstra lo conocía de verdad. Era igual que el Alto Príncipe, igual que todo hombre que deseara renacer. Anhelaba un hijo. Aquella primera vez con Ianthe, eso podría disculparse. Pero la segunda, cuando supo quién era ella y qué quería de él, no habría perdón.

Ah, sí, era igual que todos los demás, todos los príncipes bárbaros egocéntricos que primero mataban y después se regodeaban. Pero incluso mientras su mente le proporcionaba escenas satisfactorias del Alto Príncipe muerto bajo su espada, Rohan nunca evocaba a Ianthe. Sabía muy bien por qué. No la mataría. No podía.

El repiqueteo de cascos y espadas en el patio lo llevó a la ventana. Los gritos resonaron por los muros del castillo hasta su nido. Las enormes puertas, de piedra con bisagras de bronce antiguo, se abrieron con un gemido escalofriante. No pudo ver quién o qué causaba la conmoción, solo el grupo de guardias que entraba en el patio principal.

—¡Los anillos! —gritó alguien— ¡Son inútiles sin ellos! —El nudo se desató con la lucha, y entonces uno de los soldados lanzó un grito de triunfo— ¡Los tengo! ¡Anillos Faradhi!

—Oh, dulce Diosa, no —susurró Rohan.

Ianthe bajó las escaleras con un remolino de vestido pálido y el pelo oscuro y suelto.

—¡Idiotas! —espetó— ¡Creyendo en ese viejo cuento! ¡Dame esos anillos de inmediato! ¡Y no la pierdas de vista!

El guardia perdió su arrogancia y se acercó a su dama,

inclinándose humildemente al depositarle los anillos en la mano. La luz de la antorcha reflejó el brillo del oro, la plata y una gran esmeralda antes de que Ianthe apretara los anillos con fuerza en su puño. Hizo un gesto y los guardias retrocedieron, revelando a una mujer erguida y esbelta con ropa de montar, con su cabello rojizo y dorado cayendo sobre su rostro.

—Así que has venido a reclamar a tu príncipe —dijo Ianthe con dulzura—. Qué devota. Qué cariñosa. Esperaba medio ejército, pero tú eras la única que podías contar, me atrevería a decir. Tus ejércitos del Desierto están ocupados en otras cosas, ¿verdad?

Se giró a medias, alzando la vista hacia la ventana de Rohan. Él se agazapó entre las sombras, reacio a darle la satisfacción de ver su rostro afligido.

—¿Me oyes, Rohan? Con los Mérida atacando por el norte y mi padre por el sur, ¡esto es todo lo que tienen para venir a por ti! ¡Y eres el príncipe!

En lugar de conmocionarlo hasta dejarlo paralizado de horror, la información le quemó el alma. Ahora comprendía, y la furia le recorrió los huesos. Solo Sioned, solo su princesa Mensajera del Sol, no habría hecho este viaje para morir con él. La conocía demasiado bien. La esperanza se despertó por primera vez, y la antigua confianza brotó, agua dulce para un hombre medio muerto de sed. Él y ella juntos podían con todo.

Pero allí estaba Ianthe. Rohan miró a Sioned desde las sombras, vio su rostro cansado alzado, sus ojos buscándolo pero sin encontrarlo.

—¡Ianthe! —gritó, y la princesa se giró desde las escaleras del castillo— He venido por mi señor y esposo, pero también por ti. —Y, de repente, una gran llamarada de Fuego de Mensajero del Sol surgió frente a ella, una retorcida columna de llamas de la mitad de la altura del propio Feruche. Y en el fuego apareció un dragón, brillando carmesí y dorado.

Nadie gritó; las gargantas se contrajeron de terror mientras la faradhi ejercía su magia arcana, sus largos dedos desnudos de anillos. Pero fuera lo que fuese Ianthe, no era una cobarde. Se enfrentó al imponente Fuego y gritó:

—¡Detente o haré que lo maten ahora, esta noche, con su propia espada! —Las llamas vacilaron, se apagaron. Ianthe rió— ¡Llévala a una habitación interior donde no llegue la luz del sol ni de la luna! No temas, Mensajera del Sol, ¡te lo devolveré pronto!

Rohan cerró los ojos y pegó la frente a la áspera pared. Pronto, cuando estuviera segura de que llevaba en su vientre a su hijo y pudiera presumir de ello ante Sioned. Hijo o no, la mataría. Y al niño también.

Bárbaro.

Capítulo Veinticinco

Andrade supo que tenía que ser un sueño. Roelstra, Ianthe y Pandsala, vestidos con capas violeta oscuro, acercaron sus manos a un Fuego que ella misma había conjurado. Cuando la apartaron de las llamas, sus brazos terminaban en muñones ennegrecidos a la altura de las muñecas. El Alto Príncipe e Ianthe se acercaron al Fuego y recuperaron las manos. Pandsala recogió anillos y brazaletes, con finas cadenas temblando. Con solemnidad ritual, rodearon la llama y entregaron las manos a una figura sombría más allá de la luz. Y en las profundidades de una voluminosa capa, Andrade vio sus propias muñecas, palmas y dedos fundirse con los de alguien desconocido. Pandsala deslizó los anillos enjoyados en los dedos, sujetó los brazaletes alrededor de las muñecas y ató las delicadas cadenas. Un gesto de esas manos, y el Fuego se elevó con fuerza, se abalanzó sobre Ianthe, quien se desvaneció en la nada. Las llamas de un blanco dorado formaron entonces una espada reluciente que atravesó la carne de Roelstra; él también fue tomado por el Fuego, desaparecido para siempre. Pero Pandsala permaneció, con la cabeza gacha en sumisión ante el desconocido que llevaba los anillos faradhi de Andrade, había dominado todo el poder que simbolizaban y no temía usar ese poder para matar.

Allí terminó el sueño, y despertó con los sonidos del bosque transformándose a su alrededor. Incorporándose, aspiró el aire limpio de la mañana, sabiendo que era una tontería inspeccionarse las manos, pero las inspeccionó de todos modos. Creía en sueños proféticos solo cuando le convenía. Este era mejor olvidarlo cuanto antes.

Intentó distraerse con los detalles de su entorno. Urival dormía inquieto, cerca, envuelto en su capa sobre el duro suelo. Otras dos figuras se acurrucaban al otro lado del fuego apagado. Los árboles, difusos a través de la niebla azul verdosa que subía del río, ocultaban la primera luz del sol. Andrade se frotó la espalda, dolorida por tener que sentarse en su caballo como un saco de grano para disfrazarse de sirvienta de Pandsala. Cinco días así la habían dejado dolorida tanto en su imagen como en su cuerpo, y ambos dieron origen a su sueño. Tenía las manos rígidas, las articulaciones como agujas calientes; aún le dolía la indignidad de tener que guardarse sus anillos y brazaletes hasta que los hombres de Lord Lyell se encargaran de todo; la furia ardía en su interior, era odio contra Roelstra, Ianthe y, sobre todo, contra Pandsala por ponerla en esa humillante situación. Pero esa figura sombría, inidentificable incluso como hombre o mujer, seguía preocupándola.

Había remedios sencillos para los dolores matutinos y los fantasmas oníricos. Andrade se puso de pie, haciendo una mueca de dolor al protestar sus huesos por la humedad y el frío matutino, y caminó hacia el río. El ejercicio calentó gradualmente sus músculos mientras buscaba lugares poco profundos para lavarse, y el agua fría le despejó la cabeza. Se sacudió las gotas de la cara y las manos, se retrenzó el cabello y se sintió más preparada para lidiar con un mundo intransigente.

O al menos para descubrir los nuevos inconvenientes que le aguardaban hoy. La Diosa lo sabía, los últimos cinco días habían sido bastante malos. Además de Pandsala, había tenido que soportar la presencia de Chiana en el camino desde la Fortaleza de la Diosa, pues la chica, de alguna manera, había conseguido un caballo para ir con ellas. El descubrimiento había llegado demasiado tarde. Tomándose en serio la amenaza susurrada de Chiana de exponer todo el plan a los hombres de Lord Lyell, Andrade apretó los dientes y se reprendió en silencio por haber acogido a la mocosa. Pero también había sido demasiado tarde para la autorecriminación.

Urival, sabiendo que necesitarían ayuda para cruzar los ríos entre la Fortaleza de la Diosa y Syr, había retrasado la aplicación de hierbas somníferas y magia de Mensajeros del Sol al destacamento enviado para escoltar a Pandsala hasta su padre. Andrade había estado muy dispuesta a atarlas la primer noche. Pero esa tarde, en una parada de descanso, había hecho lo necesario, y ahora estaban libres. Pandsala estaba contentísima, y Chiana brincaba en un caballo demasiado grande para ella, cantando. Ninguna de las dos cosas mejoraba el ánimo de Andrade.

Las noticias que habían llegado por la luz del sol habían sido terribles. Los Mérida asaltaban las murallas de Tiglat con una regularidad exasperante. Sus flechas dieron en algunos blancos, perdieron algunos hombres y se retiraron hasta la siguiente escaramuza. Andrade comprendió la táctica: hostigamiento constante para debilitar el espíritu de la ciudad. La batalla abierta exaltaba, pero un asedio lento y constante agotaba la moral. El joven Walvis planeaba asaltar las líneas de suministro de Mérida, tanto para obtener provisiones para la ciudad como para dar a sus tropas la seguridad de la acción. Pero una batalla campal en la llanura le fue negada.

Tobin y los gemelos menores habían llegado sanos y salvos a Stronghold, pero la vista que Andrade tenía del castillo le había mostrado que estaba casi desierto. Un vistazo a la zona alrededor de Tiglat mostró que una fuerza se había separado del ejército principal Mérida para dirigirse al sur. Y en Feruche la vida continuaba como si todo fuera normal, como si la guarnición bajo la fortaleza todavía

estuviera llena de soldados de Rohan. De Rohan y Sioned, no había noticias ni señales.

Andrade se secó la cara y las manos con una sección relativamente limpia de su falda y emprendió el regreso. El repentino grito de alarma de Urival llegó justo cuando ella coronaba la cuesta. Él permanecía de pie frente al fuego frío, despeinado y furioso, sosteniendo la capa vacía de Pandsala.

—¡Se fue! —bramó— ¡Maldita sea esa zorra! ¡Se fue!

Chiana permaneció sentada con los pies encogidos, indiferente a la furia de Urival. Andrade observó la ingeniosa disposición de las sillas de montar que simulaban dos cuerpos dormidos donde solo había uno, soportó la sonrisa petulante de Chiana durante cinco largos respiros, luego la levantó y la zarandeó.

—¡Lo sabías!

—Sí, mi Señora —afirmó Chiana con un asentimiento—. Mi hermana se ha ido con nuestro padre, por supuesto —continuó como si Andrade fuera demasiado viejo y estuviera demasiado aturdido para comprender lo obvio—. Ya debería estar con él. Y se llevó todos los caballos.

Andrade la soltó, dándose la vuelta, sin querer que Urival viera las ansias asesinas que sabía que se reflejaba en sus ojos. La actuación llorosa y angustiada de Pandsala ante el capitán de Lyell había renovado las sospechas, pero se había portado impecablemente durante el viaje cuando en cualquier momento podría haber denunciado a los dos Mensajeros del Sol. Pero ahora esto, con Chiana como alegre cómplice. Andrade les había salvado la vida y ellos la arruinarían, pues Pandsala ahora llevaba anillos faradhi y su talento estaría al servicio del Alto Príncipe.

Lentamente, volvió a encarar a Chiana. Vio que su propia mano se retiraba. Pero no la golpeó. Chiana dejó escapar un suave gemido de miedo.

—Tienes edad suficiente para comprender los acontecimientos, y edad suficiente para traicionar —le dijo Andrade con una voz sepulcral —. Debería haber esperado esto de alguien cuyo nombre significa *traición*.

Chiana se mantuvo firme, con la mirada desafiante encendida.

—Mi padre… —comenzó con orgullo.

—Es un muerto viviente. —Andrade se volvió hacia Urival—. Hasta ahora, por tradición, he dudado. Pero hoy la luz del sol temblará. Los faradh'im eligen el Desierto, a su príncipe y a sus ejércitos.

—Por favor, considérelo, mi Señora —respondió él en un tono formal que expresaba sus dudas con más claridad que si hubiera esgrimido cien razones en contra de su decisión.

—Estoy en mi derecho. Roelstra ha aislado a los faradh'im de toda

luz. Solo por esto se merece lo que le haremos.

—¿Su muerte? —preguntó Urival.

—No somos asesinos.

—¿Ni verdugos? —insistió.

—No —dijo Andrade, y por primera vez en su vida lamentó los diez anillos en sus dedos, los brazaletes y cadenas que los unían a ella y a los antiguos votos—. No —repitió—. Jamás.

Sioned se había acostumbrado a la oscuridad. No se permitía ni un rayo de luz, ni siquiera una vela. No tenía forma de saber cuánto tiempo había pasado, cuántos días, noches y días más. Las comidas llegaban a intervalos irregulares, al igual que los hombres, que eran una oscuridad que podía saborear, oler y sentir.

No había podido comprobar la información de Maeta sobre la entrada oculta a Feruche; aunque había previsto a la mayoría de los guardias y el momento en que cambiaban de turno, uno la había pillado de todos modos. Era culpa suya, lo sabía, por ser descuidada en su urgencia. Y ahora estaba allí, en esta celda negra, sola.

Era la falta de colores lo que más la perturbaba. Una Mensajera del Sol aislada de la luz era algo antinatural, pero el pánico no había durado mucho. El calor sofocante no la perturbó después de lo que debió haber sido un día o dos. Pero echaba de menos los colores. Se pasaba el tiempo recorriendo la forma de cada uno en su memoria: no los rostros, los paisajes y el cielo que formaban, sino deseando tan solo sentirlos, envolverlos en la oscuridad. Eran vida para ella, el magnífico espectro que conformaba el mundo que tocaba como un faradhi. Pero sin luz, no podía sentirlos. Carecían de sustancia.

No malgastaba su energía conjurando Fuego muy a menudo. Le dolían los ojos, y los colores de las llamas rugían con su agitación interior, su miedo. ¿Y de qué servía, en cualquier caso? Sabía que no estaría allí para siempre.

Un chirrido de bisagras la alertó momentos antes de que una antorcha arrojara un rojo dorado en su celda. Se cubrió la cara y se dio la vuelta para no herir sus ojos, que lagrimeaban y escocían con el dolor de la luz.

—Bendición de la Diosa, Mensajera del Sol —saludó Ianthe con sarcasmo.

Sioned se apartó las manos de las mejillas, entreabrió los ojos y se secó las lágrimas. Pero aún no estaba preparada para sostener la mirada de Ianthe.

—Toma —continuó Ianthe— cúbrete. Te ves horrible, querida. Igualita a Rohan; demasiado asustada por el dranath como para comer mucho. Se nota, princesa. —Rió. Sioned contuvo un respingo cuando le arrojaron la ropa encima.

Ya podía abrir los ojos sin demasiado dolor, y tras enjugar las

últimas lágrimas, encaró a la princesa. La sonrisa de Ianthe la asqueó.

—Disfrutarías matándome, ¿verdad, Sioned? Casi tanto como Rohan. Pero ambos son demasiado cobardes para atreverse aquí en mi castillo. Dime, Mensajera del Sol, ¿amas tanto tu vida que soportarías esto voluntariamente? ¿O amas la vida incluso más de lo que me odias? —Volvió a reír—. Hay una sutileza aquí que se te ha escapado, creo. El odio lo es todo. Mi padre lo entiende, y yo también, gracias a ti y a Rohan. ¡Sí, de verdad debería expresarte mi gratitud! El odio es lo único que perdura. Te ha mantenido con vida hasta ahora, ¿no?

Ianthe dio otro paso dentro de la celda; la luz del fuego se reflejaba en su cabello suelto, sus joyas y su vestido carmesí oscuro.

—Pero ninguno de los dos arriesgará su vida para satisfacer su odio hacia mí y mi padre. Muy práctico de su parte, y muy satisfactorio para mí. Ahora hay otra vida en juego. Cuando una mujer ha dado a luz a tres hijos, reconoce las señales de otro en su cuerpo.

Sioned miró la antorcha que sostenía Ianthe. Podía hacerlo: conjurar el Fuego más alto y ardiente, enviarlo a través del cuerpo de la princesa, hacerle lo que Roelstra le había hecho a su amante...

Ianthe maldijo y arrojó la antorcha a las piedras. Pero Sioned ya había apagado la pequeña llamarada que sus pensamientos habían encendido. No mataría a Ianthe. Todavía. No tenía quemaduras en su propia piel, ni un niño en sus brazos.

La luz se alzó en extraños patrones de sombras que bruñían y ennegrecían el rostro de Ianthe.

—Lo supe siete días después de que concibieran a mi hijo menor —dijo—. Pero esta vez quería asegurarme especialmente. Quizás pienses que no me creerán. Tranquila, Sioned. No habrá duda de que este niño es de Rohan. Con mi padre victorioso en su campo de batalla y yo en el mío, ¿quién se atreverá a dudar? Rohan vivirá lo suficiente para reconocer a su hijo, y quiero que vivas para oírlo. Después de eso... —Se encogió de hombros—. Eres libre de irte ahora, y tu príncipe contigo. Disfruta de tu vida mientras puedas, porque solo dura hasta pleno invierno, cuando nazca mi hijo.

Sioned esperó a que la princesa se girara hacia la puerta, sonrojada, y luego dijo:

—Disfruta de tu odio mientras puedas, Ianthe, si el odio es vida para ti. Termina cuando nace el hijo de Rohan.

La princesa se tensó y por un instante se quedó paralizada. Sioned sonrió para sí misma. Entonces Ianthe se fue, con la puerta abierta de par en par tras ella. Sioned se tomó su tiempo, reuniendo fuerzas. Lentamente se puso la ropa de montar que le habían dado para cubrir su desnudez y luego se abrió paso desde la oscuridad iluminada por las antorchas por un pasillo vacío. Había muchas escaleras, y varias

veces tuvo que detenerse y apoyarse en la pared mientras el mareo la sacudía. Finalmente emergió a una cámara bañada por un débil amanecer, donde Rohan la esperaba.

La tenue luz no perdonó los huecos que se le formaban alrededor de las costillas, los huesos de su rostro. Le habían dado harapos para vestir, al orgulloso príncipe dragón: pantalones, botas, una capa que sostenía torpemente sobre un brazo. El cabello rubio era oscuro y lacio por el sudor, los ojos amoratados, y en esos ojos había una desesperación que le desgarraba el alma.

Sabía lo que él debía estar viendo al mirarla. La ropa le colgaba de los hombros, y la luz sería igual de despiadada sobre su propia piel gris, sus rasgos aún tensos por los gritos que se había negado a emitir. Ella lo vio mirándola y sintió más dolor por su dolor que por el suyo propio.

—Estuve con ella —dijo bruscamente.

—Lo sé. Y ahora lleva a tu hijo, y yo no puedo.

—Debería haberla matado.

—No. —Pero ella no podía explicarlo, aún no.

Él se adelantó, le puso la capa sobre los hombros, con cuidado de no tocarla.

—Somos libres de irnos.

—Rohan, eres mío —le dijo Sioned—. Mío.

Negó con la cabeza y se alejó de ella hacia la puerta.

—Ella nunca podría arrebatarte de mí. El único que podría hacerlo eres tú, y yo nunca te entregaré ni te dejaré ir.

—No dejaré que reclames bienes sucios —dijo con voz áspera.

—¿Es por eso que no me tocas?

Se giró, con una nueva agonía gritando en sus ojos.

—Sioned, no…

Esperó hasta que él comprendió por completo su significado, calculando el equilibrio entre su amor por ella y su odio hacia sí mismo.

—Perdí la cuenta de cuántas veces me usó —dijo al fin, con palabras elegidas por su crueldad, palabras que representaban un riesgo terrible. Pero conocía a este hombre: afligido, despojado de orgullo, a quien acababa de herir de nuevo. La conmoción lo destrozaría o lo traería de vuelta a ella.

Ella lo conocía. La abrazó con ternura, como si fuera a romperse en sus brazos. Sioned apoyó la cabeza en su hombro y dejó caer las lágrimas, secándose los ojos, lavándole la piel.

El patio estaba vacío, pero Sioned podía sentir cientos de ojos en las sombras. Había dos caballos atados justo al otro lado de las puertas, con un odre de agua atado a cada silla. Ianthe, evidentemente, los quería para sobrevivir al Desierto. Mientras Sioned

y Rohan montaban y salían de Feruche, ninguno de los dos echó de menos ni comentó nada al ver a Ianthe, en lo alto de las almenas, observándolos.

Rohan estaba tan tenso como si esperara una flecha en la espalda en cualquier momento. Sioned sabía que no la habría. Pleno invierno, se repitió. Pleno invierno. Tenía hasta entonces para decidir cómo moriría Ianthe.

—Solo una escaramuza —suplicó el príncipe Jastri—. Los hombres están inquietos. Saben que tenemos una fuerza superior y quieren demostrarlo. Solo una pequeña escaramuza...

Roelstra torció los labios y apartó el desayuno. No tenía sentido continuar la comida con Jastri dándole la lata y quitándole el apetito.

—Una pequeña escaramuza —reflexionó—. Algo que Lord Chaynal sabrá muy bien cómo convertir en una gran batalla. ¿No has escuchado nada de lo que se dice de él? Conoce la guerra, Jastri. Tuvo un maestro muy competente en Zehava y mucha experiencia con los Mérida. No habrá ninguna escaramuza. Todavía no. Ahora, sé un buen chico y déjame terminar mi desayuno en paz, ¿quieres?

Jastri, normalmente sonrojado por el placer de comandar a sus propias tropas en sus ejercicios, ahora estaba rojo de rabia. Un apuesto muchacho de dieciséis inviernos, poseía todo el entusiasmo y la impaciencia propios de la juventud, liberados de la onerosa supervisión de tutores y consejeros. Pero había descubierto que el gobierno de Roelstra era aún más restrictivo. La armadura de batalla de cuero, decorada aquí y allá con granates, le sentaba de maravilla ahora que la vida en un campamento militar le había quitado la grasa de bebé, pero aún no había aprendido la disciplina militar. Roelstra, inspeccionando las mejillas escarlatas y los brillantes ojos verde grisáceos, consideró que era hora de dar una lección.

—Soy un príncipe —le informó Jastri con vehemencia—. ¡No soy un niño!

—Eres y seguirás siendo un niño hasta que te hayas desangrado con una joven virgen y con una batalla —le espetó Roelstra.

—¡Y eres tú quien me instruirá en ambas cosas! —se burló el joven príncipe— ¡Tú, cuya esposa y cinco desafortunadas amantes no te han dado hijos! ¡Tú, que te sientas aquí en esta tienda atiborrándote de desayuno cuando podríamos estar alimentando nuestras espadas con sangre del Desierto!

Roelstra suspiró, consolándose con la idea de lo agradable que sería ver morir a ese niño irritante. Dijo:

—Cuando tengas hijos propios y cicatrices de batalla en la piel, podrás regodearte. Muchacho. Pero hasta entonces, harás lo que te digo.

Jastri salió de la tienda de un salto, gritando furioso por su caballo y

su escolta. Roelstra ignoró el alboroto e intentó interesarse en el desayuno una vez más, pero no pudo. Esperaba que Lord Chaynal fuera igual de incapaz de disfrutar de sus comidas, su sueño y cada momento de vigilia.

Sin embargo, sonrió al considerar lo que debía de estar pasando por la mente del comandante del Desierto. Las tropas de Roelstra superaban en número a las de Chaynal, una debilidad que podía explotarse en cualquier momento; sin embargo, Roelstra no atacaba. La excusa para la batalla la había dado Lord Davvi, quien estaba con los ejércitos del Desierto en lugar de apoyar a su legítimo señor; aun así, Roelstra no atacaba. El Alto Príncipe tomó su copa y se miró a sí mismo en su pulida superficie plateada:

—¿Espero a que Lord Chaynal ataque primero? No, soy demasiado listo para pensar que se ha equivocado. ¿Espero a que llegue Rohan para destruirlo a él y a sus ejércitos en una sola batalla? No, porque sé que el príncipe estará rodeado por un muro de espadas y escudos. Entonces, ¿por qué espero en mi lado del río como una tormenta de arena que se avecina en el Desierto? —Rió entre dientes y bebió, reconociendo que si Jastri tenía una virtud, era su habilidad para proporcionar los mejores vinos syrenos—. Probablemente su única virtud —añadió Roelstra con un suspiro al oír una renovada conmoción fuera de su tienda. Un escudero entró sigilosamente e hizo una reverencia, un blanco fácil para el temperamento del Alto Príncipe.

—¿Es que no voy a tener paz alguna? ¿Qué pasa ahora?

—Perdóneme, su gra-gracia, yo...

Las solapas de la tienda se abrieron, revelando a una mujer que creía no volver a ver. Hizo una rápida reverencia, con sus ojos oscuros insolentes y fríos, y dijo:

—Dame la bienvenida, padre. —Levantó las manos, y él vio los tres anillos de los Mensajeros del Sol en sus dedos.

Los guardias estaban detrás de ella, cautelosos e inseguros. Roelstra les indicó a ellos y al escudero que salieran de la tienda.

—¿Creen que mi hija está aquí para matarme? ¡Fuera todos! Hablaré a solas con la princesa.

Pandsala se sentó sin permiso y cruzó las manos sobre el regazo.

—Gracias por mi título, padre. Con eso y mis anillos, ya no tendré problemas para que esta gente me obedezca.

—¿Por qué deberían obedecerte y con qué propósito?

Ella rió.

—Señor de las Tormentas, ¿cómo crees que han sido estos últimos seis años, encerrado con Lady Andrade? Aunque me hubieras expulsado, cosa que fuiste demasiado listo para no hacer después de haber visto esos anillos, e incluso si me hubieras mandado matar,

habría sido preferible a lo que he soportado.

La miró en silencio, dejando que sus sospechas se reflejaran en su rostro. Finalmente, dijo:

—No has envejecido bien, querida. Andrade y su piadosa familia no te han convenido más de lo que me convendrían a mí. No confío en ti, Pandsala. Pero supongo que no esperas que lo haga. ¿Qué quieres?

—Mi libertad. Y mi posición como hija tuya, y princesa. Puedo serte útil, padre, y lo sabes —Sonrió—. A ti también se te nota la edad, ¿sabes? Canas por aquí, más carne por allá, líneas y arrugas. ¿Sigues perdiendo el tiempo y la energía intentando engendrar un hijo, o has decidido que los mocosos de Ianthe se convertirán en príncipes después de tu muerte? —Riendo, continuó—: ¡Príncipes! ¡Diosa, qué gracioso! ¡Destrozarán tus tierras de punta a punta! Todo lo que Ianthe haya engendrado y amamantado resultará vil.

—Ella y yo tenemos eso en común —observó Roelstra con frialdad —. Le di a tu hermanita el nombre que debería haberte dado, tras traicionarme primero a mí y ahora a Andrade.

—Tienes razón, no espero que confíes en mí. Pero puedo ser útil, padre. Y tú nunca fuiste estúpido.

Se observaron un rato: Roelstra, calculador, Pandsala, confiado, con la seguridad de quien no tiene nada que perder.

—Muy bien —dijo bruscamente—. Sírveme. Pero confía en una cosa. Si me traicionas de nuevo, tus años con Andrade parecerán un carnaval de delicias comparado con lo que te sucederá.

—¿Cómo iba a dudarlo, padre? —Ella volvió a sonreír, estirándose lánguidamente— ¿Puedo compartir tu desayuno? Fue un viaje más largo de lo que pensaba desde donde dejé a Andrade, Urival y Chiana.

Él se sobresaltó y vio su satisfacción ante su reacción. Pero antes de que pudiera hacer sus preguntas, un guardia irrumpió en la tienda, apenas se acordó de saludar, y exclamó:

—¡Disculpe, su excelencia, hay un jinete aquí que exige audiencia de inmediato!

Roelstra se incorporó a medias, luego se recostó en su silla, mirando de reojo a su hija.

—Déjame. Te llamaré enseguida.

Ella arqueó las cejas, pero salió de la tienda sin hacer comentarios. Roelstra hizo un gesto y trajeron al jinete. Cuando el hombre dio la noticia, volvió a llamar a Pandsala y se reunió con ella afuera, a la luz del sol.

—Tengo la intención de usarte, querida —le dijo—. Y parece que debo confiar un poco en ti para hacerlo. Demuéstrame ahora que vales esos anillos que llevas. Encuentra a Rohan.

—¡Soy una aprendiz, no un faradhi completamente entrenado!

Disfrutó de la aprensión en sus ojos.

—Entonces entrénate, y rápido. Quiero saber dónde está Rohan. Hazlo, Pandsala, o averigua qué pasa cuando tu padre se enfada. —Sonrió con amenaza en la mirada.

Ella tragó saliva con dificultad, se enfrentó a la luz del sol y cerró los ojos. La vio temblar y se preguntó por qué, de todas las hijas que había tenido con Lallante, esta era la que tenía el don. Por otra parte, si hubiera sido Ianthe…

Pandsala jadeó y abrió los ojos de golpe.

—¡Los vi! A Rohan y a la princesa faradhi, y dragones, allá en el Desierto, ¡los vi!

Roelstra asintió, complacida de haber superado la prueba.

—Excelente.

—¡Pero no lo entiendo! —exclamó— ¿Por qué los dejó ir Ianthe?

—Por sus propios motivos.

—¿Sabías esto?

—Me lo contó el mensajero que acaba de llegar. —La llevó de vuelta a la tienda y sirvió vino para ambos—. La noche antes de que lo liberara, se encendieron las hogueras de señales. Cruzaron el Veresch hasta el Castillo del Peñasco, donde un bote esperaba para navegar río abajo por el Faolain, más rápido que un jinete.

—Pero Lord Chaynal está río arriba...

—Exactamente. Había caballos esperando. Y ahora sé lo que Lord Chaynal no sabe. —Sonrió, pensando que solo él e Ianthe compartían otra información interesante, que permanecería en secreto hasta que llegara el momento oportuno. Él, Ianthe y Rohan.

Pandsala tomó un trago de vino y de repente palideció, mirando la copa con horror. Roelstra se ahogó en la risa.

—¡Oh, qué rico! ¿Qué esperabas? ¿Dranath? ¡No seas idiota, Pandsala! ¿Cuándo tuve la oportunidad de ponerle una droga al vino? —Le quitó la copa y bebió, burlándose de ella.

Ella se calmó, pero el miedo aún estaba en sus ojos. Él lo disfrutó, sabiendo que no comería ni bebería sin antes superar el terror de la droga. La incertidumbre constante la mantendría honesta, aunque él nunca confiaría realmente en ella.

—Así que ambos hemos pasado la primera prueba —le dijo—. Me he abstenido de unirte a mí con dranath, y tú has confirmado a la luz del sol algo que ya sabía. —Levantó su copa hacia ella—. ¿Brindaremos por la confianza mutua, querida?

El sol del mediodía caía a plomo sobre la cabeza y la espalda desprotegidas de Rohan. Sabía que debían detenerse pronto y buscar refugio del calor más intenso del día. La mañana había transcurrido en absoluto silencio mientras cabalgaban junto a la guarnición vacía bajo Feruche y se adentraban en el Desierto, manteniéndose cerca de las

colinas donde podían encontrar un poco de sombra. Él abrió el camino, avergonzado por la gratitud de no tener que mirar a su esposa.

Normalmente, cuando estaba confundido o preocupado, un paseo por la austera belleza de sus tierras lo tranquilizaba. Donde otros solo veían vacía aridez, él veía libertad. Las vastas arenas doradas y el cielo infinito le aseguraban que había respuestas si tan solo buscaba, como se buscaba agua en el Desierto. Allí no había límites, ni para la tierra ni para sus sueños. Un hombre podía encontrar la libertad para pensar, sentir y vivir.

El Desierto lo amenazaba ahora. La Larga Arena era demasiado grande, los cielos demasiado inmensos, todo ello acechando alrededor de él, sobre éll, alternando gritos para preservar su libertad con alaridos de que estaba solo, solo, sin esperanza de respuestas. Los sueños se habían desvanecido como agua en la arena. No podía encontrar fuerzas allí y no tenía derecho a buscarlas en Sioned.

Rohan giró el caballo hacia las colinas, recorriéndolas con la vista en busca de un refugio fresco. Oyó el suave susurro de cascos tras él, el apagado tintineo de la brida al sacudir la cabeza. No podía mirar a su alrededor, no podía mirar a su esposa. En cambio, entrecerró los ojos hacia el cielo, donde una forma oscura había alzado el vuelo.

Un Dragón.

Contuvo el aliento, oyó el pequeño murmullo de sorpresa de Sioned tras él. Un dragón, con las alas batiendo contra el azul, volando hacia las dunas cercanas. Dulce Diosa, pensó Rohan, ¿cómo podía algo ser tan hermoso?

Pero cuando otro dragón apareció a la vista y gritó un desafío al primero, se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder.

—¡Sioned! ¡Rápido! —Pateó a la yegua hacia adelante, encaminándose hacia una cueva poco profunda formada por un saliente de roca marrón veteada.

Una vez dentro, permanecieron sobre sus caballos, intentando calmar a los aterrorizados animales mientras los chillidos de los dragones hendían el aire. Sioned se acurrucó sobre el cuello de su caballo, con las riendas tan apretadas que la barbilla del castrado estaba contra su pecho. Rohan luchó por controlar a su propio caballo, dándole vueltas y vueltas en el estrecho espacio con las riendas agarradas casi por la brida.

Sioned gritó cuando su castrado se encabritó y se golpeó la cabeza contra el techo bajo. Rohan intentó agarrarla con fuerza, pero falló, casi cayendo de su propio caballo. Sioned cayó, con una pata enfundada en una bota torcida al engancharse en el estribo, luego se deslizó al suelo y quedó inmóvil. El castrado, libre ya de cualquier atadura, galopó precipitadamente fuera del refugio.

Rohan saltó, con las riendas enrolladas en la mano mientras su propio caballo se precipitaba, queriendo seguir la frenética huida del castrado.

—Sioned... —Se agachó y le tocó la cara con la mano libre, forcejeando con la yegua—. ¡Sioned!

Los gritos de los dragones y el caballo resonaron en la roca, y la yegua casi le rompió la muñeca en su desesperación por liberarse. Gimió de dolor y la dejó escapar.

Los ojos de Sioned se abrieron al rodearla con sus brazos, vidriosos por el dolor.

—Calla —le dijo—. Tienes un golpe en la cabeza y un tobillo torcido. No te muevas.

Ella le tomó la mano, inspeccionando las quemaduras del cuero, y luego miró hacia la arena. En voz muy baja, dijo:

—No importa.

Las palabras lo enfurecieron por razones que no comprendió. Se puso de pie de un salto, mirándola fijamente.

—¡No importa! —gritó, temblando de furia— ¿Nada importa? ¡Nada! ¡Míranos! —rugió, perdiendo el control por primera vez en su vida— ¿Importamos?

Ella lo miró con una calma terrible y no dijo nada. Él se giró, apoyó su cuerpo tembloroso contra las rocas y contempló el Desierto donde los dragones se alzaban, con las alas desplegadas, rugiendo con una furia comparable a la suya. Se abalanzaron el uno contra el otro y comenzó la batalla.

Rohan se quedó paralizado. Era su sueño infernal de nuevo, solo que esta vez los dragones estaban afuera. Las escenas bordadas en los tapices cobraron vida. Un dragón de color bronce verdoso, el otro marrón con manchas negras iridiscentes en la cabeza y los flancos, ambos con fauces anchas y sangre goteando. La parte inferior de sus alas extendidas brillaba con el calor. Se atacaron una y otra vez, desangrándose; el hedor y su masculinidad se impregnaban en el aire arenoso. Se encabritaron, se atacaron, excitados, obscenos, primarios y hermosos. La violencia de sus gritos y embestidas lo estremeció, se extendió por sus brazos y muslos, le calentó la sangre. Emitió un sonido gutural y clavó los dedos en las rocas, con los ojos entrecerrados.

El roce en su brazo lo atravesó como un espadazo. La miró fijamente a los ojos verdes, tan tranquilos y fríos, pero un temblor lo recorrió y encontró respuesta en ella, quien retrocedió asustada.

—Rohan...

La estrechó contra su pecho. Por un instante, ella sollozó y se aferró a él, y la ferocidad los recorrió como un reguero de pólvora. Él la dobló hacia atrás, curvando su columna, obligándola a echar la

cabeza hacia atrás y tomó sus labios como pretendía tomar su cuerpo.

Ella se apartó de él, jadeando.

—¡No! —espetó, con los ojos encendidos, y él la abofeteó con tanta fuerza que giró la cabeza y le brotó sangre del labio.

—¡No volverás a tener relaciones conmigo como las tuviste con ella! —gritó.

El aullido mortal de un dragón inundó su cerebro y se tambaleó. Había odio en los ojos de Sioned; sus dedos se curvaron en garras que le arrancarían los ojos si la tocaba de nuevo. Rohan se atragantó y se alejó tambaleándose de ella, cayendo de rodillas sobre la arena. Cerca de allí, el victorioso dragón semrntal batió sus grandes alas ensangrentadas y se alejó, dejando un cadáver destrozado en la arena.

Soy peor que un bárbaro. Soy un salvaje. Todas sus pretensiones de civilización, racionalidad, honor, no eran nada. Había perdonado a Ianthe cuando debería haberla matado, cuando todo exigía que la matara, ¿y por qué? Por el hijo que Sioned nunca le daría. Era un salvaje con gusto por la violación, anhelando reclamar lo que era suyo, lo que otros le habían arrebatado. Lujuria, posesión, celos, violación. ¿En qué se había convertido? Solo en lo que había sido todo este tiempo, pero nunca había tenido el valor de admitir.

Las sombras de la colina lo envolvieron gradualmente, refrescando la piel quemada por el sol de su espalda y hombros. Se incorporó, notando con torpeza que era poco después del mediodía, con mucho tiempo de espera antes de emprender de nuevo la travesía por el Desierto. A pie. De noche. Cuando tendrían una oportunidad de sobrevivir.

Entonces rió, un sonido áspero y chirriante que se le atascó en la garganta. Supervivencia. Qué broma tan espléndida. Podía pensar, sentir y hacer estas cosas, y aun así, su testarudo cerebro le decía lo necesario para sobrevivir. Era divertidísimo. Se apretaba las rodillas contra el pecho y reía, se balanceaba, echaba la cabeza hacia atrás y gritaba su alegría al cielo.

Sioned se acurrucó en la entrada de la cueva, tapándose los oídos con las manos para acallar la horrible risa. Debería haber ido con él, sabía que debía hacerlo, pero no podía. La aterrorizaba.

Cuando volvió a oír el silencio, obligó a su cuerpo dolorido a incorporarse, apoyándose contra las paredes de roca. Él se encogió sobre sí mismo, con la cabeza sobre las rodillas, la herida del hombro sangrando en un fino hilillo por la espalda. Las sombras se acumulaban a su alrededor, alargándose mientras ella observaba durante no sabía cuánto tiempo.

Finalmente se movió, cojeando por la arena. Él temblaba, los músculos se le contraían en espasmos bajo la piel. Ella se arrodilló,

incapaz de hablar ni tocar, y él levantó la cabeza. Sus ojos se habían vuelto oscuros y vacíos.

—No vamos a morir, ¿sabes?

Ella asintió sin decir palabra, sin comprender.

—Quería hacerlo. Pero soy demasiado cobarde. —Un largo suspiro escapó de él—. Tengo que vivir, para poder matar. Qué ironía.

Las lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas. Él atrapó una con la yema del dedo y la miró fijamente un momento. Cuando la miró a los ojos, sus ojos se encendieron de angustia.

—No lo merezco —susurró—. Ay, Sioned. ¿Qué he hecho?

Capítulo Veintiséis

El príncipe Jastri obtuvo la batalla que tanto anhelaba a la mañana siguiente de la llegada de la princesa Pandsala. Las tropas del Alto Príncipe se enfrentaron a las de Lord Chaynal justo después del amanecer, tras haber cruzado el río durante la noche por un puente en el camino principal hacia el norte y un segundo puente construido apresuradamente mucho más cerca de los ejércitos acampados. Chay, alertado antes del amanecer, asintió satisfecho ante la perspectiva del combate, ordenó a sus tropas que se prepararan con el mayor sigilo posible y aguardó el ataque. Sus capitanes estaban desesperados por asaltar y quemar los puentes, pero Chay tenía sus propios planes para ellos. La caballería del príncipe Jastri vadeó el río hacia el sur y se dirigió al norte en una maniobra de flanqueo diseñada para distraer del avance principal de Roelstra. El plan y la ejecución eran dos cosas completamente distintas. Jastri y su inexperta tropa de jóvenes nobles no pudieron hacer frente a la lluvia de flechas y lanzas que los recibió mucho antes de lo que esperaban encontrar resistencia. Conmocionado y furioso, el joven príncipe se vio obligado a una confusa retirada. Perdió treinta y nueve de sus cien caballos a manos de los arqueros del Desierto y del río. Lord Davvi, a quien Chay le había confiado la emboscada, regresó con pocas pérdidas y a tiempo para apoyar las defensas principales.

Pero al caer la tarde, las tropas de Roelstra habían conquistado una franja de costa a la que se aferraron con fiereza. Chay se retiró, dispuesto a cederles su territorio por ahora, reacio a perder más vidas intentando recuperarlo. Dejó suficientes arqueros para desalentar nuevos avances y se dirigió a su tienda con sus capitanes, su hijo y Lord Davvi.

—Pérdidas de dieciocho caballos, treinta y siete infantes y catorce arqueros —resumió después de que le dieran sus informes—. Los exploradores estiman que las bajas enemigas son aproximadamente el doble, pero, para empezar, nos doblan en número. No me interesa una guerra de desgaste —Jugueteó con un cuchillo de comer enjoyado que le había regalado Tobin, observando cómo la luz de las velas contrastaba con los rubíes y el acero—. Pero ahora tenemos ventaja.

Lord Davvi expresó la sorpresa de los demás en una sola palabra.

—¿Cómo?

Chay sonrió tensamente.

—Calculo que son más de setecientos, y para mañana por la mañana la mitad debería estar a este lado del río. Quiero informes periódicos sobre la cantidad de hombres, caballos y suministros que

han traído durante la noche.

—Lo que deberíamos hacer es incendiar esos puentes, mi señor.

—No, Gryden —le dijo al comandante de la guardia de Radzyn—. Todavía no. Cuando la mitad de sus fuerzas estén aquí a nuestro alcance, quemaremos sus puentes tras ellos. —Trazó una línea en el mapa de pergamino con su cuchillo, dejando una profunda cicatriz—. Quiero mostrarle a Roelstra algo realmente espectacular.

—¿Por qué no ahora, cuando hay menos para alzarse contra nosotros? —preguntó Davvi.

—Porque voy a aplastar al Alto Príncipe en dos batallas. Dos es todo lo que podemos permitirnos. Una vez que hayamos masacrado a la mitad de su ejército, cruzaremos el Faolain y haremos lo mismo con la otra mitad.

—Pero si se queman los puentes...

—Yo también tengo mis ideas al respecto. No, Gryden, no convocarás una reunión de ingenieros y empezarás a derribar árboles. Nuestros puentes serán muy diferentes a los de Roelstra. ¿Preguntas? —Los miró a todos por turno, notando su desconcierto, tal como él pretendía. Zehava le había enseñado hacía mucho tiempo a mantener sus planes de batalla en secreto el mayor tiempo posible; no tenía nada que ver con la confianza, solo con la prudencia—. Muy bien. Retírense.

Maarken se quedó, recogiendo el equipo de batalla de su padre para limpiarlo. Chay observó al chico sentarse en la alfombra cerca de una lámpara de cristal transparente. Los dedos cuidadosos comenzaron su trabajo, frotando la opaca película de suciedad sobre el acero.

—Deberías estar en la cama —dijo.

—Un escudero no duerme hasta que su señor lo haga, o a menos que lo haga —respondió Maarken.

—Buen intento —Chay sonrió—. Ahora puedes decirme qué te preocupa de verdad.

El chico levantó la vista y luego volvió a bajarla a su trabajo.

—Padre, no necesitas arqueros ni flechas para incendiar los puentes. Me tienes a mí.

Su mente daba vueltas. Nunca había prestado mucha atención a los distintos niveles de entrenamiento faradhi, hasta que Sioned empezó a dar clases particulares a su esposa. Diez anillos para un Señor o Señora de la Fortaleza de la Diosa, siete para Maestros Mensajeros del Sol…

—Mi tipo de Fuego no dañará tanto los puentes si tengo cuidado, porque puedo apagarlo con un pensamiento

—Cinco para un Mensajero del Sol entrenado, tres para un aprendiz…

—Ni siquiera tengo que estar tan cerca, solo lo suficiente para ver dónde prender el Fuego.

—... y uno por la habilidad de invocar el Fuego. —Chay observó las manos sin anillos de su hijo, que aún frotaban con asiduidad una mancha imaginaria en la espada.

—Nadie correrá peligro, padre. Roelstra no se alertará por ningún movimiento de tropas. Puedo hacerlo.

—Cuando esos puentes se derrumben, habrá gente en ellos. Gente que morirá. —Esperó a que Maarken levantara la vista y le sostuvo la brillante mirada azul—. No te haré responsable de eso.

—Andrade se ha aliado con el Desierto contra Roelstra —le recordó Maarken.

—Pero no para matar.

—Pero tú lo has hecho —fue la respuesta tajante—. Tu arma es esta. —Levantó la espada—. La mía, por ahora, puede ser el Fuego.

—¡No! —le gritó a su hijo, asustado— ¡Si no ves la diferencia, nunca usarás ninguno de los dos mientras yo esté cerca para detenerte! ¡Quiero que crezcas y algún día te conviertas en el señor de Radzyn, no en un forajido condenado por usar mal los poderes faradhi que ni siquiera debería tener!

La espada se le escapó de las manos a Maarken y rozó una nota plateada del escudo al caer sobre la alfombra.

—¿Lo sientes así? —susurró, con las mejillas pálidas— ¿Lo sientes?

—Sí. Y esto fue lo que me hizo darme cuenta. —Negó con la cabeza con cansancio—. ¿Tienes idea de lo que hizo Andrade al casar a su hermana con tu abuelo?

—Lo he pensado. Meath, Eolie y el Príncipe Lleyn se aseguran de que lo piense. Nací como soy y no podría cambiarlo ni aunque quisiera. Pero no soy solo yo, ¿verdad? Son los hijos de Sioned, cuando los tenga. El Príncipe y el Mensajero del Sol. ¿Cómo crees que terminaremos todos, Padre? ¿Enloquecidos por el poder y dispuestos a masacrar a cualquiera que se interponga en nuestro camino? ¿Es eso lo que piensas? —acusó con amargura.

Chay se mordió el labio y luego dijo:

—Creo que tengo un hijo que me enorgullece llamar mío. Maarken, el mundo está cambiando y la gente como tú lo cambiará aún más. Nacidos con un tipo de poder, pero con otro muy distinto.

—No somos una cosa ni otra, Andry y yo. ¿Creceremos para gobernar las tierras que nos das o seremos gobernados por Andrade? —Su mirada ahora estaba atormentada— ¿Qué voy a ser, Padre?

Rohan lo entendería, pensó Chay de repente. Amaba a los dragones y se había visto obligado a matar a uno; ansiaba desesperadamente vivir bajo la ley, no por la espada. Rohan

comprendería la división en el alma de Maarken. Pero Sioned lo comprendería aún mejor, pues era la elección con la que vivía cada día de su vida.

Chay podía hacerlo y lo había hecho; había decidido por su hijo.

—Soy tu padre y tu comandante, y estás doblemente obligado a obedecerme. No invocarás el Fuego, Maarken. Te lo prohíbo.

La rebeldía y el alivio se reflejaron en el rostro del chico por un instante. Pero inclinó la cabeza en señal de sumisión.

—Sí, mi señor.

Sin embargo, ambos sabían que esto solo era un aplazamiento de las inevitables decisiones que Maarken algún día tendría que tomar por su cuenta.

—Vamos —dijo Chay—, hora de dormir, durmamos o no. Una de las primeras reglas de la guerra es que el comandante siempre debe aparentar estar descansando plácidamente en su tienda por la noche

La Torre de la Llama en Stronghold era un excelente punto de observación para la llegada de las huestes de Mérida. Tobin y Maeta estaban de pie junto a las ventanas, observando a los cien soldados armados a caballo, con sus arneses de batalla brillando bajo la última luz del atardecer. Las dos mujeres intercambiaron una mirada.

—¿Lo intentarán esta noche o esperarán a la mañana? —preguntó Tobin.

—Con la primera luz —respondió la guerrera—. ¡Míralos ahí abajo, acampando justo a la sombra de Stronghold! Idiotas arrogantes. Actúan como si ya estuviéramos bajo sus espadas! —Su sonrisa se volvió feroz—. Disfrutaré esto.

Empezaron a bajar las escaleras y Tobin dijo:

—Chay también lo haría. Da la casualidad, Maeta, de que yo también soy buen tirador. Y hay un pequeño nicho a la izquierda de las puertas que me vendría como anillo al dedo.

—No le temo al corcel rugiente de tu marido, si es eso lo que insinúas. Puede gritarme todo lo que quiera por meterte en la pelea. El lugar es tuyo, junto con todos los Méridas que quieras derribar. —Rió entre dientes—. Recuerdo cuando mi madre te daba clases de tiro con arco.

Las instrucciones de la propia Myrdal parecían ser recomendación suficiente.

—Encontraré un arco del peso adecuado, entonces, y estaré lista antes del amanecer.

—¿Y tus chicos? Encerrarlos en sus habitaciones no funcionará, ¿sabes? ¿Les permitirías que nos corriesen las flechas? Si les doy la primera sección del relevo, estarán a salvo en el patio interior todo el tiempo.

—Gracias. La verdad es que no tenía ni idea de cómo mantenerlos

fuera de esto, y a tu manera, serán útiles sin que corran peligro.

Mucho antes del amanecer, Stronghold estaba lista, en absoluto silencio. Tobin, vestida con ropa de montar que se mimetizaba con las piedras que la rodeaban, se acomodó en una estrecha repisa de piedra cortada exactamente para este propósito en los muros exteriores de la portería. Colgadas a la espalda y en un segundo carcaj a sus pies, llevaba flechas que había pasado la noche repintando con el rojo y blanco de su esposo. No había nada que hacer con el emplumado azul, pero quería que los Méridas supiera que Radzyn estaba representada allí. Cuando se le acabaran las cincuenta, usaría las que tenía almacenadas en la armería de Rohan. Pero con cien Méridas ahí fuera y veinte arqueros entrenados por Myrdal defendiendo Stronghold, Tobin presentía que se quedaría sin blancos mucho antes de que se le acabaran las flechas rojas y blancas.

Todo empezó cuando un Mérida con casco cabalgó cañón arriba hacia la boca del túnel. Tiró de las riendas y levantó una mano en un gesto pomposo que hizo que Tobin sintiera ganas de reír. El deseo aumentó mientras gritaba con una voz resonante que sin duda le había asegurado esta misión:

—¡Usurpadores de Stronghold! ¡Ríndanse a nosotros ahora y vivan! ¡No pueden esperar sobrevivir contra nosotros, y no hay esperanza ni del norte ni del sur! ¡Abran las puertas a los legítimos gobernantes del Desierto!

Como ella estaba atenta, Tobin oyó el suave silbido de una flecha y pudo seguir su trayectoria. Se hundió en la silla del hombre a un dedo de su muslo, y tembló allí, delicadamente. Hay que reconocer que no se inmutó. Pero sí bajó con algo parecido a la prisa.

Siguió una breve espera mientras el sol ascendía por el cielo oriental sobre la Larga Arenay las sombras se movían, se hacían más nítidas. Tobin empezó a añorar las frescas brisas marinas de Radzyn. El sonido de los caballos en el camino la hizo olvidar el sudor que le pegaba la túnica a la piel y se preparó para tensar la cuerda del arco.

Por desgracia, los Méridas no eran tan ingenuos como Maeta esperaba. No solo los soldados, sino también sus monturas, estaban bien protegidos por arneses de cuero con incrustaciones de bronce. Ponérselos había causado el retraso. Tobin reflexionó con amargura que, sin duda, allí era donde había ido a parar el oro de Rohan, y que los artesanos de Cunaxa habían trabajado arduamente para obtener grandes beneficios. Se prometió a sí misma que los Méridas no se beneficiarían hoy.

Contó seis filas de seis caballos cada una, cabalgando hombro con hombro de una pared del cañón a la otra. Cuando el primero cayera, el espacio reducido confundiría y obstaculizaría al resto. Sin embargo,

la señal para la primera huida no llegó, y Tobin comenzó a inquietarse. Los jinetes estaban a tiro. Casi podía distinguir el color de los ojos tras los cascos, con sus largas narigueras y carrilleras. Por fin, un lamento largo y tenue rompió el calor, un cuerno hecho de hueso de dragón, cuyas notas ascendentes sobresaltaron a los caballos de abajo. Flechas salieron disparadas del cañón y de la portería. Todo fue como Maeta lo había planeado: los agudos chillidos de dolor de los caballos al corcovear y encabritarse para escapar de las flechas que se les clavaban en la carne, los gritos y maldiciones de los jinetes mientras el acero se abría paso entre el cuero y lo atravesaba. Tobin preparó, tiró y disparó con fría regularidad, y otros veinte como ella hicieron lo mismo.

Ocho abajo, nueve, diez: comprendió por qué Maeta había esperado a que la última fila de caballos estuviera a tiro, pues los heridos de atrás empujaban a los demás hacia adelante, y los caballos caídos bloquearían parte del camino si los Méridas decidían retirarse.

Pero no retrocedieron, y de repente, un cuerpo bronceado cayó gritando desde la portería de la Stronghold y se estrelló contra la arena compacta. Encima y frente a Tobin había una docena de arqueros, precariamente encaramados en una cornisa que se alzaba sobre el cañón. No tuvo tiempo de preguntarse cómo habían llegado allí, pues oyó el siseo de una flecha y el tintineo de su punta de acero contra la roca junto a su hombro. Cambió de postura y disparó, oyendo a Maeta gritar órdenes para que todos los del lado de Tobin hicieran lo mismo. Los demás no estaban en posición de responder a este nuevo ataque.

Otro de los arqueros de Stronghold se había perdido, cayendo en picado como un dragón caído con una flecha clavada en el pecho. Los jinetes asaltaron las primeras puertas, abrieron una de ellas y accedieron al largo túnel. Maeta ordenó un reagrupamiento sobre el patio exterior, donde estarían fuera del alcance de los arcos Mérida y podrían abatir a los jinetes cuando traspasaran las puertas interiores.

Tobin cogió su segundo carcaj con una maldición ahogada, mitad molestia, mitad dolor. Una flecha le había atravesado el muslo, aunque solo lo notó ahora que tenía que moverse. Con dificultad para bajar de su nicho, entró a trompicones en la puerta, sin dejar de maldecir.

Siguió a los demás por un estrecho pasadizo hasta las almenas sobre las puertas interiores. Los arqueros se dispusieron, con el rostro sombrío, desvanecida la atmósfera de victoria fácil. El viejo Myrdal estaba abajo, en el patio, gritándoles a los sirvientes que se habían armado con espada, lanza y escudo; todo lo que no hubieran llevado a Remagev con Ostvel y el resto de la guardia de Stronghold.

Maeta examinó con detenimiento la pierna de Tobin y le puso un

vendaje aún más áspero que apestaba a hierbas.

—Qué listo soy —dijo el comandante con amargura—. Pero no te preocupes, los alcanzaremos por este lado. He ordenado a tus muchachos que vayan al pasadizo trasero junto a la gruta, por si acaso.

—¿Qué pasadizo trasero junto a la gruta? —preguntó Tobin, pero Maeta ya se había ido.

Cualquiera que fuera el ungüento que hubiera en el vendaje, alivió el dolor y Tobin dejó de cojear cuando se colocó cerca de un hombre que tenía un vendaje similar alrededor del mango roto de una flecha en la cadera. La sangre le rezumaba y no podía apoyar la pierna, pero aun así estaba equilibrado y preparado mientras esperaban a que los Méridas atravesaran las puertas justo debajo. En ese momento, los arqueros de Stronghold le dispararían por la espalda.

Tobin intercambió una sonrisa con el hombre, pero la hija de un príncipe guerrero se convirtió repentinamente en la madre de gemelos cuyos gritos de desafío resonaban desde el patio inferior. Mientras los Mérida arremetían contra las puertas, Sorin y Andry golpeaban largos cuchillos de cocina contra pequeños escudos usados para entrenamiento, escudos casi tan altos como ellos.

—¡No! —gritó Tobin— ¡Andry! ¡Sorin! ¡Corre!

Pero las puertas se derrumbaron y los caballos entraron ruidosamente en el patio. Y ella solo tenía las delgadas flechas rojas y blancas para defender a sus hijos.

—Es por aquí —le dijo Sioned a Rohan, conduciéndolo a un pasaje a través de la roca hasta entonces desconocido para él. La siguió por la hendidura, apenas lo suficientemente ancha como para que pasara un solo caballo. Dos personas a pie recorrieron el pasillo de piedra con rapidez y facilidad, y antes de que Rohan se diera cuenta, estaban junto a la gruta, jadeando.

—Vamos —logró decir cuando recuperó el aliento—. Diosa, espero que no lleguemos demasiado tarde...

Corrieron hacia el desierto patio interior, pero más allá de los muros se oían sonidos inconfundibles incluso para Sioned, quien nunca había oído una guerra real: choques de acero contra acero, relinchos de caballos, gritos de heridos y moribundos. Rohan la ayudó y luego la tomó de las manos para subirse a los muros. Echó un vistazo al caos, luego saltó y corrió hacia la espada caída más cercana.

Sioned se quedó donde estaba. El caballo de Mérida se había dispersado en grupos de tres y cuatro, pequeños grupos apretados, erizados de cascos y espadas por todos lados. Eligió al más cercano, levantó sus manos sin anillos y envolvió al grupo en Fuego. Hizo lo mismo con un segundo nudo y un tercero, creando pequeños infiernos de carne que aullaba y ardía. Un jinete se separó de otro trío y se

abalanzó sobre ella, decidido a matar a la bruja de ojos desorbitados y cabellos de fuego que invocaba el Fuego de Corredor del Sol sobre ellos. Tejió una red de llamas a su alrededor también, con un gesto casual de la mano. Su espada cayó al suelo con un ruido metálico al quemarse los dedos y gritó de dolor. Sioned sonrió con dulzura y envolvió en llamas a otro grupo de caballos.

Rohan vio el Fuego surgir cuatro, cinco, seis veces. Hundió su espada prestada en una hoguera cercana, matando a hombres y mujeres que apenas podía ver. Cuando el resto de los Mérida se dio la vuelta y emprendió la huida por el túnel, gritó el nombre de Sioned. Ella seguía de rodillas en la estrecha pared, meciéndose ligeramente, con las manos extendidas y el cabello ondeando como un río de su propio Fuego.

—¡Sioned! —gritó de nuevo— ¡Basta!

Sus manos cayeron. Su mirada se encontró con la de él y su sonrisa se desvaneció. Se tambaleó, casi desplomándose. Myrdal se acercó cojeando y la sostuvo en brazos, ayudándola a bajar del muro. El fuego se había desvanecido; no había ardido lo suficiente como para matar, pero el hedor a carne y piel quemadas era nauseabundo con el calor.

Rohan encontró un caballo cuyo jinete había caído bajo una flecha roja y blanca. ¿Y qué hacía Tobin allí, en realidad?, se preguntó al ver la delgada figura de su hermana en la confusión. Saltando, frenó al aterrorizado animal y lo pateó a través de las puertas.

Tobin agarró a sus hijos en brazos. Estaban afortunadamente intactos, aunque la túnica de Sorin estaba rasgada y Andry tenía un corte largo y superficial en un brazo. Los abrazó con fuerza, los soltó y les asestó a cada uno un golpe contundente en el trasero que les hizo llorar.

—¡Cómo se atreven a desobedecerme! —gritó—. ¡No vuelvan a hacer algo así! ¡Fuera de mi vista antes de que les dé un latigazo! —Los atrajo hacia sí para otro abrazo sin aliento y luego los empujó hacia la fortaleza—. ¡Muévanse!

Lo hicieron. Tobin se enderezó, a punto de desmayarse de ira y alivio. Y entonces vio a Sioned. Myrdal la sostenía, pues Sioned estaba semiconsciente. Tobin olvidó su propio mareo y corrió hacia ella, encajando su hombro bajo el otro brazo de Sioned.

—Llévala adentro —dijo Myrdal—. ¿Puedes arreglártelas sola?

—Puedo caminar —susurró Sioned en silencio.

Tobin la examinó. La cara, el cuello y los brazos desnudos de Sioned estaban ampollados y ensangrentados. Incluso sus manos, sin anillos ahora y sin siquiera círculos blancos donde deberían haber estado esos anillos, estaban destrozadas por el sol. Y el cuerpo que Tobin rodeaba con su brazo no era más que huesos.

—Puedo arreglármelas —le dijo a Myrdal—. No debe pesar más que yo. Sioned, ven conmigo, querida. No pasa nada. Estás en casa.

—¿Tobin?

—Sí, soy yo. Estás a salvo. Estás en Stronghold. Agárrate a mí. —Continuó con sus palabras tranquilizadoras mientras se dirigían lentamente al castillo. La frescura interior reanimó un poco a Sioned, y pudo sostenerse mientras Tobin la ayudaba a subir las escaleras.

—¿Dónde está Rohan?

—Se ha ido a reunirse con Ostvel y las otras tropas que vienen de Remagev. —Eso esperaba, al menos, pero no tenía sentido preocuparse por eso ahora.

Sioned asintió lentamente.

—Le conté el plan de Maeta. Insensato. Querrá liderar la batalla.

—Ya casi llegamos. Solo tienes que bajar por este pasillo y luego podrás descansar.

Tobin la subió a la gran cama y le quitó la ropa rasgada. La camisa había sido una vez una hermosa prenda, hecha de tela fina y entrelazada con diminutas cintas violetas. El color hizo que Tobin apretara la mandíbula. Sacó una palangana de agua de la habitación contigua, tomó una toalla suave y comenzó a lavarle los pies a Sioned.

—Tuvimos que caminar, ¿sabes? —dijo la joven con voz clara y sin color— Los dragones despedazaron a los caballos ese primer día. No pudimos detenernos en Cuenco Celestial. Los Mérida dejaron hombres allí para que nos vigilaran. Ay, Tobin, qué bien se siente. Gracias.

Rompió una funda de almohada en tiras y vendó los pies ampollados de Sioned.

—Silencio. Descansa.

—Me pregunto si maté a alguno con Fuego —continuó Sioned con esa voz extraña—. Andrade no lo aprobaría. Pero no sería la primera vez, ni la última. —Miró a Tobin con sus ojos verdes nublados—. Soy una faradhi y una princesa. ¿Qué más esperaba de mí?

—Ha ordenado a los Mensajeros del Sol que nos apoyen contra Roelstra.

Una leve sonrisa curvó sus labios agrietados.

—Tobin, lo hizo en el instante en que me ordenó ir a Stronghold.

Tobin terminó de lavarla. Más tarde le aplicaría ungüento en la piel quemada y reseca, la envolvería en sábanas empapadas de hierbas. Pero en ese momento, dormir era más importante. Le acarició el pelo rojo enredado y le dio un tierno beso en la frente a Sioned.

—Duerme, querida. Estás en casa.

—Tobin… —Su voz era soñadora, sus párpados se cerraban lentamente—. Debes decirles a todos... que va a haber un hijo.

Los Méridas, galopando de regreso por el cañón, se topó de lleno con otra batalla. Las fuerzas de Ostvel habían llegado de Remagev, marchando toda la noche después de que jinetes ocultos en las colinas alrededor de Stronghold informaran de la llegada del enemigo. Las fuerzas de Ostvel se desplegaron en semicírculo y estaban a punto de cerrarlo cuando Rohan y algunos otros que habían montado los caballos Méridas aparecieron a la vista. La visión del príncipe atrajo a dos grupos a ambos lados del arco para unirse en un asalto por la retaguardia. Al mediodía, todo había terminado.

Los diez que aún estaban en sus sillas de montar fueron liberados de sus caballos y armaduras, pero no de sus vidas. Rohan, sentado en su caballo con la espada prestada cruzada sobre los muslos, observaba a los diez Mérida arrastrar a sus muertos y heridos a la arena. Estaba exhausto y la batalla acababa de terminar, y no tenía ni idea de qué lo mantenía en pie. Pero se mantuvo erguido, con Ostvel a su lado en silencio. Cuando todos los Mérida fueron contabilizados, Rohan hizo que los supervivientes se alinearan ante él.

—Les perdonaré la vida —les dijo—. Porque tengo un mensaje para ustedes. Requiere que corten la mano derecha de cada uno de sus camaradas, muertos o no.

Ostvel contuvo el aliento. A Rohan no le importó en absoluto. Una vez realizada la espantosa tarea y tras apuñalar con un rápido cuchillo en el corazón a los moribundos, ordenó que metieran las manos en alforjas, una por cada soldado que aún estuviera vivo.

—Estos los llevarán al norte, a sus amos. Ustedes… —Apuntó con su espada al hombre que vestía la ropa más fina— ¿Algún capitán? Ya me lo imaginaba. Tendrán el privilegio de ir al sur, no al norte. Entreguen esto como obsequio mío al Alto Príncipe Roelstra e infórmenle de lo ocurrido. Asegúrense de hacerle entender que no será su mano la que le quitaré la próxima vez que nos veamos, sino su cabeza. —Hizo una pausa y terminó con suavidad—. Por cierto, sugiero que dejen en paz Cuenco Celestial. Antes de que llegues a pie, mis tropas habrán masacrado a tus compatriotas.

—¡A pie! —exclamó el capitán—. ¡Pero no tenemos agua!

Rohan le dedicó una sonrisa discreta.

—Tampoco yo ni mi esposa la tuvimos durante los días que caminamos hasta aquí desde Feruche. Tienes que recorrer el camino más largo, amigo mío. Empieza ahora, antes de que cambie de opinión y los mate a todos aquí mismo.

Hizo girar su caballo y regresó a Stronghold, desmontando en el patio interior. Nadie se atrevió a acercarse. Mientras subía lentamente a sus aposentos, se encontró con su hermana que bajaba apresuradamente. Cojeaba, llevaba un vendaje alrededor del muslo, y a pesar de su monumental fatiga, sintió una punzada de

preocupación.

—¡Rohan! ¿Es cierto? —Lo agarró del brazo desnudo; la frescura de sus dedos sobre su piel quemada por el sol le dolía profundamente —. Ahora no, Tobin. —Se apartó de ella y continuó subiendo.

—¡Respóndeme! ¿Es cierto que vas a tener un hijo?

Se detuvo en seco.

—¡Rohan! ¡Me dijo que ibas a tener un hijo! ¿Es cierto?

—¿Te lo dijo? —Se giró y miró a los ojos negros de su hermana, oyó la amarga vacuidad de su voz al responder— Sí. Es cierto. Voy a tener un hijo.

Se alejó de su desconcierto y cerró la puerta de sus aposentos tras él. Permaneció un buen rato junto a la cama, contemplando a su esposa. Vivían, como él había prometido. No había crecido en el Desierto en vano. Habían disfrutado de la comida y la humedad que les proporcionaban la arena y los acantilados, y habían sobrevivido.

Recorrió las finas líneas de su rostro demacrado, que extrañamente se veía en paz. El sufrimiento envejecía a la mayoría de las personas, pero el rostro de Sioned era un milagro de pureza infantil mientras dormía, con los labios curvados en una leve sonrisa, sus delicados huesos en marcado relieve. Él le había prometido la vida. Ella le había prometido un hijo. ¿Podría abrazar al bastardo de Ianthe, incluso considerando que, para empezar, podría arrebatárselo a su madre? ¿Y podría él mirar al niño sin ver a la mujer que lo había engendrado?

Si Sioned podía, él debía. Que la Diosa lo ayudara.

Yacía a su lado, contemplando el alto techo pintado de azul para combinar con el cielo del Desierto. Fue una vaga sorpresa descubrir que aún tenía suficiente agua en el cuerpo para llorar.

Tobin y Ostvel los encontraron así al anochecer, durmiendo. Ella había venido a curar sus heridas, él a traerles comida. Intercambiaron miradas y la princesa habló:

—¿No te dijo nada de un hijo antes de irse?

—Nada. ¿Crees que la habría dejado ir? —Negó con la cabeza—. ¿Y de verdad creo que alguien podría haberla detenido? Pero ¿por qué los liberó Ianthe?

—Quizás escaparon.

—¿De Feruche? La única manera de irse es que se les permita irse.

Observaron a la pareja un rato: Sioned, plácidamente dormido; Rohan, demacrado. Tobin vio que la juventud había huido del rostro de su hermano y lamentó su pérdida.

—Sin duda sabremos solo lo que nos quieran contar —dijo ella.

—No cabe duda —asintió Ostvel—. Será mejor que los dejemos dormir.

Capítulo Veintisiete

Al final del día, los frescos aromas del agua y los árboles que rodeaban el Faolain dieron paso a los cálidos aromas de la comida cocinándose en las grandes hogueras del campamento del Desierto. A un centinela se le podía perdonar cierta somnolencia tras una larga y tranquila guardia, sobre todo si su turno estaba a punto de terminar y la brisa atraía la cena. En los diez días transcurridos desde la batalla, nada había sucedido y era probable que nada sucediera antes del atardecer; se encogió de hombros y buscó una posición más cómoda, con la espalda apoyada en un árbol y los ojos cerrados.

—Si yo fuera el Alto Príncipe, estarías muerta ahora mismo.

La voz clara e incisiva la incorporó de golpe, con la flecha preparada y el arco tensado con admirable velocidad. Pero bajó los brazos al instante e inclinó la cabeza.

¡Mi señor príncipe! —exclamó.

Unos ojos de un azul invernal la miraron cuando se atrevió a levantar la cara de nuevo. Había visto al anciano príncipe una o dos veces en sus visitas a la pequeña propiedad costera que llamaba hogar, y este joven de repente se parecía mucho a él; no en el color ni en el tamaño, sino en la expresión que helaba su delgado rostro.

—Ahora que estás despierto —continuó—, quizás tengas la amabilidad de informarme del paradero de Lord Chaynal.

—En su tienda, Su Gracia, con el joven Lord Maarken y Lord Davvi de Aguas Dulces.

Asintió, su cabello rubio captando cada rayo de sol poniente.

—Tras venir por el camino del norte, puedo asegurarle que está libre de enemigos. Pero de no haber sido así… —Arqueó una ceja— ¿Me he hecho entender?

—Sí, Su Gracia.

—Bien. Tiene mi permiso para informar a Lord Chaynal de mi presencia.

Ella volvió a inclinarse y huyó. Rohan oyó el sonido mientras cabalgaba hacia adelante, un murmullo que se convirtió en vítores al verlo. Había oído a los soldados saludar a su padre de esa manera, los había visto salir de sus tiendas y dejar el trabajo para alinearse en su camino con gritos de bienvenida, espadas y arcos alzados con orgullo por la victoria que Zehava siempre traía consigo. Pero el elogio y la tumultuosa bienvenida no eran para su padre esta vez. Eran para él.

Rohan. Su príncipe dragón.

Saberlo le revolvió el estómago. Había traído consigo veinte arqueros y treinta jinetes, y a su escudero Tilal. El único placer que

sentía era saber que el niño se reuniría con su padre. La perspectiva de explicarle los acontecimientos a Chay no era algo que se pudiera esperar con otra cosa que no fuera pavor. Maldijo su cobardía y mantuvo toda emoción en su rostro mientras cabalgaba hacia la sencilla y oscura tienda de guerra, que se distinguía de las demás por el estandarte de Radzyn que colgaba de un mástil de plata. Los colores del Desierto pronto ocuparían su lugar, y la bandera de Chay se desplazaría al otro lado de la entrada. Como si, se dijo Rohan, él estuviera al mando de esta guerra.

Chay lo esperaba junto con los capitanes y un hombre con un parecido superficial a Sioned y mucho más fuerte a Tilal. ¿Y sería Maarken? Devolvió las reverencias con un breve asentimiento, agradecido por los rituales tras los cuales un príncipe podía esconderse. Gracias a la Diosa por la ceremonia, por falsa que fuera. No, corrigió, no había falsedad allí excepto él.

—Mi príncipe —lo saludó Chay, enviando un mensaje urgente con la mirada. Rohan lo comprendió.

Su gente se apiñaba esperando una palabra de su príncipe, y él tendría que darla. Clavó los talones en los costados de su semental y tiró de las riendas. Su amado Pashta, devuelto a él desde Cuenco Celestial, se irguió imponente sobre sus cuartos traseros y giró bruscamente. Rohan levantó la mano derecha cerrada en puño, y todo quedó en silencio. Sonrió tensamente.

—Esta noche, el Alto Príncipe descansa al otro lado del río, en su campamento. Pero, por la Diosa, pronto encontrará el descanso eterno.

Se oyó un rugido y Rohan se felicitó ácidamente por el estúpido discurso, tan breve que se repitió palabra por palabra en todo el campamento esa noche. Notó la aprobación de Chay al descender del caballo. Le lanzó las riendas a Tilal, se quitó los guantes de montar y se acercó a Lord Davvi, a quien solo había visto una vez, y muy brevemente, en Stronghold hacía dos años.

—Mi señora esposa me ha contado lo bondadosa que ha sido su visita —dijo formalmente, consciente de que lo observaban. Deseaba poder bajar un poco la guardia, pero eso tendría que ocurrir más tarde, en privado.

—Le agradezco su ayuda, mi señor, y hablaré con usted más tiempo después. Pero por ahora creo que hay alguien más aquí que merece su atención con anterioridad. —Asintió con la cabeza hacia Tilal, que prácticamente bailaba de la emoción.

Davvi apenas podía apartar la vista de su hijo. Ahora le dedicó a Rohan una sonrisa ligeramente avergonzada.

—Su excelencia, me siento honrado por su amistad y su indulgencia. Me gustaría mucho hablar con mi hijo.

La curva de sus labios se sintió extraña; era la primera sonrisa genuina que se le dibujaba en mucho tiempo.

—Hasta luego, mi señor.

Mientras Davvi intentaba abrazar a Tilal, Rohan vio que Chay había despedido a los capitanes y los había enviado a dar órdenes que deberían haber dispersado a las tropas. Pero uno de ellos gritó el nombre de Rohan, y el grito fue retomado, convertido en un cántico, tan fuerte que Roelstra lo oyó desde el otro lado del río. Rohan se detuvo camino a la tienda; la emoción y la fe de su gente le oprimían el corazón. Levantó una mano para aceptar el tributo y luego buscó refugio en el fresco y oscuro interior de la tienda.

Maarken, actuando como escudero de Chay, ofreció sillas y copas de vino a su principesco tío y a su padre, y se quedó esperando nuevas órdenes. Ambos hombres se sentaron, bebieron y se miraron fijamente un rato. Chay se despertó primero.

—Eso es todo, Maarken —le dijo a su hijo—. Vuelve más tarde para sacar mis cosas de aquí y...

—¡No! —exclamó Rohan. Luego, con más calma, al ver su sobresalto— No, no me apetece estar solo en este gran túnel de viento que llamas tienda, Chay. Maarken, tú y Tilal, preparadme una cama aquí, por favor.

—Es un honor servirte, mi príncipe. —El chico le hizo una reverencia.

Rohan volvió a sonreír, y esta vez le pareció más natural.

—Veo que has crecido. Lleyn te ha enseñado muy bien. Pero creo que aquí, en privado, podemos ser como siempre lo fuimos el uno con el otro.

La rigidez desapareció del joven cuerpo y Maarken le dedicó una sonrisa.

—¡Apenas podía creerlo cuando sentí los colores de Sioned en el sol y me dijo que ambos estaban a salvo! ¿Oíste a los soldados gritar por ti? Dicen que tus dragones te protegen, y que su fuerza y astucia te acompañan.

—¿Eso es lo que dicen?

El tono cortante de su voz oscureció los ojos de Chay, que eran como el mercurio.

—Ya puedes irte, hijo. Te llamaré cuando te necesite.

—Sí, mi señor. —Maarken hizo una reverencia, formal de nuevo, y los dejó.

—Muy mayor —observó Rohan—. Debes estar orgulloso.

—Lo estoy —dijo Chay simplemente—. Dime qué no le contó Sioned a Maarken.

Rohan se encogió de hombros.

—No sé si se le escapó algo.

Chay se recostó con un bufido de desdén.

—Soy yo, Rohan. Te conozco prácticamente desde que eras un crío, mi señor príncipe dragón. ¿Qué pasó en Feruche?

—Lo que realmente quieres decir es por qué nos dejó ir Ianthe. —Dio un largo trago de vino—. Júrame que esto no va a más. Por tu espada y por la vida de tus hijos, Chay... júralo.

El hombre mayor se quedó paralizado un instante. Luego, lentamente, dijo:

—Me conoces mejor, así que debes estar intentando impresionarme con la seriedad de esto. Muy bien. Lo juro.

—No pretendía ofenderte. —Hizo girar la copa entre las manos, mirando fijamente el vino oscuro que se arremolinaba—. Sioned... —La voz entrecortada lo humilló— Ha vaciado Stronghold otra vez. Los que no están conmigo fueron a Cuenco Celestial para encargarse de los Mérida, y luego irán a Walvis en Tiglath. Dice, y Tobin está de acuerdo, que si alguien se acerca lo suficiente como para amenazar Stronghold de nuevo, no quedará nadie para salvarla.

—Lógico —gruñó Chay—. ¿Por qué las mujeres siempre son tan lógicas?

—La mayoría de los sirvientes fueron a Remagev con los gemelos. Solo unos pocos se quedaron en Stronghold; aquellos lo suficientemente leales como para mentir.

—¿Sobre qué?

—Ah. Entonces no se lo dijo a Maarken. —Tomó otro trago de vino —. Va a haber un niño en pleno invierno. Ianthe consiguió lo que quería de mí.

El expresivo rostro de Chay permaneció inmóvil por la sorpresa. Rohan se encogió de hombros.

—¿No vas a preguntar cómo lo logró? La primera vez pensé que era Sioned. La segunda vez, la violé. Debí haberla matado. No lo hice. Lo calculó a la perfección y ahora lleva dentro a mi hijo. Sioned dice que será un niño. Aparte de eso, no dice mucho. No quiere hablar conmigo, Chay, y yo no puedo hablar con ella, no puedo...

—Basta ya —susurró Chay—. Esto puede esperar.

—¡Tengo que hablar con alguien!

Chay dejó su copa de vino y se levantó, cerniéndose deliberadamente sobre Rohan.

—Tienes un ejército esperando tus órdenes. Tienes un enemigo al otro lado del río que quiere verte muerto. ¡Compadécete de ti mismo en otro momento, cuando tengas tiempo!

Rohan sabía que lo estaban manipulando y una parte de él odiaba a Chay por ello. Pero este hermano en todo menos en la sangre tenía razón, maldita sea. Vio los ojos duros que observaban cambios reveladores en su rostro y se dio la vuelta. Pero incluso ese

movimiento fue suficiente.

—Eso está mejor —dijo Chay, volviendo a sentarse—. Ahora que eres capaz de pensar de nuevo, piensa en esto. Le he dado a Roelstra diez días para que la mitad de su ejército cruce los puentes, y no ha movido más de cincuenta hombres. Podemos resistir dos batallas más con suerte, pero nada más. Quería que la mitad de sus tropas de este lado los aniquilara y luego iba a cruzar y encargarme de la otra mitad. Pero no me hace caso. Si tienes alguna sugerencia, me gustaría escucharla.

Rohan casi se rió. Llevaba rn el campamento solo el tiempo suficiente para mojarse la garganta, y Chay ya le estaba pidiendo que tomara el tipo de decisión táctica que nunca se le había dado bien. Bebió lo que quedaba del vino, se puso de pie y dijo:

—Voy a dar un paseo. Cuando vuelva, espero encontrar una cama esperándome.

—Cena algo mientras estás ahí. Con tu aspecto, podrías esconderte tras tu espada.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que quiero ocultarme? —preguntó.

—Mucho mejor —una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Chay —. Ahora eres un príncipe otra vez.

Urival observaba cómo sus largos dedos tamborileaban con impaciencia sobre la mesa, donde la comida yacía intacta. La luz de las velas iluminaba cada gema de cada anillo mientras los dedos de Andrade subían y bajaban con un ritmo frenético: rubí, ágata, amatista y zafiro en la mano izquierda; esmeralda, topacio, granate y diamante en la derecha. Ambos pulgares estaban apoyados sobre la madera pulida, ámbar en uno y piedra lunar en el otro. En los dedos de Andrade se simbolizaban atributos formidables: suerte en la guerra, persuasión, nobleza, verdad, esperanza, inteligencia, constancia y astucia. Pero, de alguna manera, a Urival le preocupaban más las otras dos piedras, las que prometían protección contra el peligro y sabiduría. Las necesitaban con urgencia.

—¿Y bien? ¿Es solo la inactividad o la incapacidad de darles órdenes a todos? —preguntó, provocándola deliberadamente.

—¿Alguno de ellos escucharía? Al menos nos libraremos de la fina Lady Wisla de ahora en adelante. Fue muy considerado de su parte mudarse a River View.

Urival asintió. La habitación en la que se encontraban era la del propio Lord Davvi en Aguas Dulces, una habitación ordenada, libre de las nociones de elegancia de su esposa que agobiaban a gran parte del resto de la fortaleza. Lady Wisla se había desmayado de la impresión al recibir a tan augustas visitas, horrorizada por la revelación de la identidad de Chiana, y encantada de aceptar la sugerencia privada de Urival de que encontraría la vida mucho más

fácil y segura en la fortaleza de su difunto padre en River View, a cinco medidas de distancia. Su ausencia los liberaba de sus nerviosos quejidos y les proporcionaba una cómoda base de operaciones. La pregunta, por supuesto, era qué tipo de operaciones eran posibles. Todos los faradh'im sabían dónde estaba Andrade —aquellos que no estaban aislados de la luz— y eran constantes en sus informes. Andrade y Urival estaban lo suficientemente cerca como para observar ambos ejércitos sin esfuerzo, y lo suficientemente lejos como para que Roelstra no los detectara. Si decidía tomar como rehenes a la familia de Lord Davvi, podrían verse en apuros. Pero Roelstra no se había acercado a Aguasdulces, probablemente suponiendo que Lady Wisla se había marchado hacía tiempo. Urival, con la mayor caridad del mundo, no encontraba ninguna razón para que un hombre quisiera rescatar a una esposa así.

Aun así, su casa era eficiente y había dejado suficientes sirvientes para atender las necesidades de sus invitados. Pero la falta de preocupaciones por asuntos cotidianos le dejaba demasiado tiempo para pensar en los acontecimientos extraordinarios que ocurrían en otros lugares.

—Aún nada sobre Sioned —se dijo Urival.

—No puedo obligarla, gracias al entrenamiento que le diste —espetó Andrade, tamborileando con los dedos más rápido—. Necesito un Mensajero del Sol en Stronghold, uno en quien pueda confiar para que me diga qué está pasando allí.

—Y ya no confías en Sioned. Eso es lo que realmente estás diciendo. ¡Andrade, tú la pusiste donde está! La entrenaste, se la llevaste a Rohan estando ya medio enamorada de él, se la mostraste para que él estuviera igual de enamorado de ella. Tú lo planeaste, Andrade, y ahora tendrás que vivir con ello.

—Nunca te rindes, ¿verdad? —Paseaba frente a las ventanas, con los anillos brillando mientras sus dedos se apretaban y abrían, apretaban y abrían—. ¿Cómo iba a saberlo? Lo que previ y lo que resultó ser es tan diferentes. ¿Qué debería haber hecho?

Se encogió de hombros

—Probablemente nada en absoluto.

—¡Maldito seas, Urival, déjame en paz! —gritó ella—. ¿No sabes por qué los emparejé en primer lugar? Los príncipes Faradhi habrían acabado con todas las pequeñas disputas...

—Aún no lo entiendes, ¿verdad? —Se acercó a ella y la tomó de los hombros—. Siempre olvidas a la gente. Así serán tus nuevos príncipes. Personas con todo el honor, los vicios y los sentimientos que tenemos los demás. Pero nunca te han preocupado mucho los sentimientos, ¿verdad? Excepto cuando puedes usarlos. —Frunció el ceño ante la obstinada negación en sus pálidos ojos azules—.

¿Creías que podrías usar a los niños como usaste a los padres?

—¡Deja de hacerme parecer malvada! Les habría enseñado, los habría moldeado...

—Los habría convertido en herramientas para tu ambición. ¿Qué te da derecho, Andrade?

—¿Quieres que lo admita? —gritó, soltándose— Sí, los usé a todos, ¡empezando por mi hermana y Zehava! Me arriesgué, esperando que me dieran un príncipe con los dones. Al no ser así, lo intenté de nuevo con Sioned y Rohan.

—¿Quiénes son los siguientes? ¿Los hijos de Tobin? Andrade, no puedes usar a la gente de esa manera, ¡y seguir siendo humano!

—¡Los amaba! Amo a Rohan y a Sioned como si fueran míos, y a Tobin, a Chay y a sus hijos... —Apoyó el hombro contra las lisas paredes de piedra, abrazándose con fuerza— Los amaba demasiado. Los deseaba demasiado. Y odiaba a Roelstra incluso más que a los demás. ¿Eso me hace lo suficientemente humano, Urival?

—Creo que hay algo que aún no has aprendido —respondió con suavidad—. Ya no puedes hacer nada. Sea lo que sea que hayas puesto en marcha, sean cuales sean tus razones, tendrás que esperar a que pase, como todos los demás.

Se quedó atónito cuando las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Clava el cuchillo un poco más profundo, ¿por qué no? ¿Ya sangro lo suficiente?

Se quedó aún más atónito cuando la rodeó con sus brazos.

—No es propio de ti parecer indefensa —susurró contra su cabello rubio plateado—. No es propio de mi Señora en absoluto.

Los jardines que la Princesa Milar había planeado y cuidado con tanto cariño se marchitaron a medida que el verano se alargaba. La cascada de la gruta se redujo a una delgada cinta y el estanque que se alzaba bajo ella estaba casi seco, con plantas y musgos sedientos absorbiendo la poca humedad que proporcionaba el manantial. Pero seguía siendo un remanso de fresca sombra en el calor opresivo y el silencio de Stronghold, y era a la gruta a donde Sioned acudía a menudo durante los largos días de espera.

No fue allí para estar sola. La fortaleza estaba vacía; ella, Tobin y Ostvel se quedaron, junto con Myrdal y tres sirvientes. Los demás se habían ido con Rohan o al norte, a Tiglath, o para escoltar a Sorin y Andry a Remagev. La soledad era una realidad en Stronghold.

Tampoco buscó la gruta para entregarse a los recuerdos. La paradoja era que, por vacía que siempre le pareciera la fortaleza cuando su esposo no estaba, su presencia llenaba el lugar. El delicado equilibrio entre el dolor de extrañarlo y el dolor de sentirlo en todas partes encajaba a la perfección con su igualmente precaria combinación de serenidad y rabia. La mayor parte del tiempo

conservaba el equilibrio. Cuando no pudo, fue a la gruta y contó cada día de gestación de Ianthe, contando los días que faltaban para pleno invierno, cuando regresaría a Feruche.

Había perdido la cuenta de cuántas veces había sentido el toque de los colores de Andrade en la luz del sol. Había rechazado cada asalto con las defensas que Urival le había enseñado, no porque temiera que Andrade la convenciera, sino por su celosa custodia del equilibrio duramente ganado. Los argumentos y prohibiciones de la Señora habrían desatado la ira de Sioned, y no podía permitírselo. No hasta pleno invierno, cuando pudiera enfrentarse a su objetivo.

Fue después de otro intento de contacto, una insidiosa trama de gran habilidad que casi funcionó, que Sioned abandonó el soleado patio interior donde había estado almohazando su caballo y se dirigió a través de los jardines medio muertos hacia la gruta. A pocos pasos de los árboles que la protegían, se detuvo, paralizada por una música repentina. El laúd de Ostvel cantaba tan raramente que sus notas le hacían llorar. Se decía que el Dios de la Tormenta rara vez otorgaba a los Mensajeros del Sol la música que era su voz en el viento y el agua; el talento de Mardeem había sido una anomalía. Pero Ostvel, a pesar de haber servido la mayor parte de su vida en la Fortaleza de la Diosa y ahora ser mayordomo de una princesa faradhi, había sido dotado con la sensibilidad de los dedos y el alma de un bardo.

Era la canción favorita de Camigwen. Una balada alegre cuando vivía, que desde su muerte había disminuido a una melodía majestuosa que de vez en cuando se deslizaba hacia una tonalidad menor. Sioned estaba llena de tiernos y dolorosos recuerdos del rostro oscuro y los ojos brillantes de su amiga, sus regaños y sonrisas, la calidez de sus colores. Aunque Sioned se había aislado de todos los demás faradh'im y Tobin era quien recibía mensajes sobre la luz del sol, en ese momento la invadían los recuerdos de aquella primera y alegre luz solar, las lecciones aprendidas y practicadas con Cami. Qué jóvenes eran, qué ansias por descubrir sus dones, qué emoción por las maravillas que se veían y sentían en la luz, qué fascinados por esta increíble cosa que podían hacer. Sioned recordó cómo había sido, y el instinto abrió su mente y su corazón a la luz del sol que la rodeaba. Sintió los colores de la música: zafiro, diamante, topacio y amatista, todos atravesados por vibrantes sombras plateadas. Inclinando la cabeza hacia atrás, presentó su rostro al sol, con los ojos cerrados, observando cómo sus propios colores formaban el patrón distintivo que usaba para tejer el hilo de luz. Sin embargo, los colores del laúd eran extrañamente insistentes, arremolinándose en un caos momentáneo antes de resolverse en un patrón coherente, como si pertenecieran a un ser vivo en lugar de alambre y madera.

¡Ayúdenme!

Sioned no pudo evitar responder a ese grito. El magistral entrenamiento de los Mensajeros del Sol tomó el control y rápidamente mezcló los tonos, percibiendo el diseño único de una mente inteligente, incluso astuta, desconocida para ella, pero con algo extrañamente familiar en sus matices.

¡Bendición de la diosa, Corredora! Llevo días intentando encontrarte. Tus colores son bien conocidos, pero no has querido ser encontrada, y entiendo perfectamente por qué. Por favor, no te alejes de mí, ¡por favor!

Sioned no se retiró, pero tampoco se aventuró a bajar por la luz del sol para descubrir quién la había llamado así. Tensa y cautelosa, examinó el patrón y no encontró nada que la tranquilizara. Había sombras allí, y destellos de un blanco diamante, el color de la astucia.

¡Solo tengo tres anillos! ¡No represento ningún peligro para ti! ¡Escúchame, por favor! Sé lo que tu príncipe necesitará si quiere derrotar a Roelstra. El príncipe Jastri está furioso y es impulsivo, y en lugar de arrepentirse de sus derrotas en batalla, anhela venganza. Comanda a más de trescientos. No obedecerá a Roelstra si se le proporciona suficiente tentación. ¡Dale una razón!

Los colores más profundos ardían, perfilados ahora en Fuego, con un odio claro. Sioned retrocedió, sin saber adónde se dirigía ese odio.

¡Créeme! ¿Me atrevería a esto si no fuera sincero? ¡Quiero ayudarte!

—¿Sioned?

Sorprendida, perdió el hilo, y un débil grito resonó en la luz del sol. Abrió los ojos y vio a Ostvel, con el laúd en una mano, mirándola fijamente.

—Solo estaba pensando —logró decir con una voz bastante natural —. Perdóname, Ostvel, no quise interrumpir tu música.

—No fue así. Ya había terminado. —Desvió la mirada—. Sioned, tengo que hablar contigo. Tobin tuvo noticias de Kleve en Tiglath esta mañana.

—¿Qué dice?

—Sin cambios. Pequeñas escaramuzas, pero el asedio continúa. Walvis está preocupado e impaciente, y esa es una combinación peligrosa. Necesitan una batalla para animarse. —Sonrió con tristeza ante la ironía—. La muerte para darles más esperanza en la vida.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué les estamos haciendo a estos niños, Ostvel? —dijo, negando con la cabeza— Walvis debería seguir practicando con su espada, no usándola en serio. Y Maarken debería estar aprendiendo las artes de un caballero, no de un guerrero.

—Al menos están haciendo algo. —Ostvel se encogió de hombros, irritado—. Me siento como una de las hijas de Roelstra enjaulada en el

Castillo del Peñasco.

Sioned lo miró boquiabierta un instante y luego lo abrazó, riendo.

—¡Hijas de Roelstra! ¡Ostvel, eres brillante! —Sin darle oportunidad de expresar su desconcierto, corrió hacia la fortaleza, llamando a gritos a Tobin.

Rohan sabía muy bien que ya no podía hacerse el idiota. Entre su primer Rialla y esta campaña para salvar su principado habían transcurrido seis años de gobierno competente y una amplia demostración de que no era un tonto. Sin embargo, sus expertos en guerra se quedaron atónitos cuando, a la vigésima mañana después de su llegada, les ordenó levantar el campamento y retirarse del Faolain. Sonrió levemente, contento de que la idea de la retirada les resultara aborrecible, y esperó a que lo comprendieran.

El capitán de Chay, Gryden, lo vio primero.

—¿Atraerlos a la Arena Larga, su excelencia?

—Exactamente. Quiero que las tropas se dispersen lo más que podamos, manteniendo siempre a algunos a la vista del mar. Saldrán en momentos diferentes y por rutas diferentes. La idea es generar confusión, con la insinuación de que algunos de ustedes están pensando en volver a casa. Dentro de tres días quiero que esta zona esté limpia, y con esto quiero decir que las tropas de Roelstra no encontrarán nada para vivir aquí. Que dejen los árboles y los campos completamente vacíos. —La sorpresa les abrió los ojos de par en par, y Rohan se encogió de hombros—. El descontento de Lord Baisal sería mayor si el Alto Príncipe terminara gobernando el Desierto. Los llevaremos lo más lejos posible de su territorio. Tiene órdenes de atiborrar y guarnecer su propia fortaleza, así que sobrevivirá. Además, no es a él a quien quieren. Es a mí. ¿Alguna pregunta?

Si la había, los capitanes fueron lo suficientemente sabios como para no expresarla. Cuando se fueron, Chay sostuvo la mirada de Rohan con serenidad.

—¿Seguro que confías en esta información? Sioned ni siquiera le dijo a Maarken quién se la dio.

—Confío en la información y en Sioned implícitamente. En cuanto a la identidad, todos sabemos que los faradh'im son capaces de usar ojos y oídos ajenos a los suyos. La verdad es que no me importa cómo se entere. Admitirás que el análisis del estado de ánimo de Jastri probablemente sea acertado.

—Sigue sin gustarme.

Davvi se aclaró la garganta.

—Roelstra ha dominado al chico hasta ahora. ¿Podemos contar con que pierda el control?

—¿Qué más podemos hacer? Aunque se resistan a perseguirnos, seguro que no podrán ignorar una ribera abierta ante ellos. —Sus ojos

verdes, tan parecidos a los de Sioned, brillaron de repentina anticipación.

—Ya veremos hasta dónde están dispuestos a morder el anzuelo. Después de todo, podemos volvernos y atacarlos en cualquier momento. Chay se ha asegurado de ello.

En un orden cuidadosamente planificado y desorganizado, las diversas compañías de arqueros, jinetes y soldados de infantería recogieron sus provisiones y marcharon en lo que parecía ser cualquier dirección que sus capitanes desearan. Roelstra tardó varios días en investigarlo, y diez más en comprometerse. Aunque no había seguido la tentadora pista de Chay, ya no podía resistirse a la de Rohan, y fue la presencia del joven príncipe la que hizo el cebo irresistible.

Así continuaron las cosas durante pleno verano. Rohan ordenó retiradas de pocos pasos a la vez, con sus fuerzas dispersas en una línea peligrosamente delgada mientras se retiraban hacia el borde de la Arena Larga, con algunas siempre a la vista del mar. Las verdes colinas de las Tierras Bajas de Faolain dieron paso a matorrales marrones, con dunas doradas no muy lejos. Sin embargo, Roelstra se mostró cauteloso a la hora de extender sus líneas de suministro y comunicaciones. Sioned informó a Maarken que los hombres de Roelstra se habían quedado prácticamente al otro lado del río, dejando que los hombres de Jastri exploraran. Y Jastri estaba a punto de ser atado.

Cuando Rohan recibió la noticia de que sus tropas estaban justo donde Chay las quería, dudó. Criados en el Desierto, su gente sabía cómo vivir allí. La de Jastri, no. Cada noche debatía con Chay y Davvi sobre la conveniencia de atacar ahora o de seguir esperando mientras el calor debilitaba a las tropas de Jastri. Sabía que su propia gente estaba desconcertada por su indecisión. Sus acciones en Stronghold ya eran de dominio público, y no podían evitar preguntarse por qué un príncipe que había ordenado con calma la masacre de sus enemigos ahora se mostraba reacio a realizar el mismo servicio a un enemigo aún mayor.

Aun así, esperó. Si podía salvar algunas vidas esperando a que el verano debilitara al enemigo, estaba dispuesto a esperar. No temía la batalla ni su propia muerte; temía la pérdida de vidas que tenía en sus manos, vidas de las que era responsable como príncipe.

Era peor por la noche. Durante el día había informes que escuchar, estratagemas que discutir y el calor abrasador que soportar. Pero por la noche, después de enrollar los mapas y de que yaciera en su catre, sabiendo que el frescor lo apaciguaría y le permitiría dormir con urgencia, permaneció despierto. No se atrevió a levantarse y pasearse por el campamento, pues no quería despertar a Chay, Maarken ni

Tilal, ni que los soldados vieran su inquietud. Así que, mientras su cuerpo yacía en calma, su mente vagaba sin cesar.

Los pensamientos sobre Sioned eran los más dolorosos. Ella le había regalado labios frescos y una sonrisa serena al despedirse, pero ¿acaso no la había abrazado noche tras noche durante sus terribles sueños? La mujer que lloraba y se aferraba a él era una extraña, tan ajena como la que le ofrecía las manos irritadas y sin anillos para que las besara. Sin embargo, ninguna era tan inquietante como la Mensajera del Sol que había conjurado para él en la llama de una vela la noche antes de que abandonara Stronghold.

Aún se estremeció al recordar la imagen de ella y el niño, el sonido de su voz, profunda y con aroma a Fuego y sombras.

—Lo que Andrade quería de mí, Ianthe se lo dará. Pero ambos perderán, Rohan. Este príncipe será tuyo y mío. ¿Qué me importa lo que le hiciste a ella? Me dices que hubo violación. ¿No nos hicieron lo mismo ella y Andrade? Andrade me usó, Ianthe te usó a ti. Pero no usarán a nuestro hijo. Créelo, Rohan.

Sí, él creyó. Vio la muerte de Ianthe en los ojos de Sioned, y creyó. Sioned esperaría a que el niño naciera como si fuera suyo, mientras Rohan destruía al Alto Príncipe como a cualquier otro bárbaro.

Su hijo. El hijo de Sioned. Que la Diosa lo ayudara, ¿en qué clase de mundo nacería? Uno en el que la esposa de su padre había matado a su madre, y su padre había matado a su abuelo. Que la Diosa lo ayudara. La espera terminó ocho días después para Rohan. Maarken, repentinamente iluminado por la luz del sol, se recuperó del tejido de Sioned y corrió a la tienda de su padre, rozando el estandarte del Desierto con su asta dorada, interrumpiendo una conferencia entre el príncipe y un athri.

—¡Jastri se dirige al sur! ¡Sesenta jinetes, setenta arqueros y doscientos infantes! Se ha separado del Alto Príncipe y atacará mañana.

Rohan cogió un mapa.

—Ahora descubriremos qué tan bueno eres con la estrategia, Chay. Quiero todos los capitanes aquí a la vez, Maarken. Pide a Tilal que te ayude, y luego haz saber a las tropas que mañana lucharemos por fin.

Los trescientos treinta del príncipe Jastri llegaron del sur, sin que los estorbara la caballería que Chay había dirigido allí. Estos simplemente seguían al ejército, invisibles. Cuando Jastri giró al este para atacar la que sus exploradores habían informado como la posición más débil de Rohan, se encontró con trescientos frente a él, con el propio príncipe a la cabeza. Esta vez no hubo río Faolain que lavara la sangre. Esta empapó la arena durante horas, y luego la dejó atrás mientras las fuerzas de Rohan empujaban la retaguardia de

Jastri, hombre a hombre, hacia el Faolain. Pero no había escapatoria al otro lado del río, pues entre Jastri y los puentes se encontraban otros cien soldados del Desierto, liderados por Lord Davvi.

El joven príncipe huyó al sur, por donde había venido. Rohan, cabalgando con Tilal y Davvi a su lado, coronó una pequeña colina justo a tiempo de ver el estandarte rojo y blanco de Chay brillar entre los árboles. Jastri quedó atrapado en medio, con la caballería de reserva tronando hacia él desde el sur, y las tropas de Rohan y Davvi marchando inexorablemente hacia él desde el norte y el oeste.

Rohan envió a un hombre con su bandera de batalla para ofrecerle a Jastri la posibilidad de conservar la vida si se rendía de inmediato. Pero Sioned y su informante tenían razón: el joven era irascible y muy orgulloso. Lideró el remanente de su ejército contra Rohan, desatando su furia.

Al sentir la mirada de Davvi sobre él, supo que su cuñado se preguntaba si la piedad formaba parte de su carácter. Dudó, sabiendo que podía ordenar que Jastri se separara de sus tropas y se le perdonara la vida. Pero al mirar al hombre mayor, vio los ojos verdes de Sioned y recordó su rostro destrozado. Rohan alzó su espada.

Las fuerzas de Jastri se desintegraron por completo. Algunos soldados depusieron las armas; otros lucharon por salvar sus vidas sin pensar en ganar una batalla mayor ya perdida. Rohan tuvo que admirar el coraje de estos últimos, como admiraba el de Jastri, aunque tal valentía en estas circunstancias fuera una locura. Intentó abrirse paso hasta el joven príncipe, decidido a ofrecerle un trato honorable como corresponde a un príncipe. Pero estaba demasiado ocupado defendiéndose a sí mismo y a Tilal de ambiciosos jóvenes señores que querían su cabeza. Nunca supo quién mató al príncipe Jastri. Las orillas del Faolain llevaban tiempo aseguradas por el contingente de Davvi, así que cuando la batalla por fin se calmó, Rohan abrió camino de vuelta.

Pashta resoplaba por el hedor a muerte mientras se abría paso con cuidado entre los cadáveres. La mirada de Rohan se fijó en los puentes vacíos. Roelstra era demasiado astuto como para haber comprometido a más de un puñado de sus propias tropas; probablemente les había ordenado que cruzaran el Faolain esa mañana. Tampoco había arriesgado su preciada persona. Una lástima. A Rohan le habría gustado que todo terminara allí.

Chay se acercó con el estandarte turquesa de Jastri, desgarrado y ensangrentado, enrollado en la silla. Rohan extendió la mano y Chay dejó caer en su palma dos anillos, uno de oro y otro de plata, ambos con granates profundos engastados, la gema de los príncipes syrenos.

—Hice que lo sacaran del campo de batalla —murmuró Chay.

—Gracias. —Rohan se giró, llamó a un grupo de arqueros y les

pidió que prepararan sus flechas.

—¿Qué haces? —siseó Chay mientras golpeaban el pedernal y hacían una pequeña hoguera en la arena—. ¡Necesitamos esos puentes!

—Si los cruzamos ahora, nos masacrarán. Las tropas de Roelstra están frescas y nosotros exhaustos. Si dejamos los puentes, los usará o los quemará él mismo para impedirnos cruzar. Preferiría que ardieran con nuestro fuego, no con el suyo. ¿Estás de acuerdo?

La pregunta era solo por formalidad, pero la reacción de Chay lo sorprendió. Una pequeña sonrisa severa se dibujó en su rostro cubierto de sudor al decir:

—Es algo que Zehava habría hecho, ¿sabes? El gran gesto... y la advertencia.

Apretando el puño alrededor de los dos anillos, Rohan miró a los arqueros. Pero antes de que pudiera dar la orden, un grito se elevó desde el otro lado del río, pronto repetido por sus propias tropas. El fuego había brotado de los puentes en fuentes de llamas. Maarken, con las mejillas blancas bajo la tierra y el sudor de la batalla, se quedó al borde del agua, con los brazos en alto y las manos apretadas en puños temblorosos. Invocó al Fuego, que se alimentó de los puentes de madera y envió chispas danzantes al agua reflectante. A medida que el sol se ponía y las sombras rozaban el río, el Fuego ardía con más fuerza y el Desierto vitoreaba a su joven señor Mensajero del Sol.

Chay susurró el nombre de su hijo, angustiado. Rohan cabalgaba en silencio, sintiendo cómo el calor de la batalla lo abandonaba, haciéndole consciente de su hombro dolorido y sus músculos cansados. Había otras pequeñas heridas, cortes superficiales de espada y cuchillo, insignificantes en sí mismas. Pero se fundían en el todo, aumentadas por un verdadero dolor por otro joven príncipe insensato, y al arder el Fuego, hizo una mueca.

Maarken terminó su trabajo y, con visible esfuerzo, subió la cuesta hasta donde esperaban su príncipe y su padre.

—No maté a nadie, mi señor —le dijo a Chay.

Al ver que el padre era incapaz de hablar, el príncipe dijo:

—Tienes nuestra gratitud y te has ganado el temor de Roelstra.

—Mira. —Señaló la orilla opuesta, donde en lo alto del terraplén el enemigo se había reunido para observar cómo el Fuego de Mensajero del Sol lamía con avidez el bosque, brillando con un rojo dorado que creaba dos ríos de luz llameantes sobre el fresco río de agua oscura. Pudo distinguir fácilmente las figuras que más deseaba ver: Roelstra con una túnica violeta intenso, la cabeza descubierta, el cabello negro ondeando con la brisa del Fuego, y Pandsala, con los ojos hundidos.

—Arquero —dijo en voz baja, y una chica se acercó corriendo. Le entregó el anillo de oro y granate—. Para el Alto Príncipe, con mis

respetos.

Ella le sonrió, y bajo los moretones y la suciedad reconoció al centinela al que había regañado allí mismo, en la misma orilla.

—¡Lo plantaré a sus pies, Su Gracia!

Casi lo logró. Rohan admiró la consumada habilidad que ajustaba el vuelo de la flecha al peso que llevaba y calculó con precisión la distancia deseada. El emplumado azul y blanco se detuvo a diez pasos de Roelstra. Pandsala se lanzó hacia adelante. Sacando la flecha del suelo, le entregó el anillo a su padre.

Rohan levantó el otro.

—Así como presenté a la princesa Sioned una muestra de mi gratitud antes de que se convirtiera en mi princesa, ahora reconozco mi gratitud a mi amado sobrino de Radzyn. —Los ojos de Maarken se abrieron de par en par antes de inclinar la cabeza y extender la mano izquierda—. No —dijo Rohan con claridad—. La otra mano, y el dedo corazón. Este es el primero de tus anillos faradhi.

A pesar de estar sucio y exhausto, el rostro de Maarken brillaba al alzar la vista hacia Rohan; el orgullo de un hombre competía con la emoción de un niño. Las tropas de Radzyn vitorearon a su señor, y Maarken se puso rojo de repente. Rohan sonrió, pero al contar a los supervivientes supo cuánto le había costado esta victoria. Habían gastado una cuarta parte o más de sus fuerzas en tomar lo que poseían. Al hacerlo, habían reducido a la mitad las fuerzas de Roelstra, pero en esencia estaban de vuelta donde habían empezado. Chay había especificado dos batallas, y la primera había terminado.

Un instinto repentino lo tensó al sentir una extraña y familiar sensación revolotear en su pecho. Levantó la vista, con la respiración ahogándose en la garganta. Surcando el cielo se alzaban dragones, más de cien. Los dragones macho y hembra que Feylin había contado con tanto cuidado habían parido crías, ninguna de las cuales había sido aniquilada en una cacería. No más grandes que niños pequeños, batían sus alas con fuerza, siguiendo el ritmo de sus vigilantes mayores en el viaje desde las cuevas alrededor de Cuenco Celestial y Feruche hasta las frescas alturas de las Colinas Catha en el sur.

Rohan sintió un nudo en la garganta, le picaban los ojos. Sus dragones, más de los que había visto en su vida, libres, orgullosos y vivos. Sus dragones.

Mientras volaban desde el Desierto a través del Faolain, el cántico comenzó de nuevo. Pero no fue su nombre el que retumbó por la orilla del río, cada vez más fuerte, siguiendo a los dragones sobre el campamento de Roelstra mientras cientos de alas proyectaban sombras sobre las tiendas violetas. Alguien que conocía la lengua antigua le había dado a Rohan el nombre de Azhei, la única palabra poderosa que sería suya por el resto de su vida.

Azhei. Príncipe Dragón.

Capítulo Veintiocho

Pandsala se encontraba en lo alto de una colina, contemplando con aire melancólico las nubes de tormenta del norte. Eran una amenaza lejana por ahora, tanto para las tropas acampadas como para los Mensajeros del Sol, pero pronto ensombrecerían y luego empaparían los pastos de Meadowlord antes de escabullirse hacia Syr. Temía y a la vez daba la bienvenida al esperado chaparrón, el primero del otoño. Seis inviernos en la Fortaleza de la Diosa le habían enseñado a detestar los cielos nublados, pero aquí, en su relativa libertad, las tormentas mantendrían a los ejércitos atascados y a todos los faradh'im prácticamente enjaulados, no solo a aquellos a quienes su padre les había ordenado hacerlo.

Caminaba a su lado, todavía furioso, aunque ahora en un silencio compasivo, por la nota que había llegado en una flecha desde el campamento de Rohan esa mañana. El príncipe Jastri había muerto sin un hijo o hermano que asumiera su título, y solo quedaba una hermana, Gemma, de su rama de la casa real syrena. Rohan había propuesto, y Andrade había coincidido, que, sujeto a la aprobación de los demás príncipes, Lord Davvi de Aguas Dulces ascendiera al principado. Su linaje pertenecía a la casa principesca; él era el heredero. La joven Gemma, con apenas diez inviernos, no podía heredar sin tratados que estipularan que su asunción del principado había sido aceptada por todos los demás príncipes y los athr'im de Syr. Claro que, si Roelstra hubiera tenido un hijo, podría haberlo casado con la joven de inmediato, sin importar su corta edad. Claro que, si Roelstra hubiera tenido un hijo, no estaría en su estado actual. La idea le causó a Pandsala una risa sombría.

—¿Sonriendo? —preguntó su padre con desdén— ¿Te complace el hermoso día, hija mía? ¿O el hecho de que el hermano de esa puta haya sido nombrado Príncipe de Syr? ¡Haré que espeten a Rohan y lo asen en el Fuego de un Mensajero del Sol, y a su bruja con él! —Pandsala guardó un sabio silencio— ¡Declararlo príncipe y colocarlo en el Alto Kirat son dos cosas distintas! Los señores syrenos defenderán a su princesa, ¡tal como yo pienso hacerlo! Y en cuanto a su querido tío de Ossetia, Chale enviará tropas. Sí. Querrá ver a Gemma como gobernante de Syr.

—¿Pero querrá declarar la guerra a Rohan? —murmuró.

—¡Lo hará si yo se lo ordeno! —bramó Roelstra— ¡Y también arrasará la Fortaleza de la Diosa, con Andrade dentro!

Pandsala sintió que debía decir algo tranquilizador.

—Seguramente los demás príncipes se darán cuenta de lo poderoso que esta acción hará a Rohan. Si no lo hacen, puedes

señalárselo. No pueden aclamar a Davvi hasta que estén todos reunidos en un mismo lugar, y ya es hora del Rialla de este año. De aquí a cuando Rohan pueda convocar una asamblea...

—¡No vivirá más allá del solsticio de invierno! —rugió.

—Por supuesto que no, padre. Perdóname.

Su mirada se suavizó.

—Tienes el temperamento de tu madre. Siempre hablaba con suavidad, sin importar la amenaza. La amaba mucho, ¿sabes? ¡Diosa, si tan solo uno de ustedes hubiera sido un hijo! —Frunció el ceño y se encogió de hombros—. Otros trescientos soldados deberían estar aquí antes de que empiecen las peores lluvias.

—¿Quién tiene tanta fuerza con tan poco tiempo de aviso?

—Mi codicioso amigo, el príncipe Saumer de Isel, por ejemplo. Y Lyell de Waes, el Elegido de tu hermana Kiele, le permitirá desembarcar a sus soldados en Waes. Ha decidido que sus intereses están con su futura esposa, no con el marido de su difunta hermana en Tiglat.

—Ayer llegó un mensajero —dijo mientras asentía.

—Sí. —Roelstra tenía una expresión sombría—. Parece que los cunaxanos quieren más dinero. Los cortesanos que han gobernado desde la muerte del príncipe Durriken encuentran el tintineo actual de mi oro demasiado débil y desearían oírlo más fuerte. ¡Ojalá esos estúpidos de Mérida hubieran atacado cuando lo planeé! Tenían que esperar a que Tiglat se vaciara de tropas que habían ido a rescatar al principito. Podrían haber entrado directamente en la ciudad y usarla como base cuando Rohan se vio obligado a dividir sus ejércitos para ir en ayuda de Tiglat. Habría funcionado, además.

—Los resultados han sido aceptables —comentó.

—Apenas. Pero ahora los cunaxanos quieren más dinero para abastecer a los Mérida, quienes deberían haber tomado sus provisiones del propio Tiglat. —Se sacudió una mancha de tierra imaginaria de la capa—. Podrían haber avanzado al sur, capturado Stronghold y atacado al ejército del Desierto por la retaguardia.

—Rohan tendrá que venir a esta orilla del río para establecer a Davvi en Alto Kirat. Y entonces podrás matarlo.

—Oh, no. Todavía no. Aún tiene sus utilidades. —La expresión de Roelstra se tornó pensativa—. Tú también has sido útil, Pandsala. Mereces una recompensa por advertirme de no cruzar el Faolain con Jastri y por alertarme de las maniobras de Rohan. Ahora sé cómo funciona su mente en la guerra. ¿Te gustaría tener un castillo propio, igual que el de tu hermana Ianthe?

—¿Como Feruche? —Ella rió— Gracias, no. Llevo seis años en la Fortaleza de la Diosa y no quiero cambiar una prisión en la niebla por una del Desierto.

—Me han dicho que Aguas Dulces es un lugar bonito. Fue el hogar de la infancia de la bruja Mensajera del Sol, ¿sabes? Podría divertirte vivir allí con un joven y apuesto señor como esposo. —Sus ojos brillaban con astucia—. Y a ti misma como Princesa de Syr.

Se sorprendió al sentir que su entusiasmo competía con sus sospechas.

—Esperaba que nombraras príncipe a uno de los hijos de Ianthe.

—Que se ganen su puesto cuando sean mayores —respondió bruscamente—. ¿Quieres Syr o no?

—Sí —respondió ella—. Pero no para ser princesa en Aguas Dulces. Quiero el mismísimo Alto Kirat. Y hay otra pequeña condición.

—¿Condición? Te doy un principado y tú…

—Solo una pequeña. —Sonrió—. Elijo a mi propio esposo.

Roelstra optó por reír, y Pandsala se relajó.

—Deberías haber sido el hijo —le dijo—. Te estableceré allí para el invierno, querida. Pero primero tendrás que permitirme la diversión de sacar a Andrade de Aguas Dulces.

La repetida referencia a pleno invierno la desconcertó, pero la ocultó y volvió a sonreír.

—Gracias, padre —dijo con recato, inclinando la cabeza en señal de sumisión.

El príncipe Lleyn estaba profundamente disgustado porque sus barcos no habían llegado a tiempo para ayudar en la batalla. Le comunicó su opinión a través de Meath, quien mantuvo a Maarken bastante ocupado bajo el sol una mañana. Después, el escudero se dirigió a la tienda de mando, hizo una reverencia y presentó la información con una amplia sonrisa, compartida por Tilal, a quien ya le había contado la noticia.

—¡Los envió a Tiglath! —gritó Tilal antes de que Maarken pudiera hablar— ¡Cargados y revolcándose en el agua cuando pasaron de vuelta por Perla Gris!

—¡Ja! —Chay juntó las manos y se frotó las palmas con alegría—. Lleyn nunca ha tenido ningún interés en los cunaxanos desde que los sorprendió robando de sus yacimientos de perlas. ¿Ha habido alguna lucha en Tiglath?

Maarken le dio un codazo a Tilal para que guardara silencio.

—Los Méridas intentaeon emboscar al grupo enviado para escoltar a las nuevas tropas, y perdió. —Rió entre dientes—. Tiglath está listo por ahora. Los barcos de Lleyn zarparán de nuevo para reabastecerse en Dorval y luego vendrán aquí.

Rohan negó con la cabeza.

—¡Diosa, las concesiones que Lleyn exigirá en el comercio de la seda para pagar esto! —Pero sus ojos brillaban.

—Dejaremos que Davvi contribuya —dijo Chay con picardía.

El nuevo Príncipe de Syr hizo una reverencia.

—Prometo fielmente suspender cualquier robo de caballos en las fronteras y asegurarme de que todo el vino syreno que llegue al Desierto sea al menos de la segunda mejor calidad, en lugar de la tercera.

—Muy amable de tu parte —dijo Rohan arrastrando las palabras—. ¿Qué más dice Meath, Maarken?

—Kleve está en una misión para Walvis. No está en Tiglath. —El chico se encogió de hombros—. Meath dice que tuvieron que confiar en una balandra exploradora que bajó de Tiglat para informar al príncipe.

—Maravilloso —murmuró Davvi—. Ahora no tenemos forma de saber qué ocurre en Tiglat.

—Walvis debe tener buenas razones —dijo Tilal en defensa de su ídolo.

—Ojalá supiera cuáles eran —dijo Rohan.

—Ojalá supiéramos qué transmite la luz del sol entre Stronghold y Tiglat —comentó Chay.

—¿Crees que mi hermana tiene algo que ver con esto?

—Davvi, creo que Sioned tiene algo que ver con casi todo. Y le agradezco a la Diosa que la creó que mi Tobin solo pueda escuchar la luz del sol, no cabalgarla. —Le quitó hierro al asunto con una sonrisa a su hijo.

—Pero Padre, siempre dices que Madre está más emparentada con el Dios de la Tormenta —respondió Maarken con descaro.

—Así es. Y tú también. —Se levantó, se estiró y le alborotó el pelo al chico—. Tengo que hacer un recorrido por las líneas, escudero.

—Sí, mi señor. Pero cuando lleguen los barcos de Lleyn, ¿me podrías excusar de inspeccionarlos contigo?

—¡Lo más probable es que te suba a uno y te envíe a un gran viaje por todos los principados para que completes tu educación!

—¡Padre! ¿Qué se sentiría ser el próximo Señor de Radzyn vomitando de un extremo a otro del continente?

Chay le gruñó cariñosamente y lo empujó fuera de la tienda. Rohan los observó irse, sonriendo, luego se reclinó en su silla y se dirigió a Davvi con total seriedad.

—Esta es tu parte del mundo. ¿Cuándo llegarán las fuertes lluvias y cuánto durarán?

—Pronto, y quizás hasta la primavera. —Trazó la ruta habitual de las tormentas en el mapa extendido ante ellos—. Sabremos cuando el río empiece a subir que los malos han llegado a Veresch y al Señor de Meadowlord. ¿Están preparados para los cuarteles de invierno?

—Bastante bien. —Se puso de pie, paseó de un lado a otro, se contuvo y frunció el ceño—. ¿Qué hará Roelstra? ¿Se retirará durante

el invierno? Si lo hace, ¿deberíamos hacerlo nosotros? Podríamos embarcarnos cuando llegue la gente de Lleyn e ir a socorrer a Tiglath. O podríamos quedarnos a esperar y aprovechar la primera oportunidad para marchar y establecerlos en Alto Kirat.

Davvi se removió, inquieto

—Preferiría no estar en deuda con vos allí, mi señor, si no os ofendéis. Me gustaría librar esa batalla yo mismo.

Rohan sonrió, complacido con la respuesta.

—Pensé que sí. Y dudo que os encontréis mucha resistencia. Otra temporada con Roelstra y los athr'im de Syr estarán encantados de teneros.

—Entiendo que tenéis derecho a reclamarlo, Rohan, pero dejadme solo un trocito de él, ¿de acuerdo? Aunque creo que tendré que luchar contra Chay por un puesto al frente de la línea.

—Ah, no. Él y yo nos entendemos bien. Él me guardará la capa. Me temo que no quedará nada del Alto Príncipe. Espero que no estés muy decepcionado —terminó secamente. Volviendo a sentarse al escritorio, contempló el mapa desplegado ante él—. Lluvia —murmuró —. En Stronghold vemos muy poca, ¿sabes? Estamos en el lado equivocado de las Colinas de Vere para ella. Radzyn y las demás posesiones costeras reciben borrascas de vez en cuando, y se sabe que ha habido inundaciones e incluso nevadas en el extremo norte.

—Aquí lloverá más de lo que jamás hubieras deseado ver —Davvi le dio un codazo juguetón a su hijo—. Y tendrás que acostumbrarte después del Desierto.

—¿Podemos ir de caza? ¿Y llevarnos a mi señor?

—¡Le enseñaremos lo que es empaparse hasta los huesos persiguiendo un solo alce flacucho!

Rieron, obviamente compartiendo recuerdos. Rohan forzó una sonrisa, preguntándose si siempre estaría rodeado de padres amorosos y sus hijos adorados, y se odió a sí mismo por su petulancia. Recorrió con un dedo el mapa desde Faolain hasta Feruche, donde el hijo de Ianthe crecía en su cuerpo. Su hijo, a quien Sioned había visto en una visión faradhi.

¿Tobin y Ostvel la detuvieron? Se había engañado con eso solo durante el tiempo que le había llevado cabalgar hasta allí desde Stronghold. Pero desde entonces había hecho planes. Pondría fin a la guerra lo antes posible y luego arrasaría Feruche. Ianthe moriría y el niño con ella.

¿Podría matar a su propio hijo nonato?

Rohan se sumió en un silencio melancólico, sin percatarse de que Davvi y Tilal lo habían dejado solo.

Andrade, enjaulada con una niña astuta, un Mensajero del Sol de lengua afilada y un grupo de sirvientes insensatos, contaba los

lúgubres días de otoño con aún menos paciencia que los del verano. El Dios de la Tormenta se reía a carcajadas, entreteniéndose con la lluvia torrencial y las nubes interminables que frustraban toda comunicación faradhi.

Pero al menos había logrado algo antes de las tormentas, se dijo a sí misma una tarde gris en el solar de Lady Wisla. Davvi era Príncipe de Syr en todo menos en la aclamación formal. Que Roelstra controlara Alto Kirat y a la Princesa Gemma dentro de ella, y que la lista completa de príncipes aún no hubiera confirmado a Davvi, solo la hizo encogerse de hombros. Podía convocar una asamblea de príncipes cuando quisiera. Su predecesor lo había hecho para ratificar el Tratado de Linse que había otorgado el Desierto al linaje de Zehava *mientras las arenas generen fuego*. Consideró la idea de convocar esa reunión ahora, en Aguas Dulces, pero decidió que el riesgo de los ejércitos de Roelstra a las puertas no compensaba la diversión que le proporcionaría ver llegar a los príncipes, empapados e irritables, a su antojo.

Frotándose las manos, se detuvo frente a la chimenea y frunció el ceño. Un pequeño logro, reconocer a Davvi como Príncipe de Syr, no tenía el mismo peso que los interminables días de nada. El aburrimiento era lo peor, eso y su amarga aversión a Chiana. La niña había crecido este verano en uno de esos estallidos repentinos que experimentan algunos niños. Con apenas seis años, parecía y se comportaba más como una niña de diez. Cada vez que la veía, Andrade recordaba a su hermana, y cómo Pandsala servía a Roelstra con toda la astucia de su raza y todas las habilidades de sus tres anillos faradhi.

Como invocada por sus pensamientos, Chiana entró danzando en el sol, brillante y floreciente. Hizo una reverencia burlona a Andrade y cantó:

—¡Mi padre viene a buscarme! ¡Mira por encima de los muros y verás a cientos de sus soldados, todos vienen a rescatarme!

Andrade apretó los labios y salió de la habitación hacia el pasillo, donde amplios ventanales daban al patio. Urival estaba abajo, y cuando levantó la cabeza al percibir su presencia, ella vio la verdad escrita en su rostro. Chiana reía y hacía piruetas a su lado, y Andrade tuvo que contenerse para no abofetearla.

—¿Cuántos son? —gritó la niña con entusiasmo— ¿Doscientos? ¿Tres?

—¡Silencio! —siseó Andrade, y bajó a recibir a Urival en el vestíbulo. Chiana la siguió corriendo, sin dejar de reír.

El rostro del mayordomo mostraba amargura al informar:

—Sesenta de las tropas del Alto Príncipe parecen empeñadas en acampar afuera, en el barro.

—Un poco tarde, ¿no? ¿Por qué no lo intentó durante el verano?

—Lo conoces mejor que yo —espetó Urival.

—Lo conozco mejor de lo que quisiera. ¿Sesenta, dices?

—¡Te atacarán y te matarán, y seré libre! —exclamó Chiana— ¡Nunca más tendré que volver a esa horrible fortaleza!

—¡Silencio!

—¡Has perdido! ¡No eres nada, y yo soy una princesa!

Urival dio un paso hacia ella, con los ojos como relámpagos, pero Andrade estaba más cerca y era más rápida. Agarró el brazo de la niña con fuerza.

—¡Escúchame! ¡Ayudé a darte a luz y vi cómo tu querido padre casi ordenaba tu muerte! ¿Quieres ir con él, Chiana? ¡Solo le falta otra hija! ¿Te gustaría estar encerrada en el Castillo del Peñasco con todos los demás?

—¡Ianthe es libre y tiene su propio castillo! Pandsala...

—Te usé —le dijo Andrade—. Es lo que mejor sabe hacer tu familia. Ianthe es valiosa para él por su astucia, y Pandsala por sus anillos. ¿Pero tú? ¡Tiene hijas inútiles de sobra! ¡No te necesita!

—¡Ha venido a por mí! —gritó Chiana, soltándose para huir al patio, con mechones de pelo castaño rojizo ondeando tras ella.

Andrade y Urival la siguieron mucho más despacio. Ninguno habló; no había nada que decir hasta que oyeron lo que exigía el capitán de la tropa. Evidentemente, había estado esperando la aparición de Andrade en las murallas; cabalgando con confianza, la saludó con la debida ceremonia. Sus palabras fueron corteses y precisas: el Alto Príncipe le había ordenado proteger Aguas Dulces de un posible ataque del traidor Lord Davvi, quien había perdido todos los derechos sobre esta propiedad por sus acciones.

—Supongo que te refieres al Príncipe Davvi de Syr —respondió Andrade con amabilidad—. El Alto Príncipe no reconoce ese título. Sin embargo, te ofrece su protección. Si deseas abandonar Aguas Dulces, tenemos órdenes de escoltarte de regreso a la Fortaleza de la Diosa.

Urival susurró:

—Ahora bien, ¿por qué quiere Roelstra que nos vayamos de aquí?

—Me parecen muy parecidos entre sí —gritó Andrade desde las almenas—. Y no me gustan.

El capitán sonrió con agrado.

—¿Y adónde más irías, mi Señora? Entre tú y el Desierto se encuentra el Alto Príncipe, y un río bastante caudaloso que seguramente preferirías no cruzar. No hay nada para ti en el norte, y las Colinas Catha al sur son difíciles de cruzar con cualquier clima. Tu única opción es Aguas Dulces, y estoy dispuesto a escoltarte.

—Muy amable —dijo Andrade con desdén—. Pero quizás no hayas visto encenderse el Fuego de un Mensajero del Sol.

—Si lo intentas, me quedaré con Aguas Dulces, junto con Riverview. —Ya no sonreía—. Y te dejaré con vida.

Su significado era claro, y ella apretó los dientes. Solo tenía sus poderes para defender este lugar, y si los usaba, Lady Wisla y la gente de las dos fortalezas morirían.

—Está la luz del sol —fanfarroneó.

—Por supuesto —asintió él de buena gana—. Y sálvala como quieras, mi Señora, también estoy yo. —Inclinó la cabeza para dar por terminada la conversación y regresó a su campamento.

—Espero que se ahogue en el barro —murmuró Andrade.

—Podríamos escapar —dijo Urival—. Un círculo de Fuego alrededor de la fortaleza…

—¿Por cuánto tiempo? ¿Lo vería y se iría aterrorizado? Aquí estamos y aquí nos quedaremos. No volveré a la Fortaleza de la Diosa y estaré aún más lejos de las cosas.

—Suponiendo, por supuesto, que vivas lo suficiente para llegar allí.

—Precisamente. Tiene que haber alguna salida.

Urival negó con la cabeza.

—Todo el verano has podido irte a caballo cuando y como quisieras. Ahora que hay tropas afuera impidiéndolo, quieres irte de inmediato. Mi Señora, nunca entenderé cómo funciona tu mente. —Hizo una pausa—. Pero creo que Roelstra sí.

Andrade lo miró fijamente.

—¿Quieres decir que pretende que yo…?

—…le dé una excusa. —Urival asintió—. Pero ahí está la luz del sol.

—¿Y a quién? ¿Maarken, quién se lo diría a Rohan y Chay y les daría una preocupación más? ¿Sioned, que no escuchará? ¿Tobin, que está en Stronghold tan indefensa como nosotros? ¡O tal vez tenías a Pandsala en mente! ¡Vaya, qué idea tan brillante!

La tomó del codo y la acompañó escaleras abajo.

—Estaba pensando en alguien, la verdad. Meath.

Andrade lo miró boquiabierto.

—¡Dulce Diosa! ¡Por supuesto! —Ella estaba tan encantada con la idea que ni siquiera le importó el sermón que él le dio sobre pensar que todos menos ella eran tontos cuando ella era la tonta más grande de todos.

Rohan luchó contra el impulso de pasearse de un lado a otro mientras observaba a Maarken. El niño estaba sentado en un taburete plegable, rodeado por la tenue luz del sol invernal. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido en señal de concentración. Chay estaba cerca, de espaldas a la imagen de su hijo comunicándose con otro faradhi. Rohan no soportaba la inquietud de Chay ante las habilidades de su hijo, aunque comprendía la causa. Pero lo que le había

sucedido a Tobin seis años atrás había ocurrido solo porque no estaba entrenada. Maarken se convertiría en un faradhi consumado, al igual que Andry. Más le valía a Chay acostumbrarse a la idea.

Seis años, pensó, desde que había visto a los Mensajeros del Sol invocar al viento para dispersar las cenizas de su padre y del dragón por el Desierto. ¿Aprobaría Zehava lo que estaba haciendo ahora? Probablemente. Zehava nunca se había hecho ilusiones sobre el mundo ni sobre la gente que lo habitaba, a diferencia de su hijo, quien apenas ahora descubría que todos sus bonitos planes e ideas eran inútiles. Sin embargo, un impulso hacia ellos reapareció al observar a Maarken. Las nuevas generaciones no deberían tener que librar las mismas batallas que sus padres. Debería haber algo más para los niños, se dijo, algo mejor para Maarken, Sorin y Andry, y para su propio hijo.

Ocultando una mueca de dolor, se giró al ver que Tilal y Davvi se acercaban, llamándolo por su nombre. Levantó una mano para pedir silencio y se acercó a ellos.

—¡Mi señor, qué buenas noticias! ¡Los barcos están aquí!

Davvi silenció a su hijo con una mirada.

—Han navegado hasta donde han podido, río arriba por el Faolain, y ahora están descargando tropas y suministros. Enviaron a un jinete para informarle, mi señor.

Chay se giró con una amplia sonrisa.

—¡No barcos, sino puentes!

—¿Eh? —Rohan lo miró fijamente.

—Piénsalo —le aconsejó. Poniendo una mano en el hombro de Tilal, continuó—. Llévame allí. Tenemos planes que hacer.

Davvi miró a Rohan en busca de una explicación que el príncipe estaba deduciendo rápidamente. ¿Puentes? Roelstra había hecho retroceder a sus tropas al otro lado del río, imitando claramente la táctica veraniega de Rohan, y estaba acampado en una gran llanura ideal para una batalla campal. Rohan podría haber sucumbido a la tentación de no ser por un detalle: Maarken había dejado los dos puentes utilizables, tras unas cuantas reparaciones, y Roelstra esperaría que las huestes del Desierto cruzaran precisamente por esos lugares. Si Rohan no había aprendido nada más sobre la guerra de Zehava y Chay, sabía que comportarse como el enemigo esperaba era la vía más segura para la derrota. Por ello, se había negado a aceptar la invitación de Roelstra de cruzar el Faolain y ser masacrado.

Pero ahora habían llegado los barcos de Lleyn, y Chay parecía tener ideas para ellos. En el rostro de Davvi vio la misma conclusión y se encogió de hombros.

—Dudo mucho que los capitanes de esos barcos aprecien ser degradados a capitanes de transbordadores.

—Sobrevivirán —Davvi resopló.

Rohan sonrió levemente y comenzó otro comentario, pero a sus espaldas oyó el chapoteo de algo cayendo al barro. Se giró rápidamente y vio a Maarken levantándose del suelo, aturdido y con la mirada vidriosa. Rohan y Davvi ayudaron al joven.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Maarken.

—Te caíste, claro. Toma, siéntate y bebe esto —Rohan le llevó una copa de vino a los labios.

Maarken bebió un sorbo, tosió y negó con la cabeza para despejarse.

—Oh, Diosa —susurró—. Estoy deseando convertirme en un verdadero Mensajero del Sol...

—Lo estás haciendo muy bien —le aseguró Davvi.

—No puedo controlar nada —se quejó el escudero—. Simplemente me pasa y no tengo nada que decir. Es como... como ser un campo que alguien recorre. —Hizo una mueca irónica y se sacudió el barro de la ropa sin éxito.

Rohan se mordió los labios ante la impaciencia de las preguntas. Cuando las mejillas de Maarken recuperaron el color y una sonrisa se dibujó en su rostro, Rohan dejó de preocuparse, un instinto confirmado por las primeras palabras del chico.

—¡Walvis venció a los Mérida!

Davvi susurró rápidamente *gracias a la Diosa* mientras Maarken continuaba con su informe. Al parecer, los suministros de Cunaxan se habían retrasado misteriosamente durante un tiempo —nadie sabía por qué— y, con la disminución de sus alimentos, los Mérida habían recurrido a la única fuente de sustento disponible: el propio Tiglat. La batalla se prolongó durante dos días enteros, pero al final los Mérida fueron destruidos y Tiglat quedó prácticamente intacto.

—El muro entre la Puerta del Mar y la Puerta de la Arena se derrumbó después de que los Mérida pasaran una noche entera socavándolo —explicó Maarken—, pero a Lord Eltanin no le preocupa. Incluso quiere dejarlo como está. ¿Qué fue lo que Kleve me dijo que dijo? —frunció el ceño— Algo sobre convertirlo en un recordatorio y una advertencia, y que los muros construidos por su príncipe serán una mejor defensa que la simple piedra. —Miró a Rohan, desconcertado— ¿Sabe a qué se refiere, mi señor?

—Sí —dijo Davvi—. Y tienes toda la razón. Adelante, Maarken.

—Bueno, había mucho más. Los Mérida rodeaban Tiglath como joyas de un collar, dijo Walvis, pero Kleve dijo que eran más bien como insectos atrapados en una telaraña, con hileras de arqueros entre ellos. La muralla se derrumbó y entonces invadieron, pero Walvis estaba preparado. Nuestra gente salió por las puertas y llevó la batalla a la llanura, y... —Hizo una pausa para respirar—. Walvis mató

al líder y al menos a cincuenta más. Kleve y Feylin estaban observando, ¡pero perdieron la cuenta!

—¿Está herido Walvis? —preguntó Rohan.

—Solo un par de rasguños. Es un guerrero demasiado bueno para estar herido. Los incendios para quemar a los muertos de los Mérida continuaron durante tres días. Walvis quiere marchar al sur ahora para defender la Fortaleza o venir con nosotros.

Davvi dejó escapar una exclamación ahogada. —¡Los barcos de Lleyn!

—Exactamente. —Rohan asintió.

—¿Qué barcos? —preguntó Maarken.

—Luego —ordenó Rohan—. Davvi, ¿lo acompañarías a su tienda a descansar un poco, por favor? Estaré con Chay.

Mientras montaba a Pashta y cabalgaba lentamente por la orilla del río, reflexionó sobre las palabras de Eltanin. Muros más fuertes que la piedra, construidos por Rohan. La fe del athri lo irritaba. Tendría que derribar fortalezas más formidables que castillos si quería que su sueño volviera a cobrar vida en su interior.

Nos escondemos tras nuestro salvajismo, pensó con amargura. *Todos nosotros. Tengo que destruir esos muros antes de poder construir otros.* Y, más urgentemente, tendría que demoler la auténtica fortaleza de Feruche, y rápido. Se acercaba el solsticio de invierno. Debía terminar aquí, jugar al príncipe guerrero bárbaro con Roelstra, antes de hacer lo mismo en Feruche. Pero después de eso… *Nunca más, lo juro*, se dijo. Aunque fuera bárbaro, podía deponer la espada. Debía hacerlo. No podía vivir así.

Rohan había acertado sobre la reacción de los capitanes ante la propuesta de Chay de usar sus barcos. Pero el traslado de tropas, caballos y suministros a la orilla syrena del Faolain se completó en dos días, bastante al sur de los puentes que Roelstra esperaba que cruzara Rohan. El Alto Príncipe no tuvo oportunidad de desplegar su ejército para hostigar seriamente la maniobra; hubo breves escaramuzas, pero los arqueros del Desierto minimizaron las pérdidas. Se marchó una guarnición y se estableció un nuevo campamento, y todo estuvo listo justo antes de que la siguiente tormenta llegara desde el norte. Una vez más, ambos bandos se instalaron para el resto del viaje, puliendo espadas y manteniendo secas las cuerdas de los arcos.

Los barcos de Lleyn tuvieron que esperar en la desembocadura del Faolain a que mejorara el tiempo. Tardó mucho, diez días antes de que el comandante de la flota considerara seguro zarpar de nuevo. Rohan y Chay observaron cómo las velas se izaban y se llenaban de viento fresco, y supieron que con los barcos se perdía cualquier posibilidad de escape a través del río. Estaban en Syr para bien o

para mal. Cualquiera que fuera el resultado de la batalla, fuera cual fuera, Rohan se sentía extrañamente complacido de verse obligado a actuar de esa manera. La disminución de opciones disminuía el conflicto interno.

Él, Chay y Davvi formulaban un sinfín de planes, librando batallas en mapas para explorar tácticas, discutiendo la ubicación y el momento oportuno. Era todo lo que podían hacer hasta que sus exploradores informaran, y cuando lo hicieron, las noticias fueron malas. En el breve período de dos días de sol que había permitido a los barcos zarpar, el ejército de Roelstra había retrocedido una vez más y, al hacerlo, parecía haberse duplicado.

La mañana trajo una niebla gélida mientras el trío cabalgaba con sus escuderos y capitanes para investigar por sí mismos. Rohan temblaba bajo una pesada capa, maldiciendo las nubes que se cernían cargadas de lluvia en el norte. Pero lo que vio desde la cima de una colina lo heló aún más que el viento.

Toda la tierra de pastoreo que hasta hace poco había sido el campamento del Alto Príncipe estaba inundada de agua hasta los muslos. Se habían excavado zanjas en los afluentes del Faolain. Al añadirse a la tierra ya saturada, el agua del río había convertido una llanura de dos medidas de ancho en un lago. Cruzar era imposible; el fondo era un lodo espeso y viscoso como el que rodeaba las orillas del lago. Se necesitarían zanjas de drenaje y el calor de todo un verano para secar la tierra de nuevo. Pero había algo más, algo que solo a Roelstra, con su astucia, se le habría ocurrido, algo que había arruinado esta rica tierra para siempre.

—¿Lo hueles? —preguntó Rohan en voz baja— Sal. —Oyó la maldición desesperada de Davvi, la brusca inhalación de Chay. Rohan aspiró profundamente el característico viento cortante—. Supongo que los árboles estaban demasiado húmedos para quemarlos, o también lo habría hecho —comentó. Luego montó a Pashta y regresó a su tienda, y no dejó entrar a nadie hasta el anochecer.

Cuando por fin le dijeron a Chay que el príncipe Rohan deseaba hablar con él, entró en la tienda con la mayor aprensión por lo que encontraría. Rohan estaba sentado en su catre, con los hombros encorvados, una botella vacía volcada sobre la alfombra y otra medio vacía entre las botas. Tenía una copa en las manos y la giraba una y otra vez en un ritual privado antes de cada trago, cinco veces antes de beber. Chay observó esto un rato, preguntándose si el remedio del licor aplicado a las heridas de Rohan las aliviaría al menos un rato. Pero cuando los ojos azules finalmente se posaron en los suyos, supo que el dolor era tan agudo como siempre.

—Siéntate —dijo Rohan, y no era una invitación—. Esta vez tengo que hablar. Y esta vez me escucharás.

Chay se sentó. No le ofrecieron una copa y no la habría aceptado. Rohan lo miró fijamente durante el tiempo que tardó en girar la copa de nuevo, cinco veces antes de tomar otro sorbo. Su voz y sus ojos eran de una seriedad absoluta.

—Me he dicho a mí mismo que soy inteligente y civilizado. He dicho que mi objetivo es el imperio de la ley, no el de la espada. Y mira lo que he hecho. Me criaron como príncipe para proteger y nutrir la tierra y a mi gente. —Otro sorbo, dedos sensibles girando la copa una y otra vez—. No soy mejor que ningún hombre que me haya precedido. Me he dicho a mí mismo que solo hago lo que tengo que hacer. Pero tengo un verdadero talento para esto, Chay. Soy experto en todas las artes bárbaras: la guerra, la violación… —Rohan bebió y se inclinó para rellenar la copa con manos alarmantemente firmes—. Azhrei. Nunca le habían llamado así a nadie, ni siquiera a mi padre. Eltanin va a dejar el muro en escombros, ¿y sabes por qué? Cree que los muros que construiré para proteger el Desierto serán mejores que cualquier piedra. No merezco esa confianza. No merezco nada más que morir con una espada en las entrañas, como he matado a otros. Como volveré a matar.

Chay, aunque no analítico por naturaleza, podía discernir la enorme diferencia entre estas meditaciones cansadas y casi sin emociones y la ira que le produjo la llegada de Rohan aquel verano. Entonces, hervía de furia y culpa, buscando refugio en las palabras y suplicándole a Chay que las negara para que supiera que lo perdonaba. Pero ahora simplemente estaba resignado, un hombre que se miraba a sí mismo desde fuera, sabiendo que no había excusa, y sin buscarla.

—Disfruté masacrando al ejército de Jastri. Disfruté violando a Ianthe. Me va a encantar destruir a Roelstra. Mira en qué me convierte eso.

—Te convierte en un hombre como todos nosotros —dijo Chay en voz baja.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Rohan.

—¿Sabes lo irritante que es eso para alguien como yo?

—No lo entiendes —dijo Chay, luchando por encontrar las palabras. Era fundamental que fueran las adecuadas—. Eres como nosotros, pero diferente. Rohan, lo has intentado. Tienes el coraje de tus sueños, cuando la mayoría ni siquiera sabemos soñar. Sabes que esta no es la forma de vivir, siempre a la cabeza de los demás. Tu gente confía en ti porque sabe que la espada va en contra de tu naturaleza. Se necesita más coraje para...

—¿Vivir según ella cuando no es mi elección? Ah, pero yo la elegí, ¿sabes? Estoy haciendo un muy buen trabajo viviendo con la espada en la mano.

—Pero cuando esto termine, habrá algo más para ti y para todos los demás.

—Sí, por supuesto. Puedo obligar a todos a hacer las cosas a mi manera, y eso me convertirá en otro Roelstra. Nada mejor que él, a pesar de mis pretensiones. Haría lo que fuera por masacrarlo a él y a su ejército, y lo he hecho todo para asegurarme un hijo. Pero hay algo que tengo y que él intentó conseguir sin éxito. Tengo a mi propia Mensajera del Sol, y puedo usarla sin tener que atarla primero a mí con dranath. Es toda mía, Chay, tal como Andrade planeó que lo fuera. —Levantó la copa de nuevo, pero esta vez no bebió—. ¿Qué me da derecho?

Chay escuchó las emociones luchando por romper la fachada de calma y emitió un pequeño susurro de agradecimiento. Un Rohan que fingía desapego de sí mismo era un Rohan que casi se había perdido.

—El poder te asusta —murmuró Chay—. Lo usas, pero no te nutres de él como siempre lo ha hecho Roelstra.

—¿Y eso me da derecho? ¿Que soy un cobarde?

—No me estás escuchando. —Chay se inclinó hacia adelante en su silla, hablando rápido para que Rohan no pudiera volver a encerrarse en su caparazón insensible—. Contigo, tenemos una oportunidad para la vida. Eres nuestra única esperanza. ¿Crees que disfruto viendo a mi hijo en la guerra? ¡Dulce Diosa, acaba de cumplir doce años! ¡Lo que te hace diferente es que odias todo esto! Temes el poder y temes no usarlo sabiamente. ¡El poder de Sioned también, y ella es igual que tú! ¡Eso te convierte en el príncipe y la princesa que necesitamos! ¿Crees que ella no le teme a su poder?

Rohan se estremeció.

—Vi a mi hijo en su Fuego. No puedo negármelo, sea quien sea su madre.

—Si Sioned tiene el valor de llevárselo, ¿no puedes encontrar el suficiente para aceptarlo como tuyo y suyo, y no de Ianthe?

—¿Imaginar que no nació de una violación? —Rohan negó con la cabeza con amargura; su cabello rubio, lacio y opaco a la luz de la lámpara— No es solo Ianthe. Estaría criando al nieto del Alto Príncipe.

—¡Rohan, es un bebé! ¿Qué culpa puede tener un niño inocente?

—¡Su nacimiento! —Rohan arrojó la copa al otro lado de la tienda y el vino salpicó la tela con un toque carmesí, goteando sobre la alfombra— ¡Debería haber sido de Sioned!

—¿Qué te hace pensar que no lo será? Maarken ahora es tan de Lleyn como de Tobin y mío. Rohan, no hay dos personas en el mundo que sean las únicas responsables de en qué se convierte un niño. Ianthe podrá tener su porte, pero será cosa tuya y de Sioned criarlo.

Rohan se recostó en el catre y miró fijamente el techo de la tienda, en silencio un buen rato. Finalmente, suspiró quedamente.

—Tienes razón sobre el poder. Me aterroriza. No es el poder que tienen los príncipes a diario: decidir quién tiene más derecho a las tierras de pastoreo, ordenar la construcción de una nueva fortaleza o la repoblación de una vieja. Es este tipo de poder, Chay: un ejército a mi alrededor, poder a mi disposición solo porque soy un príncipe y decido quién va a morir. Lo aceptaré como una responsabilidad, pero no creeré que haya nada en mí que me dé derecho. No soy sabio. No soy inteligente. —Se puso un brazo sobre la frente—. Solo tengo miedo.

Por primera vez desde la muerte de Zehava, Chay dejó de comparar a padre e hijo con la falta de Rohan. Zehava habría elegido un camino y lo habría recorrido sin pensarlo dos veces. Pero el hijo se diferenciaba del padre en su constante cuestionamiento de lo correcto. Rohan cuestionaba y dudaba, buscaba verdades más profundas y motivaciones ocultas. Sería lo mismo cuando la muerte del Alto Príncipe le abriera caminos de aún mayor poder. Rohan nunca los recorrería con arrogancia, ciego a todo lo demás, sin cuestionar jamás su derecho a hacer lo que quisiera. Siempre cuestionaría, y eso era lo que lo haría sabio.

En ese momento, Chay dejó de lamentar que el hijo no se pareciera más a su padre. Los habría seguido a donde quisieran, pero con Rohan, sabía que el camino siempre sería el correcto.

Capítulo Veintinueve

Esta vez, Sioned no fue sola a Feruche.

A medida que se acercaba la hora de Ianthe, Tobin y Maeta hicieron planes discretos que solo discutieron con el reticente Ostvel cuando todo estuvo listo y él no podía oponerse seriamente. Si había esperado un final diferente al que se había entendido y tácito durante todo este tiempo, esa esperanza se había esfumado. Rohan y Chay estaban atascados en el sur, y aunque los guerreros de Tiglath ahora tenían libertad para asaltar Feruche, Sioned había ordenado a Walvis que permaneciera en la ciudad. El niño debía ser llevado en secreto si quería tener alguna posibilidad de presentarlo como suyo.

Que Ianthe moriría era algo igualmente comprendido, igualmente tácito. Una noche a principios del invierno, Tobin y Maeta le describieron a Sioned los planes para la infiltración en el castillo. Ella simplemente asintió. Nadie mencionó el nombre de Ianthe.

Durante los días más claros del otoño, Ianthe paseaba a menudo por las almenas de Feruche, casi como si supiera que Sioned la estaría observando. Sus hijos solían estar con ella y Sioned se preguntaba con amargura por qué la Diosa había considerado oportuno otorgarle tanta riqueza a semejante mujer. A medida que avanzaba el embarazo de Ianthe, la envidia a veces superaba a Sioned. Pero ahora la carga de Ianthe era demasiado pesada como para permitirle caminar mucho. Dormía intranquila en la enorme cama con sus tapices de dragones, pues el hijo de Rohan cabalgaba inquieto en su vientre. La envidia se convirtió en odio cuando Sioned vio la gran esmeralda brillar en su dedo. Ianthe poseía cosas que no le pertenecían por derecho propio, y la necesidad de Sioned de reclamar lo que era suyo se convirtió en una exigencia que amenazaba con destruir el equilibrio que tanto le había costado conseguir. Durante algunos días, tras confirmarse los planes para el viaje a Feruche, Sioned se sumió en un extraño silencio expectante. Tobin comprendió; A medida que se acercaba el momento del parto, se había distanciado, dirigiendo todos sus pensamientos y sentimientos hacia su interior. El útero de Sioned podía estar vacío, pero ella estaba pasando por un embarazo tan real como el de Ianthe.

Una noche de principios de invierno, al amanecer, mientras las nubes rozaban el horizonte norte, la alarma que Sioned había estado esperando era que los sirvientes, sonrojados, salieran de la cama en Feruche. Demorándose lo suficiente en la luz de la luna para asegurarse de que no se trataba de un falso parto, sonrió con una extraña mezcla de envidia y satisfacción al ver el cuerpo de Ianthe arquearse en espasmos agonizantes. Luego regresó a Stronghold y

mandó llamar a Tobin y Ostvel.

—Se ha adelantado cuarenta días —les dijo Sioned cuando llegaron a sus habitaciones, despeinados y aprensivos—. Presentí que podría ser así. Nos vamos esta noche.

Poco después, tres jinetes en los mejores caballos de Chay galopaban hacia el norte. Figuras pálidas sobre caballos pálidos, cabalgaban en silencio y avanzaban velozmente en la noche deslumbrada por tres lunas llenas. Solo Sioned no mostró miedo. Tobin, instruida durante el verano y el otoño por Sioned en ciertas técnicas de faradhi, mantenía su mente ocupada repasando lo aprendido, pero no podía disipar los temblores intermitentes que recorrían su cuerpo. Ostvel apretaba y aflojaba los dedos alrededor de la empuñadura de su espada, incapaz de protestar e incapaz de quedarse atrás. Ninguno de los dos se atrevía a hablar con la mujer que cabalgaba entre ellos, con el cuerpo esforzándose ansiosamente hacia adelante y sus ojos verdes llameantes.

Sioned tomó la delantera durante el día a través de las colinas donde, a principios de año, los dragones habían descansado, luchado y apareado. Ya había usado este camino de regreso a Feruche antes, pero esta vez estaba segura del camino. En primavera se había equivocado de ruta. La oscura pesadilla de ese solitario viaje se había fundido con el horror de Feruche y el regreso a Stronghold. Pero aunque este viaje también tenía algo de onírico, todo parecía perfilado en un Fuego brillante como un conjuro, con todos los colores vibrantes de sus dones provocándole un mareo.

A diez kilómetros de Feruche se detuvieron, justo después de los primeros centinelas, para descansar un rato tras la rápida cabalgata del largo día. Tras desmontar y asegurar los caballos, recorrieron el último tramo del camino mientras la noche se cernía tras ellos. El castillo apareció a la vista sobre las colinas rocosas, bañado por el sol invernal, con sus torres coronadas por un resplandor dorado que se filtraba por los muros como miel. Sioned se detuvo un momento para contemplar la belleza de Feruche, recordando que Rohan le había prometido que algún día sería suyo. Y así sería, se dijo a sí misma. Ese día.

Ruidos de jolgorio provenían del interior de la fortaleza, una celebración ebria por el nacimiento sano y salvo de su hijo por parte de la princesa. Sioned escuchaba, con una leve sonrisa dibujada en sus labios de vez en cuando. Era consciente de que Tobin y Ostvel estaban detrás de ella, esperando nerviosos. En su mente, evocó las instrucciones de Maeta de aquella primavera, viéndola con la misma seguridad con la que la guerrera la acompañaba.

—No hay castillo en el Desierto que no conozca de pies a cabeza, y más concretamente, cómo entrar desde fuera. Hay más secretos

aquí en Stronghold que en todo este pasaje de la gruta, pero hablaremos de ellos en otra ocasión. Déjame contarte sobre Feruche.

Sioned cerró los ojos, visualizando la entrada oculta, los pasillos excavados en la roca, los recovecos que había memorizado pero aún no había usado. Al final estaba el pasillo superior que conducía a la cámara de Ianthe. Un escalofrío la recorrió, pero no tenía miedo. No sentía nada.

—Sioned...

El susurro de Tobin la hizo girar la cabeza y asintió lentamente.

—Sí. Es hora de que termine mi trabajo aquí.

Los condujo hacia adelante en las sombras bajo la luz del sol, fuera de la vista del puesto de guardia donde la habían capturado antes. No tenía preocupaciones por eso esta vez; todo Feruche celebraba al cuarto hijo de Ianthe, y las piedras fuera del castillo estaban en silencio. Rodeó la muralla hasta el punto donde se unían el castillo y el acantilado. Una grieta en la piedra. Una fina hoja de cuchillo insertada para accionar el cierre invisible. Un instante en el que la respiración de Ostvel se aceleró, temiendo que el mecanismo fuera demasiado viejo y llevara demasiado tiempo sin usarse.

La losa de roca toscamente tallada se deslizó silenciosamente a un lado. Sioned se deslizó primero, se concentró un instante y sacó un dedo de Fuego para ver. Mientras Tobin y Ostvel se adentraban en el estrecho pasaje junto a ella, inspeccionó el funcionamiento de la entrada. No habían sido tocados en solo la Diosa sabía cuánto tiempo, pero la habilidad de los constructores había sido tal que el sistema de pesas y cierres seguía funcionando a la perfección.

La minúscula llama iluminó el pasaje, que les llegaba a los hombros, y rebotó en los candelabros oxidados de las paredes, vacíos desde hacía tiempo. El suelo ascendía, giraba bruscamente y luego descendía, y en algunos lugares se habían colocado tablones podridos sobre el agua que se filtraba del manantial subterráneo que permitía la vida de Feruche. Pero no había ratas, ni telarañas, ni la más mínima señal ni rastro de vida.

Por fin, apareció otra puerta de piedra pesada, y emergieron con cautela a un lugar que Sioned reconocía a la perfección. La habían retenido en una celda allí, lejos de la luz. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordar la pesadilla de la incoloridad, y animó a la llama de su dedo a subir un poco más, a brillar un poco más.

—¿Quién anda ahí?

Tobin contuvo la respiración e intercambió una mirada furiosa con Ostvel, quien desenvainó su espada con un agudo siseo de acero. Sioned pareció no darse cuenta. Avanzó cuando el guardia apareció por una esquina.

Él se atragantó y palideció al resplandor del Fuego del Mensajero

del Sol.

—¡Tú!

—Sí —murmuró ella—. Yo también te recuerdo. —Lo señaló con un dedo largo y sin anillo, y un nuevo Fuego brotó de su pecho a un palmo de distancia. Se pegó a la pared, con los ojos abiertos y la mirada perdida, la boca abierta en un grito silencioso.

—Sioned... —Ostvel le puso una mano en el brazo. Ella se lo quitó de encima, sonriendo; había algo en sus ojos que le hizo tragar saliva. Pero dio un paso adelante y hundió su espada en la garganta del hombre. El guardia se deslizó por la pared, sin dejar de mirarlo, muerto.

Sioned se giró hacia Ostvel, con furia en el rostro. Él limpió su espada y la miró a los ojos sin pestañear.

—Nadie puede saber que hemos estado aquí, no si esto va a funcionar. Cualquiera que nos vea debe morir, y no dejaré que tú mates, faradhi.

La mirada en sus ojos asustó a Tobin. Lo había visto en los ojos de Chay esta primavera, ese brillo oscuro que significaba muerte. Agarró la mano de Sioned y no la soltó.

—Ostvel tiene razón. Sioned, debemos darnos prisa.

La cabeza dorada como el fuego asintió una vez. No dijo nada mientras separaba sus dedos de los de Tobin, dejaba que el Fuego se apagara y se dirigía a las escaleras. Tobin intercambió otra mirada preocupada con Ostvel, quien no había envainado su espada.

La reputación de Feruche como un castillo inexpugnable había vuelto descuidados a sus guardias. Los pocos que no participaban en las celebraciones, bañadas en vino, eran fáciles de evitar; Tobin creaba suaves bocanadas de Aire que distraían la atención al ondear un tapiz o hacer vibrar una ventana. Sioned no prestó atención, confiando en que los guardias que Tobin no distraía serían silenciados por Ostvel para siempre. Pero la espada no sintió el sabor de la sangre nueva camino a los aposentos de Ianthe.

Sioned se detuvo ante una ventana alta que daba al patio; la luz de la hoguera central le iluminaba el rostro. Tobin agarró el brazo de Ostvel mientras las manos de Sioned se levantaban ligeramente.

—¡Sioned, no! —exclamó Tobin.

Una luz antinatural apareció tras las ventanas, el dorado y carmesí del Fuego de Mensajero del Sol. Tobin miró con horror la dependencia que se alzaba justo debajo, con el techo de madera en llamas. Las chispas saltaron sobre el siguiente tejado y el siguiente, saltando con terrible hambre. Un fuego común no habría prendido tan rápido, pero el Fuego de Mensajero del Sol ardió y creció. Comenzaron los gritos de alarma, el pánico. Sioned sonrió levemente.

—¡Maldita seas! —gritó Ostvel— ¡Los balcones se incendiarán!

¡Sioned, idiota!

—Tiene que haber fuego —dijo en voz baja, y se apartó de la conflagración y los gritos de pánico de los borrachos en el patio, dirigiéndose inexorablemente a los aposentos de Ianthe.

La hija de Roelstra yacía en su cama tapizada con dragones, débil por el parto, sollozando, pidiendo ayuda. Una cuna se mecía silenciosamente en un rincón, pero la mujer que cuidaba de la niña había desaparecido, y con razón, pues las llamas eran claramente visibles en las ventanas, incluso a gran altura en la torre. Las escaleras que subían por los muros interiores se habían incendiado, y un balcón de madera tres pisos más abajo estaba en llamas. Al filtrarse el humo en la habitación, la bebé empezó a llorar.

Las súplicas de ayuda de Ianthe se convirtieron en gritos de rabia. Sioned la ignoró. Se acercó a la cuna donde yacía el bebé, rubio como la luz del sol.

—Dulce Diosa —susurró, casi con miedo de tocarlo. Un dedo, vacilante y tímido, le rozó la mejilla—. Shh. Ya estoy aquí, pequeño.

Ianthe se incorporó.

—¡Aléjate de mi hijo!

—Mi hijo —respondió Sioned en voz baja. Levantó al niño y lo estrechó contra su corazón, acariciando con sus labios el plumón dorado que le cubría la cabeza. Él dejó de gemir y se acurrucó—. Mi hijo, ahora y para siempre.

—¡No te atreverías! —Ianthe luchó por levantarse, gimió y se dejó caer sobre las almohadas— ¡Quítale las manos de encima! ¡No te atreverías a robármelo!

—Fuiste tú quien robó a este niño del cuerpo de mi esposo. —Sioned se enfrentó a la princesa, abrazando al bebé con más fuerza y arropándolo con la manta—. Le devuelvo lo que es suyo y mío.

—¡Haré que te quemes en tu propio Fuego! ¡Guardias! —gritó con la voz ronca por los gritos anteriores— ¡Guardias!

—Cállate —murmuró Sioned distraídamente, acariciando la mejilla regordeta del niño con un dedo.

Tobin se acercó a ella, mirando al niño como si no pudiera comprender del todo su realidad.

—Oh, Sioned —susurró—. Es hermoso…

—Y mío. —Sioned lo sujetó para que Ostvel pudiera verlo.

—Dámelo —dijo Ostvel.

—¡Perra! —aulló Ianthe— Te mataré yo misma, con mis propias manos…

Sioned retrocedió cuando Ostvel intentó agarrar al niño.

—¡No! ¡Es mío!

—¿Pensabas que se lo devolvería? —espetó, tomando al bebé. Con firmeza y rapidez, le quitó la manta de terciopelo. Cayó sobre la

alfombra en una salpicadura de violeta dorado— Ningún hijo de Rohan viste los colores de Roelstra.

El humo era más denso ahora. Ianthe encontró fuerzas en el pánico y se levantó desnuda de la cama. Sus dedos se clavaron en las cortinas, sus rasgos se contorsionaron en una máscara de furia mientras se aferraba a un poste para sostenerse.

—¡Morirán por esto, todas ustedes!

Sioned caminó lentamente hacia ella, apartando los dedos que se aferraban a las cortinas.

—Tienes algo más que me pertenece, Ianthe. —La princesa intentó abofetearla, pero Sioned fue más rápida y fuerte. Le agarró la muñeca y se la retorció. Ianthe gimió y se desplomó sobre la cama, maldiciendo mientras Sioned le arrancaba la esmeralda del dedo y la devolvía a su lugar en la mano.

Ianthe se incorporó de golpe, con los ojos entrecerrados por la rabia.

—¿Te atreves a llevarte a mi hijo? ¡Puta! ¡Lo descuartizaré mientras tú y Rohan miran!

—Amor de madre —dijo Ostvel.

Ianthe se puso de pie tambaleándose.

—¿Te contó Rohan cómo fue? —le gritó a Sioned— ¿Te contó cómo me hizo el amor aquí en esta cama? ¡Ahora es mío, y su hijo con él! ¡Como debería haber sido desde el principio!

Sioned le dio un revés de repente, y la esmeralda le abrió un corte en la mejilla perfecta. Ianthe se dejó caer sobre las almohadas, con miedo en los ojos. Sioned disfrutó un momento y luego se giró. Tobin había tomado al bebé y lo había envuelto en su túnica. El niño gemía inquieto, con el humo quemándole la nariz.

—Silencio, pequeño —lo tranquilizó Tobin, meciéndolo—. Principito.

—Sioned, tenemos que darnos prisa —advirtió Ostvel—. El Fuego…

—Sí —dijo, volviendo a mirar a Ianthe—. El Fuego.

La princesa espetó desafiante:

—¡Antes no podías matarme, Mensajera del Sol, y ahora no lo harás! Tú…

—Soy lo que tengo que ser. ¿Te quedaste a ver a tu padre prenderle fuego a la cama de su ama, Ianthe? —Sioned la abofeteó de nuevo mientras se levantaba de la cama—. Mi Fuego es de otra clase.

Extendió las manos para que Ianthe pudiera observarlas; la esmeralda era un reflejo hirviente de las llamas fuera de las ventanas. Sioned sonrió al ver el terror en los ojos oscuros de Ianthe. El odio era algo maravilloso y vivo en sus entrañas, dándole un poder que jamás

había sentido. Dulce, ardiente y potente, el odio tejió su magia a través de ella con hilos de luz solar ennegrecida, uniendo su necesidad de matar con su deleite por el miedo mortal de Ianthe.

Pero de repente, la princesa se irguió y miró a la niña que Tobin sostenía. Sioned vio triunfo en su rostro, risa en sus ojos. Sioned anhelaba golpearla de nuevo, pero había mejores maneras de matarla y la esmeralda resplandeció en respuesta mientras Sioned buscaba el Fuego en su interior. Se preparó para envolver en llamas a la princesa victoriosa y sonriente.

Un destello de acero envuelto en fuego se extinguió repentinamente en el pecho de Ianthe. Lo aferró con un grito que era más de sorpresa que de dolor. Un destello de comprensión iluminó sus ojos antes de que toda luz los abandonara para siempre, y se recostó, llevándose la espada consigo, con las manos apretadas débilmente alrededor de la empuñadura.

Ostvel deslizó su espada de la muerta y limpió la hoja con un puñado de colgaduras de la cama. Enfrentó la furia de Sioned sin disculparse, con el rostro impasible.

—Se acabó, Mensajera del Sol —dijo.

Deseó poder arañarle la cara hasta hacerle sangrar.

—¡Era mía para matarla, mía!

—No. Para matarla, no. —Envainó la espada—. Ya tienes lo que viniste a buscar, Sioned. ¿Quieres quedarte y ver cómo el Fuego se la lleva? ¡Se acabó!

Emitió un sonido áspero, animal, y se giró, prendiendo fuego a la cama con un solo pensamiento. El largo cabello de Ianthe se prendió, y las cortinas y los dragones del tapiz se retorcían en obscenas danzas de apareamiento, con fuego brotando de sus dientes y garras. Sioned tiró de uno de los postes de la cama y este se partió en dos, y el tejido ardiente cayó en cascada sobre el cadáver de Ianthe. Las barras de la cortina cayeron y Sioned gritó cuando una de ellas le golpeó el hombro, escupiéndole llamas en la cara y quemándole el pómulo a un dedo del ojo.

Ostvel la apartó de un tirón y ella le gritó, con lágrimas corriendo por su rostro.

—¡Sioned! ¡Para! ¿Me oyes? ¡Para! —La palma de la mano abierta le golpeó la mejilla herida, obligándola a girar la cabeza. A través de la nube de humo, vio la puerta vacía y gritó.

—¡Mi hijo! ¿Dónde está? ¿Dónde?

—¡Tobin lo llevó abajo, y si no la seguimos, moriremos aquí! ¡Sioned, se acabó! ¡Ianthe ha muerto!

Jadeó, forcejeando para soltarse. Estaba recuperando la cordura y temía perder el odio que le había dado tanto poder.

—¡Suéltame! ¡Maldito seas por matarla, Ostvel! ¡Era mi deber

matarla!

—¿Y cómo pensabas decirle eso cuando creciera? —preguntó con amargura, sacándola de la habitación donde el hedor de la carne quemada de Ianthe se arremolinaba en el humo cada vez más denso.

Corrieron por el pasillo, tosiendo y bajando las escaleras a trompicones. El fuego había invadido el salón inferior, se había apoderado de él; los tapices, hechos jirones en llamas, lanzaban chispas al viento ígneo. No podían salir de Feruche por donde habían entrado; todo el castillo estaba en llamas.

Afuera, en las escaleras, Sioned buscó frenéticamente la pequeña figura de Tobin, con su camisa blanca, y la vio corriendo entre la multitud hacia las puertas. La niña estaba acurrucada y a salvo contra su pecho. El patio estaba en llamas, las dependencias se derrumbaban. El humo salía de las ventanas inferiores de la torre del homenaje. Por la mañana, Feruche no sería más que piedra desnuda y ennegrecida.

Alguien se tambaleó hacia Sioned, con la ropa en llamas. Su Fuego. Habría matado a Ianthe con él, riendo, pero este hombre no era su enemigo. El infierno se llevaría a Feruche, y ella no podía hacer nada por quienes pudieran estar atrapados dentro, pero a este hombre sí podía salvarlo de la muerte. Salvarse a sí misma de haberlo matado. Lo tiró al empedrado, se abalanzó sobre él para sofocar las llamas. Los tacones de sus botas le aplastaron la pierna, le destrozaron la punta de un dedo, y sollozó de dolor en la nuca del hombre, implorando su perdón, oliendo su carne quemada y su propio cabello chamuscado. Pero él se movió debajo de ella, gimió, intentó débilmente apartarla de su espalda. Unas manos fuertes la ayudaron a levantarse, la estabilizaron.

—¡Sioned! ¡Rápido! Estará bien. Te prometo que estará bien

No podía dejar de llorar. Incluso mientras tiraba del hombre para ponerlo de pie y lo empujaba hacia las puertas, lo vio tambalearse hacia ellas y atravesarlas, la respiración se le escapaba en los pulmones y repetía:

—Lo siento, lo siento mucho…

—Lo sé —comfortó la voz profunda y afligida de Ostvel. La abrazó con fuerza por un instante—. Vamos, o perderemos a Tobin y al bebé.

Ella se aferró a él mientras les abría paso a través de ese horno que ella misma había creado. Las puertas principales eran un anillo hueco de Fuego por el que la gente aterrorizada saltaba para salvar la vida. Sioned inhaló una bocanada de aire cargado de humo y siguió a Ostvel, luego miró por encima del hombro. Llamas brotaban del castillo, feroces y mortales. Feruche moría por su culpa; tal vez la gente moriría por su culpa.

Se pasó una manga por la frente sudorosa, los ojos llorosos, y

gimió al rozar la tela con la mejilla quemada. Pero no se suponía que fuera así, pensó, con el pánico oprimiendo su pecho. La marca de su propio Fuego grabada en su hombro, eso que sabía que sucedería. Pero en la visión había visto cicatrices en su frente. Ni una en su mejilla.

—¡Ostvel, no se suponía que pasara así! ¡Así no!

—¿En nombre de la Diosa, qué creías que pasaría? —dijo con voz áspera, arrastrándola con él lejos de los muros del castillo en llamas.

—¡Así no! —Ella se apartó de él de golpe y miró las llamas con los ojos abiertos, con una mano en la mejilla para sentir el escozor salado que le avivó las lágrimas— Se suponía que debía haber Fuego, ¡pero no así! Ostvel, ¿a cuántos maté?

La giró por los hombros y luego le sujetó la cabeza entre las manos.

—No empieces —ordenó con brusquedad—. No dejaré que cargues con ninguna de estas muertes. ¿Me oyes, Sioned?

—¡Fue mi Fuego! ¡Mío! Diosa, ¿qué he hecho?

—¡Pregúntate eso una vez que estemos a salvo! ¡Sioned, te dejaré inconsciente y te llevaré en brazos si es necesario! ¡Ahora, muévete!

Había un largo camino hasta donde habían atado los caballos. Alguien los había robado. Tobin los esperaba allí, caminando de un lado a otro entre las sombras, intentando calmar al inquieto bebé. Sioned abrazó a su hijo, temblando con lágrimas silenciosas.

Fue Tobin quien sugirió la guarnición vacía bajo Feruche como refugio. La mayoría de los demás refugiados continuaron por el camino principal, atravesando el Veresch hacia Marca del Príncipe. El castillo en llamas iluminó la noche y a la gente que la rodeaba, mostrando a Sioned heridas más graves que las suyas. Ostvel preguntó a un sirviente si alguien había sido alcanzado por las llamas, y recibió un encogimiento de hombros apagado como respuesta.

—No que yo sepa. Casi todos estaban en la corte, brindando por la princesa y su nuevo bebé. —El rostro de la mujer se arrugó de repente—. Y ahora se ha ido, y el bebé, y los otros tres niños con ella…

Un hombre que caminaba a su lado dijo:

—Cuando el Alto Príncipe se entere de esto, cada día que viva cada persona que estuvo allí hoy tendrá un alto precio. No te reconozco, así que debes estar con el señor cunaxano que llegó hace unos días. Dale mi consejo a tu señor: desaparece. Eso es lo que voy a hacer.

Sioned, que se había quedado un poco atrás, escuchando, tomó el brazo de Ostvel.

—Déjalo —susurró—. Nunca lo sabré con certeza. —Caminó en silencio por un momento, y luego añadió con amargura—: Con Ianthe,

al menos habría sabido que había matado deliberadamente y habría asumido las consecuencias. —Abrazó al bebé con más fuerza—. No podría permitirme el lujo de fingir que fue un accidente.

Se separaron de la multitud poco después, fundiéndose con las rocas al borde del camino. Cuando los últimos rezagados hubieron pasado, emergieron de nuevo y se dirigieron por el sendero pedregoso hacia la guarnición. Casi amanecía cuando llegaron. Refugiados solos en el interior, se quedaron de pie junto a las ventanas vacías y observaron cómo Feruche ardía en lo alto del acantilado. Sioned acunó al asustado bebé y se negó a entregárselo a Tobin ni a Ostvel, ni siquiera cuando la princesa le curó las heridas en el hombro y la mejilla.

—No. No duele. Déjame en paz.

Tobin fue lo suficientemente sabia como para no presionarla. Sioned se sentó con las piernas cruzadas en la puerta, sosteniendo a su hijo en brazos mientras por fin dormía, y observó cómo ardía el castillo. No podía pensar más allá de sostener a su hijo. Que Tobin y Ostvel se preocuparan por regresar a Stronghold. No podía.

Bajó la mirada hacia la esmeralda, que había vuelto a su lugar en la mano. Las llamas del acantilado se hundieron en sus profundidades, dándole vida y fuego propio. Andrade le había dicho hacía mucho tiempo que podía trabajar para hacer realidad una visión si lo deseaba con todas sus fuerzas. Pues bien, lo había deseado y trabajado, y ahora la niña estaba allí en sus brazos y tenía un verdugón en el hombro que dejaría una cicatriz profunda y ancha.

Pero había otra en su mejilla que no debería haber estado allí, y latía como un doloroso recordatorio de que el poder de hacer realidad las visiones no incluía necesariamente la sabiduría para hacerlas justas.

El amanecer era casi tan suave como la primavera sobre Aguas Dulces, y mientras Urival tejía sus hilos, se detuvo para dejar que su dulzura acariciara sus sentidos. Había colores tiernos en la mañana, gris rosado y oro verdoso apagado, el azul del cielo tan frágil como el cristal fironés. Viajó por Syr, Meadowlord y las Colinas de Vere; los colores se intensificaban con la luz más fuerte del día. Sin embargo, aún había una cualidad brumosa, casi tentativa, en ellos, hermosa y tímida.

Pero los colores que se elevaban desde un acantilado del Desierto eran crudos: espirales de humo gris negruzco teñían el cielo. Vio las ruinas humeantes que habían sido el castillo y su delicado tejido de amanecer invernal casi se rompió con la violencia de la conmoción. Buscando señales de vida a su alrededor, no las encontró. Aquí y allá, pequeñas llamas rozaban los restos de madera, pero todo lo demás estaba carbonizado y muerto. Afuera de la fortaleza, vio grupos de

personas de ojos hundidos que se adentraban con dificultad en las montañas occidentales. Delante, a juzgar por la distancia, había otros a caballo. Tres de esos caballos le llamaron la atención, pues era inconfundible la raza de Lord Chaynal. ¿Cómo habría encontrado Ianthe semejantes animales?, se preguntó, y entonces vio las distintivas mantas azules de las sillas de montar del Desierto. La sorpresa volvió a amenazar su control y se calmó, solo para exclamar en silencio al mirar más de cerca y descubrir que los tres caballos estaban montados por guardias grandes y musculosos, cada uno con un niño dormido sobre la silla.

Urival retrocedió, flotando en la quietud de la mañana para acallar la agitación de su mente. Luego regresó con Feruche. Sabía quiénes debían ser esos niños, y estaba igualmente seguro de que su madre debía de estar muerta. Ianthe jamás cedería la posesión de sus hijos a nadie mientras viviera. Urival volvió a observar la ennegrecida estructura de la fortaleza, rodeándola. Un destello de movimiento le llamó la atención. Figuras pálidas contra la arena dorada y pálida, el trío caminaba en dirección al camino de Cuenco Celestial. El hombre era alto, de hombros anchos, con la cabeza oscura descubierta bajo el sol de la mañana. Una de las mujeres se enrollaba su espesa cabellera negra en la nuca. La otra mujer era más alta, con la capa con capucha bien cerrada, los brazos doblados para sostener algo contra el pecho. Urival no necesitaba ver su cabello para saber quién era. Y temía saber lo que había hecho.

Dirigió la luz del sol hacia el sur, sobre el Faolain y la marisma salada creada cruelmente por Roelstra, y vio el campamento de Rohan, ya en plena jornada de trabajo a pesar de que apenas era poco después del amanecer. Estuvo tentado de encontrar al joven Maarken y contarle sobre Feruche, pero se contuvo. Andrade tendría que saberlo primero, y en ese momento estaba ocupada observando los preparativos de Roelstra para la batalla que todos sabían que llegaría pronto. El cielo se había despejado sobre el Veresch, donde el Padre de las Tormentas solía trabajar, y durante muchos compases sobre las Aguas del Sur el aire estaba despejado. Pandsala le informaría a su padre lo mismo que Andrade pronto le diría a Maarken: se avecinaban días de buen tiempo, y era hora de atacar.

Al regresar a Aguas Dulces, abrió los ojos al silencioso jardín amurallado y descansó un rato antes de caminar lentamente hacia el banco donde había dejado a Andrade. Ella estaba sentada con los ojos cerrados y las manos firmemente entrelazadas en intensa concentración, la luz del sol brillando tenuemente a su alrededor, como a veces ocurría con los poderosos Maestros Mensajeros del Sol. Urival guardó un respetuoso silencio, pensando en cómo expresaría la noticia sobre Feruche, recordando la jerga del cuerpo de Sioned

alrededor de la pequeña carga que llevaba. De repente, los ojos de Andrade se abrieron, brillando de alegría, y rió.

—¡Urival! ¡Ven conmigo rápido o te lo perderás!

Él obedeció, desconcertado por su alegría, que se desbordaba en sus colores y danzaba alrededor de sus propios hilos de luz mientras ella lo guiaba. A unas cuarenta millas de Aguas Dulces, bastante al sur del campamento principal de Roelstra, unos doscientos de sus soldados habían establecido un puesto de avanzada. Pero la estricta disciplina militar se había derrumbado por completo, pues los necios habían elegido un coto de caza de dragones, y las enfurecidas crías estaban al ataque.

Los caballos corrían en estampida en todas direcciones mientras huían de las afiladas garras; hombres y mujeres corrían de un lado a otro a una velocidad frenética o se acurrucaban en el suelo con sus capas encima, mientras los pequeños dragones se elevaban, giraban y descendían como una flecha para ahuyentar a los invasores de su territorio. Las formas de color verde bronce, dorado oscuro y rojizo que caían en picado habían crecido considerablemente desde el verano, pero la mayoría de ellas conservaban la capacidad de escupir fuego suficiente para chamuscar algunos traseros.

Era un caos absoluto, una derrota total. Un pequeño dragón gris con alas inferiores azules se agitaba furioso sobre un enorme caldero, y cuando el cocinero huyó, se posó delicadamente en su borde y se sirvió un desayuno gratis. Tras sorber casi todo el guiso, levantó la cabeza y dejó escapar un gran eructo con un toque de fuego. Dos crías, una casi negra y la otra marrón moteada, se peleaban por una capa violeta; evidentemente conservaba suficiente olor de las ovejas que originalmente la habían vestido como para interesar a los dragones. Algunas de las pequeñas bestias se habían enganchado a caballos en las cabalgatas más salvajes de sus vidas; a los caballos parecía que les habían salido alas. Un dragón se acercó a una silla de montar, con las cinchas colgando, y soltó un grito de alegría, pero al agachar la cabeza para morder el cuero curado, escupió con disgusto y dejó caer la silla justo en la cabeza de un soldado que se tambaleó, se aferró al cráneo y cayó como un árbol talado.

El comandante del destacamento, vestido con una capa violeta con un enorme desgarro en la espalda bordada, se abalanzó desesperadamente sobre un caballo que huía y trepó para reunir a sus tropas. Agitó una mano en el aire y casi pierde varios dedos ante una feroz cría azul verdosa. Dándolo por inútil, el hombre soltó al caballo y se alejó del campo de batalla en una retirada frenética, dejando a los dragones en firme posesión.

De vuelta en Aguas Dulces, Urival y Andrade rieron hasta quedarse sin aliento.

—¡Perfecto! —exclamó Andrade con una risita— ¡Oh, los pequeños! ¿Viste al verdoso ir a por ese hombre en ropa interior?

Urival se sentó en el banco junto a ella y se secó las lágrimas.

—¡No he reído tanto en años!

—Mejorará —le aseguró Andrade—. Tenemos que avisarle a Rohan. ¡Es un presagio que no puede dejar pasar! Enviaré a Maarken y le describiré todo mientras nos preparas para la partida. ¡Parece que nuestro Príncipe Dragón tiene aliados con los que ni siquiera soñó!

Solo cuando Urival se acercaba a las puertas recordó que no le había hablado de Feruche. Tras un momento de vacilación, se encogió de hombros y decidió no arruinarle el humor. Ya lo descubriría. Empujó las puertas y cruzó el campo hacia donde hombres con uniformes de Roelstra se relajaban bajo el sol. Uno de ellos se levantó para saludarlo, sonriendo.

—¡Un buen día, mi señor!

—Así es, Cahl. Y por fin nos pondremos en marcha.

—¿Hacia el mar? —preguntó con entusiasmo, y luego rió al ver que Urival se estremecía—. Ah, lo olvidaba... ¡Mensajeros del Sol! Bueno, será un alivio quitarse las ropas del Alto Príncipe, de todas formas. —Cahl tiró de la túnica bordada en oro, con el rostro pecoso arrugado en una mueca de disgusto—. ¿Cómo está nuestro buen amigo el capitán? ¿Ya se recuperó de todas esas mentiras que les ha contado a los mensajeros de Roelstra?

—Oh, se ha vuelto muy filosófico, incluso sobre sus pérdidas a los dados. ¿Querrás que lo encierren con el resto de sus hombres antes de que nos vayamos?

—Sí. Lady Wisla se llevará un susto cuando vuelva a casa —dijo Urival con una sonrisa—. Nos llevaremos todos los caballos, así que aunque logren escapar, no podrán avisar a Roelstra a tiempo.

Urival dio sus instrucciones y regresó al patio, riendo entre dientes ante el recuerdo que le atormentaba. El capitán de Roelstra se llevó una buena sorpresa una mañana de invierno cuando las puertas de Aguas Dulces se abrieron ante él y Lady Andrade indicó que estaba lista para ser escoltada de regreso a la Fortaleza de la Diosa. Los marineros de Lleyn, cuya agilidad para trepar por las jarcias del barco fue puesta a prueba al escalar los muros traseros de la fortaleza una noche, privaron al capitán y a diez de sus hombres de sus armas, sus ropas y su capacidad para advertir a sus compañeros. Otros habían acudido a investigar y fueron tratados de la misma manera. Se derramó un mínimo de sangre antes de que los hombres de Roelstra fueran encarcelados con gran consideración en la bodega de Aguas Dulces. Andrade razonó que Davvi no lamentaría la pérdida de algunos barriles y, después de todo, no quería que los hombres de Roelstra se quejaran de malos tratos. Solo al capitán se le permitió

salir, con varios marineros de mirada penetrante vigilándolo en todo momento. Cuando llegaron los mensajeros de Roelstra, había dicho todo lo correcto, motivado por un cuchillo que le sostenía discretamente la columna vertebral.

Así, Andrade había esperado en sus términos, no en los de Roelstra. De hecho, una jaula era muy parecida a otra, excepto cuando los guardias estaban de su lado y uno podía salir cuando quisiera.

Solo había habido un aspecto amargo en todo el satisfactorio procedimiento: Chiana. La habían encerrado en su habitación para mantenerla tranquila durante la maniobra, pero solo se calmó cuando la ataron a una silla con una toalla metida hasta la mitad de la garganta. No había sido una experiencia agradable para nadie, y Urival esperaba a diario algún acto de venganza. Si la chica no se portaba bien hoy, estaba dispuesto a atarla a la silla con la mordaza de nuevo en la boca.

Pero se olvidó de ella mientras dirigía los preparativos para la partida. A media mañana todo estaba listo, y Chiana no se veía por ningún lado. Urival ordenó registrar la fortaleza y salió al patio, perplejo e impaciente, para informar a Andrade de su fracaso.

Caminaba con paso majestuoso por los adoquines, prácticamente escupiendo fuego.

—¿Sabes lo que ha hecho Chiana? ¡Engañó a uno de esos mozos de cuadra para que le diera un caballo antes de tiempo! ¡Y ahora se ha ido!

—¡Menos mal! —murmuró Urival— Ojalá se pierda y se caiga al río.

Y entonces, como el buen humor de Andrade ya se había echado a perder, le dio la mala noticia sobre Feruche.

El Príncipe Roelstra recibió tres sorpresas cada vez más desagradables ese día, y su hija Pandsala pudo observarlas todas.

La primera llegó cuando había terminado de desayunar y estaba dando un paseo matutino por su campamento. Se había levantado tarde, y Pandsala tuvo que esperar un rato fuera de su tienda, pues le gustaba que lo acompañara para que los soldados vieran que tenían su propia Mensajera del Sol. Padre e hija habían comenzado las rondas, intercambiando comentarios sobre el buen tiempo y la posibilidad de una batalla próxima, cuando un jinete coronó la colina baja al sur y bajó rugiendo al campamento. Los rezagados lo seguían en desorden. Saltó de su caballo, hizo una reverencia frenética a su príncipe y empezó a balbucear sobre dragones.

—¡Más que nunca en el mundo, todos nos persiguen! Luchamos contra ellos, pero fue inútil, su excelencia. Ese mago, el príncipe Rohan, los tiene bajo su hechizo, ¡él o la bruja Mensajera del Sol que

tiene por esposa! Había cientos de ellos, su excelencia, con garras como espadas y escupiendo fuego; ¡teníamos que retirarnos o todo estaría perdido! ¡Sin duda es obra del príncipe Rohan!

Pandsala observó a su padre, boquiabierto y sin palabras, al comandante, que ahora se chupaba tres dedos ensangrentados tras haber terminado su relato. El resto del grupo variopinto que antaño había sido el mejor destacamento montado del Alto Precio galopó en el intervalo y gritó la misma historia a sus horrorizados compatriotas. De ellos se supo que la mayoría de los caballos habían huido sin esperanza de recuperación, y las demás tropas regresaban caminando al campamento. Pandsala hizo un recuento rápido de los supervivientes, manteniendo un severo control de su expresión. Su padre, al no haber recibido un entrenamiento duro en la Fortaleza de la Diosa, se puso colorado como un tomate.

—¡Treinta y cinco! —rugió— De doscientos, ¡me traes treinta y cinco y alabas tu propia sabiduría en la derrota! ¡Idiota crédulo! ¡Dragones! ¡Como si Rohan pudiera ordenarles que entraran en batalla!

El comandante se arrodilló.

—Le pido perdón, Su Gracia, pero los demás le dirán... la ferocidad del ataque... si nos hubiéramos quedado, no quedarían ni treinta y cinco...

—¡Imbécil! —Roelstra se giró y señaló a Pandsala— ¡Tú! ¡Esto es obra tuya!

—¿Mía? —replicó ella, indignada— ¿Es culpa mía que seas un idiota? Te aconsejé que enviaras un destacamento de caballería contra los que Rohan esconde en los bosques del sur. ¡No le aconsejé a este imbécil que acampara en un comedero de dragones, que es lo que parece que hizo! ¿Cómo puede ser culpa mía?

El Alto Príncipe arremetió con una bota y golpeó al comandante postrado en las costillas.

—¡Quítate de mi vista! —gruñó— ¡Y agradece que necesite a todos los que sepan montar a caballo!

Salió furioso y Pandsala corrió tras él, manteniendo la distancia, pero con curiosidad por ver qué haría a continuación.

Rodeó el perímetro del campamento, mucho más rápido que a su habitual paso regio. Disminuyó la velocidad al llegar a los piquetes, pero ella no lo alcanzó, asumiendo sabiamente que estaba contando las monturas disponibles, un ejercicio que solo podía reavivar su furia.

Entonces recibió su segunda sorpresa de la mañana.

Llegó en forma de una pequeña niña de cabello castaño rojizo aferrada al cuello de un poni gris sudoroso cuyos pulmones jadeaban como fuelles. Los soldados intentaron arrebatarla, pero ella pateó y escupió con una rabia no menos impresionante por ser tan joven. Una

auténtica rabieta real, se dijo Pandsala, con un nudo en el estómago, pues conocía las antiguas rabietas de su hermanastra.

—¡Quiero ver a mi padre! —chilló Chiana—. ¡No te atrevas a tocarme! ¡Soy la hija del Alto Príncipe!

Roelstra giró sobre sus talones y maldijo. Pandsala corrió a su lado y él la miró con una mirada asesina, con sus ojos verdes como un mar helado.

—Padre —empezó ella.

—¿De dónde ha salido esa mocosa? —preguntó él con irritación.

—Estaba conmigo, Andrade y Urival...

—¿Qué hace aquí la hija de esa puta? —gritó.

Chiana se giró, encontrando con la mirada al padre que nunca antes había visto. Saltó del poni, eludió a los soldados y abrazó las piernas de Roelstra, levantando su rostro pálido y cubierto de tierra.

—¡Tienes que escucharme, padre, por favor! ¡Andrade viene con soldados! ¡No puede estar muy lejos! ¡Vine a advertirte!

Roelstra contempló la réplica de sí mismo y de su difunta amante. Luego separó a Chiana de sus piernas, la tomó por los hombros y la levantó para poder examinarle el rostro. Ella se estremeció levemente de dolor, pero no gritó.

—Tienes el aspecto de tu madre —dijo en voz baja, peligrosamente —. Mi hija, Traición, que ha pasado toda su vida bajo la custodia de Andrade.

—¡La odio! ¡La odio incluso más que Pandsala!

—Vamos, Traición, dime cuánto.

De repente, aflojó su agarre y Chiana cayó al suelo. Se levantó al instante, orgullosa y erguida.

—¡Siempre la he odiado! ¡Y ahora voy a vengarme! Engañó a tus soldados, padre, viene aquí con las tropas del príncipe Lleyn y...

—¿Lleyn?

—Escalaron el muro de noche y Urival me ató para que no pudiera gritar y advertir…

—Se informó de la presencia de sus barcos cerca de la costa —reflexionó Roelstra—. No me sorprendería que Andrade, incluso con los informes que llegaron desde Aguas Dulces diciendo que todo estaba bien. —Miró a su hija menor y una leve sonrisa curvó sus labios—. Muy bien, Traición. Elegiré creerte, pero solo porque no importa. Nuestra querida Lady Andrade está indefensa e impotente, incluso en libertad. No puede hacer nada contra mí, pero es interesante saber que está libre. Hiciste bien en acudir a mí, Traición.

La niña lo miró fijamente a los ojos.

—Me llamo Chiana —dijo secamente—. Y soy una princesa.

Roelstra entrecerró los ojos por un instante y luego estalló en carcajadas.

—¡Por el Padre de las Tormentas, así es, y así eres! ¡Debiste haberle dado una oportunidad a Andrade! Siempre supe que Palila y yo deberíamos haber tenido un gato montés en lugar de esos gatitos llorones de el Castillo del Peñasco. Muy bien, Princesa Chiana, ve con tu hermana y ponte presentable. —Pellizcó la barbilla de la niña—. Mis hijas no aparecen con harapos y suciedad.

Pandsala ocultó su disgusto al oír que la niña era reconocida tan abiertamente. Llevó a Chiana a su pequeña tienda y le dio agua, jabón y le ordenó que se restregara de pies a cabeza. Enviaron a un sirviente a buscar algo que Chiana pudiera ponerse en lugar de su vestido sucio. Entonces Pandsala partió en busca de su padre de nuevo, pues necesitaba estar a su lado para escuchar sus planes revisados.

Apenas lo había visto salir de su tienda cuando llegó la tercera —pero no la última— sorpresa del día. Un explorador, con la flecha aún clavada en el hombro y la túnica manchada de sangre, cayó de rodillas en la hierba y miró al Alto Príncipe.

—¡Su Gracia, el Desierto ataca! ¡Ahora!

Capítulo Treinta

Rohan sujetó las riendas con más fuerza entre sus manos enguantadas y acomodó los hombros contra el arnés de batalla. La rígida túnica de cuero estaba teñida de azul oscuro y decorada en el pecho y la espalda con placas de latón que brillaban como si fueran de oro. Chay vestía de forma similar, con cuero rojo oscuro, y Davvi llevaba la turquesa de los príncipes syrenos. Eran tan llamativos como pájaros de la guerra, y esa era precisamente la idea, pues sus soldados podrían verlos a cierta distancia. El enemigo también, pero Rohan se encogió de hombros. La armadura era para su protección, por supuesto, pero era más ceremonial que cualquier otra cosa. Hoy no estarían en el fragor de la batalla. No sería una lucha rápida, sino una batalla campal según todas las reglas tradicionales de la guerra. Debían actuar como príncipes y comandantes de guerra, no como guerreros en el campo de batalla. Rohan calmó al inquieto Pashta, sabiendo que el semental ansiaba una pelea en la que no se le permitiría participar, a menos que Chay estuviera completamente equivocado y empezaran a perder. Incluso entonces, un muro de espadas y escudos surgiría alrededor de Rohan, protegiéndolo. Otros morirían, se dijo, pero él no. No su Príncipe Dragón.

Davvi seguía sonriendo ante la noticia que Maarken le había dado hacía un rato; Andrade le había hablado de las tropas de Roelstra y los dragones.

—Lo que no entiendo es por qué estaban en el sur —comentó mientras esperaban la señal de Chay para comenzar la batalla.

—Algún tipo de acción de flanqueo, supongo. Aunque no tengo ni idea de por qué pensó que enviaríamos soldados allí y les haríamos subir cuesta arriba hasta la batalla. —Rió entre dientes a su pesar— ¡Un comedero de dragones! ¡Ojalá lo hubiera visto!

—Quizás deberíamos hacerlos retroceder hasta ahí para que tus dragones puedan acabar con ellos —reflexionó Davvi.

—Me conformaré con una pelea limpia en una llanura abierta, gracias, sin crías mordiéndome la nariz. ¡No hay garantía de que esos pequeños demonios reconozcan a su príncipe!

Los dragones le habían hecho un favor prodigioso a Rohan, debilitando a las huestes de Roelstra tanto en número como en moral. Cuando la noticia se difundió entre las fuerzas del Desierto, los guerreros vitorearon a su príncipe, completamente seguros ahora de la victoria. El propio Rohan sintió una extraña emoción latiendo en sus venas, no la anticipación de la batalla ni siquiera de ganarla, aunque esas cosas formaban parte de ella. Se sintió casi como Sioned había descrito sus emociones cuando cabalgaba bajo la luz del sol: veloz,

libre, tocado por los colores de la Diosa.

Con el ejército tras ellos, a la señal de Chay, él y Davvi coronaron una colina baja que dominaba el campamento de Roelstra. Las tropas estaban desplegadas por toda la llanura, un campo de batalla privilegiado de aproximadamente cinco kilómetros cuadrados. Si bien ninguno de los dos bandos obtendría ventajas, tampoco presentaba dificultades. La derrota de casi doscientos hombres por dragones esa mañana había dejado las cifras prácticamente igualadas, aún inclinadas a favor de Roelstra, pero aceptables para Chay. Porque Rohan contaba con el inestimable poder de la sorpresa. La alarma acababa de sonar en el campamento de abajo, y la gente corría desesperada.

Rohan captó el gesto de asentimiento de Chay y levantó el puño. Sonó el cuerno del dragón. De repente, fue como si los mapas de batalla cobraran vida ante él. Setenta jinetes descendieron a su derecha, mientras que a su izquierda, los soldados de infantería avanzaban en filas ordenadas, enmarcados por cincuenta arqueros a cada lado. Los ochenta jinetes, cien infantes y cien arqueros restantes se desplegaron a ambos lados de Rohan, formando el arco del semicírculo que cerraría alrededor de Roelstra. Se detuvo mientras sus fuerzas se posicionaban, observando el brillo del arnés, la espada y la guadaña, con las brillantes plumas amontonadas en carcajs que colgaban de sus hombros.

—Con esto se acaba —murmuró con una voz que solo Chay oyó, pues Chay había sido el único en oír su promesa de no volver a matar a otro dragón—. Mi espada se oxidará, y me alegraré de ello.

—Y mi propia espada, mi príncipe —respondió Chay en voz baja.

Rohan lo miró, sorprendido por tales palabras de su amigo guerrero.

—¿De verdad?

Una leve sonrisa, casi melancólica, curvó los labios de Chay.

—De verdad. Lord Eltanin tenía razón, ¿sabes?, sobre las murallas.

—¡Pero nadie nos reconoció! —exclamó Tobin de nuevo— Y aunque algunos mueran, ¿quién creerá en la palabra de quienes abandonaron a su señora y perdieron así su honor? ¡Sobre todo cuando sus historias se contradicen con la palabra de dos princesas!

Sioned inclinó la cabeza hacia la del bebé e intentó no escuchar la discusión que se desarrollaba a sus espaldas. Se concentró en moverse; su cuerpo exhausto clamaba por descanso, agua, comida.

La voz de Ostvel era áspera, rasposa por el cansancio.

—¿Basarías la vida del chico en una mentira? —La voz de Ostvel era áspera, rasposa a causa del cansancio— ¿Y qué pasará cuando sea mayor y la gente murmure sobre lo que pasó en Feruche?

—¿Quién se atrevería?

—¿Entonces nadie se lo dirá? ¿Nunca?

—¿Quién se lo diría? ¿Tú? —la desafió Tobin.

Sioned se detuvo y se dio la vuelta.

—El niño es mío —dijo con mucha claridad—. Esperé su llegada, soy yo quien lo criará y quien le pondrá su nombre. Solo una madre puede ponerle nombre a su hijo. Este bebé es mío. —Los miró a ambos por turnos y reanudó su camino.

No hubo más discusiones.

Al pasar entre las esculturas rocosas de la Corte del Dios de la Tormenta, Sioned no vio nada de su austera majestuosidad. Solo había sombras extrañas y aterradoras proyectadas por el sol invernal. La subida del cañón fue lenta, y cuando no pudo más, se hundió en la sombra, cerrando los ojos. El bebé se acurrucó débilmente en su pecho, pero no tenía leche para darle. Myrdal conocía hierbas que ayudaban a que una nueva madre produjera leche y ambos habían razonado que estas podrían ayudar a Sioned. Se había aferrado con ansias a la posibilidad de alimentar al niño con su propia sustancia, de ser su fuente de vida. Pero el nacimiento había llegado demasiado pronto y ella no estaba preparada. Tendrían que llegar pronto a Cuenco Celestial, o él podría morir.

—Pobrecito —murmuró Tobin, sentado junto a Sioned, acariciando con un dedo el suave cabello dorado del bebé—. Si tan solo no hubiéramos perdido los caballos.

—Se alimentará esta noche en Skybow —asintió Sioned—. Y luego le pondré Nombre. Necesito que estés allí conmigo, Tobin.

—¿No deberías esperar? Rohan...

—Solo tendrás que perdonarme una cosa más —respondió en voz baja. Luego miró a Ostvel—. Antes de que yo te perdone por robarme la muerte de Ianthe.

Él se encogió de hombros, con voz fría, mientras decía:

—Es más fácil no perdonarme nunca que jamás perdonarte a ti misma. —Miró al sol—. Si has descansado, deberíamos partir de nuevo.

Caminó junto a Tobin mientras Ostvel tomaba la delantera e intentó no pensar. Su mente no la obedecía.

Había matado. Intencionalmente o no, había usado su poder y había muerto gente: en el Rialla años atrás, y ahora en Feruche. Pero no era el perdón de Andrade el que necesitaba, ni el de Ostvel, ni el de Rohan, ni el suyo propio. Miró a su hijo dormido y le suplicó a la Diosa que nunca encontrara condenación en sus ojos.

—¡Davvi! ¡Detrás de ti!

Rohan hizo girar su caballo para defender a su cuñado, dejando la espalda desprotegida. Le cortó una muñeca y la lanza que portaba cayó justo antes de atravesar la columna vertebral de Davvi. Un

soldado de mirada rápida, vestido con el violeta de Roelstra, se abalanzó y cortó la túnica de cuero de Rohan, reabriendo la vieja herida en su hombro derecho. Maldijo y se retorció en la silla, haciendo una señal a Pashta con los talones. Los cascos traseros se abalanzaron y alcanzaron al espadachín en el vientre.

Tilal, con la mejilla ensangrentada por un corte sobre el ojo, gritó alarmado al ver a Rohan tambalearse. Davvi le gritó que sacara al príncipe de la fila. Rohan se tambaleó, incapaz de defenderse con el brazo derecho entumecido, y Tilal se inclinó precariamente para agarrar las riendas de Pashta. Espoleó a su propio caballo para que galopara e ignoró la mordaz opinión de Rohan sobre la retirada.

Cuando estuvieron a salvo en la colina, bajo unos árboles, Tilal se apeó de su caballo y gritó pidiendo un médico. Rohan lo fulminó con la mirada, y el chico balbuceó:

—Mi señor, está herido; es mi deber...

—¡Maldito sea tu deber!

—Cállate —se oyó un gruñido familiar, y Chay, con el antebrazo vendado con una tela blanca, extendió la mano sana y tiró de Rohan para bajarlo de la silla—. Deja que te atienda o te ataré yo mismo.

Después de una gran copa de vino fuerte y algunos cuidados bruscos, Rohan admitió a regañadientes que Tilal y Chay tenían razón. Su tono hosco hizo que Chay esbozara una tensa sonrisa.

—Nuestro amable y generoso príncipe —le dijo al joven escudero —. No te preocupes por ese corte, Tilal. No te quedará cicatriz y no perderás ni un ápice de tu belleza.

El chico se sonrojó y se arrancó la venda de la frente.

—Ni siquiera duele.

—Bueno, a mí sí —dijo Chay, señalando su brazo con un dedo—. Me lo merezco por no anticipar el movimiento de Roelstra hacia el norte. Que te sirva de lección, Tilal. —Se estiró y negó con la cabeza —. Me estoy haciendo demasiado viejo para esto. Pero aun así es una buena pelea. Una pena que te pierdas el resto, Rohan.

—¡Ni hablar! —Flexionó el hombro y contuvo un respingo— En cuanto el ungüento haga efecto y pueda volver a empuñar la espada…

—¿En serio? ¡Toma! ¡Atrápala! —Chay le lanzó una copa vacía y parpadeó sorprendido cuando Rohan la atrapó con destreza— De acuerdo, ganas —murmuró.

—Todavía no, pero ya falta poco. —Rohan ocultó el dolor que le había causado la captura—. Vamos bien por el norte, a pesar de la carga de Roelstra. Davvi tiene la reagrupación bajo control, y los rodearemos como garras de dragón. Pero no se están replegando por el centro tan rápido como quisiera. ¿Y ahora qué, estratega?

—Ordenaré al sur que se retire poco a poco, y eso debería

confundirlos un poco. Daremos la vuelta y atacaremos por la retaguardia. —Miró a su alrededor, cogió un palo largo y dibujó la acción en la tierra—. Así. ¿Ves?

—Bien —Rohan memorizó el plan y asintió—. Tilal, mi caballo.

—Pero tu herida, mi señor...

—No siento nada —mintió Rohan alegremente—. Vámonos. Es tarde y todavía no he visto a Roelstra.

—Avísame cuando lo encuentres —le recordó Chay.

—Lo haré. La Diosa sabe que eres lo suficientemente fácil de encontrar.

—Por eso Tobin me encuentra irresistible —le informó Chay, con los ojos brillantes—. ¡Será mejor que te encuentre de una pieza al final del día!

Se levantó y estrechó la mano de Chay brevemente.

—Que tengas suerte y que la Diosa te bendiga.

—Y a ti, mi príncipe.

Cuando la luz empezó a desvanecerse, las defensas de Roelstra fallaron con ella. Maarken había colocado Fuego de Mensajero del Sol en la cima de una colina que iluminaba la parte cercana del campo de batalla como una arena. Bajo la luz inquietante, Rohan luchó y mató, y se alegró enormemente de que las circunstancias lo hubieran obligado a entrar en batalla. Si se hubiera visto obligado a observar mucho más tiempo, se habría vuelto loco. Pero ahora su fiebre era útil para sus soldados, y sus vítores de bienvenida a la contienda aún resonaban en sus oídos. Si esta iba a ser la última vez que su espada saboreaba la sangre, que bebiera profundamente. Cada instante que tenía libre, buscaba con la mirada a Roelstra con furia. ¿Había abandonado, el muy cobarde, el campo antes de tiempo? ¿Se estaba escondiendo? ¿Dónde demonios estaba? Y Pandsala... ¿qué había sido de ella? ¿Acaso observaba la lucha bajo el sol menguante, dirigiendo los ejércitos de su padre? Los encontraría aunque le llevara toda la noche y la mañana.

De repente, Tilal gritó. Rohan vio un grupo de jinetes que se acercaban atronadores desde el sur, unos cincuenta, bordeando las líneas del desierto. Demasiado lejos en el crepúsculo para identificarlos, se abrió paso a machetazos entre las tropas que llevaban los colores de Saumer de Isel y gruñó cuando su espada se enganchó en una correa de cuero. Tirándola para liberarla, gritó el nombre de Tilal.

—¡Encuentra a Chay! ¡Podría ser Roelstra!

—¡Enseguida, mi señor!

El ungüento hacía tiempo que había dejado de adormecer su herida, y el hombro le dolía terriblemente. Podía sentir un calor pegajoso en la espalda, incluso podía oler su propia sangre por

encima del hedor a muerte que lo rodeaba. Rohan luchaba con un ojo puesto en los jinetes que se acercaban, frenético por temor a que alguien más matara al Alto Príncipe antes de que él pudiera hacerlo.

Y entonces se liberó de las espadas y lanzas enemigas, y Chay estaba a su lado, y espolearon a sus cansados caballos para que corrieran sobre los cuerpos amontonados y destrozados. Pero no fue Roelstra quien cabalgó a su encuentro en la creciente penumbra. Fue Andrade.

Su cabello rubio plateado se había soltado, ondeando tras ella y enredándose alrededor de sus hombros. Tiró de las riendas solo cuando estuvo casi sobre él, con la mirada perdida.

—¡Lo has perdido! —gritó— ¡Se nos escapó, hacia el sur! ¡Maldito seas, Rohan, lo has perdido!

—¡Todavía no, por la Diosa! —gritó— ¡Chay!

—Enseguida, mi príncipe.

—Cabalgaré contigo —declaró Andrade con gravedad.

Rohan se rió en su cara.

—No puedes perderte tu venganza, ¿verdad, Andrade? Si crees que puedes seguirme el ritmo, ven. ¡Pero no interfieras! —Se giró hacia Tilal— Ve con tu padre, ¡no discutas conmigo! Dile adónde he ido y que tiene el honor de librar esta batalla en su tierra natal, tal como él quería. Tú y Maarken quédense con él. ¡Es una orden, escudero!

Tilal obedeció con tristeza. Chay había reunido a treinta jinetes, hombres y mujeres con renovada determinación en sus rostros cansados de la batalla. El Señor de Radzyn entrecerró los ojos mientras observaba la escolta de Andrade.

—¡Marineros de Lleyn! ¡Vayan a reclamar una parte de los ejércitos de Roelstra para su príncipe!

Su líder resplandecía de entusiasmo, luego miró a Andrade con culpabilidad. Ella asintió.

—Quédate y lucha, Cahl —le dijo.

Hizo una reverencia en agradecimiento por liberarla de su servicio y luego se dirigió a Rohan.

—Un favor, mi señor. Si llega el momento, queme nuestras naves antes de que Roelstra pueda abordarlas.

—No llegará tan lejos, se lo prometo.

Urival dijo en voz baja:

—Cabalgaré con usted, mi señor. Necesitará el Fuego de un Mensajero del Sol para ver. —Miraba a Andrade como si la desafiara a objetar. Rohan volvió a reír.

—¿Escrúpulos? Me acompañó desde el momento en que me trajo a Sioned. Ven, tía. Ven a saborear el fruto de tu trabajo.

Sioned se arrodilló en el borde del cráter de Cuenco Celestial

mientras las últimas sombras se desvanecían en la noche, sin la luz de las lunas. El bebé yacía tranquilo, con los ojos soñolientos, sobre una manta azul y dorada, con el estómago lleno de leche de cabra, felizmente ajeno al alboroto que había causado. Cuenco Celestial estaba casi tan vacío como Stronghold. Quienes habían ido a luchar en Tiglath aún no habían regresado, y los pocos que quedaban aceptaron sin rechistar que el niño era de Sioned. Tobin no esperaba menos. Habiendo guardado silencio sobre el oro durante tanto tiempo, no era probable que revelaran este nuevo secreto.

Tobin se arrodilló a la izquierda de Sioned, Ostvel a su derecha. La cuarta posición, que debería haber sido la de Rohan, quedó abierta hacia el Desierto bajo el acantilado. El niño murmuró somnoliento; su cuerpo pálido y perfecto en la penumbra, tan pequeño comparado con la inmensidad del Desierto y la infinitud de las estrellas emergentes.

—Niño —susurró Sioned al fin, comenzando el ritual—, eres parte de este mundo. El agua saciará tu sed, el aire llenará tus pulmones. La tierra guiará tus pasos y el fuego te calentará en el frío invernal. Todo esto es tuyo por derecho de nacimiento, el derecho de cada hijo e hija que nace. —Mientras Sioned hacía una pausa, Tobin recordó otros Nombramientos, cuando el delicado ritual se había pronunciado sobre Maarken y Jahni, Andry y Sorin.

Ostvel apretaba los dedos sobre sus rodillas, y ella sabía que él también recordaba la noche en que Sioned presidió y Rohan estuvo con ellos mientras Camigwen Nombraba al joven Riyan.

—Pero tú eres un príncipe —continuó Sioned en voz baja, y Ostvel alzó la vista, tan sorprendido como Tobin por esta desviación de la fórmula tradicional—. Nacido de una larga línea de príncipes, padre de generaciones venideras. Para ti, este mundo tiene más y exigirá más.

Sioned levantó las manos, con el anillo de esmeralda reluciendo, y una suave brisa sopló desde el lago tras ella. Con el Aire llegó una neblina de Agua y diminutas motas de Tierra. Tobin percibió, a diferencia de Ostvel, la cuidadosa concentración de los delicados hilos de luz estelar, finos y delgados como hilos de araña, el entrelazamiento de su pálido Fuego en la brisa. El lento remolino los envolvió, centrándose gradualmente a la distancia de un brazo sobre el bebé en una espiral apretada y brillante.

Tobin se debatía entre el asombro y el miedo. Los faradh'im usaban el resplandor del sol y la luna, pero nunca el de las estrellas. Sin embargo, Sioned hizo exactamente eso ahora, derribando madejas de un brillo casi invisible para crear este Nombre único para su hijo.

—Hijo, por el nombre de tu pariente Tobin, hija de Zehava y Milar, esposa de Chaynal, madre de hijos, te doy el Aire que es el suspiro del Padre de las Tormentas en los brazos de la Diosa. Que se eleve y dé vuelo a tus alas, tan fuertes como la mujer en cuyo nombre se da.

—El resplandor estelar se dirigió hacia Tobin y la cabeza del bebé giró, con los ojos desorbitados, mientras miraba a su tía. Tobin vio sus propios colores brillar en la niebla arremolinada: ámbar, amatista y zafiro, y contuvo el aliento.

Sioned volvió a hablar.

—Hijo, por el nombre de este hombre, Ostvel, hijo de Ostlach y Avina, esposo de Camigwen, padre de un niño, te doy Agua para purificar tu alma, pues su alma es la más pura que he conocido.

De nuevo, hizo un gesto con la luz giratoria, esta vez para que iluminara los tensos rasgos de Ostvel, y se añadieron más colores: granate intenso, rubí brillante, ónix negro que él no pudo ver. O tal vez sí, pues se encontró con la mirada de Sioned, asombrado, atrapado en el hechizo que ella había tejido con la luz estelar prohibida.

—Hijo, por el nombre de tu padre Rohan, hijo de Zehava y Milar, te doy la Tierra: esta arena y piedra que te rodea, este Desierto que gobernarás con la misma sabiduría que quien te lo dio. Esta es su carne, como es la tuya. —Y colores que Tobin nunca antes había sentido se hilaron en la luz: el blanco puro de los diamantes, el intenso zafiro de los ojos de Rohan, el ámbar dorado de su cabello iluminado por el sol. Este era su hermano, se dijo a sí misma, estos colores danzando y brillando en la noche.

—Hijo… —Sioned atrajo toda la suave luz estelar que giraba entre sus manos y la sostuvo sobre el bebé— Hijo mío, te doy Fuego para iluminar tu camino. Fuego de Mensajero del Sol, de la madre que también te da tu nombre.

Las manos del bebé tantearon hacia los colores entrelazados y Sioned le permitió tocarlos por un instante. Entonces levantó el Aire, el Agua y la Tierra, todos entrelazados con el Fuego de las estrellas, y los arrojó al Desierto. El tejido se extendió como un tapiz desplegado, hebras de color aumentadas ahora por las de Sioned, y pronunció el nombre de su hijo por primera vez.

—Pol —susurró—. Nacido de la refulgente luz estelar. Ese es tu nombre, hijo mío, y es tu madre quien te lo da.

Levantándolo en brazos, lo giró para que mirara el tejido de luz que se expandía sobre el Desierto, vibrando ahora como chispas de un hogar azotado por el viento o una alfombra de flores multicolores que brillaban con la brisa. Se deslizaba por las curvas y oquedades de las dunas, envolvía las rocas, brillaba azul, carmesí, verde y dorado, todo atravesado por puntas brillantes como diamantes. Finalmente, el tejido se hundió lentamente en la arena, y todo volvió a ser un silencio estrellado.

Después de un momento, Sioned murmuró el final tradicional del ritual de Nombramiento:

—Es deber de una madre ponerle nombre a su hijo. Así lo he

hecho. Su nombre es Pol.

La familiaridad de las últimas palabras no liberó a Tobin del hechizo. Sabía que había presenciado algo nunca antes visto, ni siquiera soñado. Sin embargo, había algo más familiar allí, la sensación que se extendía por su cabeza y su corazón. Lo había sentido la noche del ritual de su padre, cuando los faradh'im cabalgaron a la luz de la luna y la llevaron con ellos. Sin embargo, no brillaban ni sol ni luna, ninguna luz que tejiera caminos en el cielo; nada excepto las estrellas y su delicado Fuego. Frágiles, casi transparentes senderos de luz temblaban a su alrededor, rutas abiertas por Sioned, quien se arrodilló junto a ella abrazando a la niña, con los ojos vidriosos. Tobin supo que ya no estaba allí, sino que viajaba en esas cintas de fuego estelar. Y Tobin, cerrando los ojos, la siguió. No era consciente del vuelo, veloz y seguro como la llevaba al campo de batalla. A la luz del Fuego vio cómo reunían a los muertos y atendían a los heridos, y se estremeció. ¿Dónde estaban su esposo, su hijo, su hermano? Podía sentir los colores de Sioned delante de ella, buscando tan frenéticamente como ella. Y entonces estaban juntos, deslizándose bajo un único filamento de luz estelar, más allá del campo silencioso y sobre pequeñas colinas que acunaban valles sombríos entre ellos, como las ligeras oquedades entre los músculos de la espalda de un hombre poderoso.

Vio entonces, y reconoció, a los dos grupos de jinetes que se enfrentaban en un amplio valle. Vio a su esposo, alto y tenso, montado en su caballo en perfecta quietud, más labrado por la belleza de un guerrero que por un hombre vivo. Vio a su hermano, con el cabello dorado convertido en plata, sereno, esperando, tan inmóvil como Chay. Vio a Andrade, con el cabello pálido cayendo por la espalda, extrañamente indefensa mientras pronunciaba palabras urgentes que Rohan y Chay ignoraron. Había otros, pero Tobin no los miró, pues el hilo estelar la atrajo a través del vacío entre Roelstra.

El Alto Príncipe hizo un gesto brusco, y una joven esbelta se adelantó. Chay fue a su encuentro. Intercambiaron palabras que Tobin no pudo oír, con expresiones que las sombras no le permitieron interpretar. Pero vio a su esposo asentir lentamente, y cuando la mujer se enderezó tras su leve reverencia de aceptación, Tobin vio que era Pandsala. La pareja regresó con sus príncipes, y Rohan y Roelstra desmontaron.

Confundido y asustado, Tobin tembló bajo la luz de las estrellas. Andrade levantó ambas manos, con anillos brillantes, la boca contorsionada mientras gritaba palabras que prohibirían, con el rostro terrible al echar la cabeza hacia atrás. Roelstra gritó, Rohan negó con la cabeza. Ni siquiera Andrade pudo detenerlo.

Los dos príncipes se quitaron los arneses de batalla y la ropa hasta

que solo les quedaron pantalones y botas. Rohan llevaba una venda en el hombro derecho, de la que la sangre se filtraba en una mancha siniestra. Chay habló con urgencia, gesticulando, advirtiendo; Rohan asintió distraídamente y desenvainó su espada. Tobin oyó en su imaginación el siseo furioso proveniente de la vaina; la hoja, un largo brillo de acero en la noche, delgada y pálida como su dueña. Andrade finalmente se rindió, retirándose en respuesta a la mano de Urival sobre su manga. Los dos faradh'im se separaron y desmontaron. Urival caminó hacia el otro extremo de la fila de soldados de Rohan. Ambos Mensajeros del Sol se detuvieron un momento antes de que sus manos alzadas conjuraran dos pequeñas esferas de Fuego. La gente de Rohan formó un arco suelto a un lado, la de Roelstra al otro. Los faradh'im y el Fuego se cernieron entre ellos para completar el círculo y dar a los príncipes luz para ver, luz con la que matarse entre sí. Andrade permaneció de pie con la cabeza gacha y los hombros encorvados como los de una anciana; Tobin vio y se afligió, pero supo que, fuera lo que fuera que la Señora hubiera planeado para Rohan y Roelstra, esta era la única conclusión posible.

Se acecharon con cautela, moviéndose con sumo cuidado. Todas las ventajas de juventud, fuerza y rapidez que deberían haber sido de Rohan quedaron anuladas por la herida en su hombro, que lo ralentizaría y debilitaría cuanto más se prolongara la lucha. Roelstra era más fuerte y corpulento, y hacía mucho que no usaba su entrenamiento de guerrero. Pero que los músculos bajo su piel eran fuertes y que sus instintos estaban intactos se hizo evidente con el primer golpe de su espada.

Tobin no oyó el sonido metálico de las espadas, ni el gruñido que escapó de la garganta de su hermano cuando el impacto le estremeció el hombro herido. No oyó las palabras burlonas que Roelstra lanzó en el espacio entre ellos. Pero pudo ver, y hubo una chispa, un tenue destello de acero muy atrás, entre la gente de Roelstra. Se movieron. Un camino se despejó. La luz estelar giró alrededor de Tobin y sus colores bullían de pánico, entrelazándose, fusionándose con los de Sioned —y los de Urival, y los de Andrade— y con los de alguien más, alguien entrenado pero no perfeccionado en las artes faradhi. De repente, otro don, diminuto y puro, surgió en respuesta a la necesidad de Sioned. La luz y la sombra se deslizaron alrededor de Tobin, a través de ella, y perdió sus propios colores ante el gran torbellino de poder que emanaba del Fuego de las estrellas. Andrade estaba demasiado aturdida por el asalto a sus sentidos como para intentar defenderse hasta que fue demasiado tarde. Atrapada en los hilos de luz estelar, vio al instante la traición del cuchillo alzado, y por primera vez desde que le habían colocado el décimo anillo en el dedo, se sintió subordinada a los poderes de otra Mensajera del Sol.

Unas frías llamas plateadas surgieron alrededor de los dos príncipes, un círculo de peligrosa luz estelar que se elevó, se encontró y creó una cúpula brillante que envolvió a Rohan y Roelstra en un Fuego tembloroso. Los colores destellaban a medida que cada patrón de faradhi se tejía más profundamente en la estructura: sus propios colores, los de Urival, los de Tobin, los de Sioned, y los de otros dos cuya presencia conmocionó profundamente a Andrade. Al darse cuenta demasiado tarde de que Sioned la había atrapado, luchó contra el pánico e intentó controlar la luz estelar. Pero este tejido era de Sioned, y Andrade no pudo hacer más que sentir que su fuerza se le otorgaba cuando Sioned lo exigía.

Rohan retrocedió, deslumbrado por el Fuego gélido que se arqueaba a su alrededor. Roelstra maldijo frenéticamente cuando un destello de luz brillante como un diamante impactó la cúpula con un sonido como el de una gran campana de cristal, resonando profundamente de curva en curva. Rohan aprovechó la distracción de su enemigo y se abalanzó, con la espada lista para cortar la cabeza de Roelstra. Pero el Alto Príncipe se movió justo a tiempo, escapando con un solo corte en el brazo izquierdo.

—Así que Andrade nos ha cercado —dijo con voz áspera—. Qué lástima; quería que todos te vieran morir.

Rohan no perdió aliento en una respuesta. Su hombro no se había adaptado al ejercicio como esperaba; no había fiebre de batalla que contrarrestara su cansancio, y la anticipación que había ardido en sus venas durante la cabalgata se había desvanecido. Había dedicado demasiado tiempo a sí mismo en este largo día, y su única esperanza era acabar con Roelstra rápidamente, si podía.

El Alto Príncipe rió como si conociera los pensamientos de Rohan.

—¿Cansado, principito? —Se abalanzó, sin sutileza pero con mucha fuerza, y Rohan se apartó de su camino.

El acero entrechocó una y otra vez, resonando en la cúpula estrellada hasta que los oídos de Rohan zumbaron. Ninguno de los dos se entregaba a la elegante esgrima; ambos buscaban sangre. Un sudor frío inundó los ojos de Rohan, envainando su cuerpo en hielo. Embestida, parada, evasión, estocada, esquiva, embestida de nuevo. Su brazo derecho se volvía incapaz de sostener la espada, cada vez más pesada. Oía la respiración entrecortada de Roelstra, olía el sudor que cubría su cuerpo carnoso, veía las ronchas sangrando donde su espada había cortado al Alto Príncipe. Pero no habría apostado en ese momento por su propia victoria. A pesar de todos los años y excesos de Roelstra, parecía inagotable.

Inclinando su espada mientras Roelstra preparaba su propia espalda para una poderosa estocada, intentó cortarle las piernas. La punta de su espada se enganchó justo detrás de la rodilla, y el acero,

defectuoso por la batalla del día, se enganchó en la suave bota de cuero del Alto Príncipe. En el intento de liberarse, clavó la afilada punta en su carne, gruñendo de dolor. Rohan arrancó la espada e intentó seguir, pero su brazo flaqueó en ese momento. La espada se le resbaló de la mano. Perdió el equilibrio y cayó de rodillas, jadeando por el impacto.

—Excelente posición —se burló Roelstra—, una que deberías haber adoptado hace mucho tiempo. ¡Se la enseñaré a tu princesa Mensajera del Sol antes de hacer que se olvide de ti en mi cama, como tú la olvidaste en la de mi hija!

Rohan se lanzó a por su espada y lo obligó a cerrarse en torno a él, con la mano sana sobre la débil. Roelstra le cortó la espalda casi con desprecio mientras Rohan rodaba y se ponía de rodillas. Apenas sintió el nuevo desgarro en la piel, salvo el hilillo de sangre que se mezclaba con el renovado flujo de su hombro derecho. Roelstra soltó una breve carcajada entrecortada y se acercó. Girándose, Rohan atrapó la empuñadura de su espada contra la de Roelstra, luchando por mantener las hojas trabadas mientras el Alto Príncipe luchaba por separarlas. Con un gemido de agonía cuando el esfuerzo le desgarró el hombro por completo, Rohan sintió que Roelstra finalmente cedía. Lo repentino del gesto le hizo sospechar que había sido deliberado, pero el Alto Príncipe se tambaleó sobre la hierba, maldiciendo. Rohan jadeó; cada aliento era una punzada de fuego. No podía usar la espada ahora, su peso era insoportable. Fue por su cuchillo de bota y se abalanzó sobre el cuerpo sudoroso. Unos dedos poderosos se cerraron sobre su muñeca, le retorcieron el brazo hacia atrás, casi arrancándoselo de la articulación. Comprendió que en un instante se desmayaría y se retorció para zafarse del agarre de Roelstra.

El Alto Príncipe gruñó de dolor mientras se ponía de pie, tambaleándose, con la sangre goteando de su rodilla. Rohan fue por el otro cuchillo y recibió una patada en las costillas por la molestia. El cuerpo se retorcía de angustia, la respiración se le entrecortaba y, por primera vez, sintió frío por el miedo a morir.

Roelstra se quedó de pie junto a él, jadeando. Recuperada la espada, se apoyó en ella, con la punta incrustada en la tierra. La empuñadura enjoyada brilló en el Fuego plateado que lo rodeaba.

—Le enseñaré a tu hijo a arrodillarse —siseó Roelstra.

Sintió un repentino rugido en los oídos, una amargura salada en los labios. La furia lo invadió por fin, una rabia asesina que no tenía nada que ver con una batalla limpia, ni siquiera con la venganza. *Mi hijo*. Las palabras resonaban una y otra vez al ritmo del palpitante y violento latido de su sangre: *Mi hijo...*

—Arrodíllate ante mí, principito —exigió Roelstra, con la voz cargada de odio—. ¡Arrodíllate!

Rohan se movió muy despacio. Se incorporó, sujetándose las costillas con la mano sana, y tanteó con la otra como buscando apoyo para ponerse de rodillas. *Mi hijo*. Sentía un ardor en la piel y algo frío y húmedo en la mano. Con un pie debajo, apoyado pesadamente en la otra rodilla, miró a través de una niebla punzante al abuelo de su hijo.

Roelstra sonreía.

Y siguió sonriendo incluso cuando Rohan se incorporó y clavó un cuchillo que apenas podía sostener en la suave carne de la garganta de Roelstra. La larga hoja le atravesó la barbilla y Rohan la clavó más profundamente, atravesándole la lengua y la boca hasta la base del cerebro.

El Alto Príncipe se desplomó a un lado. Rohan lo vio caer, sabiendo que Roelstra estaba muerto. Y entonces la hierba húmeda, manchada de sangre, salió a su encuentro, y no supo nada más.

Solo la voz áspera y asustada de Chay le hizo recordar a Andrade que tenía una existencia aparte del furioso y frío fuego estelar que para entonces había desvanecido todo su color. Lo oyó y, con dolor, recopiló en coherencia el patrón fragmentado que era ella misma. Los demás, menos poderosos que ella, seguían atrapados en la cúpula brillante. Se esforzó con todas sus fuerzas por separarlos, por reconstruir el brillo de cada mente.

Urival fue el primero; su profundo zafiro, su pálida piedra lunar y su brillante ámbar volvieron a formar el diseño familiar. Verdad, sabiduría, protección contra el peligro: todo esto era Urival, y ella lloró de alivio al saber que estaba completo. Él la ayudó con los demás, desenredando la caótica trama que conformaba a Sioned, Tobin y los dos sorpresivos extraños. Las dos princesas, conocidas por ellos, se separaron y recompusieron rápidamente, patrones preciados que no se perdieron en las sombras que acechaban en la noche. El último par —Andrade dejó el familiar a Urival y exploró ella misma la nueva e inesperada presencia—. Topacio por su aguda inteligencia; esmeralda por su esperanza; perla iridiscente por su pureza; todo iluminado por un brillo diamantino que representaba belleza e inteligencia. Sabía quién era él, este brillante patrón de verde, blanco y oro. El Príncipe Mensajero del Sol. El hijo de Rohan.

—¡Andrade! —Chay estaba casi sollozando, y abrió los ojos para ver su rostro afligido sobre ella. Sintió una vaga curiosidad por saber cómo había llegado al suelo con la cabeza apoyada en su brazo. Al moverse, los moretones le anunciaron una fuerte caída— Dulce Diosa misericordiosa —susurró Chay—. Creía que estabas perdida en la sombra.

—No —dijo, y tosió—. Se necesitaría algo más que esto para matarme. —Se incorporó—. ¿Urival?

—Aquí —llegó su voz desde cerca, donde Pandsala yacía

inconsciente en la hierba—. ¿Sabes qué pasó y qué hizo? —preguntó en voz baja, con los ojos hundidos— ¿Y por qué?

Andrade tragó saliva y asintió.

—Sí. ¿Está...?

—¡No me importa ni ella ni lo que pasó! —espetó Chay— ¡Es Rohan quien te necesita, maldita sea!

La levantó y la ayudó a caminar. Cruzaron la tenue línea oscura donde se había alzado el Fuego. Nadie se había atrevido aún a cruzar el círculo. La gente de Roelstra, al ver que lo impensable había ocurrido y que su príncipe había caído, estaba demasiado aturdida para intentar vengarse o escapar. Los soldados de Rohan permanecían igualmente silenciosos e inmóviles. Andrade se dejó caer junto a la delgada figura acurrucada bajo la luz de las estrellas, con la luz reflejada en su cabello rubio.

Vivía.

La sangre lo cubría como una capa, pero vivía. Andrade asintió hacia Chay, quien levantó a Rohan con mucho cuidado y lo llevó hasta donde Urival había encendido una pequeña hoguera para calentarse. Poniéndose de pie, Andrade se quedó junto a Roelstra y lo miró a los ojos muertos. El cuchillo de Rohan estaba hundido en su garganta y él esbozaba una media sonrisa que la dejó helada. Se inclinó rígidamente y le cerró los ojos, pero la sensación de insectos arrastrándose por su piel no se desvaneció. Porque él seguía sonriendo; como ella, por fin había conseguido lo que quería, aunque no exactamente como lo había planeado.

Ordenó que envolvieran el cadáver en su manto violeta y fue a curar las heridas de su sobrino. No tenía ungüentos, ni pomadas, ni remedios calmantes, salvo un odre de vino que le había dado uno de los hombres de Rohan. Se lo vertió en la garganta mientras Urival le lavaba la sangre. Chay envió jinetes de vuelta al campo de batalla principal a por provisiones. Regresaron a toda velocidad, liderados por los frenéticos Tilal y Maarken.

Pasó mucho tiempo antes de que estuviera segura de que Rohan no había sufrido heridas graves. No había abierto los ojos, pero la inconsciencia se había convertido en un sueño reconfortante, signos inconfundibles para el ojo experto de Andrade. Se prepararon dos literas, una para el príncipe vivo y otra para el difunto. Tilal recordó invertir el estandarte de Roelstra en su asta para señalar su muerte, de modo que la gente de Rohan no pensara que era su propio príncipe el que había muerto.

Andrade levantó la vista cuando Chay le tocó el brazo y pronunció su nombre. Su rostro estaba áspero por la barba incipiente, manchado de tierra y sudor, sus ojos grises apagados e inyectados en sangre mientras miraba al cielo. Se sorprendió al ver que las estrellas casi se

habían apagado, y que la negrura se volvía azul profundo con reflejos dorados en el horizonte.

—Dragones —murmuró.

Volaban en pequeños grupos, las crías perseguidas por el aire por dragonas y dragones vigilantes que advertían sobre cualquier amenaza a su preciada prole. Formas oscuras y gráciles contra la brumosa aurora, volaban en busca de un lugar de alimentación inmaculado por la sangre humana. Andrade quería seguirlos en la nueva luz, elevarse con ellos con sus propias alas, y comenzó a comprender el amor de Rohan por los dragones. Para ellos no existían las complejidades de la elección, el motivo, la traición ni el engaño; no había que luchar contra su propia naturaleza. Bajó la vista hacia su rostro dormido, alisando hacia atrás su lacio cabello rubio.

—Ojalá pudieras verlos —susurró—. Te pertenecen, Príncipe Dragón.

—Al Desierto —corrigió Chay en voz baja—. Igual que él. No al revés, Andrade.

—Lo envidio a él y a ellos —murmuró— Nunca he poseído nada más que mis anillos y mi orgullo. Y nada me ha poseído jamás.

—Para reclamar algo tienes que estar dispuesto a que te reclamen a cambio. Eso tiene que ser lo primero, Andrade. Primero tienes que entregarte. —Hizo una pausa, se arrodilló junto a Rohan y le tocó el hombro—. Tenemos suerte de que Rohan lo haya sabido desde siempre.

—Le di a Sioned, ¿verdad?

—¿Crees que era tuya para dársela? —preguntó Urival en voz baja.

Andrade se puso rígida. Poniéndose de pie, le indicó que colocaran a Rohan en la litera y se alejó de los demás. Nada más que sus anillos y su orgullo, pero era todo lo que tenía, y se defendería con ellos mientras viviera.

Un dragón rugió al amanecer, y ella volvió a levantar la vista, preguntándose de repente cómo sería sentirse poseída y libre a la vez.

Tobin abrió los ojos.

Ostvel abrazaba al bebé tembloroso y lloroso contra su pecho. Los ojos de Pol estaban fijos en Sioned, el azul brumoso del recién nacido había desaparecido en el destello del Fuego. Unas diminutas manos se extendían, con los puños apretados exactamente como los de Sioned. Estaba de rodillas, con la capa blanca ondeando hacia atrás sobre sus hombros como alas de dragón, los brazos extendidos y los rasgos tensos con una intensidad aterradora. Las estrellas se habían concentrado en sus ojos, parecían fluir hasta los huesos de su esbelto cuerpo mientras un frío brillo plateado se retorcía a su alrededor, un

Fuego blanco proveniente de las estrellas que creaba arcoíris en su blancura. Tobin sabía lo que Sioned había hecho, cómo había tejido cada hilo de luz del cielo en los patrones de poder que la constituían: Urival, Andrade, la propia Tobin... y el niño.

Ostvel levantó la vista.

—Empezó a gritar. No pude calmarlo.

Tobin asintió. No habría forma de proteger al niño de su linaje. Mensajero del Sol y Príncipe.

De repente, Sioned tembló como si sus huesos fueran a romperse. Los llantos del bebé se suavizaron hasta convertirse en gemidos y luego guardó silencio; su pequeño rostro se relajó por fin, recuperando la serenidad. Pasó mucho tiempo antes de que los rasgos de Sioned mostraran algún atisbo de la misma paz.

—Al del cuchillo... podrías haberlo matado —susurró Tobin con voz ronca.

Sioned asintió, y en sus ojos persistían rastros de estrellas y poder.

—Ahora entiendes lo de Pandsala, ¿verdad? Ella y yo sentimos el mismo arrepentimiento: que Roelstra nunca supiera que lo estuvieron traicionando todo este tiempo.

Percibiendo el desconcierto de Ostvel, Tobin se volvió hacia él y dijo lentamente:

—Hubo... un combate entre Rohan y Roelstra. Uno de los hombres del Alto Príncipe pensó en terminarlo con un cuchillo. Sioned... usó las estrellas, Ostvel. No había otra luz.

Sioned tocó la mejilla de Pol.

—Hay Fuego en las estrellas —murmuró—. El Fuego del Mensajero del Sol.

Ostvel abrazó a Pol con más fuerza.

—Lo sintió. Todo, Sioned. Sabes en qué lo convierte eso.

Asintió de nuevo, con la cabeza brillando bajo la escasa luz nocturna.

—Empieza demasiado pronto para él. Espero que algún día pueda perdonarme.

Capítulo Treinta y Uno

Oro de dragón.

Compró el trabajo de cien maestros artesanos, y para principios de primavera, el Gran Salón de Stronghold lucía espléndido con los resultados. Los artesanos habrían trabajado gratis, por supuesto; el honor de presumir de haber participado en la creación valía más que cualquier pago. Pero Rohan pagó. El oro era moneda corriente y le costaba muy poco, aunque solo unos pocos privilegiados lo sabían. Observó su escenario, sabiendo que era exactamente eso, y asintió con satisfacción.

Trescientas lámparas con pantallas de brillante cristal fironés estaban colocadas en lo alto de las paredes donde antaño habían estado las antorchas. Azulejos de Kierst formaban un patrón azul y verde en el suelo. Una nueva serie de mesas y sillas de banquete de madera de árboles frutales de Syr estaba adornada con una fabulosa vajilla de porcelana Gribain y cubiertos de plata de Fessenden. Las flores estaban dispuestas en jarrones bajos de cristal azul ossetio; a cada lado de cada una había una jarra de vino hecha con las conchas gigantes encontradas en la costa de Isel. La seda de Dorval cubría la mantelería verde, doblada en caprichosas formas, sobre los platos; cajas de madera de pino de Cunaxa contenían especias; cuencos de cuerno de ciervo negro de Meadowlord y pezuña de alce blanca de Marca del Príncipe esperaban las nobles manos que se secarían en suaves toallas de lana azul de Giladan. Junto a cada copa principesca había una delicada tacita, el único uso evidente del oro de dragón que había comprado todo lo demás.

Los estandartes de los Athr'im del Desierto habían sido trasladados al vestíbulo, reemplazados por un único tapiz tras la mesa principal: el nuevo símbolo del dragón. Estilizado en líneas sencillas y elegantes, el audaz arco de alas extendidas equilibraba la orgullosa elevación de la cabeza de la bestia. Dorado sobre azul, el dragón estaba coronado con un fino círculo y sostenía un pequeño anillo rematado con una auténtica esmeralda engastada en la tela. Zehava habría aprobado el gran gesto, y la advertencia. Rohan terminó su inspección del Gran Salón y felicitó a su personal de servicio. Luego, caminó entre las mesas vacías hacia el pasillo lateral donde Maeta se encontraba con su arneses de batalla completos sobre una nueva túnica de seda azul, con sus ojos negros brillando de orgullo.

Rohan le dedicó una sonrisa.

—¡Tranquila! ¡Me estás poniendo nervioso!

Ella resopló.

—Me hiciste responsable de su seguridad, y aquí me quedo. —

Asintió con la cabeza hacia Sioned, quien estaba sentada a la mesa principal con Pol en su regazo.

—¿Oíste a ese viejo tonto de Chale decir que Pol tiene los ojos de Sioned?

—Y tus modales —gritó Sioned mientras el bebé eructaba con fuerza—. Empecemos, Rohan. Está tranquilo por ahora, pero no se sabe cuánto durará. No quiero que les grite a los invitados que han venido a admirarlo.

—Y a ti —añadió.

Llevaba un vestido verde oscuro como un bosque de montaña. Las esmeraldas rodeaban su cuello y un fino círculo de plata le cruzaba la frente para sujetar su cabello suelto. Subió al estrado para situarse a su lado y justo detrás de ella, con los dedos apoyados en la ornamentada talla de un dragón en vuelo que decoraba el respaldo de su silla, sabiendo muy bien qué imagen presentarían. Vestía una túnica y pantalones azul oscuro, un topacio que brillaba con un dorado intenso en una cadena alrededor de su cuello, y una banda de plata lisa alrededor de su cabeza. La ropa de Pol era verde a juego con el vestido de su madre, y la manta que lo rodeaba era azul, bordada con pequeños dragones dorados. No se podía imaginar un retrato más perfecto de la regia vida doméstica, precisamente lo que Rohan había pretendido.

Hizo una señal a Ostvel y las puertas principales se abrieron. El caos en el vestíbulo se acalló bruscamente cuando el mayordomo jefe de Stronghold anunció a Su Alteza Real la Princesa Tobin y a Lord Chaynal del Fuerte de Radzyn. Tobin aún se sentía un poco adolorida por su pierna herida, pero no en público. Ella y Chay, vestidos con su uniforme rojo y blanco, adornado con rubíes y diamantes, cruzaron las relucientes baldosas vidriadas, hicieron una reverencia y se unieron a Rohan y Sioned en la mesa principal.

A continuación, llegaron los vasallos de Rohan: Eltanin de Tiglat; Abidias del Castillo de Tuath, que custodiaba la frontera norte del Desierto; el viejo Hadaan de Remagev; y Baisal de las Tierras Bajas de Faolain. Los vasallos de menor rango los siguieron, hicieron una reverencia, hicieron nuevos votos al heredero y se colocaron detrás de sus sillas en varios puntos del Gran Salón: una disposición estratégica de voces de aprobación, planificada de antemano por Rohan, Ostvel y Sioned. Walvis fue el último de los nobles del Desierto en entrar, alto y apuesto, con sus ojos azules brillando sobre una barba negra pulcramente recortada. Ocupó su lugar a la cabecera de la mesa de los caballeros. Rohan captó su mirada y sonrió.

Los príncipes fueron los siguientes, con la excepción de Miyon de Cunaxa. Dieciséis inviernos de edad y con la prohibición de moverse por su cuenta, había avisado que estaba demasiado enfermo para

emprender el largo viaje desde Castillo del Pino. Se había decidido no ofenderse, ya que su presencia era innecesaria en cualquier caso. Había suficientes príncipes para que esta convocatoria fuera válida.

Lleyn de Dorval entró primero y le guiñó un ojo a Rohan. Depositó un beso prolongado en la muñeca de Sioned y le hizo cosquillas en la barbilla a Pol hasta que el niño rió a carcajadas, luego se dirigió a su lugar cerca de la mesa principal. Pimantal de Fessenden entró para expresar su gratitud por la seguridad de su ciudad, Einar; pues nadie dudaba que si el difunto Alto Príncipe hubiera triunfado en Syr, Fessenden habría sido el siguiente en su lista.

Saumer de Isel, antiguo aliado de Roelstra, entró cauteloso y desafiante, pero educado. Le seguía su enemigo, Volog de Kierst, con aire de suficiencia al saludar a Sioned como su pariente. El príncipe Ajit, que a su avanzada edad no presentaba ninguna molestia tras el largo viaje a Stronghold desde Firon, le dedicó palabras bonitas a Sioned y coincidió con Chale en que la bebé tenía sus ojos.

Clutha de Meadowlord se mantuvo callado y arrepentido, tras haberle dado a Rohan numerosos discursos de disculpa por no haber vigilado más de cerca a Lyell de Waes, a quien llevaba a cuestas y que parecía estar muerto de aprensión. Un codazo en las costillas bastó para que el joven lanzara un discurso balbuceante que Rohan escuchó impasible. Asintió brevemente en señal de despedida, deseando que Lyell sudara un poco más.

Chale de Ossetia entró, irradiando inocencia respecto a la obra de Lyell. Luego llegaron los príncipes más jóvenes que, como Miyon, habían perdido a sus progenitores por la Plaga pero, a diferencia de él, controlaban sus propios gobiernos. Cabar de Gilad y Velden de Grib tenían prácticamente la misma edad y mucha dignidad en este primer encuentro de príncipes desde que obtuvieron sus tierras. Sin embargo, aún eran lo suficientemente jóvenes como para sonrojarse cuando Sioned les dedicó a cada uno su sonrisa más deslumbrante.

Por fin entró Davvi, acompañado de su esposa. Wisla lucía ostentosa y adornada con turquesas y granates de Syr, con un enorme diamante en su amplio escote. Sonreía radiante como si fuera princesa de Stronghold y de Syr.

Entonces llegó el turno de las hijas de Roelstra. Quedaban doce; cinco habían muerto a causa de la Plaga, y las circunstancias de la muerte de Ianthe en el incendio que destruyó Feruche aún eran objeto de intensa especulación. Pandsala condujo a su hermana y hermanastras a la mesa principal, y ninguna de ellas sabía que el chico ante el que se inclinaban era el hijo de su hermana Ianthe. Al levantarse, Sioned habló con claridad en el silencio:

—Un momento, damas, si son tan amables.

Todas se quedaron paralizadas, apiñadas, con los ojos abiertos de

par en par por el miedo, la sorpresa o ambas cosas. Todas excepto Chiana y Pandsala. La primera miró desafiante a Rohan; la segunda, al suelo.

—Se han comportado con honor, y esa es la más auténtica muestra de nobleza: preocuparse primero por la paz y el bienestar de su tierra. Al renunciar a todo derecho, para ustedes y sus descendientes, a las propiedades, títulos y riquezas con las que nacieron, han actuado con una gran sabiduría que todos aquí reconocerán.

Una concesión a su orgullo herido, pensó Rohan, recomponiéndose para disfrutar del resto del discurso de Sioned. Ella había insistido en ser quien les concediera este favor.

—Sus vidas ahora les pertenecen —les dijo—. Si deseas continuar en un tranquilo retiro en el Castillo del Peñasco, puedes hacerlo. Si hay una mansión en la que te gustaría vivir, ese lugar y todos sus ingresos serán tuyos mientras lo desees.

—¡Su Alteza! —jadeó Naydra, la mayor de ellas.

—Nunca fue nuestra intención dejarte pobre y sin nombre —le aseguró Sioned, y Rohan oyó susurros de asombro en el Salón—. Y si hay un hombre con quien desees casarte, recibirás la dote que corresponde a tu sangre real.

Un murmullo de voces recibió el anuncio. Rohan dejó que el ruido se apagara, divertido. Él y Sioned se habían presentado como un príncipe generoso, pero había otras razones además de la exhibición pública de magnanimidad. Encerrar a las hijas de Roelstra no estaba en la naturaleza de Rohan, ni siquiera por Pol, y convertirlas en mártires silenciosos y cautivos habría sido más peligroso que liberarlas para que procrearan hijos que algún día podrían convertirse en una amenaza. La mayoría probablemente se hundirían en la oscuridad, ya sea viviendo en agradables mansiones bajo una estrecha aunque benévola vigilancia (no era tonto) o casadas con algún señor menor. Las observó mientras luchaban por comprender este cambio total de fortuna y la perspectiva de más libertad de la que su padre jamás les había dado. Ocho nulidades, se dijo, pero cuatro que merecerían ser observadas: Kiele con su nuevo esposo Lyell de Waes; Cipris, quien a los dieciocho años era aguda y hermosa como una nueva mañana; y la pequeña Chiana, de mirada astuta, y su hermana de sangre, Moswen.

Dudaba, sin embargo, que muchos hombres estuvieran dispuestos a casarse con una hija del difunto Alto Príncipe, a pesar de las ricas dotes que pretendía proporcionar. Podía permitirse ser generoso, sobre todo porque había reclamado para el Desierto una buena parte de Marca del Príncipe, incluyendo las ruinas de Feruche y las cuevas de dragones cercanas. Todos creían que sus razones se debían a

alguna antigua reivindicación de su familia. Rohan no estaba dispuesto a ilustrarlos.

La procesión hacia el Gran Salón estaba a punto de terminar. Las hijas ocuparon sus lugares; Kiele, furiosa ante la perspectiva de hermanas casadas, se unió a Lyell. Entonces reinó un silencio absoluto cuando Andrade y Urival entraron. Ambos vestían de plata y blanco: ella con piedras lunares que ceñían su cabello blanco dorado; él, con las mismas gemas en un cinturón alrededor de la cintura. Las rodillas y las cabezas se inclinaron hacia ellos mientras recorrían el largo pasillo hacia la mesa principal, y al inclinar la suya hacia su tía, Rohan captó el brillo de alegre anticipación en sus ojos. Le había contado ciertas cosas sobre sus planes para esta noche que merecían ese brillo malicioso; no le había contado otras, que probablemente le habrían dado un ataque de apoplejía. Aun así, le encantaba el buen espectáculo.

El festín comenzó en cuanto las esposas, herederos y vasallos importantes de algunos de los príncipes presentes entraron y tomaron asiento. Las mesas más bajas eran para los caballeros y escuderos, estos últimos liberados de sus deberes habituales por los sirvientes de Rohan. Su grupo estaba presidido por Maarken y Tilal, dos chicos que se distinguían de sus compañeros por la seguridad que les daba haber conocido la batalla. Andry y Sorin también estaban allí, junto con el hijo de Ostvel, Riyan. El trío podría trasnochar siempre que ninguna falta de decoro llamara la atención de sus padres. Mientras se servía el primer plato, Maeta y una enfermera vinieron a llevar a Pol a la cama. Estaba irritable tras ser inspeccionado por tantos desconocidos. Rohan lo comprendió; tenía recuerdos incómodos de su infancia, donde lo habían visto de forma similar. Pero un príncipe era un príncipe. Era algo a lo que Pol se acostumbraría.

Walvis estaba a cargo de la mesa de los caballeros, y su aplomo sólo se alteró cuando, por casualidad, miró a una chica delgada, pelirroja y de ojos grises, a quien Rohan y Ostvel habían tenido el agrado de colocar en la mesa de al lado, justo en su campo de visión. Los dos hombres intercambiaron una mirada significativa y una sonrisa.

A Rohan también le había complacido encargar copas especiales para la mesa principal. Eran recuerdos de aquella noche, magníficamente labradas. Una copa de cristal rojo fironés con base de plata sirvió a su hermana y a su señor; Andrade y Urival compartieron una copa de plata sencilla con piedras lunares engastadas. Junto al plato de Ostvel había una copa dorada tachonada con una cornalina, y un par de copas iridiscentes de color azul verdoso, para él y Sioned, habían sido grabadas con su nuevo diseño y con base de oro de dragón. Él alzó la suya hacia ella en un silencioso homenaje, y ella

sonrió. Pero entonces tocó la pequeña copa dorada vacía que había entre ellos, a juego con las que se habían dado a todos los demás príncipes. Él comprendió lo que quería decir; no eran Rohan y Sioned esa noche, sino el Príncipe Dragón y su princesa Mensajera del Sol.

Con la partida de Lord Farid de Cuenco Celestial, los athr'im de Rohan habían elegido a Baisal como portavoz. Obedeciendo una señal de Ostvel cuando se llevaron los últimos platos, Baisal se puso de pie y esperó a que se hiciera el silencio. Su alegre sonrisa ante la perspectiva de su nueva y elegante fortaleza de piedra no se había desvanecido desde pleno invierno, y probablemente no desaparecería hasta que muriera y se quemara, y tal vez ni siquiera entonces. Davvi le había informado a Rohan en privado que si siquiera se mencionaba el pago por la piedra, con gusto le rompería el cuello al amado esposo de su amada hermana. Baisal había prestado un gran servicio a Syr, así como al Desierto, y Davvi tenía la intención de recompensarlo.

Con una voz retumbante desde lo profundo de un cofre del tamaño de un tonel de vino, Baisal pidió silencio y sonrió a todos.

—¡Sus altezas, mis señores y damas, caballeros, escuderos y todos los aquí reunidos! —tronó— ¡Levanten sus copas y beban conmigo por la gloriosa paz ganada en el Prado del Dragón!

—¡Prado del Dragones! —gritaron algunos, y la gente de Rohan lo transformó en —¡Príncipe Dragón! —Captó la mirada divertida de Sioned, quien tuvo la mala educación de brindar para sí misma, y rió entre dientes.

—Durante los últimos días, todos hemos tenido el honor de consultar en privado con el Príncipe Rohan, y él ha escuchado nuestras esperanzas y planes para el futuro. Es su costumbre —añadió alegremente, y Rohan contuvo una sonrisa ante la descripción de una técnica usada solo una vez y que había puesto muy nerviosos a sus vasallos antes de su primer Rialla como príncipe—. También hemos tenido el honor de hablar con el Príncipe Lleyn, y esta tarde se firmaron los tratados que definen las fronteras de cada principado y que se mantendrán por toda la eternidad. —Volvió a levantar su copa, sonrojado por su propia elocuencia y el mejor vino syreno de Davvi—. ¡Por la sabiduría del Príncipe Rohan y por la paz que perdurará para siempre!

Mientras brindaban, Sioned susurró.

—Será mejor que lo callemos antes de que empiece a cantar esa balada tonta..

—Oh, no sé, estoy disfrutando mucho esto —bromeó, y sonrió cuando ella le hizo una mueca discreta—. Oh, muy bien. Dos brindis son suficientes, estoy de acuerdo, por modestia.

—¿Modesto? ¿Tú?

Saumer de Isel resolvió el problema de silenciar la oratoria de

Baisal.

—Disculpe, mi señor, ¡pero aún no entendemos la naturaleza exacta de esta paz!

—Cuidado —susurró Chay.

—No podría haberme dado una mejor oportunidad si le hubiera dicho qué decir —respondió Rohan en voz baja, y luego se levantó—. Mis gracias, Lord Baisal, por su tributo a la paz que todos deseamos tanto. —Mientras Baisal se sentaba, complacido por el cumplido de su príncipe, Rohan se dirigió a Saumer—. Su excelencia es sabia al buscar una aclaración. Con el permiso de esta asamblea, responderé a las dudas de nuestro primo de Isel.

—En tu salsa, maldita fanfarrón —murmuró Tobin junto al codo de su hermano, y pateó la pata de su silla.

Luego pronunció el nombre de cada príncipe, quienes se levantaron por turno. Tomando la pequeña copa dorada en la mano, les indicó a los príncipes que hicieran lo mismo. Cuando lo hicieron, esperó mientras los sirvientes servían vino Syreno, ligero y dulce.

—Todos los príncipes aquí presentes son confirmados en sus posesiones según lo estipulado en los tratados firmados hoy aquí y atestiguados por Lady Andrade. —Sus excelencias brindaron por sus propias tierras y títulos—. Todos los athr'im también son confirmados —añadió Rohan.

Lyell de Waes miró fijamente la mesa principal con los ojos desorbitados. Clutha le dio un codazo y él levantó la vista para encontrarse con una mirada severa que prometía consecuencias impensables si siquiera daba un paso en falso en el futuro. Kiele se recostó en su silla, desmayada de alivio.

—Hay varias incorporaciones a las listas de athr'im y me complace nombrarlas esta noche. —Oyó a Sioned dar un suspiro de satisfacción —. Les presentamos en primer lugar a Lord Walvis de Remagev.

Pasaron unos instantes antes de que el joven comprendiera. Feylin se inclinó sobre su mesa y le siseó:

—¡Levántate e inclínate ante tu príncipe, que tanto te honra! —Esto provocó una carcajada en el Salón y el rubor en las mejillas de Walvis.

Lanzó una mirada furiosa a la chica y emprendió el largo camino hacia la mesa principal, con la cabeza en alto y las rodillas apenas temblando. Tras hacer su reverencia, Rohan murmuró solo para sus oídos:

—Hadaan insistió en que te entregáramos Remagev esta noche delante de todos. Pero tiene una condición: que lo dejes quedarse en la fortaleza para malcriar a tus hijos y coquetear con tu esposa.

Walvis miró involuntariamente por encima del hombro, pero no a Hadaan, quien sonreía con tanto orgullo como si Walvis fuera su propio hijo. Sioned se estremeció con una risa silenciosa y susurró:

—¿Qué te dije? ¡Una pelirroja!

Con las orejas rojas hasta los lóbulos, Walvis los miró fijamente y tragó saliva.

—Yo... mi señor, mi señora, es un honor demasiado grande.

—Oh, tonterías. —Mientras Rohan se ponía un anillo en el dedo, Sioned continuó—: Topacio para una vida larga y feliz, querido Walvis. Te amamos aún más de lo que tú nos amas, y como muestra de ese amor… —Lentamente, sacó un hilo de brillante iridiscencia de un bolsillo de su vestido verde, con una sonrisa burlona en el rostro y una mirada traviesa. Era tan hermosa que Rohan quiso besarla delante de todo el Salón.

—¡Mi señora! —exclamó Walvis mientras el riachuelo de brillantes perlas gris plateadas caía en su palma.

—Ideal para un collar de boda, diría yo —añadió Tobin, y Chay lo instó con palabras lentas—. No molestes al chico, Tobin. Ya lo ha pensado.

Los grandes ojos azules de Walvis pasaron, impotentes, de su príncipe a su princesa. Sioned le guiñó un ojo.

—Algún día, Walvis, debes contarme *exactamente* qué sucedió en Tiglat. Puedes inclinarte ante nosotros ahora, mi señor —le animó.

Así lo hizo y regresó a su asiento aturdido. Ostvel se levantó y lo acompañó a un lugar entre los demás vasallos de Rohan. Se sentó con las perlas en ambas manos, aturdido.

Rohan se aclaró la garganta.

—Le presentamos al próximo Señor; Tilal de Aguas Dulces. Príncipe Davvi, el honor de confirmar a su hijo en su trono es suyo.

Este ascenso no sorprendió a ninguno de los directamente involucrados. Tilal dejó la mesa de los escuderos y se dirigió a donde estaban sentados sus padres con su hermano mayor, Kostas. Le entregaron un anillo y Tilal hizo una reverencia a su padre antes de girarse para hacer otra reverencia en dirección a la mesa principal. Wisla, ya mareada de alegría tras cinco días de ser llamada Su Gracia de Syr por otros príncipes, rompió a llorar de alegría. Kostas, con dieciocho inviernos y convertido ya en príncipe, sonrió a su hermano pequeño y le hizo sitio en la mesa. Un sirviente trajo una silla para el nuevo Señor de Aguas Dulces, quien apenas se atrevía a respirar.

—¡Diosa, cuánto me encanta ser príncipe! —le susurró Rohan a Sioned, sonriéndole. Ahora la embargaba una emoción aún mayor, pues a continuación llegaría la mejor de las sorpresas de la noche, conocida solo por ellos dos.

—Les presentamos —gritó— a Lord Ostvel de Cuenco Celestial.

Se quedó paralizado en el otro extremo de la mesa principal, incapaz de moverse o hablar. Chay lo levantó con una mano bajo el codo y logró poner un pie delante del otro hasta que quedó frente a

Rohan y Sioned, de espaldas a la asamblea. Su rostro estaba pálido y tan desconcertado que a Rohan le preocupaba si podría mantenerse en pie.

Desde el fondo del Gran Salón, una vocecita gritó:

—¿Papá está en problemas, príncipe?

—¡En absoluto! —exclamó Rohan por encima de las risas— Sube tú también, Riyan.

El niño corrió hacia él y se aferró a la mano de su padre. Ostvel lo miró, a ese niño indomable con los maravillosos ojos oscuros de Camigwen. Cuando volvió a mirar a Rohan, sus propios ojos brillaban de lágrimas.

—¿Me confías las cuevas? —murmuró.

Sioned respondió por ellos.

—Te confiamos nuestras vidas.

—¿Perdonado? —preguntó en voz baja.

Rohan no entendió la mirada que intercambiaron. Sioned se mordió el labio y asintió solemnemente.

—Si me perdonan a mí.

Ostvel inclinó la cabeza.

—Ella lo habría entendido mucho antes que yo, Sioned. Si estás decidido a concederme este honor, hazlo por ella, no por mí.

—Por los dos —respondió ella.

Rohan le puso a Ostvel un anillo en el dedo con un topacio engastado, de un dorado tan oscuro que casi era del color de los ojos de Riyan. Al niño le dijo:

—Tu papá es un gran señor ahora.

Riyan pareció emocionado, y luego repentinamente desolado.

—¿Eso significa que tengo que ser bueno todo el tiempo? ¿Se acabó jugar a los dragones?

—Oh, muchos dragones jugarán —le aseguró Rohan—. Tendrás que enseñarle a Pol, ¿sabes?

Reflexionó que habría dragones de verdad a montones en los años venideros, buscando las cuevas alrededor de Cuenco Celestial ahora que habían abandonado Roca Hendida para siempre. Envidiaba a Riyan por la oportunidad de verlos tan a menudo.

El chico asintió, aliviado.

—Está bien, entonces. Y seré bueno, príncipe. Lo prometo.

Padre e hijo se dirigieron al extremo de la mesa principal, Riyan acurrucándose cómodamente en el regazo de Ostvel. Rohan buscó a los otros jóvenes nobles que enseñarían a Pol: Maarken, Sorin, Andry, Tilal, quienes serían sus amigos y apoyo en el futuro. Tallain, el hijo de Eltanin, sería otro, y los hijos que Walvis tendría con Feylin, a quien le encantaban los dragones. Sonrió, preguntándose si la otra predicción de Sioned también sería correcta y si pondrían su nombre a una hija.

Tal como Rohan había dispuesto que sucediera en ese momento, una voz fuerte y potente resonó en el Gran Salón.

—Primo —gritó el Príncipe Volog de Kierst—, pido la indulgencia de esta asamblea por un asunto privado.

—Tienes nuestra atención, primo —asintió Rohan afablemente.

Volog sonrió, incapaz de contener su alegría. Pero su voz se volvió sedosa y Saumer giró bruscamente la cabeza, con los ojos entrecerrados por la sospecha.

—Mi estimado primo de Isel y yo tenemos más en común que nuestra isla. Cada uno tiene varias hijas encantadoras, y cada uno tiene un heredero soltero.

—¿Sí? Qué intrigante —comentó Rohan con indiferencia, y apenas mantuvo la cara seria mientras Andrade soltaba un resoplido complejo —. Continúa, primo.

Volog se volvió hacia Saumer.

—¿Necesito decir más? —preguntó con dulzura.

Saumer se puso rojo como un tomate e intentó no ahogarse. El público rió disimuladamente, comprendiendo que el precio que Saumer pagaría por conservar su principado tras su apoyo a Roelstra sería su eventual unión con Kierst. Su Gracia de Isel miró brevemente a su sonriente rival de Kierst, luego tragó saliva y dijo:

—Qué perspicaz de su parte, mi señor, y qué elegante sugerencia.

Rohan sonrió con benévolo buen humor.

—Todos estamos seguros de que para la próxima Rialla, su isla estará unida en verdadero afecto y armonía —Rohan sonrió con benévolo buen humor, pero sus ojos le dijeron a Saumer que más le valía que así fuera.

Era un trato excelente, después de todo; habían logrado trabajar juntos durante y después de la Plaga, y con un poco de esfuerzo, la unión de al menos un par de hijos disiparía la antigua enemistad entre los principados en beneficio de la armonía familiar. Se sentía un poco culpable por dictar las vidas de los jóvenes involucrados. Después de todo, no le había gustado mucho la idea de casarse con una chica elegida por sus padres. Mirando a la esposa elegida para él por Andrade, soltó una risa triste para sus adentros. Déjalo estar, decidió; había muchas posibilidades de que el deber coincidiera con el afecto verdadero, ya que ambos herederos eran jóvenes agradables y la mayoría de las hijas eran tan encantadoras como Volog había afirmado. El poder faradhi también corría por la realeza kierstiana; La abuela de Sioned también era la abuela de Volog, y era posible que, aunque ninguno de sus descendientes tuviera un don completo, algo de magia estuviera presente. La posibilidad de otro príncipe con habilidades de Mensajero del Sol como las de Pol inquietaba un poco a Rohan. Pero eso también era para el futuro, cuando descubrirían

qué clase de nuevo príncipe había creado la intriga de Andrade.

Pensar en su hijo trajo a Rohan de vuelta a la última y más grave sorpresa de la noche. Al complacerse con las elevaciones de Walvis, Ostvel y Tilal, había forjado un futuro para Pol; en la maniobra con Saumer y Volog había hecho lo mismo, mientras divertía enormemente a sus compañeros príncipes, a juzgar por sus ojos danzantes. Ahora llegaría el anuncio final. Miró furtivamente a Andrade, quien se recostó en su silla con total deleite por el entretenimiento que le había brindado. Ella no leyó nada en sus ojos, pero Sioned sí, y se levantó para ponerse a su lado, tomándole la mano. La falta de etiqueta —una princesa de pie cuando solo los príncipes podían hacerlo— silenció la Sala.

—Aún queda una tierra sin príncipe —dijo Rohan en voz baja, una observación engañosamente casual que nadie se había atrevido a pronunciar en voz alta en los últimos cinco días, al menos no en su presencia—. Ningún heredero varón del difunto Alto Príncipe vive. Sus hijas han renunciado a todo derecho sobre sí mismas y sus hijos. Fuimos los vencedores en la guerra que libró Roelstra violando la ley, una victoria obtenida con la inestimable ayuda de sus señores de Syr y Dorval. —Hizo una pausa y recorrió con la mirada la sala, como si observara a todos los que no habían brindado apoyo activo—. Y por los derechos de esta victoria en la guerra, reclamamos Marca del Príncipe, todas sus tierras, posesiones, títulos, comercio y riqueza. Hacemos esta reclamación no por nosotros, sino por nuestro amado hijo, el Príncipe Pol. ¿Lo aceptarán sus señores? —No podían hacer otra cosa, pero Rohan se sorprendió un poco por el volumen de su asentimiento. Debían temerle más de lo que él creía, o quizás empezaban a creer lo que Chay, Tobin, Lleyn y Davvi les habían estado diciendo durante cinco días: Rohan era su única esperanza.

—Gracias, excelencias —dijo. Los dedos de Sioned se tensaron entre los suyos, pues sabía lo que venía. Su siguiente paso fue la sugerencia de ella; Chay, Tobin y Ostvel se habían horrorizado al principio, pero a regañadientes habían comprendido la sabiduría de la idea. Los acobardados vasallos de Marca del Príncipe no podían ser gobernados como Rohan gobernaba el Desierto... todavía. Pol era solo un bebé. Y no había nadie más que protegiera su segundo principado tan bien.

>Pasarán muchos años antes de que nuestro hijo tenga la edad suficiente para asumir todas las responsabilidades de su cargo. Por lo tanto, hemos decidido nombrar un regente para que gobierne Marca del Príncipe hasta que alcance la mayoría de edad.

Algunos miraron a Chay; Otros en Maarken, a pesar de su juventud. Rohan se maravilló de que pudieran ser tan ciegos, incluso Andrade, quien ahora estaba sentado hacia adelante, de modo que

podía ver su brillante cabello con el rabillo del ojo. Ni siquiera ella miró a su verdadera elección, quien permanecía sentada, sin ser notada, con las manos juntas, esperando en silencio.

—Nombramos Regente de Marca del Príncipe a Su Alteza Real la Princesa Pandsala, faradhi de tres anillos ganados.

Pandemonio.

Se levantó en medio del caos y caminó con gracia hacia la mesa principal. Sus hermanas estaban inertes por la conmoción, excepto Kiele, que estaba pálida de furia, y Chiana, que se levantó de un salto y huyó del Gran Salón.

La conmoción se apagó. Pandsala se paró ante Rohan, tranquila y esbelta con un sencillo vestido de seda marrón. Sioned le dio un anillo con un topacio del Desierto y una amatista cogidos de la espada de Roelstra; el anillo que Pol usaría algún día como príncipe de ambas tierras. Rohan tomó sus palmas entrelazadas entre las suyas y Sioned colocó sus dedos sobre los de ellos.

Pandsala los miró con una pequeña sonrisa irónica, murmurando:

—Saqué a Andrade de la Fortaleza de la Diosa, espié a mi padre y les advertí de sus planes, desvié sus fuerzas y los apoyé en la luz de las estrellas. Lo arriesgué todo. Y, sin embargo, todos sabemos que no confían realmente en mí.

—Te entendemos, Pandsala —respondió Sioned con la misma suavidad, y Rohan pensó: *Entendemos su odio por su padre y su hermana. Y nunca sabrán de Pol. Nunca*—. He tocado tus colores. Eres faradhi.

—¿Y eso servirá en lugar de la confianza? —siseó Andrade con furia.

—Tendrá que ser así, ¿verdad, mi Señora? —Pandsala la miró fijamente. Entonces, con la suficiente fuerza como para que se oyera en todo el Salón, dijo:— Por la sangre de mi madre, la Princesa Lallante, Mensajera del Sol, por mis anillos faradhi, por mi fe y con mi vida, prometo proteger y mantener Marca del Príncipe con seguridad y abundancia hasta que el Príncipe Pol la reclame.

La voz de Andrade arremetió esta vez, fría y amenazante como acero desenvainado.

—¡Por los anillos que te di, si traicionas esta confianza, te veré perdida en la sombra por mis propias artes como Señora de la Fortaleza de la Diosa!

—Ella es nuestra elección, Lady Andrade —fue la advertencia de Rohan—. Haz las paces con eso, si no con ella —susurró para sí mismo.

—Recuerda —fue su única respuesta, dirigida a Pandsala con un gruñido amenazador.

La princesa se dirigió al otro extremo de la mesa principal, junto al

horrorizado Urival. Un sirviente llegó con una silla y la última de las copas de oro principescas. Se sirvió vino de nuevo en un silencio sepulcral. Fue Lleyn quien levantó su copa y, en un tono que casi merecía el elogio apropiado, gritó:

—¡La Princesa Regente Pandsala!

Las voces se alzaron en señal de afirmación y se bebió el vino. Estaba listo.

Rohan tomó la pequeña copa de manos de Sioned, quien había vaciado el último sorbo después de haber bebido primero, y la puso sobre la mesa. Notó que su mano temblaba ligeramente y sintió un repentino agotamiento. Lo único que deseaba era ordenar a todos que salieran de su castillo para poder ir a sus aposentos con su esposa e hijo y no salir en días si le apetecía. Pero aún quedaba una última cosa, y resistió el impulso de obligar a Andrade con una orden tajante.

Finalmente, ella se levantó y abandonó la mesa principal hacia el centro del Gran Salón. Urival la siguió, luego Rohan y Sioned, rápidamente. Sintió la fuerza de su Fuego fluir a través de él, dándole la resistencia suficiente para superar este ritual que sería realizado por la mujer que lo había traído allí, y que ahora lo miraba con ojos fríos e implacables por lo que había hecho.

Todos estaban de pie, tensos por la expectación. La Señora alzó los brazos, las mangas cayendo hacia atrás dejando al descubierto anillos y brazaletes que brillaban con plata, oro y gemas. Urival estaba a su lado, sosteniendo un sencillo cuenco dorado lleno de agua. Rohan y Sioned, de espaldas a la pared de ventanas, donde la luz de la luna brillaba pálida y serena.

—¿Los aceptarás como Alto Príncipe y Alta Princesa? —preguntó Andrade.

Uno a uno, los príncipes y señores afirmaron. Rohan percibió reticencia en algunas voces y se abstuvo de encogerse de hombros con amargura. Ni siquiera la sincera alegría e incluso el alivio en la mayoría de las respuestas pudieron calmar el dolor al encontrarse con la mirada de Andrade.

—Me querías aquí. No tienen elección, y quizás sea mejor así. Hay un hijo que vendrá después de mí, príncipe y Mensajero del Sol, tal como lo planeaste. Pero, aunque lo entiendo, nunca perdonaré el dolor. Nunca.

Sus dedos se apretaron convulsivamente alrededor de la mano de su esposa y miró su perfil orgulloso y sereno, vio la cicatriz creciente de Fuego en su mejilla. Ella se negó a cubrirla con maquillaje y, en cambio, la usó como una marca de honor y penitencia. La marca siempre estaría allí, así como él siempre movería su hombro derecho con rigidez y Tobin siempre cojearía levemente, y Andrade tendría que vivir con el hecho de que Pandsala fuera regente en Marca del

Príncipe.

Y Rohan tendría que vivir con el poder.

Andrade tomó el cuenco de oro de dragón y lo sostuvo en alto, sosteniéndolo solo con las yemas de los dedos: sus garras sostenían una enorme joya. El cuenco tembló y resplandeció. Una brisa que entraba por las ventanas abiertas apagó la mayoría de las trescientas lámparas y onduló el tapiz de dragón detrás de la mesa principal.

—Por la Tierra que nos acuna y de la cual está hecho este cuenco; por el Agua que nos da vida; por el Fuego que ilumina nuestros caminos; por el Aire que es nuestro aliento. —Sostuvo el cuenco sobre las dos cabezas inclinadas—. En nombre de todos los que viven en estas tierras, conjuro a este hombre y a esta mujer. Usen sus dones para iluminar. Obedezcan la ley. Esfuércense por la sabiduría. Busquen la verdad en sus almas. Humíllense en los momentos de mayor gloria. No luchen por beneficio personal. Protejan las tierras y a todos los que viven en ellas. Cuídenlos como se cuidan los unos a los otros. ¿Harán todo esto?

—Lo haremos —respondieron. Le ofreció el cuenco a Rohan, quien bebió y se lo pasó a Sioned. Bebió un sorbo, manteniéndolo en sus manos mientras Andrade volvía a hablar.

—Alto Príncipe y Alta Princesa, por la Diosa y el Padre de las Tormentas, los proclamo.

La Señora extendió las manos para recibir el cuenco, pero la violación del ritual era algo en lo que el príncipe y la princesa habían acordado. Sioned colocó el cuenco sobre las baldosas azules y verdes. Aún quedaba un poco de Agua en él, un soplo de Aire arremolinándose, un toque de Fuego Mensajero del Sol danzando en su borde. Rohan vio el fugaz ceño de Andrade antes de girarse para ver a su princesa extender las manos sobre el cuenco. La esmeralda de Sioned, el único anillo que volvería a usar, escupió llamas verdes en la penumbra; la cascada de su cabello dorado resplandeció.

El cuenco se incendió.

Rohan habló en el silencio.

—Esta es la primera de las nuevas leyes. Nadie matará a un dragón. Ni por deporte, ni por crueldad, ni por pérdida de propiedad, bajo ningún concepto. Quien infrinja esta ley perderá la mitad de su riqueza como castigo por su ataque contra nosotros, pues consideraremos la muerte de un dragón como una espada alzada contra nosotros mismos.

Sabía que estaban conmocionados y no les importó. La riqueza que esta ley aseguraba se usaría en su beneficio. Si nunca lo entendían, que así fuera.

Mientras hablaba, el recipiente de oro de dragón bullía. Las llamas se elevaban en un poderoso conjuro y el aire brillaba con una visión.

Del naranja, amarillo y plateado que se retorcía surgió un dragón casi tan alto como las vigas. Con las alas envueltas en llamas, las garras lanzando fuego, los ojos ardiendo en azul, verde y azul de nuevo, la cabeza del dragón se alzaba hacia el techo. La ardiente aparición batió alas incandescentes y saltó, surcó el aire y desapareció en el tapiz. Se fundió con el estilizado dragón coronado que sostenía un anillo faradhi con una esmeralda engastada.

Rohan nunca supo quién inició el cántico; quizás uno de los suyos. Pero el Gran Salón, oscuro como una caverna, se estremeció al oírlo.

Azhei, el Príncipe Dragón.

Sioned, se recostó sobre suaves almohadas, con los cordones de su camisón desabrochados, sonriendo mientras Rohan colocaba a su hijo sobre su pecho. Se sentó junto a ellos y acarició el cabello rubio del bebé con un dedo.

—Andrade no se recuperará pronto de cómo has alterado su ceremonia —observó con dulzura.

—Fue nuestra ceremonia, no la suya. Ella no nos ganó un principado ni un hijo.

—No veo que tenga nada de qué estar descontenta —Sioned compartía su persistente resentimiento—. Después de todo, estamos creando su nuevo tipo de príncipe.

—Rohan… —Ella dudó, y él la animó con una caricia en el hombro —. Si yo hubiera gestado y dado a luz a Pol, en cierto modo también habría sido de Andrade. Pero, así, es nuestro. ¿Entiendes? Lo que hicimos fue por nosotros, no para crear un príncipe faradhi para ella.

Asintió, porque para Sioned era cierto. Pero también era cierto que lo habían hecho por el futuro que Pol crearía, la nueva clase de príncipe en el que se convertiría.

Lo que habían hecho... Rohan había matado en batalla, donde se suponía que todo bárbaro digno de su espada debía matar. Ironía de las ironías, incluso había tenido la ley de su lado, la ley que siempre había querido usar para crear la paz. Como excusa, era conveniente y pulcra, pero no justificaba el intenso placer que había sentido en su espada ensangrentada, en hundir su cuchillo hasta la empuñadura en la garganta de Roelstra.

También había violado, pero todos los buenos salvajes hacían eso. ¿Atrapados, drogados, seducidos? Quizás la primera vez, pero no la segunda. Quería creer que Ianthe había concebido a Pol aquella primera vez, cuando él creía que era Sioned. Deseaba poder creerlo. Pero el hecho de que no lo hiciera no era excusa para permitir que Sioned reclamara al niño por él. Las circunstancias habían estado en su contra —la guerra que se prolongó, el parto prematuro de Ianthe—, pero no había excusa para no matarla cuando tuvo la oportunidad. Debería haberlo hecho, pero no lo hizo. Todo príncipe bárbaro

deseaba un hijo que gobernara después de él.

Había usado el poder obtenido con su espada para proclamarse Alto Príncipe y tomar lo que había sido de Roelstra, establecer a su propio pueblo en puestos de poder, imponer su voluntad; todo legal, todo acordado por los demás príncipes. ¿Acaso su excusa era que él era más apto para gobernar que Roelstra? ¿Qué derecho tenía a hacer lo que hizo, lo que permitió que Sioned hiciera, lo que Chay, Tobin, Ostvel, Walvis y todos los demás hicieron por él?

Durante su juventud, luchó por aprender todo lo bueno del mundo, todo lo que usaría para mejorar la vida, hacerla más pacífica y civilizada. Anhelaba una vida llena de sueños y de la lucha por alcanzarlos, no llena de muerte, engaño y división. Había elegido aprender lo que consideraba bueno y había rechazado la maldad, no solo en el mundo que lo rodeaba, sino en su propia alma. Se había dicho a sí mismo que, una vez que fuera príncipe, las cosas del pasado que habían llevado a los hombres a la guerra serían barridas por su propia dedicación a la ley honorable.

Pero este año de guerra y angustia le había enseñado que el pasado vivía en su interior: todos los impulsos de matar, la rabia y la violación que habían gobernado su mundo durante tanto tiempo. Todo estaba en su interior: todos los actos que lo marcaban como bárbaro, todas las cosas dichas y hechas que le retorcían el alma de vergüenza. Sabía lo que era y lo admitía.

Rohan había mirado en su corazón y había visto la manipulación con la que Roelstra había puesto un príncipe contra otro; había visto la intrigante necesidad de poder de Ianthe; había visto los victoriosos instintos guerreros de su padre Zehava, los impulsos con que había matado dragones incluso cuando conocía perfectamente su importancia para el Desierto.

¿Pero había visto Rohan realmente lo peor de sí mismo? Probablemente no, pues todas esas cosas no eran nada comparadas con lo que el poder podía hacer de él.

Solo Sioned sabía cuánto despreciaba a los príncipes y señores que tan cobardemente le habían entregado tanto poder, a los que se habían inclinado ante él como se habían inclinado ante Roelstra sin ver jamás la verdad misma del poder. Solo Lleyn, Davvi, Chay, quienes conocieron a Rohan como hombre, comprendían algo de lo que significaría para él ser el Alto Príncipe. Lo usaría para crear nuevas leyes que, con la venia de la Diosa, se sentirían como leyes antiguas al morir. Chay le había dicho que él era su única oportunidad; Rohan sabía que su único riesgo era el suyo. Era su corazón lo que el poder podía torcer, sus sueños lo que podía deformar.

Sin embargo, no habría renunciado a saber quién era. Se había visto a sí mismo, había reconocido todas las cosas que temía como

enemigas de la vida que quería forjar, y ya no les temía. Lo único que temía era el poder. Al tomarlo en sus manos, al asegurarse de que todos aceptaran su autoridad, sabía que podía convertirse en un enemigo aún más letal que el bárbaro que llevaba dentro. Sin embargo, por su hijo, se atrevería, sabiendo que, como príncipe y Mensajero del Sol, la lucha de Pol con el poder sería aún más temible.

Rohan observó a su esposa e hijo durante un largo rato en silencio, preguntándose cómo el chico lo había conquistado tan rápidamente. Había habido malos momentos tras su regreso a Stronghold, momentos en los que había herido deliberadamente a Sioned, buscando aliviar su propio dolor y culpa causándole un dolor aún mayor; momentos en los que ella lo había atacado por la misma razón. Pero siempre estaba el niño, y en muchos sentidos fue a través de él que habían encontrado el camino de regreso.

Pol tenía una forma de clavar sus grandes ojos azul verdosos en su padre que parecía leer en su alma. Rohan no había querido reconocer a este hijo que no era de la sangre ni de la ascendencia de Sioned, pero Pol había sido quien lo había reclamado con esa mirada. Fue el amor por su hijo lo que unió a Rohan y Sioned en aquellos primeros días difíciles tras su regreso; el amor que había reavivado el Fuego entre ellos. Rohan acarició la cabecita de su hijo, sonriendo mientras el niño se acurrucaba contento en el pecho de Sioned. Ella podría creer que lo que habían hecho había sido por ellos mismos, pero Rohan sabía que había sido por Pol.

Había olvidado durante mucho tiempo algo que siempre supo, algo que las burlas de Roelstra en el círculo de luz estelar habían hecho resurgir en su interior. Supuso que la esterilidad de Sioned lo había hecho olvidar a propósito; no se había atrevido a pensar demasiado en los niños cuando había tan pocas esperanzas. Pero, arrodillado bajo aquella cúpula de luz plateada, había sabido de nuevo que todo lo que soñaba, planeaba y hacía era por su hijo. Pol, inocente del pasado, tendría el mejor futuro que él y Sioned podían darle. Una vida significaba poco si el mundo que había tenido el poder para forjar no era mejor que aquel en el que había nacido.

—Creo que nuestro polluelo ya ha terminado, por ahora —murmuró Sioned—. ¿Te gustaría cargarlo?

Rohan aceptó a Pol en sus brazos. Unos ojos soñolientos lo miraron y el niño emitió un eructo poco elegante. Rohan sonrió.

—No parece muy impresionado por el honor.

Sioned rió entre dientes y se ató los cordones de la bata.

—Ya recibes suficientes reverencias y elogios de todos los demás. El último lugar donde encontrarás esas cosas es en tu propia familia.

—¿Me creerías si te dijera que es un alivio?

—Por supuesto, y estoy deseando ver partir a todos estos nobles

para que podamos volver a ser nosotros mismos.

—Pronto se irán. Pero ya no puede ser como era antes, Sioned —advirtió con dulzura.

—Lo sé. Han cambiado demasiadas cosas. Sobre todo nosotros. —Le apartó el pelo de la frente, donde el aro de plata había dejado marcas—. Entiendo lo que pasó, pero comprender no es lo mismo que perdonar.

—No puedo decir que me importe si Andrade nos perdona o no.

—Yo tampoco —admitió Sioned—. Te amo, y eso es más fuerte que cualquier voto faradhi que haya hecho. Al principio me asustó. Todavía me asusta. Pero creo que quien tendrá que perdonar será Pol.

Acostaron al niño en la habitación contigua, donde su niñera esperaba bajo la tenue luz de la lámpara. La cuna de madera tallada había sido un regalo de Chay y Tobin en Año Nuevo. Seda verde pálido cubría la mitad de la cuna, recogida sobre la cabeza del bebé en las fauces de un benévolo dragón de ojos rubí cuyas alas talladas se extendían a ambos lados para protegerlo. Rohan y Sioned se quedaron el tiempo suficiente para asegurarse de que Pol dormía, luego regresaron a su habitación.

Ella se sentó en la cama para cepillarse el pelo. Rohan se echó a su lado para observar. La luz de las velas se reflejaba suavemente en las elegantes líneas de sus hombros y brazos, y brillaba dorada en su cabello rojo. Empezaba a acostumbrarse a la única esmeralda que llevaba en la mano. Aunque Andrade se había ofrecido a reemplazar los otros anillos, Sioned se había negado. Este había sido un importante punto de discordia entre ellos, ya que significaba que Sioned, aunque Mensajera del Sol, ya no estaría bajo el control de la Fortaleza de la Diosa.

—Lleyn me dijo algo el otro día —reflexionó Rohan—. Andrade quizá creyó que estaba uniendo los poderes de un príncipe con los de una faradhi, pero él dijo que lo que realmente hizo fue unir esos poderes en el amor. Creo que eso nos convierte en personas peligrosas, Sioned.

—¿Más peligrosas que Roelstra e Ianthe?

—Mucho. Encontraron su poder en el odio. ¿Y si hubieran ganado? No les quedaría nada con qué vengarse. Pero para nosotros, el amor... no hay nada que no podamos hacer, y nada que Pol no pueda hacer. Y eso nos hace muy peligrosos.

—Con razón Andrade no me habla —dijo con ligereza. Luego, dejando el cepillo a un lado, sonrió y siguió hablando—. Ahora que lo mencionas, hay alguien que apreciaría plenamente estar en brazos del Alto Príncipe, sea peligroso o no. Y con la cría dormida, aquí hay un Fuego que reavivar.

—Mi señora, el Fuego nunca se apagó, y nunca lo hará.

Notas

[←1]

En el idioma original la llaman Lady River, así que pensé que no haría ningún mal llamarla la Señora Río.